

# COMANDOS EN ACCIÓN

Isidoro J. Ruiz Moreno



Claridad

Isidoro J. Ruiz Moreno

Comandos en acción

El Ejército en Malvinas



Claridad

ISBN 978-1-61860-023-3

© Editorial Claridad S.A., 2011

Distribuidores exclusivos: Editorial Heliasta S.R.L.

Juncal 3451 (C1425AYT), Buenos Aires, Argentina

Tel. (54-11) 4804-0472 / 0119 / 8757

[www.editorialclaridad.com.ar](http://www.editorialclaridad.com.ar)

[editorial@editorialclaridad.com.ar](mailto:editorial@editorialclaridad.com.ar)

Queda hecho el depósito que establece la Ley 11.723

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la respectiva autorización del titular de los derechos.

## Prólogo

*Tres años han transcurrido desde que el Ejército Argentino volviera a enfrentarse con un adversario extranjero, luego de más de un siglo sin tomar parte en conflictos internacionales. Y todavía hoy se mantienen muchas incógnitas sobre el desempeño de sus integrantes en esa contienda, disputada nada menos que contra el Reino Unido sobre la helada superficie de turba y piedra de las islas Malvinas. Los relatos de la campaña de 1982 se dividen, primordialmente, en los problemas políticos que la rodearon, en consideraciones estratégicas o tácticas, y a veces en mostrar episodios anecdóticos vividos por varios participantes en las hostilidades.*

*Pero falta la obra de conjunto, encarada de manera orgánica, que muestre el ánimo, los padecimientos, alegrías y contrastes, de las tropas que marcharon a pelear en aquella tierra irredenta. Un libro que describa las sensaciones y los hechos que protagonizaron los cuadros y los conscriptos argentinos durante las operaciones; la suma de cuyos recuerdos permita recrear la empresa desde la óptica de su elemento básico y primordial: el hombre.*

*Este volumen pretende reflejar ese capítulo inédito, referido a un cuerpo en particular —en rigor, dos subunidades—, de manera integral.*

*Las Compañías de Comandos 601 y 602 fueron elementos de élite, de un eficaz rendimiento, alcanzado a lo largo de una cuidadosa especialización. Desde un primer momento sus integrantes protagonizaron diversos episodios, saliendo a buscar el encuentro con el enemigo, a diferencia del resto de las tropas convencionales que lo aguardaban en sus posiciones. El accionar de los Comandos argentinos resultó así dinámico y continuo, entablando contacto y librando acciones mucho antes que las fuerzas británicas arribasen al perímetro defensivo de Puerto Argentino.*

*Los hechos de las Compañías de Comandos merecen ser salvados del olvido y darse a conocer, relatándolos dentro del marco de referencia que brinda el conjunto de las operaciones.*

*Una circunstancia favorable me permitió elaborar el presente trabajo: ser*



*profesor de Historia Argentina en la Escuela Superior de Guerra. De tal manera, pude conocer y tratar de cerca a muchos de sus miembros, y vincularme con otros. Entrevisté, a lo largo de mi recopilación de antecedentes, a la casi totalidad de la oficialidad, aunque como contraste, destaco la renuencia de los suboficiales, muy pocos de los cuales concurrieron a relatarme sus experiencias. Como compensación, varios de aquéllos pusieron a mi disposición cartas y apuntes contemporáneos, que he aprovechado.*

*El resultado de la compulsión de documentos oficiales y particulares, de narraciones argentinas e inglesas, permite seguir a aquel par de contingentes durante su preparación, exploración del archipiélago y choque con el enemigo. No he querido limitarme a esta última parte, lo que hubiese dado por resultado una serie de episodios individuales, quizá sin relación entre sí, y comunes a todas las guerras. Preferí en cambio componer una historia completa, comenzando desde antes que los Comandos desembarcaran en Malvinas, para luego seguirlos a lo largo de su empeño por localizar a los invasores; es decir, sin ceñir el argumento a los solos combates librados. Una división del libro en tres partes marca los distintos tiempos de la acción.*

*Como la actuación de las Compañías de Comandos no puede desvincularse del contexto bélico que las enmarca —y aunque la obra no estudie la campaña de Malvinas en su integridad—, he referido algunas fases del conflicto con Gran Bretaña que si bien no hacen específicamente a aquélla, permiten su comprensión global: el comienzo de las hostilidades, el desembarco británico, la batalla de Prado del Ganso, el asalto final a los cerros próximos a la capital.*

*No se trata, pues, de una obra de aventuras, aunque mucho tiene de ello; tampoco se quiere una tarea apologética, porque de su lectura surgirán tanto méritos como defectos. Su trama procura ajustarse a las vivencias e impresiones del momento, tal cual me fueron transmitidas, mostrando los acontecimientos y los hombres a través de esa visión particular sobre todo, con el respaldo de la documentación y bibliografía más veraz que estuvo a mi alcance. Los veteranos entrevistados, en considerable número, han leído el original para señalar sus observaciones.*

*La irresponsabilidad en iniciar un conflicto sin preparación adecuada, y la incompetencia para afrontar sus consecuencias, no cabe a los soldados*

*profesionales de rango subalterno. El seguir los episodios de las Compañías de Comandos 601 y 602 en Malvinas, integradas por elementos provenientes de diversas unidades, demuestra la conducta general de los cuadros del Ejército Argentino a través de uno de sus componentes, que por nutrirse de hombres de distinta procedencia, origen y clase, es reveladora de un desempeño que merece nuestro respeto y admiración, sin que puedan invalidarlo algunos hechos comunes a cualquier país y a cualquier contienda. Ya les rindió su tributo de homenaje el propio jefe adversario, general Moore, al expresar: “Cuando combatíamos contra unidades de conscriptos el asunto era relativamente fácil, pero cuando combatíamos contra soldados profesionales el asunto era difícil, y nos causaron serios problemas”.*

*El resultado es mostrar cómo, pese a la derrota, puede conservarse la dignidad. Ya San Martín durante su campaña libertadora en Perú, premió en 1821 a una pequeña partida de su Ejército con un escudo que rezaba: ¡Gloria a los vencidos en Chancay!*

*Los Comandos argentinos fueron los únicos que en Malvinas tomaron prisioneros al enemigo y le arrebataron una bandera en pelea. En proporción, tuvieron más bajas y recibieron más condecoraciones que otras unidades.*

*A ellos, a algunos de los muchos valientes y abnegados soldados que salvaron el honor militar argentino, comprometido por la soberbia y la debilidad de unos pocos, está dedicado este trabajo, con el agradecimiento de su autor por la confianza que le brindaron y el tiempo que le dispensaron.*

I. J. R. M.

Buenos Aires, 9 de julio de 1984 - 12 de agosto de 1985

## PRESENTACIÓN

# Encuentro en Gran Malvina

A SETECIENTOS CINCUENTA KILÓMETROS POR HORA, los dos Harrier GR3 de la *Royal Air Force* se aproximaron a Port Howard, en la isla West Falkland, en las primeras horas de luz del día 21 de mayo de 1982. Era una patrulla perteneciente a la Primera Ala de la *Task Force*, con base en el portaaviones *Hermes*, en misión de apoyo táctico a la Operación Sutton que había comenzado durante esa madrugada: el desembarco en la bahía de San Carlos, sobre la otra gran isla East Falkland.

Se trataba de un vuelo de reconocimiento ofensivo —estaban armados con sendos cañones Aden de 30 mm ubicados en la parte inferior del fuselaje, y portaban bombas Beluga debajo de las alas— que tenía por objeto comprobar la existencia de vehículos blindados de transporte de tropa y de combate argentinos, ubicados en el punto marcado como YXP en el mapa, confirmando la información suministrada por la inteligencia británica, y fotografiarlos para adquirir detalles.

Luego de haber sobrevolado Fox Bay, algo más al sur de la misma isla, ambos cazabombarderos se dispusieron a hacer lo propio en Howard. Guardando distancia, el *leader* de la patrulla se precipitó en vuelo rasante sobre el objetivo. Minutos después su n° 2, matrícula XZ 972 —conducido por el teniente Jeffrey William Glover—, abandonó a su turno la protección de las ondulaciones del terreno y desembocó sobre la bahía. Eran las diez de la mañana.

Inmediatamente el teniente Glover sintió sobre el fuselaje de su aparato impactos semejantes a los que produce la caída del granizo sobre chapas metálicas... Eran evidentemente disparos de armas ligeras. Sorprendido, no tuvo tiempo de ganar altura, cuando un estallido tras el avión tornó ingobernable a la máquina, que comenzó a agitarse y echar humo.

En instantes, y antes que estallara o se precipitase a tierra consigo, Glover asió la manija de eyección y saltó al aire, mientras automáticamente se abría el paracaídas y se inflaba su salvavidas.

Cayó a las aguas heladas, aturdido y dolorido el brazo izquierdo; pero no permaneció mucho tiempo porque un bote que se aproximaba pudo recogerlo y conducirlo a la costa, donde el piloto fue tranquilizado por sus captores — los mismos que lo habían derribado—, quienes enseguida se ocuparon de atenderlo.

Eran Comandos argentinos.



PRIMERA PARTE

# La preparación de los efectivos

## CAPÍTULO I

# *Movilización de la Compañía 601*

CAMPO DE MAYO ES UNA EXTENSIÓN de tres mil ochocientas hectáreas situadas a treinta kilómetros de Buenos Aires, donde el Ejército dispone de diversas instalaciones, algunas dispares entre sí, como la quinta del ministro de Guerra y el Penal Militar, el batallón de Aviación del Ejército y un hospital, terrenos para entrenamiento y las Escuelas de armas: Caballería, Ingenieros, etcétera.

En el casino de una de ellas, la Escuela de Infantería, el mayor Mario Castagneto determinó pasar la noche y no retornar a su departamento de soltero que poseía en el barrio de Belgrano de la Capital Federal, quedándose como lo hacía cada vez que por razones de trabajo le convenía evitarse el viaje muy tarde o madrugar excesivamente. Era el jefe del Equipo “Halcón 8”, pequeño grupo especializado integrado sólo por soldados profesionales, con la aptitud de *comandos*; a la sazón se reducía a veintidós hombres. Al día siguiente por la mañana estaba prevista la última prueba de un curso de salto en paracaídas accionado por los propios alumnos, modalidad distinta del común salto automático a que estaban acostumbrados. Tres semanas más tarde el mayor Castagneto iba a participar en otra ceremonia no menos emocionante: su propio matrimonio, que celebraría en la lejana Salta.

Ese día siguiente era el viernes 2 de abril de 1982.

Muy temprano, a las seis de la mañana de esta jornada, Castagneto fue despertado por los golpes que daba a la puerta de su habitación el excitado oficial de servicio:

—¡Mi mayor, no va a creer! ¿Sabe lo que ocurrió? ¡Recuperaron las islas Malvinas!

La radio transmitía la extraordinaria novedad, la reconquista del territorio nacional usurpado ciento cincuenta años atrás por un acto de fuerza; y las noticias de contenido patriótico fueron escuchadas por algunos de los miembros de Halcón 8 que esa mañana viajaban en automóvil para

presentarse en su destino. El teniente Fernando Alonso vivía en la localidad de San Isidro y pasó a buscar a su camarada Juan Eduardo Elmíger; y durante el trayecto la radio del auto los impuso del acontecimiento, que movió a su conductor a no cesar de tocar la bocina, con gran asombro de los transeúntes que lo ignoraban todavía. Así, a través de la radio, o mediante la rápida lectura de los titulares de los diarios al salir de sus domicilios, o esperando el tren que los llevaría a Campo de Mayo, los escasos integrantes del equipo de Comandos conocieron la buena nueva. La algarabía al encontrarse todos en la Escuela de Infantería desbordó la normal circunspección.

Muy pocos de ellos habían sospechado algo, no obstante que el conflicto diplomático con el Reino Unido venía creciendo sin solución desde que a mediados del anterior mes de marzo, el Gobierno británico anunciara que por la fuerza iba a desalojar de las islas Georgias del Sur a un grupo de operarios argentinos. El teniente primero José Martiniano Duarte comentaba que las islas Malvinas serían tomadas por tropas nacionales, porque notó que helicópteros del Ejército operaban en combinación con los Comandos Anfibios de la Marina; y el capitán Ricardo Frecha recibió tres días atrás cierto indicio de que se estaba planeando el movimiento, pero fueron los menos. La mayoría de los Comandos del Equipo —como la casi totalidad de sus connacionales— nunca imaginó ese desenlace<sup>1</sup>.

Para el mayor Castagneto la euforia que se vivía estaba empañada, empero, por otro sentimiento encontrado que era incapaz de superar: una gran envidia... Porque la toma de Port Stanley se trataba de una operación específica para Comandos; una misión del tipo para la cual venían entrenándose con grandes sacrificios desde mucho tiempo atrás ¡y ahora no les cabía a ellos ninguna participación en este episodio histórico! Los Comandos, en efecto, son tropas preparadas para efectuar golpes de mano y sabotajes en territorio enemigo, y además, era la Escuela de Infantería la base en donde todas las Fuerzas Armadas Argentinas, además del componente Ejército —Armada, Aeronáutica y hasta Gendarmería—, recibían la instrucción correspondiente a esa especialidad. ¡Tan luego ellos, los instructores de quienes fueron los protagonistas del ruidoso y emocionante episodio, se perdían la oportunidad de intervenir en esa operación clásica para la cual se ejercitaban diariamente!

Ese estado de ánimo del jefe del Equipo Halcón 8 era compartido: a la par de la satisfacción que brotaba espontánea, instintiva, por el hecho mismo,

sumado a la manera impecable como había sido llevado a cabo, todos los integrantes de esta diminuta unidad mezclaban el orgullo nacional a su frustración profesional. Así lo comentaron entre ellos. Pero los Comandos no habían estado del todo ausentes en la reconquista de la capital de las islas —y por consecuencia de todas las Malvinas—, ya que noticias posteriores hicieron saber que en el desembarco había tomado parte el teniente coronel Mohamed Alí Seineldín, una especie de arquetipo de Comando por la dedicación y espíritu que demostraba, quien había sido precisamente el primer jefe de Halcón 8 cuando este grupo fue creado en 1978. Desde luego, Seineldín no tuvo oportunidad de actuar como tal: era a la sazón jefe del Regimiento de Infantería 25 que servía de apoyo luego de la ocupación<sup>2</sup>. Otra circunstancia honrosa a la vez que sentida marcaba la presencia de la especialidad en la gesta, ya que la primera víctima mortal de la operación fue el capitán de corbeta Pedro Giachino, quien se había formado como Comando en la Escuela de Infantería, cuna común de todos ellos. Su abnegado sacrificio era el más concluyente ejemplo de la entrega al servicio patriótico que los movía.

El salto con paracaídas de apertura manual fue suspendido, sin rendirse el examen final de ese curso. Igualmente, el resto de las actividades normales del Equipo Halcón 8 quedó alterado, pues el director de la Escuela, coronel Federico Minicucci, instruyó al mayor Castagneto para que tuviese alistados a sus hombres. Éstos, conscientes de que integraban un cuerpo de *élite* apropiadamente conformado para entrar en acción de inmediato, no dudaron de que serían enviados a Malvinas con toda prontitud, como era su ardiente deseo.

Poco después del mediodía de ese viernes 2 de abril, por radiograma llegó la orden para constituir la Compañía de Comandos 601 Movilizada, sobre la base de Halcón 8, lo que confirmaba las esperanzas. Los escasos efectivos que la componían se verían aumentados al triple. El dolor, la tristeza por haber sido pospuestos, quedaron aventados: no se perdió tiempo en comenzar a preparar los equipos, mientras otros oficiales y suboficiales eran citados por el Comando en Jefe del Ejército para formar en ella.

El mayor problema lo ocasionó la incorporación del personal. La característica de los Comandos es que deben operar primordialmente dentro

del territorio enemigo, y por ende resulta esencial el cabal conocimiento de todos entre sí, ya que además del silencio exigido —deben comunicarse por gestos y señas preestablecidos—, resulta fundamental que conozcan las características individuales los unos de los otros. En síntesis: una Compañía de Comandos no puede “movilizarse”, sino que ya debe estar alistada. De lo contrario, en vez de conformarse una Compañía, se dará en los hechos un mero conjunto de Comandos. Algo de eso fue lo que ocurrió, pues a la par de hombres en perfecto estado físico, llegaron muchos que estaban alejados de la especialidad —a veces en tareas burocráticas—, de manera que se resentía la homogeneidad del rendimiento: el entrenamiento permanente, base de la exigencia para que pudiese existir auténticamente tal unidad de Comandos.

Los primeros en acoplarse al extinguido Equipo Halcón 8 fueron los “cuadros” —militares profesionales, oficiales y suboficiales— que prestaban servicios en otras dependencias de la misma Escuela de Infantería. Luego fue llegando el resto, desde diversos destinos, y aquí comenzó a evidenciarse la falencia ya señalada para remontar una Compañía que por sus características operativas debía ser homogénea, más que cualquier otra; y el problema se manifestó agudamente en los suboficiales. Algunos de éstos hacía bastante que estaban ajenos a la actividad —ocho o nueve años sin práctica rigurosa—, otros excedidos en peso o edad —tres de ellos ya eran abuelos—, y uno hasta sufría un principio de sordera. En cierto caso la computadora dio un homónimo y fue incorporado un principal de Artillería que nunca había pasado por el curso. Claro que fueron los menos dentro de la composición de la Compañía 601, pero no era menos cierto que varios carecían de condiciones físicas o debían esforzarse por recordar sus conocimientos técnicos, aunque trataban de compensar tales carencias con un ánimo esforzado. Se procuró destinarlos —ya en campaña— a la precaria estructura administrativa, como ser el mantenimiento del alojamiento, la provisión de alimentos, etcétera. Y cuando faltó algún especialista, se echó mano de afuera, como un cabo primero que revistaba en la Escuela Superior de Guerra como mecánico de equipos de comunicaciones, aunque no fuera Comando.

No obstante lo expuesto, las tres secciones previstas comenzaron a tomar forma, comprobándose las capacidades de cada hombre para tratar de equilibrarlas. De esta manera se destinaron a cada una, proporcionalmente, aquellos en mejor estado compensando a los menos aptos, y se distribuyeron los técnicos de modo de balancearlas con explosivistas, radiooperadores,

enfermeros y demás conocimientos. Los equipos y armamento para los incorporados fueron provistos por diversas unidades. Cada una de las tres patrullas se subdividió a su vez en un escalón de apoyo y otro de asalto. El jefe de la Compañía organizó su propia plana mayor, distribuyendo las tareas: operaciones, inteligencia, personal, logística, comunicaciones.

La movilización fue lenta: el grueso de los elementos arribaría a partir del 10 de abril, porque muchos se hallaban en destinos del interior de la República, sobre todo los suboficiales.

Y comenzó un duro entrenamiento, basado en la buena disposición de todos, en la propia Escuela de Infantería.

Poco después de las siete de la mañana se efectuaba la reactivación de capacidad de la Compañía, mediante dos horas de marchas, al trote o carrera, llegándose a catorce kilómetros de distancia en caminatas, con aprontes en desnivel —trepando sobre barrancas—, y clases de defensa personal. Al promediar la mañana se alternaba la actividad física con instrucción de tiro con armas livianas, ametralladoras, morteros y explosivos. Y pasado el mediodía se impartían clases en conjunto o descentralizadas por secciones, sobre diversos temas, o cumpliendo ejercitaciones de táctica en un aula. Dichas clases abarcaban toda la gama de posibles conocimientos relativos a las islas Malvinas: el capitán Jándula se encargó de enseñar junto con el teniente Anadón las características geográficas del archipiélago, su clima, el terreno, la población, sobre la base de cartografía y datos obtenidos en distintas reparticiones; y el teniente primero Fernández, con la colaboración de su igual García Pinasco, se ocupó de lo relativo a las fuerzas armadas británicas, con información extraída de la bibliografía a su alcance, como ser la composición de sus tres armas y los equipos con que contaban.

A la par que los militares profesionales se movía el médico de la Compañía, doctor Llanos, quien ostentaba el grado de capitán y había obtenido asimismo la aptitud de Comando, luego de realizar el curso correspondiente. Éste se ocupaba de lo suyo: conseguir el material quirúrgico necesario, establecer el grupo sanguíneo de cada uno de los miembros de aquella, y además, capacitar a los tres enfermeros para que por radio pudieran seguir las instrucciones que el médico debiera impartirles en casos que excedieran a sus propios conocimientos: en territorio hostil los heridos no



pueden ser evacuados, y tienen que ser asistidos inmediatamente.

Simultáneamente se bordaba sobre la antigua enseña de Halcón 8 la nueva denominación con los hilos de oro correspondientes, que solventaron todos los integrantes de la flamante Compañía de Comandos 601.

No había descanso: a veces realizaban instrucción nocturna, repitiendo en la oscuridad lo practicado en horas de luz, innovando así en la tradición del Ejército Argentino. El total del tiempo era ocupado en ejercitaciones; y si bien esto se hizo sentir dolorosamente en muchos no acostumbrados a moverse con tal intensidad —siendo cada vez más exigente el entrenamiento—, permitió a la postre alcanzar en dos semanas un nivel satisfactorio de adaptación al ambiente operacional.

Por otra parte, los Comandos poseían la experiencia de haber estado sufriendo fuego enemigo, ya que buena parte de ellos había intervenido en operaciones contra el terrorismo subversivo en los años precedentes, combatiendo en los montes de Tucumán o en zonas suburbanas. Aunque una cosa era enfrentarse con otro fusil o pistola, y distinto hacerlo contra artillería y aviones, además de armas portátiles... Y como me advertía un Comando: “Yo creo que en Tucumán nosotros nos sentíamos como pueden haberse sentido los ingleses en Malvinas: disponían de los satélites de información de Estados Unidos, de su base en Ascensión, de cantidad de barcos y helicópteros”. O sea que, si bien el hecho personal e intransferible de estar bajo disparos era idéntico, en Tucumán los militares argentinos dispusieron de toda la estructura de apoyo que les faltaría en su campaña del Atlántico Sur.

La Compañía 601 quedó organizada. He aquí la composición de su plana mayor: *jefe*, mayor Mario Castagneto; *oficial de Operaciones*, capitán Rubén Teófilo Figueroa, segundo jefe; *oficial de Inteligencia*, capitán Jorge Jándula; *oficial de Logística*, capitán José Ramón Negretti; *oficial de Personal*, capitán Ricardo Frecha; *oficial de Sanidad*, capitán médico Pablo Llanos; *oficial de Comunicaciones*, teniente Marcelo Alejandro Anadón.

Secciones de asalto: *jefe de la 1ª sección*, teniente primero José Martiniano Duarte; *jefe de la 2ª sección*, teniente primero Sergio Fernández; *jefe de la 3ª sección*, teniente primero Daniel González Deibe.

Los suboficiales estaban distribuidos en las tres patrullas de asalto, en un pelotón Comando y en una sección Servicios, que eventualmente también combatía.

Es la oportunidad de conocer a grandes rasgos la personalidad de los nombrados, deteniéndonos particularmente en la de su jefe.

De treinta y cuatro años de edad en esa época, Mario Castagneto era hijo del coronel de su mismo nombre —retirado a la sazón—, y por un destino militar de su progenitor nació en La Rioja, siendo que su familia es santafecina: hermano de su abuela paterna fue el destacado dirigente radical “antipersonalista” de esta última Provincia, doctor Enrique M. Mosca, candidato a la vicepresidencia de la República en las fórmulas encabezadas por Alvear en 1938 y por Tamborini en 1946. Tempranamente Castagneto ingresó en la carrera de las armas, en el Liceo Militar General San Martín, de Buenos Aires. Del Colegio Militar de la Nación egresó en 1966 como subteniente de Infantería y con la calificación de *sobresaliente* y el siguiente concepto anotado por el capitán de su Compañía:

*De sobresalientes condiciones generales a lo largo del año, ha mantenido un rendimiento siempre creciente. De intachable moral, sumamente capaz intelectual y físicamente. Sobresale nitidamente por su franqueza, responsabilidad, abnegación, pasión profesional y sentido completamente espiritual de su vida.*

*Su hombría de bien, su ubicación, ejemplo personal, y ascendiente ante camaradas y subalternos lo han transformado en el mejor cadete del curso y en un verdadero soldado. Sin lugar a dudas cuando termine de moldear su carácter y tenga más madurez será un oficial modelo. Rendimiento excelente en estudio. Físicamente muy apto y completo, cumple con exceso las exigencias del curso.*

Mario Castagneto obtuvo cien puntos de concepto en todos sus destinos y grados, sin recibir nunca una sanción disciplinaria. Fue paracaidista y aviador; y al dejar la Escuela Superior de Guerra en 1981 —con el número cinco de orden entre más de treinta cursantes—, convertido en oficial de Estado Mayor y ascendido a la jerarquía de mayor, mereció estos conceptos en primera y segunda instancia, respectivamente:

*Oficial de sobresalientes condiciones morales e intelectuales. Como cursante de la E.S.G. se destaca por su capacidad de razonamiento y solvencia en la ejecución de sus tareas. Es serio, correcto y pone en evidencia iniciativa en sus funciones.*

*Respetuoso, subordinado, con iniciativa. Se ha destacado por sus condiciones morales e intelectuales. Goza del afecto de sus camaradas.*

El segundo jefe de la Compañía, capitán Rubén Figueroa, nació en Santiago del Estero, donde sus padres ejercen el oficio de enfermeros. De sus seis hermanos, dos son sacerdotes; él mismo, muy ordenado desde pequeño, fue *boy scout*, y luego marchó a Córdoba para ingresar al Liceo Militar General Paz, a los trece años. Sencillo y muy sacrificado, con gran espíritu, reposado e inteligente, mereció la confianza constante del mayor Castagneto durante las operaciones bélicas, sobre todo en situaciones de decisión difícil, que requirieron su consejo y apoyo.

El capitán Jorge Jándula, salteño, de treinta y seis años, era sobrino nieto de un militar que tuvo participación en actividades políticas dentro del Ejército en la década del 40. Siempre sintió la vocación castrense, y deseaba incorporarse a la Fuerza Aérea, pero su atemorizada madre le escondió el folleto de respuesta a la solicitud que había cursado... Ingresó, pues, en el Colegio Militar luego de cursar el bachillerato. De temperamento nervioso, muy impulsivo y de gran empuje, se preocupaba constantemente por conseguir los datos para las operaciones encomendadas y se encargaba de explicar sus detalles. Poseía un carácter fuerte e impresionable.

Como para equiparar los temperamentos, el capitán José Ramón Negretti, de treinta y un años, nacido en Formosa, es tranquilo. También se formó desde chico en las filas, en el Liceo Militar General Belgrano, de Santa Fe. Sumamente responsable, desempeñó una función importante y sacrificada, obteniendo en forma a veces sorprendente por las dificultades, todo aquello preciso para el abastecimiento; y no sólo preparando especialmente las raciones de combate individuales —para que tuviesen menos peso— sino logrando en un medio de privaciones, esos “vicios” que contribuían a sobrellevar situaciones extremas: cigarrillos, chocolates. Logró todo el material necesario, llenando cumplidamente sus obligaciones.

El capitán Ricardo Frecha, porteño, de treinta y dos años, es también hijo de un coronel retirado. Un hermano suyo, con el grado de teniente, estaba igualmente en Malvinas, prestando servicios en el Regimiento de Infantería 3. Amante de la acción, era al mismo tiempo gran lector y versado en multitud de temas que excedían el campo militar. Por su sentido artístico, el mayor Castagneto le encargaría ejecutar los esquicios y dibujos de los lugares

que exploraban.

Cierra la lista de la plana mayor el médico de la Compañía, capitán Pablo Llanos, tan competente profesional como decidido combatiente, de treinta y un años de edad. Oriunda su familia de Santa Fe, nació en Córdoba porque — al igual que otros camaradas— allí estaba destinado su padre, médico de la Aeronáutica. Graduado en la Universidad de Buenos Aires, se especializó en radiología. El “virus heredable” lo movió a imitar a su progenitor e ingresó en la Escuela de Servicios para Apoyo de Combate, cumpliendo con solvencia todas las exigencias castrenses y físicas. Dotado de mucha iniciativa y sentido de la amistad, constantemente buscó estar en movimiento.

Resta considerar a los jefes de secciones o patrullas. El teniente primero José Martiniano Duarte fue un ejemplo como combatiente individual. De gran aptitud física, con mucho empuje, buscaría impetuosamente el contacto con el enemigo, aun sin medir por completo el planeamiento de la acción. Nacido en La Paz (Entre Ríos), por destino militar de su padre —fallecido como coronel en actividad—, se destacó por su carácter impulsivo.

El teniente primero Sergio Fernández, de treinta años, se graduó de maestro en la Escuela Normal Mariano Acosta, de la Capital Federal. Esta formación profesional antes de su ingreso en el Colegio Militar lo marcó con una permanente curiosidad intelectual: es unánimemente considerado por sus camaradas como un especialista en armamento y tropas de todo el mundo. Inteligente y organizado, fue un brillante combatiente a la par que un destacado analista de las operaciones. Se lo conocía por “Gallego”, al ser hijo de nativos de Lugo.

El teniente primero Daniel González Deibe, de veintinueve años, poseía un carácter muy fuerte, de temperamento nervioso aunque controlado. Hijo de un teniente coronel retirado, se manifestó sumamente competente para dirigir las misiones que se le encargaron, superando correctamente varias situaciones difíciles.

Los días pasaban, la Compañía 601 iba perfeccionándose, pero no llegaba la orden para su traslado a las islas, como todos deseaban. El mayor Castagneto había alentado la ilusión de que el general Mario B. Menéndez llevase consigo esta subunidad cuando se hizo cargo de la Gobernación de Malvinas, acto cumplido el 7 de abril. Pero transcurrían las jornadas sin

novedades.

Era importante, pues, convencer a la superioridad de la necesidad de su presencia, por más que los buenos oficios que desplegaba el general Alexander Haig, titular del Departamento de Estado de los Estados Unidos, afirmaban la confianza del Gobierno argentino de que iba a evitarse una confrontación armada con el Reino Unido. No enfrió este optimismo oficial la votación del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas que el 3 de abril determinó exigir el retiro de las tropas argentinas del archipiélago (resolución 502), lo que significaba un serio revés para la diplomacia desplegada por el Canciller de la Junta Militar. A mediados de mes todavía se pensaba que Gran Bretaña realizaba tan sólo un alarde de fuerza, pero sin propósito de romper las hostilidades, lo que demostraba una ignorancia histórica tan grave como el error político de creer que Estados Unidos haría causa común con un país sudamericano contra su aliado tradicional en el equilibrio mundial.

El 17 de abril ocurrió una novedad, en forma de radiograma dirigido al capitán Ricardo Frecha: *“Deberá presentarse primer medio Gobernador Militar Islas Malvinas. Tema: asesoramiento misiles antiaéreos. Tiempo de duración a confirmar”*. Era el día de su cumpleaños y lo consideró un buen regalo. Frecha se alistó enseguida, y al atardecer del 20 llegaba a la capital de las islas —rebautizada como Puerto Argentino—, siendo asignado a la Brigada de Infantería X.

El jefe de Comandos 601 no se hacía ilusiones sobre un fácil desenlace del conflicto: aquel 17 de abril, con regalos de casamiento ya recibidos en su casa, suspendió la boda. Desesperado, Castagneto se daba cuenta de la importancia de conocer con anticipación el terreno donde debería operar en combate su Compañía. También sabedores de ello, sus oficiales de Operaciones e Inteligencia planearon una ofensiva ante los mandos jerárquicos.

Autorizados por el mayor Castagneto —absorbido por el problema de la preparación logística, en cuanto municiones y abastecimientos—, los capitanes Figueroa y Jándula se apersonaron al Estado Mayor, donde entrevistaron a jefes amigos, pero el panorama fue poco alentador. No existían planes para el empleo de los Comandos; y de convocarlos a la acción, sería para otro destino:

—Mi mayor, la vemos muy negra: la cosa está para otro lado —le

informaron a su regreso.

Así era, porque en las previsiones estratégicas del alto mando entraba la beligerancia oportunista del secular perturbador de Argentina: Chile. El país trasandino, de estrecho contorno y árido suelo, perdidas en el siglo pasado sus ambiciones de expansión territorial sobre la Patagonia, no cesó a lo largo de los años de provocar incidentes limítrofes con ánimo de obtener algún crecimiento, y estas dentelladas que se reiteraban de tanto en tanto le eran provechosas. El último conflicto fronterizo por la delimitación del canal Beagle y la posesión de tres islas en el Atlántico (Picton, Nueva y Lennox) les había vuelto a ser favorable, merced al laudo arbitral de la Corona Británica —precisamente—; y la nulidad de tal solución argumentada por el Gobierno argentino llevó en 1978 a un inminente choque armado, que *in extremis* consiguió evitar el Papa. La actitud de la vecina República, por lo expuesto, era también motivo de preocupación para las autoridades argentinas, sin que faltaran ingredientes para sustentarla: a la movilización y despliegue de sus fuerzas se sumó una sostenida campaña de las radios chilenas contra la toma de las Malvinas por parte de Argentina; y la red privada —y semioficial— de Chile interfirió las ondas usadas por nuestro Ejército. Insultos, burlas y amenazas fueron una constante muestra de la hostilidad chilena captada por los aparatos nacionales.

Para mayor gravedad, el 14 de abril la Armada Argentina obtuvo información fidedigna y precisa de la siguiente orden impartida dos días atrás por el almirante chileno Merino, integrante de la Junta Militar que gobernaba a Chile:

*Estar preparada toda la Armada Chilena para prestar colaboración cubierta o descubierta a Gran Bretaña, a partir del día 19 de abril, en la guerra que libra contra la Argentina.*<sup>3</sup>

No obstante, la plana mayor de la Compañía 601 pensaba que todo era un simple amago, una mera demostración de antipatía: “Chile no va a entrar en guerra”, sostenían, “y la Compañía no va a salir”. Las gestiones ante amigos no prosperaban; nuevas conversaciones en el Estado Mayor Conjunto no dieron resultado. La médula de la cuestión estribaba en que los planes de la Junta Militar argentina se habían limitado a la ocupación de las Malvinas, pero no a las posibilidades sobrevinientes; mucho menos, a una guerra formal. De aquí la irresolución y la falta de alternativa en los planes, y la



ausencia de previsión sobre la actuación de los Comandos específicamente. Era menester ampliar la maniobra, y la jugada siguiente se realizó en el Estado Mayor General del Ejército.

Castagneto y Figueroa prepararon una exposición que el primero haría ante la Jefatura III (Planes) el 20 de abril, trabajando en ella hasta las tres de la madrugada de la jornada anterior; y en la fecha indicada el jefe de la Compañía detalló sus capacidades y la utilidad que los Comandos podrían brindar en futuras operaciones. Un par de días después, el jefe del Estado Mayor, general Vaquero, dispuso que la 601 fuera enviada al Sur.

Pero no donde los interesados querían, sino todavía con miras a un eventual ataque chileno. De cualquier modo, ya se forjaron planes para la acción, y la Compañía quedó acuartelada —con un turno de salida por sección— y trabajando las veinticuatro horas. El mayor Castagneto recibió la orden de enviar una “comisión de reconocimiento” encabezada por él, con la misión de efectuar estudios en el terreno, establecer acuerdos con las unidades allí destacadas, y reunir toda la información necesaria, con las siguientes prioridades: 1) Río Gallegos; 2) Comodoro Rivadavia; 3) si quedaba tiempo y había posibilidades, islas Malvinas. Y luego regresar a Buenos Aires para exponer el resultado y decidir la resolución conveniente.

Pero la jefatura de la Compañía 601 adoptó otra decisión: invertir el orden de esas prioridades. Sin dirigirse al extremo sur del continente, pasarían directamente a Malvinas.

Castagneto integró la comisión con los capitanes Figueroa y Jándula —se recordará que el otro miembro de su plana mayor, Frecha, ya se había adelantado— y además con el oficial más joven de la Compañía de Comandos, teniente Marcelo Alejandro Anadón, encargado de comunicaciones. Este último, de veinticuatro años de edad, era un tucumano de familia de militares, muy deportista, de gran iniciativa y creatividad, deseoso de entrar en acción. El capitán José Ramón Negretti quedó a cargo del grueso, atento al primer aviso para que todos cruzaran a las islas. Así, bajo cuerda, siguiendo su propia iniciativa, se movieron buscando concretar su anhelo de servir militarmente donde el conflicto se avecinaba.

El sábado 24 de abril, desde la madrugada hasta mediodía, esperaron los cuatro inútilmente plazas en los aviones militares que salían desde la base El

Palomar. Hartos de la demora, consiguió Castagneto en la Escuela de Infantería un “pedido de prestación de servicios”, y provisto de él fueron al Aeroparque de la ciudad de Buenos Aires. Estaban vestidos con uniforme de combate, camuflado, portando mochilas y fusiles, y como una deferencia a los guerreros —o más probablemente para no alarmar a los viajeros corrientes— los alojaron hasta su partida en el salón VIP: *Very Important Persons*. Era su primer contacto con los muchos nombres en inglés entre los cuales convivirían. Luego los llevaron en auto hasta un Boeing 727 de línea con escala en Comodoro Rivadavia, y fueron introducidos hasta los últimos asientos, pero advertida su inocultable presencia, los pasajeros los recibieron con aplausos.

A las seis y media de la tarde llegaron a destino, y allí buscaron embarcarse en otro avión hacia Puerto Argentino. Estaba cruzando el Regimiento de Infantería 12, y como eran pocos, a las dos horas la comisión de Comandos partía en un Fokker F-27. ¡Finalmente!

Con gran emoción pisaron territorio insular a las nueve y diez de la noche. El capitán Jándula se alejó de la pista y besó el suelo de Malvinas, como lo hicieron otros muchos soldados, y se persignó. A esa hora, Mario Castagneto debía estar casándose en la distante y templada Salta...

Al día siguiente la *Royal Navy* atacó el puerto de Grytviken, en las Georgias del Sur, y una jornada después sometía a su guarnición naval argentina. Habían empezado las hostilidades.

### *Notas*

<sup>1</sup> La “fuerza de tareas” anfibia había zarpado de Puerto Belgrano el 28 de marzo, manteniendo en secreto su objetivo. Estaba compuesta por el buque de desembarco Cabo San Antonio y una poderosa escolta: el portaaviones *25 de Mayo*, los destructores *Hércules* y *Santísima Trinidad*, las corbetas *Drummond* y *Granville*, el rompehielos *Almirante Irizar* y el submarino *Santa Fe*.

El sigilo que rodeó a la misión tuvo algunas “filtraciones”: ya en marcha la escuadra, y cuando los gobiernos de Gran Bretaña y de Estados Unidos conocían fehacientemente su destino —la noche del 1º de abril el presidente Reagan llamó telefónicamente al presidente Galtieri para instarlo a detener la acción—, corrieron discretamente varios indicios. Durante la clase matutina del jueves 1º en la Escuela Superior de Guerra, el instructor naval dio a los capitanes cursantes algunos datos como para suponer que se estaba preparando

“algo grande”, y aunque no efectuó precisiones, sus alumnos supusieron de inmediato — por las noticias periodísticas sobre el conflicto austral en Georgias— que la flota iría a Malvinas: “No quisimos inquirir más porque teníamos clara conciencia que era un problema de sorpresa”, me comentaba uno de aquéllos.

Yo mismo fui impuesto del operativo ese 1º de abril, por un comodoro de Aviación en situación de retiro, a la tarde, visitando la Feria del Libro...

2 El nombre definitivo dado a la ocupación de las Malvinas, “Operación Rosario” — inicialmente “Azul”—, se debió al teniente coronel Seineldín. Embarcado éste en el transporte de tropas *Cabo San Antonio*, y ante un fuerte temporal que soportaba la flota con riesgo de hacer fracasar la misión, recordó haber leído que cuando ocurrieron las invasiones inglesas al Río de la Plata a principios del siglo anterior, el general Liniers había enfrentado similares inclemencias; pero que a causa de su invocación a la Virgen del Rosario la tempestad cesó en aquel entonces. Por eso sugirió al almirante Carlos Busser, jefe de la fuerza de desembarco —en su carácter de comandante de la Infantería de Marina—, que pusiera a las tropas argentinas bajo el amparo de dicha Virgen, llamando de tal forma a la empresa. El teniente coronel Seineldín me relataba que, implorado el socorro celestial, en poco tiempo calmaron el viento y la lluvia, al punto que “desde varios kilómetros de distancia podían distinguirse claramente las luces de Puerto Stanley”.

El almirante Busser ha indicado la autoría del apelativo y las circunstancias que lo rodearon, pero sin mencionar la tormenta que, según Seineldín, al igual que ellos tocó superar a Liniers (*Operación Rosario*, pags. 64/5, Editorial Atlántida, Buenos Aires, 1984).

3 Denuncia formulada por el almirante Isaac Francisco Rojas, publicada por el diario *La Prensa* de Buenos Aires el 4 de marzo de 1985. Añade este ilustre patriota que tal orden fue también cursada a la Fuerza Aérea y al Ejército de Chile, y que sus similares argentinos asimismo se enteraron de ella. Véase la parte final de la nota 25 de este mismo libro.

## CAPÍTULO II

### *Un poco de historia*

DESDE QUE EXISTIERON GUERRAS EN LA HUMANIDAD, siempre hubo grupos de soldados audaces que ejecutaron actos arriesgados dentro de los campos enemigos: el caballo de Troya es un ejemplo clásico de infiltración efectuada por tropas escogidas para permitir el éxito posterior del ejército propio. A lo largo de los siglos muchas fuerzas armadas destacaron partidas reducidas o incluso regimientos ligeros para desarticular el dispositivo del adversario u ocasionarle daños en su retaguardia. Las emboscadas y golpes de mano, o una fulminante penetración en territorio enemigo, son propias de todas las hostilidades. Igualmente, el empleo de técnicas no convencionales, como el disfraz, el empleo de animales, o el uso de elementos corrientes con propósitos bélicos, sobre todo el fuego.

Mas la concepción actual de los llamados *comandos*, en el sentido de grupos especiales adiestrados como unidades permanentes, data de la Segunda Guerra Mundial, y su cuna fue Inglaterra, en las azarosas jornadas del año 1940.

En esa época, perdido todo apoyo en el continente europeo con la caída de Francia, y faltó el Ejército británico de valioso equipo luego de la retirada de Dunquerque, era imposible pensar en una acción ofensiva a gran escala: la insuficiencia de medios —hombres, armas y suministros— tornaba ilusorio el encarar cualquier tipo de lucha de gran envergadura. Es en tales circunstancias cuando la imaginación se agudiza, y el ayudante del jefe del Estado Mayor Imperial, teniente coronel Dudley Clarke, concibió efectuar incursiones con reducidos elementos de gran eficiencia y movilidad, convenientemente adiestrados y armados para cruzar el Canal de la Mancha. Ello permitiría —a la vez que demostrar que el espíritu de resistencia no se había apagado— experimentar nuevas tácticas de lucha, foguear a los hombres, y golpear puntos claves de la triunfante organización alemana, manteniéndola en continuo sobresalto y fomentando su temor hacia el

adversario. A nadie sorprenderá saber que tal idea, transmitida el 4 de junio, recibió el inmediato auspicio del primer ministro Winston S. Churchill, el notable estadista presto a acoger toda idea novedosa que, escapando a la rutina encerrara la posibilidad de ejecución y éxito.

Tan sólo tres días después el proyecto estaba en marcha, y el 18 del mismo mes Churchill se dirigió al jefe del Estado Mayor:

*¿Qué piensa el comandante en jefe de las fuerzas metropolitanas sobre los Storm Troops o los Leopards, seleccionados entre las distintas unidades, listos para atacar de improviso en el interior de cualquier desembarcadero o vía de penetración? Esos oficiales y hombres deben ser armados con los equipos más recientes, metralletas, granadas, etc., y se les deben facilitar motocicletas y coches blindados.*

Así surgieron los *Commandos*, que recibieron su nombre de las unidades de caballería ligera de los bóers que durante la Guerra de Sudáfrica (1899-1902), tanto trabajo dieron a las tropas británicas. Su designación era la de un grupo, y no identificaba —como ahora— a los individuos que lo conformaban. Apenas diecinueve días más tarde, en la noche del 23 al 24 de junio de 1940, los *Commandos* realizaron su primera incursión sobre la Francia ocupada, regresando con valiosa información. Tan seria preocupación causaron esas atrevidas expediciones, que el 10 de octubre de 1942 Hitler expidió una orden para ejecutar a todos los hombres de dichos cuerpos que cayeran prisioneros, por no considerarlos soldados regulares, dadas las características de su obrar, su uniforme especial, y las prácticas novedosas de combate: cabe asentar que esa directiva causó disgusto entre muchos oficiales de la *Wehrmacht*.

Los Comandos británicos actuaron en todos los frentes, desde Noruega hasta Italia en Europa, y desde el Norte de África hasta Birmania. Fueron sus jefes soldados tan destacados como Lord Mountbatten, Robert Laycock, David Stirling, Lord Lovat, Jack Churchill. Su dirección suprema fue organizada como “Operaciones Combinadas” que englobaron a todos aquellos que sobriamente se denominaron *Servicios Especiales*. El primero de éstos fue el *Special Boat Squadron* (S.B.S.) que, como su nombre lo indica, operaba con botes sobre el litoral y aun ríos franceses; luego, en 1942, el mayor Stirling de los Guardias Escoceses creó el *Special Air Service* (S.A.S.) que mediante transporte aéreo incursionaba más profundamente en territorio dominado por los alemanes. Ambas unidades permanecen en

actividad hasta nuestros días, e intervinieron en las islas Malvinas. El hoy general David Stirling expresó de ellas: “La clave del éxito de estas fuerzas fue, antes y ahora, la sorpresa. No hace falta un batallón mal entrenado sino un grupo pequeño de superprofesionales, aptos para actuar con rapidez y decisión”<sup>4</sup>. Imitándolos, el entonces mayor Otto Skorzeny de la Waffen SS dirigió el rescate de Mussolini detenido en la aparente seguridad de las cumbres del Gran Sasso (1943).

Después de la Segunda Guerra el renombre de los Comandos se afirmó y extendió, y todos los países adoptaron su uso, con denominaciones diversas, tales como *rangers* en Estados Unidos y por imitación también en Bolivia; *lanceros* en Colombia; *leopardos* en Haití; *cazadores* en Venezuela; para no citar sino a Repúblicas americanas. Su entrenamiento, finalidad y empleo es similar, y será considerado cuando se trate en particular a esta especialidad dentro de Argentina. Operaciones de resonancia mundial fueron llevadas a cabo por estas unidades, tanto en una ciudad (asalto a la embajada de Irán en Londres) como en localidades situadas a una enorme distancia (rescate de rehenes israelíes en Entebbe, Uganda). En guerras de los últimos años se destaca la toma del Monte Hermón por Comandos sirios (1973) y el empleo masivo de esta técnica por sus adversarios en Cercano Oriente, los israelíes, uno de cuyos altos jefes ha declarado:

*La guerra es para nosotros una acción de Comandos ampliada hasta las dimensiones de la guerra clásica. Como en una incursión de Comandos, hemos de golpear pronto y fuerte. De la brigada a la sección, todas las unidades del Ejército israelí actúan más o menos según la técnica y el espíritu de los Comandos: las unidades pueden luchar aisladamente sin temor, quedarse sin víveres, sin municiones, sin agua, sin enlace, sin apoyo a los flancos o sin apoyo de artillería; improvisan a medida que se desarrolla el combate. Su fuerza depende únicamente de su rapidez, autonomía y ligereza. Buscamos, ante todo, provocar el efecto sorpresa en el adversario, como ocurre con los Comandos: sorprender, golpear, desaparecer. Como en los Comandos, los oficiales han de avanzar a la cabeza de sus hombres. Las pérdidas de oficiales son las más altas del mundo: treinta por ciento del total durante la guerra de los Seis Días. Pero ¿no se encuentra este mismo porcentaje en las unidades de Comandos de todos los Ejércitos?*<sup>5</sup>



Desde luego, se dan en contadas ocasiones espectaculares fracasos, como el frustrado intento sobre la embajada norteamericana en Teherán (1980), cuando se procuró liberar a los funcionarios diplomáticos que eran mantenidos allí como rehenes políticos.

Normalmente los objetivos de los Comandos son de dos tipos: recoger información, explorando en la profundidad del territorio enemigo; o bien ejecutar en él golpes de mano a instalaciones fijas, o emboscadas a elementos móviles. Las partidas que se ocupan de cumplir estas misiones generalmente son reducidas (patrullas de quince a veinte hombres) aunque a veces pueden contar con un máximo de cincuenta individuos. Operan aislados de sus bases, sin ningún tipo de apoyo, y con los elementos que puedan transportar ellos mismos para abastecerse y combatir, aunque primordialmente eludan entrar en pelea franca para evitar ser aferrados, ya que no sólo debe considerarse que son fuerzas reducidas y serían a la larga dominadas, sino que también debe preservárselas por lo valioso de su obrar y el costo de su entrenamiento. Sus blancos, dado lo expuesto, es preciso que sean muy rentables: puestos de mando, jefes importantes, depósitos, sistemas de comunicaciones o de artillería.

La máxima que rige su preparación es breve: “Entrenamiento duro, combate fácil”. O dicho en otros términos: “La transpiración en el campo de instrucción ahorra sangre en el campo de combate”.

El Ejército Argentino incorporó esta especialidad a fines de 1963, luego de la crisis de los misiles soviéticos que tuvo lugar en Cuba el año anterior. Entre enero y febrero de 1964 se desarrolló el primer curso durante treinta días, teniendo como alumnos a un cincuenta por ciento de paracaidistas y otro cincuenta por ciento de subtenientes. Fue su jefe el teniente coronel Leandro Narvaja Luque, quien contó con el asesoramiento del mayor William Cole, norteamericano, veterano de los *rangers* en Corea. La práctica se llevó a cabo en Córdoba, en el Centro de Instrucción de Infantería, que en 1966 fue trasladado a Buenos Aires cuando se transformó en la actual Escuela de Infantería, donde ahora se realiza. A partir de entonces el curso fue aumentado a cuarenta y cinco días, posteriormente a noventa, y luego hasta un máximo de ciento cinco días; y además se llevó a cabo el entrenamiento

en distintos lugares del país: Campo de Mayo, delta del Paraná, Misiones, Córdoba, Tartagal (Salta), Bariloche y otros. En 1974 la especialidad de Comandos incorporó técnicas de lucha contra guerrilleros subversivos, sumando recursos de Inteligencia. Asimismo se recibieron cursantes del extranjero <sup>6</sup>. En esta época los Comandos tuvieron su bautismo de fuego y de sangre, combatiendo en los montes de Tucumán y en las selvas de Misiones, evidenciando su eficacia.

Pero es en 1978 cuando este adiestramiento se transforma: además de capacitarse a los voluntarios que quisieran cursarlo, para luego retornar a las unidades convencionales, se creó con carácter estable dentro del Ejército Argentino, el reducido Equipo Especial Halcón 8 como subunidad independiente (quince hombres), aunque operando siempre dentro del marco de la Escuela de Infantería <sup>7</sup>. Era la época del conflicto con Chile por las islas australes.

Quien le dio una especial característica espiritual, de entrega al servicio para defender los supremos intereses nacionales —el mencionado, y la lucha antisubversiva—, fue su primer jefe, el mayor Mohammed Alí Seineldín. Este soldado, poseído de una mística patriótica y religiosa en alto grado, supo imprimir a todos los integrantes de la subunidad a partir de ese momento, la conciencia del cumplimiento del deber como una prioridad absoluta, de sacrificio total, que encontrase su recompensa en la obediencia a las directivas recibidas. Seineldín fue desde entonces un paradigma de Comandos, y se lo reconoció como al jefe natural de la especialidad aun cuando hubiese dejado su mando, tal fue de vigorosa la huella de su personalidad. Nacido en Entre Ríos de padres drusos —y mal conocido, por ende, como “Turco”—, heredó las virtudes de esta raza aguerrida a través de su progenitor, un agricultor colono de la familia Urquiza, de neto perfil como hombre valeroso en las contiendas políticas de principio de siglo. No obstante la religión de sus padres, Mohammed Seineldín fue educado desde los nueve años de edad en la fe católica, de la que hizo un culto abierto y militante. “Dios y Patria o Muerte!”: este lema de los Comandos argentinos recibió desde entonces un sentido positivo y no meramente declamatorio.

En su explicación sobre el empleo de los Comandos, oficialmente se difundieron conceptos ya conocidos:

*La conducción de las fuerzas en el campo operacional y táctico necesita contar con la realización de operaciones que exploten las vulnerabilidades del enemigo en la profundidad de su territorio o dispositivo, de acuerdo con el marco de combate, con el objeto de servir a otras operaciones militares.*

*Estas operaciones requieren que sean ejecutadas por agrupamientos relativamente pequeños, perfectamente organizados, instruidos y equipados para operar en situaciones difíciles. Por estas circunstancias resulta necesario que nuestro Ejército cuente en los distintos elementos con personal especialmente capacitado: intelectual, física y espiritualmente, para asesorar, planear, conducir y ejecutar operaciones detrás de las líneas enemigas, en apoyo de una operación en desarrollo o futura.*

*Su objetivo fundamental será dificultar las operaciones enemigas, privarlas de parte de sus recursos, eliminar personal u obstáculos que afecten las propias operaciones, destruyendo puestos de comando, instalaciones, cortando vías de comunicaciones, obteniendo informaciones de interés para propia tropa, etc. Su acción se concretará, especialmente, mediante infiltraciones, golpes de mano, emboscadas, incursiones y bloqueos de vías de comunicaciones <sup>8</sup>.*

No hay propaganda de captación para efectuar el curso de Comandos: esta especialidad se difunde mediante comentarios particulares, conversaciones entre camaradas, y su ingreso es absolutamente voluntario. Es que el desarrollo del entrenamiento es muy duro, y se lleva al hombre al límite de su capacidad psicofísica.

Como una vez iniciado el programa éste no reconoce períodos de descanso para una más adecuada adaptación, sino que desde un comienzo la exigencia pone a prueba la voluntad y la resistencia, se busca a quien posea estos dos requisitos. Tan importante es un perfecto estado físico, como una predisposición anímica: a veces los más jóvenes son superados por quienes les llevan algunos años de edad, pero cuyo espíritu los mueve a persistir contra todas las adversidades. De cualquier modo, los cuarenta serían el límite ideal, pese a algunas excepciones; y hubo tiempo en que a los subtenientes se les negó la oportunidad de realizar el curso por considerarse necesario una mayor madurez intelectual, así como también se piensa que el

grado óptimo para un instructor es el de capitán, pues ya tiene experiencia en el manejo de los subordinados.

Las condiciones —desde el ingreso— son rigurosas. El teniente primero Rubén Teófilo Figueroa se entrenaba corriendo descalzo cuatro kilómetros diarios antes de la prueba de admisión, para estar fuerte en las marchas que realizarían. De entre ciento cuarenta aspirantes se seleccionan —como promedio— unos ochenta, y de éstos se gradúan apenas treinta y cinco. Desde la primera revista de equipo se pone a prueba a los hombres, con órdenes que los fuerzan a aguzar su atención, so pena de ser castigados en el acto con severas observaciones y flexiones a aquellos que no responden correctamente. El *shock* físico y psíquico se ve reforzado cuando los oficiales son mandados por inferiores jerárquicos, aunque con mayor antigüedad y formación como Comandos: lo que cuenta es la previa capacitación y no el grado militar. Luego, a los “afortunados” se les corta el pelo para igualarlos, para que hasta en las menores formalidades se sientan subordinados y nivelados a fin de mejor aceptar su nueva condición. Las veinticuatro horas del día los cursantes son presionados pues se busca que la selección fluya gradualmente, dada la voluntariedad de la aptitud que se desea obtener.

Tanto el instructor como el cursante saben que todo está dirigido a la perfección de la enseñanza, y esto procura afirmar el espíritu, evitando que se quiebre la voluntad: no hay prioridad que supere a la de fortalecer el carácter y obtener que el soldado sobrelleve las situaciones más adversas. Por cierto, sólo oficiales y suboficiales están en condiciones de realizar el adiestramiento para lograr la aptitud especial de Comandos, ya que los conscriptos se excluyen de tal capacitación. Hay que sobreponerse a la fatiga, a los dolores, los nervios, el sueño; tender a proseguir la práctica pese a sinsabores y sobresaltos. Se vuelve a las fuentes de la formación profesional.

Se inculca el concepto de que las misiones impuestas deben ser cumplidas a cualquier costo, con un claro sentido de responsabilidad. Por ello las operaciones no se basan —como en el antiguo Ejército— en la “obediencia pasiva”, sino en la compenetración de su desarrollo y finalidad. El orden en el planeamiento es tan importante como la persistencia en la práctica para llevar a cabo una directiva. Una y otra vez se ensaya la maniobra hasta que pueda ejecutarse con los ojos cerrados; y en efecto, normalmente los Comandos trabajan de noche dada la índole de su acción. De aquí que resulte fundamental —como se expuso en el Capítulo I— la compenetración entre

los compañeros de tareas, en silencio, por signos: la manera usual de subdividir una unidad de Comandos es distribuir a sus integrantes por parejas que se entrenan juntas hasta que obtienen el mayor grado de compenetración. Por ello también es menester recalcar que la eficiencia de los Comandos está dada en relación directa con su permanente adiestramiento, y que una “movilización” —reunir elementos dispersos— atenta contra su rendimiento.

Aislados de sus bases en territorio hostil, los Comandos dependen de sí mismos. Ahora resalta el carácter: lo que en una pedana de adiestramiento vale para el atleta, en el campo de batalla puede no servir para el soldado. Hombres muy aptos físicamente, pueden quebrarse espiritualmente. Ningún Comando es un superhombre si no se lo propone a sí mismo; y desde luego, no es preciso haber recibido esa aptitud para destacarse. Los cursos apenas otorgan experiencia, en forma dura, pero sin que ello pueda crear o extinguir el fuego interno que cada uno posee como ser humano.

Se preparan en todos los terrenos y situaciones: duermen al raso después de arrojarse en paracaídas, alimentándose con las provisiones que llevan —a veces se los abastece desde el aire— o con los recursos naturales de que puedan echar mano; y se pasa bruscamente de geografía cuando en cinco horas de vuelo se los transporta desde Misiones, con cuarenta grados a la sombra, hasta Bariloche, con diez grados bajo cero. Sumado al cambio de equipo, de técnica, de mentalidad, con el desgaste físico acumulado. Las prácticas se realizan con munición de guerra, no sólo con balas de fogeo, y las demoliciones son producidas realmente con explosivos, sin concesiones a la imaginación. Un sentido ejemplo lo dio el caso del sargento Luis Gerardo Luna, quien, vuelto de la campaña de Malvinas, resultó muerto en un ejercicio sobre la cordillera de los Andes, al explotar prematuramente una carga de dinamita que transportaba. Luna falleció en el acto, y otro veterano, el teniente Marcelo Alejandro Anadón, quedó herido. Luna era especialista en montaña y había realizado un curso en Italia.

La supervivencia es una preocupación, pues, real, tangible. Y de aquí que la dureza en el trato tenga su explicación. Vaya una anécdota para clarificarlo: uno de los mas célebres subinstructores fue el sargento Mario Cisnero, hombre duro en la exigencia, tenaz vigilante de los cursantes para extraerles el máximo de su rendimiento; tanto, que era habitualmente

nombrado como “Perro”. Cisnero mismo se había acostumbrado al apodo, y no le disgustaba que se lo conociera como a tal. Pues bien: en cierta oportunidad el teniente Horacio Losito se encontraba hambriento en la selva, después de prolongados esfuerzos, y decidió regalarse con un tesoro —una maravillosa salchicha— que guardaba hasta entonces en medio de sus privaciones. Para calentarla encendió fuego, y no pudo evitar que la humedad levantase humo... Llegó el “Perro” Cisnero a los gritos:

—¿Quién es el Comando que está haciendo fuego?!

—¡Ordene, mi sargento! —exclamó Losito mientras se cuadraba inmediatamente. Y quien en la vida diaria era su subordinado, pero en el curso funcionaba como superior, se dedicó a patear la incipiente llama, salchicha incluida, mientras abrumaba al sufrido oficial con sus retos. A quien, además, le impuso como multa por su falencia, entregarle las cinco galletitas que eran toda su reserva alimentaria <sup>9</sup>.

Claro que muchas veces el abastecimiento no llega, o los alimentos se acaban, y en estos casos es menester apelar a cualquier recurso. El apelativo de “comevíboras” dado a los Comandos no es gratuito... Otra vez Cisnero: en cierta oportunidad que éste daba una clase de supervivencia a un grupo de horripilados cursantes recién ingresados, se aproximó un atildado oficial que iba inquiriendo los partes de novedades a las distintas secciones. El *Perro* no desperdició la oportunidad, y luego de advertir a los futuros Comandos sobre el ejemplar comportamiento que verían, se dirigió imperativamente al sorprendido oficial:

—¡Sírvese, mi capitán! —dijo, al tiempo que le presentaba un vaso lleno de sangre de animales que había extraído de un tacho cercano... Por cierto, éste no tuvo más remedio que beberse, huyendo de inmediato a ocultar su repugnancia detrás de un árbol <sup>10</sup>.

De aquí que se comprenda el especial espíritu de que debe estar revestido quien realiza el curso para lograr esta aptitud especial. Luego de egresar del Colegio Militar o Escuela Sargento Cabral, el joven soldado profesional — oficial y suboficial— puede encontrar que no realiza plenamente la vida que había presentado al ingresar en la institución, sumergido en servicios ajenos a las actividades primordialmente castrenses: burocráticas, de asistencia a la comunidad, rutinarias, sin práctica auténtica de actividades militares. La carencia de recursos, en un Ejército sin guerras, que ahorra el empleo de material, contribuye a borrar las ilusiones. Y entonces el entrenamiento para



Comandos aparece como un retorno a la vocación inicial. Ello exige un tremendo sacrificio, pues se vive en medio de privaciones voluntariamente aceptadas, en un clima de realidad de combate, cuando la hipótesis de conflicto es lejana. Y esto es a veces mal interpretado, y no falta el calificativo de “loquitos” dado a quienes se prestan a realizar tales esfuerzos; porque es menester señalar que los Comandos no siempre han sido bien vistos.

Jefes hubo que prohibieron a sus oficiales y suboficiales realizar los cursos, con el pretexto de que se los privaba de elementos necesarios para el mantenimiento de las unidades —sin considerar su capacitación—; y hasta fue un arduo logro el permiso para lucir el distintivo que ostenta quien ha superado las exigencias: en campo verde (sinople), una “perla” de plata (letra Y), surmontada por un puñal con empuñadura roja (gules) cuya hoja se apoya en una letra C de oro.

—Los convencionales no quieren a las unidades especiales —me comentaba un capitán—, pero los jefes de subunidades en los regimientos son Comandos...

Ese trabajo para estar mejor preparados por si se presenta la oportunidad de entrar en hostilidades descansa en la constante ejercitación y en un espíritu de entrega al servicio, alimentado —fuerza es destacarlo— por una profunda concepción religiosa de la vida, que es otro distintivo de los Comandos: una sublimación del sacrificio.

Así se forman estos “guerrilleros metodizados” en el salto con paracaídas, buceo, montañismo, natación, defensa personal, comunicaciones, práctica con todo tipo de armas. Existen especialistas en meteorología, fotointerpretación, volovelismo y saltos con ala-delta, aviación, embarcaciones de vela, como quienes son capaces de dirigir una estación ferroviaria o conducir un tren, etcétera. Luego de la campaña en Malvinas, han sido iniciadas prácticas de salto en paracaídas con esquíes, para luchar en campos nevados. Por todo esto, el cursante se encuentra haciendo de nuevo milicia, viviendo plenamente su vocación, por más sinsabores y penalidades que le signifique.

No falta siquiera la experiencia de prisioneros, una de las más fuertes, pues estos campos no responden a los requisitos establecidos por la Convención de Ginebra, sino que son adoptados de la experiencia vietnamita. Que lleva al límite de la resistencia y de la voluntad, ya que en última instancia, el hombre

se prueba a sí mismo, porque está enfrentado a su propia superación: en cualquier momento puede solicitar su retiro del curso, y le es admitida su separación al instante, sin que ello implique desdoro.

Todos los participantes en un ejercicio caen prisioneros, tarde o temprano, y saben que van a pasar por un tramo muy desagradable antes de llegar a la salida. El candidato es capturado sorpresivamente, encapuchado y golpeado siguiendo un método preestablecido. Sus instructores no le escatiman el uso de esos garrotes de caucho que usa la Policía, aunque constantemente bajo la vigilancia de un médico y un psiquiatra. Encerrado desnudo en un estrecho pozo que lo mantiene forzosamente parado —mejor dicho: sepultado en él— se encuentra el infeliz tapado por una chapa de lata o zinc que lo abrasa al sol o lo congela de noche, recibiendo una sola comida por día —una polenta caliente que debe recoger con sus manos—; y ahí permanece inmóvil durante tres días, perdida la noción del tiempo. Sólo sale para ser interrogado sobre detalles y características del curso que está realizando, y para obtener su información el Comando es golpeado cuando es menester y también cuando no hace falta. Hasta entonces, en su sepultura, ha debido escuchar constantemente música popular centroamericana o proclamas marxistas y subversivas, que un altoparlante propala sin cesar. Tuvo tiempo de pensar y de rezar, que es lo único que puede hacer. Y determinar si continúa en el curso hasta el final, aun cuando oiga por los altavoces también gritos de sus camaradas que sufren la etapa del interrogatorio. Un hombre que demostró ser muy entero, el entonces subteniente Roberto Estévez (1981), sufrió tan fuerte tensión, que tuvo un paro cardíaco: recuperado con inyecciones al corazón, al día siguiente prosiguió el entrenamiento, por decisión del mayor Rico.

Por eso muchas veces —en su mayoría— es la resistencia espiritual, y no la física, la que permite sobrellevar tales penalidades. Una prístina convicción de mejorar el rendimiento, de provecho profesional, es lo que lleva a seguir adelante. Incluso hubo varios “reincidentes”, quienes separados de sus cursos, repitieron la dura experiencia. La cual es actualizada cada vez que se asciende en la carrera, mediante pruebas físicas, y de combate durante una semana al menos.

El capitán Andrés Ferrero recuerda las palabras con que el actual coronel Seineldín despidió al curso realizado en el año 1975:

—El curso de Comandos empieza hoy; no termina nunca para aquellos que

realmente lo toman como estilo de vida. Lo que nosotros les hemos dado es una aptitud para hacer tal o cual cosa, y ustedes se han medido y saben que están en capacidad. De aquí en más empieza el curso... Lo que deben hacer es mantener esas aptitudes, incrementarlas, y transmitir las.

Sólo les faltaba una guerra para poner en práctica las enseñanzas recibidas y asimiladas.

### *Notas*

[4](#) Esta parte referente a la creación inglesa está basada en PETER YOUNG, *Comando* (Ed. San Martín, Madrid). El autor —brigadier que formó parte de la estructura inicial— es en la actualidad director del Departamento de Historia Militar de la Real Academia Militar de Sandhurst.

[5](#) EJÉRCITO ARGENTINO (Cursos de Comandos), *Breve historia de los Comandos* (1980). Ejemplar mimeografiado.

[6](#) Un Comando argentino consideraba que los mejores luchadores que había tenido por camaradas eran los sudafricanos: uno de éstos, mostrando su solidaridad hacia sus ex compañeros, se ofreció para venir a combatir en las Malvinas si se le facilitara el traslado. La diferencia con ellos es que en Sudáfrica no existe la práctica de “campo de prisioneros”: se entrega a cada soldado un revólver por si está a punto de caer en manos del S.W.A.P.O. que hostiga a las fuerzas del Gobierno de Pretoria...

[7](#) El número correspondió al final del año de su creación. En cuanto al nombre, fue elegido por ser un ave argentina con características apropiadas cuyas letras pueden descomponerse en las cualidades requeridas a los Comandos: “habilidad”, “ligereza”, “originalidad”.

[8](#) EJÉRCITO ARGENTINO, *Boletín Público* n° 4.240, anexo: “Disposiciones básicas para la obtención de aptitud especial de Comando”.

[9](#) Cuando recibieron, años después, la orden de marchar para la guerra, el sargento Cisnero se aproximó a Losito: “¿Está contento, mi teniente primero, de ir a Malvinas?” “Sí, estoy contento, Perro, pero no de ir con vos...” Cisnero rió: “¡Vamos, mi teniente primero! ¿Todavía no me ha perdonado por lo del curso?” Losito quedó con la preocupación de que el suboficial no hubiera entendido que se trataba de una broma suya.

[10](#) Referencias del “Toro” Godoy, sargento ayudante de la Compañía 601.

### CAPÍTULO III

## *El estado de beligerancia*

LA EVOLUCIÓN DE LOS ACONTECIMIENTOS, que se precipitaron con una rapidez inesperada para la Junta Militar que gobernaba Argentina, puede medirse conforme a las siguientes fases:

1.— A fines de marzo de 1982 el gobierno del Reino Unido anunció que un grupo de cuarenta y un obreros argentinos que trabajaban legalmente autorizados en las islas Georgias del Sur, sería desalojado de allí por la fuerza, a causa de haber enarbolado la bandera nacional; a tal efecto despachó la nave *Endurance* desde Malvinas, y se dispuso a reforzar este último archipiélago. Como respuesta, en defensa de sus compatriotas y para no consentir un nuevo título posesorio, el Gobierno argentino determinó el 26 de marzo alistar una fuerza armada que como primera medida ocuparía Malvinas y luego Georgias del Sur. En los febriles preparativos, mantenidos en el mayor secreto, no tuvieron intervención ni el ministro de Defensa ni el Estado Mayor del Ejército, siendo en cambio partícipe inmediatamente de la decisión el Canciller.

El 2 de abril las islas Malvinas fueron recuperadas por las fuerzas armadas argentinas, en impecable operación que no causó ningún muerto ni herido a la guarnición defensora británica, pero a costa de algunas bajas propias. Al día siguiente comenzó el repliegue de los efectivos nacionales, y quedó una reducida dotación de alrededor de quinientos hombres, pues no se calculaba una reacción militar de Gran Bretaña. La política del Gobierno argentino era de “ocupar para negociar” su tenencia definitiva.

2.— Contra todas las previsiones de la Junta Militar argentina, el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas adoptó al día siguiente de la reconquista de las islas, la resolución 502, de acuerdo con el proyecto presentado por el representante británico:

*Recordando la declaración formulada por el presidente del Consejo de Seguridad en la sesión 2345 del Consejo de Seguridad celebrada el 1 de abril de 1982, en la que se instaba a los gobiernos de Argentina y del Reino Unido de Gran Bretaña e Irlanda del Norte a que se abstuvieran del uso o la amenaza de la fuerza en la región de las islas Malvinas;  
Profundamente preocupado por los informes acerca de una invasión por fuerzas armadas de Argentina el 2 de abril de 1982;  
Declarando que existe un quebrantamiento de la paz en la región de las islas Malvinas:*

- 1) Exige la cesación inmediata de las hostilidades;*
- 2) Exige la retirada inmediata de todas las fuerzas argentinas de las islas Malvinas;*
- 3) Exhorta a los gobiernos de Argentina y el Reino Unido a que procuren una solución diplomática a sus diferencias, y a que respeten plenamente los propósitos y principios de la Carta de las Naciones Unidas.*

Esta resolución fue votada afirmativamente por diez países: Gran Bretaña, Irlanda, Francia, Estados Unidos, Japón, Jordania, Guyana, Togo, Uganda y Zaire. Sólo Panamá se opuso en el Consejo de Seguridad; y se abstuvieron de pronunciarse España, Polonia, China y la Unión Soviética. Privó el concepto de haberse quebrantado la paz —objeto de la convocatoria del Consejo—, pues no se entró a considerar el proceso descolonizador a base de los títulos de los dos países enfrentados, considerándose agresor al nuestro <sup>11</sup>.

En Buenos Aires se encontraban reunidos el jefe del Estado Mayor, general José Antonio Vaquero, y el recientemente designado gobernador de Malvinas, general Mario B. Menéndez, cuando se enteraron de la condena internacional a la acción argentina:

—¡La pucha! —saltó Vaquero.

—Fíjese —le comentó Menéndez—, el canciller decía que ganábamos o teníamos veto de Rusia o de China... ¿Qué pasó? ¡Ahora resulta que perdimos diez a uno y hay cuatro abstenciones!<sup>12</sup>

El 4 de abril se supo que Estados Unidos cedía la isla Ascensión, casi a mitad del recorrido atlántico, como base para Inglaterra; y al día siguiente zarpaba de Portsmouth una poderosa *Task Force* que se compondría de un total de cuarenta y dos naves de guerra y setenta de carga, transportando

veintiocho mil hombres, y dos portaaviones, un alarde de eficiencia y envergadura naval como no se viera desde la Segunda Guerra Mundial. Pocos eran, en cambio, los efectivos argentinos mantenidos en las islas con fines disuasorios: el Regimiento de Infantería 25 y la Compañía de Ingenieros 9, a los que se sumaron de inmediato ocho vehículos del Destacamento de Exploración de Caballería Blindada 181.

Pero el ánimo exultante de los altos mandos de Buenos Aires no decayó: al despedirse el almirante Jorge Anaya, integrante de la Junta Militar de Gobierno, del general Menéndez que partía para ocupar su cargo, le expresó:

—Señor general, lo felicito a usted porque va a tener el honor de morir por la Patria.

—Está equivocado, señor, los que morirán serán ellos —fue la terminante respuesta del flamante gobernador, quien asumió sus funciones el 7 de abril [13](#).

Y tres días después, por la mañana del sábado, una enfervorizada y multitudinaria concentración en la Plaza de Mayo, sin distinción de matices, apoyó jubilosa la recuperación de las Malvinas, bien que instintivamente y desconociendo las deficiencias de la situación militar. En esta ocasión el presidente Galtieri marcó el cambio de política, declarando públicamente su desafío a los británicos:

—¡Si quieren venir les presentaremos batalla!

Debido a los precarios medios dispuestos para sostenerla, ese día se perdió la guerra.

3.— Variado el planteo, aunque las Naciones Unidas forzaban a la negociación —primitivo pensamiento de la Junta Militar—, el Gobierno argentino ya no se conformó con destacar en las islas elementos para mantener su seguridad interior, sino que decidió reforzar su guarnición: apresuradamente se envió por vía aérea al Regimiento de Infantería 8 e inmediatamente comenzaron a alistarse otras unidades para sumarlas.

El gobernador Menéndez puntualizó el 22 de abril al presidente Galtieri — durante la visita efectuada por éste— las pocas reservas para la capital y escasos efectivos para defender los amplios espacios vacíos de la isla Soledad; ante lo cual se dispuso el pase del Regimiento de Infantería 5 y luego la Brigada III completa, al tiempo que se instruía al gobernador militar

que también ocupara la isla Gran Malvina, a causa de su trascendencia política. A juicio del general Menéndez, los elementos que se destinaran allí quedarían inactivos y aislados, pero cumplió la orden.

En el aeropuerto —custodiado por el Regimiento 25— se desarrollaba una intensa actividad: “parecía un hormiguero con la gente que iba y venía”, rememoraba un veterano. Los aviones tocaban la pista e inmediatamente eran descargados, remontando vuelo sin pérdida de tiempo. Pero faltaban vehículos para transporte, y el material se acumulaba, disperso, sin posibilidad de su pronta ubicación. “Entre los días 24 al 29 de abril la congestión de personal y medios en el aeropuerto es crítica”, señala la fuente oficial. Daba la sensación que después de ejecutarse en forma brillante el desembarco del 2 de abril, no existían planes de alternativa. No se construyeron pistas convenientes con depósitos de combustible adecuados para que operasen desde las islas los aviones imprescindibles para la defensa; se careció de elementos de movilidad para los desplazamientos necesarios de la tropa; el material bélico fue enviado en forma condicionada a las posibilidades de un transporte cada vez más riesgoso; las unidades llegaban a Malvinas separadas de sus equipos, y al instalarse en lejanas posiciones debían cargarlos en forma manual ellas mismas, lo que daba por resultado un desabastecimiento de todo tipo. Del total de diecinueve helicópteros disponibles al 30 de abril, tan sólo uno poseía guinchillo para transporte. Carecíase de blindados convenientemente adaptados para el traicionero suelo, ya que los de Infantería de Marina, provistos con oruga, habían vuelto a ser llevados al continente.

Agravaría la situación lo determinado por el comandante del Teatro de Operaciones Atlántico Sur, almirante Juan José Lombardo, estampado fríamente el 12 de abril en su plan esquemático n° 1/82 “S”:

*El empleo de las unidades de superficie de la Flota de Mar estará restringido por la presencia de submarinos atómicos, que lo convierte en inaceptable en cuanto al costo y por el conflicto austral <sup>14</sup>.*

¡Esto, apenas diez días después de recuperadas las islas! Por un eventual enfrentamiento con Chile, se desatendía el problema cierto del avance de la *Task Force* en son de declarada hostilidad... Así quedó inactiva la Flota de Mar, por sustraerla del peligro, lo mismo que los buques mercantes, los cuales no se animaron a burlar el bloqueo establecido por Londres, salvo el

*Formosa* y el *Río Carcarañá* el 20 y 26 de abril, y esto hizo que los suministros dependieran exclusivamente del puente aéreo —de menor capacidad de transporte— que mantuvieron los valerosos pilotos de Hércules y Fokker. En el mando responsable de la Armada no aleteaba el intrépido ánimo de Brown; y las islas, pues, deberían defenderse solas, con las tropas que hubiesen llegado antes de la aproximación de la *Royal Navy*, hasta fines de mes. El Ejército quedaba empantanado en Malvinas, librado a sus propios recursos, sin posibilidad de ser aprovisionado convenientemente.

Pero el fantasma de Stalingrado no inquietaba al mando supremo: se caía en la trágica equivocación de creer que el enemigo procedería como aquél deseaba que lo hiciera. En resumidas cuentas, que no habría lucha. Se incurría en el más grave error militar de todos los tiempos: menospreciar al adversario.

“El ejército que fue a Malvinas era el producto de muchos años de distorsión profesional: una fuerza de paz, de acción social, sin descartar las virtudes personales; un elemento donde privaba la economía a la eficacia”. Así me lo definía uno de sus miembros al evocarlo. Los soldados muy jóvenes y sin entrenamiento adecuado, debían resistir el asalto de profesionales cuyo adiestramiento no bajaba en ningún caso de cuatro años de práctica, cuando no habían experimentado su bautismo de fuego. Sin contar todo tipo de abastecimientos.

“Puerto Argentino era el objetivo estratégico principal de la campaña”, manifestó el gobernador militar de Malvinas, quien no quiso dispersar sus unidades por falta de adecuadas reservas y transporte: de antemano estaba dispuesto a tolerar un desembarco en otro lugar, pues sólo se consideraba capaz de rechazarlo en aquel punto <sup>15</sup>. Ciertamente, los cuatro mil kilómetros de costas eran un problema para su control; pero desgraciadamente tampoco se realizó el último esfuerzo para preservar la capital cuando llegó la oportunidad, no empeñándose en forma coordinada la masa de las tropas defensoras.

El dispositivo defensivo planeado por el general Menéndez se concentró, en consecuencia, en Puerto Argentino, atendido su valor político y administrativo, con un par de reservas distantes de las que luego se dará cuenta. Los regimientos de Infantería fueron enviados al terreno a establecer sus posiciones y allí quedaron en condiciones rigurosas de vida durante más de un mes, esperando a que se aproximara el enemigo, refugiados



precariamente en trincheras y parapetos helados y húmedos, cuando no anegados como fácilmente sucedía en el esponjoso suelo malvinense. La Comisión Interfuerzas haría con posterioridad una dramática descripción de la dura situación que les tocó soportar, en su adjudicación de responsabilidades al comandante del Conjunto Malvinas: “Desplegar con excesiva anticipación las tropas bajo su mando, en sus posiciones de combate, sin relevos ni lugares de descanso o permanencia alternadas, y sujetas a privaciones severas de toda índole; lo que provocó —dados el clima, el terreno y la precariedad de medios de todo orden— un desgaste prematuro de algunas de ellas, con numerosas bajas administrativas y desmoralización generalizada; todo lo cual fue una causa primordial del bajo desempeño de las fuerzas terrestres propias en el combate <sup>16</sup>.

Las fuerzas argentinas podrían clasificarse en tres categorías: las que residían en la capital, las que se hallaban sobre las playas, y aquellas que ocupaban los cerros. Estas últimas unidades eran las de existencia más penosa, puesto que debieron realizar mayores esfuerzos por instalarse, primero, y en mantenerse después: todo su material y suministros debía ser remontado a fuerza de brazos hasta las posiciones, donde permanecieron soportando las inclemencias de un tiempo cruel, mal nutridas, como que era tanto el esfuerzo por procurar comida caliente —a veces se consumían más calorías en buscar el alimento, que las ingeridas—, que muchos soldados preferían quedarse en sus refugios de arriba del cerro con sus raciones enlatadas. A causa del bloqueo marítimo impuesto por los británicos, dicha alimentación resultó luego insuficiente; y tan sólo porque del buque sanitario *Bahía Paraíso* se descargaron víveres, la entera guarnición no se rindió por hambre el 2 de junio, antes siquiera de ser atacada desde tierra <sup>17</sup>.

La defensa de la isla Soledad fue estructurada —según se adelantó— sobre tres puntos fundamentales: Puerto Argentino con el núcleo de resistencia, y dos reservas para contraatacar, la una en el istmo Goose Green-Darwin y la otra dividida en sendas Compañías en Monte Kent y Two Sisters. Funcionaría a la manera de tres plazas fuertes que se apoyarían entre sí, bien que no se hallaran dotadas con la movilidad necesaria. Para los aviones de ataque Pucará se acondicionaron dos pistas existentes —ninguna fue construida ex profeso—, estableciéndose una base aérea militar en Goose

Green, denominada “Cóndor”, y otra naval en la isla Borbón, llamada “Calderón”, primitivamente (hasta el primer bombardeo) para los Mentor de la Aviación Naval.

La concepción del alto mando en Malvinas imaginó que la Fuerza de Tareas británica lanzaría su desembarco directamente sobre la localidad principal, y como en el caso de Singapur en 1942, la atención se dirigió hacia el mar próximo a Puerto Argentino, descuidando la tierra firme a sus espaldas. Mas esta vez se había aprendido la lección tan duramente impartida aquella vez por los japoneses...

El perímetro defensivo semejó una herradura que rodeaba la capital protegiéndola desde un ataque anfibio; sólo quedaba desprotegido su costado oeste... por donde atacaron los ingleses. La Brigada de Infantería X, a órdenes del general Oscar Jofre, quedó encargada de este dispositivo, y sus efectivos se desplegaron como sigue:

*Norte:* Regimiento de Infantería 7 (teniente coronel Omar Giménez). *Este:* Regimiento de Infantería 25 (teniente coronel Mohamed A. Seineldín). *Sur:* Regimientos de Infantería 3 (teniente coronel David Comini); 4 (teniente coronel Diego Soria); 6 (teniente coronel Jorge Halperín); y Batallón de Infantería de Marina 5 (capitán de fragata Carlos Hugo Robacio). *Reserva:* Destacamento de Caballería (mayor Alejandro Carullo).

La artillería se dividía en el Grupo antiaéreo 601 (teniente coronel Héctor Lubin Arias), y los Grupos de campaña 3 (teniente coronel Martín Balza) y 4 (teniente coronel Carlos Alberto Quevedo).

La Brigada de Infantería III, bajo el mando del general Omar Parada, pasó a distribuirse por lugares distantes: muy separado al oeste, en el istmo de *Goose Green-Darwin* el Regimiento de Infantería 12 (teniente coronel Ítalo Piaggi), que se sumó a una Compañía del Regimiento 25; y en la otra isla *Gran Malvina* los Regimientos de Infantería 5 (coronel Juan Ramón Mabragaña) y 8 (teniente coronel Ernesto Repossi).

Veinticinco mil minas fueron sembradas por las Compañías de Ingenieros 601 (mayor Jorge Etiennot) y 9 (mayor Oscar Minorini Lima), frente a las posiciones defensivas en ambas islas.

Un estado de las fuerzas argentinas al 27 de mayo —antes de la primera batalla en Prado del Ganso— arroja las siguientes cifras, incluyendo al personal de servicios: en Puerto Argentino quinientos tres oficiales, mil quinientos cincuenta y tres suboficiales, y cinco mil setenta y nueve soldados;

total, siete mil ciento treinta y cinco hombres. En Goose Green-Darwin cuarenta y dos oficiales, ciento treinta y nueve suboficiales, y ochocientos soldados; total, novecientos ochenta y un hombres. En Howard cuarenta y seis oficiales, ciento sesenta y seis suboficiales, y setecientos cuarenta y tres soldados; total, novecientos cincuenta y cinco hombres. En Fox cuarenta y tres oficiales, ciento cincuenta y siete suboficiales, y setecientos treinta soldados; total, novecientos treinta hombres. Lo que hace para todas las islas un total general de diez mil un defensores correspondientes al Ejército <sup>18</sup>.

¿Cómo eran los máximos responsables de la custodia de esa porción del territorio nacional recientemente recuperado? ¿Cuál fue su comportamiento frente al poderoso enemigo que avanzaba determinado a recobrar las islas?

El general Mario Benjamín Menéndez era el gobernador militar de Malvinas, pero no acertaba a precisar sus funciones, deslindando sus actividades administrativas de las castrenses <sup>19</sup>. Y aunque se trataba de la más alta jerarquía militar en una zona de guerra, los otros dos componentes, Fuerza Aérea y Armada, no le estuvieron plenamente subordinados; ya que en vez de establecerse un mando conjunto como las circunstancias requerían, aquellas dos Fuerzas en la práctica maniobraron en forma independiente, respondiendo a sus propias escalas orgánicas, consultando constantemente con sus superiores en el continente <sup>20</sup>. Del general Menéndez recibieron, más que órdenes, meras indicaciones. Tampoco existía una combinación lógica respecto de la conducción en relación con las autoridades superiores: mientras el gobernador militar recibía las directivas en la parte operativa del almirante Juan J. Lombardo (comandante del Teatro de Operaciones del Atlántico Sur), en la faz logística dependía del general Osvaldo García (comandante del Cuerpo de Ejército V). Y además, dentro de los límites del Ejército en Malvinas, el general Menéndez tampoco se impuso en cuanto a la dirección de la campaña, prestando atención preferente a su condición de gobernador: en los hechos, los comandantes de las dos Brigadas existentes se manejaron conforme a sus inclinaciones personales.

Hombre inteligente y de buena disposición, “le faltó carácter”, fue la uniforme síntesis de sus subalternos. Muy receptivo y de talante amistoso, servía como transmisor de sugerencias, pero careció de la decisión para imponerlas. Con las Compañías de Comandos se mostró en todo momento

cordial y atento, visitándolas a menudo, como también a los heridos en el hospital. Pero falló Menéndez como jefe que en la pelea —sobre todo al final, cuando debió maniobrar librado a sus propios e ineficaces medios— adopta una actitud que arrastra en pos de sí a sus tropas. El gobernador militar daba impresión de prolijidad, de presencia pulcra, lo que contrastaba agudamente con la imagen barrosa de los que se movían fuera de la capital. Según sus propias manifestaciones, tan sólo en una oportunidad se adelantó hasta la primera línea defensiva, entre los montes Longdon y Two Sisters —no lo indicó con exactitud—, presumiblemente hasta donde termina el camino que pasa por los cuarteles de Moody Brook, antes que comenzara la ofensiva británica. Una frase suya lo pinta mejor que cualquier descripción, por lo reveladora de su personalidad: solicitando en cierta oportunidad el apoyo aéreo, aclaró:

—Lamentablemente yo aquí lo necesitaría. Si no me lo pueden dar, no me lo den, pero yo tengo que hacer el requerimiento [21](#).

O sea que como disculpándose por la molestia que causaba, en tono dubitativo, el comandante militar de las islas cumplía con el requisito de hacer un pedido, que pareciera estaba destinado apenas a cubrir su responsabilidad, en vez de empeñarse enérgicamente para lograrlo. Desgraciadamente para las fuerzas de su mando, y también para la misma historia militar argentina, y aun para el orgullo nacional, el general Menéndez se limitó por temperamento a querer cumplir con lo formal sin atender a las exigencias reales de la situación: su proclama ante la presencia enemiga, contrastando con la actividad observada en los momentos finales, así lo demuestra.

La Comisión Interfuerzas observó después del conflicto las siguientes falencias del gobernador militar de Malvinas:

*a) Un aferramiento intelectual a ideas preconcebidas, sin la adecuada flexibilidad para la introducción de eventuales modificaciones.*

*b) Una concepción rígida de la defensa, que fue mas allá de las serias limitaciones de movilidad y logística que ciertamente poseía.*

*c) Un ejercicio ineficaz del mando y delegación excesiva de autoridad en sus comandos dependientes, especialmente en la persona del comandante de la Brigada de Infantería Mecanizada X.*

*d) Un escaso empleo de lo que nuestra doctrina señala como un arbitrio*

*esencial para la conducción: la presencia del comandante.*

*e) La asignación de muy escasa importancia a las situaciones que se desarrollaban fuera de la posición defensiva de Puerto Argentino, y desconocimiento generalizado de la verdadera situación táctica, particularmente de la moral y el estado físico de las tropas destacadas en dichos sectores. Así convalidó la capitulación de Darwin-Pradera del Ganso, sin un conocimiento cabal de la situación.*

*f) La cesión constante de la iniciativa al enemigo, el que contó con la total libertad de acción, consecuencia de su dominio del mar y superioridad en el aire. Esta actitud no varió ni siquiera ante situaciones favorables para atacarlo, tal como sucedió en Bahía Agradable.*

Dentro del accionar del general Menéndez, la Comisión destacó:

*a) El comandante militar de Malvinas no impuso a sus superiores, en oportunidad y con debida firmeza, la verdadera situación vivida por su comando, a la luz de la amenaza que significaban las capacidades superiores del enemigo que se incrementaban día a día.*

*b) El comandante militar de Malvinas aceptó de sus comandos naturales imposiciones que, a la luz de lo realmente acontecido, resultaron no solamente intolerables, sino que además complicaron más tarde el análisis desapasionado de su actuación. Tal caso lo testimonia su aceptación de planificar la defensa de las islas bajo el supuesto prefijado por el comandante del T.O.A.S. en la siguiente forma: “Planeará bajo el supuesto que todas las acciones defensivas/ofensivas propias se ejecutarán sin apoyo naval y que no se dispondrá de superioridad aérea local”. Otro ejemplo de conducta al respecto lo constituye la admisión de medios no capacitados, con deficiencias de todo tipo, y el hecho de que estos medios hayan sido incrementados sin que se atendiera a su planeamiento, a sus requerimientos y a las ulteriores necesidades que todo ello impondría en la logística total de sus fuerzas. El hecho de que el comandante militar de Malvinas haya aprobado esta situación sin expresar, de acuerdo con la gravedad del caso, desacuerdo formal —independientemente de las circunstancias que la rodearon—, impide que su responsabilidad pueda descargarse en*

*forma clara y objetiva. No obstante, al serle impuesta su misión manifestó que “consideraba su ejecución inoportuna”, recibiendo por respuesta que “esa apreciación no era de su responsabilidad”.*

*c) El comandante militar de Malvinas no puso especial énfasis en la determinación de prioridades durante el transporte de los medios logísticos a las islas. Si bien presentó a sus superiores requerimientos concretos de efectos para el normal desarrollo de las operaciones, no lo hizo con la asiduidad y con la energía que la actuación exigía, atento especialmente a que algunos rubros se presentaban como sumamente críticos. En una oportunidad, inclusive, lo dramático de esas urgentes necesidades fue subestimado por sus apreciaciones finales: “Todo lo expresado no afecta ni afectará el espíritu de esta guarnición militar conjunta para hacer frente al enemigo con todos los medios a su disposición y la máxima decisión en procura del cumplimiento de la misión asignada”. Si bien esto hubiese revelado espíritu militar, dadas las circunstancias especiales que se vivían, su acción debió volcarse a convencer a sus superiores respecto de la situación real de sus efectivos.*

*Con respecto a su conducta para con sus mandos superiores, cabe destacar que no informó a su comandante superior acerca de diversas alternativas significativas que sucedieron en la guarnición, prefiriendo tomar contacto con otras autoridades, y omitiendo datos objetivos de importancia acerca de la realidad de su situación táctica y logística.*

*Su proclama evidenció un elevado poder declamativo que no fue coherente con la realidad presente de la moral de sus tropas, ni con la determinación futura de luchar hasta el fin. Frente a su gran difusión y al no corresponderse su elevado contenido emocional con el desenlace final, este documento produjo un efecto sumamente negativo, dando por resultado el sentimiento de defraudación nacional, el descrédito internacional, y el desmedro de una gran tradición y prestigio militar del Ejército Argentino <sup>22</sup>.*

Aludiendo a los generales Jofre y Parada, comandantes de sendas Brigadas, me refería un brillante oficial de Comandos: “A diferencia de Menéndez que era un hombre accesible y permeable, aquellos dos mostraban arrogancia y desdén en forma absoluta. Su trato era sólo de rutina, sin ninguna cordialidad.

Era tremendo: siempre estaban encerrados en una habitación y salían de vez en cuando para mirar; con la gravedad en el caso de Parada que éste jamás estuvo con su gente mandando las operaciones”.

El más imponente de ambos era Oscar Jofre, de la Brigada X. Hombre absorbente, de personalidad fuerte en su trato, a veces chabacano con la tropa para congraciarse con ella, su característica era una perpetua actitud de soberbia pero sin un adecuado criterio para dirigirla. “Uno de esos hombres que jamás escucha sino a sí mismo”, me lo describía un destacado jefe de Malvinas; al extremo que en cierta ocasión llegó a decir que “tenía un Estado Mayor no para asesorarlo, sino para informarle”. Su temperamento avasallante se imponía sin dificultad al del gobernador militar, de quien había sido compañero de promoción, pese a estarle subordinado orgánicamente: “Yo lo he visto a Menéndez golpear la puerta y pedir permiso para entrar en el despacho de Jofre”, me relataba un testigo para marcar la pauta del trato entre ambos. “Con todo”, acotaba el mismo, “este general adoptaba decisiones y asumía responsabilidades; y mal o bien, cumplía con su función, aunque en forma arbitraria y discrecional”.

Con respecto al general Jofre, la Comisión Interfuerzas formuló estas consideraciones:

*a) Ejerció el mando de su gran unidad de combate con las características que le eran propias, las cuales no resultaban las más adecuadas para estimular las iniciativas y promover la consagración y el entusiasmo necesarios para el mejor cumplimiento de las misiones y tareas del servicio de armas. Así, cabe afirmar que más que conducir las operaciones de su gran unidad de combate, ejerció un mando rígido que originó fricciones que afectaron el más eficaz aprovechamiento de sus órganos de comando y de los medios puestos bajo su autoridad.*

*b) Su actitud cohibió a otros comandos subordinados, lo que hizo que éstos se viesan limitados en el ejercicio de su mando en sus respectivas organizaciones dependientes.*

*c) Durante las acciones bélicas hizo efectiva su presencia en las posiciones de sus elementos dependientes, para estímulo de sus cuadros y tropas.*

La Brigada III a cargo del general Omar Parada, se hallaba diseminada entre las islas Soledad y Gran Malvina. Su comandante se destacó por



modales ásperos, con manifestaciones autoritarias y despectivas hacia sus subalternos, que contrastaban con el respeto de que hacía gala ante el gobernador militar. Sus maneras duras llevaron hasta extremos francamente antipáticos, y tuvo actitudes que lo presentaron con ribetes de desconsideración hacia sus camaradas de inferior jerarquía; aunque a veces mostraba ciertos rasgos de solidaridad con soldados. Sin mando directo en Puerto Argentino, permaneció no obstante en la capital sin compartir las penurias de sus tropas distribuidas por Goose Green, Fox y Howard; y en una sola ocasión cruzó el estrecho de San Carlos para visitar Gran Malvina, a donde había anunciado que se instalaría <sup>23</sup>. Cabría argüir que el general Parada era necesario donde centralizaba sus directivas, pero tampoco se movió cuando recibió la orden de incorporarse a la Fuerza de Tarea Mercedes que en breve lapso libraría la batalla de Prado del Ganso. En el ejercicio de su mando mereció estos juicios de la Comisión que estudió las causas y responsabilidades de la derrota:

*a) Existió en el comando de la Brigada de Infantería III una profunda ignorancia sobre el estado de las fuerzas, lo que tuvo su origen no sólo en lo más arriba señalado, sino en la ausencia del comandante, quien instaló su puesto de mando en una casa de Puerto Argentino, donde vivía con parte de su estado mayor y personal de seguridad.*

*b) El general Parada concurrió al lugar donde se hallaba instalado su Estado Mayor (Town Hall) en pocas ocasiones. Su particular forma de mando le hacía no considerar debidamente los asesoramientos producidos por su estado mayor.*

*c) Al serle impartida la orden de trasladar su puesto de mando a Darwin (26 de Mayo) no llegó a concretar su desplazamiento, lo que le impidió estar presente en los combates de Darwin-Goose Green. En esa oportunidad dirigió las operaciones de la unidad que defendía el sector a través de la radio, y posteriormente convalidó la decisión del jefe de la Fuerza de Tarea Mercedes de rendir sus fuerzas.*

*d) No cumplió con sus funciones de delegado comisionado por el gobernador para la Gran Malvina, en razón de que no concurrió sino en una sola ocasión a su zona de responsabilidad.*

*e) En Puerto Argentino, la acción del comandante de Brigada se diluyó*



*en tareas que no contribuyeron a la acción de la gran unidad de combate.*

*f) Las características personales del comandante de la Brigada de Infantería III fueron factores determinantes de su inadecuada actuación.*

### Notas

<sup>11</sup> Véase el análisis que formula PABLO ANTONIO FERNÁNDEZ SÁNCHEZ, “La crisis de las Malvinas ante las Naciones Unidas”, en Centro de Estudios Constitucionales, *Revista de Estudios Internacionales*, vol. 5, nº 4 (Madrid, octubre-diciembre de 1984).

Por mi parte, redacté en aquellos días un folleto explicativo en castellano e inglés, que editó la Universidad de Buenos Aires el 30 de abril de 1982, cuyo párrafo final expresaba: “Últimamente proclamó (Inglaterra) que *echaría por la fuerza a obreros argentinos* que trabajaban bajo contrato en las islas Georgias del Sur, deshabitadas a la sazón, forzando al Gobierno de Buenos Aires a declarar que protegería a aquéllos, basándose en el art. 2, inc. 4, de la Carta de la O.N.U., que condena la amenaza o el uso de la fuerza. Recuperadas las Malvinas sin derramarse sangre inglesa, el ataque británico (aludo a su resistencia) que causó en cambio bajas argentinas, hace jugar el art. 51 de aquélla, que ampara el derecho inmanente de la legítima defensa. Conviene destacar, a manera de cierre, que la Carta de las Naciones Unidas hace reposar ambos artículos en el respeto por la integridad territorial de los Estados, razón final de la política argentina”. Como se ve, empleo el mismo argumento de amenaza de la fuerza contra la paz, que motivó la resolución 502 del Consejo de Seguridad (ISIDORO J. RUIZ MORENO, *El derecho de soberanía a las Islas Malvinas y adyacencias de la República Argentina*, 1982). Al día siguiente de concluirse su impresión, el Reino Unido bombardeaba Puerto Argentino, iniciando las hostilidades. Este folleto fue también editado por la Bolsa de Cereales de Buenos Aires, y por el Centro de Egresados del Instituto Interamericano de Derecho de la Universidad de Nueva York. No está de más añadir que un fotógrafo llamado Eduardo Rotondo, utilizó tal publicación reproduciéndola al frente de un libro suyo de ilustraciones titulado *Alerta Roja*, como si se tratara de un prólogo escrito especialmente para él, y hasta anotando mal mi nombre en la versión castellana.

<sup>12</sup> CARLOS M. TUROLO (h), *Malvinas. Testimonio de su Gobernador*, p. 38 (Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1983). Para el aspecto político y diplomático del proceso, véase OSCAR CARDOSO, RICARDO KIRSCHBAUM Y EDUARDO VAN DER KOOY, *Malvinas. La trama secreta* (Buenos Aires, Ed. Sudamericana-Planeta, 1983). El desarrollo de la campaña y las negociaciones políticas se exponen en BIBLIOTECA DE “REDACCIÓN” (director Hugo Gambini), *Crónica documental de las Malvinas*, tres tomos (Buenos Aires, 1982). Las operaciones militares en EJÉRCITO ARGENTINO, *Informe Oficial: Conflicto Malvinas*, dos tomos (Buenos Aires, 1983). Una síntesis del enfrentamiento y su análisis, en ADOLFO PORTELA, TOMÁS O’CONNELL Y COLABORADORES, *Malvinas: su advertencia termonuclear*

(Buenos Aires, AZ Editora, 1985). Estas obras son de consulta indispensable para seguir la cronología de los sucesos y sus incidentes, conteniendo documentación de sumo valor. En otras notas se mencionan diversas fuentes de importancia.

[13](#) Declaración del almirante Anaya ante la Comisión Interfuerzas para investigar la conducción de las operaciones (“Comisión Rattenbach”), dada a conocer por la revista *Siete Días*, nº 858 (Buenos Aires, noviembre de 1983).

[14](#) EJÉRCITO ARGENTINO, *Conflicto Malvinas*, t.11, anexo 11.

[15](#) TUROLO, *Testimonio*, p. 101.

[16](#) Revista *Siete Días*, nº 858.

[17](#) Declaración del general Menéndez en TUROLO, *Testimonio*, p. 91.

[18](#) INFORME OFICIAL DEL EJÉRCITO ARGENTINO, *Conflicto Malvinas*, t.II, anexo 21 (Buenos Aires, 1983).

[19](#) TUROLO, *Testimonio*, pp. 22-24, donde claramente se evidencia la indefinición de Menéndez al respecto.

[20](#) Lo reconoce el propio Informe Oficial del Ejército, t. I, p. 34: “Cabe aclarar que a nivel de la Guarnición Militar Malvinas, los comandos de los agrupamientos de las tres Fuerzas Armadas coordinan tareas pero no responden al concepto conjunto, lo que influye en las operaciones en forma importante”.

[21](#) TUROLO, *Testimonio*, p. 220.

[22](#) Revista *Siete Días*, nº 858. Debe tenerse presente que tanto este juicio como los dos que se transcribirán a continuación, es un dictamen sujeto a la sentencia que emitirá el Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas.

[23](#) El 25 de abril.

## CAPÍTULO IV

### *En el Teatro de Operaciones*

EL ESCALÓN AVANZADO DE LA COMPAÑÍA 601 pasó su primera noche en Malvinas precariamente instalado en los altillos de Moody Brook, antiguo cuartel de los *Royal Marines*, en donde funcionaba el puesto de mando de la Brigada de Infantería X y en el cual se encontraron con los barbudos y cansados jefes de Regimiento que habían llegado desde la primera línea para reforzar la defensa de Puerto Argentino. Recibieron la impresión de que no existía una clara conciencia de la capacidad enemiga y de sus puntos de penetración.

Al día siguiente (25 de abril) Castagneto, Figueroa, Jándula y Anadón se levantaron muy temprano, antes de que amaneciera —lo que ocurría alrededor de las ocho—, para recorrer la ciudad, ya que el gobernador Menéndez los recibiría recién a las once de la mañana. Saltó a su vista la absoluta libertad con la cual se movía la población nativa, los *kelpers*,<sup>24</sup> de manera tal que podía obtener cualquier tipo de información sobre las fuerzas argentinas y eventualmente transmitir las a la flota británica llegada la ocasión; la falta de control hacía presumir que asimismo no sería difícil la infiltración de grupos desembarcados que organizaran a los elementos civiles de resistencia, ya previamente instruidos militarmente. No se vivía —notaron también— un auténtico clima de guerra.

El gobernador militar de las islas recibió muy cordialmente a los Comandos, aun después que su jefe le explicara que se hallaban “de contrabando”, y atendió deferentemente al deseo que le expresó el mayor Castagneto de quedarse y ordenar que toda la Compañía cruzara a Malvinas: se le hizo ver la importancia de sus funciones, y Menéndez acordó:

—Yo haré lo imposible para que ustedes vengan.

El gobernador tenía a su lado como ayudante al mayor Carlos Doglioli — un consecuente amigo de los Comandos, quien durante toda la campaña estuvo estrechamente ligado a éstos— y ante ambos fueron expuestos los

resultados de la inspección matutina. Faltaba un censo de la población para conocer fehacientemente a los habitantes locales y distinguirlos de los que se incorporasen, y se adujo su circulación libre como un peligro; a lo cual el gobernador asintió, pero explicando que eran órdenes políticas en las cuales él no podía interferir, y que por lo menos los Comandos comenzarían por practicar un control de las radios, para impedir sus posibles comunicaciones con el exterior.

Llevándolos ante una carta geográfica, el general Menéndez manifestó que la situación se estaba complicando: pasaban los días y no se veía solución. Y que si la Compañía 601 debía emplearse, lo haría para informar, pues carecía de elementos de exploración con la movilidad que el terreno insular lo requería; que respecto del interior se sentía un poco “ciego”, porque los Regimientos efectuaban reconocimientos al frente de donde se hallaban, pero no incursiones en profundidad, y que los datos traídos por los Pucará en sus vuelos carecían de detalles. Incluso les dio a entender el gobernador que los Comandos serían empleados, llegado el caso, como una reserva aeromóvil decisiva.

La solicitud para el inmediato envío de la Compañía 601 fue cursada acto seguido al jefe del E.M.G.E. Hasta que el capitán Negretti se ocupara de ello, Castagneto encargó a sus oficiales tomar contacto en sus respectivas especialidades y procurarse la información que estuviese a su alcance. Como era domingo, el teniente Anadón concurrió a misa en la iglesia católica de Saint Mary, donde una feligresa se empeñó en que dejara su puñal fuera del recinto... El cambio de palabras y la negativa del oficial ya sirvieron para mostrar a éste el espíritu de los *kelpers*, opuestos a la ocupación argentina y prontos a aprovechar cualquier oportunidad para demostrarlo.

En el par de días que siguieron hasta el arribo del completo de la Compañía, su plana mayor se dedicó al trabajo encomendado. El capitán Jándula, oficial de Inteligencia, se presentó a la División respectiva de la X Brigada, que era la que estaba a cargo de la defensa de Puerto Argentino, y allí tomó conocimiento de las medidas adoptadas conforme a las direcciones previstas de avance enemigo. Alarmado ante los vacíos que notaba en el mapa que tenía delante de él observó: “De acuerdo a esta capacidad van a atacar por la parte de Fitz Roy o por el norte del puerto; pero eso no quita que

no se deban defender Monte Harriet y Two Sisters, porque estas alturas pueden verse sujetas a un ataque envolvente, aunque venga desde allá el enemigo”. Es decir, la defensa debía estructurarse en trescientos sesenta grados —posición *erizo*— sobre el punto de apoyo de Puerto Argentino; y no únicamente estar a la espera de un desembarco anfibio por el sur o el norte, y desguarnecer los cerros que dominaban la capital por el oeste. Con esta preocupación Jándula salió a recorrer algunas posiciones del perímetro, que encontró llenas de agua por la especial característica de un terreno pantanoso, pero sobre todo volvió a sorprenderlo la ausencia de alambradas delante de las líneas de defensa, como elemento de seguridad ante un avance de infantería contraria, que de esta manera hallaría un obstáculo retardante.

El teniente Anadón, encargado de Comunicaciones, se impuso de las frecuencias de radio que utilizarían, de la integración del sistema y del equipo de comunicaciones, y de las cumbres topográficas susceptibles de interferirlas.

Por su parte, el mayor Castagneto, en compañía del capitán Figueroa, estudiaba las operaciones que realizaría la Compañía 601 no bien pisara las islas, planificándolas sobre la carta. Incluso Castagneto tuvo oportunidad de acompañar al 2º comandante de la Brigada III en un vuelo de reconocimiento por helicóptero; siendo que la masa de estos aparatos estaba siendo utilizada para transportar a la Brigada de Infantería III a sus posiciones lejanas de Goose Green, Darwin y Howard. También se ocuparon de obtener alojamiento para los Comandos.

En cuanto al capitán Frecha, seguía instalado en Moody Brook instruyendo sobre el manejo de los misiles teledirigidos Blow Pipe, aparatos de origen británico de los cuales existía una cantidad respetable, aunque sin personal que conociera cómo emplearlos... Claro: el sistema de economía imperante había limitado la experiencia, debido al costo de los proyectiles; y por más enseñanza teórica que se impartiera, era menester contar con una cabina de simulación del tiro y practicar el disparo efectivo de ellos. Entre los Comandos tan sólo el teniente primero Sergio Fernández —inquieto siempre por ampliar sus conocimientos técnicos— los había disparado además de Frecha; y un suboficial, el cabo primero Jorge Martínez, había recibido su aprendizaje.

En Campo de Mayo, dentro de la Escuela de Infantería, el resto de la Compañía 601 vivía un ambiente de entusiasmo rayano en la alegría. ¡Por fin iban a emplearse en aquello para lo cual se los había adiestrado! El sentimiento era contagioso, y la impaciencia crecía. Pocos eran los que realmente medían las consecuencias e imaginaban lo que podía ocurrir si Gran Bretaña se empleaba a fondo, como lo había anunciado la jefe de su Gobierno, Margaret Thatcher. Primaba la euforia, las ansias de participar en la gesta, y las sensaciones eran alimentadas por las noticias periodísticas, de tono optimista.

La Compañía de Comandos continuaba aceleradamente su adiestramiento. Faltaban muy pocos hombres para completar su personal, y a los recién llegados se les comprobaba su aptitud física como base para su distribución en las tres secciones establecidas: el reparto era equitativo, conforme también a las armas y a la antigüedad en el grado. Todos los días se trabajaba, y los grupos se integraban cada vez más, mejorando su rendimiento. Patrullas, emboscadas, señales, y la preparación de los equipos, ocupaban las veinticuatro horas. Se había establecido un sistema de llamadas en cadena para los que salían de la Escuela de Infantería, por mitades. Los que no estaban en sus domicilios llevaban consigo una radio portátil.

El domingo 25 de abril, conforme lo arreglado por el mayor Castagneto ante el gobernador Menéndez, la Compañía fue alertada para marchar.

El material estaba listo, y fue de superior calidad al de las unidades regulares, tanto uniformes como armas. En cuanto al primer rubro, se consiguieron camisetitas de invierno, borceguíes para montaña, trajes miméticos —blanco y verde— para lluvia o nieve, de nylon liviano, medias de lana cruda para escalamiento y finas para llanura, pasamontañas, etcétera. No faltaron paracaídas para la eventualidad de algún lanzamiento, y máscaras antigases: la previsión era completa. Contrastaron en Malvinas tales elementos con los uniformes convencionales de las tropas, algunos sumamente livianos para el rigor del clima. También la 601 pasó con mochilas, mientras que los soldados de los Regimientos tuvieron que cargar con sus bolsos, además del armamento, sumando las incomodidades.

En lo que hace a las armas, la dotación normal individual fue de fusil F.A.L. (fusil automático liviano), en su versión paracaidista —con culata rebatible—, con cinco cargadores de veinte tiros cada uno; puñal; y pistolas Browning de trece tiros de 9 mm. No faltaron algunas pistolas ametralladoras

Sterling, fusiles M16 calibre 5,56; y hasta fusiles Manlicher 7,62 provistos de mira telescópica. Como apoyo, la Compañía contaba con un par de ametralladoras bípodes M.A.G. (*mitrailleur à gaz*) calibre 7,62 mm, de una cadencia de fuego entre seiscientos y ochocientos tiros por minuto según regulación, que pesaban once kilos; morteros de 60 mm para transportar al hombro y un alcance de mil metros; lanzacohetes Instalaza de origen español, calibre 88,9 y un peso de seis kilos; y proyectiles antitanque P.A.F. y antipersonal P.D.E.F. Todas las armas nuevas y en excelente estado de funcionamiento, y con abundancia de municiones para alimentar su fuego. Pese a la creencia contraria del Gobierno, los Comandos estaban convencidos de que la lucha era inevitable.

A la noche del 25, en consecuencia, los miembros de la Compañía 601 fueron convocados: algunos de ellos quisieron tranquilizar a sus familiares anunciándoles que partían rumbo a Comodoro Rivadavia. Viajando en su auto hacia la concentración de la Escuela de Infantería, el teniente primero Leopoldo Quintana pasó alrededor de medianoche frente a la discoteca de moda *New York City*, cruzándose con la despreocupada juventud que la frecuentaba... En verdad, más al norte de Bahía Blanca el país no vivía la sensación plena de hallarse al borde de un inminente enfrentamiento armado con las tropas del Reino Unido. Cerca de las dos de la madrugada concluyó el alistamiento, embalándose todo lo posible: “No nos llevamos las paredes de la Compañía porque no pudimos”, me explicaba uno de los oficiales, para darme a entender que encajonaron como reserva cuanto consideraron que les iba a ser de utilidad.

Aguardaron todo el día siguiente por problemas de vuelo, ya que el esfuerzo de transporte era muy grande y no quedaba margen para asignarlo con antelación. Se partió, finalmente, el lunes 26 en medio de la euforia de los que partían y la amargura de los que quedaban, deseándoles buena suerte. Nadie despidió a la Compañía en el aeropuerto militar de El Palomar, y tan sólo un capellán que volvía de Malvinas entregó a cada uno sendos rosarios y escapularios, que conservaron durante toda la campaña como sostén espiritual. En un Boeing 707 decolaron a las dos de la tarde, y previa escala en Villa Reynolds (San Luis) para cargar unas turbinas de avión, arribaron a Comodoro Rivadavia en medio de una gran tormenta, ya de noche.

El ambiente que se vivía en esta ciudad era completamente diferente del porteño: la gente se mostraba excitada por la proximidad del teatro de operaciones, y las manifestaciones de que se aguardaba la guerra eran visibles. Los Comandos pasaron la noche en el hall del propio aeropuerto, dentro de sus bolsas de dormir, custodiando sus preciosos elementos que ubicaron en tres contenedores. Habían descargado ellos mismos el Boeing bajo la lluvia, desde las diez de la noche hasta las dos de la madrugada, por falta de mano de obra, y como eran varias toneladas de peso, estaban rendidos.

Al otro día a las diez y media de la mañana despegaron finalmente, amontonados los hombres y la carga en uno de esos inverosímiles Hércules C-130 de transporte donde cabe todo, y que aterrizan en reducido espacio: a estos aparatos se debió básicamente la vida del Ejército en Malvinas. El vuelo duró alrededor de dos horas, con un cielo despejado; y aunque el “puente aéreo” se realizaba todavía con relativa seguridad, muchos hombres mantuvieron la observación por los ojos de buey del aparato hasta que el cansancio y el ronroneo de los motores los adormecieron. El teniente Alonso estaba en la cabina del piloto y sintió ponérsele la piel de gallina cuando alrededor del mediodía éste avisó:

—A la derecha, Malvinas.

Una jubilosa gritería saludó el final de una demorada etapa. Tras un perfecto aterrizaje, con gran emoción desembarcaron en territorio insular. Se abrió la rampa y descendieron por atrás, sin poder evitar muchos el besar un suelo que jamás habían imaginado visitar, y menos en tales circunstancias. La bandera argentina ondeaba al duro viento, y multitud de soldados se afanaban en torno a montañas de alimentos, municiones e implementos de todo tipo. La alegría del encuentro con viejos amigos de los Regimientos 4 y 25 allí apostados —el primero dispuesto a trasladarse a Monte Wall— compensó la impresión de desorganización existente en el aeropuerto, producto de la escasez de medios de movilidad. Prácticamente los Comandos tuvieron que requisar los vehículos que precisaban, lo que no se hizo sin contratiempos: el capitán médico Llanos cargó un camión cuyo conductor aguardaba órdenes desde dos horas atrás, llenándolo hasta el tope, cuando por último arribó un coronel de Comunicaciones que lo increpó porque debía transportar un contenedor que cabía sólo en ese camión. Hubo que prometerle una rápida vuelta. En medio de ese caos desagradable de analizar, desde una cocina de



campana que humeaba cerca les llegó una invitación:

—¡Eh, muchachos! ¿Quieren comer?

El teniente primero Duarte no vaciló y comentó a Alonso:

—Che: comamos mientras se pueda, porque yo veo que la cosa viene mal...

Las dificultades obligaron a dejar la carga en el aeropuerto y adelantar al personal de la Compañía con sus mochilas y equipos individuales. Echaron mano de dos camiones de la Artillería que pasaban casualmente, pese a las protestas de sus conductores, y un cabo primero conocido facilitó un Unimog que arrastraba una cocina; con tales vehículos se realizaron dos viajes hacia el lugar destinado para alojamiento. Los soldados del Regimiento 4 marchaban a pie, arrastrando sus bultos, deteniéndose fatigados al borde del camino...

Otro problema —en una pequeña ciudad de ochocientos habitantes que veía aumentada su población a casi cinco mil, bien que muchos dormían en carpas, pero donde eran requeridas viviendas para instalar puestos de mando, de comunicaciones, instalaciones logísticas, etc.— fue conseguir ubicación. Los Comandos se dividieron: los suboficiales se acomodaron en un gimnasio situado al lado de la iglesia católica —ocupado hasta entonces por personal de Policía Militar y de una batería antiaérea de Infantería de Marina—, y los oficiales compartieron esa noche el recinto del *Town Hall* (una especie de Centro Cívico) donde también estaba una confusión de biblioteca y correo con puestos de mando: los de la Brigada de Infantería III, de la Compañía de Comunicaciones 10. Aquí había asumido el general Mario B. Menéndez su cargo de gobernador militar del archipiélago, jurando desempeñarlo “con lealtad y patriotismo”.

Al día siguiente, miércoles 28 de abril, en el mismo salón del *Town Hall*, se bendijo la bandera de guerra de la Compañía 601, luego de la celebración de una misa oficiada por el padre Jorge Piccinali, de destacada actuación durante la campaña: “propia tropa”, al decir de los militares cuando ponderan a alguien que revela su mismo espíritu. Sin serlo específicamente, hizo las veces de capellán de los Comandos. A la ceremonia asistieron algunos invitados de otras unidades —los que cabían en el recinto— y el acto fue filmado y transmitido luego por televisión. El mayor Castagneto invistió como abanderado de la Compañía al apuesto teniente Marcelo Anadón, el oficial más joven, y designó como escoltas al sargento primero Ramón Vergara y al cabo primero Héctor Coronel. Al entregar la enseña a su alférez, el mayor le dijo:

—Teniente Anadón: le entrego esta bandera de guerra para que nos lleve a la victoria, con la protección de Dios Nuestro Señor y la Santísima Virgen. Lo comprometo delante de sus camaradas y delante de nuestros amigos aquí presentes, a que la lleve a ondear en lo más profundo del dispositivo enemigo, para que se cumpla aquello de que no hay mayor amor que el que da la vida por sus compatriotas.

Las dos primeras jornadas en Puerto Argentino fueron para la Compañía de Comandos entrar en contacto con el medio. Ubicáronse todos sus integrantes en el mismo edificio, un gimnasio de techo alto con vidrios para obtener mejor iluminación, construido con madera, el cual además del gran recinto central equipado con aros para básquetbol y aparatos de ejercicios, contaba con baño y una habitación adosada, donde husos y ruelas allí concentrados justificaban el letrero de *Home Industries* (industrias caseras) que lucía sobre su puerta. Todos dormían allí dentro de sus bolsascama, rodeados de equipos y toneladas de municiones. El capitán Ricardo Frecha dejó su alojamiento en el cuartel de Moody Brook luego del 1º de mayo y vino a sumárseles, reintegrándose a la Compañía. En el local de la antigua hilandería fue instalada la carta geográfica sobre una pared, y esa pieza funcionó a la vez como “sala de situación”.

El alimento caliente les era suministrado por una cocina cercana; y en distintos lugares el capitán Negretti, encargado de la logística, se procuró combustible y raciones de combate para aprovisionar a la unidad.

El gobernador Menéndez otorgó a los Comandos dos atribuciones: la de Policía Militar, o sea detener a cualquier sospechoso, y la de Inteligencia, para efectuar los interrogatorios convenientes. La suprema autoridad de las islas siempre mantuvo una actitud de suma deferencia respecto de esta subunidad, que se manejó en cierta forma independiente, por más que a poco fue incorporada a la Brigada III del general Parada (11 de mayo).

Las tres secciones de asalto de la Compañía 601 estaban constituidas por el siguiente personal:

Primera sección (teniente primero Duarte): tenientes Leopoldo Quintana y Fernando Alonso; sargentos ayudantes Rubén Llanos, Juan Carlos Ruiz, Francisco Altamirano y Jacobo Gómez; sargentos primeros Ángel Soria, Eusebio Moreno, Miguel Ángel Tunini, Félix Gómez, Alejo Cantero y Carlos Vera; sargento Oscar Pérez; cabos primeros Luis Contreras Pichihuelches y Miguel Rivero.

Segunda sección (teniente primero Fernández): teniente primero Fernando García Pinasco; teniente Marcelo Anadón; sargentos ayudantes Odilón Eugenio Mencía, Pedro Vallejos, Carlos Mora y Félix Godoy; sargentos primeros Juan Carlos Quinteros, Ramón Vergara y Rubén Poggi; sargentos José Rubén Guillén, Eduardo Suárez, Orlando Díaz, José Alarcón Ferreyra, Juan José Ramos, Jorge Martínez y José Roberto Moyano.

Tercera sección (teniente primero González Deibe): tenientes Alejandro Brizuela y Juan Eduardo Elmíger; suboficial principal Benito Pallarés; sargentos ayudantes Armando Robledo, Juan Ramón Salazar, Manuel Vallejos, Silverio Arroyo, Héctor Godoy, Raúl Osvaldo Correa y Juan Carlos Helguero; sargentos Miguel Ángel González, Rodolfo Campanello y Oscar Ramos; cabos primeros Héctor Coronel y Antonio Villamayor.

El grupo Comando y la sección Servicios la componían: suboficiales principales Miguel Ángel Almeyda y Juan Carlos Negrete; sargentos ayudantes Nicolás Artunduaga y Alberto Cabral; sargentos primeros Héctor Cruz y Raúl Ferrares; sargento Carlos Páez; y cabo Carlos Calgaro. No obstante revestir la calidad de “no operacionales”, casi todos éstos participarían en misiones de combate.

De acuerdo con lo conversado con el gobernador durante la primera entrevista, la Compañía se dedicó ante todo a revisar la capital. Puerto Argentino quedó dividido en tres partes, y cada sección se encargó de un sector para verificar la condición de sus pobladores: casas desocupadas o habitadas, familias o individuos que pernoctaban en ellas, en forma permanente o transitoria —como ser trabajadores del “campo” (sic)—, y residentes que se hubieran ausentado por precaución. Como quien mejor hablaba inglés era el médico de la Compañía, doctor Pablo Llanos, éste confeccionó una lista con las preguntas pertinentes, de manera que los demás oficiales pudieran realizar el censo.

No ocurrieron incidentes: la entrada se franqueaba ante el requerimiento, y los datos eran prontamente facilitados. El capitán Llanos protagonizó una graciosa entrevista con un señor de edad, sumamente cordial, de personalidad más abierta que el común de los habitantes, quien le dijo:

—Yo estuve diecisiete años en la Marina Mercante inglesa; conocí todos los países, recorrí todo el mundo. Cuando me tocó retirarme, me pregunté:

¿dónde ir a vivir tranquilo con mi familia, donde no haya violencia ni drogas? Y me vine a instalar en las Falklands...

Pero en general la respuesta de los *kelpers* se limitaba a lo mínimo indispensable; y si no ofrecían problemas, tampoco mostraban simpatía hacia los recién llegados, al revés de lo que éstos palparon luego en el interior de las islas, donde los atendieron con mayor cordialidad y a veces hasta con afecto. Sin mostrarse francamente hostiles, cuando podían, los *kelpers* no colaboraban. Y los pocos que estaban en condiciones de estorbar, no dejaban de intentarlo: uno de éstos fue el obispo católico, monseñor Spragoon, cuya iglesia Saint Mary estaba calle por medio con el local ocupado por los Comandos. A raíz de que éstos estaban rodeados de explosivos, y ante la eventualidad de ataques aéreos, la Compañía quiso usar provisoriamente como refugio la parte inferior de la casa que construía el obispo; pero éste se quejó por tal intromisión —aunque no lo molestara en absoluto—, y hasta puso dificultades para que los sacerdotes castrenses oficiasen la misa en St. Mary's Church.

En otros casos, algunos nativos adoptaban actitudes sospechosas, como por ejemplo entrar “confundidos” en el *Town Hall* donde estaban instalados puestos de mando y comunicaciones, con el pretexto de que allí funcionaba una biblioteca pública, lo que era cierto hasta que debió ser clausurada; y sin mayor dificultad se imponían de conversaciones vitales. Incluso la intromisión se produjo en el propio gimnasio ocupado por la Compañía de Comandos 601, cuya caldera fue reparada por un operario de la usina en cierta oportunidad, y el cual debió ser echado del recinto por el capitán Jándula, en ocasiones repetidas en que volvió a introducirse en él: “un tipo de pelo rubio ensortijado, que usaba una moto amarilla, y que no dejó de observarnos cada vez que pasó cerca de nosotros”, como lo describe el teniente primero Fernández. Este hombre se hallaba constantemente arreglando cables caídos o deteriorados por las bombas cuando comenzaron los ataques; y de paso, oyendo —presumiblemente— los mensajes que por ellos se transmitían. (Como se supo después de la rendición, era en efecto un miembro del *Special Air Service*.)

Claro está que los probables espías no necesitaban aguzar mucho su ingenio para obtener informaciones: les bastaba limitarse a recoger la que los propios *kelpers* se encargaban de suministrarles.

En la capital la relación con el Reino Unido era mucho más estrecha que en

el interior de Soledad y demás islas, porque en el antiguo Port Stanley su población se hallaba bajo la presión del gobernador, el obispo, y la propia *Falklands Islands Company*, con todo lo que ella representaba de poderío económico y virtualmente monopólico. Habitaban allí, por otra parte, los pocos nacidos en Gran Bretaña. Los soldados ingleses desembarcados furtivamente no tenían, pues, ningún inconveniente en mezclarse y confundirse entre los residentes en Malvinas y obtener alojamiento seguro de ellos. Esta colaboración se hizo más estrecha luego del desembarco británico el 21 de mayo, y hasta la misma conducta de los *kelpers* se mostró, si no agresiva, por lo menos más fría que en los primeros días.

Una muestra de la idiosincrasia de los isleños la tuvo el teniente Anadón cuando ponderando a unos muchachos las ventajas de las instalaciones argentinas, como el gas, correo y transportes, recibió esta respuesta:

—Eso a nosotros no nos interesa, por eso vivimos acá.

En otra oportunidad el teniente Fernando Alonso fue a darse un baño caliente al *Upland Goose Hotel* —para lo cual se pagaba una tarifa—, y luego se quedó a tomar whisky viendo televisión. El local era muy concurrido por oficiales y periodistas. Allí trabó conversación con la hija de los propietarios, una chica de veinticuatro años que en los primeros días sólo aparentaba hablar inglés, pero que con el transcurso del tiempo demostró dominar el idioma castellano, como que había estudiado en Uruguay, y su novio en Córdoba. Era muy atenta con los parroquianos, pero no dejó de decir a Alonso:

—Con ustedes nosotros no tenemos ningún problema, pero lo que están haciendo es imperdonable: queremos la paz y tranquilidad, y por culpa de ustedes nunca más vamos a tenerla. Pueden venir a bañarse y tomar whisky, pero sepan que si tengo que ayudar en algún momento, yo colaboraré cuando llegue nuestro Ejército...

Todos los argumentos que el joven oficial planteaba para convencer a su interlocutora de la conveniencia de aceptar la nueva situación, ante las muestras de progreso y civilización que el cambio de soberanía implicaba, se estrellaban ante una rotunda elección:

—¡Prefiero ser británica de segunda categoría y no argentina!

También comenzaron los Comandos argentinos a tomar contacto con el

terreno, y a veces duramente, como se verá. La superficie de las islas es una turba esponjosa y húmeda —“peor que caminar sobre arena”, comentaba uno de aquéllos—, puesto que su base rocosa impide la filtración, y entonces la tierra no alcanza a secarse y queda como un colchón barroso donde se hunde el transeúnte, ya que el sol es escaso y débil. La fatiga se acentuaba porque la campiña está cruzada por “ríos de piedra”, enormes extensiones de acarreo constantemente mojados, sumamente arduos de superar. Y los caminos eran escasos y precarios.

Una feliz iniciativa para superar los inconvenientes fue la provisión de motos: una agencia de Buenos Aires suministró veinticinco máquinas Kawasaki para *cross-country*, que demostraron un óptimo rendimiento, y cuya innovación en el traslado significó un valiosísimo servicio para los reconocimientos avanzados. Estas motos fueron incluso transportadas en helicóptero para usarse en algunas misiones. Resultó un espectáculo cotidiano para los malvinenses contemplar a los comandos en sus recorridas, y también ser testigos de sus frecuentes caídas y porrazos al patinar en una superficie mojada y pedregosa.

No todos los miembros de la Compañía 601 sabían cómo manejar una motocicleta de *cross*, y entre éstos se contaba el mismo Mario Castagneto. Recuerda el capitán Frecha los golpes recibidos juntos; y en particular cierta vez que bajaba de un cerro llevado por aquél:

—Mire, mi mayor, que por ahí no pasamos, que hay barro...

—¡Bah, cállese la boca, yo soy el jefe!

“E íbamos al suelo, y como para colmo es grandote y pesado, yo quedaba como San Martín debajo del caballo, y riendo ambos”.

Inmersos en un peculiar estado de semiguerra, los militares argentinos en Malvinas estaban divididos en dos grupos, y hasta tres: el que no creía en el estallido de hostilidades; el que estaba seguro de que sobrevendría un encuentro armado; y aquel que no lo deseaba. Fueron varios los enrolados en una posición optimista incluso después que fueran habituales los cañoneos británicos a distancia: “No van a venir”... El convencimiento en esta última hipótesis de los altos mandos y la desdeñosa seguridad de jefes de jerarquía, a la vez que las informaciones y comentarios propalados por radios y periódicos, llevaron a tal creencia incluso a algunos Comandos. En las islas

se atendía más a las noticias sobre una eventual solución diplomática que a la cabal preparación para resistir a un asalto.

Contrastando con ese ánimo apático —operacionalmente hablando— los aguerridos Comandos de Castagneto estaban dispuestos a la acción. Haciendo gala de su espíritu de abnegación, se pusieron a trabajar con todas las penurias que esto significaba: misiones de inspección y exploración con noches al raso, en medio de un clima cruel, sin dormir ni alimentarse adecuadamente, a fin de hallarse listos para cuando el combate se presentara. Caso hubo en que un oficial superior comentó burlescamente al advertir los preparativos de salida hacia el extremo de Malvinas:

—¿Van a la “fiesta del sábado a la noche”? ¡No se preocupen!

Mas contra los deseos y esperanzas de muchos, la *Task Force* británica conducida por el almirante John Woodward se aproximaba cabeceando en las heladas aguas del Atlántico Sur.

El 29 de abril fue una fecha crucial: el gobierno de Washington abandonó su papel mediador y decidió aliarse francamente con el de Londres, haciendo sentir de manera directa y eficaz su cooperación. Estados Unidos facilitó a los ingleses la isla Ascensión para recalada de barcos y aviones, prestó los servicios de información de sus satélites, y puso a disposición del Reino Unido todos los suministros bélicos que hicieran falta. Aquel mismo día se preparó en Ascensión la primera misión de ataque a Malvinas, que se concretaría en breve.

También se definió Chile: un fortuito episodio reveló tal postura —desmintiendo una aparente solidaridad continental—, cuando un helicóptero Sea King británico que operaba desde el sur de ese país (Punta Arenas) sufrió un desperfecto el 19 de mayo, y debió ser destruido por sus propios tripulantes. El embajador chileno en Buenos Aires atribuyó su presencia a un “reconocimiento en el mar para ubicar a la flota argentina” <sup>25</sup>.

El 30 de abril —un par de días desde el arribo de la Compañía— el mayor Castagneto desplegó sus secciones por el archipiélago: la primera al nordeste, la segunda hacia el noroeste, y la tercera rumbo al suroeste. Su jefe determinó que a cada una de ellas se le sumara un miembro de su plana mayor, para que adquiriese experiencia práctica en las operaciones y no limitarse puramente a trabajos de planeamiento.

La patrulla a órdenes del teniente primero José M. Duarte recibió la misión de efectuar la desactivación de un faro en la península Freycinet que podía

servir para guiar eventualmente a aviones británicos, y que al parecer era utilizado para hacer señales a embarcaciones —no obstante que ya elementos del Regimiento de Infantería 4 le habían quitado su batería—; después debía explorar la zona de la costa desde el aire y realizar un control en Estancia House; y luego montar una emboscada sobre Green Patch, en donde se presumía la existencia de algún Comando inglés desembarcado recientemente. A Duarte esta serie de órdenes le parecieron un *pot-pourri* pero se dispuso a cumplirlas con el máximo celo, no obstante que él no creía en la llegada de enemigo alguno. Lo acompañaba en esta misión el capitán José Ramón Negretti, oficial de Logística, y su sección se dividía en el grupo de apoyo del teniente primero Quintana y en el grupo de asalto del teniente Alonso.

Salieron en dos helicópteros Bell a las diez de la mañana. Sin novedades sobrevolaron los restos de Puerto Soledad —el primitivo Port Louis francés, primer asentamiento en Malvinas en 1764— y reconocieron la costa, sobre cuya playa, tropas de Ingenieros colocaban minas. De paso y desde la altura, los aparatos recibían los saludos de los observadores adelantados de la Fuerza Aérea, quienes en una carpa provista de radio mantenían una constante vigilancia. Llegados a Punta Celebroña comprobaron que el faro, efectivamente, podía funcionar; y con mucho cuidado le quitaron el tubo de iluminación —la orden era de no romperlo—, no sin que un disparo accidental escapado a un Comando echara al grupo cuerpo a tierra en previsión de un ataque... Luego descendieron en Estancia House, un asentamiento de cuatro o cinco construcciones, con las precauciones debidas: el escalón de apoyo protegiendo de lejos, y el de asalto rodeando la casa. El teniente Fernando Alonso llevaba un interrogatorio básico confeccionado sobre los datos requeridos (población y actividades), pero su debut resultó tragicómico al dejarse llevar por el oído y no por la lectura:

—*Do you speak english?*— preguntó a la primera mujer que le abrió, en lugar de decir *spanish*.

Recibió una retahíla de frases en aquel idioma que por supuesto no entendió; pero en una lenta pronunciación pudo hacerse comprender. Los hombres estaban trabajando en el campo, y establecido su número, revisaron las casas. Se halló munición, servida y para usar, y algunas chaquetas de Infantería de Marina, pero sin que eso llamara la atención porque todos los *kelpers* estaban sujetos a un entrenamiento militar continuo.



Aproximadamente a las dos de la tarde, la primera sección fue depositada por los helicópteros a unos diez kilómetros de Green Patch, tras lo cual los aparatos retornaron a Puerto Argentino, y la patrulla prosiguió a pie para montar su emboscada. Allí los argentinos tomaron conciencia de la dificultad de marchar por el terreno isleño: una esponja que los atrapaba, fatigándolos. La ametralladora MAG era transportada por el sargento primero Ángel Soria, que es corpulento, pero las bandas de munición para servirla las llevaba en bolsas de cuero y lona —tipo de enfermero— otro sargento primero de Artillería muy delgado apodado *Cañito*, que quedó agotado. El teniente primero Leopoldo Quintana las cargó para aliviarlo, pero a poco, hundiéndose paso a paso, calculó que pesaban una tonelada y media... También trabaron conocimiento con los “ríos de piedra”, esas grandes corrientes subterráneas cubiertas de enormes peñascos irregulares y resbaladizos que provocaron caídas y golpes.

Con las últimas luces, demorados por el suelo, llegaron a distancia de un kilómetro del pueblo, y faltos de aire por el esfuerzo, treparon un cerro desde donde podían dominar Green Patch, y prepararon la emboscada para el amanecer del día siguiente, sábado 1º de mayo de 1982.

La segunda sección mandada por el teniente primero Sergio Fernández se trasladó en camión a la tarde del 30 de abril desde el gimnasio los cuatro kilómetros de camino pavimentado que lo separaban de Moody Brook —una ruta angosta y resbaladiza—, a donde llegaron a los veinte minutos. Su misión era la exploración del sector norte de la isla Gran Malvina, desde la isla Borbón (Pebble) hasta la isla de los Remolinos (West Point Island) en el extremo oeste del archipiélago, para secuestrar una posible emisora clandestina. Era un trayecto bastante alejado de Puerto Argentino, y Fernández se sintió muy halagado porque al helicóptero Bell U.H.-1.H. (*Utility Helicopter*) de asalto que transportaría a la patrulla, se sumaron otros dos de escolta. La patrulla se componía de tres oficiales y cinco suboficiales.

En “vuelo táctico” —a baja altura— atravesaron la isla Soledad en línea recta hacia el oeste, hasta llegar al estrecho de San Carlos que lo separa de la Gran Malvina. Los nervios comenzaron a hacer su trabajo, porque se sabía que la Flota británica navegaba a unos cien kilómetros de distancia, y el radio

de acción de sus aviones Harrier les permitiría estar encima de ellos en cualquier momento... Aunque el cruce no demora mucho, volando a ras del agua y todos amontonados dentro del aparato, la preocupación y la poca luz del atardecer hizo que se diera la voz de que “algo había en el mar”. Incluso los pilotos miraron hacia el norte —boca del Océano— y efectivamente contra el horizonte se distinguió inmediatamente una silueta gris semejante a un buque: era una gran roca, como se determinó a poco, mas este tipo de confusión se repitió varias veces durante la campaña.

En las primeras alturas de Gran Malvina observaron un globo rojo usado por los ingleses para experiencias atmosféricas, deteniéndose para investigar y cargarlo; hasta sobrevolar en la isla Borbón el caserío de Pebble vecino a una pista denominada “Base Calderón”, donde se hallaban estacionados cuatro aparatos Turbo Mentor de Aviación Naval y un Skyvan de transporte liviano de Prefectura. El reabastecimiento de combustible fue demorado en exceso porque debió efectuarse con una pequeña bomba manual y concluyó ya con la oscuridad encima, de modo que resolvieron pasar la noche en ese mismo lugar. Una impresión desagradable fue comprobar que las comunicaciones radiales desde la isla donde se hallaban, hasta Puerto Argentino, estaban cortadas... Lo convenido con el mayor Castagneto no podía cumplirse, pues fue inútil probar con la red radioeléctrica de Ejército y la de Aviación Naval. Ignorando que la interferencia inglesa barría todas las frecuencias a partir de ese momento, decidieron aguardar el 1º de mayo precariamente instalados en el alojamiento de los oficiales de la Base Calderón.

El jefe de la tercera sección, teniente primero Daniel González Deibe, debía conducir a sus hombres hasta Fitz Roy, uno de los mayores asentamientos poblacionales de la isla Soledad, con puerto de gran calado, para efectuar su exploración y levantar un censo. Lo acompañaba el médico de la Compañía, capitán Llanos, quien no desaprovechaba oportunidad para moverse. Partieron en un helicóptero Puma conducido por el teniente 1º Buschiazzo, de Aviación de Ejército —quien a poco caería en acción de guerra— a las cinco de la tarde del 30; y a unos tres kilómetros antes del objetivo tocaron tierra en proximidades de un puente del camino que comunicaba Puerto Argentino con Fitz Roy, y el cual se hallaba bajo control de un grupo de Ingenieros que

debía volarlo con cargas de dinamita en caso de avance enemigo. Allí quedaron preparando el armamento y la comida, y organizando la operación: González tenía absoluta confianza en los dos oficiales que lo secundaban, teniente Alejandro Brizuela y Juan Elmíger. A eso de las nueve y media de la noche, este último fue destacado en observación de la localidad desde una altura que la dominaba, con visor nocturno, regresando sin novedad. Luego de medianoche comenzaron la aproximación a Fitz Roy, para sorprender a su población en caso de existir allí Comandos ingleses; incluso el teniente primero González contaba con una lista suministrada por el oficial de Inteligencia en la cual figuraban los integrantes de la defensa civil con su jerarquía militar.

Ubicados en el cerro sobre el caserío, los Comandos montaron su defensa con la ametralladora MAG y el antitanque Instalaza; y mientras la mayor parte descansaba, quedó establecido el turno de vigilancia. Empezó a llover.

De pronto, a las cinco menos veinte de la madrugada, el suelo retembló y se iluminó el horizonte hacia Puerto Argentino: había comenzado el bombardeo inglés, y la guerra ya era una palpable realidad.

### *Notas*

[24](#) De *kelp* (alga): “recolectores de algas”. Eran ciudadanos de segunda clase, pues, por ejemplo, carecían del derecho de viajar libremente a la propia capital del Reino Unido, no obstante lo cual mantuvieron una fidelidad constante a la Corona Británica.

[25](#) Transcribo de fuente inglesa: “De acuerdo con órdenes impartidas por Caspar Weinberger, ya hacía un tiempo que llegaban secretamente a Ascensión buques cisterna y aviones de transporte. Estos envíos serían ahora reconocidos públicamente. Los suministros incluían misiles Sidewinder y Shrike aire-aire y aire-superficie, aviones para relevo de los tanques Victor afectados a servicio en la OTAN, combustible y municiones. Quizás el aporte más sustancial de los Estados Unidos consistió en señales de inteligencia, radiocomunicaciones y amplificadores. Una vez concluida la guerra, los jefes británicos elogiaron la celeridad con que el general David Jones, jefe del Comando Conjunto en Washington, respondió a cada pedido de Londres. En una oportunidad, Sir Terence Lewin debió llamar personalmente por teléfono a Jones para pedirle la provisión urgente de ciertos elementos clave de comunicaciones; cuando Lewin comenzó a hablar, el General lo interrumpió y le dijo: —‘*Sé lo que me va a pedir, y ya está hecho*’. Cualquiera que haya sido la retórica política desplegada por Estados Unidos a propósito de la guerra del Atlántico Sur, su apoyo militar a Gran Bretaña fue muy amplio y de importancia vital”.

(HASTINGS Y JENKINS, *La batalla por las Malvinas*, pág. 163).

En párrafo inmediato, dichos autores añaden: “Las instalaciones norteamericanas en el sur de Chile quedaron franqueadas a Gran Bretaña, y los chilenos mismos se mantuvieron en estrecho contacto con Londres durante la guerra mediante el desplazamiento continuo de agregados militares entre los dos países” (Ídem). A este último respecto, es ilustrativo que luego de concluidas las hostilidades, el ministro de Relaciones Exteriores británico, Pym, expresara: “Chile nos proporcionó ayuda durante el conflicto y tendríamos que tenerlo en cuenta en nuestras actuales relaciones con ese país”. Quizá por eso a fines del año 1984, Londres haya cedido al Gobierno de Santiago de Chile una base antártica, en el sector reclamado por Argentina.

## CAPÍTULO V

### *Primera jornada de la guerra*

EL 1º DE MAYO DE 1982 SE CONCRETÓ LA OPERACIÓN DE BOMBARDEO más distante de la Historia: un aparato Vulcan de la antigua defensa nuclear británica voló cinco mil seiscientos kilómetros desde la isla Ascensión —a la altura de Recife (Brasil)—, siendo reabastecido varias veces en el aire; y tras más de siete horas sobre el Atlántico, atacó el aeropuerto de la capital malvinense con veintiún bombas de mil libras cada una.

A lo lejos, próximos a Green Patch y a Fitz Roy, los Comandos de la Compañía 601 contemplaron atónitos por la sorpresa cómo la plena oscuridad se quebraba súbitamente a la distancia con el resplandor de los fogonazos, mientras sentían agitarse el terreno que pisaban. “Era dantesco”, rememora uno de aquéllos. “Mi corazón empezó a vibrar”, me relataba otro, “pensábamos que era un ataque general y que habían destrozado la ciudad: veíamos el horizonte blanco por las explosiones y se escuchaban los cañones de la artillería antiaérea”. Por primera vez, sintieron la vivencia de la guerra auténtica.

Las radios no funcionaban. La primera sección de Duarte se hallaba a una distancia de kilómetro y medio de Green Patch, comenzando la aproximación, cuando pasó sobre sus cabezas la segunda oleada de ataque, llevada por todo el contingente aéreo de los portaaviones *Invincible* y *Hermes* con las primeras luces del día. Desde allá volvieron a oír el ruido de la batalla y observaron columnas de humo que se levantaban luego del bombardeo: “A lo lejos se veía una bruma que cubría la capital”. El teniente primero Duarte miró con sus anteojos el pueblo, pensando que si había comenzado el ataque masivo, era probable que tomaran a la cercana Caleta Teal como punto de apoyo para un desembarco de grupos armados, y decidió no penetrar en el caserío y salir de esa posición:

—Por las circunstancias que se viven —explicó a sus hombres—, en vez de ir al poblado vamos a retirarnos lo más rápido posible hacia Monte Kent, para

de ahí volver a Puerto Argentino. ¡El que se queda acá, muere!

La diminuta columna comenzó su repliegue, con el teniente Alonso en la punta y Duarte atrás, manteniendo enlace con el resto. Una extenuante marcha provocó el disloque de la línea, por el mal estado físico de algunos suboficiales de edad inapropiada para la exigencia: algunos comenzaron a retrasarse. En un momento dado, el teniente primero Duarte —quien inicialmente dudara del estallido de hostilidades— vio a lo lejos con sus anteojos un desplazamiento, y se dirigió a Alonso:

—¡Es el desembarco, fíjese! ¡Hay que ganar alturas pronto!

Apuraron el paso y llegaron a costa del virtual aniquilamiento, a la seguridad de un cerro. Pero resulta que al aproximarse y fijarse mejor en el objeto de su preocupación, descubrieron que era un rebaño de ovejas... Las bromas fueron mayúsculas. En esa altura los soldados tomaron real conciencia del cambiante clima de las islas: la mañana había comenzado soleada, pero al llegar a la cima envueltos en lluvia, recibieron un granizo helado, con fuerte viento, que desapareció a los pocos minutos; para recomenzar el ciclo a poco, ininterrumpidamente. Acurrucados entre las piedras, los Comandos abrieron sus latas y se alimentaron.

La tercera sección de González Deibe se encontraba a tres mil metros del puerto de Fitz Roy, sobre una cresta de cuatrocientos metros de altura, y antes que amaneciera comenzó el descenso. A eso de las seis y media de la mañana de ese 1º de mayo tomaron posiciones. Mientras los hombres se distribuían por el dormido poblado, su jefe y el médico se dirigieron a casa del *manager* (administrador), en donde les fue franqueada la entrada luego de anunciarse tocando timbre, de acuerdo con las normas para tratar a la población nativa. González se precipitó al teléfono y del otro lado de la línea, en Puerto Argentino, lo atendió Negretti:

—¡Negro! ¿Qué pasa? ¿Está todo bien?

—Acá nos están reventando a pepazos de todos lados —contestó éste.

González Deibe insistió:

—¿Pero hay algún herido, alguna baja en la Compañía?

—No: nosotros estamos todos bien.

—Bueno, dame con Castagneto para ver qué hacemos; quiero saber si continuó el cumplimiento de la misión.

González no sabía realmente lo que estaba ocurriendo y, al igual que Duarte, creía que los ingleses podrían estar acercándose a la capital. Puesto al aparato su jefe, el mayor Castagneto lo tranquilizó, anunciándole que el ataque había sido repelido y momentáneamente no se había detectado ningún desembarco; pero le ordenó ante esta posibilidad:

—Como pueda, véngase para acá.

El teniente primero González Deibe procedió a requisar tres *jeeps* Land Rover al efecto. Fitz Roy era un punto importante, dotado de muelle para recibir navíos de gran calado; y para sorpresa de los argentinos, también contaba con una pista de aterrizaje en buenas condiciones de uso, señalizada para utilizarse aun de noche, inclinada como rampa desde donde eventualmente podrían operar los Harriers. Sus habitantes en edad militar eran entre sesenta y ochenta jóvenes de buena capacidad física; y aunque el armamento hallado no pasó de las usuales escopetas y rifles de poco calibre, todos ellos quedaron encerrados en sus respectivas casas.

Sin efectuarse una revisión a fondo, pues, partieron de regreso al poco tiempo. El retorno fue lento y penoso por el barro, debiendo en frecuentes ocasiones los vehículos ser empujados por quedarse empantanados a cada rato. Durante la vuelta, a simple vista, pudieron divisar los tres navíos ingleses que se desplazaban a unos quince kilómetros de la costa, luego de cañonear Puerto Argentino, con las últimas luces de ese agitado 1º de mayo. Alcanzado el camino, se aceleró el ritmo y la tercera sección estuvo en la capital a la noche, tardando diez horas los noventa kilómetros de distancia entre uno y otro punto. Puede medirse lo complicado que fue cubrir dicho trayecto si se tiene en cuenta que uno de los puntos de referencia de la ruta a Fitz Roy era una pala mecánica sobre oruga para abrir caminos y zanjas incluso en arrozales, hundida en el barro hasta su cabina <sup>26</sup>.

El mayor Castagneto había tomado contacto también con la primera sección a cargo del teniente primero Duarte, luego de un frustrado intento efectuado por el capitán Rubén Figueroa, oficial de Operaciones. Cuando tuvo lugar el segundo bombardeo inglés, a las ocho de la mañana del sábado 1º de mayo, ante la preocupación del jefe de la Compañía, su segundo procuró calmarlo:

—Mi mayor, déjeme hablarle a Duarte por teléfono.

Y allí fue el complicado trabajo para el espontáneo santiagueño, de hacerse entender en una lengua que ciertamente no había sido la de su infancia:

—*Good day. I want speak the officer argentine.*

Al otro lado de la línea, la telefonista de Green Patch no comprendía nada. Inútil era que Figueroa probara diversas variantes, en medio de las carcajadas y chanzas de sus camaradas, súbitamente distendidos ante ese choque de culturas. Fue imposible el entendimiento y Figueroa cortó la comunicación, siendo sometido a abrumadores y jocosos reproches, todos inmerecidos, porque al no haberse asomado la sección de Duarte al poblado, mal pudo la operadora haber sabido algo de su existencia.

Castagneto no era hombre de desentenderse de la suerte de sus subordinados —esta preocupación suya resaltó durante todas las operaciones— y finalmente pudo establecer contacto radial con la patrulla, a la que dio orden de quedar donde estaba, pues él personalmente la iba a buscar. A las doce menos diez embarcó en un Puma acompañado por un Agusta, y al divisar las señas de sus hombres, bajó y los cargó. Imponiéndolos rápidamente de las incidencias de los ataques ingleses, les indicó su nueva tarea:

—Vamos a ir a lo de un tal Pittaluga, que se comunica con el *Hermes*...

El Centro de Información y Control que funcionaba en Puerto Argentino había detectado emisiones radiales provenientes de la estancia de una de las principales familias de la isla, de antigua residencia y elevado nivel de vida. Estaba ubicada bien al norte de Soledad, en un lugar bellísimo, “realmente paradisíaco”, le pareció a Castagneto.

Se aproximaron con las precauciones del caso: eran doce cabañas con galpones de madera y chapa para depósitos y guardar vehículos, y al lado de la gran casa del propietario se hallaba un viejo helicóptero Sikorsky, pero sin aletas, totalmente en desuso.

Se procedió en forma clásica, con un cerco para impedir que fugaran soldados o marinos británicos que estuviesen infiltrados, instalando una defensa antiaérea en previsión de ataque. El escalón del teniente primero Quintana prestó el apoyo y seguridad desde unas alturas, y el mandado por el teniente Alonso se ocupó de la aproximación. El capitán Jándula fue el primero en entrar, por detrás —en ese caso patada de por medio—, sorprendiendo a la familia, y el teniente Alonso procedió al registro. La casa era, en efecto, la mejor y más confortable de todo Malvinas, con un cuidado



jardín, perfectamente equipada con jeeps, tractores, motos y hasta una lancha. La rápida búsqueda no arrojó mayor resultado; eso sí, Pittaluga contaba con una radio de largo alcance. Castagneto lo interrogó y aquél reconoció haber entrado en comunicación con el portaaviones *Hermes*, aunque —explicó— no para pasar informaciones sino para transmitir al gobernador Menéndez la intimación del almirante Woodward para que se rindiera. Era un hombre agradable y apuesto, de unos cuarenta y cinco años de edad, que sin turbarse mostró la *Union Jack* —bandera británica— que poseía y manifestó que él era inglés y que no hallaba ningún reparo en hablar con sus compatriotas.

Siguiendo las instrucciones, el cabo primero Miguel Ángel Rivero quitó las piezas esenciales del aparato de radio. Se aproximó el hijo de Pittaluga, quien para sorpresa de los Comandos, se expresó en correcto idioma castellano, con matiz argentino, como que aclaró haber estudiado en Córdoba su ciclo secundario. Tenía alrededor de diecisiete años y era como su padre, de buena estampa; no así su madre, “muy fea” en opinión del mayor Castagneto. Más agresivo que su progenitor, recalcó que las islas eran británicas y que los argentinos eran invasores. Cuando Jándula le inquirió sobre la causa de haber ido a estudiar a nuestro país, le replicó que todos eran libres de hacerlo en cualquier lugar que eligiesen.

Las órdenes de Castagneto eran detener a Pittaluga, para interrogarlo mejor en Puerto Argentino y redactar un informe, y éste no se resistió, conservando su tranquilidad pese a que evidentemente colaboraba con las tropas británicas. Distinta fue la reacción de su mujer, por cierto, pero las cosas no cambiaron. Con los helicópteros en marcha, Castagneto vio al muchachito en la puerta de su casa, y para suavizar la situación, se acercó y con la mano extendida le dijo:

—Me alegra haberte conocido, y espero que la próxima vez que nos veamos, sea comiendo un asado aquí mismo.

—Yo no voy a saludar al invasor —contestó hoscamente el joven, cruzando sus manos atrás...<sup>27</sup>

Faltaba la segunda sección, con la cual se había perdido todo contacto radial.

En la base Calderón de isla Borbón, el teniente primero Sergio Fernández fue despertado a las seis de la mañana del 1º de mayo por el suboficial radio-

operador, muy agitado:

—¡Señor, señor, bombardearon Puerto Argentino, destruyeron la pista! ¡No tengo comunicación con nadie!

Alarmados, se alistó a todo el personal, porque podía generarse un ataque de la misma naturaleza en cualquier sitio de las islas. Interrumpidas por interferencias todas las ondas, las únicas noticias eran las captadas de una emisora comercial del Uruguay. Fernández hizo una apreciación de la situación, desarrollando todos los cursos de acción posibles; y en virtud de que no podía colaborar con las tareas que estuviera ejecutando el resto de la Compañía, resolvió proseguir con el cumplimiento de la misión asignada a su patrulla. Aunque su intención inicial era llegar a la isla de los Remolinos volando sobre tierra firme a través de la Gran Malvina, a causa de lo justo del combustible que pudieron cargar tuvieron que hacerlo en línea recta encima del mar. Partieron a las ocho y cuarto de la mañana.

Volaron a ras del agua a ciento ochenta kilómetros de velocidad. En helicóptero monoturbina, a tan sólo metro y medio de la superficie, la distancia parecía multiplicarse... Al aproximarse al pasaje de los Remolinos —nombre bien puesto, por el agitado mar de fondo que provoca un oleaje descomunal—, el estruendo del aparato que se desplazaba siempre en vuelo rasante, hizo salir una cantidad de aves marinas de los acantilados. Un enorme albatros pegó sobre el limpiaparabrisas, encima del plexiglás para visión del piloto, y el aparato cabeceó violentamente: tan sólo la pericia del teniente Jardel que lo conducía, evitó una tragedia a tan escasa altura del revuelto mar <sup>28</sup>.

A unos quinientos metros del establecimiento aterrizó el helicóptero Bell en una hondonada y prestó seguridad el pelotón a órdenes del teniente primero García Pinasco, mientras el otro encabezado por Fernández llegó hasta la casa. Ante el requerimiento, salió un inglés de característico aspecto bonachón, mister Napier, acompañado de su esposa y una cuñada. No ofreció problemas para el registro, que arrojó un magro resultado: un fusil Enfield recuerdo de la Segunda Guerra y una escopeta de caza, a más del acostumbrado equipo de radio interisleña, único elemento para establecer contacto con la red sanitaria para el caso de novedades. Napier era dueño de un moderno velero y de otra embarcación más antigua, también con sus correspondientes aparatos de radio, pero obsoletos. Pese a las protestas de las mujeres —el hombre fue más comprensivo— los Comandos se incautaron de

las radios y de las armas:

—Usted entenderá que es una cuestión de guerra —le explicó el teniente primero Fernández—, yo sé que el fusil no sirve para nada, pero no puedo dejarlo porque tengo orden de llevarlo.

Fernández imaginó también que podrían quedar aislados, y ante la eventualidad de tener que cazar para alimentarse, se llevó también las municiones de la escopeta: “por las dudas”, se dijo, “tener el caballo atado al palenque”.

No obstante, concluida la inspección, los dueños de casa obsequiaron con café a sus inopinados visitantes. Habían superado el temor inicial de verse rodeados por ocho hombres armados, ante la actitud correcta de éstos, y los atendieron de la mejor manera. Napier era uno de los pocos propietarios autónomos de tierras en Malvinas, donde criaba vacunos y ovejas; toda la isla era suya, y había nacido allí frente a una hermosa bahía. Esa gente en particular no consideró como enemigos a los argentinos, y lamentó que hubiese estallado la guerra; a tal punto, que se despidieron deseando suerte a los Comandos...

La sección se replegó a la isla Borbón, a donde llegó sobre mediodía del 1º de mayo, con los marcadores de combustible en su mínimo nivel. Cuando estaban aterrizando, despegaban tres aviones Turbo Mentor armados con cohetes y ametralladoras para interceptar un helicóptero inglés avistado al norte de la isla Soledad, que retornaron poco después, tras eludir una pareja de Sea Harrier. Fue el primer contacto aéreo del conflicto, y festejaron el regreso indemne.

Allí en la Base Calderón —el caserío Pebble quedaba a un kilómetro de distancia, sobre Bahía Elefante—, la segunda sección se impuso de los detalles de los ataques de la aviación británica al aeropuerto de la capital. Restablecida la comunicación con Río Grande (Tierra del Fuego), a través de ella recibieron noticias de nuevas “alertas rojas” (ataque aéreos) sobre Puerto Argentino —doscientos kilómetros de distancia— que por desconocimiento de sus proyecciones y magnitud, generaban situaciones de alarma apremiantes: todos salían corriendo con sus fusiles a tomar posiciones de combate.

A mitad de la tarde de esa jornada tan agitada, llegaron dos parejas de Pucará provenientes de Goose Green (base Cóndor), con la noticia de que ese punto y Darwin habían sido también cañoneados desde el mar y

bombardeados desde el aire, con destrucciones y víctimas; y que en la boca norte del estrecho de San Carlos estaba apostada una fragata.

El regreso se veía demorado porque debido a la escasez de combustible en los helicópteros que habían transportado a la patrulla, se ensuciaron los filtros, que hubo que desarmar y limpiar.

Y poco después, con la luz de las últimas horas —anochecía a eso de las cinco y media— pudo divisarse el primer combate entre Mirages y Sea Harriers, muy en lo alto: por encima de las nubes se destacaban las estelas de los aparatos de reacción y se oía claramente su desplazamiento. Un Mirage pasó en vuelo evasivo, a baja altura sobre las posiciones argentinas, en dirección a Gran Malvina, mientras a unos tres kilómetros de la isla Borbón otro caza nacional era alcanzado, y tras una fuerte explosión, pudo verse que su piloto se eyectaba. Los dos británicos volaron hacia el norte. Partió un helicóptero en busca del aviador caído, pero luego de un intento infructuoso, y tras ubicarse mejor el sitio, fue hallado sobre una playa el primer teniente Perona, con ambas piernas fracturadas. Fue rescatado y se lo condujo a la base todavía con su bote salvavidas montado, que hubo de ser desinflado a cuchilladas al bajarlo; y estando bajo los efectos del *shock*, se le prestó inmediata asistencia, hasta tanto pudiera ser trasladado con seguridad.

Sergio Fernández analizó la información: de los tres aeródromos de Malvinas, los de Puerto Argentino y de Goose Green habían sido atacados duramente; restaba que recibiese el fuego enemigo el instalado en Borbón donde se encontraba su sección... Aquí se hallaban cuatro Turbo Mentor de Aviación Naval —uno averiado—, cuatro Pucará, un Skyvan de Prefectura Marítima, y tres helicópteros. En caso de bombardeo, el grupo de Comandos quedaría completamente aislado y sin posibilidad alguna de acción. El teniente primero García Pinasco no se cansaba de advertir:

—Esto no va a terminar hasta que corra mucha sangre.

Y como la decisión iba a ser fundamentalmente por las armas, y el aporte del Ejército Argentino en Malvinas debía ser arrimar a la mesa de negociaciones la mayor cantidad de efectos logrados en el campo de batalla, no podía admitirse el quedar inutilizados en la isleta. Así es que, completada la carga de combustible, el teniente primero Fernández determinó cruzar a la Gran Malvina como paso previo al regreso a Puerto Argentino, si no estaba bloqueado su acceso.

En la noche del 1º llegaron al norte de aquella isla, aterrizando en un punto

del campo equidistante entre la de Borbón y Puerto Howard. Establecieron sus turnos de guardia, y bajo una feroz lluvia y con un frío intenso —sólo los tres pilotos durmieron dentro de los aparatos— aguardaron la mañana siguiente para procurar cruzar el estrecho que separa ambas islas grandes, pese a la inquietante presencia de la fragata inglesa comunicada a la base Calderón.

A las siete del otro día, aún oscuro —amanecía una hora después— el teniente Anadón pudo sintonizar con su radio Thompson un boletín transmitido por Radio Rivadavia de Buenos Aires, que los impuso de lo acaecido en las últimas cuarenta y ocho horas: a pesar de los bombardeos, el archipiélago no había sido invadido. “Tenemos margen para seguir jugando”, fue el comentario. Una hora más tarde, con la primera claridad, un Agusta exploró el estrecho de San Carlos; y luego los tres aparatos cruzaron separadamente —con cinco minutos de intervalo— en vuelo a baja altura por su parte más angosta. Luego de una escala, finalmente llegaron a las dos de la tarde y se reunieron con la Compañía. Las tres secciones celebraron alborozadas el cumplimiento de sus cometidos sin tener que lamentar bajas.

Luego vino la información y su análisis; el descanso; la limpieza del armamento.

Un par de experiencias primarias fue recogida de inmediato: el casco de acero era un elemento engorroso, pesado, y en algunas circunstancias, hasta contraproducente, ya que el constante viento impedía oír bien tanto los ruidos como las órdenes. Con el correr de los días su uso fue haciéndose discrecional, reemplazándose en las salidas por las boinas verdes distintivas de la especialidad, o los gorros de lana que se proveyeron para la campaña: ello quedó a la comodidad de cada hombre. El casco fue llevado en los primeros momentos de acción, y luego muchos lo desecharon completamente al salir al terreno. Siempre fue útil, en cambio, durante los bombardeos.

Otra enseñanza consistió en eliminar todo peso innecesario: las mochilas no debían ser cargadas con el máximo de municiones y raciones alimentarias, porque su transporte extenuaba en las marchas. De ahí en adelante se impuso la dosificación precisa de los elementos a llevar —las balas eran más importantes que las provisiones—; y en este aspecto el oficial logístico, capitán Negretti, procedió a desarmar los paquetes provistos, apilando las

latas de acuerdo a su contenido y reacondicionando las cajas para que fueran lo más livianas posibles a la vez que contuvieran todo lo indispensable, y aun aquello que haría más soportables los rigores: caramelos, frutas desecadas, turrone. El sobrante quedaba a mano para agregarlo de acuerdo con el gusto del consumidor; y uno de los productos más buscados fue la golosina *Mantecol* por su concentración calórica y rico sabor. Durante las marchas por la turba el hombre prefería llevar la menor carga posible, porque además de sus raciones y armamento individual, la ametralladora MAG y el lanzacohetes pasaban de mano en mano para equilibrar peso.

El primer día de choques puede sintetizarse así:

Después del solitario bombardeo nocturno a cargo del Vulcan, al amanecer volvieron a atacar Sea Harriers la pista de Puerto Argentino, como también la de Goose Green. Poco antes de las cuatro de la tarde se presentó una sección naval, a cargo del destructor *Glamorgan* y las fragatas *Arrow* y *Alacrity*, para batir las posiciones que rodeaban a la capital. El contraataque argentino masivo fue despachado desde el continente antes de una hora, mediante oleadas de Skyhawk, Dagger, Mirage y Canberra, resultando con daños menores la *Arrow* y salvando por escaso margen el *Glamorgan*, siendo también averiado el helicóptero de la *Alacrity*. Las bajas fueron cuatro aviones argentinos y dos británicos. “Los tres barcos se alejaron hacia el este a toda velocidad”, señalan Hastings y Jenkins, quienes al efectuar el balance de la jornada manifiestan:

“Cada bando puso a prueba las defensas del otro, y ambos comprobaron que estaban ante algo serio: ‘Comprendimos que nos darían trabajo’, aseguró el capitán Barrow del *Glamorgan*, ‘podían arrojar sus bombas con mucha precisión’. Ésta fue la primera y única vez que los ingleses intentaron bombardear la costa en pleno día” <sup>29</sup>.

De noche se reiteró el cañoneo naval, que ya se tornaría rutinario; pero los aviones británicos, eficazmente rechazados por el Grupo (regimiento) de Artillería de Defensa Aérea 601 a órdenes del teniente coronel Héctor Lubín Arias, dejaron de hacer vuelos a baja altura sobre Puerto Argentino.

### *Notas*

<sup>26</sup> Pocos días después el capitán Llanos debió volver a emprender la misma ruta: el

gobernador Menéndez ordenó la devolución de los Land Rovers —dos de ellos, porque un tercero quedó para uso de la Compañía 601— con gran indignación de los Comandos, y además pagarles a los *kelpers* por su utilización. El inquieto médico bilingüe fue comisionado al efecto, acompañado por el cabo Carlos Calgaro, quien aunque no tenía la especialidad, era un excelente paracaidista y buzo. Llevaron también correspondencia y medicamentos. Para volver, cargaron sendas motos en los *jeeps*, pero fue tan espantoso el camino de ida como el de la vuelta, pese a serles ya conocido. Para peor, durante el retorno se desató un aguacero, la Flota inglesa abrió fuego, y los sobrevolaron nerviosos pilotos argentinos.

[27](#) Pittaluga fue liberado en Puerto Argentino, aunque sin retornar a su establecimiento. Ya en el año 1938 su familia era puesta de relieve por JUAN CARLOS MORENO en *Nuestras Malvinas* (libro editado entonces), lo mismo que su estancia Rincón Grande (pág. 60).

[28](#) Fue un riesgo mortal; véase lo ocurrido a ingleses días después: “Un helicóptero Sea King que trasladaba un grupo de S. A. S. al barco de asalto *Intrepid* había chocado con un albatros cuyos restos entraron en el mecanismo de control, haciendo caer el aparato al mar. Veintidós hombres, entre ellos veinte S. A. S., se ahogaron antes de que se los pudiera rescatar. Era el mayor desastre que el Regimiento sufría desde 1945” (MAX HASTINGS Y SIMON JENKINS, *La batalla por las Malvinas*, Buenos Aires, Emecé Editores, 1984, p. 213).

[29](#) *La batalla por las Malvinas*, p. 168.

## CAPÍTULO VI

### *La presencia enemiga*

“AQUEL MISMO DÍA 1º DE MAYO”, apunta el equipo especial del *Sunday Times*, “se trasladaban en helicóptero a la Malvina Oriental y Occidental las primeras unidades del S.A.S. y S.B.S. La guerra empezaba en serio. Y casi de inmediato se iba a desbocar” <sup>30</sup>.

El tiempo de recuperación de la Compañía de Comandos 601 —no puede llamárselo de inactividad— fue escaso, ya que numerosos indicios señalaron la presencia de los enemigos en tierra firme: con las primeras luces del domingo 2 tuvo que prepararse para entrar en acción, pues se habían detectado movimientos en las playas al sur de la península de Murrell. Fue destacada para su reconocimiento la primera sección del teniente primero José M. Duarte, la cual desde temprano esperó en el antiguo cuartel de los *Royal Marines*, en Moody Brook, que las condiciones meteorológicas permitieran la salida de los helicópteros asignados a la operación. Llegados al lugar, se pudo comprobar la exactitud del aviso: sobre la playa había un bote neumático en posición invertida.

El escalón de apoyo se instaló en una pequeña altura con declive muy suave hasta el mar, y el escalón asalto comenzó la inspección. El teniente Fernando Alonso se aproximó al bote y lo iba a observar por dentro, cuando el sargento ayudante Francisco Altamirano le previno con un grito:

—¡Mi teniente, no lo vaya a dar vuelta que puede tener una trampa!

Se echaron entonces ambos a tierra, mirándolo por debajo, y notaron la presencia de varios objetos. En precaución de que se tratara de una bomba “cazabobos”, pasaron una cuerda de escalamientos por las agarraderas del bote, y entre los dos pegaron un fuerte tirón. No ocurrió nada. En consecuencia, dieron vuelta al bote, y pudieron ver su motor de 45 HP, tres salvavidas con el nombre del portaaviones *Hermes* en uno de ellos, bandoleras con peines de munición, una campera mimetizada de cuerina, y seis envases de leche fresca consumida. El bote estaba inflado y su tanque



con nafta. Era imposible detectar pisadas en esa playa de piedra; debió efectuarse un prolijo rastrillaje de punta a punta, pero sin resultado positivo: sin duda los Comandos ingleses se habían mezclado entre los *kelpers* durante la noche. Alguno opinó que era tácticamente imposible que la embarcación —tipo Zodiac, para ocho hombres— proviniese del portaaviones, sino que más bien debía de haber sido lanzada desde un submarino. La cargaron en el helicóptero junto con el material, y regresaron a Puerto Argentino.

Por la tarde de ese 2 de mayo comenzó a circular una siniestra noticia: el crucero *General Belgrano* había sido torpedeado. Nuevos detalles permitieron conocer que la gran nave —la segunda en tamaño luego del portaaviones *25 de Mayo*—, de gran potencia y alcance de fuego, navegaba fuera de la “zona de exclusión” bélica señalada por el Gobierno británico, rumbo al continente. Pero el submarino atómico *Conqueror* lo alcanzó con dos torpedos y media hora más tarde el capitán de navío Bonzo ordenó abandonar el crucero, fuertemente escorado <sup>31</sup>. “Ese día soplaban en Malvinas un viento huracanado, con lluvias”, recuerda uno de los comandos, “y a uno le sobrecogía el ánimo pensar que en medio de esa tormenta feroz otros compatriotas estaban en el agua tratando de sobrevivir: creo que fue uno de los pocos momentos de la campaña en que todo el mundo sintió odio, odio mortal”. El hundimiento del *Belgrano* causó trescientas sesenta y ocho víctimas, varias de ellas durante la noche en las balsas, con una temperatura de veinte grados bajo cero.

La profunda pesadumbre alcanzó cierto grado de compensación —si puede decirse así— cuando un par de días después se supo que un buque británico había sido atacado y hundido por la Aviación Naval: se trataba del destructor *Sheffield*, una de las mejores unidades de la *Task Force* a la cual servía de avanzada, dotada de sofisticados radares y computadoras para detectar al enemigo. Mas todo resultó inútil frente a la pareja de Super Etendard, pertenecientes a la Segunda Escuadrilla Aeronaval de Ataque, que partiera desde Tierra del Fuego (Río Grande) armada con misiles Exocet. Difundido el éxito argentino, “levantó terriblemente la moral”, me refería el mismo oficial de la Compañía 601. Fue una gran alegría: “Realmente creo que el efecto que causó, tanto para ellos como para nosotros, fue decisivo, fue importante: se demostró que se les podía pegar, en la medida que hubiera voluntad y que los medios estuvieran alistados”. Era la primera unidad de la amenazadora *Royal Navy* que quedaba eliminada.

El 3 de mayo el pequeño aviso de la Armada *Alférez Sobral* fue atacado desde el aire con pérdida de dos oficiales y tres tripulantes. Pero el mismo día caían ante la defensa antiaérea de Goose Green dos Sea Harriers, siendo enterrado por las tropas argentinas el piloto de uno de ellos —teniente Nicholas Taylor— con los honores militares.

Esos primeros días de mayo significaron una permanente actividad para los Comandos, motivada por diversos anuncios de la presencia enemiga en la isla, que era menester comprobar. Ya se sabe que partidas de los *Special Services* habían sido desembarcadas; y ante la falta de censo y control metódico de la población nativa, les era muy fácil integrarse con la complicidad de ésta. Las órdenes terminantes de no molestar a los *kelpers* no contribuían, ciertamente, a facilitar la investigación.

Pero la Compañía 601 era usada en las más versátiles exploraciones lejos de su base: fueron hasta la isla Tussac, al norte del aeropuerto, porque se creía que desde allí se dirigía a los bombardeos, a la cual dieron el nombre de “Isla Quemada” por cuanto un avión había arrojado napalm incendiario sobre ella, y regresaron negros del hollín de la turba que pisaron; efectuaron reconocimientos de las posiciones de los Regimientos; y hasta navegaron la bahía del Aceite, en la lancha guardacostas *Río Iguazú* de la Prefectura, en medio de un mar no apto para terrícolas.

Que se echaba mano de los Comandos para cualquier tipo de misión, sirve esta última como ejemplo: la dotación embarcada el día 2 debía brindarle apoyo en una salida a la lancha, ya que por falta de armas defensivas adecuadas, ésta había sufrido bajas ante el ataque de un helicóptero artillado Sea King. Se destinó al efecto la mitad de la 2ª sección, a órdenes del teniente primero García Pinasco: con éste, un total de seis hombres. Subieron a bordo de la *Río Iguazú* en plena noche, portando un cohete antitanque Instalaza de 88,9 mmm, una ametralladora MAG, y un pequeño mortero de 60 mm, como para batir una zona próxima a mil metros. Su destino era vigilar las quebradas costas del norte de Soledad, sobre la península de San Luis.

Si los Comandos creyeron que sería un paseo para quebrar la rutina, se equivocaron completamente: en cuanto salieron de la bahía frente a Puerto Argentino, los tomó un mar sumamente picado que mareó a todos. El total de la escolta quedó fuera de acción... La lancha, de empleo fluvial, contaba con

camarotes, un par de compartimientos, cocina y arriba una cabina de mando, donde se instaló el puesto de guardia, del cual hubo que retirar al centinela apostado por su completo mareo. Unas pastillas suministradas por los marinos, y algo de acostumbramiento, mejoraron la situación. Salvo lo agitado del mar, el patrullaje se realizó sin incidentes, revisando la costa con el visor nocturno proporcionado por García Pinasco cada vez que se percibía algún movimiento fuera de lo común. En una oportunidad abrieron fuego con el lanzacohetes y la MAG para que el enemigo se delatara contestando, pero sin resultado. Al amanecer, cansados por el fuerte temporal, la sufrida escolta retornó a puerto. Su jefe se quejó al mayor Castagneto por el hecho de ser mandados sin adaptación suficiente, haciéndole ver que en caso de peligro no cumplirían plenamente con su tarea. El caso es que no volvieron a participar en ese tipo de operaciones.

El 4 de mayo fue un día de agitación dentro del mismo Puerto Argentino. Ya oscuro, el mayor Doglioli —ayudante del gobernador— comunicó muy alarmado que se debía dar inmediata custodia al puesto de mando del general Menéndez, que se desplazaba esa noche desde Stanley House —en la costanera, Ross Road 25— hasta la Secretaría de la Gobernación: aparentemente los Comandos ingleses lo iban a atacar a eso de las nueve de la noche, dos horas después... En dicho edificio —una construcción color gris, de dos plantas— se centralizaban las oficinas de los distintos Ministerios. Por cierto, el mayor Castagneto se resistió tenazmente a emplear a sus hombres en tal menester:

—¡Ésa no es una función para Comandos!

Sin duda, sobaban tropas en Puerto Argentino para destinarlas a “guardias de corps”, sin necesidad de recurrir a los otrora difamados elementos de choque, pero Doglioli —muy amigo de todos ellos— se mostró inflexible, aduciendo que se tenían datos muy precisos y exactos; y generalmente los suyos eran de buena fuente y luego se confirmaban. Sobre todo, adujo un argumento sin réplica para cualquier militar:

—¡Es una orden del General!

Rápidamente se pasó revista al personal, disperso en distintas actividades: la primera sección de Duarte estaba cumpliendo una misión afuera de la localidad, de modo que Castagneto improvisó una fuerza compuesta por la

segunda sección de Fernández y la tercera de González Deibe, impartiendo de inmediato las instrucciones para efectuar en primer término un reconocimiento de la zona, y luego establecer la defensa del puesto de mando. Pero no contaban los Comandos, acostumbrados a un planeamiento eficiente de cualquier operación, con el desorden y despreocupación que rodeaban la mudanza del Cuartel General: el emplazamiento del nuevo sector, que suponían debía efectuarse en el mayor secreto, era una reunión multitudinaria de camiones estacionados desde los cuales cantidad de soldados descargaban diversos útiles por orden de sus jefes, ignorantes todos de que pocos minutos después podían ser atacados... No obstante, se instalaron las secciones rápidamente, tomando posición dentro y fuera del edificio, tratando de hacer comprender a los oficiales de mayor jerarquía que la responsabilidad en esos momentos críticos era de los Comandos y que debían guarecerse en la Gobernación. “Si llegaba a pasar una mosca la hubiésemos liquidado”, rememoraba Castagneto: todos estaban sobre las ventanas listos para abrir el fuego con las granadas de fusil ya sin seguro, y los lanzacohetes instalados como para batir el lugar de probable descenso de helicópteros enemigos, que era la cancha de fútbol próxima.

A la hora señalada, nueve de la noche, comenzaron los disparos.

Detrás de la casa del gobernador, a unos cuatrocientos metros de distancia en dirección al Hospital Militar, se desató un tiroteo infernal. Las trazantes cruzaban la bahía en dirección a Wireless Ridge donde se hallaba el Regimiento 7 de Infantería; al lado del monumento conmemorativo a la batalla naval librada en la Primera Guerra Mundial, se inició un incendio, tomando combustión los arbustos próximos. Los soldados de varias unidades tiraban con todas sus armas. A la media hora comenzó a disminuir la intensidad de la acción; y decayendo el fuego, la noche volvió a ser calma aunque continuó la rutina de la seguridad con relevos dentro y fuera de la Gobernación. A las cinco de la madrugada tuvo lugar otro bombardeo a cargo de un Vulcan sobre el aeropuerto. Y así terminó todo, sin otros incidentes, retirándose a su gimnasio la Compañía, suficientemente desgastada tras esas horas de tensión.

¿Fue un ataque real? Los soldados argentinos —salvo los Comandos— ignoraban cualquier dato sobre la presunta operación inglesa, pues no había trascendido la información; y luego declararon haber visto un avance de hombres que no eran propios. No habían estado nerviosos con anticipación,

en consecuencia, y sin embargo de no estar alertas, entraron en combate. ¿Elementos del S.A.S. o del S.B.S.? ¿*Kelpers* que intencionalmente provocaron la confusión? ¿O simplemente un exceso de celo de contagio multiplicador? La respuesta es aún una incógnita.

Lo cierto es que la misma noche del 4, simultáneamente, fue montada otra emboscada a cargo de los Comandos; esta vez, por carencia de personal — todos en la Gobernación— a cargo de los capitanes de la plana mayor de la Compañía: Figueroa, Jándula, Negretti, Frecha y Llanos. Otras noticias provenientes del Destacamento de Inteligencia daban al gran mercado West Store como lugar de reunión de militares ingleses infiltrados donde intercambiarían información y planificarían sus agresiones: disparos aislados de noche, sabotajes, espionaje; todo ello con la activa cooperación de los lugareños. En verdad, ese almacén era un lugar de concentración de los habitantes después que comenzaron los cañoneos navales, para su seguridad por el tamaño y la solidez de su construcción. Sobre su techo informaban grandes letras pintadas: *Defensa Civil*.

El cerco se estableció, notándose que nadie abandonó el edificio luego de ingresar en él. Desde sus escondites, a través de las ventanas los capitanes observaban los movimientos internos, y pudieron comprobar que desde allí se seguían con atención los desplazamientos de las tropas y de la Policía Militar que patrullaba: ¿simple curiosidad, u obtención de datos para transmitir? Las luces se apagaron adentro, pero la orden para ingresar no era impartida, pese a los repetidos requerimientos que por radio efectuaba el capitán Figueroa al coronel encargado del operativo: —“Todavía no”... Y el frío y el cansancio obraban sobre el humor de los oficiales apostados. Como para quebrar la monotonía, en momentos que Jándula fumaba un cigarrillo escondido tras unas máquinas, un disparo de fusil zumbó a su lado y se estrelló contra los aparatos. ¡Cuerpo a tierra! Pero todo siguió en la misma calma. No eran infrecuentes los tiros aislados, aunque el oficial de Inteligencia sospechaba que muchos de ellos no provenían del nerviosismo de los centinelas argentinos, sino que los producían ingleses infiltrados para desgastar el espíritu aumentando la tensión.

Por último, casi al amanecer, llegó el mayor Castagneto y se produjo la entrada sorpresiva al West Store: despertados sus ocupantes, alineados contra la pared manos arriba, fueron revisados cuidadosamente en medio de sus protestas. No se halló nada extraño, y como en otras oportunidades, debió

concurrir a escuchar los airados reclamos de los *kelpers* el comodoro Carlos Bloomer Reeves, el sufrido oficial encargado de representar los intereses y derechos de aquéllos. No había pasado de resultar una falsa alarma del batallón de Inteligencia...

El miércoles 5 se encargó una nueva misión a ejecutar esa misma noche por los zarandeados Comandos, directamente impuesta por el gobernador militar de las Malvinas. Datos concretos indicaban que la isla Leones Marinos era empleada por la Flota del almirante Woodward para diferentes actividades, desembarcando una cantidad indeterminada de helicópteros Sea King, según indicaba alguna fuente, mientras otra —aviones propios que la sobrevolaron— señalaban la existencia de radares o antenas. El riesgo muy grave que se corría de incursionar en esas alejadas regiones —se trata de la isla situada más al sur del archipiélago— era que por allí se desplazaba la escuadra británica, y sus letales aviones cubrían perfectamente la zona.

El mayor Castagneto fue consciente del elevado porcentaje de probabilidades en contra que significaba tratar de llegar hasta ese punto, e intentó obtener el máximo de apoyo. La importancia del objetivo —una base británica terrestre— y el peligro de la aproximación hicieron que se le concediera todo: la Compañía 601 se iba a movilizar con la plenitud de sus efectivos, contando con cobertura aérea adecuada, que consistiría no sólo en aparatos con base en Malvinas (isla Borbón) sino en la salida de aviones desde el continente. Un grupo de Comandos Anfibios se adelantaría en una lancha de Prefectura para preparar la llegada. La planificación fue coordinada en forma muy precisa en sus detalles.

Pero un par de contingencias modificó estas previsiones. En primer lugar, el mal tiempo traducido en lluvia y niebla retardó la salida ese día, lo que motivó que la segunda sección fuera empleada para otra misión de investigación hacia el norte. Asimismo, impidió en forma definitiva que los aviones que cubrirían la operación decolando desde la Patagonia, salieran de sus pistas.

Así las cosas, durante la misma noche, Castagneto recibió una nueva directiva: la misión debía llevarse a cabo, no obstante la falta de apoyo aéreo, con la sola sección que restaba...

El jefe de la Compañía opuso todas las razones imaginables, pero sin éxito, para demostrar que sería una acción de ribetes suicidas. Todo conspiraba para ello: el desplazamiento, por falta de combustible —a raíz del bloqueo naval

se lo economizaba al máximo— se realizaría en línea recta sobre el mar, sin contarse con la protección de los accidentes geográficos sobre suelo firme; los cinco Pucará en alerta de la base Calderón, a veinte minutos de vuelo, no iban a llegar a tiempo en caso de interceptación inglesa; el helicóptero Agusta de ataque empleado como escolta sería irrelevante, de acción nula, si se los estaba esperando en Leones Marinos o si la *Task Force* intervenía. Los navíos ingleses habían recommenzado su tarea de hostigamiento nocturno, con absoluta impunidad, acercándose a menos de veinte kilómetros de la costa, y tampoco existían medios eficaces de contrarrestar la acción de los Sea Harriers que en cualquier momento y lugar podían hacerse presentes: el dominio del espacio por parte del enemigo era completo. Sus argumentos no tuvieron éxito. Atribulado, Mario Castagneto se encaró con el teniente primero Duarte:

—Va a ir usted mañana con su sección <sup>32</sup>.

Duarte creyó en un principio que contaría con aviones del continente; luego, que por lo menos podría llegar frente a la isla sobre tierra y desde ahí cruzar los once kilómetros que la separaban de Soledad. Cuando comprendió la verdad, protestó: repitió a su jefe todos los motivos que éste había inútilmente aducido ante el mando:

—Si existe una cabeza de playa enemiga —dijo— es sólo comprobar si nos dejan llegar; las posibilidades de supervivencia en un solo helicóptero son mínimas. ¡Veinte hombres contra toda la Flota!

Finalmente se calló, haciéndose esta reflexión: “Bueno, no hablo más porque va a parecer que tengo miedo”. La primera sección se preparó para el viaje a ras del agua. Los capitanes Llanos y Frecha, de la plana mayor de la Compañía, integraban el grupo. Embarcaron en un Puma a las seis de la mañana del día 6 de mayo: Duarte, Quintana y Alonso, y los suboficiales Moreno, Ríos, Llanos, Calgaro, Contreras Pichihuelches, los dos Gómez, Altamirano, Vera, Tunini y Rivero. Un aparato Agusta, artillado, los acompañaría más bien como apoyo moral. ¡Veinte contra la Flota! Uno de los expedicionarios comentó que la frase podía servir como título de una película de aventuras... En horas de la noche se había adelantado la lancha de la Prefectura portando el escalón de seguridad a cargo esta vez de los cinco únicos Comandos navales que permanecían en Malvinas, ya que los cuerpos de Buzos Tácticos y Comandos Anfibios responsables de la toma de Puerto Stanley el 2 de abril, habían sido devueltos a su base en Mar del Plata. Era

ésta la primera operación conjunta que se materializaba entre todas las fuerzas.

Extremando sus precauciones para no ser detectados, los dos helicópteros volaron apenas a cinco metros de las olas, con una velocidad de doscientos kilómetros por hora, “muchas veces patinando sobre el agua”, comparaba uno de los Comandos, mientras todos observaban en trescientos sesenta grados el horizonte. Varios “pasos” habían establecido para sobrevivir en caso de ataque al aparato: el primero, que el helicóptero no fuera destruido completamente por el impacto que recibiera; luego, que no cayera con tanta violencia —al agua o en tierra— como para que murieran en forma instantánea; en tercer lugar, tener la oportunidad de salir del transporte; si el accidente ocurría sobre el mar, estar a no menos de cinco minutos de nado de la costa, pues era imposible no hundirse pesadamente cargados como se hallaban, en aguas heladas, y con la máquina a veces cerrada.

El vuelo duró alrededor de hora y media: “fue una agonía bastante larga”, me relataba uno de sus participantes. Los Comandos Anfibios habían llegado a la isla Leones Marinos con anticipación, aproximándose en la fase final en un bote inflable, donde comprobaron que en el establecimiento allí existente no había nadie. No obstante, se adoptaron las precauciones rutinarias, por más que el teniente primero Duarte hubiera indicado al Augusta adelantarse un par de minutos para ametrallar cualquier presencia enemiga detectada, antes del arribo de su sección.

La isla Leones Marinos era una sola inmensa estancia. Un lugar imponente, espectacular, con elefantes marinos que le daban su nombre sobre la costa, y toda clase de fauna volátil; en el interior pacían vacas y caballos de pedigree. En una punta se hallaba la casa con su puerta abierta, “como si hubiera sido abandonada de golpe”, dando la impresión de haber sido habitada hacía instantes. Penetraron con las acostumbradas medidas de seguridad pero estaba vacía. Estaba totalmente instalada, incluso con aparato de televisión y de videocassettes; encontraron algunos uniformes ingleses, un par de armas, equipos de radio, ropa. Fuera del edificio se había construido un “pozo de zorro” y una trinchera de arrastre enmascarada. Contaba con un *jeep* Land Rover nuevo y una flamante lancha con motor fuera de borda, y cerca de la casa había tambores de combustible y algún tipo de balizamiento: daba la impresión que la isla estaba siendo preparada como base para helicópteros, aunque no podía descartarse que los equipos militares hubieran pertenecido a



ejercitaciones anteriores de la tropa territorial de guarnición en el archipiélago.

A media mañana había concluido la inspección de esa isla y el par de islotes vecinos, y se dio la orden de volver a la lancha y los dos helicópteros.

Durante el viaje de regreso se recibió la noticia de la caída de un avión argentino cerca de la isla Bougainville, a mitad de camino, por lo que la sección de Duarte aterrizó en ella. No se halló al piloto; sólo una porción de terreno calcinado, aún ardiendo, donde soltara sus tanques suplementarios de combustible. Los *kelpers* que allí habitaban habían contemplado el combate aéreo y aseguraron que también vieron el derribo del aparato británico <sup>33</sup>. Esta gente se mostró en extremo bien dispuesta, incluso tratando con simpatía a los militares argentinos: “tenían mayor confianza en nuestra victoria —refería Duarte— que nosotros mismos”. Aunque la amabilidad era una constante en los pobladores del interior —contrastando con la fría hostilidad de los habitantes de la capital—, éstos llamaron la atención. Eran humildes campesinos, abandonados a su suerte, como que desde el desembarco del 2 de abril no habían sido reaprovisionados: ignoraban lo que pasaba, o al menos no lo entendían, lo que demostraba que a las autoridades británicas anteriores no les interesaba esa posición; al contrario de Fitz Roy donde estaban perfectamente en claro del conflicto, quizá por haber alojado elementos de combate. Lo positivo era que el desamparo de los *kelpers* de Bougainville era absoluto:

—¡Tenemos hambre, necesitamos harina! —manifestaron a los Comandos.

Éstos les dejaron todas sus raciones: latas con *corned-beef*, leche en polvo, galletitas, mermelada, fósforos. La esposa del principal sujeto del lugar quería fumar, pero cuando el teniente primero Duarte le entregó sus cigarrillos no los aceptó: sólo utilizaba “armados”... Casi no hace falta añadir que estaban contentísimos con la nueva situación. “Eran unos *kelpers* macanudísimos que nos despidieron cordialmente, con aplausos”, subraya Duarte.

El operativo no cobró víctimas, como se temió inicialmente, pero es un elocuente ejemplo del elevado riesgo a que los Comandos eran expuestos, y la sacrificada abnegación con que éstos cumplían cualquier orden. Por otra parte, marca la multiplicidad de medios utilizados, las distancias a que llegaban, los tipos de lugares que recorrían, y la clase de actividades y la manera como las ejecutaban. Motos, helicópteros, botes, y hasta caballos,

sirvieron para sus desplazamientos. Y salvo esta precisa misión —en que aunaron esfuerzos los efectivos navales y aéreos, aunque los últimos sin participar— los Comandos se bastaron a sí mismos desde la exploración y búsqueda de información, hasta la seguridad y realización de las tareas encomendadas.

Que se corrió un gran peligro al ir a la isla Leones Marinos lo dio el hecho, apenas dos días después, cuando en la misma zona fue hundido el buque mercante *Narval*, pesquero-factoría (domingo 9), por una patrulla de Sea Harriers que lo atacaron con bombas y ametralladoras <sup>34</sup>. En cuanto se conoció por radio la noticia en Puerto Argentino, fue despachado un helicóptero Puma de Aviación de Ejército para rescatar posibles sobrevivientes. Ya que conocía el trayecto, se envió al mismo piloto que condujera la sección de Comandos, teniente primero Roberto Fiorito, llevando como copiloto al teniente primero Juan Carlos Buschiazzo y al mecánico cabo primero Raúl Dimotta. No se adoptó siquiera la precaución de pintar de blanco, o con una cruz roja, al aparato, para distinguir su función; iba en su versión standard, de color verde.

Durante el vuelo por la misma ruta, sólo alcanzó a transmitir:

—¡Harriers, me atacan!

Después, nada más. Nunca fueron hallados.

### Notas

<sup>30</sup> PAUL EDDY Y MAGNUS LINKLATER (“The Sunday Times” Insight Team), *Una cara de la moneda* (Buenos Aires, Hyspamérica, 1983), pág. 237.

<sup>31</sup> Sus escoltas, los destructores *Bouchard* y *Piedra Buena*, atacaron sin vacilar al submarino no midiendo riesgos (es del tipo llamado *hunter killer*, “cazador asesino”, porque hunde irremisiblemente a sus víctimas). Refutando la versión del propio ministro de Defensa británico John Nott ofrecida a la Cámara de los Comunes, en el sentido de que las escoltas huyeron abandonando en el mar a los sobrevivientes del *Belgrano*, el equipo especial de *The Sunday Times* rectifica con honesta independencia: “Esto es una tontería. El que se largó fue el *Conqueror*, perseguido por los dos destructores que, durante dos horas de espanto, lo acosaron con el sonar y cargas de profundidad Hedgehog. Algunos de los tripulantes del submarino encontraron que la experiencia era peor de lo que se podían haber imaginado: “Yo creía que antes había pasado sustos —dijo Guinea— pero nunca tuve un miedo *tan descomunal*” (*Una cara de la moneda*, pág. 245. El subrayado en el original).

[32](#) Me confesaba el mayor Castagneto: “Lo que más me impresionó en toda la guerra, a pesar de las cosas difícilísimas y tremendas, y hasta de la muerte, fueron los momentos de decidir en soledad: lo que uno sabe por los manuales, pero que se puede percibir únicamente cuando se está en operaciones. El momento en que yo tenía que decir: ‘Venga, jefe de sección, y vaya a cumplir tal misión’. Solo, me enfrentaba con la sensación de que de mi capacidad e idoneidad profesional dependía la vida o la muerte de esa gente que estaba mandando, a cuyas familias conocía”.

[33](#) Las informaciones del Reino Unido sobre la pérdida de sus aviones fueron siempre retaceadas y seguramente ocultando la cifra exacta de sus bajas. En cambio, no demoraban en dar a conocer los daños inferidos a sus naves. Quizás esto se debiera a disimular el desgaste de su material, que podía incidir en el apoyo a la campaña —el ataque al portaaviones nunca fue reconocido—, siendo que era más difícil negar los impactos en los buques.

[34](#) Los ingleses adujeron que el pesquero cumplía tareas de espionaje, lo que fue desmentido por la fuente oficial argentina y por su propietario, quien destacó su lento andar. Londres anunció: “De los veinticinco tripulantes, según tenemos entendido ahora, uno resultó muerto, uno está seriamente herido, y doce tienen heridas de menor consideración”. (LATIN AMERICAN NEWSLETTERS, *Guerra de las Malvinas y del Atlántico Sur* en partes oficiales y comparativos, pág. 79, Buenos Aires, Ed . Catálogos, 1983).

## CAPÍTULO VII

### *Otras actividades*

LOS INTEGRANTES DE LA DIMINUTA UNIDAD, los Comandos de la Compañía 601, estaban indignados, todos ellos, porque realizaban trabajos que no les correspondían, sirviendo a cualquier ocurrencia, por extravagante que fuera.

El comentario, formulado ante su jefe el mayor Castagneto —quien por cierto lo compartía—, no era del todo acertado. Si bien era verdad lo indicado, cabía señalarse que se carecía en Malvinas de otros elementos dotados de la idoneidad profesional y aptitud física para confiarles misiones de riesgo. La masa de la tropa, formada por conscriptos —muchos de ellos reclutas sin instrucción—, era virtualmente incapaz de ejecutar operaciones variadas y complejas: se limitaban a aguardar en las trincheras el ataque frontal del enemigo que debían rechazar. Era su único cometido. Esa solución del mando argentino, de utilizar a los cuadros especializados para superar contingencias difíciles, fue también el recurso de que echaron mano los jefes británicos por las mismas razones: no vacilarían en emplear como simple observador de artillería naval sobre el estrecho de San Carlos, nada menos que al capitán John Hamilton, del *Special Air Service*, ya famoso por haber encabezado la incursión para recuperar las Georgias del Sur.

Mas como cabía suponer —los Comandos estaban convencidos de ello— que se produciría un desembarco, querían estar preparados para enfrentarlo. Conocer la geografía malvinense, adaptándose al terreno, era en consecuencia fundamental; y en todo momento trataron de recorrer las islas para reunir su propia información a fin de estar en condiciones, luego de seleccionar blancos rentables que fueran factibles de ejecutar golpes de mano, en los eventuales lugares que los ingleses elegirían para instalarse.

En esa tarea preparatoria para su misión específica, los Comandos argentinos reconocieron el perímetro defensivo de la capital, lográndose un efecto secundario, puesto que los soldados de las unidades convencionales siempre se sentían reconfortados por la asistencia de aquellos combatientes

profesionales.

Con la finalidad de preparar de la mejor forma sus recursos para utilizarlos en el momento oportuno, los Comandos planearon establecer depósitos de armas, municiones y alimentos en la profundidad del territorio malvinense, que presumiblemente podrían quedar tras las líneas enemigas, para operar sobre ellas. Serían refugios subterráneos para ocultarse durante las horas de luz, y poder incursionar a la noche en la retaguardia inglesa, atacando puestos de mando, sistemas de comunicaciones o de artillería, elementos logísticos, lugares de aterrizaje de aeronaves; en suma, cualquier centro vital.

El bombardeo del 1º de mayo indicó la urgencia de realizar este proyecto: debía hacerse sin pérdida de tiempo dentro de un radio de acción entre quince y cincuenta kilómetros de Puerto Argentino, el objetivo final de la lucha. De cercarse la capital de Malvinas, los Comandos carecerían de apoyo y posibilidad para desplazarse, ya que la superficie de turba pantanosa era prácticamente intransitable para hombres pesadamente cargados, y durante el día cualquier movimiento sería fácilmente detectable en ese liso campo; y de noche no volaban los helicópteros propios.

Uno de los más empeñosos en llevar adelante lo expuesto era el oficial de Inteligencia capitán Jorge Jándula. Dicho en sus propios términos: “la intención mía era formar antes que se produjera el desembarco, los depósitos o refugios; no únicamente depósitos sino también refugios, que eran fácilmente ejecutables con un poco de paciencia, puesto que existen los característicos *ríos de piedra* donde podíamos obtener agua, y a la vez hacer pequeños pozos donde escondernos nosotros. Pero eso si no se tiene previsto, después en el momento de la operación no se puede hacer porque lleva mucho tiempo”.

El mayor Mario Castagneto compartía la idea, y trató de hacerla ver al gobernador militar. La respuesta que obtuvo fue que por el momento los helicópteros para transportar los útiles y equipos estaban destinados a otras misiones más apremiantes, cuales eran el aprovisionamiento de los Regimientos en Soledad y Gran Malvina; pero cuando tuviera lugar el desembarco británico, se iban a facilitar los medios necesarios a la Compañía. Esto nunca tuvo oportunidad de cumplirse, y la promesa de apoyo de la superioridad quedó sólo en eso. Jándula no se conformaba, pero tan sólo pudo instalar un depósito cerca de Fitz Roy, tapado con piedras y tierra, aunque sin capacidad para alojar hombres.

La cuestión de los helicópteros merece una reflexión por separado. Para el 2 de mayo, día siguiente al comienzo de las hostilidades, el Ejército contaba con un total de dieciocho aparatos: un Chinook, cinco Puma, tres Agusta y nueve Bell <sup>35</sup>. Componían el Batallón de Aviación 601 encuadrado en la Brigada X a órdenes del general Jofre, defensora de la capital, y bajo el mando directo del teniente coronel Reveand. Los pilotos eran excelentes, competentes y bien dispuestos, pero se enfrentaban con condiciones meteorológicas muy adversas, de cambios bruscos, y por falta de elementos ópticos adecuados carecían de posibilidad para volar de noche. Desde el 1º de mayo en que la presencia británica se hizo sentir diariamente, con luz u oscuridad, se restringieron aún más los movimientos aéreos argentinos. Y a veces las operaciones de los Comandos se planificaban no tanto en cuanto al objeto que se buscaba, sino a la disponibilidad de los vulnerables helicópteros.

Como el presidente de la Junta Militar, general Galtieri, había ordenado que pasaran a Malvinas más tropas de las que podían ser convenientemente mantenidas, esos aparatos estaban sobreexigidos porque eran el único medio para trasladar soldados y transportar equipos desde Puerto Argentino hasta sus destinos en el interior, y abastecer a las tropas. Por eso se retaceaban tanto; pero para los Comandos eran algo esencial, ya que sólo mediante su empleo podían llegar rápidamente a cualquier punto donde su presencia fuera requerida. Uno de los argumentos que la superioridad esgrimía para negar los helicópteros a la Compañía de Comandos, era su seguridad, pues bajo el “paraguas” de la defensa antiaérea de Puerto Argentino estaban protegidos de ataques enemigos. Era un juego de razonamientos: el mayor Castagneto argüía que ellos contaban a su vez con misiles tierra-aire Blow Pipe que también eran una efectiva garantía para custodiarlos. Se trataba de una cuestión de nunca acabar, y habrá que volver a referirse a ella.

De los miembros de la Compañía 601, tres habían seguido un curso para manejar tales misiles: el capitán Ricardo Frecha, el teniente primero Sergio Fernández, y el cabo primero Jorge Martínez. En todo el Ejército de Malvinas, nadie más sabía utilizar esta arma, pese a la cantidad de Blow Pipes que se habían llevado a las islas, por falta de experiencia práctica... Estaban encajonados tal cual fueron bajados de los aviones, al costado del

camino que desde el aeropuerto conduce a la capital.

El Blow Pipe es un aparato de origen británico, tipo *bazooka* pero más ancho de boca, que se apoya sobre el hombro y dispara un misil a la velocidad del sonido —*Mach 1*—, con un alcance de tres kilómetros. El proyectil debe ser guiado en forma manual después de los cuatrocientos metros durante siete segundos como máximo, manejándose un gatillo —arriba, abajo, derecha, izquierda—, pues no es de los infrarrojos de atracción térmica que automáticamente son llamados por las turbinas de los aviones a reacción. Poseen para ello un visor. El cohete explota al pegar en el blanco y también por proximidad, a menos de cuatro metros, lo cual asegura una efectividad mucho mayor. Desde luego, para manejarlos se requiere la práctica del tiro, tanto en simulador como en la realidad.

Pues bien: la inquieta mente del mayor Doglioli, asesor del gobernador militar, concibió la idea —luego que fuera bombardeada la zona de reunión de los helicópteros, al lado del antiguo cuartel de los *Royal Marines* en Moody Brook— de resguardar las máquinas con estos misiles antiaéreos para evitar su constante desplazamiento. Mas al intentar aglutinar a todos los lanzadores que servían en la Brigada X, se dio con el resultado antes indicado: en ninguno de los Regimientos que la componían se hallaba un solo individuo hábil para usarlos. Un Ejército rutinario y burocrático arrojará siempre lo que en este caso ocurrió: contar con una gran existencia de proyectiles, pero por no haber sido éstos nunca disparados —por razones de economía mal entendida— no sabérselos emplear cuando llegaba la ocasión de usarlos. Con lo que el costo de su adquisición resultaba estéril, y el ahorro, contraproducente.

Los generales Menéndez y Jofre quisieron, conforme al plan expuesto por el mayor Doglioli, establecer una defensa para proteger las zonas de apostamiento de los helicópteros; pero el mayor Castagneto bregó para no perder el control de este equipo, y finalmente prevaleció su criterio. Argüía de la siguiente manera: “El enemigo sabe muy bien que en Puerto Argentino la defensa antiaérea es muy buena, por sufrirla en carne propia; pero también sabe que por el resto de las posiciones puede moverse como quiera, y esto afecta nuestros propios movimientos”. El jefe de los Comandos propuso en cambio llevar ese grupo móvil de defensa antiaérea a las misiones que se encomendaran a su Compañía, pues de esta forma prestaría seguridad a los aparatos que los transportaran, y aumentarían su efectividad, ya que los

helicópteros contarían con cobertura fuera de la capital y estarían en condiciones de desplazarse rápidamente a cualquier punto de las islas. Un doble efecto: se limitaría la impunidad con que el enemigo se movía, y los escasos helicópteros estarían preservados de riesgo.

Castagneto pensaba disponer para sí de movilidad propia, ya que antes de otra cosa, instalaría la defensa de los aparatos; pero erró al creer que algunos de éstos dependerían exclusivamente de la Compañía de Comandos. No obstante, el tiempo iba a demostrar que la idea de llevar consigo a los Blow Pipes daría resultado positivo.

Quedó constituido, en consecuencia, el “grupo de emboscada antiaérea”. De sus tres componentes, únicamente los oficiales Frecha y Fernández habían tirado realmente con tales proyectiles, en 1980, con permiso del director de la Escuela de Infantería, pero ignorándolo el Comando de Arsenales, siempre celoso de no gastar sus equipos... En cambio Martínez tenía conocimientos meramente teóricos, ya que pese al curso realizado nunca tuvo la oportunidad de dispararlos.

Tanto el capitán Frecha como el teniente primero Fernández estaban más que disgustados con la nueva misión encomendada. Según me refirió el primero de ellos: “Protesté como loco porque me imaginaba mirando el cielo hasta el fin de la guerra, cuando por mi jerarquía aspiraba a otra cosa. Luego de una larga charla, el mayor Doglioli me dijo que tanto mi rol como el de Fernández estaba justificado si con esa arma lográbamos derribar aunque fuera un solo avión: no hubo más argumento”.

Según ocurría con frecuencia, el mal tiempo impidió los vuelos, y por ende, también las recorridas de los Comandos. Entonces Castagneto aprovechó la circunstancia para experimentar la efectividad de su grupo de emboscada antiaérea, y ordenó un reconocimiento en la zona del Murrel Bridge. A las diez de la mañana del 7 de mayo partieron en moto aquellos dos oficiales por el camino que hacia el oeste conduce a Monte Kent, bajo una pertinaz llovizna. Hasta Moody Brook la ruta es de asfalto, pero a partir de este lugar se convierte en una huella barrota, que tornaba sumamente difícil la marcha, que luego de once kilómetros los conduciría hasta el monte Two Sisters, dominante del lugar elegido.

Cruzaron las posiciones propias sin darse cuenta, porque el perímetro defensivo dejaba grandes espacios en la línea: “Por ahí veía un grupito arriba de un cerro y después nada más para el otro lado”, recuerda Fernández. Ya



bajo una lluvia torrencial —y después de haber tenido que detener su andar a causa de una cerrada neblina— llegaron a las cinco de la tarde al puesto de mando del mayor Oscar Jaimet, jefe de los refuerzos del Regimiento de Infantería 6 destacados en Two Sisters; y la tardanza en el recorrido da una idea de la magnitud de las dificultades del tránsito en Malvinas. Fue imposible continuar el reconocimiento del terreno debido a la espesa niebla: más allá de dos o tres metros no se veía. El retorno ese mismo día quedaba descartado, de modo que el capitán Frecha pasó la novedad al mayor Castagneto por la línea telefónica instalada, y luego de ser alimentados con los “lujos” que aún conservaba el mayor Jaimet —comida caliente y licor—, se guarecieron en su carpa para pasar allí una noche que recuerdan como “espantosa”.

A la una de la noche se desató el cañoneo naval británico sobre la zona, y todos los soldados abandonaron sus refugios —una lona entre piedras al lado de un pozo de tirador normalmente lleno de agua— para tomar sus puestos de combate. Frecha y Fernández arriesgaron permanecer dentro de la carpa, agotados y empapados como estaban, para no morir congelados a la intemperie, ya que sólo temían a un impacto directo: aunque no contaban más que con una manta tirada en el suelo, el techo los protegía de la lluvia y del viento. El bombardeo se prolongó hasta la mañana, batiendo el pie del cerro y sus laderas.

Con luz y mejor tiempo se completó el reconocimiento sobre Murrel Bridge y se comprobó la factibilidad de instalar allí una emboscada antiaérea. El mayor Jaimet había suministrado informes sobre la actividad aérea enemiga en la zona, y la ubicación de sus propias posiciones. Al mediodía los dos oficiales de Comandos retornaron a su base, impidiendo la niebla operar durante los dos días siguientes. Ambos volvieron con idéntica preocupación: el convencimiento de que su pericia en el manejo del arma antiaérea portátil los separaría definitivamente de la Compañía 601. Esta posibilidad atormentaba a Sergio Fernández, quien de concretarse, no se la “perdonaría” a su superior.

El lunes 10 de mayo el teniente Marcelo Anadón, el alférez de la Compañía de Comandos, escribió a Buenos Aires: *“Acá tenemos cañoneos algo seguidos pero sin ningún problema, la paz que reina es realmente alarmante; estoy pasando las ‘vacaciones de julio’ un poco adelantadas en las Malvinas: ésa sería la frase exacta de mi estadía acá”*.

Ese mismo día, a bordo del *H.M.S. Fearless* se celebraba una reunión de jefes del Ejército Británico, donde se decidió desembarcar en la bahía de San Carlos. Los reconocimientos a cargo de efectivos de las *Special Forces* (S.A.S. y S.B.S.) indicaban que allí no había tropas argentinas.

### *Notas*

[35](#) EJÉRCITO ARGENTINO, *Informe oficial*, t. II, anexo 24.

## CAPÍTULO VIII

### *IncurSIONES EN TORNO DEL ESTRECHO*

EL 7 DE ABRIL, FECHA EN QUE ASUMIÓ SUS FUNCIONES el Gobierno Militar de Malvinas, se impartió la “Orden de Operaciones n° 01/82”, la cual —luego de indicar prolijamente la misión de cada unidad existente en el archipiélago— efectuaba el estudio sobre las “avenidas de aproximación” a la capital, que marcaban los posibles lugares de desembarco enemigo: *a)* playa al este de Strike Off Point; *b)* playa al norte de Twelve O’Clock Mountain; *c)* playa al norte de Mount Low; *d)* playa Kidney Cove; *e)* playa Hell’s Kitchen; *f)* bahía Port William; *g)* playa al nordeste del aeropuerto hasta Cristina Bay; *h)* bahía Port Harriet; *i)* Bach Point y playas al este y oeste; *j)* Bluff Cove Settlement; *k)* Estancia House; *l)* bahía Sode <sup>36</sup>.

Ninguno de estos puntos era la bahía San Carlos.

Este lugar no era de prioritaria importancia para la defensa elaborada en Puerto Argentino; tan sólo se lo consideró un sitio de atención secundaria, para tenerse en cuenta aunque sin pensarse que sería el teatro del principal esfuerzo británico. Quizás una alternativa, una “distracción militar”; a lo sumo una base de observación. Por eso, corrido casi medio mes de mayo, se decidió emplazar allí una mera sección de Infantería.

Ignorantes de esta falta de previsión, los jefes ingleses tenían puesta su atención en tal bahía, aunque los angustiaba que las colinas circundantes pudieran estar ocupadas por tropas argentinas. De ser así, la operación de desembarco se convertiría en una masacre, decisiva para el curso de la campaña. Elementos del *Special Boat Squadron* recorrieron concienzudamente la zona elegida, desde los primeros días del mes, y con estupor, también comprobaron que la boca norte del estrecho de San Carlos no estaba minada, por lo que la *Task Force* podía llegar sin inconvenientes a la bahía. Cuando se evidenció la inexistencia de defensores en tierra, las mismas alturas dominantes resultaron un refugio natural contra el peligro más temido: así se lo hizo saber un oficial británico al teniente primero Carlos

Daniel Esteban estando éste prisionero:

—Si ustedes hubiesen analizado nuestras capacidades, habrían descubierto de inmediato cuál sería el lugar del desembarco. ¿Por qué? Porque a nosotros el arma que más nos preocupaba era el Exocet, y el único lugar que nos permitía una protección natural era el estrecho de San Carlos, donde no podía entrar. Sí, corríamos el riesgo al concentrar a la flota; pero confiábamos mucho en nuestros radares de alarma y detección, y en nuestro sistema misilístico de defensa antiaérea. Eso nos permitía ser prácticamente invulnerables <sup>37</sup>.

En cuanto a los aviones argentinos, calculaba el mando inglés que las elevaciones que rodeaban la bahía darían muy poco tiempo a los pilotos para visualizar sus blancos al desembocar sobre el agua: y las rocosas paredes ofrecían una protección natural ante los aparatos que volasen hacia los barcos anclados bajo ellas: los aviadores se estrellarían contra sus laderas o quedarían vulnerables si remontaban vuelo con anticipación.

Claro que a veces la voluntad humana puede alterar los resultados de planes perfectamente concebidos.

A pesar de las precauciones tomadas por los Comandos ingleses en su exploración, cierta evidencia de sus desplazamientos se había detectado, y llegaron datos precisos al Gobierno Militar que aquellos rondaban por Chanco Point, uno de los extremos de la bahía San Carlos. Ello movió a encargar a la Compañía de Comandos 601 a efectuar un rastillaje sobre la zona; y a instalar luego un puesto de observación a cargo de elementos de los Regimientos de Infantería 25 y 12, sobre la altura principal que cierra la boca norte del estrecho.

Los Comandos dependían, a partir del 11 de mayo, del general Parada, comandante de la Brigada de Infantería III, diseminada fuera de la capital. Con éste surgió una diferencia, cuando el jefe de los Comandos expuso su plan de operaciones: “Tuvimos grandes desacuerdos, en forma muy vehemente”, relataba el mayor Castagneto, “dado que yo sostenía que los helicópteros debían quedar conmigo por razones de seguridad y de transporte inmediato, sin saberse si San Carlos estaba ocupado por el enemigo; y no podíamos llegar con los helicópteros hasta ahí ni quedar a diez kilómetros y caminar, porque nos iban a ver y se iban a escapar”. Por último el general

Parada convino en que los aparatos permanecieran con la fuerza de exploración.

En esa zona ya comenzaba a intensificarse la lucha. El 10 de mayo había sido hundido el transporte *Isla de los Estados* por una fragata británica precisamente dentro del estrecho, casi en la desembocadura sur; golpeando a su turno, la aviación argentina causó averías al destructor *Glasgow* y tocó a la fragata *Brilliant* dos días después. El 16 serían atacados por aparatos ingleses el *Río Carcarañá* y el *Bahía Buen Suceso*, el último de los cuales pudo recostarse contra la costa frente a Fox, sobre la isla Gran Malvina.

La operación fue montada ignorándose si las patrullas británicas se habían replegado o si todavía permanecían en el lugar —y de hecho, aún estaban en tierra firme—, de manera que el jefe de la Compañía de Comandos planeó una aproximación clásica, con sus efectivos completos: establecer un cerco con emboscada antiaérea, y luego de proceder al copamiento, efectuar el control de la población y levantar un censo de ella. Y aparentando luego marcharse, quedar vigilantes en las inmediaciones. El propio mayor Castagneto encabezaría la misión, acompañado por toda su plana mayor. Las secciones primera y segunda avanzarían sobre Establecimiento San Carlos, y simultáneamente la tercera sobre Puerto San Carlos, que son dos asentamientos relativamente cercanos pero separados por un brazo de mar, en el que desemboca el río del mismo nombre. De asegurarse la ausencia de enemigos, los Comandos serían relevados por una sección de Infantería reforzada a órdenes del teniente primero Esteban.

La Compañía hubo de partir el 12 con las primeras luces, pero el mal tiempo impidió el vuelo. Por último salió desde Moody Brook a mediodía del jueves 13: una respetable fuerza embarcada en dos Bell y dos Puma, con la protección de dos Augusta de ataque.

San Carlos es un lugar distante ochenta kilómetros de Puerto Argentino; pero en términos de trayecto malvinense era como recorrer la mitad de Argentina... “Hablar en la capital de San Carlos, era como pensar en viajar a la China: un confín”. Tal la sensación descrita por el jefe de los Comandos. Si se sumaban las dificultades del terreno al desconocimiento de la situación, se tornaba en una verdadera aventura, ya que esa zona hubo de ser controlada desde el 1º de mayo, lo que se fue postergando.

Las dos primeras secciones de asalto tocaron el suelo a quinientos metros de Establecimiento San Carlos, incluido el grupo de emboscada antiaérea puesto a órdenes del capitán Frecha. Formados en cadena, se pasó a revisar vivienda por vivienda del caserío y los alrededores, sin encontrar más huellas que restos de raciones alimenticias militares en latas y sobres, a unos seiscientos metros de aquél. Ningún otro rastro de presencia enemiga ni detección de eventuales colaboradores. Conforme a instrucciones, se inquirió a los pobladores sobre sus necesidades sanitarias. Tan sólo a cierta distancia se distinguía algo similar a un radar sobre una altura: para determinarlo con exactitud fue despachado un aparato conduciendo al teniente primero García Pinasco con parte de la segunda sección, ya que su jefe orgánico, el teniente primero Fernández, formaba parte del equipo antiaéreo.

Lo que de lejos parecía un radar resultó una antena semejante a una torre, para uso de los pobladores del Establecimiento. Recorriendo la periferia de San Carlos, avistaron en la costa vecina —bahía Ajax— una edificación grande, la cual sobrevolaron, y que resultó ser una planta frigorífica abandonada, con un ala de la misma quemada y herrumbrada, con muchos tambores de combustible tirados a su alrededor. Ésa fue la impresión desde el aire, porque no descendieron ante la sensación de su falta de actividad —y García Pinasco quedó con la preocupación de no haberlo hecho, porque en la amplia factoría sobraba espacio para contener todo un batallón—, marchando luego hacia una casita aislada. Allí sí bajaron: se aproximaron con las preocupaciones de rutina, y vieron que estaba totalmente vacía de muebles, llamando la atención de todos su extrema limpieza y prolijidad, algo muy difícil de lograr con los constantes y fuertes vientos. Y por otro lado, en su cocina existían víveres en una alacena, como para alimentar a más de una docena de hombres durante un día. Recogieron las provisiones y retornaron al Establecimiento. Los *kelpers* explicaron a Castagneto que pertenecían a *Royal Marines* que habían estado un par de meses antes, en una de sus periódicas recorridas. No es imposible que hayan pertenecido, en cambio, a un grupo del S.B.S. desembarcado para explorar.

Si hasta ese momento —caída del sol— nada fuera de lo corriente había ocurrido, un acontecimiento imprevisto y desagradable ensombreció los ánimos: los pilotos anunciaron su retorno a Puerto Argentino, por órdenes expresas de su jefe superior el teniente coronel Reveand, pues éste quería conservarlos a resguardo de la aviación enemiga. El mayor Castagneto

manifestó una férrea oposición, aduciendo diversidad de razones: la inmovilidad a que los Comandos se verían forzados, el doble consumo de combustible para los aparatos en sus viajes, que implicaban además doble riesgo de ataque enemigo, la protección otorgada por sus propios Blow Pipes, la anterior promesa de conservar los helicópteros. Todas las protestas fueron inútiles porque se estrellaron ante las terminantes órdenes recibidas. Y allí quedó detenida la Compañía, no más; y el acostumbrado mal tiempo hizo que al día siguiente no pudiera ser recuperada, lo que trajo por consecuencia que a quince minutos de vuelo de donde se hallaban, un destacamento del *Special Air Service* ejecutara un golpe de mano poniendo fuera de acción por completo una base aérea argentina, trabajando con absoluta impunidad... Veremos esto en su momento.

Los Comandos, en consecuencia, actuaron como si se retiraran marchando por sus propios medios: se despidieron de los *kelpers* del Establecimiento San Carlos y salieron en columna en dirección a las alturas circundantes. Pero a un kilómetro se detuvieron, esperaron que cerrara la noche, regresaron a proximidades de la localidad y se instalaron en un galpón vacío para esquilar de ovejas. De inmediato Castagneto ordenó cerrar los dos puntos de ingreso, en secreto, no sólo para la propia seguridad de los Comandos, sino para detectar si realmente había enemigos moviéndose por las cercanías. Rotaron por mitades: unos dormían bajo techo, mientras los otros montaban guardia. De esta forma todos pasarían la noche de alguna manera protegidos.

Tras el repliegue se procedió a comer, a alimentarse con una mísera ración en frío que no había sido calculada para los dos días que la Compañía quedaría aislada. Por otra parte, el encierro en ese depósito distaba mucho de resultar confortable: un horrible olor se desprendía de los fardos de lana prensada, y el suelo donde los infelices militares estaban acostados consistía en unos sucios listones de madera negra percutida por la humedad. En cuanto a los centinelas afuera, soportaban un frío espantoso, agravado por la pertinaz lluvia y el incesante viento helado. No fue todo: a eso de las tres de la mañana, un preocupado suboficial interpeló a su jefe:

—¿Usted sabe bien, mi mayor, lo que nos va a pasar metidos aquí dentro?

—No va a pasar nada —le contestó Castagneto—, porque estamos seguros con la localidad totalmente cercada.

—No, no me refiero a eso —aclaró aquel—, sino a que una de las enfermedades clásicas de la oveja, y que contagia a todos los que trabajan

con lana, es la sarna...

El mayor Castagneto, espantado, no perdió tiempo en cuanto despuntó el día siguiente en inquirir al *manager* del Establecimiento el problema que les podría causar la proximidad de ovejas (*sheep*), y este hombre le aseguraba que no había ninguno cerca, refiriéndose a un navío (*ship*). No pudieron entenderse.

La tercera sección a órdenes del teniente primero Daniel González Deibe tuvo la misión de separarse del grueso para examinar Puerto San Carlos, a donde lo acompañaron los capitanes Negretti, oficial de Logística, y Llanos, el médico de la Compañía. Dos helicópteros los depositaron en las alturas inmediatas —era mediodía— y de allí bajaron con las precauciones del caso, encontrando diseminadas por las laderas las acostumbradas vainas de munición servida de las ejercitaciones militares a cargo de la Infantería de Marina británica. Puerto San Carlos es un caserío de más de media docena de viviendas, relativamente organizado, con una zona edificada de tres cuadras de ancho por siete de largo, con factorías y corrales para ovejas, encajonado entre dos cerros. Una de las instrucciones particulares era averiguar la profundidad de las aguas del puerto propiamente dicho, y otra la factibilidad de establecer en el lugar una pista de aterrizaje. Como medida de “acción cívica” para congraciarse con los *kelpers*, la sección de Comandos portaba desde Puerto Argentino la correspondencia dirigida a la localidad, tal cual se hizo en Fitz Roy anteriormente.

Se realizó el cerco y la inspección domiciliaria para comprobar la existencia de armamento y radios, extremando precauciones para no despertar ningún sentimiento de hostilidad —más que el instintivo—, de acuerdo con la política desplegada desde el primer momento en Malvinas. No se halló realmente nada que valiera la pena. Cumplida la faena, se reunieron en torno al administrador de la villa, cuyo hijo hablaba perfectamente castellano por haber estudiado su ciclo secundario —como tantos muchachos de las islas— en Córdoba. Cuando el capitán Negretti le preguntó la razón de no haberse educado en Inglaterra, dio la explicación:

—Por falta de guita...

Este chico demostraba tensión e incluso agresividad ante la presencia de los militares argentinos, como que se hallaba en la edad típica de la reacción. Su



notorio interés era saber cuándo se retiraban aquéllos, y no por el peligro de hombres armados, ya que todos los pobladores estaban tranquilos una vez pasada la primera impresión. El doctor Llanos, fastidiado, quiso molestarlo a su vez: al preguntar por el destino del armamento utilizado en los ejercicios de fuego, y responder el muchacho que lo retiraban luego los *Royal Marines*, le dijo:

—¡Ah, esos que tenemos presos en Argentina!

La reacción del joven *kelper* vino enseguida:

—¿Y ustedes qué tan seguros están? A lo mejor vos esta misma noche volvés a Puerto Stanley y es muy probable que haya sido tomado por los británicos.

En este tono de contrapunto siguió la conversación, hasta que a la tarde la sección volvió a embarcarse para proseguir con la misión encomendada. González Deibe tenía que instalarse sobre una especie de balcón sobre el estrecho de San Carlos, llamado Fanning Head, que de acuerdo con la marcación en la carta, en el lenguaje militar argentino fue denominado “altura 234”. Aquí recibirían a la fracción de Infantería propia, en caso de no detectarse inconvenientes. Pocos lugares peores: existía un microclima especial, donde prácticamente no cesaba de llover y de soplar viento. Además, como observatorio resultaba un punto cuestionable, ya que a veces estaba envuelto por nubes bajas que impedían la visión, o la niebla descendía sobre el valle y tampoco podía distinguirse nada. Eran las seis y media de la tarde y todos se prepararon para pasar la noche. Dormir sería mucho decir, porque a la hora se desató un aguacero terrible, alternado por una garúa congelada, y soplando incesante el viento. ¡El temible “General Invierno” se adelantaba! Los Comandos buscaron refugio cavando pozos con sus cuchillos, donde se enterraron unos treinta centímetros entre piedras tapados con sus ponchos impermeables, debajo de los cuales comieron.

Al capitán Llanos lo despertó una fuerte luz en la cara, que por un instante creyó sería el sol: era una luna potente, y la hora, las tres de la mañana... Se levantó para estirarse un poco y se asomó al filo de la roca que caía a pique sobre el estrecho: “era un lugar hermoso —rememora—, una noche clara, con la luna reflejándose en el mar”. Súbitamente, a cinco kilómetros de distancia al norte, sobre la boca, distinguió la silueta de una fragata. Llamó a González Deibe, y durante mucho tiempo la estudiaron con sus prismáticos, hasta que cayeron en cuenta que se trataba simplemente de un peñasco. Con la

inquietud que se vivía, a los tenientes Brizuela y Elmíger los gritos de lobos marinos o pingüinos que llegaban amortiguados a la altura, les parecieron órdenes de despreocupados Comandos ingleses.

Amaneció con neblina y un intenso frío. A media mañana se estableció contacto radial con el mayor Castagneto, quien informó a González Deibe que los helicópteros los habían abandonado y que a causa del mal tiempo imperante en la isla no volverían ese día a recobrarlos. El jefe de la tercera sección le hizo conocer su calamitoso estado:

—Acá estamos todos mojados, con el racionamiento ya consumido. Mi mayor: ¿qué hacemos?

En efecto, los víveres habían sido calculados para una simple exploración, en la confianza de un pronto retorno, y no quedaba casi alimento. Pero Castagneto le ordenó:

—Permanezcan en posición en la boca del estrecho para ver lo que pasa.

—Bueno, pero mire que aquí el tiempo está mal —insinuó González Deibe.

La réplica del mayor Castagneto fue tan terminante como insólita:

—Debo cortar: preserve al personal y el material contra las condiciones climáticas.

El oficial sintió una fugaz ira: ¿qué medios tenía él para *preservar* sus hombres y equipos en medio de ese tiempo horrible? ¡Bien se notaba que desde las comodidades de San Carlos, bajo techo, no se comprendía la situación!... La mañana no mejoró, y el clima continuó implacable. A las doce González Deibe volvió a llamar y propuso al mayor replegarse caminando a San Carlos, porque su misión en rigor no podía cumplirse si los helicópteros no volaban, ya que el relevo con la sección de Infantería debía producirse en la misma “altura 234”. Esta vez fue autorizado. Consumieron el poco alimento que quedaba, y emprendieron el retorno a la una de la tarde.

En la memoria de los participantes de esta marcha la misma ha quedado imborrable como una de las peores experiencias de sus vidas. Todo conspiró para ello: el frío, el terreno, el viento, el peso. Bajo una lluvia constante, mal dormidos, cargando un equipo que debió ser transportado en helicóptero — ametralladora MAG, lanzacohetes Instalaza y abundancia de municiones—, con objetos como las balas que eran llevadas en valijines, con manija — siendo que los ingleses se las colocaban en bandas terciadas o a la cintura—, soportando de costado un viento helado con llovizna de nieve que les insensibilizaba la mitad de la cara, enterrándose en el fango y luchando para

no caerse por la dorsal pedregosa de las alturas... Ese terrible repliegue fue, afortunadamente, realizado sin otros inconvenientes que lo tremendo de la marcha misma. Aun los suboficiales de más edad respondieron, como los sargentos ayudantes Salazar y Robledo, que pasaban los cuarenta años; otro del mismo grado, Arroyo, se mantenía en muy buen estado físico. El resto eran más jóvenes, y con buen ánimo; uno de ellos, el sargento primero Juan Carlos Helguero, venía de realizar una campaña en la Antártida y conservaba una sobresaliente aptitud. Pero la fila se iba alargando de acuerdo con las condiciones de cada uno y la carga que soportaba, y la sección se dispersaba. Mientras hubo luz pudieron dejarse marcas para indicar la huella; cuando con la ya acostumbrada frecuencia se empezó a cubrir con neblina la dorsal del cerro y la oscuridad creció, aproximándose la puesta del sol, la situación comenzó a agravarse, porque a las 10 de la noche se cortaba la energía de Puerto San Carlos cuyas luces servirían de referencia para orientarse. El jefe paraba con frecuencia para reagrupar a los rezagados.

Arribaron a un punto característico llamado Settlement Rock donde debían comenzar el descenso, cuando no se veía a cien metros, y entonces Llanos le dijo a González Deibe:

—Yo me voy a adelantar para que el *manager* del establecimiento prenda las luces y te guíes para poder seguir caminando.

El médico se aligeró de equipo y se fue. Coincidió la ventaja de que hablaba inglés perfectamente y como no tenía puesto orgánico en la sección, se manejaba solo; sus condiciones atléticas y de gran espíritu eran las decisivas para su empresa.

Pablo Llanos se perdió. Abatido, se sentó sobre una piedra; cuando en medio de su desmoralización, se abrieron un poco las nubes y vio una casa adelantada del pueblo, en el bajo. Tomó el rumbo directo con su brújula y sin vacilar, comenzó a correr. De ahí en adelante, todo salió como programado: desde la casa habló por teléfono con el administrador de Puerto San Carlos y éste puso en marcha el generador, lo que sirvió para que en plena noche se encendieran las luces que permitieron orientarse a los cansados hombres de González Deibe. Superando su propia fatiga, el emprendedor Llanos montó con el *manager* en un jeep y trepó para ayudar a traer los equipos, hallando a sus compañeros alrededor de dos kilómetros de distancia, cuando ya marchaban con seguridad. Todos destruidos físicamente, por cierto.

La recepción por parte de los *kelpers* fue sumamente cordial: los

suboficiales fueron conducidos a una casa, y los oficiales quedaron en la del administrador, donde estaba dispuesta una comida caliente para reanimarlos. Cómo sería el aspecto lamentable que ofrecían los Comandos que al verlos, una viejita mucama del *manager* les dijo con sorna:

—*By the look of your faces, you seem to be my prisoners* (Por sus caras, ustedes parecen mis prisioneros).

Quedaron luego un rato conversando con el administrador de Puerto San Carlos, tocando superficialmente el tema del conflicto, y admirando su confortable casa, muy bien puesta y alfombrada —los oficiales se quitaron sus borceguíes embarrados al entrar—, cuyo lugar de honor lo ocupaba un retrato de la reina Elizabeth II, sin faltar una fotografía del casamiento de los Príncipes de Gales. Su bodega estaba bien provista de productos de todo el mundo: carne argentina, café brasileño, cerveza holandesa, whisky escocés. Este administrador del poblado era el que recibía las provisiones y las distribuía, quien pagaba al personal; en burlona comparación histórica del capitán Negretti: “Tenía la suma del Poder Público”. A juicio del mismo oficial: “Fue el mejor lugar donde nos recibieron”.

Concluida la comida, toda la sección fue reunida y conducida para pasar la noche a la escuela del pueblo. Todos se tiraron dentro de un aula a dormir, y su jefe determinó que uno montara vigilancia adentro, relevándose cada media hora.

Ciertamente lo correcto hubiera sido instalar una guardia externa de tres hombres, pero el agotamiento pudo más que el riesgo y la práctica. Empero, no pasó desapercibido este apartamiento de la rutina defensiva:

—Mi teniente primero, estamos regalados...

Así se lo advirtió el sargento Miguel Ángel González, pero el interpelado le explicó:

—Sí, Gonzalito, pero estamos a la miseria. ¿Cómo hacés para mantener tres tipos con este frío afuera?

González Deibe quedó preocupado por la advertencia, pero no modificó sus instrucciones, porque se dio cuenta que el estado de los hombres no era el mejor para resistir las inclemencias climáticas esa noche, a sabiendas de que un asalto enemigo los superaría. Y algo ocurrió: dos horas después el centinela anunció:

—Viene gente.

Se trataba del hijo del *manager* capitaneando una docena de amigos, medio

borrachos de cerveza. Había dos posibilidades: pararlos a tiros o dejarlos pasar. Se optó por lo último, y los jóvenes entraron en el aula, con los soldados expectantes. Como buenos beodos, insistieron en convidar a todos; y uno de ellos comenzó a revisar el equipo del médico. Éste se dirigió a González Deibe:

—Mirá: éstos están pasados en alcohol, así que mejor sacalos. Da la orden que se los lleven. Yo le voy a decir a éste en inglés que se vayan, y terminamos con el tema.

Llanos salió de su bolsacama y agarrando por un brazo al cabecilla le intimó:

—Necesito que te vayas con toda tu gente, porque acá hay que descansar; además ésta es una zona de seguridad.

—¿A mí qué me importa la zona de seguridad? ¡Y no me apretés! —fue la airada respuesta del chico.

Entonces el capitán Llanos sacó una granada de su bolsa y mirándolo fijo le espetó:

—¡Como sigas hablando así te la voy a meter en la boca!

Santo remedio: el mozo habló a sus amigos y salieron inmediatamente. Al día siguiente se advirtió al *manager* que la guardia abriría fuego de repetirse la situación. Y ya recuperados físicamente, González Deibe organizó la vigilancia y mandó un grupo a controlar la altura dominante. El ojo clínico del doctor y capitán Pablo Llanos demostró ser también de uso táctico, puesto que en esa soledad de todo otro elemento militar, comentó al jefe de la tercera sección:

—Mirá qué lindo lugar para un desembarco...

Analizando retrospectivamente lo ocurrido, el teniente primero González Deibe considera que el médico tiene algo de brujo, no sólo por esa observación, que caía dentro de lo posible, sino porque unos días después volvió a pronosticarle:

—Para el 11 de julio, que es mi cumpleaños, estaremos de vuelta.

—¡Pero déjese de joder —le contestó González Deibe—, hoy es 23 de mayo y estamos acá! Para el 11 de julio no volvemos ni locos.

Ahora se comprueba que Llanos acertó en ambas oportunidades.

Esa mañana del sábado 15 de mayo, a eso de las diez, aterrizó en Puerto San Carlos un helicóptero seguido por otro gran aparato, un Chinook de Fuerza Aérea capaz de transportar hasta cuarenta y cuatro soldados. Eran los

elementos de Infantería que se esperaba para apostarlos como vigilancia y defensa de la boca norte del estrecho: sesenta y tres hombres a órdenes del teniente primero Carlos Daniel Esteban. A este joven oficial, casi una semana después, la Historia le ofrecerá allí una fugaz oportunidad para inmortalizarse con relieve heroico, y el valeroso militar no dejará pasar esa ocasión, como lo veremos en su momento.

El mayor Castagneto había anunciado a González Deibe su arribo, indicándole que en el mismo Chinook embarcara a la tercera sección para reunírsele en Establecimiento San Carlos. El relevo de los efectivos se produjo en el pueblo —el Puerto— y no en la propia “altura 234” como había sido programado inicialmente. González transmitió a Esteban todas las novedades: ausencia de ingleses, rigores del clima, y precisiones en la cartografía. Particularmente Llanos celebró la reunión, pues era padrino de confirmación de Esteban —al cual no veía desde tres años atrás—, ya que el padre de éste era suboficial en la Fuerza Aérea, donde ejercía como médico el propio padre del doctor Llanos. Se conocieron, pues, desde temprano en la base militar de El Palomar.

Antes de mediodía la sección de González Deibe se reunió con el jefe de la Compañía 601 en Establecimiento San Carlos. Todos sus integrantes aquí estaban listos para entrar en combate, y sin perder tiempo treparon al mismo helicóptero que transportaba a la tercera sección. Una noticia terrible había sido comunicada a Castagneto: los aviones de la base ubicada en la isla Borbón habían sido destruidos por una incursión británica, y los Comandos argentinos iban a tomar contacto con ella.

Las secciones primera y segunda y la jefatura de la Compañía, según quedó dicho, debieron permanecer inmobilizadas en la estancia denominada Establecimiento San Carlos, del otro lado de la bahía del mismo nombre, a causa del retorno de los helicópteros a Puerto Argentino. La falta de alimentos hizo que éstos debieran comprarse en la despensa que poseía el *manager* de la localidad —dólares mediante, que poseía el mayor Castagneto como fondos reservados para ese tipo de eventualidad—, donde incluso adquirieron chocolate, y hasta una botella de whisky para festejar el cumpleaños del teniente Anadón al día siguiente. Pero pese a que buscaron guarecerse del temporal de lluvia y viento que por supuesto se desató ese día,

y a que los Comandos trataron de comer un cordero asado, su situación distó de ser comfortable ni mucho menos.

Y a la mañana siguiente la radio de Puerto Argentino informó el ataque de Comandos ingleses a la base Calderón, cuyos efectivos no habían sido vistos partir, por lo que podrían estar aún en la isla Borbón. Castagneto se indignó al ver comprobarse sus predicciones: estaban desde San Carlos a poco más de diez minutos de vuelo, y si hubiesen contado con los helicópteros que él quiso mantener consigo, la Compañía 601 podría haber tenido la gran oportunidad de salvar a los aviones averiados o por lo menos atacar al enemigo en su retirada.

Sólo cuando arribó el Chinook con la tercera sección pudo el mayor partir. En cuanto a la gente de González Deibe, todos quedaron reponiéndose allí, dado su estado calamitoso pese al descanso logrado. Castagneto entregó a éste cien dólares para provisiones, y le indicó que estableciera comunicación con el mando de la Brigada III. Y las otras dos patrullas se fueron.

“Ahí fue la primera vez que todos sabíamos que íbamos a entrar realmente en combate con el enemigo, porque no los habían visto irse: estarían todos, claro”. De este modo el teniente primero Quintana describió el estado de ánimo de los Comandos al avanzar velozmente por encima de la punta norte de la isla Gran Malvina.

A las diez y media del sábado 15 aterrizaron en el borde de Pebble, caserío de la isla Borbón que da a ésta su nombre en inglés (*Pebble Island*), situado a un kilómetro de la pista denominada Base Calderón. Un grupo de descontrolados elementos de la Fuerza Aérea, prácticamente tomó por asalto el Chinook, tirando incluso sus bolsas con equipos y efectos personales en tierra, para abandonar cuanto antes la posición. El helicóptero levantó vuelo dejando una vez más a los Comandos librados a su suerte, aislados y sin otro medio de transporte. Castagneto se entrevistó con el oficial de seguridad de la base, teniente de corbeta M., quien relató lo sucedido: siendo aproximadamente las cuatro y media de una noche con luna, una partida enemiga había ocupado la pista y procedido a destruir sus aviones, mientras los cubría un intenso fuego naval. La guardia de seguridad había sido replegada con anterioridad a causa de la lluvia. Al comprobar que no se podía repeler el ataque, y de acuerdo con sus instrucciones, el oficial de Marina

ordenó detonar las cargas ubicadas en la pista. No hubo bajas propias.

El mayor Castagneto distribuyó sus treinta y ocho hombres: fue instalado el grupo antiaéreo, y la primera sección al mando del teniente primero Duarte comenzó a explorar el sector de la base y sus adyacencias hasta ambas costas, y el poblado.

“El panorama era penoso”, según Castagneto: todos los aparatos argentinos estaban inutilizados, y el resultado era que la masa de la aviación con base en Malvinas estaba fuera de acción. “Me acuerdo”, agregaba, “de unos Skyvan de Prefectura de los cuales quedaban cenizas, con la forma quemada en el piso, como si fuesen sombras”. La incursión británica se había movido con entera libertad, colocando libras de trotyl envueltas en fundas de mallas negras, con un imán que las aseguraba inmediatamente al fuselaje o motor, en vez de perder tiempo atándolas o pegándolas con cintas adhesivas. Pero algunas cargas habían fallado, y entonces los Comandos ingleses, obrando con absoluta impunidad, treparon a las cabinas del resto de los aviones para disparar sobre su instrumental con ametralladoras, destruyéndolos con sus ráfagas. Por la pista se encontraban desparramadas cargas y otros elementos. Pudieron hallarse rastros de sangre, provocados por el estallido de las minas detonadas por los argentinos desde Pebble, aunque la mayoría no explotó.

Las posiciones argentinas mostraban un completo abandono: llenas de agua, con palas para cavarlas tiradas a su alrededor; incluso dos cañones sin retroceso de 75 mm estaban visiblemente herrumbrados. Los hombres de la Compañía 601 no salían de su asombro por una negligencia tan manifiesta. Como resultado, once aviones fueron destruidos en tierra, en una operación clásica de Comandos, sin ningún inconveniente para ejecutarla pues nadie se animó a enfrentar a los incursores <sup>38</sup>.

De pronto, una pareja de Sea Harrier pasó en tromba a baja altura sobre la pista, sorprendiendo a todos. Un tercer aparato apareció a poco, y tan sólo el cabo primero Martínez reaccionó a tiempo para dispararle con su Blow Pipe, pero instintivamente, y no dio en el blanco. Los aviones no volvieron.

La búsqueda de los argentinos no dio resultado alguno, porque los ingleses se habían alejado sin dejar más rastros que algunos equipos utilizados. En la playa se encontraron bandas descartables de munición de ametralladora, desde donde también hicieron fuego como apoyo.

Las dos secciones de Comandos, otra vez abandonadas sin poder trasladarse a lugar alguno, tuvieron que pasar la noche en Pebble, instaladas



en dos casas de civiles deshabitadas, con vigilancia propia en su exterior. Para los militares argentinos fue una sorpresa ver la cantidad de revistas eróticas que coleccionaban sus moradores: *Playboy*, *Men*, etc. Para tranquilizar a los sensibilizados marinos, dejaron a su jefe una radio portátil HT (*Handie Talkie*) —similar a las empleadas por la Policía— para una rápida comunicación: no distaban doscientos metros de su puesto. Y como estaban seguros que los ingleses ya no estaban en Borbón, después de haber logrado su objetivo, se dispusieron a pasar cómodamente la noche. Confiaban en que su presencia apuntalaría la moral de los infantes de Marina.

El mayor Castagneto pretextó una serie de tareas para sus oficiales —acomodar el equipo y revisarlo—, y casi todos se dispersaron afuera para cumplirlas. Quedó solamente el teniente Anadón, quien a las ocho menos diez de la noche recibió un aviso de su jefe para que se reuniera en la casa asignada a los suboficiales. En cuanto entró fue aturdido por un cántico de todos los Comandos: “¡Que los cumplas feliz!”, y hasta fue obsequiado con un muñequito de plástico encima de una moto. Brindaron con el whisky comprado en San Carlos el día anterior, y una foto registró el festejo. “Pese a la guerra hay que seguir viviendo”, reflexionaba el teniente primero Fernández. “*Lo único feo del día*, anotó el propio Anadón en la libreta donde registraba los acontecimientos, *fue que no encontré ningún inglés*”.

Súbitamente se oyó el crepitar de fusilería. Y se recibió un excitado pedido de auxilio del teniente de corbeta, quien, jadeando a través de la radio, informó a los Comandos que en torno a su puesto se notaban movimientos y ruidos como de aplausos. El aviso era incoherente, casi histérico, y Castagneto ordenó al capitán Frecha que con un par de hombres fuera a comprobar lo ocurrido. Éste no observó nada anormal en derredor. Mas cuando se creyó haberlo calmado a aquél, al rato volvió a llamar: otras señales de presencia extraña se advertían para el lado de la pista. Nuevamente el mayor Castagneto destacó apoyo, enviando al teniente primero Leopoldo Quintana a revisar la zona.

Éste se dirigió a la pista, distante cerca de un kilómetro y ubicada en una meseta más alta, pasando primero por una casilla donde un cabo de Marina y un conscripto se hallaban de centinelas, y luego de sortear una tranquera llegó al inutilizado aeródromo, en cuyo borde sólo montaba guardia un tanque de agua viejísimo, agujereado a tiros. Sobre la propia pista no había nadie. Quintana volvió donde su camarada de Marina lo esperaba, a la entrada de

Pebble, y se puso a conversar con él. El teniente de corbeta M. reiteró que su superior en Puerto Argentino le había indicado que levantara todas las posiciones de la Base “Calderón” por haberse anegado, y que mantuviera observación de la misma a distancia. El Comando le aconsejó volver a instalar puestos de vigilancia; uno al lado del tanque de agua, otro en la tranquera, y luego perimetralmente a la población, de dos hombres cada uno, para que uno descansara mientras el otro se mantenía atento. El oficial naval acordó que un guardiamarina quedase recorriendo, y se dispuso a marcharse.

—¿Adónde vas ahora?— le preguntó el sorprendido Quintana.

—Me vuelvo a dormir allá atrás, donde está el caserío —fue la inesperada respuesta.

—¿Y no te vas a quedar aquí?

—No.

En definitiva, el cabo de Marina y el conscripto fueron toda la seguridad que quedó, luego de tanta crisis y muestras de pánico.

El domingo 16 fue de calma primaveral, con el mar quieto “como petróleo”. Promediando la mañana apareció un Bell del Ejército, piloteado por el teniente Guillermo Anaya (hijo del almirante que integraba la Junta Militar de Gobierno en Argentina), del cual descendió un jefe naval para investigar sobre lo ocurrido e informar —su máquina de escribir y portafolio anunciaban la confección de un sumario—, aparato que fue aprovechado para ampliar la exploración sobre las costas de la isla Borbón.

A mediodía llegó a Pebble un gran Chinook de Fuerza Aérea, y en este helicóptero se embarcaron las dos secciones de Comandos. De regreso recorrieron nuevamente la bahía Ajax, avistando el frigorífico en desuso — que tan bien conocerían más adelante— y arribaron a Puerto Argentino a las dos y media de la tarde. Entregaron el material abandonado por el enemigo al comandante de la Brigada III, y el mayor Castagneto elevó el parte pertinente, donde expuso con su habitual objetividad lo comprobado por su Compañía.

En cuanto a la tercera sección, que se encontraba reponiéndose en Establecimiento San Carlos, involuntariamente sirvió para confundir a los británicos con sangrientas consecuencias para éstos:

Otros dos helicópteros habían ido a buscarlos, recibiendo el teniente

primero González Deibe la expresa indicación de volver a tomar contacto en Fanning Head con el teniente primero Esteban, a cargo de los efectivos que debían estar apostados sobre la “altura 234”. Mientras uno de los Puma de Aviación de Ejército proseguía hacia la capital, el jefe de la sección de Comandos bajó en Puerto San Carlos y se encontró con el subteniente Roberto Reyes, quien le indicó:

—El teniente primero está allá en la boca norte del estrecho, en la altura donde tiene que instalarse.

Sin embargo, tras una recorrida de alrededor de media hora sobre el lugar, González Deibe no lo halló; por lo que tras otra frustrada inspección durante el trayecto de retorno a través del cerro, notició su fracaso a Reyes y levantó vuelo en su helicóptero para volver a Puerto Argentino <sup>39</sup>.

Bien oculta, una patrulla del *Special Boat Squadron* observó su partida. Retirada ese mismo 16 de mayo, informó sobre los resultados de su exploración: “Los únicos argentinos que vieron llegaron en helicóptero, comprobaron brevemente el asentamiento, y se retiraron” <sup>40</sup>. Fue un trágico error para los invasores —producido quizá por las dificultades de visión o lejanía de su escondite—: contra lo transmitido, un grupo de infantes argentinos se hallaba donde pensaban desembarcar impunemente poco después.

El 17, luego de contemplarse un nuevo ataque de Harriers al aeropuerto, se desató un temporal de lluvia y viento, tras el cual la niebla y permanente llovizna impidieron toda operación a la Compañía 601. Su personal aprovechó para recuperar su nivel de alimentación, descansar, y secar el equipo y limpiar su armamento. Porque ya se preparaban para entrar en acción nuevamente, pues informes provenientes del Regimiento de Infantería 5 establecido en Puerto Howard —Gran Malvina— daban cuenta de que sus radares terrestres Rasit habían detectado movimientos de patrullas enemigas, incluso con vehículos. Algo de eso era cierto: “En la noche del 11 de mayo un equipo compuesto por ocho hombres del S.A.S. descendió sobre tierra firme en la Gran Malvina, transportado por un helicóptero dotado de PNG. Llevaban también canoas, en las cuales debían deslizarse la noche siguiente” <sup>41</sup>. Es muy probable que otros grupos también operasen para esa época en las cercanías. Lo positivo es que otra vez se recurrió a los Comandos argentinos

para que explorasen el sector donde se presumía la existencia de enemigos. Todo muy vago: no hubo observación visual directa, y aunque el Regimiento 5 había efectuado disparos con morteros, se careció de respuesta. Como siempre, los Comandos debían recoger su propia información para obrar en consecuencia.

La misión fue planificada el 17 de mayo: efectivos que participarían, coordinación con los helicópteros de transporte, el equipo necesario, la ejecución de emboscadas antiaéreas con Blow Pipe, etc. Marcelo Anadón, el joven abanderado de la Compañía, aprovechó la inmovilidad causada por el mal tiempo para asentar algunas reflexiones en el diario que prolijamente llevaba:

*1) Desgraciadamente se ve mucha negligencia en bastante gente. El ataque a la isla Borbón (bahía Elefante) fue un regalo que se les hizo a los ingleses. No estaba la seguridad colocada en los puestos correspondientes, lo que me hace pensar que los Comandos ingleses estaban por lo menos veinticuatro horas antes del ataque.*

*2) Hay mucha gente que se preocupa más por la comida y vivir bien que por la propia guerra, y es así que no se hacen los reemplazos que son tan necesarios para los soldados que están en los pozos.*

*3) Es increíble también la falta de experiencia en que estábamos los argentinos para afrontar una guerra, pese a que mejoramos bastante con respecto a 1978. La movilización mejoró casi un cien por ciento pero hay pérdidas que son atribuibles pura y exclusivamente a la inexperiencia. El ataque al aeropuerto fue una falla de la Fuerza Aérea (al parecer no se esperaban el ataque) y así muchas más.*

*4) Tenemos que mejorar en perfeccionamiento de personal y conciencia general en toda la gente, y referido a medios no podemos depender tanto del tiempo: cada vez que hay niebla se suspenden los vuelos, ataques, etc. No es culpa de nadie y es culpa de todos.*

Se rezó el acostumbrado rosario en conjunto; se impartieron clases teóricas. El capitán Ricardo Frecha expuso las características del misil Blow Pipe, explicando sus ventajas a los suboficiales, y haciendo tomar confianza en los medios de defensa disponibles. Por su parte el teniente primero Sergio Fernández detalló el sistema de la defensa antiaérea en Puerto Argentino,

apabullando al auditorio con sus conocimientos sobre armas. “Por supuesto a todo lo juzgué siempre como sobresaliente”, declara ahora, comentando melancólicamente: “Creo que nunca vamos a volver a reunir semejante cantidad de material y de la buena calidad que tuvimos para defender ese objetivo”.

El 18 tampoco se pudo volar, retrasándose el cruce del estrecho para llegar a Puerto Howard. Un día horrible de llovizna y niebla. A eso de las cuatro de la tarde, en la mesa del puesto de mando en la habitación de uso múltiple, se desarrollaba una inusual y apasionada partida de truco. Relata Fernández: “En el momento en que estaba todo el mundo más que concentrado, se oye una explosión que nos levantó a todos del piso, con la sensación de que el mundo se cae encima. El caso es que uno sabía que después irremediablemente venía otra bomba, y la primera había estallado muy cerca. La intención de todo el mundo era salir corriendo, sin tiempo de ponerse el casco, manoteando el fusil y lo que se pudiera”. El capitán Jándula aconsejó a gritos:

—¡Quédense tranquilos, quédense tranquilos!

Y enseguida oyeron la segunda explosión. Los impactos se produjeron en la península de Cambers, al otro lado de la bahía, a unos quinientos metros del puesto de mando de Puerto Argentino. Había sido un ataque de Harriers, con bombas de media tonelada, en una incursión inesperada, puesto que salvo los primeros días, los aviadores ingleses no se animaron a penetrar las defensas de la capital para hostigar a baja altura; y no volvieron a repetir la experiencia.

Por último, todo estuvo listo para emprender el pasaje hacia la isla Gran Malvina. Allí, dos días después, les llegaría la tan anhelada cuan postergada ocasión de entrar en combate directo con el enemigo, y mostrar su valía.

### *Notas*

[36](#) EJÉRCITO ARGENTINO, *Informe oficial*, t. II, anexo 9.

[37](#) Referencia que me hizo el propio Esteban.

[38](#) Los atacantes fueron hombres del S.A.S. (*Special Air Service*) mandados por el capitán John Hamilton, enviados desde el portaaviones Hermes en helicóptero, con apoyo de fuego del destructor Glamorgan (JULIAN THOMPSON, *No Picnic*, Londres, 1985, p. 34). Refieren HASTINGS Y JENKINS (*La batalla por las Malvinas*, p. 208) que los incursores eran

dos grupos de ocho hombres que efectuaron observación desde el 11 de mayo, y cuarenta y cinco más que desembarcaron tarde en la noche del viernes 14, descartando tomar contacto con los isleños —como creyeron los argentinos—, para preferir la cobertura del cañoneo naval.

Cumplida su misión, “mientras corrían hacia los Sea King entre la explosión de las cargas y munición del enemigo, los argentinos dispararon una carga activable con control remoto que explotó cerca de ellos, salpicando de barro a todo el grupo e hiriendo levemente a dos de los hombres”.

No es exacta la versión —recogida también por el brigadier Thompson y el equipo especial del *Sunday Times*— de que se haya efectuado un contraataque argentino, muriendo quien lo encabezaba.

Como se sabe, dieciocho hombres del comando británico perecieron en un accidente del helicóptero que los conducía de retorno al *Hermes*, a causa de un albatros que se le metió en el motor (véase nota 27). Las fuentes británicas difieren en cuanto al número de las víctimas, y la nave de destino.

<sup>39</sup> Piloteaba el aparato el capitán Hugo Pérez Cometto, quien se impuso en vuelo de la “alerta roja” en la capital, pero sin mayor detalle por las malas condiciones de la transmisión. —“Vamos a bajar —le dijo a González Deibe— a ver si con tu radio nos podemos comunicar”. Descendieron en una casita abandonada llamada *Top Malo House*, siendo esta sección la primera patrulla de Comandos que la visitó. Allí tomaron café, sin tener éxito en su tentativa. “Bueno, nos mandamos con alerta roja igual”, decidió finalmente el piloto, y así lo hicieron.

<sup>40</sup> EDDY Y LINKLATER, *Una cara de la moneda*, p. 281. Prosiguen estos autores: “Las demás patrullas que se encontraban en otros puntos alrededor de la cuenca de San Carlos llegaron a las mismas conclusiones: cuando recogieron a los equipos del S. B. S. el 16 de mayo, comunicaron que había buenas playas, fondeaderos seguros y, sobre todo, que no había argentinos”.

<sup>41</sup> HASTINGS Y JENKINS, *La batalla por las Malvinas*, p. 207. El aludido “PNG” (*passive night geggles*) es un intensificador de visión nocturna.

## CAPÍTULO IX

### *La segunda Compañía*

A DOS MIL KILÓMETROS DE DISTANCIA, en Buenos Aires, la enorme mole blanca del Comando en Jefe del Ejército Argentino se levanta separada por una avenida, en diagonal, de la Casa Rosada, sede del poder político.

En el quinto piso del denominado Edificio Libertador están las oficinas que corresponden al jefe del Estado Mayor General, cargo desempeñado a la sazón por el general José Antonio Vaquero. Se ingresa en ellas por una sala de recibo provista de sillones y adornada por retratos al óleo de ilustres militares que durante el siglo pasado ejercieron tal función: E. Mitre, Vedia, Racedo, y Wintter. A la izquierda se encuentra un comedor privado; la puerta de la derecha conduce a un recinto donde sendos escritorios similares sirven a los trabajos de dos ayudantes del jefe del E.M.G.

Ahí se hallaba el martes 18 de mayo el mayor Ángel León, uno de ellos, meditando sobre el paso que iba a dar ante su superior. Era el momento propicio: las seis y media de la tarde, cuando había cesado el ininterrumpido desfile hacia entrevistas y audiencias que absorbían la atención del general Vaquero, y éste recibía los documentos para despachar que le presentaba su ayudante. La agitación cotidiana cesaba y nadie interrumpía el tratamiento de los asuntos que se planteaban entonces.

La ocasión no podía dejarse pasar. El desarrollo de las operaciones movió al mayor León a encarar sin más dilaciones el plan que había concebido. Golpeó la puerta y penetró en el despacho de su jefe.

En realidad, la idea había surgido de una conversación sostenida a principios de ese mes con un compañero de promoción e íntimo amigo suyo, el mayor Aldo Rico. Éste, un oficial de brillantes condiciones castrenses y que gozaba de gran prestigio, se encontraba realizando tareas de movilización como segundo jefe de un Regimiento de Infantería destinado a custodiar varios pasos de la Cordillera en San Juan, no obstante poseer la aptitud de

Comando; es decir, desarrollando pese a su especialidad una tarea que podía cumplir cualquier otro oficial. Rico, de temperamento vehemente, expresó a León su disgusto por el papel pasivo que le tocaba mientras el conflicto armado seguía su curso, quejándose de que tropas escogidas para el combate como paracaidistas y comandos no fueran destinadas a las Malvinas. Un cambio de ideas —más bien, conformidad en el planteo— decidió al mayor León a tratar de complacer a su disgustado amigo, nada resignado con el destino que le tocaba: los servicios normales de instrucción a la reserva. Tendería, pues, a que se formara otra Compañía de Comandos.

La oportunidad se presentó a poco: una misión confidencial a Chile obtuvo seguridades oficiales de aquel país que no se atacaría a la Argentina aprovechando el conflicto con Gran Bretaña, bien que este compromiso se mantendría en el mayor secreto. Pero en el plano interno, significaba un alivio para la estrategia de nuestras tropas. Como primera medida, se dispuso detener la remonta de las reservas, dejando los Regimientos en el estado que alcanzaron, sin avanzar en su movilización. La tranquilidad en el flanco cordillerano llevaría, poco después, a otorgar licencias.

El mayor León penetró en el despacho del jefe de Estado Mayor portando los radiogramas que ordenaban paralizar el reclutamiento, para su firma. El amplio recinto estaba sobriamente amueblado y decorado, con una gran alfombra colorada y, tras el sillón de aquél, un retrato al óleo por Ducrés Hicken representando a San Martín, flanqueado por una cruz y una bandera nacional. La ventana que se abría sobre el frente del edificio ya no dejaba entrar claridad, y como era costumbre de Vaquero, sólo la lámpara de su escritorio estaba prendida.

Ángel León, parado a su lado, le iba pasando los documentos, cuando en un momento dado exclamó:

—¡Qué lástima, mi general!

El calvo jefe levantó la vista e inquirió:

—¿Por qué dice eso?

—Estamos desaprovechando una cantidad de especialistas, paracaidistas y comandos, en estos Regimientos movilizados, cuando en cualquier momento la Compañía de Comandos 601 va a tener un enfrentamiento severo con los ingleses, van a sufrir bajas importantes, vamos a necesitar reemplazos, y no



estaremos en condiciones de proporcionarlos porque no los tenemos preparados.

Sin contestarle, Vaquero tomó un papelito, como era su costumbre cuando decidía algo, y escribió: “*Reemplazo de Comandos*”. El mayor León supo que había triunfado: conociendo a su jefe, las órdenes serían impartidas. Por eso no perdió tiempo y se adelantó a tener listos a los dos organismos involucrados primariamente: Operaciones y Personal. Llamó al mayor Olascoaga, de la División Coordinación, y previniéndolo de lo que se trataba, le aconsejó:

—Vos prepará la lista de Comandos disponibles que existen en el Interior, para que la respuesta sea inmediata.

Asimismo avisó al coronel Minicucci, puesto que si el plan seguía adelante la Escuela de Infantería iba a ser su órgano ejecutivo, y al mayor Rico en San Juan, y convocó a ambos para el próximo viernes.

Como suponía su ayudante, al día siguiente el jefe del Estado Mayor citó al general Meli, a cargo de la División Operaciones —sin comunicar a León el motivo—, y éste salió a poco, portador del encargo correspondiente.

Llegó el viernes 21, y poco antes del mediodía se hallaban reunidos Minicucci y Rico en el despacho de León, antesala de la entrevista con Vaquero. Conversaban de lo que les interesaba, cuando se presentó circunstancialmente el otro ayudante del jefe del E.M., teniente coronel Mugnolo, cuya rapidez en el actuar vendría a facilitar las cosas. Puesto que participando del tema se puso en claro, y sin vacilar ni consultar a ninguno de los presentes, se metió en el escritorio contiguo y presentó el hecho consumado:

—Permiso, mi general. Está afuera el jefe de la Compañía de Comandos 602.

Vaquero se encontraba junto con el general Podestá, jefe de la División Personal, ignorantes ambos de la reunión vecina. El jefe del Estado Mayor, asombrado, porque todavía no había recibido propuesta alguna, preguntó quién era, y ante la aclaración de su ayudante Mugnolo, ordenó que pasara el mayor Aldo Rico.

—¿Puede juntar veinte Comandos para mandar a Malvinas? —tanteó el general Vaquero, con la primitiva idea de los reemplazos, y no tratando aún de refuerzos.

—Podemos reunir cuarenta y formar otra Compañía —repuso Rico.

Vaquero, marchando ya sobre este proyecto, volvió a inquirir cuánto tiempo tardaría para reunirla. La respuesta fue inmediata:

—Lo que tardemos en traer al personal de las distintas unidades del Interior.

El jefe del Estado Mayor hizo a Rico otra pregunta indispensable:

—¿Y con qué la remontamos?

—Con el equipo individual de Intendencia que dispone la Escuela Militar de Montaña de Bariloche, y demás equipos disponibles en la Escuela de Infantería.

—Listo, Rico, haga. Empiece a organizar la Compañía.

Todo había sido previamente concertado con el mayor Ángel León actuando de elemento aglutinante; y Rico salió del despacho convertido en el jefe de la segunda Compañía de Comandos <sup>42</sup>.

En realidad, el mayor Aldo Rico inicialmente no había considerado oportuno emplear a Comandos en las Malvinas, porque el tipo de acciones que ejecutan requiere planeamiento con anticipación, y no se conocía el terreno de las islas; pero dado que no había otra alternativa y que su *métier* era la guerra, se inclinó luego por adquirir experiencia y ver qué podían hacer aquéllos. Ya había dejado en San Juan su equipo listo para que se lo enviaran al primer llamado, y no retornó a ese destino: cuando llegó a Buenos Aires estaba decidido a pasar a las Malvinas. Mas le chocó la improvisación, meditando al respecto: “La guerra es caos y destrucción, y el conductor tiene que estar acostumbrado a moverse en él, puesto que no se puede imponer el orden, y uno se mueve y genera ideas y maniobras y procedimientos en el desorden; pero no se trata de improvisación, y menos en los medios que se emplean en la batalla”... La decisión, si bien grata y esperada, le llamó la atención. Todavía estaba imbuido del concepto bien inculcado a los militares del planeamiento: ya le enseñaría la guerra, crudamente, que contra lo que pensaba, es menester estar dispuesto siempre a crear de la nada lo que uno no imaginaba.

Rico no perdió tiempo, y desde el escritorio del mayor León habló por teléfono con la Escuela Militar de Montaña, ubicada en el hermoso escenario de Bariloche, pues sabía que en los últimos años había sido equipada con elementos de primera calidad, óptimos para ser empleados en un teatro similar de operaciones. Atendió su llamado el capitán Mauricio Fernández Funes, ayudante del director de dicha Escuela, y antiguo conocido y discípulo

de Rico, como que éste había sido su instructor durante el curso de Comandos que realizó. Como en el caso de la fortuita intervención del teniente coronel Mugnolo ante Vaquero, que aceleró notablemente la decisión de crear la Compañía 602, fue también una suerte que ese mediodía del viernes atendiera la comunicación Fernández Funes para responder al mayor Rico, ante la muda atención del coronel Minicucci y de León, porque contribuyó a confirmar las previsiones con tanta certeza expuestas por Rico al general Vaquero. Rico preguntó al joven oficial si la Escuela de Montaña tenía la posibilidad de vestir a cincuenta hombres con todo el equipo de montaña.

—Sí: tenemos uniformes miméticos, *anoraks* impermeables, gabanes de *douvet*, carpas, etcétera.

El capitán accedía a cuanta solicitud se le formulaba, ante la preocupación del director, coronel Pasqualini, quien alarmado por sus propias responsabilidades, le prevenía:

—¡No comprometa, Fernández Funes, a la Escuela de Montaña!

Concluyó la conversación y se despidieron. Fernández Funes saludó a Rico sin poder adivinar el objeto concreto del llamado, ni siquiera al cruzarse las últimas frases de saludo:

—¡Hasta pronto, mi mayor!

—A lo mejor pronto, muy pronto...

Aldo Rico era el jefe natural de la siguiente unidad de Comandos que se creara luego de formarse la Compañía 601. Desde el Colegio Militar, fue modelo de dinamismo y dedicación, revelando condiciones de energía y sacrificio para cumplir sus tareas. Pero estas cualidades de soldado estaban aparejadas con chispazos de intolerancia para actitudes ajenas que no condecían con la disciplina castrense: en 1962 el cadete Aldo Rico fue dado de baja estando en tercer año, pese a figurar en el “cuadro de honor” y ser el más antiguo de la Compañía. “Un poco de nerviosismo”, explicaría años más tarde al relatarme la diferencia surgida con un cadete más antiguo de cuarto año, reconociendo: “Estaba perfectamente encuadrado en *irrespetuosidad*, no tenía atenuantes; en realidad cometí *insubordinación*, pero en este caso no podría reincorporarme”... Al año siguiente reingresó al Colegio y volvió a repetir el tercer curso, siendo en 1964, época de su egreso como subteniente,

escolta de la bandera del instituto y encargado de Compañía. Recibió su despacho con la calificación de sobresaliente y el siguiente concepto:

*Con exacto cumplimiento del deber. Sobresale por su espíritu militar, capacidad de criterio e iniciativa. Educador e instructor destacado. Ejercita el mando con energía, constancia y conciencia. Dotado de natural fortaleza física, llegará a constituirse en un destacado oficial.*

Su puntaje refleja una curva ascendente: 77 en 1965, 91 en 1966, 100 desde 1968. El primer destino en Uspallata (Mendoza) le hizo amar la montaña, realizando también en esa época el curso de paracaidismo, práctica que nunca abandonó para convertirse en maestro de salto —en 1974 Rico estuvo incorporado a la División Aerotransportada del Ejército Peruano—; hasta que luego pasó al Regimiento de Infantería 5, donde —dice— “aprendí a ser soldado”. Estando en esa unidad el teniente Aldo Rico realizó en 1968 el curso de Comandos, el primero de magnitud, tal cual se practica ahora. Luego pasó como instructor al Colegio Militar. Temperamental, tuvo algunas diferencias con superiores.

A fines de 1976, con el grado de capitán, ingresó Aldo Rico en la Escuela Superior de Guerra <sup>43</sup>. Al finalizar su segundo año de estudios mereció este juicio:

*Oficial de adecuados conocimientos profesionales y generales. De rápida reacción mental. Posee un carácter fuerte e individualista que dificulta su integración. Debe ser más cuidadoso en los aspectos formales, fundamentalmente en su forma de expresarse.*

Recibió el diploma de oficial de Estado Mayor en 1979, apuntando ese año su jefe de curso:

*Se destacó por su capacidad de análisis y síntesis. Posee ideas que expone con claridad y defiende con firmeza. Debe moderar la vehemencia de sus expresiones.*

De excelentes aptitudes físicas y deportivas, Rico en 1981 como jefe del curso de Comandos hizo cumbre en el cerro Tronador (cuatro mil metros) con todos sus alumnos, y desde allí —a miles de kilómetros de distancia— estableció comunicación radial con la Escuela de Infantería mediante radios portátiles.

Tales eran los peculiares rasgos distintivos de este jefe —de brillantes

características por su don innato de mando, su ejemplo de abnegación y entusiasmo en el cumplimiento de sus deberes, celoso de la seguridad de sus subordinados y dotado para hacer frente a situaciones peligrosas sin flaquear —, quien desde otro punto de vista no sabía medir siempre sus reacciones emocionales, que generaban fricciones con algunos superiores.

El mayor Rico poseía un gran ascendiente entre sus camaradas y subalternos, similar al liderazgo que imponía la otra fuerte personalidad del teniente coronel Mohammed Alí Seineldín. También como éste, Rico era conocido por un sobrenombre, bien difundido en el Ejército: “Ñato”. Tal apodo le venía por su nariz ancha, que se rompió cuando niño; su tabique blando le facilitó, en cambio, la práctica del boxeo.

Ahora, a los treinta y nueve años, al mando de una unidad semiindependiente, el *Ñato* Rico veía llegada la oportunidad de demostrar su capacidad en campaña, lejos de la rutina y conformismo que lo fastidiaban.

El flamante jefe de Compañía no perdió momento, desde que en el almuerzo de aquel viernes conviniera con el coronel Minicucci los primeros detalles para crearla. La Escuela de Infantería alojaría otra vez a Comandos que partían para la guerra, y allí se constituyó Rico. Ya el general Vaquero había dado la orden, el mismo día, para que el general Podestá (Jefatura I, Personal) cursara los radiogramas de citación. En rigor, como los militares con aptitud de Comandos no son muchos, se convocó a casi todos los que quedaban: a los capitanes, tenientes primeros y tenientes disponibles por no estar afectados en destinos con empleo inmediato sobre la frontera con Chile. El mayor Rico los eligió, pues, en función de lo existente; por supuesto, recibió innumerables pedidos de traslado desde otras unidades, que no pudo atender.

“Nosotros no teníamos idea, realmente”, confesaría Rico, “de lo que pasaba en las islas: habíamos estado en diferentes lugares del país y lo único que conocíamos era la información periodística. Yo contaba con algo más por haber almorzado con León, Minicucci y Mugnolo el 21; intuíamos que las cosas no iban del todo bien, pero aquí tampoco se sabía que marchaban tan mal”. Los comunicados radiales del Estado Mayor Conjunto dieron ese 21 de mayo noticia de que “*comenzó un desembarco que es resistido por fuerzas propias*”, sin precisar más detalle que había tenido lugar en un punto ubicado

al norte del estrecho de San Carlos. Poco después otro parte dio cuenta de los ataques aéreos a la Flota Británica en ese lugar y los resultados alcanzados. El penúltimo comunicado de la jornada manifestaba vagamente: *“Las fuerzas enemigas que han logrado desembarcar están siendo atacadas por unidades del Ejército Argentino, con el apoyo de las aeronaves de las tres Fuerzas con asiento en la isla”*. Al otro día, domingo 22, se informó que las tropas del Ejército Argentino continuaban combatiendo con los invasores, en Puerto San Carlos, para concluir con tranquilidad: *“El frente se mantiene estable y la situación bajo control de las Fuerzas Argentinas”* <sup>44</sup>.

Desde el 2 de abril, los Comandos que no habían salido del continente pasaban por una situación emocional similar a la de los integrantes de la Compañía 601 antes de su partida a las islas Malvinas. Así lo registran algunos testimonios que he recibido: “me sentía muy mal”, “estaba muy ansioso por ser citado”, “empecé a ponerme insoportable porque me sentía impotente”, “estaba muy mal porque no me llamaban”, “me sentía postergado”. Algunos de los oficiales, en una mezcla de deseo y seguridad de que por su preparación especial no podrían quedar ajenos al conflicto, tenían listos en sus domicilios los equipos necesarios. “Hacía llamados a Buenos Aires para ver si me incluían”, me relataba uno de ellos destinado en Zapala (Neuquén). El capitán José Arnobio Vercesi, quien prestaba servicios en la Policía Militar de Córdoba, se presentó ante el comandante del Cuerpo de Ejército III, general Guañabens, y le comunicó que pensaba solicitar su baja, porque se había preparado para la guerra durante doce años y no era necesitado cuando estallaba; para tranquilizarlo ante su visible alteración, aquél lo puso al frente de un cursillo para corresponsales de guerra. El sargento primero Mateo Sbert sentía una desesperación terrible destinado en el Estado Mayor, pensando que mientras estaba “bien calentito” siendo un profesional militar, morían chicos de dieciocho años.

El sentimiento nacional se había mostrado masivamente unido en la impresionante concentración popular el 10 de abril en la Plaza de Mayo de Buenos Aires, en franca adhesión a la gesta; pero la mujer de un teniente primero, con natural aprensión, le comentó:

—Todo muy lindo, pero, ¿contra Inglaterra?...

Las citaciones a quienes el mayor Rico había señalado comenzaron a llegar a todo el país: Córdoba, San Juan, Mendoza, Neuquén, Río Negro:

*A partir de la recepción de la siguiente orden, deberá presentarse primer medio Escuela de Infantería, de combate, con casco, equipo de campaña, dotación reglamentaria, pistola según corresponda. Dejar declaración jurada para recibir haberes.*

El radiograma —*secreto*, redactado en clave— indicaba al Regimiento correspondiente, a continuación, el número identificador de cada oficial o suboficial allí destinado. En un par de casos lo recibió el propio interesado. Así ocurrió en Tupungato (Mendoza) con el oficial de guardia del Regimiento de Infantería 11, teniente primero Horacio Losito, quien a medianoche del sábado 22 recibió aquella comunicación: como el responsable de descifrar no se hallaba a esas horas, y él tenía en su reemplazo las llaves donde se guardaban las claves se puso a la tarea. En mitad de ella, su texto comenzó a excitarlo y su mente formuló una sucesión de preguntas y respuestas: “¿Quién puede concurrir a la Escuela de Infantería?: los Comandos. ¿Quiénes somos Comandos aquí?: un sargento y yo”... Tal fue el nerviosismo que embargó a Losito que no pudo continuar, y fue a despertar a un compañero para que lo ayudase a seguir desarrollando el cifrado hasta su terminación. Con una emoción indescriptible llegaron hasta el número militar suyo, a los cuarenta días de haberse iniciado el conflicto. Se abrazaron con gran sentimiento, muy conmovidos, y comenzaron los preparativos para la marcha.

Situación idéntica le tocó en la Escuela Militar de Montaña, de Bariloche (Río Negro), al capitán Andrés Ferrero, al día siguiente. Éste era el oficial de Inteligencia y fue llamado para traducir la clave, estando en su casa después de almorzar; y a las cuatro de la tarde se hallaba en pleno trabajo con un suboficial que lo auxiliaba. “Loco de contento” salió velozmente a participar de la convocatoria a los otros dos nombrados, capitán Fernández Funes, y teniente primero Luis Alberto Brun. El primero de ellos recibió la noticia con visible alegría: “¿Cómo se puede ser otra cosa que soldado en este momento?” se preguntaba.

Imbuidos de ese espíritu de romanticismo patriótico que los distingue, con plena entrega al servicio y dispuestos a sacrificarse por la causa nacional, los Comandos convergían a Campo de Mayo en la Provincia de Buenos Aires. Pese a las noticias de que los ingleses habían puesto pie en las islas, la felicidad de participar en la gesta superaba a la preocupación: “era tocar el

cielo con las manos”, me decía uno. Pocos llegaron de inmediato a la Escuela de Infantería, porque se encontraban en la Capital Federal —algunos en uso de licencia acordada poco antes—; y éstos recibieron allí la orden de presentarse el lunes 24, ya que aún eran escasos los venidos del Interior.

La partida desde sus unidades regulares no se realizó de la misma manera. Como el llamado era de urgencia, poco tiempo hubo en general para despedidas, apenas el de preparar la bolsa con la indumentaria más apropiada y toda la que imaginaron conveniente, por extravagante que pareciera: varios de los Comandos usaron desde el primer día esas bombachas de mujer unidas a medias, cuyo nylon las hizo abrigadas en extremo y de rápido secado... Más de uno también portó consigo el armamento que mayor confianza le merecía —el fusil norteamericano M-16 con mira telescópica era uno de los favoritos—, y el mayor Rico autorizó luego el uso de armas particulares que enriquecieran a las provistas por la Compañía 602. No faltaron quienes se excedieron en previsión, cargando hasta cuatro bultos con ropa y abrigos y elementos de repuesto.

Cuando existió cierto lapso de espera, en aquellos casos de partida desde lugares alejados en que debía tomarse un vuelo prefijado, se organizó alguna ceremonia apropiada. El lunes 24 de mayo muy de madrugada —a las cuatro de la mañana— salían desde los cuarteles del Regimiento de Infantería 11 en Tupungato el teniente primero Losito y el sargento primero Luis Luna en jeep, rumbo a Mendoza, donde abordarían el vuelo a Buenos Aires. El día anterior habían tenido lugar las despedidas: el jefe de aquella unidad, un teniente coronel que difícilmente demostraba sus sentimientos ante los subordinados, había emocionado a ambos cuando en su despacho, con lágrimas en los ojos, los abrazó fuertemente y les dijo:

—Los envidio profesionalmente. Que tengan mucha suerte. Y acuérdense que llevan en la mochila el prestigio del Regimiento del general Las Heras.

Y cuando llegaban al arco de salida del Regimiento, una Compañía y parte de la banda estaban formadas para homenajearlos.

Más concurrida fue la partida desde Bariloche de los capitanes Ferrero y Fernández Funes y teniente primero Brun, al atardecer del domingo 23, a quienes una larga caravana de vehículos escoltó hasta el aeropuerto. Allí los aguardaban el director y todos los jefes de la Escuela de Montaña, algunos oficiales y funcionarios civiles, todos con sus esposas. Tras una emotiva despedida, abordaron los últimos el avión de Aerolíneas Argentinas, en



medio de los aplausos del pasaje, donde ya acomodados se acercó el piloto para saludarlos.

Estos tres últimos sufrieron un gran impacto espiritual, completamente opuesto, después de descender en el Aeroparque de Buenos Aires cerca de medianoche, vistiendo sus uniformes y cargando fusiles y equipo: un país distinto concurría alegremente a divertirse y comer bien en los populares “carritos” que bordean la Costanera, absolutamente ajenos sus comensales al sangriento conflicto que se desarrollaba en las frías regiones del sur. Brutalmente chocados, con una molesta sensación de que sus motivaciones no eran compartidas, una vuelta en auto por la zona de Santa Fe y Callao les mostró al numeroso público que se movía en cines, restaurantes y cafés. Habían encontrado una ciudad que no vivía la guerra, que quizá no entendiera tampoco el hecho de dejar familias y ofrecer vidas por una causa que debía ser de todos. Profundamente desagradados por esa normalidad que les parecía irreal, fueron a descansar para presentarse a primera hora al lugar de concentración.

El lunes 24 de mayo comenzaron temprano las actividades en la Escuela de Infantería. Felices, los Comandos convocados saludaban a viejos conocidos que provenían de remotos lugares o de diferentes destinos: la Escuela Superior de Guerra de Buenos Aires, la Policía Militar de Córdoba, Batallón Logístico 6 de Zapala, Colegio Militar, etc. El grueso de los hombres tendría una edad que oscilaba entre los veintiocho y treinta y tres años, y muchos de los suboficiales era gente joven. Nuevamente —más aún que en el caso de la Compañía 601— se puso en evidencia un inconveniente estructural: la subunidad se integraba, si bien con militares que se conocían por haber realizado tiempo atrás el curso de Comandos juntos, o por estar en el mismo lugar, o al encontrarse en las comprobaciones de paracaidismo o actualización como Comandos; pero no con personal que hubiese trabajado unido durante un tiempo prolongado. La Compañía 602 no se formó sobre una base homogénea, aunque reducida, como fue el equipo Halcón 8 que sirvió de núcleo a la 601: sus elementos eran heterogéneos, y varios llegaban de ocupaciones sedentarias y con muchos años sin práctica. Sirva como ejemplo el caso del sargento primero Omar Medina, que había sido jefe de custodia del general Vaquero en el Estado Mayor, con dos años de traje civil

y trasladándose en automóvil, no obstante su pasado como explosivista, paracaidista y subinstructor en Halcón 8. Ya quedó dicho que los Comandos se mueven en silencio, preferentemente de noche, donde es fundamental el conocimiento de detalles como gestos y a veces simples miradas cuyo significado debe captarse instantáneamente. Este problema tan importante se resolvía con trabajo de equipo para lograr la integración mutua —hasta mental— imprescindible; es decir, con tiempo. Y por cierto, en esta oportunidad muchos de los citados nunca se habían visto antes.

Aunque no estaban todos, se empezó a trabajar con lo existente, cada uno en su tarea. Era médico de la nueva Compañía un doctor de treinta y tres años graduado en la Universidad de La Plata, capitán Hugo Ranieri, de confesado rechazo hacia la “sanidad civil” y fuertemente imbuido del espíritu combatiente, al punto que sirvió como instructor en un curso de Comandos. Ranieri fue el primero que ocupó el cargo de médico para la especialidad, en 1977, a fin de prestar sus servicios en donde no puede recurrirse a ayuda extraña. Él mismo capacitó como enfermeros a suboficiales que no eran de Sanidad adaptando un curso impartido en el Hospital Militar y en el Policial: curaciones en general, inyectables y algo de cirugía. Para la Compañía 602 convocó a dos enfermeros generales que le fueron agregados sin ser Comandos, mostrando un excelente desempeño: el sargento ayudante Héctor Albornoz y el sargento primero Rogelio Pedrozo. El doctor Ranieri se proveyó de remedios, drogas, cintas adhesivas, de todo lo necesario para atender a su función, en varios lugares “donde podía rapiñar algo”.

Con los misiles antiaéreos Blow Pipe ocurrió algo similar: debió recurrirse a fuerzas agregadas. El mayor Rico contaba con esta arma tan importante, pero cuando el teniente primero Losito fue encargado de su empleo, recibió una respuesta descorazonante:

—Mi mayor, discúlpeme: yo no sé manejar Blow Pipe. Los Blow Pipes existen en la Escuela de Infantería, no había en mi unidad.

La economía, la imprevisión, daban estos dramáticos resultados. El jefe de la Compañía resolvió entonces que voluntariamente algunos de sus integrantes realizaran un cursillo acelerado en la vecina Escuela de Caballería; y se ofrecieron los oficiales Brun y Oneto, quienes comenzaron su aprendizaje el miércoles por la mañana. Pero previendo cualquier contingencia, Rico solicitó incorporar a su fuerza una sección especial. Convocó, pues, a quien consideraba el hombre más capacitado que quedaba a

mano, el teniente primero Carlos Alberto Terrado, instructor de cadetes en el Colegio Militar, quien vino con tres suboficiales como apuntadores: el sargento Ramón Galarraga, el cabo primero Carlos Delgadillo y el cabo Raúl Valdivieso, ninguno de los tres con la aptitud especial de Comandos. Los suboficiales provenían de la Brigada de Caballería Blindada de Paraná (Entre Ríos), y fueron acompañados por tres soldados como auxiliares. Rico preguntó a estos últimos cuáles eran sus órdenes, y al responder ellos que ninguna, no dudó:

—Que los equipen y vengan.

Por cierto, la sección de Blow Pipes no participaría en las operaciones de los Comandos: sus miembros quedaron en emboscadas antiaéreas en las posiciones circundantes a Puerto Argentino. No fueron los únicos sin la especialidad, pues tampoco la poseían el mecánico armero que colaboró desde la base en la capital de las Malvinas, sargento primero Claudio Martínez, y el conductor motorista sargento Humberto Sánchez, un guitarrero de muy buen espíritu que contribuyó a amenizar las jornadas de descanso. Tampoco era Comando el furriel, cabo primero Luis Tossi. Explica esto la circunstancia de que hay más Comandos que son oficiales.

El teniente primero Enrique Stel recibió el apoyo del director de la Escuela de Comunicaciones para proveerse de equipos portátiles de alta frecuencia, como también en Fuerza Aérea y Gendarmería se le facilitaron transmisores para tierra-aire y de corto alcance, respectivamente.

Al igual que la 601, la segunda Compañía recibió armamento nuevo, impecable. Para algunos tiradores especiales se consiguieron fusiles Weatherby 300 Magnum con mira telescópica, y pistolas ametralladoras FM K 3 con linterna laser. Las radios Thompson y la munición perforante fueron suministradas por el Comando de Arsenales. Pero como siempre sucede, para que los Comandos de la Compañía 602 se proveyeran de sus equipos individuales, hubo que sortear cierto obstáculo inesperado: al ir a retirarlo a la sala de armas de la Escuela —formada la unidad fuera de ella—, un teniente encargado de la misma se negó a entregarlo sin el pertinente formulario de recepción... El capitán Tomás Fernández le explicó la urgencia de probarlo: regular el alza, comprobar su dirección de tiro, etcétera. La respuesta siguió siendo negativa:

—Discúlpeme, pero hasta que venga el mayor Rico a firmarme el 2404, yo no puedo entregar el armamento.

Entonces Fernández, impetuosamente, abrió por sí mismo la puerta diciéndole:

—¡Salga de aquí, burocrático de mierda! ¡Nosotros somos una Compañía de Comandos que está por ir a la guerra y no para firmar papeles!

Y acto seguido comenzó a tirar afuera los fusiles, que recogían en el aire los integrantes de aquélla, mientras el capitán Fernández, logrado su objetivo, procuraba tranquilizarlo:

—Yo me hago cargo de todos los problemas que puedan surgir después.

En esos momentos se adelantó el sargento Mario Cisnero, el célebre “Perro”, temible instructor de los cursantes, y pidió ser apuntador de la ametralladora MAG. Retiró una de éstas, se tiró cuerpo a tierra y comenzó a revisarla en sus menores detalles. El acto revelaba al observador avisado una serie de características de Cisnero: su espíritu de sacrificio, porque era cargar en las marchas con mayor peso; una disposición favorable al conjunto, desde que es un arma que apoya a las otras; y por último, su desprecio por el peligro, ya que la ametralladora atrae el fuego enemigo. Fue en tales circunstancias que el sargento Cisnero cambió las frases antes consignadas con su antiguo alumno el teniente primero Losito, actor sufrido en la anécdota en que aquél lo castigó privándolo de alimento (véase nota 9). Pues bien: luego que Losito le manifestara irónicamente a Cisnero que aún le guardaba rencor por la manera como lo había tratado durante el curso, le agregó:

—Vamos a ver ahora, Perro, cómo te portás en la guerra.

Éste se puso súbitamente serio, y le respondió:

—Pierda cuidado, mi teniente primero, que ahora vamos a ver quiénes son realmente los buenos...

Este ejemplo de suboficial íntegro hizo donación de la mitad de su sueldo, antes de cruzar a las islas. Nacido en Catamarca, contaba veintiséis años de edad.

“Tenía la sensación de entrar en un remolino”, comparaba un oficial a la actividad que se desplegaba en la Escuela. Todo acelerado, una vertiginosa puesta al día para formar una Compañía de Comandos. Se trató de compensar la falta de entrenamiento con gimnasia y marchas; como el mayor Rico debió concurrir al Comando en Jefe del Ejército para ultimar detalles, quedó al

frente de la unidad el capitán Eduardo Villarruel, más antiguo en el grado, un santafecino de treinta y cinco años que vistiera el uniforme desde que, chico aún, ingresó en el Liceo Militar General Belgrano. Práctica de tiro en el polígono, revisión del armamento, y hasta el embalaje de los cajones de munición y repuestos: se aprovecharon horas de noche para procurar lograr uniformidad, compenetración y capacidad profesional. Los tres capitanes más antiguos fueron designados jefes de sección: José A. Vercesi de la primera; Tomás Fernández de la segunda; y Andrés Ferrero de la tercera. A la tarde del lunes 24, junto con el capitán Jorge A. Durán, nombrado oficial de Operaciones, procedieron los cuatro a formar las patrullas, eligiendo sus jefes a quienes conocían y distribuyendo el resto Durán. Concluido este aspecto, fueron a reunirse con el mayor Aldo Rico, ya de regreso de la Capital Federal, y éste les informó que seguramente la Compañía cruzaría a Malvinas en un lapso de diez días.

No obstante este margen de tiempo, el martes se prosiguió con el intenso adiestramiento, ya con las secciones conformadas, recibéndose a los que faltaban llegar del interior del país: por esta presentación gradual no pudo hacerse una reunión general, como no fuera la del aniversario de la fecha patria. El 25 de mayo, Rico integró con su Compañía la formación efectuada en la Escuela de Infantería, luego de la cual los oficiales fueron al casino a tomar una copa. Las horas de descanso habían sido mínimas, y el trajín y el cansancio aumentaron la tensión nerviosa; por eso, el jefe de la 602 determinó dar franco hasta el día siguiente a la mañana. Aún faltaban llegar dos o tres hombres. Eran en total un jefe, veintidós oficiales y quince suboficiales, más un oficial y siete suboficiales agregados. En cuanto al equipo solicitado a Bariloche, arribó a la Escuela de Infantería el miércoles 26 por la madrugada a través de Aerolíneas Argentinas, debido a la eficaz intervención del teniente coronel Balda, jefe del conjunto de competición de ski. Fue lo mejor que se pudo obtener.

Repentinamente, hubo un contraorden: la situación militar en Malvinas había empeorado y la nueva unidad debía partir de inmediato. De no hacerlo así, corría peligro de no poder ya cruzar a las islas.

[42](#) Apenas hubo partido para Malvinas la Compañía 602, se organizó una tercera Compañía de Comandos, que fue puesta bajo las órdenes del mayor Armando Valiente, oficial que por su desempeño en las acciones libradas durante el “Operativo Independencia” en 1975 —campaña contra los terroristas en Tucumán— mereció la condecoración *Al Heroico Valor en Combate* y la medalla concedida al herido en acción. Tal nueva subunidad, compuesta por unos 75 hombres, estuvo integrada por gran número de oficiales y suboficiales que estaban retirados, pero que solicitaron su reincorporación al estallar el conflicto. Estos Comandos realizaron sus preparativos en la Escuela de Infantería, recibiendo las experiencias de sus camaradas en lucha en Malvinas, y adiestrándose en el manejo del modernísimo equipo enviado por vía privada desde Estados Unidos. La Compañía 603 fue disuelta cuando concluyeron las hostilidades.

[43](#) No iba a ser yo una excepción: su foja de servicios registra un apercibimiento equivalente a dos días de arresto impuesto por su jefe de grupo, conforme a la siguiente nota: “Como cursante del Curso Básico de Comando, retirarse del aula sin autorización del Profesor de Historia, por interpretar que ante una pregunta realizada recibió una respuesta en tono despectivo”...

[44](#) LATIN AMERICAN NEWSLETTERS, *Partes oficiales comparativos*, cit., págs. 94-98.

SEGUNDA PARTE

# La guerra de los Comandos

## CAPÍTULO X

### *El desembarco británico*

EL 16 DE MAYO UNA SECCIÓN DE TIRADORES DEL REGIMIENTO 25, al mando del subteniente Roberto Reyes, más otra sección de apoyo del Regimiento 12 con dos morteros de 81 mm y dos cañones sin retroceso de 105 mm, al mando del subteniente José Vásquez, todo a órdenes del teniente primero Carlos Daniel Esteban, había relevado en Puerto San Carlos a elementos de la Compañía de Comandos 601, como se dijo páginas atrás. Eran sesenta y tres hombres, con las siguientes misiones, de acuerdo con el orden de prioridad: en primer término, impedir el pasaje de buques por la boca norte del Estrecho; luego, mantener bajo control a la población de San Carlos; y en tercer lugar, dar la alerta temprana en caso de desembarco.

El estrecho de San Carlos tiene en ese lugar un ancho de cuatro kilómetros, y si bien el alcance máximo de tales morteros era de tres mil novecientos cincuenta metros —lo que tornaba imposible batir eficazmente con ellos a naves—, los cañones eran de tiro direccional y colocados en Fanning Head (altura 234) podían hacer blanco. Esteban ubicó a sus armas pesadas en tal lugar, pues, más un grupo para darles seguridad; e hizo rotar a veintiún hombres allí cada cuarenta y ocho horas debido al rigor del clima: estando a ocho kilómetros de distancia de Puerto San Carlos, no pudo efectuarse su relevo cada veinticuatro horas como inicialmente planeó, porque el desplazamiento desgastaba más que la permanencia en la posición.

Este elemento adelantado provino de la guarnición acantonada en Goose Green, de donde en teoría debió recibir su abastecimiento, pero esto no pudo cumplirse por el factor omnipresente y negativo de la falta de helicópteros necesarios; y tal fuerza —denominada Equipo de Combate Güemes— en la práctica quedó aislada de sus propias líneas, sin provisiones ni medios de transporte. Lo que llevó de alimentos y equipos el primer día, debió servirle para todo. “Una aberración táctica”, la calificaba un oficial al analizar la situación, que fue dispuesta por el comandante de la Brigada III de quien



dependía.

En Puerto San Carlos el teniente primero Esteban no aplicó la misma política que había practicado en Goose Green y Darwin —de lo que se dará cuenta en el capítulo XVII—, sino que en lugar de concentrar a los pobladores en un lugar determinado, permitió a sus escasos habitantes continuar residiendo en sus casas; lo que resultó una suerte, porque los vuelos de reconocimiento británicos, al comprobar que el humo de las chimeneas salía como siempre, hizo pensar que esa vida normal indicaba la no presencia de tropas argentinas. Por otra parte, la deficiente exploración de las patrullas del S.B.S. confirmó el error.

Para dar alerta se colocó una radio Yaesu BLU 500, de gran salida con una antena muy grande, conectada con línea fija a un generador eléctrico de ciento diez voltios. Funcionó bien y dio comunicación permanente con toda la isla; única forma de mantener contacto, porque el enlace terrestre con el Regimiento de Infantería 12 en Goose Green era distante y cortado por terribles elevaciones —en términos de Malvinas—: “un trayecto como encarar el cruce de los Andes”, según palabras del propio Daniel Esteban.

En las alturas circunvecinas fueron apostados observadores aéreos y puestos de guardia, y se mantuvo un control muy estricto sobre el pueblo, en el cual se montó el puesto de mando y quedó la “reserva”, o sea el personal que rotaba de aquellas funciones.

El 21 de mayo, a las dos de la mañana, se oyó un fuego muy intenso de artillería fuera del estrecho, pero tan próximo que se veían los fogonazos. Se ignoraba hacia dónde se disparaba; la red radial general no supo indicar cuál era el objetivo enemigo. Posiblemente se trataba de una distracción para los defensores, a fin de efectuar el desembarco con la atención dirigida a otro lugar.

Pero siendo aún de noche, el subteniente Reyes avistó desde su observatorio en la altura 234 un buque, y le disparó con los dos cañones allí ubicados: la nave giró su torreta y abrió fuego a su vez. Grupos del *Special Boat Squadron* tocaron tierra y atacaron la posición de Fanning Head. A eso de la cuatro de la noche, con media docena de heridos por tiros de cañón y de fusil, Reyes, casi consumidas sus municiones y ante el riesgo de quedar

cortado y ser aniquilado, ordenó la retirada. No quedaba otro rumbo que el de Puerto Argentino, y hacia allí se replegaron: aparte del oficial, eran un cabo y nueve soldados conscriptos de dieciocho años de edad. Su épica, trágica marcha, la ha relatado el mismo subteniente Roberto Reyes <sup>45</sup>.

Lo descrito había ocurrido durante la oscuridad, y el teniente primero Esteban se hallaba sin noticias, al quedar separado de su subordinado por la presencia británica en el terreno. Hasta que con las primeras luces del viernes 21, a eso de la ocho y cinco de la mañana, un observador aéreo le comunica que en el estrecho se encontraba una nave tipo fragata, transmitiéndole sus siglas. Esteban se asombró:

—Soldado ¿cómo puede ser que usted sepa eso?

—Porque es igual a ésta —le contesta el aludido, sacando una cajita de fósforos de una serie repartida por la Armada Argentina y donde estaba dibujado ese buque y su identificación técnica...

El oficial desconfió y trepó al puesto de observación: todo el desembarco, la operación completa, apareció ante su vista.

Inmediatamente Carlos Daniel Esteban regresó y comenzó a retransmitir al comandante de la Brigada III en Puerto Argentino, general Omar Parada, cuyo nombre clave era “Capanga”. Ante el hecho consumado y la urgencia, Esteban no empleó el cifrado:

—¡Estoy en presencia de un desembarco, solicito apoyo a Aviación! ¡Decenas de helicópteros, buques, lanchas de desembarco se desprenden en tal dirección! (y aquí agregaba las coordenadas correspondientes).

Mientras tanto, el soldado observador le anunciaba que se aproximaban las fuerzas enemigas:

—¡Infantería a mil metros! ¡Infantería a setecientos metros! ¡Infantería a quinientos metros!

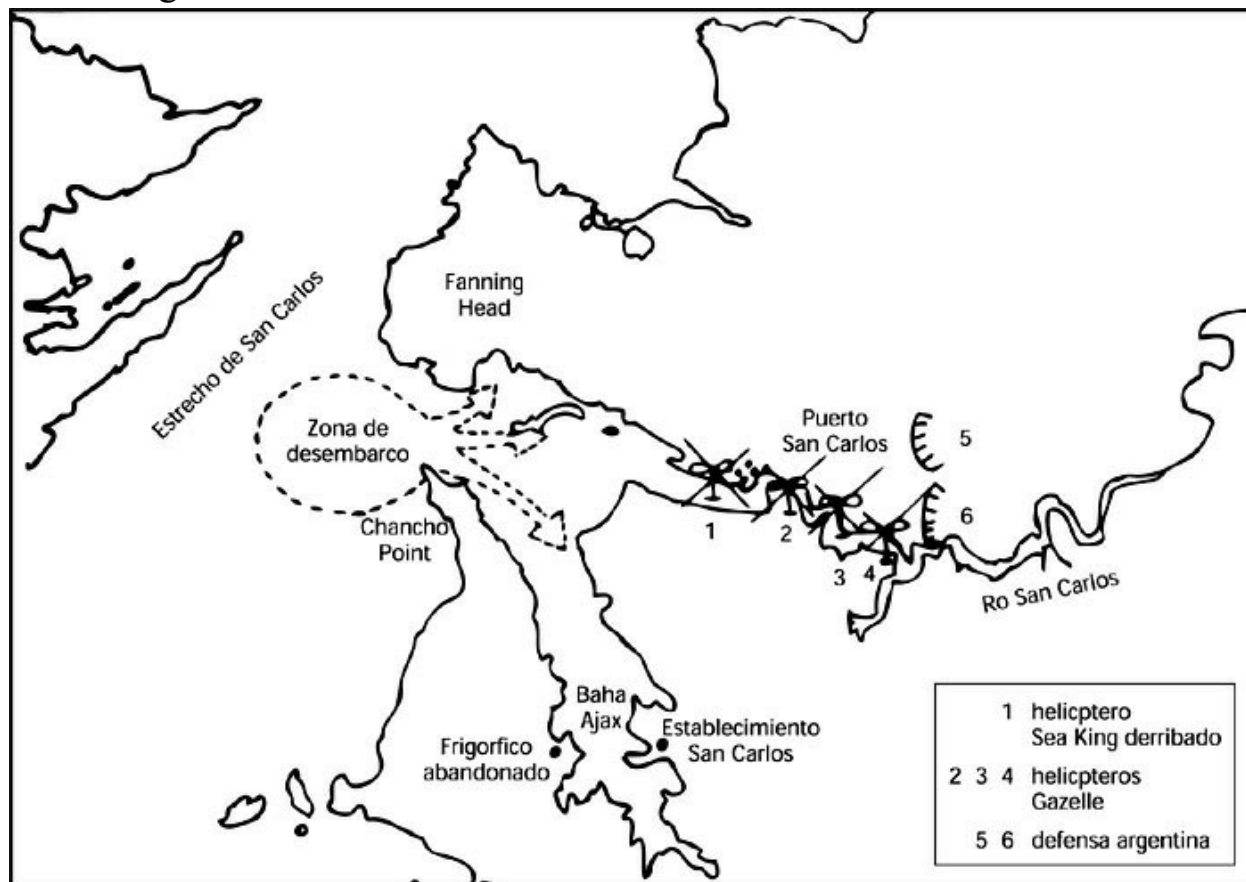
Esteban no esperó más: ordenó a sus hombres evacuar Puerto San Carlos y tomar las alturas a sus espaldas; por su parte, emitió su última comunicación:

—¡Procedo a romper la radio y a defender el lugar!

Así lo hizo —era un radio fija, y poseían otras portátiles— y con su observador destruyó los papeles importantes y se replegaron a una posición situada a su retaguardia.

Al minuto apareció un helicóptero enemigo grande Sea King, cargado de

tiradores —como supieron después—, y enfiló hacia el nuevo puesto de mando argentino.



*El desembarco británico en San Carlos (21 de mayo), dibujado a mano por el Teniente Primero Daniel Esteban, que participó en la acción*

Sobre Puerto San Carlos aflúan unidades de paracaidistas, infantes de Marina y Comandos ingleses, sin que faltasen los tanques livianos Scorpion y Scimitar del famoso regimiento Blues. Mientras los lanchones desembarcaban a las tropas, multitud de helicópteros transportaban sus equipos. Cientos de soldados británicos habían puesto pie en tierra malvinense, y nutridos contingentes de tropas escogidas —si no todas veteranas, al menos con un entrenamiento que no bajaba de cuatro años— marchaban en procura de Esteban y sus cuarenta y un hombres, de los cuales la masa eran conscriptos sin experiencia bélica fuera de lo vivido en las islas durante mes y medio. De haberse zafado aquel oficial de su comprometida situación, dirigiéndose hacia el amparo de Puerto Argentino antes de tomar contacto con las fuerzas británicas, escasamente hubiese merecido reproches, desde que ya había cumplido su misión de informar, y dada la desproporción

de elementos enemigos y propios. Pero imbuido de verdadero espíritu militar, con determinación y coraje, se dispuso a enfrentar al adversario y combatirlo hasta donde su resistencia fuera efectiva.

Cuando el enorme helicóptero se le acercó, el teniente primero Esteban y su pequeña tropa abrieron fuego: saltaron piezas, se le desprendió la carga que colgaba debajo, y humeando, se apoyó pesadamente en el suelo, con varios de los tiradores ingleses que conducía muertos. Sin perder tiempo, desde la Flota se envió otro helicóptero, esta vez un Gazelle de ataque; pero como era una versión antiblindados tardó en hacer puntería, y nuevamente la sección argentina hizo fuego concentrado con todas sus armas automáticas, con lo que cayó y se hundió en la desembocadura del río San Carlos. Los soldados, descontrolados, siguieron disparando sobre quienes nadaban buscando salvación...

Esteban aprovechó para hacer un cambio de posición y retirarse más a cubierto, en momentos que un tercer aparato fue a colocarse enfrente de él, por el apuro y la falta de conexión del mando enemigo ante su carencia de datos precisos, y aquél no desperdició la oportunidad: otra vez el fuego reunido de los defensores alcanzó al aparato inglés, que se precipitó a tierra violentamente, donde se destrozó. Murieron todos sus ocupantes.

Durante una pequeña pausa Esteban y sus hombres continuaron con su repliegue. No demoró en aparecer un nuevo helicóptero, ante el cual volvieron a disparar sus armas, repitiéndose la escena: cayó echando humo y comenzó a arder. Un tripulante logró salir, pero fue abatido a tiros por los enardecidos soldados. Uno de éstos se incorporó y gritó en su dirección:

—¡Viva la Patria, hijos de puta!

El teniente primero Carlos Daniel Esteban inició la retirada final después de destruir por completo tres helicópteros y dejar otro destrozado, sin bajas personales y habiendo perdido únicamente algo de armamento y equipo. Del subteniente Reyes carecían de noticias, la magnitud de fuerzas británicas que desembarcaban era grande, y un batallón completo se aproximaba a lo lejos para asaltarlos. Fueron atacados con morteros de 60 mm y las fragatas les dispararon con sus cañones; pero por la ausencia de directores del fuego — los helicópteros— los impactos no resultaron eficaces: caían a doscientos y trescientos metros, de modo que la sección argentina pudo moverse bien sin recibir daño, pese al fragor del combate.

“Habíamos cometido crímenes de guerra, es cierto”, me decía Daniel Esteban al contarme estos sucesos; y a mi pregunta acerca de su posibilidad de impedirlos, me explicó: “Se debió al descontrol de un grupo. Yo no podía pararlos, desplegados en el terreno, porque no podía andar saltando de un lado para otro. Además, nosotros habíamos realizado una buena acción psicológica sobre los hombres y, soldados con dos meses y medio de instrucción, actuando muy violentamente, estos chicos de dieciocho años estaban temerarios”. Una fuente británica que alude al tema específicamente, absuelve de dolo y hasta de culpa a los jefes de unidades en operaciones, y debe tenerse en cuenta que uno de sus autores estuvo con las tropas y por ello su identificación con los combatientes es mayor: “La campaña de las Malvinas se peleó con notable respeto hacia las normas morales por los dos bandos. Se produjeron algunos incidentes desgraciados como el fuego de fusiles sobre la tripulación del *Gazelle* caída en aguas de San Carlos y la muerte del teniente Barry cuando flameaba bandera blanca en Goose Green, pero fueron actos no autorizados cometidos por conscriptos. El alto mando argentino fue escrupuloso en conducir la guerra dentro de sus conceptos del honor” <sup>46</sup>.

La marcha retrógrada del teniente primero Esteban y sus soldados fue muy dura, con un enemigo poderoso a sus espaldas, que envió un helicóptero para localizarlos. “En un momento nos vieron”, relata Esteban, “pero nosotros nuevamente formamos en trescientos sesenta grados, que es la técnica de combate que utilizábamos contra estos aparatos. El helicóptero desvió rápidamente y fue en busca de refuerzos. Mientras tanto yo cambié de dirección y de velocidad, y no me encontraron. Ya después, la segunda noche, estuve muy lejos; y desconfiaron de que esa fracción los quisiera llevar a una emboscada, y suspendieron la persecución hasta organizarse bien en la cabeza de playa”. Los ataques aéreos argentinos por último distrajeron definitivamente la atención de los ingleses hacia Esteban <sup>47</sup>.

Las tropas británicas se desplazaron en todas direcciones para dominar la zona que rodeaba a su cabeza de playa, y ocuparon la planta frigorífica abandonada en bahía Ajax y el Establecimiento San Carlos <sup>48</sup>.

El anuncio radial del teniente primero Esteban había movido al gobernador militar de Malvinas a enviar a las nueve y cuarto de la mañana el siguiente

mensaje al almirante Lombardo, en el Centro de Operaciones Atlántico Sur:

*Intento desembarco sobre zona San Carlos. Enemigo combate con propios efectivos. Cinco buques en zona norte canal San Carlos. Bombardeo naval sobre Darwin nueve horas. Bombardeo aéreo zona reserva. Fuera de combate un helicóptero Chinook y un Puma, posiblemente un UH-1H. Se solicitó urgente apoyo aéreo al continente a las ocho horas.*

Como se ve, todavía una hora después del aviso del observador, aún se calificaba de “intento” a la maniobra enemiga. Y en cuanto al pedido de ataque de la Aviación sobre las tropas británicas en tierra, recién a las dos y media de la tarde el centro de operaciones táctico del Cuerpo de Ejército V respondió: “A requerimiento Fuerza Aérea Sur solicito informe si se ha concretado desembarco enemigo, zona aproximada, y ubicación propia tropa próxima, a efectos previsión apoyo aéreo directo” ...

En el ínterin, a las diez de la mañana —hora en que los aviones argentinos bombardearon y ametrallaron a la Flota británica—, el general Menéndez había ampliado los primeros datos al COATLANSUR:

*Doce buques enemigos en la bahía de San Carlos. Destruidores, fragatas y buques de desembarco. Dos destructores en zona Monte Rosalía, uno en bahía Roca Blanca. Fue abatido un Harrier, piloto prisionero propia tropa <sup>49</sup>.*

La última frase transcrita del mensaje del gobernador nos lleva a otro teatro de las acciones: a la isla Gran Malvina, donde tuviera lugar el episodio narrado en el capítulo de presentación de este libro, al iniciarse el enfrentamiento directo entre los Comandos argentinos y las fuerzas británicas.

### *Notas*

<sup>45</sup> Véase HÉCTOR RUBÉN SIMEONI, *Malvinas: contrahistoria*, p. 16-25 (Buenos Aires, Ed. Inédita, 1984). Las dos obras británicas citadas precedentemente no son muy fieles al referir el episodio, y difieren entre sí. Los soldados argentinos durante su retirada debieron alimentarse muy espaciadamente, y gangrenadas las extremidades de varios, cuatro de ellos sufrieron distintos tipos de amputación.

<sup>46</sup> HASTINGS Y JENKINS, *La batalla por las Malvinas*, p. 343.

[47](#) Este heroico oficial efectuó su difícil repliegue aplicando en cada asentamiento por los que pasó, las medidas de control de población y requisita de armamento habituales. Solamente tomó las provisiones indispensables para el sustento de sus hombres, los cuales no se apropiaron de nada de valor (los británicos no han denunciado exceso alguno). El 24 de mayo llegaron a Douglas Paddock, hacia el este, y de allí se comunicó con Puerto Argentino. Al día siguiente Esteban efectuó una formación en homenaje a la fecha patria, y luego fueron recuperados por cuatro helicópteros que los transportaron a la capital. Tras una jornada de descanso, a pedido de su jefe, la sección fue conducida a Goose Green, participando en la batalla de Prado del Ganso.

[48](#) Aquí en San Carlos *Settlement* se produjo una reacción extraña por parte de sus habitantes, respecto de la presencia de tropas británicas: “Los isleños parecían extrañamente indiferentes” (EQUIPO ESPECIAL DEL SUNDAY TIMES) “su actitud era bastante abúlica” (HASTINGS y JENKINS). Estos últimos autores resaltan una constante de las fuerzas armadas argentinas: “Era difícil tomar en serio los cuentos sobre brutalidad de los argentinos cuando saltaba a la vista que los soldados enemigos, casi famélicos, habían patrullado San Carlos sin poner una mano sobre los recursos almacenados en los depósitos y las casas” (*La batalla por las Malvinas*, p. 219). Esa frialdad de los kelpers hacia sus compatriotas abona la simpatía con que los Comandos argentinos fueron acogidos en más de una oportunidad.

[49](#) Los tres partes en: EJÉRCITO ARGENTINO, *Conflicto Malvinas* cit., t.II, anexo 25.

## CAPÍTULO XI

### *Ataques aéreos sobre Howard*

LA COMPAÑÍA 601 SE HABÍA ALISTADO el 19 de mayo para ejecutar la misión exploratoria en cercanías de Puerto Howard (Gran Malvina), donde informes del Regimiento de Infantería 5 allí apostado daban cuenta de presencia extraña, y que el mal tiempo obligara a postergar [50](#). El mayor Castagneto calculó poder emplear su “grupo de emboscada antiaérea” porque Howard era el único de los puntos ocupados por las tropas nacionales que no había sido atacado hasta ese momento, ni por buques ni por aviones. También se llevarían dos de las motos Kawasaki para eventuales movimientos a distancia.

El capitán Rubén Figueroa quedaba con la tercera sección en la capital, pese a su deseo de marchar también, resignado, ante la indicación de Castagneto:

—El jefe debe estar donde la masa de sus tropas; usted, Negro, se queda acá a cargo del resto de la Compañía.





*Desplazamiento de los Comandos argentinos en Malvinas (Cap. Ricardo Frecha)*

Aquel día se desayunó muy temprano, y las secciones primera y segunda más el pelotón comando y servicios, se encaminaron hacia la cercana cancha de fútbol —dos o tres cuadras de su alojamiento en el gimnasio—, situada frente a la residencia que antes ocupara el gobernador Rex Hunt y que ahora alojaba al general Mario B. Menéndez. Otra vez las condiciones atmosféricas —niebla— demoraron su salida. Sentados en el suelo, conversando al raso, con frío y algo de llovizna, los Comandos aguardaron hasta que a mediodía pudieron decolar. No habían almorzado, pese a estar a doscientos metros de su base.

Los condujeron tres Puma, con espacio para veinte hombres cada uno — cuya capacidad estaba mermada por los equipos que sus pilotos cargaban para casos de emergencia—; y un Agusta de ataque servía como escolta. Volaron directamente hacia el oeste, pasando por Puerto San Carlos donde habían estado dos días antes, para cruzar por la zona más angosta del Estrecho, bien al norte, sobre su boca, y a ras del agua, para evitar ser detectados por fuerzas navales o aéreas que por allí estuviesen operando. Cada travesía de este tipo parecía durar una eternidad para quien efectuaba el cruce, porque se estaba absolutamente a merced de la total superioridad enemiga. Esta vez, a la angustia propia del momento se sumó una inesperada y terrible circunstancia: en mitad del Estrecho, un frente de niebla compacta avanzaba rápidamente.

—No sé si llegamos, no sé si llegamos —advertía el piloto—; espero que no se cubra la costa contraria, y tengo miedo que me cierre también por detrás la neblina, porque sin instrumental...

La nube baja permitía ver tan sólo un punto de la costa de enfrente, que si desapareciera obligaría a los helicópteros a regresar. Si la niebla concediera cinco minutos de vuelo... Castagneto decidió proseguir, y tras eludir una piedra ya sobre Gran Malvina, el piloto anunció:

—Acá paramos, aquí estacionamos.

“Era imposible seguir, no se veía al helicóptero de al lado, ni a un metro” relata uno de los protagonistas. Entonces ahí perdidos, sin comunicación con Puerto Argentino, se prepararon para pasar la noche, improvisando con los ponchos plásticos unas carpas y haciendo un dispositivo de seguridad perimétrico para custodiar los aparatos, dentro de los cuales durmieron sus tripulaciones <sup>51</sup>. Los oficiales y suboficiales de la Compañía 601 se metieron vestidos en sus bolsas de dormir con las mochilas preparadas a su lado. Y se desató una tormenta espantosa: “fue una de las noches que uno deseó que el mundo terminara rápido”, según la elocuente descripción de un Comando al autor. El viento destrozaba las precarias carpas, la lluvia se metía por todos lados, el vendaval desplazaba los objetos pequeños. Los sufridos soldados querían que amaneciera cuanto antes.

El nuevo día, 20 de mayo, no trajo mayor cambio. Los empapados Comandos recogieron sus desordenados y hasta rotos equipos para meterlos dentro de los helicópteros, donde al menos sus pilotos y auxiliares se habían preservado de la inclemencia de la naturaleza. Pero esta diferencia en las

comodidades era aceptada por todos, ya que jugaba en interés de la tropa que los pilotos estuvieran lo más lúcidos posible. Estaban en la ladera del monte Rosalía. Sólo a las diez de la mañana algo mejoró, y no obstante el riesgo de chocar contra alguna altura, los aparatos levantaron vuelo: a los quince minutos de andar prácticamente a ciegas hubo que volver a descender. Una nueva oportunidad cerca del mediodía los llevó hasta una casita abandonada situada al sur —Rosalie House—, donde bajaron con las medidas de seguridad propias del anuncio que los había llevado hasta allí. A eso de las dos de la tarde se despejó, y en media hora más arribaron finalmente a Port Howard, a treinta kilómetros de distancia.

Esa operación se efectuaba tardíamente respecto del aviso que le diera origen, sobre la posible presencia de enemigos, por señales percibidas cuatro días antes. No obstante, el mayor Castagneto destacó dos helicópteros Puma —cada uno portando sendas secciones—, para que inspeccionara al norte y al noroeste de Howard, en una profundidad de quince kilómetros, lo que no dio ningún resultado visible. No era tampoco la primera vez que los Comandos habían sido empleados para correr ovejas... Restaba ya poca luz diurna, y la Compañía 601 se dispuso a pernoctar en el pueblo ocupado por el Regimiento de Infantería 5, oportunidad en que el mayor Yanzi, que estaba a cargo de los cuatro helicópteros decidió retornar a cargar combustible. Castagneto había argumentado frente al general Parada, comandante de la Brigada III y al teniente coronel Reveand, jefe de la Compañía de Helicópteros, que aquellas máquinas debían quedar junto a los Comandos y no privarlos de movilidad. Castagneto y Reveand se trenzaron en una áspera discusión: el jefe de los helicópteros aducía los riesgos, y el jefe de Comandos replicaba que en la guerra todo era arriesgado, y que hasta un derribo era compatible con las misiones que realizaban:

—¡Mucho más que los dólares que pueda valer un helicóptero, vale la vida de uno de mis Comandos, que puede necesitar del aparato! —exclamaba airado Castagneto.

Pero no hubo razonamiento capaz de modificar la tesitura del teniente coronel Reveand y el mayor Yanzi partió de regreso a la capital y dejó a la Compañía aislada en Howard, completamente separada de los lugares de posible desembarco británico en la isla Soledad. Los cuarenta hombres se ubicaron esa noche en un galpón de esquila próximo al rudimentario puerto, donde estaba alojada parte de una sección de Ingenieros. Allí sufrieron los

rigores de un tiempo inclemente, por el frío atroz agravado por un viento constante que lo incrementaba, sumado a la humedad que se filtraba por entre las tablas del piso.

Apenas amaneció el viernes 21, el capitán Frecha buscó los puntos dominantes para instalar la emboscada antiaérea, que quedó próxima al puesto de mando del Regimiento 5, en el centro del caserío, prácticamente a lo largo de un alambrado que separaba dos campos. En Puerto Howard la única defensa contra aviones con que contaba el Regimiento eran ametralladoras calibre 12,7, de poco alcance preciso: ochocientos metros como máximo. Los Blow Pipe, en cambio, llegaban eficazmente hasta tres mil metros.

No obstante que allí se encontraba desplegado ese Regimiento de Infantería, con dos secciones de la Compañía de Ingenieros 3 y elementos de la Compañía de Comunicaciones 3, hasta entonces Howard había llevado una vida parecida a la de alguna provincia argentina —comparaba Castagneto— en cuanto a “la siesta tranquila de verano”. Más hacia el sur, sobre la desembocadura del estrecho de San Carlos, estaba acantonado el Regimiento de Infantería 8 con la Compañía de Ingenieros 9, en Bahía Fox.

El grupo antiaéreo de Comandos quedó apostado a ciento cincuenta metros del agua, en cuyas proximidades se hallaba la Compañía A, de la siguiente forma: el capitán Ricardo Frecha hacia la zona de la bahía, próximo a un depósito de turba, luego el teniente primero Sergio Fernández, y después el cabo primero Jorge Martínez como unidad de puntería 3, separados por veinte metros uno del otro. Fernández seguía a disgusto en ese equipo, porque siendo jefe de una sección de asalto y con deseos de conducirla en la guerra, debía resignar tal puesto en función del interés del conjunto. Se sentía frustrado en su ambición de toda la vida; era un simple apuntador, cumpliendo una misión que podía desempeñar un suboficial... Pero la tarea del encargado de un misil antiaéreo no es tan subalterna como la minimizaba este oficial a causa de su estado de ánimo: en primer término, el apuntador debe colocarse en el recorrido probable que seguirá el avión, de acuerdo a las características del terreno; y por otra parte debe estar de pie, sin protección alguna, para dispararle lo más de frente que pueda, ya que por la velocidad del aparato, el cohete difícilmente es guiado con buen efecto si pasa de

costado: luego de los tres mil metros se torna ingobernable.

Ya con sol, a las ocho y cuarto aproximadamente, se empezó a oír un vuelo de helicópteros. En su primer momento los Comandos pensaron que eran propios, porque provenían de la dirección de Darwin-Goose Green; pero al poco rato notaron muy lejos sobre el Estrecho un aparato que sobrevolaba la zona evidentemente en misión de exploración, lo que no ocurría con los aparatos argentinos, que viajaban por el camino más corto, en forma directa. Media hora más tarde se acercó a Shag Cove —una caleta no muy distante— y se disiparon las dudas: era un Lynx artillado, inglés. Estuvo allí un tiempo bastante prolongado y salió relativamente cerca, a unos cuatro kilómetros, pero fuera del alcance de armas terrestres.

El jefe de la Compañía se dirigió al puesto central de comunicaciones para hacer enlace con Puerto Argentino y saber si ella sería buscada.

Se oyó el ruido de motores de reacción. No podía ser otra cosa que un avión enemigo, y el teniente primero Fernández pensó en el acto: “Entramos en combate”. Miró su reloj, que señalaba las diez menos cinco minutos. Se pusieron rápido en posición, apuntando al sudeste en dirección al extremo de la bahía (cuatro kilómetros de distancia), desde una magnífica ubicación y con un amplio campo de tiro. Cuando fue más visible, cualquier duda se esfumó: era la inconfundible silueta de un Harrier, con sus dos anchas entradas de la turbina y las alas inclinadas. Se aproximaba ligeramente oblicuo posiblemente para observar mejor la costa, y cuando se encontraba a tres mil metros, Frecha y Fernández le abrieron fuego. Los dos misiles salieron paralelos y simultáneos hacia el blanco.

El avión venía rasante sobre el agua, a veinte metros sobre la superficie, cuando bruscamente giró hacia su derecha, en dirección a la costa del frente que cerraba la bahía. El piloto había visto el ataque y maniobraba evasivamente, pareciendo que iba a estrellarse sobre la altura del otro lado de la bahía. Pero luego de unos trescientos metros en esta dirección y sin disminuir su velocidad, cambió de rumbo y pasó a baja altura sobre Howard. La increíble movilidad del aparato hizo que los dos cohetes estallaran sobre la franja de costa que bordea el estrecho.

Al sobrevolar el caserío, los efectivos del Regimiento 5, sorprendidos, no atinaron a dispararle, y el avión se perdió tras los cerros hacia el interior.

Los tres encargados de los misiles estaban relativamente próximos para poder comunicarse sin radio, ya que tenían ocupadas ambas manos. Cerca de

ellos se ubicó el mayor Mario Castagneto, quien había venido a reunírseles, también a descubierto: “Eran esos momentos en los cuales hay que dar el ejemplo”, me explicó.

A los cuatro o cinco minutos apareció un segundo Harrier por el mismo lado que lo había hecho su pareja.

Como ya estaban todos alerta, fue observado con más cuidado. Su avance pareció interminable para el equipo antiaéreo que lo seguía a través del aparato de puntería. Trataron de asegurar el tiro dejándolo aproximar, pues a mayor distancia el aparato tendría más posibilidad de esquivar los proyectiles; sintieron los veintiún kilos de peso de los Blow Pipe, que habían sido recargados.

El avión venía más frontalmente que el anterior, volando a baja altura, a unos setecientos cincuenta kilómetros por hora, como para eludir los cerros maniobrando con comodidad. Pese a la tranquilidad de los apuntadores, por el visor parecía enorme, muy cerca. Cuando el Harrier comenzó a ponerse lateral, a mil metros, Frecha y Fernández lanzaron sus cohetes casi en diagonal. Un instante más y hubiera sido impreciso el disparo. Por una falla técnica de su misil —que se dirigía descontrolado hacia unas casas— el capitán Frecha tuvo que bajarlo y cayó a unos veinticinco metros (después hubo que volarlo). El cabo primero Martínez no había tirado. Pero el teniente primero Sergio Fernández sí lo había hecho, y un estallido ocultó fugazmente al aparato enemigo.

“Tengo grabada la imagen instantánea”, refiere Fernández, “la explosión y la trompa del avión emergiendo de la explosión”. Acabado el problema del guiado del misil, bajó el arma para ver el conjunto y comprobar el efecto de su disparo. Y decepcionado, notó que el Harrier seguía volando “y no se había desintegrado en el aire como papel picado”. Pero entraba a humear, a girar, y una fracción de segundo después saltaba por el aire su piloto y se abría su paracaídas naranja y blanco. El cazabombardero prosiguió su trayecto hasta estrellarse a poco sobre el fondo de la bahía.

La excitación de todos era grande: ahora los infantes habían entrado en acción por primera vez, porque estaban sobreavisados, y su comportamiento había sido relevante por tratarse de concriptos bisoños: le dispararon al avión con todas sus armas, hasta pistolas. Fue un ruido de fusilería impresionante, aunque poco efectivo, en el que su jefe, coronel Mabragaña, diera el ejemplo tirando a cuerpo descubierto con su FAL. Los gritos de

júbilo, los característicos alaridos del *sapucaí* correntino atronaban el aire, contrastando notablemente con los llantos de los niños *kelpers* y manifestaciones de histeria de sus madres y crisis de nervios de sus padres, que salieron de sus casas donde se habían refugiado al producirse el movimiento de los aviones. Se mezclaban tiros, porque los soldados seguían disparando: lo habían hecho contra el Harrier ya averiado, y continuaban contra la figura de su piloto...

Sin perder un segundo, el mayor Castagneto y el capitán médico Llanos montaron en sendas motos y se dirigieron rumbo a la bahía donde flotaba el aviador. Tras ellos corrían oficiales, suboficiales y soldados, gritando los primeros para que cesaran de tirar algunos que continuaban bajo los efectos del shock de combate:

—¡Alto el fuego, alto el fuego, le van a pegar al piloto!

Afortunadamente, la euforia, la distancia y el movimiento se unieron para que no hiciesen blanco. Claro que el agua helada no perdona; y cuando el doctor Llanos llegó él primero en moto a proximidades de la bahía y notó a cien metros de distancia al militar británico, no le quedó otro recurso que quedarse contemplándolo, en la imposibilidad de nadar hacia él en esas condiciones. Castagneto se le había separado a la salida del caserío, yendo en dirección al avión caído. En eso el médico vio un bote, y un suboficial del Regimiento 5 que llegó al borde le avisó:

—¡Yo lo voy a buscar!

Ayudado por otro camarada, el cabo primero remó hacia el caído y entre ambos lograron izarlo. Al llegar a la costa varios oficiales de la Compañía de Comandos —Llanos, Fernández, García Pinasco, Anadón— lo sacaron a la orilla junto con su paracaídas y equipo de supervivencia. El aviador estaba con la cara lastimada y la clavícula izquierda fracturada, a consecuencia de su violenta eyección con su aparato a plena marcha e inclinado, que lo hizo pegar contra el costado de la cabina al salir; incluso carecía de casco, roto al golpear en ese momento. Aunque vestía un *overall* de vuelo que algo lo impermeabilizaba, el piloto estaba casi congelado y le costaba hablar; pero en ningún momento perdió su lucidez, al punto que Sergio Fernández notó que al incorporarse para salir del bote con su mano frotó el trozo transparente sobre su muslo derecho donde los aviadores hacen sus anotaciones, para borrar el rumbo allí escrito: el oficial argentino alcanzó a memorizar el doble juego de números y letras, y luego los reprodujo para informar a Puerto Argentino.

Llanos, con su perfecto dominio del idioma inglés, se dio a conocer como médico y luego de inquirir por sus heridas, con Fernández procuraron infundir calma al prisionero:

—*Are you okay, are you hurt? Don't worry, we are friends now; take it easy.* (¿Está bien, está lastimado? No se preocupe, somos amigos ahora, tranquilícese).

Aquél, sin hablar, asentía con movimientos de cabeza. Ayudados por el sargento ayudante Poggi lo acomodaron en la moto de Llanos, quien le indicó que se sujetara a él porque lo conduciría hasta un hospital <sup>52</sup>. Con el signo internacional que emplean los aviadores —pulgar alzado— éste mostró conformidad. El teniente primero Fernández lo abrigó con su chaqueta y partieron.

El mayor Castagneto, mientras tanto, se había dirigido rumbo a donde cayera el Harrier, a unos diez kilómetros de Howard. Marchó paralelo a la bahía que se afinaba, luego cruzó el río —“esas motos hacían cualquier cosa”, me aclaró— y después de un trecho más llegó a la media hora al lugar donde el avión se había estrellado. “El pedazo más grande que encontré fue la rueda”, decía, “incluso llegué a pensar que sería el resto de un avión de otra época”... En la carrera que efectuó el aparato destrozándose contra el suelo había embestido un caballo, seccionándole limpiamente el cuello, de manera que su cabeza estaba a buena distancia del cuerpo. Castagneto cargó todos los pedazos que pudo y que consideró importantes para un estudio de Inteligencia —como los equipos de comunicación—, y emprendió el regreso <sup>53</sup>. Era cerca de mediodía, y la batalla aeronaval en San Carlos había tenido lugar.

Entre las diez y las diez y media de esa mañana, aviones argentinos habían atacado a la flota de desembarco británica, precedidos por una aislada incursión efectuada por el valeroso teniente de navío Owen Guillermo Crippa piloteando un Aeromacchi, quien con sus cañones y cohetes averió seriamente la fragata *Argonaut*. En sucesivas oleadas desde el continente, los Skyhawk, Mirage Dagger y Pucará de la Fuerza Aérea y Aviación Naval, sin medir pérdidas (trece aparatos) hundieron la fragata *Ardent* y produjeron daños en el destructor *Antrim* y las fragatas *Brilliant* y *Broadsword*. Los aviadores argentinos realizaron una verdadera hazaña al atacar con escaso



combustible —aunque eran reabastecidos en el aire, su margen de operaciones llegaba al límite al entrar en acción—, y muchas veces no podían hacer frente a los cazas británicos porque sólo contaban con lo justo para retornar a sus bases, o, armados sólo con bombas, carecían de armas defensivas. En cierto caso, un aparato logró regresar con sus tanques agujereados al acoplarse a un Hércules C-130 nodriza que lo fue alimentando por la proa mientras perdía el líquido por sus tanques dañados. Numerosos pilotos debieron eyectarse sobre las islas al comprobar que no podrían llegar de vuelta al continente. No hace falta ponderar su audacia, ya puesta de relieve por sus mismos adversarios.

Desde Howard, en la Gran Malvina, se podía observar el ir y venir de aparatos de ambas nacionalidades, volando por todas direcciones. Uno de los oficiales de la Compañía 601 conserva el recuerdo con nitidez fotográfica de un Dagger que entre dos cerros dejaba caer sus tanques suplementarios. Circunstancialmente sobre el horizonte o en el interior de la isla se veían aviones en acción evasiva. El “grupo de emboscada antiaérea” de los Comandos estaba prácticamente desarticulado: tanto Frecha como Fernández habían disparado los dos proyectiles con que cada uno contaba, y sólo el cabo primero Jorge Martínez conservaba los suyos por no haber tirado, ya que tenía asignado otro sector de observación.

Muy alto era el espíritu en Puerto Howard. Los conscriptos y los profesionales habían tenido su bautismo de fuego y se sentían victoriosos, todos y cada uno de ellos. Su moral superaba las penurias; se abrazaban contentos y se felicitaban los soldados, partícipes del derribo porque todos habían disparado contra el avión británico y los incidentes del episodio eran comentados en las posiciones. Contentos por haberse comportado a la altura de la situación, abriendo fuego en lugar de ocultarse en los refugios, los soldados no pensaban siquiera en almorzar. Ni en Puerto Argentino ni en Goose Green tenían un prisionero, que allí testimoniaba su triunfo. En el puesto de mando del Regimiento 5, el coronel Mabragaña y el mayor Castagneto analizaban la documentación que portaba el aviador inglés y los datos que podían extraerse de las piezas del avión que se recogieron <sup>54</sup>.

El jolgorio fue bruscamente interrumpido por la aproximación de dos aviones Harrier, siendo las tres y veinte de la tarde, que aparecieron de

improvisó sobre Howard, luego de haber mantenido un encuentro con aparatos argentinos. Venían desde el norte, a baja altura. Todos salieron rápidamente del puesto de mando, y Castagneto gritó al teniente primero Fernández:

—¡Gallego, agarrá el Blow Pipe de Martínez!

Sergio Fernández inició su carrera pero se dio cuenta que no llegaría hasta donde estaba el suboficial con la única unidad de tiro en uso; por lo que se arrodilló y le apuntó con su FAL en automático.

Mario Castagneto estaba en medio de una elevación y veía cómo el enorme aparato volaba directamente hacia él, a escasos ocho metros del terreno, liso como cancha de golf. No existía ninguna cubierta. “Si no me agacho, éste me choca, me choca”, pensaba desesperado, “es imposible que no me mate”. Con la mano —se le ocurría— podía tocarlo: se notaban claramente los remaches sobre la estructura. Castagneto puso rodilla en tierra y hasta inclinó la cabeza, tal era la sensación de encuentro inminente. Pero pasó atronador por encima de él.

Fernández —colocado más adelante— sintió detrás una explosión, y creyó que el avión había disparado sobre él; pero enseguida vio que salía directo contra el Harrier un misil accionado por el cabo primero Martínez, situado a unos seiscientos metros del aparato. Orientado con buena puntería, de frente, el proyectil explotó en el extremo del ala izquierda. El Harrier se ladeó inmediatamente echando humo, y comenzó a perder altura hacia el estrecho ubicado más abajo y, desapareciendo del campo visual de los Comandos, se oyó una explosión <sup>55</sup>. El segundo avión de la patrulla británica pasó completamente inclinado de costado, para ofrecer menos superficie al fuego sobre sus planos, sin tampoco atacar; posiblemente por haber agotado sus municiones en la acción previa. La algarabía que saludó su desaparición fue enorme, y a gritos los soldados pedían más aviones enemigos. “Estábamos todos terriblemente eufóricos”. Las tropas argentinas sabían ahora que contaban con elementos para contestar los golpes, que no estaban inermes ante un ataque desde el aire, sumado al hecho de que no se habían registrado bajas. La defensa funcionaba.

Dos movimientos más se registraron en esa agitada jornada. Uno, la emboscada aérea montada en previsión de que se fuera a rescatar al aviador

prisionero; otro, el intento de recuperar dos pilotos propios cuya caída se observó en el interior de la isla.

Desde ese día la actividad aérea en la zona fue constante, bien se tratara de recorridos sobre el estrecho de San Carlos, o de acciones bélicas. Al norte de Howard se había producido un combate entre aviones argentinos Mirage Dagger y británicos Harrier, a bastante altura, luego del cual pudo verse cómo fueron derribados por cohetes los aparatos argentinos —vendrían sin armas después de atacar la Flota— y se abrían dos paracaídas. El mayor Castagneto dispuso que el capitán Frecha partiese en su búsqueda, acompañado por el capitán Llanos para el caso de que alguno de los pilotos estuviese herido. Pero antes de que salieran se organizó un grupo de Comandos para instalar una emboscada en previsión de que también los británicos hubiesen preparado la recuperación de su camarada caído.

El teniente primero García Pinasco, junto con el teniente Anadón y cuatro suboficiales, se dirigieron a las cuatro de la tarde hacia las proximidades en que cayera el Harrier. Llevaban consigo varios elementos del teniente Glover: su paracaídas, el bote salvavidas, y lo más importante: una baliza de radiollamada que funciona automáticamente para guiar la búsqueda, y que los argentinos habían apagado al tomarla. Se desplegó el paracaídas, se volvió a encender el equipo de radiollamada, y comenzó la espera.

Alrededor de las cinco se oyó el motor de un helicóptero, y poco después se observó que un enorme Sea King entraba por la boca sur de la bahía Howard proveniente del estrecho, dirigiéndose exactamente hacia donde era aguardado<sup>56</sup>. Sin duda, había enganchado la emisión de la baliza. Volaba recto, como lo hiciera esa mañana el Harrier, en dirección a la reunión de ametralladoras antiaéreas, fusiles ametralladoras y Blow Pipe cuyos sirvientes observaban su lenta aproximación al tiempo que fijaban puntería. Era un blanco enorme, imposible de escapar. De repente, una ametralladora 12,7 le abrió fuego prematuramente, cuando el helicóptero recién estaba entrando en la posición de tiro. Y enseguida se produjo el efecto contagioso, y los soldados del 5 de Infantería volvieron a apretar el gatillo... El Sea King, alertado, realizó un giro violento que casi lo dobló por completo —mostró su parte inferior con las ruedas—, y a riesgo de carecer de sustentación, se recostó sobre el cerro en vuelo ascendente para escapar. El teniente primero Fernández le disparó su misil, pero sin tiempo para guiarlo, y se perdió una oportunidad segura de cobrar otra victoria. El aparato trepó y saltó a través de

la altura y no retornó; no obstante lo cual el grupo de emboscada aguardó gran parte de la noche en previsión de otra ocasión, soportando un intenso frío.

Poco después del frustrado intento relatado, salían en sendas motos los capitanes Frecha y Llanos a la búsqueda de los pilotos derribados, cuyos paracaídas se distinguieron a distancia. El teniente primero Quintana pidió acompañarlos y trepó detrás del médico. El barro comenzó a hacer de las suyas: patinadas difíciles de evitar, sobre todo estando cargados con armamento. Hasta que la catástrofe sobrevino cuando a un kilómetro estos últimos tomaron una loma y volaron por el aire sin poder mantener su equilibrio. El porrazo fue enorme, aunque por suerte amortiguada la caída por la turba barrosa. Llanos se dirigió a Leopoldo Quintana:

—Polo, yo te dejo a pie, sigo solo...

Tampoco le habían quedado a éste ganas de proseguir el *raid* y asintió:

—Bueno, mi capitán, vaya usted solo. Yo me quedo aquí.

Y partió de vuelta mientras los dos oficiales reemprendían su marcha, rumbo al monte Rosalía. Ambos contaban con radios portátiles que les permitían su comunicación para el caso de separarse; debían retornar antes que cayera la oscuridad a fin de evitar que las posiciones adelantadas les abrieran fuego. Se desplazaban haciendo cada uno un par de kilómetros, alternativamente, a fin de prevenir sorpresas. Cubrieron algo más de treinta kilómetros sin hallar nada (uno de los aviadores argentinos los había oído, pero temiendo que fueran ingleses, se ocultó sin verlos) y al atravesar Frecha un alambrado avisó a Llanos que se adelantaría un kilómetro más y que le dejaba abierta la tranquera. Éste le contestó que ya era hora de emprender el regreso porque se hacía de noche, de modo que cuando llegó a ese lugar se dispuso a cerrar la tranquera y volverse. Dejó su fusil contra el alambrado y comenzó a poner el candado, cuando al darse vuelta notó dos Harriers que a cincuenta metros de altura volaban en su dirección.

No había lugar alguno para guarecerse; el pasto más alto alcanzaba diez centímetros. Un terreno llano, amarillento, donde todo se notaba: imposible correr, sin coberturas. Un avión picó hacia Llanos y el otro se dirigió a donde Frecha estaba adelantado.

El médico tomó su fusil para tirar, en la reacción instintiva de morir

combatiendo, mientras por radio avisaba a su compañero. Éste ya los había distinguido. Llanos advirtió que por la caída sufrida junto a Quintana, su arma tenía barro hasta la mitad del cañón y estaba inutilizada... Entonces recurrió a una estratagema: se quitó la campera y comenzó a saludar al aparato con ella, simulando ser un *kelper*. Angustiado, Frecha observaba cuerpo a tierra, con su FAL listo. Mas el truco dio resultado, ya que el Harrier batió las alas un par de veces mientras sobrevolaba al médico-soldado. Y los aviones se fueron y los Comandos regresaron con el susto y una anécdota, en compensación a no haber encontrado a sus compatriotas.

Así concluyó ese primer día de enfrentamientos, tan movido.

### Notas

[50](#) Un par de días antes de partir hacia la Gran Malvina, el mayor Doglioli, ayudante del gobernador, comentó que las fuerzas enemigas desembarcarían entre el 19 y el 21 de mayo, según la información analizada, no obstante lo cual se destinó a la Compañía de Comandos a una misión secundaria de exploración fuera del territorio amenazado directamente, incluso habiendo perdido vigencia la alarma inicial. Esto demuestra el mal empleo que se hizo de la tropa especializada. Más grave aún: conforme a un estudio de Inteligencia producido el 19 de abril (con posterioridad de casi dos semanas al incorporado como anexo a la Orden de Operaciones nº 1), la invasión se iba a producir —no siendo sobre Puerto Argentino— en los puntos siguientes, sin que la enumeración significara prioridad: Fitz Roy, Darwin o San Carlos. Ninguno de ellos en Gran Malvina. Y además de inutilizar a la Compañía como elemento combatiente de elevado nivel, el mando superior se privaba de los medios para obtener la necesaria información.

[51](#) La prudencia habría aconsejado no volar sobre el estrecho con una visibilidad apenas indispensable, sino retornar a San Carlos, porque además de las condiciones peligrosas para hacerlo, con la poca luz que restaba los Comandos no podrían arribar a Howard esa tarde. Y como las malas condiciones meteorológicas persistieron durante el día siguiente, se hubiesen encontrado el 21 en el lugar donde tuvo lugar el desembarco británico...

[52](#) El club social de la localidad había sido transformado en un hospital muy bien montado, atendido por cuatro médicos militares y un bioquímico, contando incluso con quirófano para problemas quirúrgicos. “Muy buena eficiencia profesional”, fue el juicio de Llanos, quien comprobó una organización funcional altamente satisfactoria. El piloto inglés, teniente Glover, no estaba seriamente herido, aun cuando su cara se había hinchado por el golpe al salir del avión, con algunos cortes, y sus ojos estaban inyectados en sangre, producto de la desaceleración brutal al eyectarse sin reducir la velocidad de su máquina.

El aviador recobró pronto la plenitud de sus facultades, ya que había llegado aún groggy de su caída, y agradecido por el cuidado que recibió —y porque no se lo hubiese forzado

para obtener declaraciones, como seguramente pensó—, tuvo un gesto para retribuir las atenciones brindadas: esa noche llevaron al hospital a un soldado desangrándose, con la arteria femoral seccionada por un tiro accidental que se le escapó a su compañero. El oficial de la R.A.F. se ofreció para efectuar una transfusión —era del grupo A Positivo, informó— porque se sentía bien y esto era preferible, dijo, a quitar sangre “a un soldado de la posición afuera, que la va a necesitar para soportar el frío”. Más allá del deseo de congraciarse con el captor, fue una gentil actitud. Al atardecer el capitán Pablo Llanos fue requerido para salir al interior en moto a buscar a dos pilotos eyectados. El animoso médico fue relevado de custodiar al prisionero por un suboficial y comunicó al primero su misión.

—¿Son suyos o nuestros? —inquirió el inglés.

—No se sabe —replicó Llanos.

—¿Y salen igual?

—Sí, da lo mismo.

—Bueno, suerte para cualquiera de los dos; que los encuentren —concluyó el oficial de la *Royal Air Force*. Se nota que todavía guardaba prevenciones sobre la conducta de los soldados argentinos.

[53](#) De los despojos, el ahora capitán Sergio Fernández conserva un singular trofeo: la brújula del avión derribado por él.

[54](#) Los datos expuestos en el capítulo de presentación de este libro son de los extraídos en esa oportunidad, que fueron transmitidos a Puerto Argentino a través de la Compañía de Comunicaciones 3. Pocos días después, en Goose Green, se supo que el piloto británico había pertenecido a la dotación del *Hermes*, como luego se referirá. Se capturó su tarjeta de identificación y la orden de vuelo.

[55](#) El avión pudo haber caído en el estrecho de San Carlos o en la costa de la isla Soledad, enfrente. No se lo vio estallar sobre la superficie; pero después fue dable observar un helicóptero de rescate que se dirigió exactamente hacia ese lugar. En Howard todos estuvieron convencidos que se habían derribado dos aviones ese día 21 de mayo, y hasta varios soldados del Regimiento 5 aseguraron haberlo visto destrozarse. Por otra parte, la explosión pudo deberse a que el piloto soltó sus cargas o municiones.

[56](#) A unos ocho kilómetros de distancia, en la zona de Shag Cove, el helicóptero había sido objeto de un tiro insólito, disparado por un cañón sin retroceso con munición antitanque, en forma indirecta, sin observación del blanco pues estaba oculto por una altura. Vale como gesto.

## CAPÍTULO XII

### *La odisea de un custodio*

A LA MAÑANA DEL SÁBADO 22 arribó a Howard un helicóptero Bell 212 con la misión de localizar a los aviadores derribados la víspera, y como el teniente primero García Pinasco siguió la trayectoria de sus paracaídas, pudo indicar su rumbo. El mayor Castagneto dispuso que colaborase en la búsqueda para mayor certeza, y además comunicó al piloto que él se embarcaría de vuelta a Puerto Argentino en el mismo aparato acompañado del británico capturado.

García Pinasco partió, pues, y lo fue guiando, recorriendo la zona probable de descenso; y en un momento dado pudieron divisar el humo coloreado de una bengala de auxilio. Descendió el helicóptero y recogió al piloto, que iba caminando para hallar algo —siquiera un alambrado— que lo condujera hasta un lugar habitado. Volvieron a remontar y al rato otra bengala de color los llevó hasta una pequeña choza en medio del campo en donde estaba refugiado el otro aviador, que por un esguince de tobillo al tocar tierra —los pilotos no practican asiduamente el paracaidismo y no están acostumbrados a caer— se veía impedido de caminar. Ambos miembros de la Fuerza Aérea demostraban un emocionado agradecimiento. Uno de ellos se había eyectado al comprobar que el poco combustible de que disponía no le alcanzaba para llegar a su base y caería al mar si continuaba volando.

El oficial británico prisionero, teniente Jeffrey William Glover, de la *Royal Air Force*, había nacido en Liverpool precisamente un 2 de abril, veinticuatro años antes, en 1958. Ya recuperado de su caída y de los analgésicos puestos para su tratamiento médico, conversaba con los oficiales de la Compañía 601 que fueron a visitarlo. Los temas eran sencillos, porque cuando alguno le preguntaba algo que rozaba el campo militar “era una tumba”: muy bien adiestrado, se negó sistemáticamente a aportar información, bien que fuera tratado con “guante blanco”. Hablaba un inglés claro y pausado, y se entendía perfectamente con la media lengua empleada por los argentinos. Aunque



éstos le reiteraban que iba a ser evacuado para su mejor atención y que no dudase de que lo ampararían las normas de la Convención de Ginebra para trato de prisioneros de guerra, Glover mostraba preocupación. Pero no por él mismo, sino porque sus padres eran personas de edad avanzada, y se afligía al imaginar que la noticia de haber desaparecido en combate les provocara una impresión fatal: pidió que no se diera su nombre para evitar tergiversaciones al respecto. Llamaba la atención del aviador británico los rosarios que pendían del cuello de los soldados —había muchos internados en la enfermería—; y ahora, sujeto pasivo de los bombardeos, cada pasaje de sus camaradas de la R.A.F. o de la *Royal Navy* le provocaba inquietud... “Daba mucha lástima, realmente”, comentaba el capitán Frecha, “hay que tener en cuenta que los ingleses hasta dos meses antes eran aliados y uno hablaba por el tema de los misiles prácticamente a diario con ellos” <sup>57</sup>.

A media tarde fue a buscarlo el doctor Llanos, con las órdenes del mayor Castagneto de que ambos treparan al Bell 212 de rescate y no se movieran de él hasta que los llevara a Puerto Argentino. Marchó el médico con el prisionero, cargando con su equipo y dos bolsas conteniendo el material recogido del Harrier abatido. Retornarían también, por supuesto, los dos aviadores argentinos localizados. Acompañaba a Llanos en esos momentos el teniente primero Sergio Fernández, autor del disparo que derribó al oficial de la *Royal Air Force*, pues recibió aviso de Castagneto de comunicar al piloto del helicóptero que no partiese sin él, que estaba preparando su equipo a unas tres cuadras dentro del galpón donde pasaron la noche.

Fernández trabó conversación con el teniente William Glover, en inglés, con relación a la explosión que éste había dicho que causó su derribo, participándole con íntima satisfacción:

—Bueno, la explosión fui yo con un Blow Pipe.

Nunca imaginó la respuesta del piloto inglés, quien observándolo, respondió lacónicamente:

—*I am glad...* (Me alegro).

Fernández, desconcertado, no pudo saber si se trataba de una cortesía, o del hecho de haber podido sobrevivir al mortífero proyectil. O a la complacencia de Glover por comprobar la excelencia de la tecnología del Reino Unido.

Llegó en ese instante un mayor del Regimiento 5, quien tomó una fotografía al helicóptero. Su piloto preguntó a Llanos si se trataba de Castagneto, y al contestarle negativamente el médico, anunció:



—Yo me voy. Lo lamento, pero me voy.

Fernández procuró que aguardase la llegada de Mario Castagneto, pero el aviador, molesto por la actitud del otro jefe, o preocupado por lo peligroso del retorno con poca luz y en medio de las patrullas de combate enemigas, se mostró irreductible:

—No puedo estar más acá. Me voy.

Y el Bell levantó vuelo, cuando el jefe de Comandos bajaba de una altura, sin esperarlo. Éste se indignó, e hizo sentir los efectos de su cólera a Sergio Fernández, quien sufrió una fuerte reprimenda por haber dejado partir al helicóptero, mientras el último procuraba calmar a su enojado superior diciéndole que Llanos cuidaría bien del prisionero [58](#).

Anocheecía, y el cruce del estrecho ciertamente ya era altamente peligroso. Los ingleses estaban afirmados en San Carlos, bombardeando con aviones y buques a las localidades de Goose Green y Darwin, hacia donde el aparato argentino se dirigía. El Bell 212 volaba como de costumbre a ras del agua, y a cada rato se detenían en vuelo estacionario por noticias radiales y del radar que informaban sobre el movimiento aéreo enemigo. En una de esas detenciones sobre el estrecho se advirtió a unos diez kilómetros la sombra de un barco recostado contra la costa... Todos fijaron sobre él su atención: el misil de una fragata británica haría fácil presa del helicóptero. El aviador prisionero estaba blanco: tomando a Llanos del brazo le preguntó:

—*That ship is it yours or is it ours?* (Ese barco, ¿es de ustedes o es nuestro?)

El médico recordó que podía tratarse de una nave argentina escorada en ese lugar; y a poco desde Goose Green se confirmó que era el *Río Carcarañá*, atacado y semihundido días antes por la aviación enemiga. Se aflojó la tensión, siendo muy visible el alivio del teniente Glover cuando se le tradujo la noticia. Pero continuaba el bombardeo sobre las posiciones argentinas a treinta kilómetros de distancia, y la radio avisaba al Bell la dirección de los vuelos ingleses: las incursiones de los Harriers marcaban el rumbo al helicóptero de rescate. El piloto británico le explicó al capitán Llanos que debido a su brazo fracturado, en caso de derribarse el aparato él no iba a poder abandonarlo, y le pidió poder sujetarse de su mochila para escapar:

—*Very well* —le contestó Llanos—, *if I am still alive*. (Muy bien, si

todavía estoy vivo.)

—*What a black humour do you have!*— replicó Glover. (¡Qué humor negro tenés!)

Cuando entraron en Goose Green humeaban todos los lugares donde habían caído bombas, incluso la turba del campo. Era un completo escenario de guerra, con aviones Pucará destruidos. Todavía se notaban explosiones sobre Darwin. Llanos condujo a Glover —quien caminaba perfectamente— a un puesto de sanidad, y él se dirigió a la radio para comunicarse con el mayor Castagneto en Howard. Llanos aclaró a éste que él ignoraba que el jefe de Comandos también había anunciado su embarque de vuelta, y Castagneto se mostró más conforme, dándole una orden terminante, pues la reiteró:

—Entregue el prisionero en Puerto Argentino al general Parada.

Al retornar el capitán Llanos a la enfermería, tuvo el disgusto de comprobar que le habían sustraído una de las dos bolsas que contenían restos del Harrier abatido. Protestó por la desconsideración, pero nadie sabía nada... Tomó la otra bolsa, y con el piloto inglés se dirigió al alojamiento que le adjudicaron, el cual era una casa que usaban como descanso algunos oficiales que desde el perímetro defensivo iban a la población por razones de servicio. Desde allí habló por teléfono para continuar indagando por el paradero de la bolsa faltante, hasta enterarse que estaba en poder de la Fuerza Aérea para ser analizada. Como si fuera poco, recibió un aviso inquietante:

—No se extrañe que además nos quedemos con el piloto.

Pablo Llanos protestó:

—¡Yo tengo mis órdenes, que son de entregarlo en Puerto Argentino!

—Eso lo vamos a discutir... ¿Es un piloto de Marina o de Aeronáutica?

—De Marina —contestó el comando, aunque el prisionero nada había dejado traslucir acerca de su destino orgánico.

Concluida la alarmante conversación, Llanos previno a Glover de lo que ocurría. Le participó la orden de Castagneto de entregarlo al general Parada, y le indicó que informara que servía en la *Royal Navy*; por último, que aunque fuera caminando ellos dos se escaparían a Puerto Argentino.

—*All right!*

La conversación fue interrumpida por un raid aéreo británico. Llanos arrastró al oficial de la R.A.F. a un pozo, y él se puso a disparar contra los aviones junto con la tropa del Regimiento de Infantería 12 allí apostada. “Te puedo asegurar”, me refería Llanos, “que fue el lugar donde mejor yo he visto

a la gente, sobre todo de mi rango subalterno, en cuanto a espíritu de combate”. Todos en Goose Green salían de las casas, se ubicaban tras la protección que hubiera, y tiraban contra los aviones. La escena se repitió tres veces más, por los pasajes de aparatos enemigos: Glover bajo tierra, solo, y el médico-soldado haciendo fuego. El piloto inglés estaba asombrado:

—¿Para qué cavan esto, si tiran desde afuera? ¡Los van a matar!

En uno de esos diálogos, Glover le dijo:

—Ahora me explico: cuando volaba sobre Howard sentí como si me metiera en una nube de granizo, y perdí el control de mi máquina. Cuando dudaba si saltar o no, oí una explosión en la cola y me decidí.

Pasada la incursión, ambos huéspedes recibieron visitas, unos tenientes que deseaban conocer al prisionero, y ello significó para su custodio el comer el único bife “a caballo” de toda la campaña, puesto que como atención al aviador británico —suponiéndolo famélico— obtuvieron dos trozos de carne y sendos huevos. William Glover probó apenas tres bocados y dejó:

—¡Pero cómo! — preguntaron los tenientes—, ¿no querés más?

—*I am not hungry* (No tengo hambre).

No se trataba de desconfianza, por cierto, sino de la excelente alimentación que había recibido en su propia unidad: ingirió sólo lo que necesitaba. El hambre de los oficiales argentinos barrió con los restos.

Para dormir, el aviador ocupó un sofá y Llanos se acomodó apoyado contra la puerta, con su pistola metida debajo de la bolsa-cama: se habían hecho amigos, pero el enemigo mantenía su calidad de tal... A las nueve de la noche se presentaron dos oficiales de la Fuerza Aérea Argentina, y debieron prender nuevamente la luz. Le preguntaron en inglés a Glover a qué arma pertenecía:

—Yo soy piloto de la Marina— contestó aleccionado éste.

—Bueno, bueno; vamos a esperar órdenes— y se fueron.

A la mañana siguiente llegó a la casa un soldado de Artillería: pertenecía a la guarnición de Darwin y obtuvo permiso porque había participado en el derribo del avión conducido por el teniente Nicholas Taylor, quien murió al tocar tierra, y fue enterrado con los honores de práctica. El soldado quería darse el gusto de ver vivo un piloto como el que había volteado. Llanos le traducía el relato, y Glover preguntó por el nombre de su camarada fallecido. El Comando interrogó al soldado e informó:

—Se llama Nicholas no-sé-cuánto.

El teniente Glover se emocionó y así perdió el control que mantuvo

siempre sobre sus respuestas:

—¡Ah, Nick! Era compañero mío, veníamos navegando juntos.

De aquí se supo que Jeffrey William Glover pertenecía a la dotación del portaaviones *Hermes*, de donde partiera Taylor, según los datos obtenidos. El prisionero pidió permiso para ir a su tumba pero no se lo pudo complacer porque Llanos deseaba proseguir viaje cuanto antes, y moverse hasta Darwin significaba perder mucho tiempo. Otra sorpresa de Glover fue enterarse de que ese soldado, a quien suponía debidamente condecorado por su hazaña y con permiso para volver a su casa, estaba cavando posiciones defensivas en las proximidades.

Pablo Llanos estaba dispuesto a salir hacia Puerto Argentino aunque fuera caminando, por más que desde Goose Green hubiese una distancia lineal de noventa kilómetros, que por supuesto el terreno duplicaba. Glover se mostró dispuesto a seguirlo; el *british*, como lo llamaba el Comando, pese a las protestas de éste:

—*My name is William!* (Mi nombre es William).

Pero a media mañana arribaron tres helicópteros, que siguieron a Howard para buscar las dos secciones de la Compañía 601, por lo que el capitán aguardó su forzoso regreso para juntarse con ellas y retornar juntos. Una fatal noticia sobre aquéllos, comunicada por radio, y la llegada de un providencial Chinook que apareció en el instante que el médico se disponía a marcharse con su cautivo, lo decidieron. Era un aparato fuera de servicio que volvía a repararse a Puerto Argentino porque perdía combustible de una turbina incluso dentro de la nave. El doctor Llanos y el teniente Glover treparon a él junto con cuatro pasajeros más, y con las últimas luces del 23 de mayo enderezaron hacia la capital de las islas.

Al llegar abandonaron la máquina en emergencia y quedaron aguardando, ya de noche, que fueran a buscarlos, porque habían aterrizado lejos adrede para el caso de que estallara al descender. Se veían las lucecitas de la ciudad. Glover interrogó a Llanos:

—¿Y ahora dónde estamos?

—Esto es Puerto Argentino para mí, es Port Stanley para vos.

—*What a shit!* (¡Qué porquería!)

A Pablo Llanos le causó mucha gracia la sentencia del piloto:

—Sí —acordó—, por esto estamos peleando; pero son principios.

—No, esta guerra no tiene sentido —respondió Glover—, es una guerra

política: “Galtiero” y Thatcher. Y yo cumplo órdenes igual que vos.

Comenzaron a llegar oficiales, y uno de ellos requirió al prisionero. El capitán Llanos se negó a entregarlo, aduciendo sus órdenes; hasta que apareció el mayor Bettolli, ayudante del general Parada, y otros del estado mayor de éste, con una ambulancia para trasladar al aviador británico. Cuando William Glover era acompañado allá para conducirlo a Puerto Argentino, se zafó y retornó hasta la rampa del Chinook, donde dijo al médico:

—Seguramente no nos veremos más; dentro de esa bolsa debe estar mi cuchillo: quiero que lo conserves y el día que esto se solucione espero que me mandes el tuyo.

Y al despedirse, abrazó al oficial, conmovido, actitud que éste no esperaba ante el dominio de sí que había demostrado el piloto inglés <sup>59</sup>.

### *Notas*

<sup>57</sup> Me aclaraba Frecha: “Antes de Malvinas yo había mandado varios télex a la fábrica Short Brothers para aclarar algunos detalles, y ellos enviaron una delegación de su personal a Buenos Aires, donde yo la atendí”.

<sup>58</sup> Uno de los motivos del gran fastidio que embargó a Castagneto fue la sospecha de que el prisionero sería “capitalizado” en beneficio de otras fuerzas: su presunción resultó cierta, y dio origen a “actitudes egoístas”, como las califico ante el autor.

Pero por sobre todo, el mayor Castagneto quería volver a mandar a su Compañía en el ataque que calculaba que debería efectuarse sobre la cabeza de playa británica.

<sup>59</sup> El teniente William Glover mucho se asombró cuando al llegar al aeropuerto vio descender un Hércules C-130 de transporte y le dijeron que en él viajaría al continente: creía que era usado sólo para movimientos locales, pues estaba convencido que el bloqueo británico era tan riguroso que impedía los vuelos. Según referencias hechas al doctor Pablo Llanos, al llegar a Comodoro Rivadavia, Glover se dirigió a la cabina del piloto y lo felicitó por su manejo, ya que sin duda más de una vez habrán rozado las olas con ese inmenso aparato. Por declaraciones suyas posteriores, en ningún lugar fue tan bien tratado, hasta con aprecio personal, como en Malvinas.

## CAPÍTULO XIII

### *La cabeza de playa enemiga*

EL DESEMBARCO BRITÁNICO EN SAN CARLOS acentuó su dominio aéreo y facilidad de movimientos, marcando su iniciativa de maniobras. A ello se sumaba lo que el radiograma cursado el 3 de mayo por el almirante Anaya hizo saber a los máximos organismos responsables: “*Enemigo dispone de información satélite sobre posición y movimientos de unidades de superficie, diurno y nocturno*”. El 22 de mayo, por su parte, el Comando Conjunto de Malvinas dirigió por la noche un mensaje secreto al Comando del Atlántico Sur, para ser retransmitido al Estado Mayor Conjunto y al E.M. del Ejército, informando sobre el estado de cosas y su plan de acción:

*Cabe destacar que por las características de sus materiales, el enemigo opera bajo cualquier condición meteorológica sin problemas. Con todo lo expuesto se considera que el poder de combate disponible no permite realizar una operación ofensiva.*

*El bloqueo y posterior retardo debe permitir mantener terrenos llaves al alcance de los apoyos de la posición [Puerto Argentino] sin ser sobrepasados por una maniobra vertical enemiga helitransportada.*

*Las tropas Comandos, por su flexibilidad de empleo de gran valor en situaciones como la actual, a fin de realizar exploraciones, reconocimiento ofensivo, ataques sobre blancos de gran valor, sabotaje, etcétera.*

*A) realizar sobre la cabeza de playa enemiga en San Carlos acciones de ataque selectivo, operaciones especiales y hostigamiento, empleando los efectivos de la Compañía de Comandos 601 y elementos Comandos de los componentes aéreo y naval, a fin de desgastar al enemigo, mantener contacto y realizar reconocimientos ofensivos;*

*B) mantener las reservas para su empleo previsto originalmente,*

*C) en caso necesario, bloquear las avenidas de aproximación desde el oeste al este, en la alturas de Monte Long Island, Monte Kent, Monte*

## *Challenger* <sup>60</sup>.

El Gobierno Militar de Puerto Argentino dudaba si el apoderamiento de San Carlos sería el esfuerzo principal británico, o si se trataba de una mera diversión operativa, y no se maniobraba contra la cabeza de playa no sólo por la superioridad del enemigo y las propias limitaciones, sino para no comprometer la masa de los efectivos desguarneciendo la capital. Indudablemente, tampoco se contaba con medios de transporte adecuados — cantidad, rapidez y seguridad—, y debía evitarse que un ataque propio fuera contenido antes de llegar a destino. Pero era indispensable conocer el potencial y desarrollo de la penetración británica, y otra vez los Comandos fueron empleados en esta misión exploratoria, por falta de mejores elementos para destinar al efecto.

Paralelamente, el Centro de Operaciones Conjuntas instalado en Comodoro Rivadavia —general García, almirante Lombardo y brigadier Crespo— urgía la adopción de medidas para salir de la inercia.

Cuatro días habían transcurrido desde el desembarco enemigo, sin maniobrase contra él con efectivos suficientes para neutralizarlo, cuando el mediodía del 25 de mayo el general Osvaldo García, comandante del Cuerpo de Ejército V, envió un mensaje al gobernador Menéndez anunciándole la intención del CEOPECON de que se ejecutase una infiltración en San Carlos para disminuir la capacidad británica —defensa aérea, elementos logísticos y aeromovilidad—, a la vez que reducir su ocupación de las alturas circundantes. Para su cumplimiento comunicaba la pronta llegada a las islas de la Compañía de Comandos 602, comandos de Gendarmería Nacional, Comandos Anfibios y Buzos Tácticos, junto con material adecuado: “*En síntesis*”, indicaba, “*una operación tipo Comando de cierta magnitud*”.

Al día siguiente García fue más categórico, destacando que si bien se había disuadido al invasor de desembarcar en Puerto Argentino, el plan de defensa “ha quedado sobrepasado por cabeza de playa establecida”. Señalaba que la Armada había aportado “su alta cuota de sangre” y la Fuerza Aérea su decisión “a través del alto costo en vidas y material”, por lo que advertía al gobernador militar de Malvinas:

*El Ejército aparenta mantener una actitud estática en una defensa que,*

*de proseguir indefinidamente, languidecerá en sus posiciones sin tan siquiera llegar a combatir con la masa de sus efectivos.*

*En sus futuras decisiones descansa el honor del Ejército Argentino.*

El general García concluyó su mensaje acicateando para que entrasen en acción las fuerzas terrestres, adoptándose de inmediato una actitud táctico-ofensiva “con efectivos muy importantes”, provenientes no sólo de Puerto Argentino sino incluso de Howard y Fox, y la nueva unidad de Comandos prometida, y hasta la Brigada de Infantería Aerotransportada IV, que sería puesta a disposición del general Menéndez <sup>61</sup>.

Este último rechazó la idea de que el plan de defensa elaborado se limitara a disuadir un desembarco, señaló que Puerto Argentino “era el objetivo estratégico operacional principal”, y adujo reparos para intentar de inmediato una operación sobre San Carlos, que sólo podría ejecutarse con reales posibilidades de éxito contando con superioridad aérea. Basaba el Gobernador sus objeciones en los siguientes puntos:

*Ataque para eliminar o restringir cabeza de playa sólo puede tener resultado exitoso si se empeñan efectivos de gran magnitud, como lo expresara anoche. Dicho ataque sólo es factible previo detallado planeamiento y coordinación, reestructuración profunda (del) dispositivo, reagrupamiento de medios, y marcha a pie de casi cien kilómetros sumamente lenta y difícil, que impedirá iniciar operación sobre cabeza de playa antes de doce a quince días.*

*Dejar Puerto Argentino significa sacrificar ventajas logradas a través (de) elección y preparación terreno, defensa aérea que permite contrarrestar absoluta superioridad enemiga, posibilidades (de) apoyo de fuego y logística, aspectos todos que se pierden al marchar, por falla capacidad propia. Al mismo tiempo vamos al terreno del enemigo, que además tiene muy superior movilidad táctica por empleo masivo e irrestricto (de) helicópteros. Enemigo ha llegado a impedir prácticamente cualquier movimiento aéreo o naval de cierta importancia en la isla y particularmente en o a través del estrecho de San Carlos. No parece conveniente iniciar operación sin lograr superioridad o al menos equilibrio aéreo, al tiempo que aún no está definida la actitud a adoptar por enemigo con fuerzas del Queen Elizabeth. Esto puede significar que seamos tomados durante el*



*movimiento entre tres elementos: San Carlos, operaciones aeromóviles desde ese lugar, y un nuevo desembarco de envergadura, a lo que se sumaría la acción aérea. Esto —con toda seguridad— comprometería totalmente los objetivos de la campaña <sup>62</sup>.*

Quiere decir que no obstante la magnitud de los elementos colocados por la *Royal Navy* sobre San Carlos, se mantenía la línea de defensa rígida en torno a Puerto Argentino, aguardándose todavía a esa altura de los acontecimientos el asalto principal proveniente desde el sur. Empero, la incitación proveniente de tierra firme hizo que el alto mando de Malvinas tuviese bien presente las esperanzas —más bien, directivas— de operar contra la zona ocupada por los invasores. Y emplear en ella a los elementos de Comandos.

Contábase en Puerto Argentino con menos de la mitad de los efectivos de la Compañía 601 —la masa estaba en Howard con Castagneto— y en ausencia de su jefe estaba a cargo de aquéllos el capitán Rubén Teófilo Figueroa, quien podía disponer de la tercera sección a órdenes del teniente primero Daniel González Deibe, a más de algunos miembros de la plana mayor y de los servicios de mantenimiento.

Su superior orgánico el general Parada, comandante de la Brigada III, dispuso que los Comandos marchasen hacia la cabeza de playa británica para conocer la capacidad del enemigo, y determinar también la existencia de un radar sospechado de haberse colocado en el monte Alberdi (Osborne), el más elevado de la cadena Rivadavia y de toda la isla Soledad: seiscientos noventa metros. Era un punto clave, divisorio entre el istmo Darwin-Goose Green con respecto a Puerto Argentino; y de hallarse tal radar —que captaría cualquier movimiento hacia uno y otro lado— debía ser destruido mediante un golpe de mano. Transformar la misión, de exploración en una de combate, fue resistido por Figueroa, debido a que se trata de operaciones con técnicas distintas, toda vez que el equipo que se carga para una y otra es diferente. Se determinó que se adelantaría el capitán Jorge Jándula, oficial de Inteligencia, acompañado de un par de hombres, para preparar el terreno y actuar de observador.

El capitán Figueroa comunicó esto último a Jándula, previniendo que sólo hiciera algún daño al enemigo si el blanco era rentable, pero que se

mantuviera en secreto el descubrimiento del radar sobre las Alturas Rivadavia porque se efectuaría con posterioridad el golpe de mano sobre él. El operativo fue montado en conjunción con elementos de otras fuerzas: a la sección de Comandos del Ejército se agregaron once hombres de Infantería de Marina a órdenes del capitán de corbeta Camiletti, y catorce hombres del Grupo de Operaciones Especiales de Fuerza Aérea a órdenes del primer teniente Ozán. Los oficiales de la Compañía 601 que intervendrían fueron Figueroa, Jándula, Negretti, González Deibe, Brizuela y Elmíger (luego se agregaría el versátil Llanos, como veremos). Esos elementos dividieron sus objetivos: Comandos del Ejército en Establecimiento San Carlos, al centro; Comandos navales sobre Puerto San Carlos, al norte; y los Comandos de Aeronáutica al sur, en monte Osborne (Alberdi). Sería una exploración a cumplir en tres o cuatro días.

Figueroa y Jándula comenzaron a hacer los preparativos y a planificar la misión. Mientras el segundo organizaba su escalón adelantado, aquél fue a ultimar detalles con el comandante de la Brigada III, en compañía del jefe de la 3a sección. En un momento dado, el general Parada mostró el mapa e indicó a González Deibe los lugares que tenía que ocupar en las noches sucesivas. Éste, extrañado, midió la carta con su escalímetro y, teniendo en cuenta su experiencia en aquella zona, manifestó su disconformidad:

—Mi general, esto es imposible de hacer: no se pueden caminar trece kilómetros en una noche, cargados con los equipos que llevamos. Las condiciones del terreno no lo permiten, es muy blando.

—¿Cómo dice eso un oficial de Infantería? ¡La Infantería camina cuatro kilómetros por hora!

González Deibe no replicó: “Total”, pensó, “cuando esté allá voy a hacer lo que se pueda”. Sabía perfectamente que era prácticamente imposible cumplir esa directiva, con los ríos de piedra que dificultaban los desplazamientos ya de por sí arduos. Aquel comentario le dio la impresión al oficial que dentro de las oficinas, con las comodidades disponibles, no se percibía la realidad de las cosas y se las tomaba con más despreocupación. Por su parte, alistó a los hombres para salir el domingo 24 por la mañana.

El 22 había partido el capitán Jándula con tres suboficiales, los cuales fueron dejados a cierta distancia del Monte Simmons, lugar de reunión con el resto de los Comandos al día siguiente. Cargaba tanto material que instaló allí mismo un depósito —¡por fin realizaba su sueño!— con los cajones de

municiones, víveres y equipos de ropa, tapándolo con piedras, ramas y musgo. Concluyeron ya oscuro, y ascendieron al cerro para pasar la noche. Allí quedaron escondidos todo el día siguiente, observando vuelos de Harrier por encima. Durante la noche distinguió Jándula sobre Monte Osborne una gran luz como de reflector muy potente, y supuso que esa altura ya estaba ocupada por el enemigo. Lo mismo ocurrió a la noche siguiente.

Cuando el doctor Pablo Llanos entregó, el 23 de mayo, al prisionero que custodiara desde Howard, pensaba resarcirse de sus fatigas con un baño caliente y descanso de ocho horas al menos. Se hallaba en la primera parte de su plan cuando el general Parada lo mandó llamar a la casa donde habitaba, para enterarse de detalles sobre aquél. Fue invitado a pasar al dormitorio donde el alto jefe se estaba cambiando para asistir a una reunión del Estado Mayor, ante el asombro que por este gesto inusual evidenció el suboficial que lo servía (“¡Los ha de morder todos los días!”), reflexionó entonces Llanos, quien no desconocía la fama de dureza en el trato con subalternos que caracterizaba al general), y donde el comandante de la Brigada lo convidó con una taza de café. Fue una conversación amable pero que no duró más de media hora por los compromisos de Parada, quien, como jefe de los elementos destacados en Gran Malvina, invitó al capitán Llanos a almorzar al día siguiente para continuar tratando el tema.

Mas algo se había percatado este último acerca de la misión que realizarían sus camaradas de la Compañía 601, y cuando esa misma noche planeaban Figueroa y González Deibe su salida del día siguiente, no vaciló Llanos en incorporarse a la partida. El movedizo médico había ido a la guerra para participar activamente en ella, no para quedarse “encerrado en un lugar cuando la acción está afuera” —en sus propias palabras—, y un hecho lo demuestra: de las dos motos que le asignaron, una marcó cuatrocientos kilómetros y la otra doscientos ochenta. Sin contar sus desplazamientos en helicóptero y a pie.

A las cinco y media de la mañana se hallaba en Moody Brook, soportando un frío agudo, a la espera de órdenes para embarcar junto con la tercera sección, cuando a veinte metros de distancia se detuvo un *jeep* del cual descendió alguien que con voz grave ordenó:

—¡A ver, que se me presente el más antiguo!

Casualmente lo era el propio Llanos, pues los demás oficiales estaban dentro del antiguo cuartel de los *Royal Marines*, quien reconoció, inquieto, al comandante de la Brigada de que dependía. Sin escapatoria, serio, fue a su encuentro. Parada lo contempló extrañado:

—¿No es usted el capitán médico?

—Sí, mi general.

—¿Y no tiene usted que estar a mediodía conmigo?

—Sí, pero me voy a Monte Simmons; en todo caso a la vuelta...

Refunfuñando y sin contestarle, el general Parada prefirió entrar en la barraca en procura del capitán Figueroa.

Cuando se despejó la habitual niebla, volaron hasta el lugar de encuentro, muy adelantado de las últimas posiciones del perímetro de los cerros próximos a Puerto Argentino. El monte Simmons (cuatrocientos ochenta y ocho metros) es la altura que queda a mitad de camino entre San Carlos y la capital de Malvinas, en el centro de la parte norte de la isla Soledad: casi a cincuenta kilómetros. Bajaron al pie, en el llano, y de allí treparon a donde los aguardaba el capitán Jándula. Éste notició inmediatamente que el monte Osborne (Alberdi) ya estaba ocupado por los enemigos, presumiblemente desde la primera noche de su desembarco adelantándose a la previsión del general Parada. Se trató de pasar el informe pero la radio que llevaba Figueroa no pudo entrar en comunicación, un fenómeno que se repitió mucho durante la guerra.

Las patrullas de las otras Fuerzas se adelantaron hacia sus objetivos; los Comandos del Ejército dividieron su sección: una mitad mandada por González Deibe, con el teniente Juan Eduardo Elmíger por el sur, y la otra el capitán Figueroa acompañado por el teniente Alejandro Brizuela por el norte. El depósito instalado por Jándula serviría para el caso de que no pudieran ser recuperados o resultaran dispersados por un encuentro, contar con abastecimientos para reponer equipos, alimentarse o atender heridos; aunque la horrible experiencia del teniente primero González Deibe sufrida en Fanning Head —la “altura 234” de la bahía San Carlos— lo impulsaba, si no los recogía el helicóptero para retornar en la fecha convenida, a desprenderse de sus mochilas y caminar sin detenerse para evitar morir congelados, tan sólo portando fusiles y un cargador de municiones.

Jándula tenía un tobillo torcido por una caída entre las rocas y no podía marchar. Quedó asistiéndolo Pablo Llanos, y junto a ellos los dos sargentos ayudantes de más edad, Salazar y Vallejo, y otro más moderno, el sargento ayudante Silverio Arroyo. Ellos darían seguridad al cerro y recibirían las patrullas al regresar.

A las diez y media de la noche salieron éstas, con la última recomendación del capitán Jándula:

—¡A partir de aquí, de Simmons hacia San Carlos ya hay ingleses!

La niebla era intensa e impedía la visión, y los integrantes de cada grupo iban cerca uno del otro para no extraviarse. Mas esto fue lo que sucedió a la fracción conducida por González Deibe, y pese a contar con un buen navegante como lo era el teniente Elmíger: se perdieron pasada la medianoche, por lo que decidieron dormir en el sitio —un bajo— y orientarse a la mañana siguiente. A eso de las nueve del otro día el teniente primero González Deibe trepó a una altura para efectuar un reconocimiento, y a los pocos minutos oyó voces. Convenientemente dispuesto, con su fusil en condiciones, se acercó para distinguir las palabras; y para su sorpresa, se encontró con el capitán Figueroa y la otra mitad que conducía:

—Nos perdimos —explicó éste.

—Nosotros también —aclaró González Deibe—, estamos a seiscientos metros.

Entonces se resolvió no marchar separadamente como en un principio estaba acordado, sino reunir las dos mitades de la sección y proseguir juntos. Era el aniversario de la Revolución de Mayo, y todos se saludaron con el tradicional saludo del Ejército: “En el día de la Patria, buenos días”. Comentaban que sólo faltaba el clásico chocolate para festejar la fecha. De día quedaron en el lugar, habiendo escuchado temprano una radio de Uruguay con noticias sobre los intentos de mediación internacional, y más tarde, por la misma onda, se enteraron de los ataques de la Aviación argentina sobre la Flota británica; en el horario determinado, informaron sus novedades. A la noche volvieron a desplazarse hacia San Carlos oyendo constantemente el sobrevuelo de helicópteros enemigos, que no podían distinguir pese a los visores nocturnos de que estaban provistos. El movimiento aéreo era rumbo a Darwin por el oeste, y al norte en dirección a Teal Inlet o Monte Estancia.

Entre las tres y cuatro de la noche llegaron a su destino en Big Mountain

cerca del río San Carlos; y tal como calculara González Deibe, no habían cubierto más de seis kilómetros por noche. Allí pasaron nuevamente información. Se encontraban casi sin alimentos, porque habían dejado en el depósito construido la mayor parte de la carga para marchar livianos, y sólo contaban con sobres de té y caldo, y latas de carnes compartidas entre las parejas. Una vez más, el *Mantecol* fue un valioso sustento. La falta de racionamiento se hacía sentir. En tal situación, durante una de las emisiones radiales, el general Parada indicó al capitán Figueroa:

—A ver si pueden ejecutar alguna operación...

—Mi general, es imposible —explicó el oficial—, estamos desgastados y sin víveres; recuerde que la patrulla está configurada para exploración y todavía faltan algunos kilómetros para San Carlos.

Ciertamente, por la naturaleza de su misión no habían transportado explosivos ni armamento adecuado, y debían mantener oculta su presencia para continuar, pasando informes.

En esas circunstancias tan difíciles para la docena de Comandos, recibieron un mensaje como maná en el Sinaí: serían relevados allí mismo por la segunda sección, que había retornado de Howard, en vez de volver al monte Simmons para esperar que los evacuaran.

Cuando salieron aquellas dos fracciones, quedaron sobre el Monte Simmons los dos capitanes Jándula y Llanos, y los tres suboficiales. Como siempre, en la cumbre del cerro llovió, aunque al día siguiente brillaba el sol. A cada hora pasaba un Harrier fotografiando la superficie, y uno de éstos hasta voló por debajo de la cumbre del cerro. Los cinco militares no se movían de sus refugios por precaución, ya que con luz no tenían dónde esconderse de los aviones, y se limitaron a tomar nota de su rumbo y horario de vuelo. Con su radio Thompson en cierto momento captaron una noticia, un comentario proveniente de Puerto Argentino, y referido al ataque al portaaviones británico *Invincible*, luego del cual los cazabombarderos ingleses ya espaciaron sus recorridos en tres o cuatro horas, haciéndolo muy alto, lo que llamó su atención.

No tenía sentido quedarse aguardando de noche el repliegue de sus camaradas soportando el frío en el Monte, cuando tan pocos hombres podían vigilarlo por completo dado su gran tamaño. A ocho kilómetros de distancia

se ofrecía, tentadora, una pequeña casa para refugiarse en ella, tras el arroyo Malo. Ambos capitanes cambiaron ideas y resolvieron adoptar el siguiente procedimiento: Llanos iría con dos suboficiales a instalarse en ella, mientras Jándula, aún dolorido su tobillo pese al vendaje aplicado por el médico, aguardaría junto con el sargento ayudante Arroyo hasta que fuera bien de noche para acercarse, toda vez que su andar era aún dificultoso para el caso de una emergencia. Por cierto, con oscuridad no se podía explorar nada desde el Simmons; de día, en cambio, volverían al cerro a continuar su vigilancia. Esa casita había sido la visitada diez días atrás por el teniente primero González Deibe, de regreso de San Carlos —véase nota 39—, quien previno al capitán Jándula:

—Cuidado con esa casa, que es la única que hay en el valle en kilómetros a la redonda, el único lugar característico de la zona, como para un punto de registro de artillería.

Empero, decidieron correr el albur, con las precauciones del caso. A la tarde bajó Llanos con los dos suboficiales de mayor edad (entre cuarenta y tres y cuarenta y cinco años) y al llegar penetraron en la cabaña muy atentos por si los enemigos acechaban dentro de ella. Mas estaba vacía. Se componía de un piso alto y de una planta baja consistente en porch, *living-room* y cocina-comedor: bien sencilla y abandonada, con mucha tierra en su interior. El médico quedó dentro acomodándola, y ambos sargentos ayudantes salieron a traer un cordero con el fusil Manlincher de mira telescópica que aquél prestó, con una advertencia:

—¿Usted tiró con mira? —preguntó al dar el arma al cazador.

—Sí, no se haga problema— contestó el interpelado.

Pablo Llanos buscó leña seca para que no hiciera humo, y estableció una rudimentaria pero eficaz alarma desde la casa hasta un cobertizo situado a cincuenta metros trepando una lomada, mediante un alambre con un tarro colgado: sería un puesto avanzado de observación sobre el arroyo.

Media hora más tarde volvieron los dos exploradores con el cordero cobrado... y un ojo negro el que le había disparado apoyándolo sobre la mira telescópica para tirar. Sin otra consecuencia, ambos comenzaron a desollar la presa y a preparar una mitad para asarla, turnándose en la vigilancia. El capitán Jándula y Arroyo se acercaron ya oscuro, con muchas dificultades para orientarse en la niebla, pero con auxilio de las radios portátiles que usaron los dos capitanes pudieron llegar, embarrados y mojados por el cruce

del arroyo. Comieron todos en caliente, recuperándose más que si hubieran seguido alimentándose sólo en frío, de sus latas.

A las nueve de la noche, cuando casi todos, menos el centinela apostado afuera, se disponían a dormir al reparo, se oyó dentro de la casa la “alarma roja”: tres golpes en la lata de comunicación, señal de que se aproximaba un aparato.

Era un helicóptero enemigo, identificado como Sea King dado su sonido característico —los argentinos no volaban de noche, como se sabe—, e intranquilos, todos salieron con sus armas listas. Había quedado en vuelo estacionario al otro lado del curso de agua —lo cual amortiguaba el ruido de sus turbinas—, a unos dos kilómetros y medio, como para que desembarcaran soldados en dirección a Monte Simmons, posiblemente para ocupar su altura. Jándula estaba inquieto: si los ingleses andaban por las cercanías, irían a revisar la casa tal como ellos lo habían hecho: debían abandonarla.

Los decidió el detectar a otro helicóptero mucho más cerca. Mientras dos hombres con la ametralladora MAG quedaban montando guardia en la elevación sobre el Malo, el resto apagó el fuego, recogió sus equipos y preparó sus armas. Era imposible retornar a Monte Simmons, que consideraban ahora en manos británicas; y quedarse en la zona sería suicida, pues cada helicóptero transportaba más de veinte hombres cada uno, que los rodearían fácilmente. Aunque ello significara no poder recibir al capitán Figueroa si volviera al cerro, resolvieron dirigirse rumbo a Monte Church, debiendo atravesar una extensa llanura hacia el sur —en términos malvinenses: eran diez kilómetros—, tras el cual se hallaba Fitz Roy.

Salieron de la casita pero a los quinientos metros tomaron posición cuerpo a tierra: era preciso avisar a las patrullas de Figueroa y González Deibe cuya vuelta esperaban, que el cerro estaba ocupado por el enemigo. Con todo el riesgo que implicaba el no poder alejarse más, dado el alcance de las radios, trataron de enlazarlos para que no cayeran en una emboscada, encendiendo y apagando. Sucedió lo que tenía que pasar: se oyó ruido de varios helicópteros próximos, seguramente orientados por las llamadas. Uno de ellos, invisible por la cerrada neblina, pasó a cincuenta metros por encima de los Comandos sin que éstos pudieran verlo.

No restaba más opción que salir cuanto antes de ese punto, dirigiéndose hacia Fitz Roy. Eran cincuenta kilómetros siempre rumbo al sur. Faltaban dos horas para aclarar y un factor adverso más se añadía: serían “cazados como



conejos”.

Comenzaron a desplazarse en zigzag, a fin de desorientar a los helicópteros, caminando treinta minutos y luego intentando comunicarse por radio con Figueroa, cuyo regreso al Simmons en manos enemigas los angustiaba (sin poder saber que éste había proseguido hacia San Carlos y no retornaría). Rumbo trescientos sesenta grados durante trescientos metros, rumbo cuarenta grados en doscientos metros, rumbo ciento ochenta grados en setecientos metros... Los aparatos británicos volaban continuamente cerca de la diminuta patrulla argentina, a baja altura; uno en especial hacía pasajes próximos corrigiendo el rumbo. Jándula llevaba una brújula para orientarse en su línea quebrada, aunque siempre alejándose del terreno peligroso. Por suerte para la tropa de Comandos, llovía en forma constante, suavemente, lo que aumentaba la falta de visibilidad de los visores nocturnos ingleses.

Y comenzó un siniestro juego de escondite, en que el premio era la vida. El capitán Jándula indicaba la dirección de los movimientos, pero con la seguridad de haber sido detectados: aquella máquina más tenaz los vigilaba de cerca, deteniéndose cada tanto tiempo para buscarlos mediante instrumental o radar. En esas oportunidades, los argentinos se movían; cuando el helicóptero volvía a encender sus motores ellos se quedaban “quietos como piedras”. La nieve que se mezclaba con el agua contribuía a aumentar el frío. “Ellos me tenían loco a mí, le puedo asegurar”, refería Jorge Jándula, “pero yo también puedo afirmar que los volví locos a ellos”. Hasta que al abandonar paulatinamente las cercanías del Monte Simmons, los británicos dejaron de interesarse en el diminuto grupo. El doctor Llanos razonó que siendo tan grande el movimiento de aparatos, y ellos un blanco poco rentable, los enemigos cubrían la zona para abastecer otros puntos, y tan sólo al detectar algo se desviaban de su ruta para investigar —toda vez que podía tratarse de un grupo de observación o un equipo portador de misiles antiaéreos— pero sin profundizar su examen. Los primeros helicópteros fueron los únicos que trataron de anular al grupo de Comandos, pues finalmente eran rastreado de paso.

Toda esa noche caminaron, hasta el cordón montañoso del suroeste que les daría protección. Muy próximos al cerro Church fueron sobrevolados sucesivamente por dos helicópteros que no los divisaron o les restaron importancia.

Cuando faltaba poco para amanecer sintieron venir en su dirección a un

tercer aparato, y Llanos propuso abatirlo:

—Este helicóptero se nos viene encima. Está aclarando: lo vamos a ver y lo podremos tumbar.

Los dos suboficiales más antiguos comenzaron a resistirse:

—No, mi capitán, ¡que nos van a agarrar si le erramos!

Jándula estaba en la duda, puesto que como era un corredor aéreo, al derribarlo serían atacados por los que vendrían detrás, pues ya comenzaba la luz diurna, y los sargentos ayudantes, agotados, no podían correr y serían muertos. En cambio Llanos estaba completamente decidido “harto de buscar datos y secuestrar radios”, como dijo; así que se mostró dispuesto a afrontar el riesgo de que los detectaran con tal de voltear el aparato. Para eso debían dispararle todos con fuego reunido, para asegurar el blanco, porque si el helicóptero no era destruido al primer intento, la fracción argentina sería fácilmente rodeada y aniquilada por los veinte o más hombres que tenía capacidad de transportar. El ardoroso médico indicó a aquéllos:

—Carguen la MAG, y yo le tiro con una granada de fusil: ¡ese helicóptero tiene que caer!

Se aproximaba cada vez más. Los suboficiales volvieron a negarse. El sargento ayudante Arroyo se acercó a Pablo Llanos y le dijo:

—Mi capitán, yo estoy con usted, a ése hay que tirarle; pero ellos no quieren y no lo van a hacer, aunque usted les dé la orden, y les dispare a ellos: no van a tirar...

—¡Vayan al cerro y le tiro yo solo! —replicó Llanos.

El capitán Jándula, en vista de esa situación, resolvió no atacar al aparato enemigo. Pasó la máquina, muy cerca, y desde su precario refugio en una ondulación del suelo, los Comandos pudieron incluso ver su cabina iluminada y las luces que se reflejaban en el casco del piloto. Pasada la oportunidad, Llanos arrojó furioso su fusil:

—¡A partir de este momento vuelvo a ser solamente médico! [63](#)

Poco después amaneció, pero estaban con la relativa protección de la elevación rocosa. Empezaron a trepar: era algo penoso, exhaustos y congelados, sorteando enormes piedras y un arroyo que descendía. En un primer tercio de ascenso se detuvieron para descansar, a la vez que calentar un poco de comida y para beber agua de aquél. El día era espléndido, en contraste con la noche anterior. Era urgente informar sobre el intenso movimiento de helicópteros ingleses, que como un tren de cuarenta o

cincuenta aparatos se movía de ida y vuelta, en línea, con doscientos metros de separación, ya sobrepasando la línea media de la isla marcada por Monte Simmons. Desde la cima, en dirección a Puerto Argentino, se divisaba ese cerro a la izquierda, y abajo a la derecha podía divisarse una casita con una línea de teléfono perceptible con los anteojos de campaña. Más allá estaba el puente de madera del camino a Fitz Roy, custodiado por una sección de Ingenieros.

Pablo Llanos se había recobrado de su frustración bélica y consiguiente enojo, y siendo quien estaba en mejores condiciones físicas, además de conocer la zona de Fitz Roy por haberla recorrido anteriormente, se ofreció para bajar. El resto estaba destrozado, no podía dar un paso más. Con Jorge Jándula se pusieron de acuerdo en mantener contacto radial a intervalos, y a la mañana siguiente —ya restaban dos horas para la puesta del sol, que se ocultaba temprano— se reunirían en la mitad de la pendiente del Church, cada uno partiendo desde su posición. Esa noche los que quedaron en la cima pudieron ver los fogonazos y oír las explosiones sobre Darwin-Goose Green, que estaban siendo sometidas a intenso desgaste antes de su asalto, mientras la línea de helicópteros continuaba preparando otros elementos británicos, más cerca de Puerto Argentino.

El capitán Llanos y el sargento ayudante Arroyo comenzaron su descenso, con dolores cada vez más intensos del segundo en su cintura, producto de un lumbago. Cuando llegaron a la casita comprobaron que estaba destruida, sin puertas ni ventanas, y con el teléfono inutilizado. Quedaron allí esa noche bajo techo, resguardados de la lluvia y tendiendo su ropa a secar. Aunque montaron guardia por turnos en un principio, pronto el cansancio acumulado pudo más, y los dos se durmieron. Los despertó el sol; Arroyo sentía más agudamente su dolor, y cuando partieron en busca de Jándula, Llanos cargó con las dos mochilas, aunque este peso lo agotó rápidamente. No se encontraron con la fracción de aquél y resolvieron encaminarse por su cuenta al puente del camino Fitz Roy-Puerto Argentino, entre ocho y diez kilómetros de distancia de donde estaban.

En el llano, el médico descubrió una inesperada posibilidad:

—Mire —dijo a Arroyo—, ahí está nuestra solución.

Era una yegua con un potrillo grande, que trataron de atrapar. Más de dos

horas les costó arrinconarlos contra una tranquera, donde con las eslingas de sujetarse en montaña hicieron un bozal. Montaron los dos, uno conduciendo y el otro en ancas del mismo caballo; pero el juego de cintura del animal aumentó los dolores del suboficial y éste no pudo continuar. El capitán le sugirió:

—Si puede caminar, yo voy a ir a caballo cargado con las mochilas y el armamento.

Así fue resuelto y prosiguieron. Comenzó a llover. Pasado mediodía avistaron el anhelado puente, pero como por el viento era imposible anunciar su presencia, Llanos comentó receloso a Arroyo:

—¿No nos confundirán éstos con el enemigo?

Una granada de fusil que cayó a cincuenta metros disipó la duda. La yegua comenzó a galopar corcoveando, a toda velocidad, y Pablo Llanos finalmente fue despedido con todos los equipos que llevaba atados a su cuerpo. La caída fue fuerte, dolorosa, y para peor sobre el músculo de una pierna, que le impidió moverse. Mas de las posiciones argentinas salieron a buscarlos y como compensación por el recibimiento, los atendieron lo mejor posible. Contra lo que Llanos creía, desde Puerto Argentino anunciaron que un helicóptero los buscaría —los ingenieros que custodiaban el puente a Fitz Roy mantenían un enlace permanente—, y así resultó: pasadas las cuatro de la tarde un Bell UH conducido por el teniente Anaya los recogió y condujo a mínima altura, “cortando el pasto”, pues la ciudad se encontraba bajo ataque aéreo. Luego de sortear raspando con los patines un río de piedra, el hábil piloto cobró altura y descendió en violenta picada en cuanto divisó la cancha de fútbol de la localidad. “Fue la despedida del circo”, recuerda Llanos, “un helicóptero me da mucha seguridad, pero esa vez no veía la hora de bajarme”.

El capitán Jándula y sus hombres habían vuelto el día anterior. Al desencontrarse con Llanos en la ladera del cerro Church, marcharon hacia el mismo puente, cuando los sobrevoló un enorme Chinook argentino, el último helicóptero que volvía desde Goose Green. Con una camiseta blanca le hicieron señas, y fueron vistos, pero el aparato prosiguió su ruta... acompañado por las imprecaciones de los Comandos que se sabían reconocidos como propia tropa por el piloto. Pero a los quinientos metros éste se arrepintió y dio una gran vuelta, luego dos círculos encima para terminar

de asegurarse, y por fin tocó tierra, sin parar los motores. Jándula le indicó la casita junto al puente donde creía hallar al capitán médico, pero el aviador indicó que estaba apurado y prosiguieron hacia Puerto Argentino.

En cuanto a las demás fracciones: el Grupo de Operaciones Especiales de Aeronáutica equivocó el rumbo de marcha y no llegó a su objetivo en Monte Alberdi; la patrulla de Marina en cambio se acercó a Puerto San Carlos, pero cayó prisionero su jefe el capitán Camiletti con un par de hombres, y el resto pudo replegarse.

De los Comandos de Ejército se dará cuenta en el siguiente capítulo.

### *Notas*

[60](#) EJÉRCITO ARGENTINO, *Conflicto Malvinas*, t. II, anexo 28, foja 5.

[61](#) EJÉRCITO ARGENTINO, *Conflicto Malvinas*, t. II, anexo 31.

[62](#) Ídem, *ibíd.*, anexo 32.

[63](#) Cuando poco después el capitán Jándula se encontró en Puerto Argentino con el mayor Aldo Rico, y le planteó lleno de remordimiento su decisión de refrenar a Llanos, el jefe de la compañía 602 calmó sus dudas: ““Hiciste bien, pajarón, no te amargués más”. Pero Jándula todavía hoy piensa que procedió mal... “Hay que estar ahí” —reflexiona en torno a la cuestión—, “aquellos dos suboficiales seguro que caían”, dice.

## CAPÍTULO XIV

### *Movimientos peligrosos*

DOS SECCIONES DE LA COMPAÑÍA 601 y el jefe de ésta permanecían en la Gran Malvina, imposibilitados de retornar a la isla Soledad si no se enviara aparatos ex profeso. El estrecho de San Carlos se había tornado en zona de alto peligro, pues constantemente era recorrido por parejas de aviones británicos, en toda su extensión, y frente a Howard se encuentra su parte más ancha: no se arribaría a la costa vecina en menos de siete u ocho minutos, y desde allí el trayecto hasta Darwin era sobre una pampa sin relieve alguno en algo más de diez minutos. La falta de instrumental de los helicópteros argentinos para volar de noche descartaba esta posibilidad.

No obstante el riesgo, el ayudante del comandante de la Brigada III —de la cual dependía la Compañía de Comandos—, mayor José Luis Bettolli, avisó al mayor Castagneto que cuatro helicópteros partían para evacuarlos a órdenes del mayor Yanzi. El 23 fue domingo y tuvo lugar una misa de campaña, celebrada por el sobresaliente capellán del Regimiento 5, padre Nicolás Solonyzny, al aire libre, aprovechando el buen tiempo, con el sol ya alto: diez de la mañana. Repentinamente fueron sobrevolados por Harriers a muy baja altura, que no atacaron ni fueron dañados por el esporádico fuego que algunos les hicieron con sus armas portátiles. Se perdieron rumbo al sur, hacia la bahía Fox. La anotación diaria que el teniente Anadón llevaba en su libreta registró pasado mediodía lo siguiente: *“Desgraciadamente se perdió contacto con los helicópteros que habían mandado a buscarnos. Salieron hace como tres horas y el viaje no es de más de treinta minutos. Espero que estén en tierra esperando que pase el peligro, aunque desgraciadamente presiento lo peor. Actualmente no sé cuándo volveremos a Puerto Argentino”*.

La sombría sospecha del abanderado de los Comandos resultó fatalmente correcta: aquellos aparatos británicos habían interceptado en vuelo a los helicópteros argentinos y los habían abatido. Atrapados por los cazas

bordeando la línea de la costa, a veinte kilómetros de distancia, fueron fácil blanco para los ágiles aviones, y quedaron destruidos dos Puma y un Agusta —uno incendiado en vuelo y dos posados al comenzar el ataque—, aunque sus pilotos lograron tomar tierra antes de quedar completamente inutilizados. Otro Puma que viajaba adelantado, conducido por el teniente primero Hugo Pérez Cometto, pudo eludir la persecución y, pese a que merodeaban la zona los Harriers, retrocedió para rescatar a las demás tripulaciones, todas intactas.

A las seis de la tarde, ya oscureciendo, arribó el helicóptero salvado a Howard y difundió la mala noticia.

Inmediatamente se lo guareció al lado de un galpón, cubierto con una “red de enmascaramiento” —unas lonas convenientemente adaptadas— para preservarlo. Según informaron los recién llegados, para hacer sitio a las tripulaciones de los aparatos destrozados, se bajaron del que restaba equipos sanitarios, misiles para Blow Pipe, un mortero y cajas de munición que escondieron.

El lunes los Comandos se concentraron en la primera casita entrando desde la bahía que se ve en Puerto Howard, usada como depósito del Regimiento 5 —la “casa uno”—, para quedar más cómodos porque preveían que iban a permanecer ahí por mucho tiempo, debido al mal uso de los helicópteros: de no haber vuelto a Puerto Argentino al depositarlos en Gran Malvina, no habrían efectuado el peligroso trayecto nuevamente con el resultado trágico que se dio. Su estado de ánimo era depresivo, pues quedaban condenados a estar inmovilizados en esa isla mientras el enemigo consolidaba su posición en Soledad.

Para los Comandos, se vivía el momento crítico de la guerra: las naves británicas habían perdido su capacidad de maniobra estratégica al tener que apoyar logística y defensivamente a las fuerzas desembarcadas. Era la oportunidad de asestar un fuerte golpe. Pero desde Puerto Argentino no se lanzaba la contraofensiva y, mientras, los invasores instalaban radares y puestos de vigía. Además, tres patrullas aéreas de combate inglesas mantenían un constante control del estrecho de San Carlos, volando sobre él cada diez minutos, dominándolo durante todas las horas de luz, dando cobertura y observación <sup>64</sup>.

Ese día 24 se destacó al teniente primero Quintana con un suboficial para recoger el material abandonado en la costa por el helicóptero ileso. Por desgracia el jefe al mando de los helicópteros determinó que ninguno de

éstos los acompañara para guiarlos, pese a la dispersión de los aparatos destruidos en el terreno, que dificultaría ubicar el lugar donde quedaron los efectos. Quintana partió en tractor remolcando un carrito, a la mañana. Pasado mediodía había cubierto el trayecto de los catorce kilómetros hasta llegar al borde del estrecho, y pudo ver lo que restaba de las máquinas atacadas. De no saber que eran helicópteros, los habría desconocido: estaban reventados por las explosiones, incendiados, y apenas se distinguían los rotores con fragmentos de palas, y un extremo de cola con la raya amarilla distintiva de los aparatos argentinos con su hélice de dirección. Naturalmente, fueron avistados por la patrulla aérea inglesa, y uno de los aviones dio una vuelta, pero confundidos con *kelpers* a causa del tractor, nada les ocurrió. El magro resultado de la pesquisa fueron medicamentos y tres o cuatro proyectiles. El mortero estaba oculto en un lugar distinto...

Quintana debió retornar a la noche siguiente, y tampoco encontró el arma, regresando al poblado milagrosamente sin guía y cruzando el campo minado, ignorando sus pasos, a través de una brecha que casualmente eligió, con las luces del tractor apagadas para no indicar las posiciones defensivas y para no ser recibido a tiros, marcando el camino al suboficial con una linterna. Su misión de recuperación del material no pudo cumplirse porque las tripulaciones de Aviación de Ejército no lo acompañaron al lugar exacto donde lo dejaron.

En Howard se vivió en permanente “alerta roja”, dando seguridad porque los Harriers volaban en el límite del alcance de las armas, pero listos para atacar en cualquier momento.

La fecha patria del 25 de mayo se celebró con una formación de las dos secciones en la “casa uno”, frente a la cual el mayor Castagneto pronunció unas palabras alusivas, ligando los recuerdos de otros tiempos con la exigencia de los actuales, luego de lo cual se disparó una salva de fusilería. A las nueve, poco después, los Comandos se alinearon junto a los efectivos del Regimiento de Infantería 5 para izar la bandera.

El aniversario de la Revolución de Mayo siguió homenajeado con un almuerzo abundante y sabroso, cuyo plato fuerte era una avutarda (ganso salvaje) cocinada por un suboficial, acompañada de una tortilla de cebollas y papas recubierta con puré y adornada con una diminuta enseña nacional. Ya



se dijo que la moral de los Comandos en Howard había disminuido debido al aislamiento que los privaba de entrar en acción en esos cruciales días, pero sin duda el festejo y la buena alimentación contribuían a levantar su ánimo. La tropa recibió desayuno, el cual estaba suspendido desde pocos días antes por la falta de leche y yerba.

Radios comerciales los pusieron al tanto del desarrollo de los acontecimientos y aclararon la situación militar. Otra comunicación pudo captarse: el capitán Rubén Figueroa, segundo jefe de la Compañía 601, daba cuenta a Puerto Argentino desde un puesto avanzado que se hallaba en proximidades del río San Carlos y que había tomado contacto con los efectivos de Infantería a órdenes del teniente primero Carlos Daniel Esteban replegados desde allí. Esta interceptación accidental significó una profunda satisfacción: los Comandos seguían en operaciones.

Muy de madrugada el siguiente miércoles —las cinco menos veinte— se recibió por radio la orden desde Puerto Argentino de intentar el cruce del estrecho... Aunque esa noche una fragata inglesa había cañoneado al Regimiento 8 situado en bahía Fox, cincuenta kilómetros al sur, y se ignoraba su ubicación, el mayor Mario Castagneto decidió retornar inmediatamente a la isla Soledad. El piloto del helicóptero quiso obtener información desde la capital, porque si en tierra había posibilidades de salvación, sobre el agua el navío británico podía voltearlo fácilmente con un misil Sea Dart de treinta y dos kilómetros de alcance. Preguntó si la fragata había marchado con rumbo norte o sur:

—No sabemos —fue la respuesta—, pero partan lo mismo.

Consciente del elevado riesgo que se corría, Castagneto no obstante estaba decidido a seguir adelante pues no se presentaría una segunda oportunidad de retornar, y ello debía realizarse en la oscuridad para escapar a la pesquisa de los aviones británicos: era la única posibilidad de hacerlo con un margen de éxito. Pese a la resistencia del mayor Yanzi para transportarlos de vuelta a Puerto Argentino, Castagneto impuso su determinación.

Como el helicóptero Puma dispone de capacidad para unos veinte hombres, y viajarían todas las tripulaciones de los aparatos derribados, más el capitán Donadille de Fuerza Aérea,<sup>65</sup> y los Comandos, el mayor Castagneto resolvió dejar en Howard al teniente primero Sergio Fernández a cargo de un remanente, integrado por parte de la primera sección al mando del teniente primero José M. Duarte y una unidad de tiro para apoyar la defensa antiaérea

del Regimiento 5: un total de veinte.

—En cuanto lleguemos les vamos a mandar otro helicóptero para recuperarlos a ustedes —prometió Castagneto, pero Fernández quedó apesadumbrado porque comprendió que ello resultaría muy difícil a esa altura de los acontecimientos, y tuvo conciencia que permanecería allí postergado.

Se alistaron para marchar el capitán Frecha, el teniente Anadón y los suboficiales, más personal de Comunicaciones que precisaba volver a Puerto Argentino y el capitán aviador Donadille. Esta cantidad excedía largamente las plazas disponibles en la máquina, sumada a la de los aviadores; y el jefe de Comandos montó en cólera cuando comprobó que además se quería cargar dos bobinas con cables en el helicóptero: las tiró abajo.

El miedo de los pasajeros era total: “Le digo honestamente”, me confesaba uno de ellos, “que jamás en todo Malvinas sentí tanto terror como esa noche”.

Frecha se aproximó a Castagneto:

—Mi mayor, lamento no haber sido mejor cristiano en esta vida.

—¿Por qué?— inquirió aquél.

—Porque no me acuerdo ninguna oración más: ya se me acabaron todas.

—No se haga problemas —respondió Castagneto—, a mí también...

El jefe de la Compañía se mostraba, no obstante el peligro, con su acostumbrado control de sí mismo, tranquilo. Sergio Fernández, a sabiendas de la arriesgada maniobra que iba a emprenderse, le deseó suerte; tanto más necesaria, cuanto que el aparato argentino —como se sabe— carecía de instrumental para vuelo nocturno.

Los atribulados soldados se acomodaron en la máquina, pegados unos contra otros por falta de espacio. “Era como un colectivo 60 a las ocho de la noche”, comparaba gráficamente un oficial porteño. Meramente por razones psicológicas, todos se desprendieron la ropa y desataron sus borceguíes, para el caso de tener que abandonar el helicóptero si eran derribados, aunque las probabilidades de sobrevivir en tal caso eran nulas y aun en el caso de no ser muertos entonces, estaban tan apretados adentro, que les sería imposible salir antes que se hundiera. El intenso frío del agua se encargaría de los pocos que milagrosamente lograran escapar.

Decolaron a oscuras, alrededor de las cinco de la mañana. El mayor Castagneto probó una iniciativa: facilitó a los pilotos su visor nocturno. Debí usarlo el copiloto, inclinado hacia adelante para evitar la luz del panel de instrumentos, anormalmente potente por su efecto, mientras guiaba el

vuelo. Otra experiencia fue que el desgaste del parabrisas de plástico, en tales condiciones, quebraba la visión con su esmerilado. Todos en silencio, casi sin respirar, vigilaban los alrededores. Mas a mínima altura sobre las aguas, pudieron atravesar el estrecho en esa operación casi suicida, tras una agonía de casi diez minutos. “Fue mi peor experiencia —me refirió un veterano—, prefiero cualquier cosa menos eso”.

Tomaron altura al llegar a la costa para evitar chocar con los cerros, y tras otros tantos minutos rodearon Darwin, desde donde con un sistema electrónico de llamada desde Puerto Argentino —elemento auxiliar de navegación que emite una señal— fueron guiados hasta la capital en vuelo a ciegas, a donde arribaron alrededor de las seis de la madrugada.

Ese primer vuelo nocturno fue el último que pudo realizarse sobre el estrecho de San Carlos: el curso de la guerra cortó definitivamente el transporte aéreo hacia la otra isla.

El 25 de mayo —como de ambas partes se esperaba, en atención a la fecha patria— la Aviación Argentina atacó nuevamente a la Flota Británica, hundiendo el destructor *Coventry* y el enorme buque *Atlantic Conveyor*, cargado de Harriers, Chinooks y material de apoyo para la fuerza de desembarco. El día anterior se había ido a pique la fragata *Antelope*, y quedaban con daños menores los transportes de tropa *Sir Galahad* y *Sir Lancelot*, este último ligeramente tocado. Por fallas técnicas, no todas las bombas arrojadas habían explotado, pues el resultado hubo de ser mucho mayor en tal caso. “Indudablemente se trata de pilotos valientes”, reconoció públicamente el ministro de Defensa inglés John Nott, aludiendo a las pérdidas sufridas también por los atacantes <sup>66</sup>.

No bien llegó el mayor Castagneto a Puerto Argentino, enterado de la operación que desarrollaban los Comandos sobre San Carlos, dispuso relevar la tercera sección. Elementos de la segunda serían conducidos por el teniente primero García Pinasco, desde que su jefe el de igual grado, Sergio Fernández, había quedado en Howard; lo acompañaría al capitán José Ramón Negretti, de la plana mayor de la Compañía, para reemplazar al capitán Figueroa. La aproximación se efectuó temprano el 27 de mayo, en dos máquinas Bell UH-1H, y cerca del río San Carlos hallaron a sus camaradas cuando éstos se encontraban casi sin víveres.

El rápido avance del enemigo hizo que Negretti y la segunda sección quedaran prácticamente infiltrados en terreno dominado por las fuerzas

británicas.

Desde el primer momento los nuevos Comandos encargados de la exploración tuvieron contacto visual con los ingleses, como que estaban cuarenta kilómetros detrás de sus posiciones avanzadas. Ya que cayó una gran cerrazón y la niebla no permitía divisar objeto alguno situado a más de cinco metros, el ahora jefe de la sección, García Pinasco, decidió dirigirse para ganar tiempo hacia otra altura (Jack Mount) desde la cual se podía vigilar a simple vista el Establecimiento San Carlos. Orgánicamente estaba al frente del grupo, pues el oficial perteneciente a la plana mayor de la Compañía era un acompañante que no interfería en sus decisiones, pese a su rango superior. Naturalmente, era consultado: el capitán Negretti se mostró conforme, pues se ganaría terreno y tiempo, en vez de esperar a la noche. Entre donde estaba y la nueva posición elegida para observar quedaba un pequeño valle por donde discurría el ancho río San Carlos. Caminando la patrulla por aquél, en un momento dado se despejó totalmente la neblina “y quedamos como Adán y Eva en el medio del valle”, según la pintoresca expresión del teniente primero García Pinasco. Afortunadamente había una zona rocosa cerca y allí decidieron permanecer hasta que oscureciera, pues ya no estaban lejos del lugar que debían ocupar. No habían demorado mucho en acomodarse en tal afloramiento rocoso, cuando oyeron el motor de un helicóptero inglés. Dudando si habían sido descubiertos, permanecieron inmóviles; el aparato prosiguió hasta el punto que recién abandonaran en Big Mountain y allí descendió. De haber quedado sin adelantar la sección hubiese sido tomada por el enemigo... La niebla volvió a bajar, y los Comandos informaron de su movimiento a la capital.

Una vez que comenzó a oscurecer el avance fue proseguido. “En realidad, adonde vamos parecía a simple vista más cerca de lo que realmente está”, pensó el jefe de la sección: cargados pesadamente por el armamento de apoyo, las municiones y su equipo, los hombres marchaban dificultosamente por el fangoso terreno en donde se hundían. Hallaron un río de piedra que demoró más su progresión, en forma sensible, pues tenía cincuenta metros de ancho y la humedad de las rocas produjo caídas y torceduras de tobillo. Cerca de quince minutos tardaron en superar este obstáculo. García Pinasco veía que su movimiento era muy lento y que la gente estaba muy cansada; y apreciando que quizá no alcanzarían su destino en toda la noche, ordenó el alto:

—Así no podemos seguir —declaró—, vamos a mandar dos hombres que reconozcan la altura para ver si es adecuada o no, y si allí está el enemigo.

El jefe de la sección designó al teniente Marcelo Anadón para que se adelantara, dado su excelente estado físico, y éste eligió como acompañante al sargento José Rubén Guillen, de treinta años, quien le inspiraba absoluta confianza. Eran las siete y media de la tarde, y se acordó que esta avanzada tendría un gran margen de tiempo para explorar la zona y elegir un lugar para ocultarse allí, mientras el resto recuperaba fuerzas. Si para las dos de la noche no retornaban, la sección iba a desaparecer de donde permanecía, sin imponer a Anadón de su nueva ubicación para el caso de que cayera prisionero y fuera forzado a revelarla. Anadón y Guillen se despojaron de sus mochilas; el oficial también quiso dejar su gabán de *douvet*, para marchar más aceleradamente —caminando rápido el cuerpo se calienta solo—, pero sus compañeros le hicieron ver que quedaría absolutamente sin abrigo en ese clima riguroso. Llevaron sólo sus fusiles, y García Pinasco entregó al teniente Anadón su brújula, quedando él con el mapa; ambos contaban con radios.

El capitán Negretti se ocupó de efectuar el contacto con Puerto Argentino y de transmitir el gran movimiento aéreo que se advertía en dirección a Darwin, sin duda para preparar el asalto a Goose Green, o reforzarlo si ya hubiera comenzado, como lo hacía presumir el intenso bombardeo sentido la noche anterior. En dirección este se percibía un continuo volar de helicópteros durante la oscuridad, de manera tal que no podían ser detectados con precisión.

Llegó la hora convenida, dos de la noche, sin que Anadón y Guillen hubieran regresado. Pasaron las tres. A las cuatro, García Pinasco determinó volver al punto de partida, único lugar que tenían perfectamente reconocido, y de donde el aparato británico que oyeron aparentemente había vuelto a proseguir vuelo después de momentánea detención. Durante el camino de vuelta constantemente oyeron el incesante operar de helicópteros, rumbo al sur (Darwin) y al este (Monte Kent). La ligera ondulación del valle protegía la marcha de la patrulla, y en la zona de Big Mountain contarían con las defensas naturales del cerro. A las horas convenidas con Puerto Argentino, Negretti operaba la radio e informaba sobre la cantidad de máquinas que los sobrevolaban, desplazándose luego rápidamente, porque a lo sumo quince minutos después se aproximaba al lugar una de aquéllas. La comunicación era breve, desde luego, en la clave combinada para que luego Inteligencia

Militar efectuara el estudio del mensaje recibido. Mas la comunicación a veces salía con interferencias, y el radiooperador instalado cómodamente en su oficina del poblado indicaba entonces: —“Repita, por favor”, mientras el capitán Negretti cortaba su llamada y salía presuroso del peligroso lugar maldiciendo a aquél: “¡Pero por qué no te vas a...!”

El teniente primero García Pinasco estaba preocupadísimo por Anadón y Guillen: a su ignorancia sobre su paradero, fuera cual fuese éste, se sumaba que no estaban abrigados para las bajas temperaturas. Esa noche nevó por primera vez en Malvinas. El viento aumentaba el frío, por debajo del grado de congelación.

La patrulla seguía su dirección retrógrada, y por el exceso de peso que transportaban, tuvieron que abandonar las mochilas de aquellos dos camaradas, con la intención de recuperarlas después. El material que cargaban era rotado entre todos, pero a veces —humana debilidad— alguno aducía que ya había estado de turno, o que su dolencia del tobillo le impedía llevarlo... Para peor, estaban perdidos, o así lo creían todos porque la visión era muy limitada por la nevisca: el único seguro del rumbo era el jefe de la sección. Muchos de sus hombres le planteaban sus dudas —el navegante (guía) de la patrulla era Guillen, ausente—, pero aquél se mostró decidido sin dejarse influir:

—El navegante soy yo y tengo perfectamente en claro adónde vamos, y la dirección es para allá.

Cuando llegaron a un cerro que García Pinasco supuso ser, por fin, Big Mountain, éste se adelantó solo para verificar la ausencia de enemigos, y que fuera realmente ese lugar. Lo era, y estaba desocupado. Su satisfacción por conducir con seguridad a la patrulla se veía empañada por la suerte de los dos hombres perdidos: la sección se acomodó al abrigo de la inclemencia bajo sus paños de carpa, dentro de sus bolsas-camas, y se alimentó, pero Anadón y Guillen carecían de todo esto en condiciones muy duras. Fue imposible comunicarse con la radio.

El teniente Marcelo Anadón había marchado hacia las alturas que dominaban San Carlos *Settlement*, pero se topó con el río del mismo nombre, muy correntoso y profundo, que era infranqueable. Durante su camino varias veces tuvo que tirarse a tierra con el suboficial por el incesante vuelo de

helicópteros que iban y venían del istmo Darwin-Goose Green que los británicos atacaron esa noche. Retornaron, pues, a comunicar a su sección que debía efectuarse un rodeo, pero volvió a caer una niebla impenetrable que les impidió ver dos metros delante. La brújula quedó, además, desestabilizada, y con ello les faltó la precisión en el camino de vuelta. Una medida de la cerrazón la da el hecho que cuando Anadón se quitó su pasamontañas para responder a una necesidad fisiológica, no pudo encontrarlo después en el suelo por el viento. Veinte minutos más tarde ocurrió lo mismo con los guantes que Guillen se sacó al mismo efecto... El reloj marcaba las tres de la noche y no habían encontrado a sus compañeros: estaban extraviados, y la radio no los comunicaba.

Llovió, cayó granizo, comenzó a nevar; se despejaban las nubes, volvía a llover. El reconocimiento no había servido de nada porque la 2a sección no iba a saber de la imposibilidad de atravesar el río San Carlos. El sargento Guillen, para colmo de desgracias, se golpeó una rodilla y comenzó a quejarse. Anadón le propuso continuar la búsqueda de sus camaradas hasta el amanecer, y si fracasaban, encaminarse derechamente a Puerto Argentino, porque otra noche a la intemperie no sobrevivirían sin abrigos ni alimentos. Empezaron a golpearse el cuerpo para resistir el frío intenso que los envolvía.

El teniente Anadón sabía que el retorno les sería imposible porque no podrían, dado su agotamiento, superar las alturas que encontrasen, pero no desfalleció; ni siquiera cuando el sargento le hizo saber, al amanecer, que no podía caminar más. El oficial le anunció que lo esperase mientras él trepaba a un cerro bajo para tratar de comunicarse por radio con la capital. No recibió ninguna respuesta.

Muy cansado probó desde otra loma de atrás, con el mismo resultado negativo; y casi sin poder caminar, trepó a un tercer cerro para hacer el último intento antes de comenzar a replegarse. Tuvo suerte: dio con García Pinasco que también ensayaba la comunicación.

Aunque el encuentro distó de resultar un paseo, y nuevamente cayó una niebla impenetrable, con el auxilio de las radios se fueron guiando. En un momento preciso, el remordimiento de García Pinasco surgido de su responsabilidad, lo impulsó a orientarlos a tiros, pese a la proximidad en que se hallaban de San Carlos. Contra la inicial oposición del capitán Negretti, efectuó dos series de dos disparos; y como Anadón tenía la brújula pudo sacar el rumbo y llegar con Guillen a las siete y media de la tarde, ateridos y

hambrientos. Un gesto que Marcelo Anadón no olvida es que el teniente primero García Pinasco le cedió su bolsa-cama esa noche y quedó a la intemperie, abrigándose entre ella y la que usaba Negretti: con el suboficial ocurrió otro tanto. Habían éstos pasado más de veinticuatro horas sin comer, y fueron alimentados en caliente y con Mantecol, “que nos metían en la boca”, me refería el teniente Anadón, “como supositorios”, y que tragaban sin masticar <sup>67</sup>.

Al día siguiente (29 de mayo) la segunda sección debía ser recuperada; pero eran las jornadas en que se libraba furiosamente la batalla de Prado del Ganso en el istmo que comunica con Goose Green y Darwin, y el alto mando de Puerto Argentino consideró sumamente riesgosa la operación, decidiendo suspender su búsqueda porque estaban rodeados por los británicos. García Pinasco recibió la insinuación de procurar reinfiltrarse a través de las líneas enemigas por sus propios medios...

### Notas

<sup>64</sup> No hay duda que era el momento de golpear al enemigo, ocupado en instalarse en San Carlos; en el capítulo XXII se indican algunas medidas al respecto. El mismo brigadier Julian Thompson, comandante del desembarco, ha dejado asentada su estupefacción por la falta de continuidad del severo ataque aéreo argentino llevado a cabo el 21: “Pero, asombrosamente, no recibimos ataques complementarios ese día. Ésta fue la primera de las muchas oportunidades que la Fuerza Aérea Argentina perdió de descalabrar la Brigada de Comandos hundiendo nuestros abastecimientos. El Día D toda la munición, combustible y alimentos de la Brigada estaba todavía a bordo, y la pérdida de las lanchas de desembarco habría resultado estando la Brigada sin ninguno de sus equipos, más que aquellos que los hombres desembarcados portaban en sus cinturones” (*No Picnic*, p. 65). Una constante en la obra de Thompson es señalar la falta de actividad aérea argentina en momentos delicados para el avance británico.

<sup>65</sup> Este piloto había llegado caminando a Howard el sábado 22, eyectado de su avión el día anterior, luego de un combate al Norte. Pidió, de resultar posible, que le fueran a buscar su casco en donde cayera, porque era el que usaba cuando realizó su curso de aprendizaje de Dagger, en Israel. Fue complacido y recuperó su recuerdo.

<sup>66</sup> La mayor alabanza a los aviadores argentinos provino del célebre Pierre Clostermann, “as” de los pilotos de caza en la *Royal Air Force* durante la II Guerra Mundial, y autor renombrado de libros sobre la guerra aérea. En ponderación sin par, dada la significación de este veterano cubierto de gloria en las propias filas británicas, Clostermann escribió el mejor homenaje que pudieran haber esperado los miembros de la Fuerza Aérea Argentina, de manera pública, espontánea y resonante:



*“A vosotros, jóvenes argentinos, compañeros de combate, quisiera decir os toda mi admiración.*

*A la electrónica más perfeccionada, a los misiles antiaéreos, a los objetivos más peligrosos que existen, es decir a los buques, hicisteis frente con éxito.*

*A pesar de las condiciones atmosféricas más terribles que pueden encontrarse en el planeta, con una reserva de apenas pocos minutos de combustible en los ataques, al límite externo del radio de acción de vuestros aparatos, habéis partido en medio de la tempestad en vuestros Mirage, vuestros Etendard, vuestros A-4, vuestros Pucará, con escarapelas azules y blancas. A pesar de los dispositivos de defensa antiaérea y de los misiles de buques de guerra poderosos, alertados con mucha anticipación por sus radares y los satélites norteamericanos, habéis arremetido sin vacilar. Nunca en la historia de las guerras desde 1944, tuvieron aviadores que afrontar una conjunción tan terrorífica de obstáculos mortales, ni aun los de la RAF sobre Londres en 1940 o los de la Luftwaffe en 1945.*

*Vuestro valor nos ha deslumbrado y no sólo el pueblo argentino no debe olvidar os nunca, sino somos muchos los que en el mundo estamos orgullosos de que seáis nuestros hermanos pilotos.*

*A los padres y a las madres, a los hermanos y a las hermanas, a las esposas y a los hijos de los pilotos argentinos que fueron a la muerte con el coraje más fantástico y más asombroso, les digo que ellos honraron a la Argentina y al mundo latino.*

*¡Ay! La verdad vale únicamente por la sangre derramada, y el mundo cree solamente en las causas cuyos testigos se hacen matar por ella”.*

[67](#) A la otra mañana, el atlético Anadón partió en busca de las mochilas abandonadas, junto con un suboficial (Guillen quedó, debido a su hinchazón en la rodilla), pero sin poderlas encontrar. Perdió su pistola, una radio, la bolsa de dormir, el poncho impermeable, el paño para carpa y las raciones alimentarias para esos dos días.

## CAPÍTULO XV

### *Arribo de la Compañía 602*

LA SEGUNDA COMPAÑÍA DE COMANDOS bajo las órdenes del mayor Aldo Rico aceleraba sus preparativos en Campo de Mayo, en el continente, a miles de kilómetros de distancia. “Tiré tanto en dos horas como no lo había hecho prácticamente en dos meses”, afirma el teniente primero Gatti, quien como todos sus compañeros, regulaba sus armas en el polígono de la Escuela de Infantería. El martes 25 de mayo, cuando se dio asueto a las once de la mañana por la festividad patriótica —creyéndose que el pase a Malvinas se produciría la semana siguiente—, el equipamiento de la Compañía 602 estaba prácticamente concluido, con todo su material flamante. Armamento, visores nocturnos, uniformes de nylon para nieve —reversibles y miméticos, de color blanco un lado y el otro verde—, mitones y borceguíes especiales, bolsas-camas de *douvet*; obtenido en breve plazo: tan sólo el pedir y recibirlo a las pocas horas, de la Escuela de Infantería, de la de Montaña, Comando de Arsenales, de Intendencia, etc. Si la Compañía 601 de Castagneto cruzó a las islas mejor provista que cualquier otra unidad del Ejército Argentino, la 602 de Rico superó en calidad a aquélla. Por “espíritu de cuerpo” conservaron su uniforme camouflado de Comandos, inadecuado para la zona de operaciones, ya que pudieron haber vestido los de satén usados por las tropas de montaña. Todo sobresaliente: ni el propio Ejército Británico estuvo tan bien surtido. Además del armamento convencional —fusiles FAL y ametralladoras MAG— fue dotada la Compañía de diez carabinas .300 Magnum con mira telescópica. Portaban dos morteros livianos de 60 mm.

Algunos hombres llegaron a último momento, por dificultades de transporte o errores en la citación: el teniente Daniel Martínez y el sargento primero Miguel Ángel Castillo; y el último en incorporarse, teniente Ernesto Espinosa, lo hizo en los momentos previos al vuelo hacia el sur. Todos estaban felices por la oportunidad de participar en la contienda; aunque el teniente primero Jorge Vizoso Posse sufrió la misma desagradable impresión

que otros camaradas cuando desde Zapala llegó a Buenos Aires con su fusil y bolsa de campaña, y la gente lo miraba “como a bicho raro”.

El miércoles 26 a la mañana el mayor Rico recibió el mensaje mediante el cual se le ordenaba embarcar a la una de ese día en la base militar El Palomar. El capitán Villarruel dispuso la celebración de una misa previa, que se realizó a las diez y media, cosa de marchar con tranquilidad espiritual: todos fueron provistos de rosarios y escapularios bendecidos. Luego, el director de la Escuela de Infantería, coronel Minicucci, despidió a los efectivos y les dio una voz de aliento en presencia de sus familiares. Rico arengó a la Compañía, manifestando que pese a las limitaciones de una rápida movilización, no había dudas de que pronto todos se integrarían entre sí, y que los Comandos tenían la gran oportunidad de demostrar lo que eran capaces de hacer luego de haberse invertido tanto en su preparación. En la despedida, el llanto corrió por cuenta de madres y mujeres que quedaban; la madre del capitán Vercesi comentó a otra señora:

—¡Parece mentira, se los ve tan contentos que no parece que fueran a la guerra!

Unas fotografías antes de trepar al avión registraron la partida: la Compañía posó casi completa, salvo unos pocos hombres ocupados en menesteres de último momento. A las dos y media de la tarde, en un Fokker F-28 tomaron la dirección de Comodoro Rivadavia la mayoría de los efectivos, pues parte del personal debió quedarse para transportar luego en un Hércules C-130 el material que utilizarían.

Arribados algo más de un par de horas después a la ciudad sureña, convertida en el centro neurálgico del apoyo a la campaña, los miembros de la Compañía 602 fueron alojados en un depósito precario —“lleno de mugre”, recuerda uno de ellos—, posiblemente porque se pensó en su inmediato cruce a Malvinas; pero ello se demoró hasta el día siguiente. Rico encareció a los jefes de sección que mantuvieran ocupado al personal para que no comenzaran a sentir los efectos de la distancia de sus hogares, o que el contacto con otras unidades allí apostadas influyera en su estado de ánimo si el de ellas no era alto. Por tanto, se aprovechó la tarde para limpieza de armamento y efectuar una marcha, mientras el mayor Rico y su segundo el capitán Villarruel fueron a presentarse al comandante del Cuerpo de Ejército

V, general Osvaldo García. Allí recibieron con gran sorpresa de ambos, la impresión de que se esperaba que la intervención de los Comandos revertiría el curso de la campaña. Eso los preocupó: por más prestigio que gozara la especialidad, y el excelente armamento de que estaba provista la subunidad, era desconocer la técnica de sus operaciones, que son ejecutadas para crear condiciones favorables a elementos mayores, pero que no pueden considerarse como factores de decisión. “Esto indica que el conductor no conoce el rendimiento de sus medios”, pensó Rico; pero no era el momento de contradecir al General, sino de pasar cuanto antes a las islas.

En silencio ambos Comandos, pues, escucharon al general García darles un panorama general del desarrollo de la contienda; luego de lo cual un comodoro de su Estado Mayor les precisó la necesidad de destruir las pistas de aterrizaje presumiblemente instaladas en la zona de San Carlos para evitar que los Harriers contaran con esta facilidad en tierra firme; lo que también involucraba ignorar que las operaciones de los Comandos precisaban una anticipación de datos y de preparación para emplearse sobre el objetivo.

No menos extraños fueron los comentarios que otros oficiales recibieron de camaradas durante esas horas de estada en Comodoro Rivadavia, e incluso la imagen que daban: “Me encontré con gente que caminaba de un lado para otro”, refería el capitán Tomás Fernández, “hablando por teléfono, sentada en un bar; en otro ambiente que el nuestro”. Nadie parecía ansioso por participar en las hostilidades. El propio aeropuerto distaba mucho de semejar la base organizada de un puente aéreo, con una inmensa cantidad de material bélico distribuido por cualquier lado y sin ninguna custodia. Era moneda corriente oír que los ingleses habían sido severamente castigados en San Carlos por ataques de la Fuerza Aérea argentina y que estaban prácticamente diezmados:

—No se hagan problemas —dijo un amigo al teniente primero Juan José Gatti—, en San Carlos los ingleses están rodeados y hay una brecha por la cual seguramente ustedes se van a infiltrar.

La impresión de los Comandos era, en consecuencia, que si no se había obtenido la victoria, el enemigo estaba aferrado en sus posiciones y la situación dominada. La Compañía participaría en una operación de aniquilamiento: la idea rectora del general García se había difundido. Un oficial le comentó al teniente primero Rivas:

—Enrique, esto va a ser más fácil que el curso de Comandos.

Para lo que vendrá, es preciso saber que la Compañía 602 apenas descansó,

siendo que desde esos momentos careció de adecuadas comodidades y oportunidad de dormir bien. En efecto: a las siete y media de la tarde, ya anocheciendo, se intentó el cruce, pero tras cuatro horas de vuelo el avión — un Hércules— debió dirigirse hacia Río Gallegos por un problema en el líquido hidráulico que permite maniobrar las ruedas, frenos, alerones, etcétera. Luego la presencia de una fragata misilística del Reino Unido en el itinerario cambió las condiciones tácticas, y el aparato regresó a Comodoro Rivadavia, donde llegaron a las dos de la mañana con un intenso frío y sin haber comido. Pernoctaron en el mismo galpón donde fueron alojados a su llegada; hasta que pasado el mediodía siguiente el inmenso transporte estuvo en condiciones de volver a emprender la travesía.

—¡Señores, se da por iniciado el ejercicio!

Este anuncio de un oficial, cual si se tratara de un curso de adiestramiento, provocó risas y gritos. Luego comenzó a reinar una tensa calma: a ocho metros del agua volaba el Hércules cargado con cerca de tres toneladas de explosivos, en el radio del bloqueo británico donde una serie de radares e instrumentos de localización podían detectar ese enorme aparato sin defensa alguna contra un ataque aéreo o el lanzamiento de un misil. Como mero recurso psicológico —que a pocos engañaba—, el sargento primero Omar Medina iba apostado en la popa entreabierto del avión junto al cabo Valdivieso, con una ametralladora MAG, para el caso de repeler al enemigo. Algunos pasajeros tenían problemas de especial preocupación; como el teniente Daniel Martínez, de veintisiete años, quien había cancelado el matrimonio que hubiera debido contraer dos días después; como el capitán Mauricio Fernández Funes, quien pocos meses atrás, en diciembre, había sido dado de alta por un congelamiento de pies en la Cordillera que le significó la amputación de algunas falanges, por cuya causa el general Calvi, comandante de Institutos, no quería autorizar su participación ya que recién empezaba a trotar y correr. El teniente primero Horacio Losito meditaba sobre las palabras que antes de salir del galpón en Comodoro Rivadavia, les dijera el oficial de Operaciones de la Compañía, capitán Durán:

—Somos cincuenta hombres que no nos conocemos, cuanto antes lo hagamos y aprendamos a querernos, mucho más cerca de ese número vamos a terminar la guerra.

Evidentemente, había querido significarles la necesidad de prestarse mutua ayuda y acompañarse los unos a los otros. También para que tomaran

conciencia de que no se trataba de ningún trabajo ligero, el capitán Villarruel les había transmitido su deseo de retornar victorioso con todos, “y sé que eso no va a ser posible”, concluyó.

Pese a las seguridades escuchadas en Comodoro acerca de que la ofensiva británica estaba controlada, al irse aproximando el avión a la zona de exclusión decretada por el enemigo, la intranquilidad comenzó a reinar. No se entendía la razón de volar en pleno día, con un horizonte muy despejado, lo que tornaba al Hércules en un blanco sumamente visible. El nerviosismo general era disimulado por conversaciones, atenuadas por el fuerte zumbido de las turbinas del C-130, que comenzaron a cesar; hasta el alegre teniente primero Daniel Oneto, de veintiocho años, estaba callado —aunque él particularmente no sintiera miedo—, casi todos procuraron dormir después de las fatigas del día anterior. Algunos leían. Uno de los Comandos, en cambio, se destacaba por su locuacidad: el teniente Ernesto Espinosa hablaba constantemente, con gran ánimo, sobre todo de sus dos hijitas que habían quedado en Misiones con su mujer. No contribuían ciertamente a levantar los ánimos las instrucciones que los auxiliares del piloto dieron al pasaje, sobre el procedimiento a seguir en caso de que el Hércules fuera derribado... Se calculaban treinta minutos de flotabilidad, pero iba muy cargado, ya que el cruce a Malvinas lo efectuaban pocos aviones para esa época, y se montaba todo lo posible en los aparatos que mantenían el puente aéreo. En éste, viajaban algunos elementos de la Brigada Aerotransportada —para cumplir la ofensiva planeada por el general García—, junto con piezas diversas, como una hélice de repuesto para un barco dañado, y por cierto, parte de los efectos de la Compañía: raciones para quince días de combate y complemento (cigarrillos, vino, whisky, jabón, chocolate), en las cajas embaladas en la Sociedad Rural de Buenos Aires por voluntarios civiles. El grueso de los equipos sería conducido por el escalón logístico al día siguiente.

La cabina del avión también estaba silenciosa, “como un santuario”, contrastando con las habituales charlas entre rondas de mate de los viajes prolongados, salvo los alarmados avisos del copiloto —un capitán— al vicecomodoro que dirigía el aparato:

—¡Señor, señor, las olas!

—No, pibe, no te hagás problemas...

Es que volaban tan bajo, prácticamente pegados al mar, que la espuma de aquéllas mojaba los vidrios. Los aviadores invitaron al jefe de la Compañía a

la cabina de mando. Cuando el mayor Rico subió a ella tuvo un sobresalto:

—¡Hijos de puta, esto es un avión, no una lancha!

Semejaba un aliscafo. Repuesto de su impresión, cambiaron ideas y tomaron mate, hasta que se detectó un problema técnico en el aparato:

—Estamos perdiendo líquido hidráulico y no creo que podamos seguir — explicó el piloto.

El anuncio fue recibido con gritos de desagrado, máxime cuando la enorme máquina dio vuelta para retornar al continente. La tensión acumulada se desahogaba en airadas protestas por la reiteración de la falla del día previo: uno de esos tanques se vaciaba. Rápidamente se buscaron latas en los paneles para reponer la pérdida, que Oneto encontró; y entonces Fernández Funes quedó encargado de alimentar el conducto cada vez que el indicador de la cabina de control marcara la falta de nivel de riego. Para ello le fueron provistos auriculares.

El avión volvió a tomar su rumbo a Malvinas.

Se aproximaban a las islas y el peligro de encuentro con el enemigo era mayor. “Íbamos muy asustados”, me relató un oficial, “aparte por morir en una forma tonta, sin haber combatido”. Algunos percibían cierta irrealidad en lo que estaban viviendo. Pero quien estaba muy al cabo de las ocurrencias era el capitán Fernández Funes, porque a través de sus auriculares escuchaba lo que en la cabina de pilotaje se decía, mientras los aviadores permanentemente observaban en torno con anteojos de largavista, y una pantalla de radar que semejaba un periscopio que lleva el Hércules, para descubrir con tiempo la presencia de alguna nave enemiga:

—Si no enganchamos la isla, no llegamos...

El punto de referencia para tomar el rumbo de Puerto Argentino era la isla de los Leones Marinos, al sur, como que se guardaba un completo silencio radial, y ya oscurecía. Más alarmante fue oír, cuando se iban aproximando a la boca de entrada del estrecho de San Carlos, que el radar del avión había detectado un elemento extraño. Claro que todos inmediatamente supusieron lo peor: un misil.

—Hay algo a las ocho [68](#).

—Bueno, materializalo, ¿qué puede ser?

Se trató, no más, que una perilla del radar calzaba mal, y con las ligeras oscilaciones del vuelo o temblor del avión, caía en un punto donde se captaba una presencia. Aunque advertida la falla, no dejaba de causar inquietud

porque seguía marcando con intervalos un objeto:

—¡Pero la puta, otra vez esta perilla de mierda!

A todo esto, Mauricio Fernández Funes se esforzaba por que no se le reflejara la tensión que lo embargaba —único que oía el diálogo— para evitar que se agravara la inquietud durante el viaje.

Próximos al descenso, se coordinó el aterrizaje con la descarga del avión. Los Hércules poseen la característica de aterrizar en espacios muy reducidos, no obstante su tamaño; y en su parte posterior se levanta una compuerta por la cual sale una rampa estructurada en serie que se va alargando con rodillos. En total oscuridad, siendo las seis de la tarde, el avión tocó suelo para que fuera desocupado en quince minutos, sin parar sus motores, ya que corría el riesgo de haber sido detectado, en cuyo caso se lo interceptaría al regreso. Hombres y equipos desalojaron su interior rápidamente. Fueron momentos de confusión, de intenso trabajo por bajar la carga, mientras unos soldados se apostaron para evitar que sin luz, alguien fuera lastimado por las hélices que giraban, cuyas ráfagas, al acelerarse las turbinas del avión, estamparon al capitán Tomás Fernández contra una pila de cajas. Entretanto, se subían al Hércules varias camillas con soldados heridos: era el primer contacto con la guerra. Contrastando con ese cuadro, el teniente primero Rubén Márquez se apartó de la pista de asfalto y besó la tierra de Malvinas. Un rato después todo había concluido y el avión remontaba, perdiéndose en la noche.

Tras el ruido de motores y gritos, un pesado silencio cayó sobre el aeropuerto. Pero inmediatamente, ya desocupados de la tarea de aligerar su transporte, los Comandos cobraron sentido del momento que vivían. Una intensa emoción se apoderó de todos. Los heridos que habían visto, cráteres producidos por las bombas, la imagen de dos Pucará destruidos por ataques ingleses, los enfrentaron con la realidad: “Parecía todo una película, ese entrar en contacto con la guerra, y a mí me costaba tomar conciencia de lo que sucedía”, rememoraba Horacio Losito; “era como de pronto verlo a San Martín después de haberlo estudiado tanto”. Fue una impresión disipada por un estallido de gritos de alegría, abrazos, compartiendo esa íntima sensación que por igual vivían todos. Pronto el mayor Rico restableció el orden, y los Comandos ordenaron sus bultos.

La imagen que ofrecía el castigado aeropuerto no condecía con la sensación



triumfalista vivida en el continente, y no pocos Comandos comenzaron a dudar que los británicos estuviesen cercados en San Carlos, como se les asegurara en Comodoro Rivadavia. Un ilustrativo diálogo que tuvo por protagonista al teniente Daniel Martínez y un oficial de la Fuerza Aérea, sirvió para poner las cosas en su lugar:

—Negro, nos están dando con todo —informóle éste—, acá vivimos zambulléndonos como pescados en un charco con poca agua: todos los días tenemos alerta roja. Parece que el aeropuerto es el objetivo principal.

Y ante la pregunta sobre su posible destino operativo, añadió:

—En San Carlos los ingleses están haciendo lo que quieren, porque no podemos llegar hasta allá. No tenemos medios.

—¡Pero vámonos caminando! —respondió asombrado el infante.

El oficial de Aeronáutica calmó su entusiasmo:

—Esperá a conocer primero el terreno: la turba parece un colchón de dos plazas, cuanto te parás en el medio se hunde todo. Y son muchos kilómetros: las Malvinas son grandes, no tan chiquitas como figuran en el mapa...

—Bueno, pero habrá alguna forma de contrarrestar rápido eso, porque es una puñalada que tenemos ahí clavada hace rato.

—Ya vas a tener oportunidad de charlar con los tuyos y te van a poner más en el tema —concluyó calmamente el aviador.

Poco después arribó una columna de camiones —se desconocía con anticipación la llegada de los aviones, que era ocultada por seguridad— y los Comandos treparon en un par de ellos, colocándose previamente los cascos en vez de sus boinas para que los espías en Puerto Argentino no informaran sobre el refuerzo de tropas especiales.

Saliendo del aeropuerto se vivió una experiencia muy desagradable. Al paso de los camiones unos soldados que estaban al lado de la pista gritaban algo ininteligible, que en un primer momento los Comandos pensaron que eran saludos; pero detenidos en un puesto de guardia percibieron con claridad:

—¡Che, tírennos algo de comer, por favor, ustedes que recién llegan!

Los reclamos de comida se reiteraron a lo largo del trayecto a la capital. A todos impresionó mucho: “fue como recibir un baldazo de agua fría”, tuvo la sensación el teniente primero Oneto. Con esa actitud, de un pantallazo, el

teniente primero Jorge Manuel Vizoso se dio cuenta que la situación era más grave de lo supuesto: “Un soldado que pide pan sin saber qué jerarquía tienen quienes iban”, razonó, “es un detalle que indica ausencia de disciplina”. El optimismo inculcado por los medios informativos del Gobierno iba dando paso a una verdad que se imponía brutalmente, pues al capitán Tomás Fernández le llamó la atención que no se solicitaran cigarrillos: había un grave problema de logística, con detrimento del físico y de la moral.

Otra sorpresa fue ver a Puerto Argentino iluminado. Si bien imperaba el toque de queda al caer la noche, y los pobladores permanecían en sus casas, las calles —severamente controladas por nidos de ametralladoras, tan peligrosos para posibles infiltrados enemigos como para los incautos soldados argentinos que salieran de sus posiciones— tenían sus luces encendidas. Sin duda existía el preconceito de que ni la *Royal Navy* ni la R.A.F. iban a bombardear a sus connacionales residentes en la localidad; pero aunque así fuera se trataba de un punto de referencia que guiaba los disparos de la artillería naval o a los ataques aéreos sobre blancos situados fuera del recinto urbano.

La algarabía en el gimnasio al encontrarse las Compañías 601 y 602 fue inmensa. Saludos, bromas, preguntas de un lado y de otro: qué noticias o cartas traían los recién llegados del continente, y qué novedades podían informar los veteranos de un mes de campaña. Trataron todos de poner en claro el desarrollo de las operaciones, atropelladamente, contándose emociones y experiencias. Recién en esa oportunidad Rico y sus hombres conocieron la gravedad de la ofensiva inglesa, a la que ellos creían detenida precariamente sobre el estrecho de San Carlos:

—Daniel, esta noche hay “rosca” en Darwin —comunicó el teniente Elmíger a su amigo Oneto.

La realidad se iba conformando por minutos, evidenciando el ocultamiento que de ella hacían los medios de difusión argentinos, quizá porque del mismo Puerto Argentino se retaceaban ciertas partes desagradables. Los miembros de la Compañía 601 mostraban a la vez las huellas de su fatiga y su tranquilidad de ánimo, porque esas malas nuevas no habían afectado su espíritu <sup>69</sup>. El sargento Mario Cisnero, el Perro, marcó la moral de los nuevos cuadros que llegaban para sumarse al esfuerzo, cuando declaró:

—La gran puta, yo tengo mucho miedo ¡pero el inglés también debe tenerlo, y yo le voy a hacer frente!

La euforia fue calmándose y después de una ligera comida todos fueron acomodándose para pasar la noche en el gimnasio que les servía de base, tirados en el suelo, rodeados de cajas de municiones y raciones de todo tipo. Creyeron que podrían descansar hasta el día siguiente, luego de tanto ajeteo y emociones...

Mientras tanto, los dos jefes conferenciaban. Castagneto impuso a Rico de la situación, con crudeza, y la confianza de éste en el triunfo comenzó a esfumarse. Luego salieron para presentarse al Gobernador, quien los recibió en compañía de sus ayudantes los mayores Doglioli y Buitrago, y luego indicó al mayor Rico que se pusiera a órdenes del general Parada, comandante de la Brigada III. Éste tuvo una de sus características reacciones al presentarse aquél en su alojamiento, pues le mandó retirarse en el acto, advirtiéndole:

—Cuando el General quiere hablar con alguien, lo hace llamar...

Fue el segundo impacto sufrido por Rico al llegar a Malvinas, y Castagneto aprovechó para hacerle saber los entretelones de la vida en Puerto Argentino. Cuando finalmente vieron a Parada, Rico le transmitió la falsa confianza del general Osvaldo García con respecto al empleo decisivo de los Comandos, mostrándole que aún la Compañía 602 no conocía el terreno y que estaba enterado de la carencia de adecuado transporte aéreo; en suma, que no estaban preparados para esa guerra de la manera como la entendían hacer los Comandos. La respuesta de Parada dio la impresión de que no obstante las razones aducidas, también él abrigaba grandes esperanzas en las operaciones de Comandos. Rico no salió conforme de la entrevista: los Comandos eran utilizados para exploraciones, al estilo de la que realizaron sus unidades mixtas sobre San Carlos, esterilizándose para su auténtica capacidad de acción contra el enemigo; aunque era consciente que las tropas convencionales no estaban en condiciones de operar infiltradas en territorio controlado por los británicos.

Dormían mezclados los integrantes de las dos Compañías en su gimnasio, cuando de pronto vibró el edificio por una tremenda explosión: el cañoneo naval se hacía sentir, esa noche, peligrosamente cerca. Temblaba el techo, de donde caían fragmentos, y los ventanales de vidrio allí colocados hacían que se iluminara el recinto al caer los proyectiles. Para los hombres de la 602 fue

meterse bruscamente en la guerra, porque la sensación de estar enfrentados con el enemigo era ya directa. Aunque tratando de guardar compostura, se abrocharon rápidamente sus ropas y se oyó otro ruido: un zapateo en dirección a las salidas. Los jefes y algunos oficiales calmaron la ansiedad:

—¡Tranquilos, no pasa nada! ¡Nadie se mueve, todos en su lugar!

Los veteranos de la 601 mantenían más calma:

—Ahí va uno. Viene otro —anunciaban de acuerdo con el sonido de los disparos. Todos sabían el elevado riesgo en que estaban, pues el gimnasio era un verdadero polvorín: los hombres lo habían convertido en su depósito de municiones, granadas, Blow Pipes... Un error de puntería y todo saltaría por el aire. En una pausa de fuego y en medio de la tensa escucha reinante, se oyó el comentario del teniente primero Brun:

—Hay dos cosas que me molestan en esta vida: ¡los mosquitos y el bombardeo naval!

Luego de varias salvas —nunca como hasta entonces el cañoneo fue tan infernal ni hizo impacto tan cerca de la población— la seguridad retornó; y sin haber tenido necesidad de ocupar el refugio antiaéreo del sótano lindero a la iglesia, el sueño volvió a vencer a todos.

El 28 de mayo a la tarde el escalón logístico de la Compañía 602 partió a su turno desde Comodoro Rivadavia en un Hércules C-130. Eran apenas dos oficiales y dos suboficiales, pues la capacidad del avión estaba colmada por munición, explosivos, misiles, granadas antitanque, etcétera: una verdadera bomba volante, desplazándose a ocho metros del agua. No obstante, el teniente primero Enrique Stel se recostó en la rampa del aparato y se durmió plácidamente. Interrumpido su sueño por el nerviosismo de un camarada, Stel tajantemente le hizo saber:

—El Comando combate, duerme o come; no tiene caso preocuparse aquí: si el enemigo ataca, nada podemos hacer. Por favor, no me moleste.

El largo viaje concluyó a la noche en el aeropuerto de Malvinas. El teniente primero Stel comenta: “La impresión de este grupo al tocar tierra fue peor que la de los primeros integrantes de la Compañía, pues los soldados encargados de transportar el material destruyeron gran cantidad de cajas en busca de alimentos, y robaron efectos inútiles para ellos pero de valor operacional importante, como baterías de radio, pilas, repuestos, etcétera”.

El mismo día también llegó un refuerzo para los Comandos, consistente en sesenta y cinco hombres de Gendarmería Nacional que conformaron el Escuadrón de Fuerzas Especiales de esa institución, varios de los cuales habían realizado el curso de aptitud en la Escuela de Infantería. Dichos efectivos estaban mandados por el comandante José Spadaro. Los gendarmes emplearon cuarenta hombres en sus operaciones acompañando a los Comandos, de los cuales perdieron en combate dos oficiales y cinco suboficiales muertos, y un suboficial herido.

### *Notas*

[68](#) Los aviadores indican la posición de acuerdo al reloj.

[69](#) Esa misma noche habían retornado el capitán Jándula y los dos suboficiales que lo acompañaron a Monte Simmons. Su aspecto —barbudos, sucios y mojados— hizo ver a los Comandos de la Compañía 602 en forma muy gráfica las experiencias por que pasaban cotidianamente.

## CAPÍTULO XVI

### *Elaboración del contraataque*

EL 28 DE MAYO LA COMPAÑÍA 602 salió por los alrededores de Puerto Argentino para reconocer el terreno, caminando y trotando, y tomó conocimiento al mismo tiempo del clima: lloviznaba y hacía frío. También se probó el armamento, disparando contra la costa vecina de la rada, o hacia el agua, o sobre una boya que terminó hundida. La poca práctica de conjunto y el diferente estado físico de los hombres debían superarse para formar una entidad de combate homogénea y eficaz, y fueron ejercitándose rumbo al aeropuerto en las técnicas de patrulla; hasta que el intenso frío y la lluvia los impulsó a volver a su alojamiento porque no tenía sentido que sufrieran las consecuencias de la baja temperatura, ya que habían salido sin abrigo adecuado. El contacto con los *kelpers* siguió siendo mínimo, pero con un matiz diferente provocado por el desembarco de las tropas británicas, que les auguraba una pronta vuelta al antiguo orden de cosas. Sirva como ejemplo el saludo que el teniente primero Losito hizo al pasar a un hombre bien vestido, el cual le mereció como toda respuesta una mueca de desagrado y un gesto de desdén.

El estado de ánimo de las fuerzas de guarnición en la capital les pareció malo. Pese a su mejor alimentación y a las posibilidades de refugiarse al abrigo del mal tiempo —a diferencia de las que se hallaban en el perímetro defensivo de los cerros o en posiciones adelantadas—, o quizá debido a su semicomodidad, se mostraba bajo, sin acostumbrarse a superar las inclemencias de una naturaleza hostil ni los diarios bombardeos del enemigo. El sargento primero Medina tuvo ocasión de conversar con varios soldados: “El ambiente era de tristeza para ellos”, me comentaba, “mientras yo estaba muy contento por estar allí, y miraba maravillado el paisaje y el poblado”. Jefes y oficiales compartían la ilusión de que el conflicto se solucionaría por la vía diplomática, evitándoles enfrentarse con el adversario:

—No se calienten, changuitos, que acá no pasa nada...

Para los Comandos, alejarse del peligro no era su misión: ellos debían pelear y llevar adelante las operaciones, de modo que el diálogo con el Reino Unido se presentara en las condiciones más favorables.

Ese día el mayor Aldo Rico recibió su primera orden del general Parada — que sería la última, pues el 29 los Comandos pasaron a depender de la Brigada X conducida por el general Jofre—, para realizar una misión de combate. Con el fin de “satisfacer las necesidades de la conducción superior”, el Comando Conjunto de Malvinas había elaborado un plan para atacar la cabeza de playa enemiga en la zona de San Carlos, aferrando al invasor allí, para lo cual elementos de Comandos debían inicialmente volver a ocupar Monte Simmons con Blow Pipes, a fin de eliminar el corredor aéreo británico. Rico sabía por referencias del mayor Castagneto que aquella era una posición completamente aislada, unos cuarenta kilómetros adelante de la línea defensiva de Puerto Argentino hacia el oeste. El jefe de la Compañía 602 se opuso, aduciendo que ya no tenía sentido hacer la operación sobre San Carlos pues sería estéril, y que “el problema que tenemos en este momento es la defensa de la posición Puerto Argentino”.

—¿Qué “posición Puerto Argentino”? —saltó indignado Parada.

El General estaba imbuido, como Menéndez y Jofre, de la idea que el asalto británico no vendría desde el centro de la isla, y por eso no se había organizado la resistencia por el oeste, pues se lo esperaba todavía por el sur y sudeste, desde el mar. Rico rebatió esta concepción y Parada lo amonestó, preguntándole “que sabía él, si hacía dos días que había llegado”. Por supuesto, la discusión concluyó cuando el comandante de la Brigada impuso su autoridad.

La patrulla que se destacase debía instalar, pues, emboscadas aéreas; pero fundamentalmente hacer de puesto de observación adelantado, informando por radio dos veces al día sobre los movimientos enemigos. En opinión del mayor Rico, esto último también era absurdo, dado que con ubicar a tres hombres bastaba. Pero se guardó su criterio y marchó a impartir las instrucciones.

Después de un magro almuerzo —algunas galletitas de agua con un cucharón de lentejas— que a nadie extrañó pues les parecía bien que los racionamientos más sustanciosos se reservaran para las tropas de primera

línea, los miembros de la Compañía 602 se dedicaron a preparar sus equipos. Varios aprovecharon la ocasión para escribir a sus familias transmitiéndoles las primeras impresiones, mientras otros procuraban extraer toda la experiencia posible de los anteriores desplazamientos de sus camaradas. Muy poco sabían: desconocían las características de los uniformes y armas del enemigo, si los ingleses contaban con tanques, ignoraban incluso que los helicópteros argentinos llevaban pintada una franja amarilla en su cola para diferenciarse. Mucho menos estaban al tanto de dónde se hallaban las tropas británicas.

Por la tarde volvió al gimnasio el mayor Rico e hizo saber al capitán José A. Vercesi que la primera sección que mandaba había sido elegida para cumplir la misión encomendada en Monte Simmons. Pese a la fatiga de dos días previos de intenso trajín, el espíritu era alto, y el resto de la Compañía felicitaba a la patrulla. Rico comunicó además que los Comandos pasarían a depender del general Jofre, e indicó a los jefes de la sección que concurrieran a informarse y recibir la orden de operaciones al mando de la Brigada X.

Vercesi, Losito y Brun se trasladaron en consecuencia hasta el Town Hall. El capitán Vercesi y el teniente primero Luis Alberto Brun fueron recibidos por el oficial de Inteligencia, quien frente a la carta topográfica les declaró:

—Miren, no tenemos informaciones exactas de dónde están, no estamos seguros, pero los ingleses pueden andar por acá. —Y con la mano barrió una buena franja del mapa sobre el cual efectuaba su vaga apreciación.

Brun no salía de su asombro. Los oficiales superiores le parecían indiferentes, como si todo se tratase de un *juego de guerra*, meramente intelectual, sin percibir la realidad de vida y muerte que se avecinaba. El teniente coronel que los atendía le dio la impresión de “liviandad” por su desconocimiento de la situación real. Un convencimiento general, no obstante, infundía tranquilidad: se les aseguró que los enemigos permanecían en San Carlos sin desplegar ninguna actividad en la zona a donde se dirigirían. Inexplicablemente, los datos transmitidos por el capitán Negretti desde Big Mountain participando que era constante el desplazamiento helitransportado británico de hombres y equipos hasta más allá de Monte Simmons, rebasando esa altura, no habían sido tomados en cuenta...

El teniente primero Horacio Losito, segundo jefe de la 1ª sección, concurrió ante el segundo comandante de la Brigada, el coronel Félix Aguiar, quien más decidido que otros, le expresó:



—Tenga la seguridad, Losito, que vamos a obtener la victoria.

La orden de operaciones les fue dada en un pequeño trozo de papel que indicaba simplemente efectuar hostigamiento con Blow Pipe y exploración en Monte Simmons, durante tres días, y les fue provisto un rollo de cartografía inglesa.

No existía conciencia del peligro.

Vercesi y los dos oficiales regresaron ya con oscuridad a su alojamientobase, encontrándose con la llegada del escalón logístico conducido por el capitán Fernando de la Serna <sup>70</sup>. Los hombres descargaban y desembalaban la pesada impedimenta, acomodando los equipos de combate, comunicaciones y supervivencia. El médico de la Compañía, capitán Ranieri, ordenaba los materiales sanitarios y formaba paquetes con curaciones individuales. Era muy tarde cuando concluyeron el alistamiento, para pasar a planear la operación.

En la “sala de situación” del gimnasio —la pieza contigua al gran recinto central, que servía indistintamente de comedor y lugar de esparcimiento— Vercesi, Losito y Brun se reunieron para desarrollar los movimientos. En el otro extremo de la habitación, Castagneto y Rico cambiaban ideas sobre el estado general de las hostilidades. El mayor Carlos Doglioli, ayudante del general Menéndez, entró en un momento dado para encarecer la necesidad de derribar helicópteros, porque a causa del hundimiento del transporte *Atlantic Conveyor* los ingleses habían perdido repuestos indispensables:

—Señores, todos los que salgan traten de averiar por cualquier forma algún helicóptero; péguenle donde sea, que ese aparato queda fuera de servicio porque no tienen cómo repararlo, por lo menos por un tiempo largo.

El capitán José Arnobio Vercesi estaba abrumado por la responsabilidad que pesaba sobre él: hacía seis años que estaba alejado de la especialidad, y había recibido una incompleta información, además de una orden deficiente. No le fueron fijadas las vías de aproximación y de repliegue en la zona de su misión; surgía ante todo la contradicción entre exploración y hostigamiento, pues el reconocimiento del enemigo suponía el ocultamiento y portar equipos ligeros, mientras que el ataque requiere material pesado y delatar la posición en vez de esconder la presencia. Apenas si se conocía el lugar y la hora de embarque: las cinco de la mañana en Moody Brook. Y ya era medianoche, pues también se había rezado el acostumbrado rosario en conjunto.

Antes de comenzar a tratarse el tema, Vercesi manifestó a sus subordinados:

—Francamente, no me acuerdo bien cómo se hace un plan de operaciones de Comandos.

Pidió en consecuencia a ellos dos, que tenían muy presentes los distintos pasos por haber efectuado recientemente el curso, que preparasen la misión. Ambos así lo hicieron, aunque íntimamente disgustados por este recargo de tarea, sobre todo Brun, de fuerte carácter, mientras el jefe de la sección observaba su trabajo sobre la carta. “Yo jamás alcancé la dicha de formar parte del grupo Halcón 8”, me expresó el capitán Vercesi, “ellos lo habían integrado, razón por la cual me apoyé en esta gente para planificar la operación, considerando que por encima de cuestiones de antigüedad o jerarquía impuestas en forma administrativa o arbitraria, había personal que sabía más que yo y estaba mejor preparado”.

Concluyeron recién a las tres de la mañana de ordenar todo, y se fueron a procurar descansar dos horas al menos, luego de impartir a la patrulla la orden de operaciones elaborada. No habría tiempo, claro estaba, de ensayar el plan después de acordado, como es usual en los Comandos. Ya los hombres dormían, después de acomodar su impedimenta. El teniente primero Juan José Gatti había dejado escrito a sus padres las impresiones de ese primer día en Malvinas:

*Nuestro grupo es gente con la cual soñé combatir siempre. Acá las tropas confían mucho en nosotros pero las cosas están muy difíciles. Cada vez perdemos más terreno por falta de medios y material. Mañana a primera hora salimos a operar. Las tropas tienen defensas muy estáticas, los únicos que nos movemos en el interior de la isla somos nosotros. No creí que las cosas estuviesen así, pero no importa, igual haremos lo posible por nuestro país. Los soldados se están portando muy bien, pero eso no alcanza, lamentablemente. Calculo que iré por tres o cuatro días. Vamos a hacer lo imposible por salir adelante. Recen mucho y recuerden que siempre los quise mucho y los quiero hoy más que nunca, igual que a mi Patria.*

Muy mal descansados y peor dormidos, los hombres de la primera sección comenzaron a aprontarse temprano el 29 de mayo. Al calzarse sus botas de combate, Losito encontró una nota dejada por quien las había reparado en su

Regimiento 11 de Mendoza: *“Mi teniente primero: Le deseo el mayor de los éxitos en la misión a cumplir, Dios y la Virgen lo protejan para poder estrecharle la mano a su regreso triunfal. Viva la Patria. Rojas, Sarg.”*. Cada hombre de la patrulla tenía asignada una función, y se habían establecido las parejas. El teniente primero Brun sería el navegante de la sección; el teniente Espinosa era el tirador especial, para lo cual llevaba un Magnum con mira; Pepe Gatti operaría la radio Thomson, habiendo recibido instrucciones de Stel, aunque ya poseía algunos conocimientos. Los suboficiales Delgadillo y Valdivieso iban encargados de los misiles antiaéreos.

Los experimentados efectivos de la Compañía 601 se despertaron para despedirlos; ya les habían aconsejado la víspera no cargarse de peso porque iban a moverse continuamente, pero la sección de la 602 estaba demasiado equipada no obstante las advertencias en contra, con municiones, abrigo y hasta cinco cajas de raciones alimenticias por hombre. A fin de cubrir la deficiencia del desconocimiento del terreno, el mayor Castagneto dispuso que se agregase a la patrulla el sargento primero Juan Carlos Helguero, a lo que éste accedió de inmediato. El problema se planteó cuando un miembro de ella debió cederle su puesto, y fue elegido el sargento primero José Luis Núñez:

—No, mi teniente primero —pidió a Losito—, por favor no me saque de la patrulla.

—Mire —le contestó su segundo jefe—, uno tiene que quedarse y ha sido elegido usted.

También el capitán Durán, oficial de Operaciones de la Compañía 602, fue agregado por Rico pero después retirado por necesidad de contar con él al día siguiente. Helguero no sólo aportaría sus conocimientos de la zona de Monte Simmons, sino su experiencia de supervivencia en clima frío, lo mismo que el teniente primero Brun, pues ambos habían estado en la Antártida. En cambio, el jovial teniente Espinosa venía sin transición de un destino en Misiones, en pleno trópico.

Por fin todos estuvieron formados en la calle para que el mayor Aldo Rico los revistase, y allí el cabo Valdivieso fue víctima del nerviosismo propio de esa primera salida al combate. Rico le preguntó:

—¿Usted a qué va?

—Yo soy el que lleva el Blow Pipe, mi mayor.

—¿Y dónde está?

El atribulado Valdivieso salió corriendo a buscar su arma: de no ser por la

inspección, la habría olvidado. Mientras, el mayor Rico arengó a la sección: le señaló que no había suficiente información sobre el enemigo y que ella sería como los ojos adelantados del Ejército Argentino; les deseó buena suerte, acentuando que iban a realizar simplemente una exploración, pero que los esperaba para realizar pronto misiones de combate. Para afirmar el ánimo de sus hombres, pronunció una frase que quedó grabada en el recuerdo de sus subordinados:

—¡El lugar más caliente para que el soldado de la Compañía 602 tenga sus pies, es el vientre de un inglés!

Treparon a dos camiones y se fueron al lugar donde los helicópteros los aguardaban. No volvería a saberse de ellos hasta finalizadas las hostilidades.

El día anterior los mayores Castagneto y Rico habían cambiado ideas y esbozado un plan de acción conjunto. El primero de ellos, Mario Castagneto, tenía un conocimiento acabado de la situación militar, pues pocos hombres habían recorrido como él las islas. Hizo una completa exposición del estado de la campaña sobre la base de la geografía, ubicando en la carta a efectivos propios y enemigos, de manera tal que Rico y su plana mayor quedaron en claro: en ese momento se disiparon sus creencias de que la guerra se estaba ganando. El bloqueo británico al archipiélago, la firmemente establecida cabeza de playa en San Carlos, su rapidez operacional, el ataque iniciado sobre el istmo Darwin-Goose Green, mostraban que el enemigo tenía expedito el camino a Puerto Argentino. Aquí los abastecimientos — armamento, combustible y alimentos— disminuían en forma alarmante. Además, la falta de coordinación y apoyo entre las Fuerzas, la carencia de helicópteros para transporte y la ausencia de blindados para un veloz desplazamiento sobre la turba barrosa, habían hecho perder la iniciativa argentina.

El mayor Rico desechó entonces cualquier operación ofensiva sobre San Carlos, para concretarse a la defensa de la capital: ya había insinuado su idea ante el general Parada, que éste rebatiera tajantemente. Se trataba de accionar con técnica propia de Comandos, estableciéndose en territorio hostil y hostigando al adversario para entorpecer su avance y hasta forzarlo a una detención que incidiera políticamente o que sirviera a mejores condiciones para resistirlo. El mayor Castagneto no había tenido oportunidad de hacerlo

hasta entonces, porque cuando las fuerzas del Reino Unido desembarcaron, él estaba con dos secciones de su Compañía en la vecina Gran Malvina.

El proyecto acordado, en resumen, era adelantar los elementos de Comandos para ocupar el arco de alturas que circunvalaban a distancia visible la capital del archipiélago, enviando tantas patrullas como elevaciones; permanecer en dichos cerros, dejándose sobrepasar por el avance inglés, e informando a Puerto Argentino sobre su composición; y atacar luego por su retaguardia, primordialmente a la artillería y helicópteros.

De este modo el Ejército Británico demoraría su asalto final a la localidad —ya convenientemente alertada— por tener que atender a sus espaldas.

Un problema consistía en la ausencia de depósitos instalados con antelación, ya que las propuestas de Mario Castagneto en este sentido no habían logrado ser atendidas por razones de circunstancias. Para obviar este inconveniente, Rico ordenó a los capitanes Ferrero y Fernández Funes —expertos montañistas— que preparasen un “equipo modelo” para transportar individualmente. Mayor perjuicio lo significaba la disminución de los efectivos, puesto que una sección de la Compañía 601 permanecía en la isla vecina, en Howard, y otra se hallaba aislada en pleno territorio dominado por los invasores, en Big Mountain; Rico mismo, en esos momentos, se había desprendido de su primera sección.

Esta misión de alto riesgo, prácticamente sin retorno, sería la primera contraofensiva de los argentinos: si no de resultados decisivos, haría perder impulso al avance británico.

Operación “autoimpuesta”, mostraba el espíritu combativo de los Comandos. Era un movimiento provocado por sus mismos ejecutores, sin necesidad de que los incitaran a la acción sus superiores jerárquicos. La alta rentabilidad de la empresa hizo olvidar a los jefes de las Compañías 601 y 602 el sacrificio, tendiente a procurar modificar la situación.

El mayor Castagneto realizó un gesto poco frecuente entre militares: ante la disminución de los efectivos de aquellas dos, voluntariamente se puso a órdenes del mayor Rico:

—Para que hagamos las cosas más sencillas, es conveniente que nos integremos en determinadas operaciones; que usted sea el jefe, por más antiguo, y yo haga de segundo.

El bien del servicio y el éxito del plan borraron las pretensiones personales de Mario Castagneto, pese a ser quien mejor conocía la zona donde actuarían.

Por otra parte, por encima de sus diferencias de temperamento —Castagneto medido, Rico impulsivo— era grande el afecto que los unía como amigos y el respeto recíproco como soldados. En la práctica, Aldo Rico no quiso ni llegó a asumir dicha jefatura, y siguieron planeando de común acuerdo y sin dificultades sus operaciones.

Ese sábado, después de despacharse a la primera sección de la 602, y terminados de concertarse los detalles, los dos jefes de Comandos fueron a exponer su iniciativa al jefe del Estado Mayor del gobernador militar, general Daher, quien se hallaba asistido por los coroneles Machiniandiarena, Cáceres y Cervo. Aprobada la misma por aquél, comenzaron aceleradamente los preparativos para la marcha, pues se corría el riesgo de llegar tarde ante el avasallante movimiento estratégico-operacional enemigo:

—Hoy largamos la operación —anunció Rico al regresar al local—; yo se la propuse al comandante y él la aceptó.

Se elaboró la orden de combate. Las dos Compañías marcharían juntas conformando una sola agrupación de Comandos, en dos etapas: la primera con algo más de la mitad de los efectivos disponibles; y si no había luz suficiente —serían embarcados en los mismos helicópteros, cuya vuelta debía aguardarse— saldría el resto con la primera claridad del día siguiente. Ya estaba oscureciendo y no había tiempo que perder:

—Vamos ya, ya. Lo que se deje hoy lo llevamos mañana en helicóptero o en moto —urgía el mayor Rico.

Sin contar a las secciones ya adelantadas (García Pinasco en Big Mountain, y Vercesi en Simmons), así se distribuyeron los objetivos: bien hacia el noroeste quedarían escalonadas una sección de la Compañía 601 (teniente Alejandro Brizuela) en Monte Estancia, al sur de éste una sección de la Compañía 602 (capitán Andrés Ferrero) en Monte Kent, y adelante de ella dos secciones de la 602 (capitanes Eduardo Villarruel y Tomás Fernández) en Bluff Cove Peak. Detrás de estas alturas los Regimientos de Infantería defenderían los cerros intermedios a Puerto Argentino: Longdon, Two Sisters, Wall y Harriet.

Con las últimas luces del sábado 29 de mayo los aparatos partieron a sus destinos. De modo que los jefes, planas mayores y personal auxiliar, más el Escuadrón Especial de Gendarmería, lo harían al día siguiente.

El mayor Rico debió concurrir al puesto de mando de la Brigada X, bajo cuya dependencia habían sido recientemente puestos los Comandos, porque allí se conocía la salida de las patrullas. Se hallaban el gobernador militar y los dos generales, y el primero preguntó al jefe de la Compañía 602 quién había impartido la orden para esa operación. El mayor Rico comenzó a explicar:

—La expusimos, y el general Daher me dijo...

—¡Pero no puede ser —interrumpió Jofre—, porque usted debía haber esperado la orden!

—La orden ya fue dada y la operación está en marcha— respondió cortante Rico, fastidiado, quien debió soportar que se lo increpara por su determinación, cuando él estaba en el convencimiento de haber sido ya aprobada, obrando en consecuencia al poco tiempo disponible por la velocidad del avance británico, para no condenar a los Comandos a quedar sin emplearse como tales, en Puerto Argentino.

Mario Castagneto se había enfrentado a una dificultad diferente, pero igualmente desagradable.

Este jefe, confirmando en la guerra los auspiciosos pronósticos recibidos desde el comienzo de su carrera, mostró una relevante conducta —a partir del hecho de forzar la intervención de la Compañía 601 en la campaña— traducida en su ánimo por emprender acciones, su valor en situaciones de riesgo, su espíritu de sacrificio. Era un verdadero ejemplo para sus hombres: “A nosotros nos daba una gran tranquilidad verlo estudiar las operaciones”, me confiaba uno de ellos. Exigente, detallista, tesonero, Castagneto era el primero en afrontar las misiones, acompañando a sus subordinados. Obsesionado por el buen cumplimiento de los trabajos, llegaba a la minucia cuando revisaba los preparativos, velando constantemente por la seguridad de sus ejecutores y sin quedar tranquilo hasta su feliz retorno.

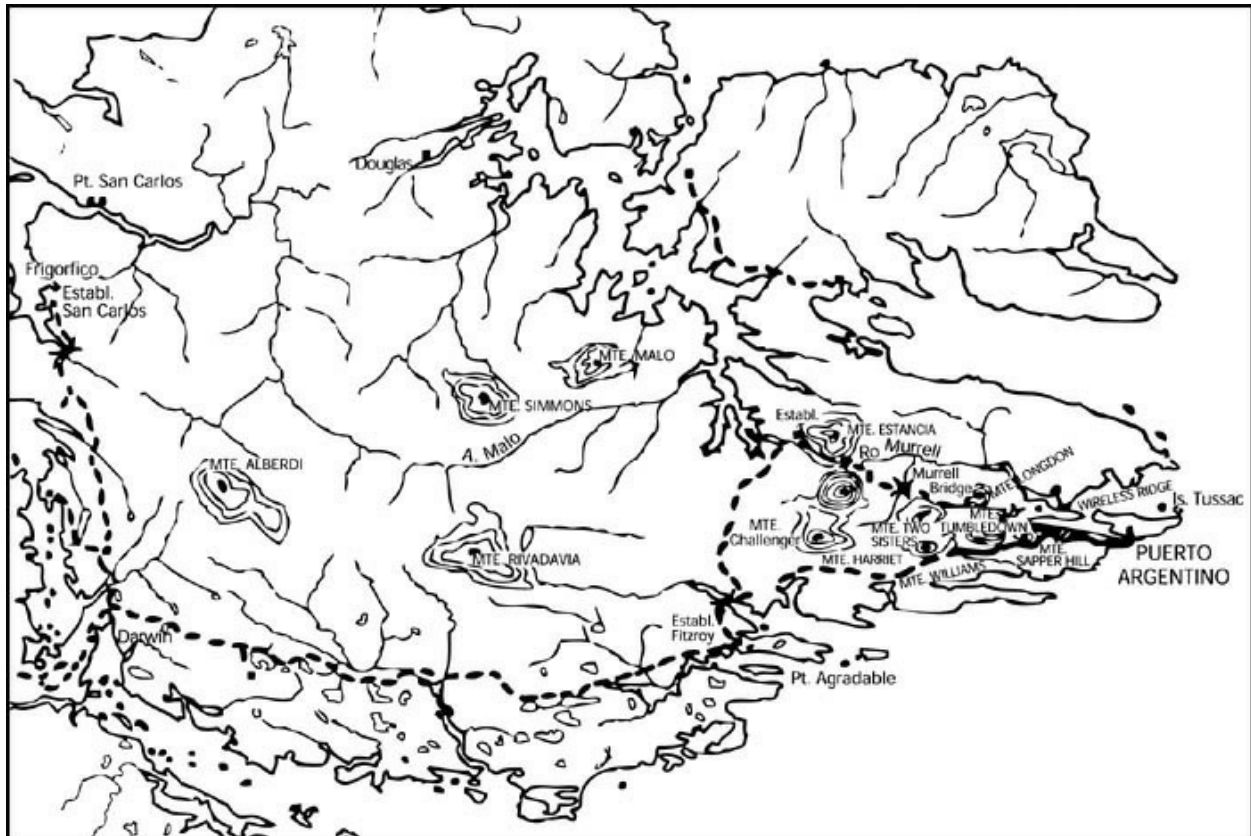
Demostró esas virtudes el mismo 29, preocupado como estaba por su segunda sección, inmovilizada en territorio enemigo, muy próxima a la cabeza de playa de San Carlos. Vio la posibilidad de recuperarla cuando fue montada la operación para ocupar los cerros: él mismo se embarcaría para encontrarlos y traerlos, sin delegar esta función. Pero no contaba con las terminantes órdenes del jefe de los helicópteros, teniente coronel Reveand,

quien hizo saber al piloto, capitán Svendsen:

—Apenas se acaba la luz usted regresa de inmediato acá.

La constante cuestión de preservar los aparatos volvió a levantarse como obstáculo; y además, el aviador hizo hincapié en su falta de instrumental para vuelo nocturno. Mas finalmente el mayor Castagneto venció su resistencia y logró trepar a un Puma que conduciría el primer contingente de Comandos al arco de alturas. Estaba tan lleno el aparato con hombres y equipos, que el jefe de la Compañía debió desprenderse de su mochila: cargó únicamente su fusil y municiones, lo que no dejó de inquietarlo durante el vuelo por la posibilidad de quedar en tierra sin abrigo ni alimentos.

En la máquina en que viajaba Castagneto lo hacía el capitán Tomás Fernández, cuya sección fue depositada próxima al cerro Bluff Cove Peak. Y prácticamente ya de noche, el capitán Svendsen la condujo veinte kilómetros más adelante, hacia el centro de la isla, pasando sobre Monte Simmons en donde se hallaban los hombres a cargo del capitán Vercesi, salidos esa mañana. Con pericia el piloto se internaba rumbo al oeste, ya al alcance de los radares británicos. Un segundo UH Bell conducido por el teniente primero Sánchez Mariño lo seguía en su audaz incursión.





*Mapa parcial de la isla Soledad.*

*Se indican con línea llena los caminos pavimentados, con línea de puntos las sendas de tierra. (Cap. Ricardo Frecha)*

El teniente primero García Pinasco había sido advertido por radio del intento, que hubo de llegar a Big Mountain a las cuatro de la tarde, pero cuya salida se demoró. Eran ya las seis y media, y en consecuencia, los hombres de la segunda sección se dispusieron a pasar la noche en ese lugar, pues estaban mal preparados para replegarse por sus propios medios. La noche anterior habían soportado las inclemencias de rigor, pudiendo oír el bombardeo sobre San Carlos que efectuaron los Canberra argentinos.

Todos comenzaron a sacar sus paños de carpa para cubrirse de la helada y de la lluvia. El capitán Negretti intentó una postrer comunicación radial con Puerto Argentino, y sin mayor esperanza comenzó a transmitir desde la altura en donde se habían refugiado. Sorpresivamente entró en la misma frecuencia de los helicópteros de rescate y pudo oír:

—Aquí Halcón, estoy a diez minutos de usted.

Bajaron los Comandos a toda velocidad de la altura, mezcladas la alegría y la desesperación por la urgencia, porque había conciencia de que los ingleses los debían de haber descubierto. Los aparatos estaban en un cañadón, con sus motores en marcha. Subieron con los que habían logrado tomar, y sin tiempo para controlar si todos lograron encaramarse, los dos helicópteros levantaron vuelo.

Inmediatamente se desató una tormenta, con granizo y nieve, que los ocultó de miradas indiscretas. Al rato, sin transición, salieron de ella a una noche estrellada, “preciosa”. Pasaron sobre el Monte Kent, donde horas antes habían desembarcado los hombres de la Compañía 602. Y algunos de la sección rescatada pudieron distinguir abajo fogonazos de armas de fuego: estaban combatiendo... El capitán Negretti tuvo “una amargura total”, según sus términos, porque sabía que esa patrulla había sido depositada sobre puntos controlados por el enemigo: el área de Inteligencia de la Brigada no había realizado el proceso y la explotación de los informes que pasara, y nada previnieron sobre la posible ocupación de ese lugar por los británicos.

El vuelo se efectuaba sin luces y a baja altura, con grave riesgo de chocar con algún cerro, lo que llenaba de zozobra a las tripulaciones. Hasta que al rato se divisaron las casas iluminadas de las proximidades de Puerto Argentino:

—Bueno, listo, ya no pasa nada.

En ese momento apareció un Sea Lynx inglés: prendió un proyector y disparó un misil contra el helicóptero argentino que iba atrás.

No le acertó, y el Bell efectuó una violenta caída para salir de su visión, tan brusca que con el sacudón se le desprendió la ametralladora MAG que llevaba enganchada para su defensa. Estaban ya a diez kilómetros de la capital, y no hubo otro ataque, pero siguieron volando a ras del suelo hasta llegar, con el corazón en la boca.

La satisfacción por el retorno feliz de la segunda patrulla de la Compañía 601 estaba empañada, no obstante, por una amarga certidumbre: contra lo supuesto, la operación para ocupar las alturas cercanas había comenzado tarde, y los ingleses, posesionados de ellas, estaban atacando a los Comandos argentinos.

### *Notas*

[70](#) El teniente primero Stel, oficial de Comunicaciones, fue enviado por el mayor Rico al mando de la Brigada X para ajustar los acuerdos sobre transmisiones, y confirmó allí la mala impresión recibida por sus camaradas: “Lo primero que se me dijo es que yo estaba desaliñado, barbudo, y que no me tenía que presentar en esa condición. Prefiero no decir quién fue. Eso me chocó, porque desde que fui movilizado en el Colegio Militar, sólo tuve la preocupación de tener mis equipos en funcionamiento; el resto no me importaba en absoluto”.

## CAPÍTULO XVII

### *La batalla de Prado del Ganso*

LAS ACCIONES DE LOS COMANDOS no pueden relatarse con absoluta independencia de las operaciones generales, así que de la misma manera que abordé la narración del desembarco británico, he de referir —siquiera sucintamente— la primera batalla auténtica en la campaña, que ayudará a perfeccionar el conocimiento del desempeño del Ejército Argentino en Malvinas. De paso, también, para corregir algunas versiones erróneas.

El istmo que une la península de Lafonia con la parte oriental y más poblada de la isla Soledad es una estrecha llanura con algunas elevaciones. Casi al medio se encuentra el poblado de Goose Green, habitado por más de un centenar de *kelpers*, asentado sobre una pequeña península; saliendo del mismo hacia el norte se elevaba a su vista un edificio de tres cuerpos en forma de hélice, que era el mejor colegio de toda Malvinas: una construcción de dos pisos que alojaba a pupilos, en un acantilado sobre el mar. Siguiendo hacia el norte los planos señalan la ubicación de Darwin Settlement, que no pasa de ser un conjunto de tres casas; pero su importancia radica en el hecho que es la residencia del representante de la *Falklands Islands Company* en el archipiélago. En el medio del istmo una pista de aterrizaje servía a las comunicaciones con la capital. La importancia del funcionario citado se refleja en su sede, y de aquí que el todo sea nombrado como *Darwin and Goose Green Parks*, siendo que la primera de estas dos localidades apenas merecería figurar como tal.

Inmediatamente de ocupado Puerto Stanley, entre el 3 y 4 de abril llegaron a Goose Green efectivos argentinos para posesionarse del lugar. Era la Compañía C del Regimiento de Infantería 25, al mando del teniente primero Carlos Daniel Esteban, compuesta por tres secciones a órdenes del teniente Roberto Estévez y de los subtenientes Juan José Gómez Centurión y Roberto Reyes. Los dos primeros poseían la aptitud especial de Comandos, no así su

jefe inmediato —Esteban era, en cambio, paracaidista, a más de licenciado en Ciencias Políticas— y al cual el teniente coronel Seineldín, jefe de la unidad, había colocado al frente para controlar los ímpetus de sus fogosos oficiales subalternos, dado que Esteban se distinguía por un temperamento más analítico y sereno, producto también de su mayor rango y edad. Por cierto, el Turco Seineldín no se conformaba con no estar al frente de una unidad compuesta íntegramente por Comandos, y a guisa de compensación —y consuelo— encargó un cursillo de esta especialidad a sus cuadros, impartido por Estévez y Gómez Centurión, luego de lo cual vistió a sus hombres con la boina verde y dio en aludir al Regimiento “Especial” 25. Sumado al entrenamiento, este detalle marcó a todos los soldados con un peculiar espíritu de cuerpo.

La Compañía C afirmó tal predisposición al encontrarse aislada en Goose Green, en donde dependía de sí misma. Su cuartel fue instalado en el imponente pero débil edificio del colegio, en torno del cual el teniente primero Esteban organizó una cerrada defensa en trescientos sesenta grados. Poco tiempo después fueron a sumárseles elementos de la Fuerza Aérea con aviones Pucará, constituyendo la Base Aérea Militar *Cóndor*. Dos piezas Oerlikon bitubo de 35 mm prestaban protección contra la aviación británica, a órdenes del subteniente Claudio Braghini, del Grupo de Artillería de Defensa Aérea 601.

Con respecto a los isleños me refirió Esteban: “Como yo era la autoridad máxima de esos pueblos, impartí un conjunto de órdenes muy distintas a las que se dieron en Puerto Argentino”. Todo quedó requisado y centralizado bajo control militar. El razonamiento del oficial para proceder así —según me lo explicó— derivaba de la hostilidad que percibió en aquellos lugares, cuyos pobladores iban a ser, cuando tuvieran oportunidad, informantes o saboteadores; por otra parte, todos los establecimientos allí existentes pertenecen a la Falklands Islands Company, cuyo cincuenta y uno por ciento es de propiedad de la Corona. De modo que al no tratarse de dominio privado, y sí del Estado contra el cual se combatía, el teniente primero Daniel Esteban se consideró justificado para apartarse de las instrucciones generales: requisó vehículos y alimentos, y quitó radios y combustibles. El jefe de la Compañía mantuvo a sus soldados en buenas condiciones, con baño caliente día por medio; pudiendo ver televisión (videocasetes) en sus momentos de descanso al salir de las posiciones húmedas de tirador. “El soldado no puede

convertirse en una lombriz viviendo en un pozo”, reflexionaba. De la bien surtida despensa de la F.I.C. se proveyeron de alimento variado y caliente: ello significó que cuando llegó la hora de combatir la tropa se encontraba con la moral alta y en perfecto estado físico.

Al comenzar los bombardeos ingleses, la población nativa fue concentrada en la iglesia —en cuyo techo fue pintada una Cruz Roja—, divididos hombres de mujeres, quienes fueron atendidos con un servicio para su comida e higiene, y diversos soldados argentinos se distribuyeron en las casas vacías, que cuidaron esmeradamente. El subteniente Gómez Centurión me decía a este propósito: “Esos campesinos tienen la característica de ser muy sucios, y algunas mujeres *kelpers* que desde la iglesia iban a sus moradas en búsqueda de algún objeto particular, comentaban de regreso que estaban más limpias que cuando ellas las habitaban”...<sup>71</sup>

El 29 de abril, por último, comenzó a llegar el Regimiento de Infantería 12, bajo el mando del teniente coronel Ítalo Piaggi, quien se puso al frente de las tropas allí destinadas.

Una larga y penosa odisea había cumplido el Regimiento 12 antes que sus primeros efectivos arribasen a Goose Green. Desde su acantonamiento en Mercedes, Provincia de Corrientes, había sido despachado hacia la lejana localidad de Comodoro Rivadavia a fin de instalarse en Caleta Olivia para proteger el litoral marítimo. Mas a poco de acomodarse, el Cuerpo de Ejército V ordenó a su jefe marchar a Río Turbio con toda premura, para vigilar la frontera con Chile; no sin que a mitad del trayecto, hallándose en Piedra Buena —quinientos kilómetros de Comodoro Rivadavia— le llegase la contraorden, pues la unidad debía pasar a Malvinas. Este desgaste, mezcla de fatiga, desconcierto y hambre —sobre todo para unos muchachos acostumbrados al clima cálido del Norte—, se sumó a la carencia absoluta de equipos: al Regimiento le faltaba tren propio de movilidad y debía agenciarse camiones; y cuando embarcaba sus elementos en el buque *Córdoba*, recibió nuevas instrucciones a causa del bloqueo británico, debiendo dejar todo su material pesado de apoyo. El Regimiento 12 fue conducido el 24 de abril en avión, quedando sus morteros, munición, vehículos, radios, cocinas, etcétera. en el continente: sus hombres sólo pudieron portar consigo los fusiles y un solo mortero. Y como la nave nunca efectuó el cruce a las islas, aquellos

equipos también quedaron en la Patagonia.

Cuatro días después de permanecer a la intemperie en el aeropuerto de Malvinas, el 28 fue conducido en camiones hasta la punta del camino a Fitz Roy, y desde allí comenzó a ser trasladado a Goose Green —ochenta y cinco kilómetros de Puerto Argentino— en un Chinook que debió efectuar al efecto sucesivos vuelos (mientras, el resto de sus componentes quedaba abandonado, incluso sin provisiones, en aquel punto, desde donde la Compañía B fue sacada para destacarla como reserva en Monte Kent). En los hechos, el Regimiento 12 tardó un mes entero en integrarse, pues a causa del problema insoluble de los helicópteros se le enviaban fracciones de cincuenta hombres. Al mismo tiempo, algunos jefes en Puerto Argentino procuraban proveerlo de elementos de combate: morteros, municiones, alimentos. En sucesivos viajes, de acuerdo con las posibilidades del transporte, se fue remontando el Regimiento y afirmándose la posición, aunque insuficientemente, por lo que luego se destacará.

“Yo tenía que ir organizando el dispositivo de defensa a medida que me llegaba la gente —me refería el teniente coronel Piaggi—; al límite del ataque inglés todavía la estaba recibiendo, y el mismo día 28 por la mañana, ya comenzada la batalla, me fueron enviados doce suboficiales y cincuenta hombres. Fue un desesperante goteo”.

No menos deficiente, en cuanto a poder combativo se refiere, era el estado de los soldados conscriptos que componían la unidad: la clase incorporada no había completado su período básico de instrucción individual, y era analfabeta en un cuarenta y cinco por ciento. El propio Piaggi se puso al frente del Regimiento apenas tres meses atrás, sin haber incluso firmado los inventarios al movilizarse para la campaña. Completaba lo lúgubre de la situación el hecho de que algunos oficiales que le fueron incorporados, por ser más antiguos, desplazaron a los mandos orgánicos que conocían a sus subalternos, privando a las fracciones de su integración plena. El jefe del 12 contaba solamente con la mitad de su plana mayor, y se le agregaron ocho subtenientes imprevistamente ascendidos desde las aulas del Colegio Militar.

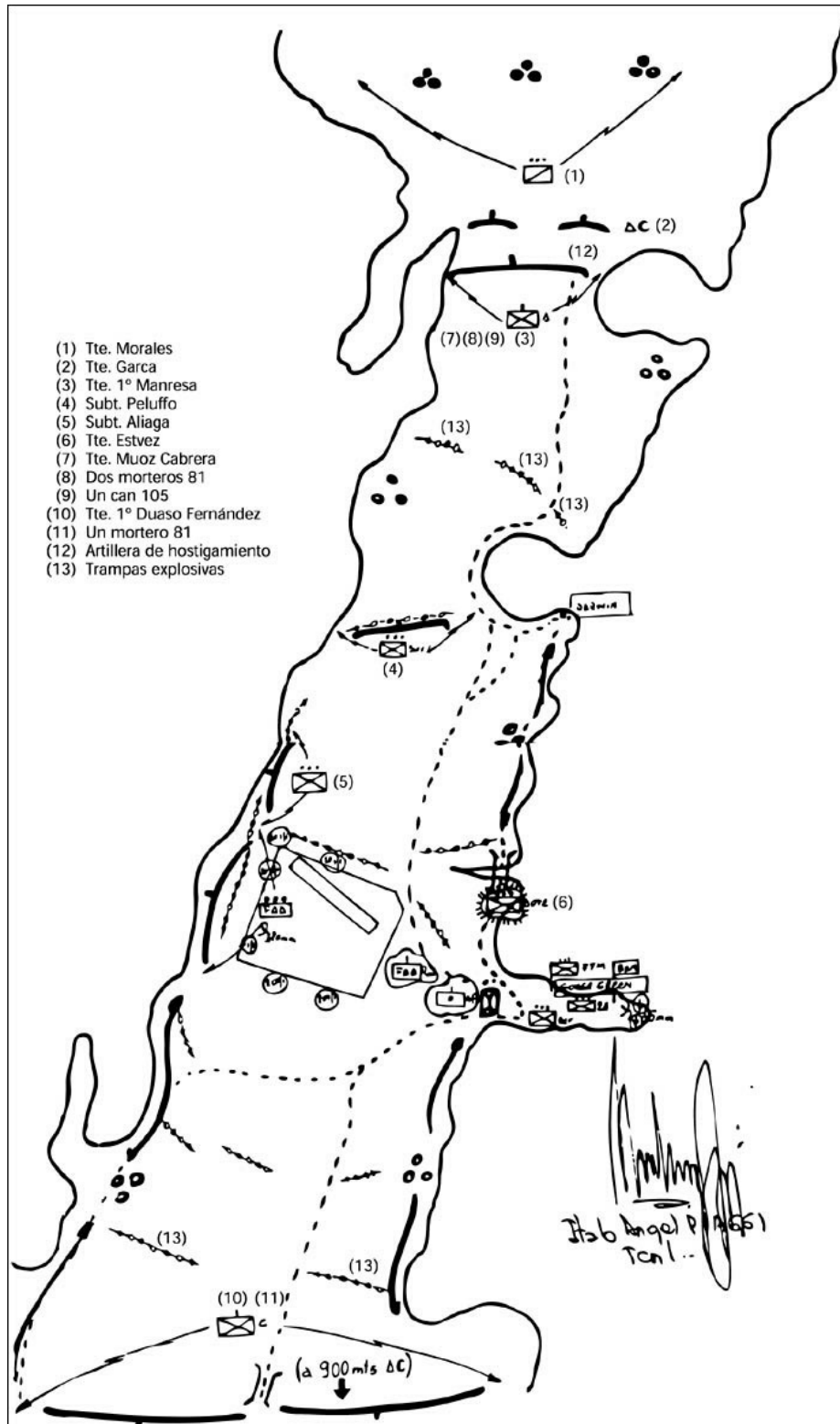
Al arribar a Goose Green, el Regimiento de Infantería apenas pudo disponer para alimentarse de la cocina de campaña de la Compañía C del Regimiento 25, y desde Puerto Argentino debió reforzarse el racionamiento. Por otra parte, las provisiones para las posiciones avanzadas debían transportarse sin tachos térmicos y llegaban frías; y desde el 12 de mayo la

comida fue reducida a la mitad por orden superior, lo que equivalía en la práctica al consumo de un solo plato fuerte diario más dos rondas de mate, una por la mañana y otra a la tarde. El teniente coronel Piaggi tuvo que destinar uno de los cuatro *jeeps* requisados para el abastecimiento de su línea —él no subió a ningún vehículo en todo el conflicto, pues el resto estaba empleado en otras tareas—, no obstante lo cual la Compañía A, emplazada muy adelante sobre Darwin, comenzó a contar casos de desnutrición a mediados de mayo.

Y una temperatura de congelamiento, con lluvias y vientos de setenta a cien kilómetros por hora.

Al comenzar las operaciones contra el Reino Unido, pues, el Regimiento 12 se hallaba sin completar sus elementos orgánicos y estaba desprovisto de armas de apoyo, vehículos, comunicaciones, equipos y aprovisionamiento. Por tales causas debía ser escasa su capacidad combativa y operacional: eran apenas dos Compañías disminuidas. Pese a la situación descrita, el espíritu de los soldados correntinos era bueno, y los constantes ataques aéreos anteriores al desarrollo de la batalla de Prado del Granso no lograron abatir el ánimo de esta unidad.

Considero pertinente puntualizar el lamentable estado de cosas que soportó, para explicar cabalmente su desempeño en lucha contra las fuerzas británicas. Un glorioso historial bélico precedía al 12: creado en la época de la Independencia (1815) bajo la primera jefatura del entonces coronel Arenales —cuyo nombre ostenta—, fue nuevamente puesto en servicio en la segunda mitad del siglo pasado; conduciéndolo a la pelea militares tan ilustres como los después generales Ayala, Mansilla, Racedo y Ortega. Probaron su empuje primero los paraguayos, luego los rebeldes jordanistas, y por último los indios chilenos.



Dispositivo de defensa del istmo de Prado del Ganso (26 de mayo), dibujado a mano por el teniente coronel Ítalo Ángel Piaggi, jefe de las fuerzas argentinas en el lugar.



El teniente coronel Ítalo Piaggi se instaló en el caserío de Goose Green, en la casa del yerno de *mister* Hardcastle, quien poseía un excelente equipo de radio, única forma de no quedar incomunicado con Puerto Argentino. La misión de su Regimiento era guarnecer el istmo y servir como reserva helitransportada a Puerto Argentino. El dispositivo defensivo adoptado fue un perímetro de diecisiete kilómetros en el cual los soldados, faltos hasta de palas, debieron construir sus posiciones cavándolas con los cascos y utensilios de rancho... A partir del 4 de mayo se desplegaron: la Compañía A (teniente primero Jorge A. Manresa) al norte, en la elevación que domina Darwin; y la Compañía C no completa aún (teniente primero Ramón Duazo Fernández) al sur, cerrando el acceso desde Lafonia. La Compañía C del Regimiento 25 servía como reserva; pero el 15 de mayo —según relato del capítulo X— parte de ella, más una sección del Regimiento 12, se desprendieron de Goose Green para marchar a San Carlos.

La Fuerza Aérea custodiaba la pista de aterrizaje, la pomposamente denominada Base Cóndor, junto con una sección del Regimiento 8 a órdenes del subteniente Guillermo Aliaga, emplazada en la desmantelada Boca House.

El 1 de mayo la planicie de Goose Green-Darwin fue bombardeada al igual que Puerto Argentino, sufriendo sus primeras bajas.

Una semana más tarde fue constituida la Fuerza de Tareas, reuniendo a todos los efectivos del Ejército en el istmo, o sea el Regimiento de Infantería 12 como núcleo, más la Compañía C del Regimiento 25, una sección de tiradores del Regimiento 8, un grupo de la Compañía de Ingenieros 9, y una sección del Grupo de Artillería 4. Le fue dada la denominación de *Mercedes* en recuerdo de la localidad correntina donde el 12 tenía sus cuarteles. Cabe señalar que nunca se definió la relación entre la Fuerza Aérea y el Ejército, de modo tal que el vicecomodoro Pedrozo y el teniente coronel Piaggi actuaron en forma separada y sin mayor coordinación, hasta el final, lo que resultó una seria perturbación para las operaciones.

Ya el acoso aéreo era constante: el 4 de mayo fue derribado por la artillería un Harrier conducido por el primer teniente Nicholas Taylor. A partir del desembarco británico en San Carlos, se sumó el cañoneo naval.

Para esta época la Fuerza de Tareas *Mercedes* contaba con dos cañones Otto Melara calibre 105 mm que le fueron enviados mediante la lancha patrullera de Prefectura *Río Iguazú*, la cual fue atacada por dos

cazabombarderos Harrier, sufriendo graves daños pero derribando a uno de los aviones <sup>72</sup>. Un tercer cañón llegó luego en helicóptero. Y el 25 de mayo se agregó a la guarnición la reducida dotación del buque *Monsumen*, portador de municiones y combustible, que también atacado, quedó varado a corta distancia: su comandante el teniente de navío Jorge Gopceovich Canevari se puso a órdenes de Piaggi.

En cuanto a los *kelpers* encerrados en la iglesia, hicieron llegar sus protestas y quejas al Gobernador en la capital; y el 21 llegó desde Puerto Argentino el coronel Chimeno, segundo comandante de la Brigada III, con orden de ponerlos en libertad <sup>73</sup>. Esto resultó fatal: estando el perímetro defensivo delante del pueblo, fue imposible disimularlo, y los isleños conocieron la ubicación de las posiciones y de los campos minados... El 23 de mayo el administrador de la *Falklands Islands Company*, Hardcastle, autorizado a residir en su casa de Darwin, se evadió de la zona: los británicos contarían con una valiosa fuente de información durante su ataque.

El teniente coronel Piaggi me explicaba: “Yo estaba condicionado, porque prácticamente estaba cumpliendo tres misiones: 1) como reserva helitransportada de Puerto Argentino debía estar preparado para el embarque y transporte del personal, por fracciones o al completo; 2) atender a la defensa inmediata de las instalaciones de la Base Aérea Militar Cóndor; 3) proveer a la defensa y seguridad de la localidad de Goose Green y Darwin. Nunca tuve orden de atacar San Carlos”.

Para el 26 de mayo, a punto de iniciar sus operaciones bélicas, la Fuerza de Tareas *Mercedes* estaba reducida en un cincuenta y uno por ciento de los efectivos que debieron constituir la, y con una carencia casi total de equipos. Sus hombres, destacados lejos del caserío, vivían en condiciones penosas en medio de un clima tan crudo, con un gran espacio de maniobra para defender. El armamento de apoyo era insuficiente: aparte de los tres cañones de 105 mm llegados pocos días antes, y dos antiaéreos bitubo de 35 mm, con dos mil quinientos proyectiles, se contaba con un mortero de 120 mm con alcance de seis mil seiscientos cincuenta metros, fuera de servicio —al cual hubo que soldarle la placa de base, con perjuicio de su funcionamiento—, dos morteros de 81 mm, tres ametralladoras MAG calibre 7,62, y una ametralladora del 12,7.

La F.T. *Mercedes* contaba con los siguientes elementos en esa jornada, la previa a entrar en acción:

*Compañías A y C del Regimiento de Infantería 12*: Veintiocho oficiales, setenta y dos suboficiales y trescientos treinta y nueve soldados (total: cuatrocientos treinta y nueve hombres); *Compañía C del Regimiento 25*: cuatro oficiales, trece suboficiales y sesenta y un soldados (total: setenta y ocho hombres); *grupo de la Compañía de Ingenieros 9*: un suboficial y diez soldados (total: once hombres); *sección de la Batería A del Grupo de Artillería 4*: tres oficiales, siete suboficiales y treinta y cinco soldados (total: cuarenta y cinco hombres); *sección del Grupo de Artillería de Defensa Aérea 601*: un oficial, ocho suboficiales y veinticuatro soldados (total: treinta y tres hombres); *sección del Regimiento de Infantería 8*: un oficial, cinco suboficiales y treinta y un soldados (total: treinta y siete hombres). En consecuencia, el Ejército contaba en el istmo de Darwin-Goose Green con un total general de seiscientos cuarenta y tres individuos al comenzar la batalla, número que se aumentaría al día siguiente con cuarenta y cuatro hombres pertenecientes a la Compañía C del Regimiento 25, llegados desde San Carlos vía Puerto Argentino <sup>74</sup>.

La Fuerza Aérea funcionaba independientemente y no participó en la defensa de las localidades.

Ese día 26 de mayo a las ocho y media de la mañana se recibió en el puesto de mando de Goose Green la orden de operaciones 506, que el comando de la Brigada III le impartía desde Puerto Argentino:

*La Fuerza de Tareas Mercedes reorganizará el dispositivo de defensa y ejecutará fuegos de hostigamiento sobre los efectivos enemigos más adelantados, a partir de este momento, en la zona asignada, para negar el acceso al istmo de Darwin y contribuir con sus fuegos al desarrollo de la operación principal.*

*La operación consistirá en preparar posiciones más alejadas de Darwin para el escalón de defensa de la primera línea, ocuparlas, y desde ellas adelantar las avanzadas de combate y exploración como seguridad de la posición, apoyando simultáneamente la operación principal con fuego de hostigamiento sobre Bodie Peak-Cantera Mt.-Monte Osborne.*

Dicho hostigamiento debía efectuarse con las piezas de la sección del Grupo de Artillería 4, durante la noche, lo mismo que el despliegue y retroceso de los efectivos. En cuanto al “límite anterior al campo principal de combate” quedaba indicado en la misma orden 506. La operación debía comenzar de inmediato <sup>75</sup>.

En otras palabras, el perímetro defensivo en torno a la localidad pasaría a ampliarse, de diecisiete kilómetros lineales, a treinta y uno, con una superficie de diecisiete kilómetros cuadrados... Era la desarticulación de la defensa tan trabajosamente organizada, atendida —aunque en forma limitada— por una red de comunicaciones instalada en función de las posibilidades existentes, con un campo de tiro ya prefijado, conociendo los soldados el terreno a su frente. Para peor, los campos minados quedarían ahora a las espaldas de los argentinos. Y las posiciones carecerían de apoyo mutuo.

Les pareció una orden inoportuna e ilógica; descalabraba el plan trazado: la entrada al istmo estaba dominada desde el cerro Darwin y el mando de la Brigada no conocía el terreno. El segundo jefe de los efectivos, mayor Alberto Frontera, protestó a través de la mesa:

—¡A esta orden no hay que cumplirla!

La misma idea se le cruzó al teniente coronel Piaggi, pero reflexionó:

—Primero: estamos frente al enemigo, no puedo permitirme el lujo de no cumplir una orden. Segundo: yo no sé por qué me ordenan la ampliación del dispositivo. Tercero: la ampliación puede ser la resultante de una posibilidad de refuerzo de la posición, ante la presencia del enemigo en San Carlos.

Piaggi pensaba que podían llegar tropas de refuerzo a Goose Green, y el Regimiento 12 con sus añadidos convertirse en la fuerza adelantada para un ataque a la cabeza de playa británica. Sobre todo, le intrigaba una frase repetida en la orden: “la operación principal”. ¿Cuál sería? No se la precisaba, y él carecía de medios para pedir una explicación en clave, pues su radio era de uso común; sobre todo, en la Brigada se tenía pleno conocimiento de su estado y carencias. Se dispuso a cumplirla.

En realidad, no se trataba de ninguna ofensiva, y la misma orden 506 estaba calificada de acuerdo al nombre que se le dio: “Defensa”. Porque el mando de la Brigada III consideraba que el dispositivo adoptado no defendía el istmo sino que meramente protegía el caserío y la pista; aunque sin duda no tuvo en cuenta la falta de efectivos y medios para llevarla eficientemente a cabo.

Ítalo Piaggi reunió a los jefes de las Compañías para transmitirles la orden

recibida; y dado que la carencia de vehículos y la falta de tendido de línea telefónica entre las subunidades haría que las comunicaciones quedaran prácticamente interrumpidas, les advirtió:

—Señores: el nuevo plan de defensa va a tener una gran flexibilidad, porque la falta de comunicaciones a todo nivel de comando, y en particular en el de ustedes, secciones y grupos, restringirá considerablemente la acción de mi comando en la ejecución de la defensa. Ustedes deben saber qué pienso yo al respecto.

Y el jefe del Regimiento 12 les hizo conocer la traza de líneas de retardo sucesivas. “Yo iba a depender mucho de los mandos subalternos”, me decía al hacerme el relato de la batalla, consciente del peligro de infiltración enemiga entre las secciones argentinas, sobre todo por el norte del istmo. No obstante el despliegue de la propia tropa, se pensaba que al menos, las fuerzas británicas caerían en terreno sembrado de minas.

Ese mismo atardecer se dio comienzo al hostigamiento indicado sobre las alturas Sussex, mientras otras fracciones avanzaban para cumplir con la nueva orden complementaria enviada por el general Parada, n° 507, titulada “Ataque de desarticulación”: “perturbar, hostigar y desconcentrar al enemigo”.

De tal manera, mientras la Compañía a órdenes del teniente primero Manresa abandonaba las posiciones que había ya fortificado, para empezar a construir nuevas trincheras, dos cañones de 105 mm. eran conducidos por un tractor. Éste detuvo su andar a poco, inutilizado, y con enorme esfuerzo aquellas piezas comenzaron a ser arrastradas y empujadas entre el barro por la sufrida tropa: “Parecía la retirada de Napoleón en Rusia”, comparaba gráficamente un oficial. El cañoneo en el vacío se produjo, sin ninguna respuesta ni efecto. A las cinco de la mañana los soldados, exhaustos, retornaron desde el punto alcanzado.

En cambio se detectó a las diez y media de esa noche un buque de regular porte navegando en dirección a Darwin. Inmediatamente se dio parte al mando de la Brigada en Puerto Argentino, solicitándole aviones que lo atacaran. Aquí no se consideró procedente tal apoyo, no sólo porque no se volaba de noche —e inmediatos estaban los Pucará del vicecomodoro Pedrozo—, pero eventualmente se formuló desde la capital un requerimiento que en Goose Green pareció insólito: el pedido de que se hiciera saber el calado de la nave, su velocidad aproximada, sistema de armas y radares,

color, y otros datos ilustrativos. La perplejidad inicial del teniente coronel Piaggi dio paso a una carcajada, puesto que cuando se pudiera obtener y transmitir tal información, el navío habría cañoneado las defensas o desembarcado tropas. Se optó por hacerle fuego con el cañón restante a su máximo alcance —los otros dos estaban siendo usados al norte de Darwin—, luego de lo cual el barco se retiró <sup>76</sup>.

Al día siguiente, jueves 27, tuvieron lugar por la mañana tres ataques aéreos sobre la adelantada Compañía A: ya el bombardeo no se efectuaba sobre la pista inmediata al caserío, sino sobre la tropa en el terreno, y posiblemente para acallar las piezas de artillería del Grupo 4 que mandaba el teniente primero Carlos Chanamapa, ya retiradas del punto. Era el indicio de que algo preparaba el enemigo. Luego de pasado el peligro, los ciento cuarenta y cinco soldados reemprendieron su agotadora tarea de cavar las nuevas posiciones, famélicos, congelados, físicamente disminuidos, rogando que los ingleses no desataran un ataque general inmediato. Poco después, el subteniente Ernesto Peluffo divisó a tres hombres observando desde las alturas a la línea argentina, quienes al ser atacados con ráfagas de ametralladora, se retiraron protegidos por una cortina de humo.

La gravedad del momento la daba el hecho de que la propia emisora B.B.C. de Londres anunciaba el inminente avance desde San Carlos de las tropas desembarcadas, con gran indignación de los jefes de la unidad alistada al efecto, por la pérdida del factor sorpresa; aunque —contra lo que creyeron, tal como lo señalan fuentes británicas— las fuerzas argentinas no necesitaron de tal aviso para estar listas, pues desde el día anterior habían percibido una mayor actividad aérea enemiga y divisado incluso helicópteros sobre la retaguardia de la caleta Camilla. La presencia naval contribuía a conformar un cuadro de alarma.

A mediodía, la sección exploración del Regimiento fue destacada para cubrir la zona de acceso al istmo, cuyas entradas eran el Low Pass y Burntside House. Estando allí, fue rodeada con ametralladoras al frente y flancos, y después de una breve escaramuza que le costó dos heridos el teniente que la mandaba se rindió. No había podido establecer comunicaciones para anunciar siquiera que había sido emboscada, y dicho pelotón se esfumó “como en el Triángulo de las Bermudas”, al decir de un oficial situado en Goose Green. Perdido el contacto, el teniente primero Manresa, jefe de la Compañía A, abrió fuego con sus morteros sobre las

presuntas avenidas de aproximación del enemigo, que fueron también batidas por el cañón de 105 mm.

Como contrapartida, por la tarde sucedieron nuevos bombardeos aéreos. Y ya oscurecido se desató un intenso cañoneo naval.

A las dos y media de la mañana del viernes 28 de mayo, la infantería inglesa iniciaba su avance: comenzaba la batalla de Prado del Ganso, “la primera batalla importante en tierra durante la guerra de las Malvinas, y además la más cruenta”; “en realidad, la primera acción del Ejército Británico contra un enemigo mayor (sic) desde Corea” <sup>77</sup>.

Cuatrocientos cincuenta hombres del aguerrido 2º Batallón de Paracaidistas, a órdenes del teniente coronel Herbert Jones —“Rayo de Sol” por nombre en clave— atacaron el istmo bajo una lluvia torrencial y helada. Sendas Compañías inglesas de ciento diez efectivos cada una, apoyadas por otras dos, tenían como objetivos primarios posesionarse del caserío de Darwin en una costa y en la otra del lugar denominado Boca House Ruins, restos de piedra de corrales e instalaciones ovejeras. El *Para 2* venía provisto con dos morteros y cincuenta y seis ametralladoras —el doble de su dotación normal (los argentinos contaban con cuatro)—, además de misiles hiloguiados Milan de gran alcance, y el apoyo de tres cañones de 105 mm, y helicópteros Scout y Gazelle que lo abastecían de municiones. Estaba previsto además el empleo de tanques livianos Scorpion —que el brigadier Thompson impidió actuar por creer que no podrían cruzar el terreno rugoso— y la intervención de aviones Harrier.

El teniente coronel H. Jones ordenó derrotar a los argentinos durante la noche y tomar Goose Green con la luz del día, para identificar y evitar perjuicios a los isleños <sup>78</sup>. Las defensas de la “Fuerza de Tareas *Mercedes*” serían atacadas con ventaja de, al menos, dos contra uno en cada caso. Así ocurrió desde el comienzo.

Ante la presión enemiga, se replegaron las avanzadas argentinas, y la Compañía A del Regimiento 12 comenzó un duro encuentro en inferioridad numérica, bajo intenso cañoneo inglés. Para agravar la situación, entró en acción como apoyo la fragata *Arrow*, “que por sí sola equivalía a toda una batería de cañones de 105 mm.” <sup>79</sup>. Y ese repliegue de los defensores del istmo se efectuó por sectores no previstos para su recibimiento, en desorden,

lo que provocó confusión entre las tropas de la primera línea; las cuales, creyéndose sobrepasadas por los atacantes, abandonaron presa del pánico sus posiciones, debiendo ser restablecido el orden por la energía de oficiales y suboficiales, para evitar que el descalabro fuese completo. La artillería argentina a su vez tomó parte en el combate; mas sin reglaje para su puntería, resultó poco eficaz, aunque causó bajas entre los invasores.

Una intensa lucha se desarrollaba en la oscuridad, rota por el furioso accionar de armas pesadas y portátiles; combates a corta distancia que llegaron al empleo de granadas de mano. A veces, luces de Bengala iluminaban el terreno “como de día”. Un certero impacto alcanzó el jeep que conducía la radio del jefe de la Compañía, destruyéndola por completo, con lo que el teniente primero Manresa quedó privado de comunicación con su base. Los ingleses lanzaban granadas incendiarias de fósforo blanco, de cruel efecto, contra las trincheras más obstinadas.

A las tres y media los paracaidistas británicos lograron conmover la resistencia de los infantes argentinos, cuya línea cedió, en vista de lo cual Manresa ordenó el repliegue a las posiciones de retaguardia previamente fijadas, combatiendo constantemente. La sección de apoyo con armas pesadas, agotada su munición, debió abandonar a éstas por falta de medios para su transporte: un cañón sin retroceso y tres morteros.

Antes del amanecer, el teniente coronel Piaggi intentó aliviar la presión enemiga sobre su Compañía adelantada mediante un contraataque de su reserva que permitiese restablecer el límite anterior del campo principal de combate. Para ello empleó la primera sección de la Compañía C del Regimiento 25, mandada por el teniente Roberto Estévez, el indicado para ejecutarla.

Este joven de veinticuatro años, oriundo de Misiones, era un ejemplo de oficial: duro consigo mismo, estricto con sus hombres, a quienes sin embargo cuidaba constantemente y no perdía ocasión de hablarles y arengarlos para retemplar su ánimo, velando por su estado físico y espiritual. Estévez poseía una relevante mística militar y era idolatrado por suboficiales y tropa. Soltero y profundamente católico, había marchado a Malvinas convencido que no regresaría vivo; al punto que antes de salir de sus cuarteles en Sarmiento (Chubut) para la base naval Espora —27 de marzo por la tarde—, Roberto



Estévez tuvo este diálogo con su amigo el subteniente Juan J. Gómez Centurión:

—Acabo de escribir una carta para mi padre y para mi novia, por si me pasa algo. Dígale a su señora que me las tenga, y en ese caso, que por favor se las mande.

—¡Pero déjese de macanas, viejo, no sea agorero! ¿Quién está pensando en estos momentos que se va a morir?

Ante la resistencia de su camarada, las cartas fueron confiadas al oficial maestro de banda, quien quedaba en la guarnición, mientras el Regimiento 25 se embarcaba para dirigirse a Malvinas. Aquí, en conversaciones de todos los días, permanentemente, el teniente Estévez repetía obsesionado que él no retornaría de la campaña.

Ahora marchaba audazmente al frente de sus hombres para luchar contra efectivos superiores en número que batían su avance desde el frente y flancos, rumbo noroeste hacia Boca House, donde resistía atrincherada la sección del Regimiento 8 mandada por el subteniente Guillermo Aliaga, quien protegía la pista de aterrizaje.

Los soldados del Regimiento 25 lograron detener la penetración británica, y su jefe se puso al habla con Goose Green, reconociendo al encargado de la sección comunicaciones, teniente primero Ernesto Kisimoto, a quien manifestó:

—Usted que me conoce, sepa que no voy a retroceder un metro, pero por favor, necesito apoyo de fuego: tengo mucha gente herida y estamos aplastados en el terreno y no podemos sacar la cabeza por el gran volumen de fuego enemigo.

El encuentro en ese sitio era sumamente violento: los británicos barrían con sus proyectiles de ametralladoras y morteros, desde la costa norte, las posiciones argentinas ubicadas sobre el acantilado. Las trazantes luminosas y los estallidos rubricaban la violencia de la pelea, en cuyo transcurso el teniente Estévez fue herido en la pierna derecha. Poco después otra bala lo alcanzó en un hombro. No obstante, portando del brazo sano su fusil y la radio, Estévez se reunió con el cabo Mario Castro y los soldados Fabricio Carrascul y Sergio Rodríguez, a quienes preguntó si estaban heridos, afirmando que lo de él “no era nada”.

Cuenta el soldado Rodríguez: “En ese momento yo sentí los gritos de un suboficial, quien desde el pozo de atrás me pedía que lo matara, que no

quería seguir sufriendo. Lo había alcanzado un proyectil incendiario y estaba ardiendo vivo sin que ninguno pudiera ayudarlo. Aquello era un infierno; y cuando dejé de oír sus gritos pensé que era mejor que hubiera muerto. Llovían las balas, era como si la tierra misma se incendiara. La turba se prendía fuego por un mortero, no más, tan seca estaba” <sup>80</sup>.

Por segunda vez usó de la radio Estévez, quien reglaba a la artillería propia:

—Insisto que no me voy a replegar; me están destruyendo la sección, necesito urgente apoyo de fuego. ¿Dónde mierda están los morteros?

En ese momento, cerca de las seis de la madrugada, recibió otro tiro que le penetró por el pómulo derecho, y lo arrojó para atrás. El oficial cayó al fondo de la trinchera. Tomó su radio el cabo, quien a poco también fue alcanzado por las balas enemigas, falleciendo en el acto. La posición estaba siendo saturada por el fuego, pero el soldado Carrascul imitó la conducta de sus superiores, llamando al poblado:

—¡Murió el teniente, murió el cabo, me hice cargo de la sección! ¡Necesito órdenes de qué es lo que tengo que hacer!

Un disparo lo mató un rato después.

Roberto Estévez aún vivía. El soldado Rodríguez relata: “Hubo un momento en que me rozaron dos esquirlas la cabeza, y el teniente Estévez, que agonizaba en silencio, me habla y me dice que me ponga el casco de un muerto. Me caían unos hilos de sangre por la cara. Cuando me volví a mirarlo había muerto”. Así rindió su existencia, en forma ciertamente épica, tal cual la había asumido: dando una orden, como un oficial, velando por la suerte de su subordinado. Su epitafio había sido dictado un siglo atrás por otro joven desaparecido a los veintiún años en similares circunstancias: por el capitán Domingo Fidel Sarmiento, Dominguito, del Regimiento 12 de Infantería de Línea, quien ofrendó su vida en el terrible asalto a la fortaleza paraguaya de Curupaytí, el 22 de septiembre de 1866: “*¡Morir por la Patria es vivir!*” Como tantos otros camaradas de Malvinas, Roberto Estévez sobrevivirá, en efecto, en el recuerdo y el homenaje de sus connacionales <sup>81</sup>.

Su sacrificio y el de sus compañeros no fue estéril: los paracaidistas ingleses se retiraron para ponerse a cubierto, contenido su avance, al asomar el débil sol del 28. Uno de los atacantes expresó su admiración:

—¡Tantas mentiras que se nos dijeron acerca de que no querían pelear, y están peleando como leones!<sup>82</sup>

En efecto, desde que aclaró las tropas británicas soportaron “un

impresionante fuego” a campo descubierto: “los informes sobre una guarnición desmoralizada y desganada parecían sin fundamento”, subrayan los dos autores de esa nacionalidad a quienes sigo. La dureza de las posiciones argentinas está corroborada por el relato del feroz combate que hace otra fuente similar <sup>83</sup>. “De pronto, al romper el día, el balance de la batalla se inclinó bruscamente en contra de los ingleses”, estampan Hastings y Jenkins. El veterano mayor John Crossland —ex SAS—, jefe de la Compañía B que atacaba Boca House, sintetiza: “—Hasta las primeras luces ganábamos completamente; desde el amanecer, llevamos la peor parte”.

El teniente de Ingenieros Clive Livingstone relata: “La luz diurna permitía ya a los argentinos identificar objetos y hacer fuego efectivo; aunque esta circunstancia valía también para nosotros, el peso del fuego que podíamos producir no estaba en proporción con la respuesta masiva que encontramos. Cesamos de disparar y nuestra preocupación central pasó a ser retirarnos en las pausas durante las cuales no nos prestaban atención. Los dos pelotones no estaban en condiciones de atacar las trincheras desde las cuales se nos disparaba. Nos llevó cuarenta y cinco minutos retirarnos valiéndonos del humo y de las pausas” <sup>84</sup>.

También en el otro costado del istmo, frente a Darwin, la Compañía C de los paracaidistas ingleses estaba frenada y comenzaba a retroceder: “Una combinación de artillería, fuego de morteros y de artillería antiaérea en tiro terrestre”, cuenta el brigadier Thompson, “fue dirigida contra la tropa que avanzaban. Poca o ninguna cobertura estaba disponible, y era difícil creer que esa potencia de fuego pudiera ser resistida mucho, reportó Livingstone, teniente de Ingenieros” <sup>85</sup>.

Por ese tiempo la fragata *Arrow* abandonó la acción, a causa de desperfectos en su cañón. Y a las nueve de la mañana, una patrulla de dos Pucará atacó a la artillería británica ubicada al norte de Prado del Ganso, en tanto que los Harriers no habían decolado creyendo que la niebla impedía volar. Debe destacarse el gesto del sargento primero Juan Carlos Coelho, del Regimiento 12, quien oyendo en el puesto de mando que se produciría la incursión de la aviación argentina, se ofreció voluntario para ir a marcar la línea más adelantada de la propia tropa, con sábanas, bolsas, etc., para aclarar a los pilotos el blanco. Cuando cumplía esta misión fue ametrallado por los británicos y sufrió heridas de gravedad.

“A las ocho y media de la mañana —refieren Hastings y Jenkins— la situación del Batallón (2 de Paracaidistas) no era envidiable. Ninguna de las Compañías parecía capaz de lanzarse a través del campo abierto y poner fin al equilibrio sangriento impuesto por los argentinos. Toda maniobra táctica convencional era imposible. Los hombres estaban echados a lo largo del istmo. Algunos se arrastraban entre los heridos y muertos para quitarles su reserva de munición” <sup>86</sup>.

Entre las nueve y media y las diez hubo una pausa en la batalla. Los británicos habían avanzado hasta la mitad de su objetivo, pero allí estaban contenidos firmemente por los defensores. “Confiaba en que tomaríamos el desayuno en el pueblo”, pensó desilusionado un oficial inglés. La línea de combate se había estabilizado desde Boca House donde se hallaba una sección del Regimiento 8 bajo el mando del subteniente Aliaga, hasta la elevación sobre Darwin, en la cual estaban apostados elementos del Regimiento 12 conformando dos secciones, entre restos de la Compañía A y fracciones de la Compañía de Comando y Servicios puesta a órdenes del subteniente Peluffo. Los efectivos argentinos habían sufrido pérdidas de consideración en este sector, entre muertos, heridos y prisioneros, hasta más de la mitad.

Se aprovechó el cese del fuego para reabastecerlos de armas y municiones, y redistribuir a las tropas; en cuya tarea —aún bajo el fuego— el teniente Carlos Colugnatti, el soldado Claudio García y demás personal sanitario del Ejército y Fuerza Aérea, desafiaron el diluvio de acero y plomo para evacuar heridos y hacer llegar víveres a la primera línea. La sección de Artillería dirigida por el teniente primero Chanampa tenía todos sus servidores con los brazos chamuscados y sangrantes por quemaduras provocadas por los incesantes disparos.

Empero el jefe de la Fuerza de Tareas recogió una circunstancia lamentable: “A más de las bajas sufridas, parte del personal estaba extraviado, disperso, o había hecho abandono del combate, refugiándose en la localidad”. Con respecto a esto último, el mismo Piaggi agrega que tales soldados, física y psíquicamente agotados por la falta de alimento y descanso, sumado a la tensión de una acción durísima, “sustraídos del control de sus mandos, se habían refugiado sin autorización en viviendas desocupadas”.

Como para compensar esta defección, a eso de las nueve descendieron dos helicópteros a tres kilómetros al sur de Goose Green, conduciendo al teniente

primero Carlos Daniel Esteban y los efectivos que pudo mantener consigo durante su retirada desde San Carlos hasta Douglas Paddock, en donde fueron buscados por aparatos enviados de Puerto Argentino. Bajo fuego enemigo, Esteban condujo su sección al pueblo, mientras en los aparatos eran cargados heridos para evacuar.

Recompuesta de este modo la reserva, y vista la detención del ataque, el teniente coronel Piaggi apreció que se daba una oportunidad para revertir la acción. Llamó al teniente primero Esteban para que la Compañía C del Regimiento 25 que mandaba reconstituyera la primera línea en el sector central de las posiciones originales de la Compañía A del Regimiento 12:

—En tres mil metros al frente no tiene enemigos —le dijo—. Los ingleses se están replegando. Tome las alturas del frente norte.

Esteban alistó a sus hombres, dividiéndolos en dos alas: en una él con su puesto de mando y la sección del subteniente Vásquez, y en otra la sección del subteniente Juan José Gómez Centurión. Este último inició primero la marcha, por el camino que bordeaba la costa.

Gómez Centurión iba doblemente incentivado para llegar adelante, porque aparte del cumplimiento de sus órdenes, deseaba confirmar la noticia que le había llegado sobre la suerte corrida por el teniente Roberto Estévez.

Avanzaron en marcha lenta, bajo la persistente llovizna que ocasionaba una gran bruma y en consecuencia ofrecía poca visibilidad, apoyando un flanco de la sección en el mar. Un grupo adelantado efectuaba la exploración a órdenes del cabo Oviedo. Por su parte, el subteniente estaba dispuesto a tomar contacto con la gente de Estévez y saber algo de éste, pues no podía convencerse que hubiese muerto; pero al ir superando el colegio —a mitad de camino de Darwin— se le acercó un estafeta desprendido de la fracción adelantada:

—Dice el cabo Oviedo que vienen enemigos avanzando por el camino.

—¿Cuántos son?

—Como una Compañía. Están adelante de las posiciones de la A.

Gómez Centurión lo consideró exagerado: atribuyó esa estimación a la tensión que se vivía. Sería una patrulla o a lo sumo una sección. En consecuencia, ordenó al soldado que la tropa avanzada cubriera la altura enfrente a Darwin, que con ser una mera elevación de alrededor de 30 metros, era importante con respecto a la llanura por donde pasaba el camino.

La sección argentina llegó a juntarse con aquélla y su jefe instaló sobre la

ligera colina una emboscada, cubriendo la estrecha línea de avance: Gómez Centurión sabía que adelante de las posiciones de la Compañía A se hallaban dos potreros minados; de modo que su intención era abrir fuego sobre el enemigo cuando se pusiera a tiro, para forzarlo a desplegarse sobre ese terreno. Los infantes estaban aislados, pues su radio se había roto.

El subteniente Gómez Centurión vio con sus anteojos a los soldados ingleses marchando en columnas paralelas al costado del camino, bordeando los alambrados. Ignoraba de qué clase de elementos se trataba, pues todos portaban cascos; pero resultaba evidente que tenían un conocimiento acabado de las zonas sembradas con minas: de otra manera no se explicaba que sólo ocuparan el camino, en vez de avanzar por los potreros laterales.

Cuerpo a tierra, tranquilos, los elementos del Regimiento “Especial” de Seineldín aguardaban la orden de entablar combate. Sus dos ametralladoras tenían excelentes apuntadores: “era una suerte de ejercicio de tiro”, me relataba su jefe.

Cuando el pelotón que iba a la cabeza estuvo a ciento cincuenta metros de distancia, Gómez Centurión ordenó a sus dos grupos abrir el fuego. Varios enemigos cayeron; otros se tiraron sobre el camino. Pero ninguno se movió de ese espacio estrecho para buscar cubierta en los campos vecinos. Se arrastraron alrededor de una docena de hombres, pero cuando estaban adelante del resto de la sección, el oficial argentino volvió a hacer que se disparara sobre ellos, tomándolos de costado y originando otra confusión y nueva cantidad de bajas. Allí quedaron los ingleses sin poder desplazarse, en un verdadero “cuello de botella”.

La infantería nacional disparaba desde una zona ventajosa, con apoyo, dominando el campo y cubriendo sus ángulos muertos; los británicos tiraban hacia arriba, con muy poca visibilidad, en descubierto. Los primeros mantenían una buena disciplina de fuego, controlando sus descargas y haciendo pausas para elegir blancos. Para mejor, los británicos de retaguardia no podían usar sus morteros porque como la Compañía atacante estaba en un dispositivo alargado, si los disparos quedaban cortos caerían sobre ella. La situación estaba controlada.

El subteniente Gómez Centurión se sentía muy tranquilo: “Sigo en ventaja”, pensaba, “no se pueden mover. De acá me van a tener que sacar con abrelatas”.

También se empleó contra aquellos algunos cohetes descartables ingleses

capturados en el antiguo cuartel de los *Royal Marines* en Moody Brook, y tres proyectiles de fósforo blanco con el lanzador Instalaza. De a ratos, los británicos contestaban con una ametralladora. Pasaron cerca de veinte minutos.

De pronto cesó el fuego enemigo; los argentinos también hicieron una pausa. La persistente bruma impedía ver a lo lejos.

Gómez Centurión pudo divisar en la punta de la línea inglesa sobre el camino que tres hombres agitaban sus cascos. Ordenó no dispararles.

Los ingleses se pararon con manifiesta desconfianza, pero luego de un instante avanzaron, levantando sus fusiles con la mano derecha y siempre blandiendo sus cascos. Dos de ellos se detuvieron, y uno solo prosiguió, desviándose para atravesar el ángulo alambrado que daba acceso al potrero sin minas que separaba a los adversarios: confirmábase la sospecha acerca de la información precisa sobre las zonas minadas con que contaban.

Para el subteniente Gómez Centurión fue la situación más desconcertante de su vida: se había preparado para cualquier hipótesis de combate, menos para una capitulación, porque no podía tratarse de otra cosa. “Bueno, que vengan”, pensó, y se irguió a su turno. El sargento Sergio García —el suboficial más antiguo, que lo seguía en rango— y un soldado lo acompañaron unos metros, hasta que el oficial les indicó que proseguiría solo. Avisó al primero:

—Quédese a cargo de la gente; no hagan fuego. Yo voy adelante a ver qué pasa.

Bajando la pendiente, Gómez Centurión reflexionaba mientras los dos parlamentarios iban estrechando distancia: “Bueno, estos tipos no salen más de ahí, y vienen a rendirse, o a sacar la gente de alguna manera, lo que yo no voy a permitir; deben venir a rendirse”. Lo acicateaba el deseo de proseguir hasta encontrarse con la sección del teniente Estévez, que quizá lo necesitara si prosiguiera su resistencia.

El oficial enemigo, ya de casco puesto —cuyo modelo le indicó a Gómez Centurión que era paracaidista—, con la cara tiznada para no ser notado en la oscuridad, continuaba con su mano derecha levantando el fusil; llevaba una radio portátil colgada del lado izquierdo con laringófono. “Era un inglés muy característico”. Preguntó a aquél si comprendía su idioma, y ante la respuesta afirmativa, se presentó como lo que el subteniente argentino entendió *lieutenant Jones*. Para sorpresa de Gómez Centurión, le aclaró:

—Yo soy el jefe de los paracaidistas.

El oficial argentino recibió con extrañeza esta declaración, pues en operaciones no se efectúan tales precisiones. Posiblemente tratara de impresionar a su contrincante, pues prosiguió, para mayor desconcierto de éste:

—Si su gente me entrega su armamento, yo le garantizo la vida de todos...

La reacción de Gómez Centurión fue tanto de sorpresa como de cólera: ¿estaría loco? Indignado por esa burla que retardaba su incorporación a Estévez, sólo atinó a insultarlo:

—*Son of a bitch!* ¡Tiene dos minutos para volver antes que ordene abrir el fuego! *Get out of here!* (Váyase de aquí!)

El otro le hacía señas con la izquierda para que se calmara:

—*Take it easy, take it easy!*

—*No, no: only two minutes!*

Cortado el breve diálogo, ambos dieron vuelta para retornar a sus respectivas posiciones. Gómez Centurión comenzó a trepar la cuesta, preguntándose que iría a ocurrir a partir de entonces, obsesionado por su flanco izquierdo donde no tenía ningún elemento. De vez en cuando, vigilaba al inglés por sobre su hombro, mirándolo alejarse. Éste iba caminando en dirección al vértice del potrero para cruzar el alambrado y volver al camino.

De pronto, estando el subteniente Gómez Centurión a unos diez metros de su gente, sobre su derecha —el delicado flanco izquierdo de las posiciones que había dejado— rompió a disparar sobre la línea argentina una ametralladora con munición trazante, en forma nutrida.

Horrorizado, el oficial pudo ver los impactos hacer blanco en el cabo Oviedo y dos soldados. La garantía del parlamento había sido quebrada, y aprovechando la pausa y la bruma, una fracción inglesa se había corrido a una situación favorable.

Giró sobre su izquierda y avistó al militar con el cual había hablado, el único que divisó al instante, quien estaba agazapado tras el alambrado sobre el cual tenía apoyado su fusil. Sin vacilar, le hizo dos disparos: con el primer tiro lo vio caer. El teniente coronel H. Jones, jefe superior del avance, había muerto.

En ese momento la situación había cambiado, con el fuego enemigo proveniente desde el costado, en el cual se habían instalado la ametralladora y una docena de paracaidistas británicos. Los tiradores argentinos debieron



tomar cubierta y su fuego comenzó a carecer de su anterior precisión. Con esta distracción el enemigo sobrepasó el “cuello de botella” del camino y pudo desplegar en terreno libre de minas: estaba ahora en condiciones de lanzar un asalto. En la izquierda de la línea defensora se contaban cinco muertos, y también resultaron heridos varios integrantes del grupo del medio, mientras que permanecía intacto el que se hallaba sobre el mar.

La fuerza inglesa que batía el flanco debía ser neutralizada, y el jefe de la sección argentina encomendó tal misión a su segundo el sargento García, un modelo de soldado que se imponía por sus condiciones:

—Andate por atrás con dos soldados y acallá la ametralladora.

Éste seleccionó a los soldados Austin y Allende y partió para atacarla con granadas: a costa de sus vidas, silenciaron la pieza.

La posición argentina era ahora insostenible, con el riesgo de que la sección fuese cercada, y Gómez Centurión ordenó el repliegue. Él hacía fuego asomándose por el costado izquierdo de un poste, y al correrse unos metros para señalar un blanco al apuntador de su ametralladora, un tirador especial británico que sin duda lo había reconocido como al jefe enemigo, abatió al soldado que en ese momento apareció por ese mismo lugar. De treinta y nueve hombres, trece estaban heridos y siete quedaban muertos. Era cerca de mediodía.

La sección comenzó su retirada, cubriéndola por grupos y cargando sus heridos, hacia la primera línea defensiva a la altura del colegio, dos kilómetros atrás, bajo el fuego británico. El cabo Fernández —quien se había incorporado espontáneamente al salir la sección de Goose Green junto con cuatro soldados dispersos del teniente Estévez— resultó alcanzado en una pierna, y ante la imposibilidad de arrastrarlo a causa de su peso, debió ser abandonado tras un insignificante parapeto <sup>87</sup>. Sin otra baja, la sección se incorporó a la Compañía de Esteban, a quien Gómez Centurión informó que había matado a un oficial enemigo.

—*Sunray is down!* (Rayo de Sol ha caído).

Este mensaje radial llegado al puesto de mando británico sumió en consternación a todos los subordinados del afamado teniente coronel Herbert Jones, jefe del *Para 2* y conductor de la ofensiva. Y el ataque de los paracaidistas había vuelto a detenerse, ante un eficaz fuego de morteros que los obligó a retroceder hasta la bahía Carcass. Minutos más tarde, un Pucará logró abatir un helicóptero inglés sobre Darwin.

El nuevo contraataque argentino, con la resonante muerte del jefe adversario, produjo otra pausa en la batalla de Prado del Ganso. Para proseguirla, asumió el mando del Batallón su segundo jefe, mayor Christopher Keeble, a quien la acción le parecía “delicadamente equilibrada”: según sus propios términos, “la cosa se estaba poniendo muy fea” <sup>88</sup>. Debía procederse con total determinación de triunfar, y Keeble dejó el puesto de mando para trasladarse al frente mientras se preguntaba a sí mismo:

—*How the hell do I capture Goose Green?* (¿Cómo diablos capturo Goose Green?) <sup>89</sup>.

Pasado mediodía, el teniente coronel Ítalo Piaggi se comunicó con el comandante de la Brigada III, poniéndolo al tanto de lo sucedido hasta entonces, y recibiendo las felicitaciones de su superior por el desempeño de sus hombres. Para asombro suyo, el general Parada le ordenó el alistamiento de los efectivos para “iniciar la persecución”. El jefe de la Fuerza de Tareas le respondió que no estaba en condiciones de hacerlo, y que intentaba reorganizar la línea de sus posiciones. Como respuesta, Piaggi recibió una reiteración de aquélla:

—Reconstituya el límite anterior. Persiga a orden de este comando. Será apoyado con todo lo posible.

El teniente coronel no contestó esta vez: presa de ira, estrelló un jarro de aluminio contra la pared de su puesto de comunicaciones. ¿Con qué elementos iba a cumplir lo que se le indicaba? ¡Desde un mes atrás venía reclamándolos!

Y minutos después, un violento cañoneo anunciaba que los británicos reiniciaban su ataque.

Las trincheras argentinas fueron destruidas por una terrible concentración de proyectiles navales, de artillería de campaña, y morteros de los paracaidistas. Misiles Milan y ametralladoras saturaban las posiciones de la defensa, en torno de Boca House y cerca de Darwin. Dos Compañías británicas asaltaron la sección conducida por el subteniente Aliaga, acción así relatada en el *Informe Oficial* del Ejército: “El jefe de sección del Regimiento de Infantería 8 resulta herido de consideración. Varias posiciones han sido prácticamente demolidas. Después de una hora de intenso combate, la posición es totalmente cercada y penetrada por los primeros efectivos

ingleses. Ya sin posibilidades de romper el cerco, con su munición prácticamente agotada, se ordena cesar el combate”<sup>20</sup>.

El teniente coronel Piaggi se encontraba en Goose Green tratando de ordenar la resistencia: “Yo no tuve ninguna posibilidad de ejercer su conducción”, me refirió, “porque no tenía los medios siquiera para llegar con mi voz, a causa de la extensión de la línea de defensa. Salir del puesto de mando, donde estaba el sistema de comunicaciones, implicaba la pérdida de control de las operaciones y vivencias de la situación. Yo me movía en la medida que podía alejarme: doscientos, trescientos, cuatrocientos metros, corriendo, y volvía; veía un arma automática y le daba una misión de fuego; reorganizaba soldados desorientados. Además, debía mantener un mínimo de continuidad en las posiciones, y ordené el repliegue de la Compañía C del Regimiento 12, que era una especie de reserva al sur del istmo, pues si no, me quedaba colgada fuera del dispositivo. Ahí perdí más de una sección; incluso su jefe el subteniente Aldao cae prisionero, pero se fugó esa misma noche y volvió a incorporarse”. Su segundo el mayor Frontera operaba personalmente la radio de enlace con la capital.

Por su parte, los efectivos del Regimiento 25 restantes a órdenes del teniente primero Esteban, se hallaban cubriendo el acceso a la península en el perímetro norte. Sólo quedaba a éste un solo oficial, que era el subteniente Gómez Centurión —cuya sección contaba también con un solo suboficial, el cabo Pacheco—; y aquél procuraba reunir al menos una sección completa de la antigua Compañía C para apoyar la defensa de ese sector.

Según relata el teniente coronel Piaggi, cuando el ataque inglés estaba alcanzando la última línea de retardo dispuesta, el jefe de la Base Cóndor dispuso retirar —sin avisarle— la sección de Fuerza Aérea que custodiaba la pista de aterrizaje, dejando allí dos morteros y gran cantidad de munición. Una sección del Regimiento 12 debió cubrir ese punto, donde resistió hasta las tres de la tarde pese al incesante machacar de la artillería británica. Cerca de esa hora los enemigos los tomaron por el flanco, “habiendo sobrepasado sin resistencia”, refiere Piaggi, “posiciones abandonadas por personal de la Base”, y fueron forzados a rendirse <sup>21</sup>.

Y para agravar el cuadro, con el cese de la lluvia y la salida del sol, aparecieron los Sea Harrier, bombardeando y ametrallando todo el dispositivo argentino, buscando acallar con particular empeño las dos piezas de artillería antiaérea dirigidas por radar, que el teniente Braghini había

trasladado a la península.

No obstante, la Fuerza de Tareas Mercedes proseguía su resistencia.

En proximidades del cerro Darwin la fracción del Regimiento 12 al mando del subteniente Ernesto Peluffo defendía tenazmente sus posiciones, pese al masivo asalto con morteros, misiles Milan y proyectiles antitanque. Aquí “los defensores argentinos lucharon encarnizadamente”, estampan Hastings y Jenkins<sup>92</sup>; y hay que tener en cuenta que se trataba de soldados bisoños y hombres de servicios auxiliares. Peluffo mismo un mes atrás cursaba como cadete en las aulas del Colegio Militar, y había sido promovido sin completar sus estudios y sin experiencia de mando. Pero una y otra vez rechazaron los ataques a su sector, reabasteciéndose el oficial con la munición del personal caído cuando se agotaban las balas de su arma, conducta imitada por el cabo Genaro Bordón, quien recorría las trincheras portando un cajón de cargadores para distribuir: “Yo le ordené que se metiera a un pozo porque lo iban a matar”, relató Peluffo. Un proyectil de mortero que cayó en proximidades alcanzó de lleno a un soldado e hirió al subteniente en la pierna. Poco después la metralla lo alcanzó en el costado derecho de su cabeza, a medias protegida por el casco, y el jefe del sector cayó aturdido al fondo del pozo de tirador:

—No se aflija, mi subteniente —le dijo el soldado Espíndola luego de revisarlo ligeramente—, el cuero no más es...

Este animoso soldado lo vendó y lo cubrió con una manta, colocándose el casco de Peluffo, quien impartió su última orden:

—¡Fuego libre!

Poco después, rodeados por los británicos, y con elevada cantidad de heridos, Espíndola se encargó de poner fin a la lucha en esa posición, levantando un trapo blanco con su fusil.

—*The war is over for you* (la guerra ha terminado para usted) —le anunció al subteniente argentino un soldado inglés al acercarse y hacerle las primeras curaciones: su herida era mucho más seria de lo que el soldado correntino le dijera. La conducta de Ernesto Peluffo causó la admiración de sus propios adversarios, uno de los cuales, el capitán Rod Bell le gritaba en castellano que se rindiera durante la lucha, sin resultado. Finalizadas las hostilidades, dicho capitán Bell transmitió al general Omar Parada su admiración por Peluffo, sugiriéndole que fuera condecorado, y más aún: “que si las circunstancias lo permitieran, le gustaría estar presente en la ceremonia” <sup>93</sup>.

Estampa una fuente británica: “Quizá las armas más mortales que los ingleses enfrentaron en esta etapa fueron los cañones antiaéreos de 35 mm controlados por radar de la Aeronáutica Argentina (sic), que disparaban desde el extremo oriental del asentamiento de Goose Green contra los paracaidistas que lentamente avanzaban. Cada vez que las tropas se movían más allá de la cumbre de las colinas sobre el lado argentino, les llovía un diluvio de metralla. Chris Keeble estaba en una altura del terreno cuando todo a su alrededor tembló bajo el cañoneo argentino: ‘Voy a morir’, pensó calmadamente” <sup>94</sup>.

Frente al colegio, los ingleses volvieron a encontrar otro obstáculo que demandó un serio esfuerzo para superar. Una trinchera argentina a su costado, abrumada por los fuegos del enemigo, levantó bandera blanca, y en esta oportunidad se produjo un episodio trágico: al avanzar un teniente de Paracaidistas y dos soldados para hacerse cargo de ella, fueron abatidos por disparos provenientes del colegio, provocando la indignada reacción de los atacantes. Con cohetes, granadas de fósforo y ametralladoras, asaltaron el edificio sin dar cuartel, masacrando a sus defensores en medio del incendio del mismo. Pasado el momento, los propios británicos descartaron que los defensores hubiesen procedido maliciosamente: el propio mayor Keeble opinó que fue “un error en el tumulto de la batalla y que los argentinos dispararon sin darse cuenta que los de la trinchera vecina se disponían a rendirse” <sup>95</sup>.

Ya se combatía furiosamente en el linde de Goose Green, batido por fuego de cañones y morteros. Subrayando la angustiada situación de los defensores, al mejorar el tiempo nuevos ataques aéreos se abatieron sobre sus reductos, sin que lograran evitar la presión británica sendas incursiones a cargo de aviones despachados desde Puerto Argentino, con el derribo de tres de éstos. Se sumó la circunstancia desfavorable de que, destruido el director automático de tiro, quedaron silenciados los cañones antiaéreos que desde el extremo de la península hostigaban eficazmente a los paracaidistas ingleses con tiro terrestre.

Promediando la tarde, a eso de las cinco y media, se recibió en el puesto de comunicaciones un llamado con el indicativo de *Capanga*, el comandante de la Brigada. Operando personalmente la radio, el general Omar Parada

comunicó al teniente coronel Piaggi el siguiente texto cifrado para tratar de salvar a las fuerzas sitiadas:

—Repliegue la Fuerza de Tareas en dirección al puente sur de Goose Green (Bodie Creek Bridge), y marche al sur-este para un rescate vía marítima o helitransportada. Analizará la orden e informará resolución.

“Era una barbaridad”, me comentaba Piaggi. “¿Usted se imagina interrumpir el combate con un enemigo que está a mil o quinientos metros y salir de noche? Supuesto el caso que los ingleses no pudieran mantenerme aferrado en la posición, me atacarían en campo raso, sin defensa. Y si el Regimiento llegara al punto indicado, no tenía seguridad de que vinieran a buscarlos, o en qué lugar lo embarcaba”.

Inesperadamente se avistaron refuerzos: a tres kilómetros de distancia al sur de Goose Green, varios helicópteros evolucionaban con máxima audacia bajo intenso fuego, desembarcando tropas. Era la Compañía B del Regimiento 12 —menos una sección—, hasta entonces destinada en cercanías de Monte Kent, que tardíamente era enviada a sumarse a su unidad en las postrimerías de la batalla. La mandaba el capitán Corsiglia y la integraban ciento ocho hombres provistos de un cañón y un mortero <sup>96</sup>. Batida la zona por un sostenido cañoneo con el objeto de impedir su incorporación al núcleo de la resistencia, dicha Compañía quedó en las afueras, perdiendo contacto con dos grupos de tiradores, puestos en tierra en otro sitio.

Caía la oscuridad: con las luces de ese día heroico y trágico, ambas partes realizaron sus últimos esfuerzos. Los paracaidistas ingleses aplastaban las defensas con fuego de ametralladoras, morteros y artillería, mientras los infantes argentinos reforzaban sus disparos para contener la progresión enemiga. Las piezas de 105 mm del Grupo de Artillería 4 tiraban a seiscientos metros delante de la línea nacional avanzada. El jefe de sección, teniente primero Chanampa, advirtió a Piaggi:

—Mi teniente coronel: solicito autorización para suspender el fuego. No tengo distancia de seguridad: lo estoy haciendo sobre los cascos, sobre las cabezas de la primera línea.

Los cañones disparaban ya a menos del alcance eficaz de un fusil.

Los argentinos estaban siendo empujados a la lengua de tierra en donde se asentaba el caserío de Goose Green; sólo mantenían tenazmente en su poder el perímetro de acceso a la misma.

Hacia las ocho y media de la noche el fuego comenzó a cesar. Los británicos replegaron su línea de asalto para reorganizarse con refuerzos para un nuevo ataque, minando el campo a su frente. Los defensores de Goose Green procuraron remediar su situación angustiosa, reordenando las posiciones y abasteciéndolas: se carecía de munición suficiente y de adecuados elementos sanitarios, y la tropa estaba disminuida en efectivos, medios de lucha, y también en su espíritu.

Cerró la noche. Un silencio sepulcral imperaba en todas las posiciones, esporádicamente cortado por algunos tiros aislados, y con un ronroneo de fondo producido por el permanente desplazamiento de los helicópteros ingleses que afirmaban su terreno. La furia del combate había sufrido un paréntesis.

El teniente coronel Ítalo Piaggi meditaba en su puesto de mando, y él mismo me ha transmitido los pensamientos que lo embargaban: “Yo consideraba que podía soportar un ataque en la madrugada del 29 hasta el mediodía, en tanto y en cuanto no pusieran los ingleses en ejecución una capacidad que yo les asignaba, para mí definitiva, y que era la siguiente: nosotros estábamos cercados en un predio de la península de mil metros por trescientos en su parte más ancha, y en un kilómetro y medio estaba el resto de la Fuerza de Tareas; y si yo fuera el mando enemigo no arriesgaría vidas en un ataque formal a la localidad, porque simplemente con el fuego de artillería, naval y aéreo, la península desaparecería en el término de tres horas. Si los ingleses atacaran frontalmente con infantería para tratar de preservar a la población civil, duraríamos hasta poco después del mediodía”.

Piaggi no confiaba, a esa altura de la batalla, en el ánimo de los soldados, sometidos a intensa presión y sin contar con instrucción adecuada para un combate eficaz en el caserío. Su conclusión fue desesperada: “Prácticamente era imposible la continuidad de la lucha con un mínimo de rentabilidad, de mantenimiento de la posición por un tiempo relativamente prolongado”.

¿Para qué servía continuar la resistencia? ¿Podían llegar refuerzos desde Puerto Argentino al mismo Goose Green, o situarse entre Darwin y San Carlos para atacar a los británicos por su retaguardia? ¿Valía el sacrificio de setecientas vidas la prolongación de la batalla? Estos interrogantes lo torturaban.



Reunidos conjuntamente los jefes y planas mayores tanto del Ejército como de Fuerza Aérea, para analizar la situación, en cuanto la pausa de fuego lo permitió, el teniente coronel Piaggi hizo saber la indicación del general Parada para replegar las tropas al sur del istmo a fin de evacuarlas, y su criterio adverso a esta operación: con la llegada del día el desplazamiento sería advertido en terreno sin cubierta —en caso que pudiera romperse el cerco casi total impuesto por los británicos—, y marchando hacia un destino aún indeterminado, la columna sería atacada por aviones o elementos helitransportados. El vicecomodoro Wilson Pedrozo, jefe de la Base Aérea Militar, convino con esta apreciación. Inmediatamente los oficiales de la Fuerza Aérea plantearon la conveniencia de empeñar en la lucha las Compañías “frescas” B y C del Regimiento 12; objetando Piaggi —quien con su plana mayor había evaluado esta posibilidad— que respecto de la B recién llegada aún no se conocía exactamente su situación por falta de enlace radial, y no creía que los ingleses le permitirían forzar el cerco para incorporársele; y en cuanto a la Compañía C hasta entonces en el sur del istmo, había sido destinada a guarecer el flanco derecho de la línea defensiva, y retirarla de allí sería descuidar este sector del perímetro, que los enemigos podían ocupar inmediatamente con helicópteros. Cuando a su vez el teniente coronel Piaggi y su oficial de Operaciones el mayor Adolfo Moore pidieron a Pedrozo que aportara a la resistencia sus hombres —oficiales y suboficiales, pilotos y mecánicos—, los jefes de la Fuerza Aérea se negaron, aduciendo que no era su misión pelear como infantes pues habían sido formados como técnicos, invirtiéndose mucho dinero en ello...

A juicio del teniente coronel Piaggi se imponía entonces la rendición.

Al oírlo, entre los asistentes se desató una batahola, y —en términos del mismo jefe— “el intercambio de opiniones se tornó por momentos nervioso y desordenado”... Piaggi fundamentó su conclusión en la falta de armamento pesado de apoyo, la cantidad de bajas propias —que estimó en más de trescientos hombres—, la carencia de comunicaciones radioeléctricas para conducir la batalla de manera unificada, la alarmante disminución de municiones, el nivel “bajo y superficial” de la instrucción de los soldados para el combate en localidad. No creía, tampoco, que fuese eficaz la línea perimetral defensiva, pese al esfuerzo realizado durante la tarde. Añadió:

—Es probable la voladura estúpida del caserío de Goose Green, con todo adentro, incluyendo civiles y niños.



El enemigo —expresó entre las protestas— podía aniquilar la posición argentina mediante el solo efecto de su ilimitado poder de fuego de artillería y aviación, sobre todo si se alcanzaban los depósitos de combustible ubicados ya en las trincheras avanzadas: cien tambores de aeronafta conteniendo veinte mil litros, y noventa y siete tambores de nafta especial con diecinueve mil cuatrocientos litros, más noventa y ocho cajones de munición para artillería calibre 105 mm.

—La posición no tiene capacidad de respuesta —concluyó.

La tensa negativa que los presentes opusieron a la determinación del jefe de la defensa, movió al teniente coronel Piaggi a intentar ganar tiempo: gestionar con los británicos un alto temporario del combate para evacuar a la población civil, tratando en el ínterin de mejorar la resistencia, e informar a Puerto Argentino la situación crítica de la Fuerza de Tareas “Mercedes” en Goose Green, para que desde la capital se procurase aliviarla.

Quince minutos más tarde —un poco después de las nueve de la noche— se estableció el contacto con Puerto Argentino. El vicecomodoro Pedrozo insistió en hablar directamente con su superior orgánico en Malvinas, brigadier Castellano, a quien planteó la situación. Su jefe le hizo saber que procediera de conformidad con lo que el general Parada resolviera luego de su conversación con el teniente coronel Piaggi.

Ítalo Piaggi volvió a exponer el cuadro que se vivía en Goose Green: su gente estaba replegada y formando el cerco de la última línea de defensa, más atrás del primitivo planeamiento, que prácticamente coincidía con el perímetro de la planta urbana; la cantidad de bajas era numerosísima entre heridos, muertos y prisioneros —que no precisó en ese instante, pero a mí me indicó un faltante de cuatrocientos hombres perdidos, contando con algo más de trescientos para continuar la lucha—; la dificultad para el combate en la localidad, pues el personal no estaba en condiciones de afrontarlo y sólo restaban tres piezas de artillería con trescientos sesenta y cuatro proyectiles, para mantener por dos horas el fuego, aunque a juicio del teniente coronel Piaggi los británicos no asaltarían el caserío sino que lo destruirían mediante el empleo de sus cañones. Expresó sus fundamentos para no efectuar el repliegue al sur indicado a la tarde, a lo que el comandante de la Brigada asintió; y luego entabló el siguiente diálogo:

—Mi resolución es la siguiente —dijo Piaggi—: resistir en la posición en tanto no signifique un sacrificio de vidas estéril.

—Aprobado.

—Y ahora le hago un requerimiento, que para mí tiene un interés principalísimo, mi general: necesito saber si en lo inmediato Puerto Argentino está en condiciones de operar en apoyo o para revertir la situación. Y si eso ocurre, en cuánto tiempo a partir de este momento. Además: ¿el sostenimiento de la posición sirve, aunque sea secundariamente, al curso de otras operaciones en desarrollo?

—La respuesta es negativa, Piaggi; salvo lo que le hemos mandado no hay absolutamente más nada de refuerzos. Y no es esencial para Puerto Argentino el sostenimiento de la posición: queda entonces a su criterio el destino final.

Luego de esta decisión del general Parada, intervino el propio gobernador Menéndez en la dramática conversación:

—Vea, su Regimiento ha peleado bien. Creo que con lo que venía haciendo en noches anteriores y con lo que ha hecho desde la noche anterior, ha demostrado realmente su espíritu combativo. Por otra parte, nadie mejor que usted para juzgar la situación en que está. Así que a partir de ahora vea el tiempo que puede resistir, y después proceda en consecuencia: yo lo dejo en libertad <sup>97</sup>.

El comandante de la Brigada volvió a expresar al teniente coronel su reconocimiento por la tarea cumplida, y éste se disculpó ante su superior por no haber podido llenar acabadamente la misión impuesta.

Terminada la conferencia, Piaggi se reunió con su plana mayor y los jefes de subunidades del Ejército, siendo las diez de la noche. Les narró lo conversado con la capital, sus reflexiones, y pasó revista a los efectivos disponibles. Elocuente fue la respuesta del jefe de la Compañía A, teniente primero Manresa:

—No tengo Compañía: sólo cuento con los oficiales que me acompañan.

El jefe de la defensa transmitió la imposibilidad de recibir ayuda —fuera de los elementos de la Compañía C del Regimiento 25 llegados a la mañana y la Compañía B del Regimiento 12, arribados por la tarde—, y finalizó su informe con estas palabras:

—Estamos solos...

No resultó un cambio significativo la entrada de un enviado del capitán Corsiglia, jefe de dicha Compañía B, anunciando su próximo arribo pese a las

dificultades de forzar la barrera enemiga. Un siniestro ruido de motores llegaba desde la distancia: helicópteros británicos que evolucionaban sobre la línea de contacto con las tropas argentinas, preparando el asalto final.

Se destruyeron claves y documentos.

Y a las once de la noche de ese viernes 28 de mayo, volvieron los mandos superiores de la defensa a tener una reunión conjunta. Eran el teniente coronel Piaggi con su segundo el mayor Frontera, el vicecomodoro Pedrozo con los cuatro miembros de su plana mayor, y el teniente de navío Gopceвич, comandante del averiado *Monsumen*.

Durante la oscuridad de esa interminable noche, el jefe accidental del Batallón 2 de Paracaidistas preparó el ataque a Goose Green. El mayor Chris Keeble, de cuarenta y dos años de edad, católico practicante, mandaba a hombres duros y determinados, con un elevado espíritu: al llegar a Puerto Argentino, el *Para 2* fue la primera unidad británica en ingresar en la catedral para rezar por sus caídos y agradecer la victoria <sup>98</sup>. La interrupción de la batalla fue aprovechada para transportar desde San Carlos por helicópteros, no sólo refuerzos de artillería y municiones, sino también una compañía del Comando (batallón) 42 de Infantería de Marina. A lo largo de esas frías horas los heridos se transportaron a la planta frigorífica en desuso sobre bahía Ajax, la cual serviría también para alojar prisioneros. Un grupo de éstos fue llevado junto a un matorral incendiado para darles calor, y los ingleses podían ver a los soldados argentinos “rezar sus oraciones en la oscuridad quebrada por las llamas de las hiniestas encendidas, dirigidos por un joven subteniente baleado en una pierna y con una herida de metralla en un ojo” <sup>99</sup>.

Reinaba un pesado silencio: “Ambas partes”, escriben Hastings y Jenkins, “eran conscientes de ser sobrevivientes de una experiencia mortífera”.

El plan del mayor Keeble era efectuar a las nueve de la mañana una abrumadora muestra del poderío británico, mediante una concentración de fuego en sus avanzadas, para forzar a los defensores argentinos a rendirse, salvando sus propias vidas y las de los *kelpers* refugiados en la iglesia de la población. Para el caso de que no se produjera el efecto buscado, el jefe del Batallón preguntó a su superior en San Carlos, brigadier Julian Thompson, si en caso de necesidad podía cañonear al mismo Goose Green:

—Sí —contestó este último, confirmando las peores sospechas del teniente

coronel Ítalo Piaggi <sup>100</sup>.

El jefe de la Fuerza de Tareas Mercedes ya había tomado su resolución. Según me lo transmitió: “Estaba decidido al cese del fuego: no estaba justificado operacionalmente el mantenimiento de la posición. Entraba en competición el problema profesional de continuar la lucha, con el problema humano de la responsabilidad de las vidas a mi cargo”.

Reunidos todos los jefes en el puesto de mando de la Base Aérea, Piaggi volvió a exponer la situación: la capacidad del enemigo, la insuficiencia de medios para ofrecer una adecuada resistencia, y su convicción de que el poblado sería aniquilado a cañonazos por el empleo de todas las piezas de que el enemigo disponía sin limitación. Su análisis de los elementos disponibles era descorazonador, porque la agrupación a sus órdenes, que debía tener efectivos del orden de mil noventa y tres hombres, estaba disminuida por bajas de combate en un 32,38 %, cuya cifra —por impedir los ingleses la incorporación de la Compañía B integrada por ciento ocho hombres— se aumentaría hasta un 50,50 %. Hizo presente que para el resultado señalado, no computaba a los elementos de Fuerza Aérea, quienes —dijo— no habían participado ni colaborado en la lucha. También hizo presente el teniente coronel Piaggi el efecto del pánico entre los soldados que habían recibido la primera embestida de los británicos, al norte del istmo, con abandono del campo de combate y fuera del control de sus mandos, en cantidad indeterminada, que sólo parcialmente se había podido recuperar. Todo esto fue enunciado en medio de frecuentes interrupciones por parte de los reunidos. Y finalmente, el jefe de la guarnición insistió en la resolución ya expresada: cesar el fuego y capitular.

Otra explosión de protestas hizo eco a sus últimas palabras: ¡rendirse era indigno de militares argentinos! Piaggi restableció el orden y volvió a hablar:

—Señores: a través de lo que acabo de exponer, y de la conversación que ustedes han escuchado que tuve con el comandante de la Brigada, estoy en plena conciencia de cuál es la situación. Ustedes consideran que capitular es una vergüenza. ¿No piensan que yo también tengo mi corazón profesional? No caben esos calificativos, porque antes de eso, aquí hay que dar soluciones. Con histerias heroicas no hacemos absolutamente nada. Entonces, para evaluar en definitiva esta situación, yo voy a agradecer que cada uno de

ustedes exponga su pensamiento, si están de acuerdo o no con el cese del fuego que yo he resuelto; y qué solución aportan del punto de vista táctico para la continuación de la lucha, a partir de la situación que yo he planteado. Es probable que alguno tenga la luz para darla vuelta.

Enseguida comenzó por requerir los pareceres, comenzando por su segundo el mayor Alberto Frontera, quien respondió decidido:

—¡Continuar el combate, en homenaje a los muertos!

—¡Eso no es un fundamento —replicó Piaggi—, pido un curso de acción!

Luego tocó el turno al vicecomodoro Vera Mántaras, segundo jefe de la Base Córdor.

—De acuerdo con la apreciación de cese del fuego del jefe del Regimiento.

—¡En absoluto de acuerdo —terció el vicecomodoro Costa—, la rendición es ignominiosa! Debe emplearse la Compañía C.

El teniente coronel Piaggi indicó a aquél:

—Ya han escuchado por qué no la puedo emplear. A ver, el mayor Tomba.

—No: me opongo a la rendición; hay que continuar combatiendo. Emplear la Compañía B.

—Eso está descartado —señaló Piaggi.

El capitán Ré, ingeniero electrónico, fue el siguiente:

—Yo estoy de acuerdo con el cese del fuego y capitulación. Aunque soy oficial subalterno, me encuentro aquí por la circunstancia de haber sido requerida mi opinión: estoy conforme con la apreciación que hace el jefe del Regimiento, y no tengo elementos de juicio para contraponer a ese análisis. Yo soy un técnico. Así es que discúlpeme —añadió dirigiéndose al vicecomodoro Pedrozo, su jefe—, pero yo estoy de acuerdo con lo que dice el teniente coronel.

Llegó entonces el turno al jefe de la Base Aérea:

—¡No: es una vergüenza rendirse!

—¡No me vengas con histerias! —le reiteró Piaggi—. ¿Qué hacemos para continuar combatiendo? Dame una idea.

Un silencio cundió en la reunión. “No me dio ninguna fundamentación”, me decía Piaggi al finalizar su relato, “y además no estaba en condiciones de hacerlo, lo comprendo”. La tensión era evidente; sentados o parados dentro de un recinto estrecho, luego de escucharse las opiniones, los asistentes aguardaron a que el teniente coronel Piaggi comunicara su determinación final:

—Señores, retengo el cese de fuego y capitulación, de lo cual soy absolutamente responsable.

No había encontrado una alternativa viable para revertir el curso de la batalla, y ninguno de los presentes efectuó otro comentario. En un aparte, el vicecomodoro Wilson Pedrozo anunció al jefe de la agrupación militar:

—Bueno, Piaggi, yo como más antiguo me voy a hacer cargo del contacto con los ingleses.

—Sí, me parece macanudo, Wil; hacete cargo.

Un oficial buscó al administrador, *mister* Goss, quien mediante su radio tomó contacto con el mando inglés para acordar el término de la lucha — momentáneamente interrumpida— y coordinar con el mando británico una reunión conjunta para la nueve de la mañana siguiente. Mientras ello tenía lugar, el capitán Corsiglia, jefe de la Compañía B del Regimiento 12, finalmente habría logrado ingresar en el perímetro del pueblo dejando una sección perdida en el terreno. Aquella Compañía no portaba más que su armamento individual y no pasaba de ser un agregado a destiempo que no serviría eficazmente para modificar el cuadro de la resistencia.

El teniente coronel Piaggi se reunió con sus oficiales, convencido de que la Fuerza de Tareas a sus órdenes había cumplido su misión más allá de la disponibilidad de los medios empleados. Y les explicó:

—Si se hubiera ordenado la resistencia de Goose Green, y operacionalmente hubiera significado algo, aun el simple hecho de contraponer carne humana a cañones, señores, estaríamos todos enterrados.

Pero se había delegado en él la autoridad, sin imponérsele el continuar la acción, y Piaggi no estaba dispuesto a sacrificar sin motivo a sus soldados, teniendo en cuenta las consideraciones que obraron para que rindiera la plaza. Impartió las órdenes del caso, y a las dos y media de esa noche se procedió a quemar con turba de Malvinas la bandera del Regimiento 12, luego que todos sus oficiales la besaran individualmente.

Amaneció el 29 de mayo, claro, muy frío. Era la fecha en que el Ejército Argentino conmemoraba antiguas glorias, y todos los militares cercados en Goose Green eran conscientes de esa aciaga coincidencia. Una comisión de la Fuerza de Tareas *Mercedes* se situó en una casilla de madera emplazada al costado de la pista de aterrizaje, lugar convenido con los británicos para el

encuentro.

Siendo un terreno elevado, desde allí pudo avistarse el despliegue de los efectivos británicos, que fueron apreciados en dos unidades, Paracaidistas y *Royal Marines*, apoyados por blindados livianos y artillería de campaña. La línea enemiga más adelantada, en el sector norte, se encontraba a cubierto, a treinta metros del punto alcanzado por la comisión argentina, en posición para la apertura del fuego. Media hora duró la espera; entre tanto, el clima había cambiado con la brusquedad característica, encapotándose el cielo y comenzando a caer una lluvia congelada por la baja temperatura, que aumentaba un viento helado.

Transcurrido ese lapso se presentaron desde las líneas británicas dos suboficiales del Regimiento 12, prisioneros desde el día anterior, portando la página de una libreta escrita en castellano, a lápiz. El mayor Chris Keeble ignoraba la decisión de Piaggi, pues creía que el jefe de los defensores sólo convendría la evacuación de los isleños civiles internados, y por eso dictó a su intérprete el capitán Roderick Bell el siguiente mensaje:

*Único acuerdo posible es la rendición de los efectivos argentinos. Si los prisioneros comisionados con la nota no regresan en el término de una hora, se entenderá que la proposición ha sido rechazada; en ese caso se reanudará el combate y los mandos argentinos deberán asumir las consecuencias de la acción militar. Los mandos británicos han recibido autorización de Londres para ejecutar el bombardeo y ataque de Goose Green sin considerar sus efectos sobre la población civil, lo que será incumbencia y responsabilidad exclusiva del mando argentino <sup>101</sup>.*

Vueltos aquellos a la línea británica con la conformidad del grupo de parlamentarios argentinos, quedó convenida una reunión de los mandos de ambas partes, que se celebró a las once de la mañana. Por un lado el teniente coronel Piaggi, el vicecomodoro Pedrozo y el teniente de navío Gopceovich, que hablaba inglés; del otro el mayor Keeble, el capitán Bell, un radiooperador y dos periodistas. Efectuadas las presentaciones, el jefe del 2 de Paracaidistas se dirigió al jefe del Regimiento de Infantería 12:

—Teniente coronel: lo felicito por la resistencia ofrecida por su tropa. Yo pensaba, de acuerdo con mis previsiones de planeamiento, tomar Darwin y Goose Green en la mañana del 28: he debido combatir veinticuatro horas más.

Chris Keeble añadió que sus efectivos habían sufrido doscientos cincuenta bajas, y preguntado por las pérdidas argentinas que conociera, sólo indicó que eran muchas, pero que los heridos estaban debidamente atendidos. Luego el jefe británico hizo saber espontáneamente:

—En atención al valor de los defensores, su tropa se va a rendir con honores militares.

Sorpresivamente, mientras el vicecomodoro Pedrozo proseguía la conversación para ajustar los detalles de la capitulación, la alarma cundió en el grupo británico: el radiooperador había recibido el aviso de un avance de efectivos argentinos en actitud de combate.

En efecto, a simple vista podía observarse que desde el sur se acercaba desplegada una sección de tiradores... El mayor Keeble tomó la radio y personalmente dio la orden:

—*Prepared to open fire!* (¡Preparados para abrir fuego!)

Los cañones de la artillería y blindados del cerco giraron hacia ese lugar: todas las armas estuvieron listas. Desesperados, los jefes argentinos se dieron cuenta que se trataba del resto de la Compañía B del Regimiento 12, que había quedado separado del grueso cuando intentó el ingreso a Goose Green durante la noche. Avanzaba en son de lucha ignorando el acuerdo.

Piaggi, Pedrozo, Gopceovich, intercedieron ante Keeble explicando la situación, pidiéndole que evitase una matanza inútil. Éste retuvo la orden de disparar, confiando en sus dichos. Y bajo la mira de las piezas de artillería y de armas automáticas, la sección argentina al mando de un subteniente ingresó lentamente en el pueblo, ignorando cuán cerca estuvo de ser barrida de este mundo.

A las doce de ese día infausto, la Fuerza de Tareas Mercedes formaba tres costados de un cuadro, que cerraban elementos británicos de comando y control, y fracciones de seguridad. Con toda formalidad se rindieron los honores: mientras se adelantaba el primero Ítalo Piaggi para entregar su armamento personal con correa completo al mayor Keeble, los efectivos ingleses saludaban militarmente y los operadores de radio bajaron los gallardetes de sus aparatos. Luego los soldados depositaron a sus respectivos costados las armas, en los lugares donde estaban desplegados, sin desfilar arrojándolas a un solo montón.



La batalla de Prado del Ganso había concluido. Soldados sin entrenamiento ni instrucción de conjunto, un virtual conglomerado sin conocimiento entre mandos y subalternos, con oficiales que no eran los orgánicos del Regimiento 12 y media docena de subtenientes improvisados, habían entrado en operaciones bélicas tres días atrás al ampliar su dispositivo defensivo y efectuar tareas de hostigamiento. Luego, poco dormidos y mal alimentados, debieron soportar en inferioridad numérica el embate de una poderosa y completa maquinaria de guerra, puesto que la proporción de los atacantes siempre fue superior a la de la defensa, si se considera —como debe hacerse— cada punto de la lucha, y no un total de efectivos que nunca se puso en acción simultáneamente. Sólo una fracción de conscriptos bisoños —dieciocho años de edad— se replegó desordenadamente al promediar la lucha, en posiciones avanzadas al norte del istmo, porque no tenían cómo responder; pero el conjunto de las fuerzas argentinas ofreció una resistencia que los británicos no calcularon. “La proporción del efecto del pánico y el paso por alto”, me decía el teniente coronel Piaggi; “después de haber vivido eso, me doy cuenta que es propio de la condición humana, que estaba apretada por una presión de fuego desorbitada”. En total, agregaba, los argentinos sufrieron ciento cincuenta bajas, entre muertos y heridos.

Fue la calidad humana de esos tenaces jóvenes, sostenidos por el ejemplo de sus heroicos oficiales y suboficiales, la que permitió su lucha en condiciones completamente desfavorables, no ya en consideración a las deficiencias logísticas y a una línea de defensa desproporcionadamente extendida, sino en lo que hace a su pobre armamento. “Yo perdí sólo armamento portátil; el equipamiento permanecía en el continente; cuando volví a Corrientes, mandé una comisión y recuperé prácticamente la totalidad del equipo, todo en cajones”, me relató Piaggi, quien agregó: “Cuando los ingleses hacen el recuento después de la rendición, encuentran que no hay nada: apenas los fusiles, tres piezas de artillería Otto Melara, dos morteros de 81 mm, cuatro ametralladoras MAG... Y entonces la Inteligencia británica comienza a desesperarse: si el armamento pesado no estaba allí en Goose Green, debía ser computado como presente en Puerto Argentino”.

¿Cómo se resistió? El mismo jefe formula la explicación: “La moral de la tropa era lo suficientemente elevada a pesar del total de privaciones y una suma de factores adversos, pero se combatió porque el amor a la causa estaba más allá de las carencias operacionales. Se aguantó una cortina de plomo

sumamente potente, por la calidad de la gente; y por supuesto... en ochocientos y pico de hombres tiene que haber algunos a quienes les falle la voluntad, en medio de muchas carencias, porque nosotros no teníamos ninguna capacidad de respuesta contra la artillería, reforzada por fuego naval y ataques aéreos”.

He considerado necesario extenderme en las reflexiones precedentes, porque las fuentes británicas ofrecen la versión de una abrumadora desproporción numérica favorable a los argentinos: el Batallón 2 de Paracaidistas “había llevado al colapso a una fuerza tres veces mayor”, “cuatrocientos hombres habían derrotado a mil seiscientos argentinos” [102](#). Y este falso cálculo de cuatro contra uno recorrió el mundo, difundido por el idioma inglés y por falta de una adecuada divulgación de la realidad de los hechos por parte nacional [103](#).

La verdad es que, dejando ahora de lado el superior entrenamiento y equipos bélicos de las tropas atacantes, las cifras manejadas por los autores citados y sus seguidores no corresponden a lo ocurrido durante la batalla de Prado del Ganso. Si del lado argentino se contabilizaron desde los elementos de servicios —cocineros, enfermeros, etc.—, hasta los integrantes de la Compañía de vigilancia de Fuerza Aérea, y los artilleros de campaña y de defensa aérea, en cambio, de las fuerzas británicas intervinientes sólo se tuvo en cuenta al Batallón 2 de Paracaidistas; y a éste, en puridad, hay que sumarle los otros efectivos que entraron en combate para apoyarlo: las tripulaciones de los helicópteros, la dotación de la fragata *Arrow*, los pilotos de los Harriers, los elementos de Infantería de Marina que se sumaron, el cuerpo sanitario, el personal de la artillería, los blindados...

No: la batalla de Prado del Ganso no fue una demostración cabal de la neta superioridad militar británica, sino una confrontación cuya dureza el propio enemigo ha reconocido. En vez de impulsar a los invasores ahora, sin peligro en su retaguardia, a marchar derechamente y confiados sobre la capital, precisamente a raíz de la tenaz defensa argentina de las posiciones en torno a Darwin, Boca House y Goose Green, el mando inglés ha de proceder con cautela, avanzando con un sistema gradual. Sólo después de dos semanas llegarán a estar frente a Puerto Argentino.

Con todo, la derrota significó un duro golpe moral para el Ejército Argentino, de consecuencias fatales para las unidades apostadas en Gran Malvina, ya que privadas de su base intermedia, no podrían contar más que

con comunicación radial con el exterior, quedando completamente aisladas.

En la capital, el coronel Cáceres, jefe de Operaciones, manifestó al gobernador militar:

—Esto significa que los ingleses, que nos tenían cercados por mar y casi totalmente también por aire, ahora lo hacen por tierra. Tenemos que intentar algo para hacer un contracerco <sup>104</sup>.

### Notas

<sup>71</sup> A una distinta condición pertenecía una chica británica que Esteban encontró con sorpresa: la hija del administrador de la F.I.C., Janet Hardcastle, la cual había sido compañera de estudios de su esposa en La Cumbre (Córdoba).

<sup>72</sup> No puedo omitir los detalles que siguen. En realidad, la *Iguazú* fue hundida, y la desesperada necesidad de contar con las piezas de artillería que traía embarcadas, impulsó al subteniente Gómez Centurión a intentar su rescate, ayudado por dos oficiales de Fuerza Aérea, y secundado desde la costa por diez soldados. Él mismo hace el relato: “Fue un trabajo difícil, el agua estaba sumamente fría y turbia. Los cañones estaban en la bodega del buque, desarmados. Había que sacar de allí los distintos cajones que los contenían, arrastrarlos con un malacate hasta un islote (porque estaban justo en medio del canal) y allí juntar las piezas para armarlos. El jefe de la sección de Artillería nos iba diciendo: ‘Falta esto, falta lo otro’... Y entonces yo tenía que bucear otra vez, buscar la bodega y traérselo. Cuando la marea bajaba, el trabajo de buceo se hacía mucho más liviano porque quedaba un tanto de luz entre el techo de la bodega y el agua. El problema comenzaba cuando la marea subía. Finalmente los logramos sacar y, por medio de un helicóptero, los trasladamos a Darwin. ¡Qué cosa increíble! Estuvieron dos o tres días bajo el agua y después dispararon más de mil setecientos proyectiles cada uno” (Diario *Tiempo Argentino*, edición especial, mayo de 1983).

<sup>73</sup> Salvo las incomodidades del confinamiento, los isleños recibieron siempre un trato cuidadoso de los argentinos —me contaba el subteniente Juan José Gómez Centurión—, pese a la dificultad del idioma; y no hubo queja alguna por la conducta de los soldados con las mujeres “a diferencia de cuando iban los *marines* a hacer maniobras”, me agregaba significativamente este distinguido militar.

<sup>74</sup> EJÉRCITO ARGENTINO, *Conflicto Malvinas*, t. I, p. 78.

<sup>75</sup> Ídem, t. II, anexo 29.

<sup>76</sup> El ayudante del general Parada, mayor José Luis Bettolli, me aclaró: “Los requerimientos sobre tipo de barco o sistema de armas los hacía Fuerza Aérea para determinar la amenaza que representaba el buque ante un ataque de nuestra aviación, o bien para facilitar la identificación del blanco. No era lo mismo una fragata que un buque de desembarco de tropas, ya que tienen misiones diferentes, y el mando en Puerto Argentino podía darle indicios de una determinada operación u otra”. Los pilotos conocen los tipos de

embarcación por sus siluetas, y de ellas saben las características de sus defensas y los ángulos muertos por donde pueden aproximarse.

[77](#) Así calificada, respectivamente, por EDDY Y LINKLATER, *Una cara de la moneda*, p. 328, y HASTINGS Y JENKINS, *La batalla por las Malvinas*, p. 262.

Aunque soy contrario a modificar los nombres propios geográficos, pues habría que hacerlo en todos los casos o en ninguno —el de Puerto Argentino en vez de Stanley obedece a una denominación invariable en todas las fuentes y documentos argentinos, oficial y popularmente adoptada sin contradicciones— doy el nombre de *Prado del Ganso* a las acciones desarrolladas en todo el istmo, diferenciando la lucha en sí con los poblados de Darwin y Goose Green que marcaron los dos puntos extremos del enfrentamiento.

Los nombres ingleses de la toponimia malvinense ya están incorporados, épicamente, a la Historia Argentina, como tantos otros exóticos, incluso guaraníes o araucanos; y deben ser mantenidos, como los británicos lo han hecho con San Carlos, arroyo Malo, Estancia House, etcétera.

[78](#) THOMPSON, *No Picnic*, p. 85 (ed. inglesa). Este libro refiere la batalla en su capítulo VI. Del lado nacional, el relato lineal se expone detalladamente en *Informe Oficial* del Ejército Argentino, t.I, p. 82 y siguientes. Por mi parte, aprovecho también las obras británicas ya citadas, y relatos de varios protagonistas, además de apuntes facilitados por el teniente coronel Ítalo Piaggi.

[79](#) HASTINGS Y JENKINS, *La batalla por las Malvinas*, p. 260.

[80](#) Diario *Tiempo Argentino*, de Buenos Aires, edición especial de mayo de 1983: “Del relato de un conscripto”, pág. 10.

[81](#) La carta que este valiente militar dejó a su padre dice así: “Sarmiento. Chubut, 27 de marzo de 1982.

“Querido papá: Cuando recibas esta carta yo ya estaré rindiendo cuentas de mis acciones a Dios Nuestro Señor. Él, que sabe lo que hace, así lo ha dispuesto: que muera en el cumplimiento de mi misión. Pero fijate vos: ¡qué misión! ¿No es cierto? ¿Te acordás cuando era chico y hacía planes, diseñaba vehículos y armas todos destinados a recuperar las islas Malvinas y restaurar en ellas nuestra soberanía? Dios, que es un Padre generoso, ha querido que éste, tu hijo, totalmente carente de méritos, viva esta experiencia única y deje su vida en ofrenda a nuestra Patria.

“Lo único que a todos quiero pedirles es: 1) que restauren una sincera unidad en la familia bajo la Cruz de Cristo; 2) que me recuerden con alegría, y no que mi evocación sea la apertura a la tristeza, y muy importante: 3) que recen por mí.

“Papá: hay cosas que en un día cualquiera no se dicen entre hombres, pero que hoy debo decírtelas: gracias por tenerte como modelo de bien nacido, gracias por creer en el honor, gracias por tener tu apellido, gracias por ser católico, argentino e hijo de sangre española, gracias por ser soldado, gracias a Dios por ser como soy y que es el fruto de ese hogar donde vos sos el pilar.

—Hasta el reencuentro, si Dios lo permite. Un fuerte abrazo.

—Dios y Patria ¡O muerte!

Roberto”

[82](#) HASTINGS Y JENKINS, *La batalla por las Malvinas*, p. 265.

[83](#) EDDY Y LINKLATER, *Una cara de la moneda*, págs. 336/7.

[84](#) HASTINGS Y JENKINS, *La batalla por las Malvinas*, p. 265.

[85](#) *No Picnic*, p. 91 (ed. inglesa)

[86](#) *La batalla por las Malvinas*, p. 267.

[87](#) El subteniente Gómez Centurión, hombre decidido a no abandonar a sus subordinados como un compromiso moral por encima de lo que la táctica indicaría, en la noche del 28 al 29 se preparó para ir a recuperarlo, a pesar del peligro que ello significaba y a las escasas posibilidades de hallarlo o que estuviese con vida. Así me sintetizó el hecho: “Aunque yo pensaba que el cabo Fernández había muerto, le había prometido volver a buscarlo; y pese a que el teniente primero Esteban no quería dejarme —era su único oficial para conducir la Compañía si él caía— fui con dos voluntarios a territorio inglés durante una pausa de fuego: ellos sin armas para poder replegarse rápidamente y yo con mi FAL para cubrirlos. Al pasar por el colegio, un helicóptero inglés disparó sobre Goose Green y desde allá le respondieron... Lo buscábamos a Fernández en la oscuridad, sin contar con visores nocturnos, y al final lo encontramos, muy blanco por la pérdida de sangre:

—Menos mal que vinieron, porque recién pasó una patrulla inglesa —me dijo. Estaba muy dolorido y aterido, después de permanecer diez horas tirado en el campo; debía de haberse muerto en esas circunstancias. Lo cargamos con mucho sufrimiento para él, pero le hicieron una transfusión de sangre en el puesto de socorro y se salvó”.

Por su brillante desempeño antes y durante la batalla de Prado del Ganso y la conducta recién señalada, Juan José Gómez Centurión recibió la más alta condecoración que la Nación concede: la Cruz “Al heroico valor en combate”. Tan sólo otro oficial (Comando), un cabo primero y un soldado, la ostentan.

[88](#) EDDY Y LINKLATER, *Una cara de la moneda*, págs. 339.

[89](#) THOMPSON, *No Picnic*, p. 93 (ed. inglesa). La muerte del teniente coronel Jones fue desfigurada por una homogénea versión británica, y se le concedió la más elevada recompensa del Reino Unido al heroísmo individual en combate, la Cruz de Victoria. Véase cómo la relata su camarada el brigadier Julian Thompson, el comandante de la Brigada 3 en que formaba el 2º Batallón de Paracaidistas: “Con extrema valentía y desprecio por su propia vida, él personalmente encabezó un ataque a una estrecha trinchera enemiga, y fue alcanzado por el fuego de otra trinchera que no había visto” (*No Picnic*, p. 88). Esta alteración de la verdad ha quedado como la descripción oficial de la caída de aquel decidido jefe, víctima quizá de una maniobra espontánea de subordinados que ignoraban lo que ocurría delante de ellos. Hago la justicia de pensar que Thompson también fue engañado sobre las reales circunstancias de la muerte de un soldado tan apreciado por sus compañeros como lo era Jones. (También se adulteró la forma en que fue muerto otro oficial a quien asimismo se concedió póstumamente la *Victoria Cross*, el capitán John Hamilton, del S.A.S., como se expone en la nota 122). No es creíble ni corresponde que el jefe de un Regimiento ataque personalmente una trinchera que bien puede ser dominada desde gran distancia mediante el empleo de misiles Milan o lanzacohetes descartables, salvo algún caso excepcional.

Por cierto, el subteniente Gómez Centurión ignoraba la identidad de su oponente. Cuando cayó prisionero, sorprendido que al *Para 2* lo mandase un mayor, un soldado le

explicó secamente: —“A nuestro jefe lo mató la artillería”. Al día siguiente los argentinos salieron a enterrar cadáveres y Gómez Centurión vio en el lugar donde sostuvo su encuentro, a catorce muertos embolsados y con los fusiles clavados, las boinas sobre sus culatas, y separado, otro muerto. Cuando un cabo de Ingenieros —argentino— le comunicó que el jefe de los paracaidistas había caído en el camino antes de llegar a Darwin, comenzó a sospechar lo ocurrido. “Los que me dieron la pauta fueron los ingleses —me contaba—, cuando dijeron al principio que a Jones lo mató la artillería, y luego, asaltando una ametralladora: no era una versión lógica”.

Fue el propio Gómez Centurión quien buscó y reconoció el cadáver del teniente Roberto Estévez, en un lugar que había sido muy batido por las bombas.

[90](#) *Conflicto Malvinas*, t. I, p. 87.

[91](#) El equipo especial del *Sunday Times*, *Una cara de la moneda*, p. 342, corrobora que la pista de aterrizaje estaba “escasamente defendida” y les resultó fácil de tomar a los atacantes. El *Informe Oficial* del Ejército Argentino recoge el episodio de la siguiente manera: “El subteniente Colombo, jefe de grupo de morteros 81, durante su repliegue encuentra, en una posición que había sido ocupada por efectivos de la Fuerza Aérea próxima a la pista de aterrizaje, dos morteros de 81 mm y gran cantidad de munición. Inmediatamente y con su personal coloca las armas en posición de tiro y comienza a ejecutar fuego” (t.I, p. 83). Un jefe de la Fuerza Aérea que allí estuvo, me declaró que sus hombres no estaban para pelear como infantes...

[92](#) *La batalla por las Malvinas*, p. 270.

[93](#) Referencias del mayor José Luis Bettolli, ayudante del general Parada.

[94](#) HASTINGS Y JENKINS, *La batalla por las Malvinas*, p. 269.

[95](#) EDDY Y LINKLATER, *Una cara de la moneda*, p. 341. Esta opinión es también la de Hastings y Jenkins: “Ello fue producto de una confusión provocada por la niebla y la humareda del tiroteo, y no un acto traicionero y deliberado” (*La batalla por las Malvinas*, p. 270).

[96](#) Los valientes pilotos de Ejército que ejecutaron esa riesgosa misión fueron: mayor Roberto Yanzi, capitán Jorge Svendsen, tenientes primeros Hugo Pérez Cometto y Martín Rubio, tenientes Francisco Ramírez, Manuel Jardel, Horacio Sánchez Mariño, Eduardo Salvin Paz, Marcelo Florio y Guillermo Anaya. Un enorme Chinook pertenecía a la Fuerza Aérea.

[97](#) He preferido la transcripción de esta frase por ser la que ofrece el mismo Menéndez públicamente en Turolo, *Testimonio*, p. 224, puesto que las ligeras variantes recogidas por la Comisión Rattenbach y la versión del teniente coronel Ítalo Piaggi no alteran su sentido. Según este último, en declaraciones a mí, Menéndez lo felicitó por la resistencia, confirmó expresamente la aprobación del comandante de la Brigada III, y le recomendó dignidad si adoptara la decisión de cesar la lucha, a más de la destrucción del material.

Un jefe veterano me expresaba amargamente al respecto: “En la paz hasta nos firman los planes de educación semanal, y acá dan libertad para que se rinda o pelee hasta la muerte; es decir, desde un control extremo en la vida, hasta una libertad absoluta, con responsabilidades, para la muerte”...

[98](#) EDDY Y LINKLATER, *Una cara de la moneda*, p. 330.



[99](#) HASTINGS Y JENKINS, *La batalla por las Malvinas*, p. 272. El oficial era Ernesto Peluffo, quien fue condecorado por la Nación con la medalla “Al valor en combate”.

[100](#) HASTINGS Y JENKINS, *La batalla por Malvinas*, p. 271. THOMPSON, *No Picnic*, p. 94, asienta que él se mostró conforme con el plan de Keeble de que los argentinos se rindieran o fueran “*destroyed*” mediante artillería y apoyo aéreo: si una demostración próxima a la guarnición no surtía efecto de convencerla, “*the next strike would be upon them*” (la siguiente concentración sería sobre ellos).

[101](#) Versión suministrada al autor por el teniente coronel Ítalo Piaggi (Hastings y Jenkins apuntan equivocadamente que los enviados fueron dos “oficiales superiores”). THOMPSON, *No Picnic*, pp. 94/95, ofrece una versión en inglés de similar contenido al que se indica en el texto. La intimación original le fue quitada al vicecomodoro Vera Mántaras al caer prisionero.

[102](#) Respectivamente: HASTINGS Y JENKINS, *La batalla por las Malvinas*, p.273; EDDY Y LINKLATER, *Una cara de la moneda*, p. 344. Datos argentinos reducen mucho la cifra esgrimida por Londres: al iniciarse el ataque el 27 de mayo habría en Prado del Ganso seiscientos treinta y siete hombres del Ejército y unos doscientos dos de Fuerza Aérea (sin incluirse las reducidas dotaciones de las naves *Río Iguazú* y *Monsunen*). Otros ciento seis llegaron con Esteban el 28 por la mañana, y a la tarde ciento treinta y dos más. Esto hace un total de mil setenta y siete (según otra estimación mil ochenta y uno) argentinos.

[103](#) Véase por ejemplo cómo recoge esa impresión errónea el volumen norteamericano *Military Lessons of the Falkland Islands War. Views from the United States*, editado en 1984 por Bruce Watson (Defense Intelligence School) y Peter Dunn (U.S. Air Force). Especialmente el capítulo VI redactado por el coronel Harry Summers, *Ground Warfare Lessons*.

[104](#) TUROLO, *Testimonio*, p. 231. Este autor es el único que analiza el balance de las fuerzas enfrentadas, haciendo la discriminación de efectivos que se indica en el texto. Equivocadamente se alude en ese libro a “Darwin” como centro de la batalla.

## CAPÍTULO XVIII

### *Sangre en la nieve*

EL MISMO SÁBADO 29 DE MAYO, EN PUERTO ARGENTINO, la primera sección de la Compañía 602 mandada por el capitán Vercesi se dividió para dirigirse a los dos helicópteros Bell UH-1H, que por razones de seguridad estaban en distintos lugares: uno cerca, en la cancha de fútbol, al lado de los misiles Tiger Cat, y el otro en Moody Brook, los antiguos cuarteles de los *Royal Marines* de guarnición en Malvinas. Otro helicóptero Agusta de ataque les prestaría escolta. Estaba oscuro, con neblina y llovía sin intermitencia una mezcla de aguanieve helada. La tropa se enteró, molesta, de que el vuelo estaba postergado por mal tiempo. Para peor, no se había cargado combustible en los aparatos y los pilotos estaban ausentes.

El teniente primero Juan José Gatti maldecía constantemente por lo bajo, en un silencio propio de los nervios antes de la primera misión, dentro del camión que lo condujera junto con el teniente primero Brun a la cancha. Para cortar el malhumor, Gatti se dirigió al sargento primero Helguero, un brillante suboficial, muy respetado por todos:

—Helguero: vos que estuviste allá, levantá el ánimo: ponenos en claro cómo es la zona.

En plena conversación paró un *jeep* al costado. Era el general Jofre, quien inquirió en tono enojado:

—¿Por qué no salen? ¿Qué pasa con el helicóptero?

Pepe Gatti se le había acercado, pero como no estaba de muy buen talante le contestó desabridamente:

—Mire, mi general, no sé. El piloto no vino, el de Fuerza Aérea que tiene que cargar tampoco. Estarán por ahí.

En Moody Brook aguardaban en otro camión el teniente primero Losito, los tenientes Espinosa y Martínez, y el cabo primero Valdivieso. Apareció el mayor Rico, quien dirigiéndose al primero, lo llamó:

—Loso, vení para acá, metete dentro del casino y vamos a ver qué pasa con



la operación.

Mientras los hombres que iban a partir se quitaban la ropa para secarla y tomaban mate cocido, aquél averiguaba si la salida sería suspendida o postergada para el día siguiente. Dentro del edificio les llamó la atención el que todos allí estuvieran pendientes de las radios uruguayas —que se oían perfectamente— en procura de novedades. Ya comenzaba a aclarar, y pronto sopló un fuerte viento que barrió con la tormenta, luciendo pleno el sol. Cargado el combustible en los aparatos, la misión se puso en marcha. El estado de tensión de los Comandos había pasado, y a las noticias de la ausencia de enemigos en la zona a donde se dirigían, se sumaba como factor tranquilizante lo mismo que, justamente, preocupaba a los pilotos: el buen tiempo. “Si volaban en pleno día”, pensaban, “era que no había mayor peligro”. Los pilotos, en cambio, ya conocían la guerra de cerca y controlaban sus evidentes nervios sin mostrar debilidad. Conducía la máquina el teniente Sánchez Mariño, quien se persignó al tomar su puesto, acompañado por un cabo primero como auxiliar. Manejaba el otro Bell el teniente Anaya.

Sobrevolando las posiciones, los Comandos pudieron ver cómo desde sus trincheras los soldados los saludaban; luego los aparatos se pegaron al suelo en “vuelo táctico”, separados por cincuenta metros. Todos, naturalmente, ansiosos por descender antes que fueran descubiertos por algún avión. La intranquilidad de los pilotos hizo que a cinco kilómetros de distancia del Monte Simmons, tras veinte minutos de viaje, bajaran a sus pasajeros, sin detener motores. Saltaron éstos a tierra con sus bultos, y enseguida los helicópteros emprendieron el regreso.

Un silencio absoluto marcó el contraste con el ruido de los rotores, silencio profundizado por el saberse solos en territorio desconocido, muy lejos de cualquier ayuda. Delante de los Comandos se levantaba el cerro de quinientos ochenta y ocho metros de altura. Debían ocuparlo y allí poner en práctica su instrucción y bastarse a sí mismos.

Llegar hasta él no fue fácil. Ese primer contacto con el suelo del interior de Malvinas resultó una fatigante experiencia, por los casi cuarenta kilos de peso que cada hombre portaba, hundiéndose en la turba y cayendo al atravesar las piedras húmedas e irregulares de los “ríos” que les dan su nombre. Pronto todos estuvieron mojados y agotados, sumando este esfuerzo al cansancio acumulado de los días previos. La sección entera estaba extenuada, y eso

disminuía las medidas de seguridad; todo se reducía a la tarea de sortear los obstáculos, que no a precaverse de posibles enemigos. El teniente primero Losito llamó la atención:

—Pongámonos un poco más en situación acá, porque si no...

Así fue como la columna se dispersó para ofrecer menos blanco, y al llegar al pie del Monte, al mediodía, se adelantó Espinosa, el tirador especial, para reconocerlo. Allí se enterró un Blow Pipe y cajas con alimento, por la dificultad en transportar dicha arma dado su peso, que desgastaba a la gente. Y comenzaron a trepar por un declive bastante empinado. El sargento primero Mateo Sbert cargaba con el mayor peso, la ametralladora MAG, pero no era el único: el teniente primero Gatti, operador de la radio Thomson que llevaba sobre su pecho, con mochila en la espalda y además su fusil FAL, iba doblado: descansaba de la agitación cada cien metros, pero se le agarrotaban las piernas... El teniente primero Brun bajó para ayudarlo.

Promediando el ascenso, hicieron alto: “Estábamos bastante fuera de estado”, reconoció el sargento primero Omar Medina, “fatigados por el terreno y la falta de entrenamiento”. Hallaron el depósito escondido por el capitán Jándula en su anterior estadía, consistente en proyectiles de cohete Instalaza, munición de MAG y paquetes con víveres. “Yo me sentía agobiado, con gran sofocación”, recordaba Brun; “puede haber influido en mi caso la tensión de la noche anterior, pero el mucho cansancio era un estado general”.

Llegaron por último cerca de la cumbre y el capitán Vercesi ordenó quedar ahí porque se tenía una buena visión. Las nubes bajas impedirían el control desde la cresta topográfica, que fue reconocida por el teniente Daniel Martínez y el sargento primero Medina sin hallar novedad. El clima era muy frío, y aumentaba su rigor el hecho que todos venían transpirados y el sudor se les helaba sobre el cuerpo. No muy lejos, por la caleta Teal empezaron a divisarse helicópteros británicos transportando cargas externas, colgadas, que desde San Carlos se dirigían hacia Monte Kent, más al oeste de donde la propia sección se encontraba. Era evidente demostración que el avance británico la había dejado atrás, y que se hallaba en su retaguardia. El eje de progresión enemiga era mantenido sin cesar, y el radiooperador de la patrulla, teniente primero Gatti, sintonizó la frecuencia de Puerto Argentino para informar de acuerdo con la clave convenida. Dio su indicativo de llamada, y cuando el operador de la capital le pidió el mensaje, la comunicación se

cortó. Fue inútil todo lo que se intentó para corregir algún defecto: se cambiaron las baterías, se modificó la posición de la antena, sin ningún resultado. El teniente primero Brun, con su experiencia en la Antártida, colaboraba sin éxito, extendiendo con cable la antena para tener mayor intensidad de emisión. Fue grande la preocupación al no poder transmitir tan importante dato, sobre la penetración enemiga por la costa, donde no se esperaba ningún ataque. La misión recibida no podía cumplirse.

Más tarde, ya en la penumbra, se oyó un helicóptero cerca. Se colocaron todos tras las piedras, y Gatti prendió su radio. Era visible la franja amarilla de los aparatos argentinos al acercarse al monte, volando a ras del suelo; Gatti escuchó que le transmitían desde Puerto Argentino: —“Más a la derecha, más a la izquierda”, guiando su rumbo. Era el aparato que conducía a Castagneto para salvar a la patrulla de García Pinasco en Big Mountain. Al escucharse su regreso, Gatti tomó contacto con el piloto y le pidió que transmitiera a Puerto Argentino la información que a continuación le pasó en el código convenido. “Yo creo que dije el ochenta por ciento de los datos en código”, manifestaba el teniente primero Gatti; “a lo mejor se escapó algo porque la palabra clave no estaba dentro de lo que yo quería decir”. Nunca supo si en la capital recibieron su mensaje indirecto; y su preocupación por informar la penetración enemiga lo movió a seguir intentando comunicarse: operaba la radio algunos segundos y cortaba, y luego repetía la maniobra. No logró su propósito directamente, pero un Regimiento de Infantería captó el informe sobre el movimiento de aeronaves inglesas y lo retransmitió a la base de los Comandos. El oficial de Comunicaciones de la 602, Stel, procuró indicarles que se replegaran por Fitz Roy, en el sur.

Con la oscuridad, comenzaron a descender la presión y la temperatura. Con su conocimiento polar, Brun pronosticó:

—Esta noche seguro que va a haber nevada.

No se equivocó, y como pese a su destino en el continente blanco había cometido el grave error de no llevar consigo equipo adecuado, casi se congeló, tal cual ocurrió con otros. La nevada fue tremenda y el frío muy intenso, al punto que no dejaba dormir a los hombres, que soportaban un penetrante viento que bajaba más la temperatura. El whisky provisto en la ración sirvió para festejar esa primera noche en campaña y para disminuir el

frío. Oficiales y suboficiales rondaban a fin de entrar en calor, dormitando de a ratos. El sargento primero Sbert, apuntador de la ametralladora, cubría el acceso desde una buena posición que se había fabricado. En las pausas de la nevada seguíanse observando los movimientos de los helicópteros británicos, constantemente en vuelo.

La mañana siguiente amaneció soleada. Los hombres salían debajo de sus refugios completamente blancos de nieve, ateridos de frío, aunque con más confianza por no haber sido descubiertos por las fuerzas contrarias. Pero sus reservas físicas estaban muy disminuidas, y Brun advirtió al capitán Vercesi:

—Mire, mi capitán, otra noche más acá y nos morimos todos.

Era domingo, y se formaron grupos para rezar. Al lado de una piedra donde se hallaba aquél se posó un pajarito, a quien Brun daba de comer unas migas sin que mostrara temor, y Losito le comentó:

—No conoce a los hombres...

El jefe de la sección dio una vuelta para revisar las posiciones, en las cuales los hombres se palmeaban a fin de darse calor. De regreso, recogiendo el consejo del teniente primero Brun, dijo a su segundo:

—Losito, de aquí nos tenemos que ir, porque otra noche como ésta no podremos aguantar.

Eran las diez de la mañana y se adoptó esa resolución: abandonar Monte Simmons y replegarse hacia el camino de Fitz Roy. La misión de informar desde esa altura había fracasado, luego de repetidas tentativas. Mientras se levantaba el campamento, Brun sugirió a su amigo Losito tender una emboscada a los helicópteros enemigos con el Blow Pipe que les quedaba. Consideraba que las horas de instrucción como apuntador en Campo de Mayo le eran suficientes: “Me voy a poner tan cerca”, pensó, “que los voy a tumbar, y se dejará de joder ese corredor aéreo”. Estaba con ellos el cabo Valdivieso, operador del misil, pero apreció que los dos oficiales bastaban:

—¡Vamos a pedir permiso a Vercesi, total si nos matan somos dos!

Al capitán le pareció una operación irrealizable, pues desde donde se hallaban hasta el lugar donde se observaban los helicópteros había una distancia no menor a veinte kilómetros, que debían ser cubiertos a pie y cargando el Blow Pipe. Por otra parte, conceptuaba de primordial importancia transmitir los datos recogidos: “Considerando que un golpe de mano tiene condiciones elementales a cumplir, de la cuales son imprescindibles el conocimiento detallado del enemigo y del lugar de ejecución, pensé que era

una valiente determinación, pero sin la más ínfima posibilidad de éxito”, me comunicó Vercesi.

Y se dispuso la salida. El plan era marchar hacia el sur, cruzar el cordón de Alturas Rivadavia, y llegar al puesto custodiado por la sección de Ingenieros en proximidades de Fitz Roy; el mismo trayecto que días atrás habían cumplido los capitanes Jándula y Llanos. Pero al igual que éstos, con una previa detención: a unos pocos kilómetros de distancia, visible a lo lejos con los anteojos, estaba marcada en la carta la presencia de una casa, que el sargento primero Helguero, el baqueano cedido por la Compañía 601 por su conocimiento de la zona, les informó haberles servido en ocasiones anteriores para repostar en ella, sin ningún inconveniente. Ciertamente era también que la noche previa a su salida de la base en Puerto Argentino, el teniente primero Daniel González Deibe les había advertido sobre lo inconveniente que sería detenerse en aquella casa aislada y visible: —“Traten de evitarla, no paren ahí”. Varios oficiales de la Compañía del mayor Castagneto la habían visitado, pero últimamente Llanos y Jándula casi fueron cercados allí. En la carta geográfica estaba marcada sobre una elevación detrás del arroyo Malo, denominándosela “la casa encima del Malo”: *Top Malo House*. Este nombre adquiriría a poco una trágica resonancia.

La travesía de repliegue a través del llano se inició una vez que en la base del cerro, la sección procedió a desenterrar varios artículos dejados el día anterior. Partieron después de haberse alimentado, calculando marchar durante todo el día y llegar a informar al siguiente ya tarde. La caminata por la turba blanda se hizo agotadora, sobrecargados como estaban por sus equipos individuales y el armamento extra que llevaban. El sargento primero Miguel Ángel Castillo portaba el lanzacohetes Instalaza, la radio pasaba de hombre a hombre, y el teniente primero Brun se turnaba con el sargento primero Sbert la ametralladora de doce kilos de peso. Este último le anunció:

—Cuando volvamos me voy a poner en estado...

Losito, quien como segundo jefe cubría el extremo final de la columna, halló a Sbert sentado en una piedra, exhausto, junto a la MAG. Él mismo no podía transportar ningún equipo extra; y le llamó la atención la actitud del capitán Vercesi, el cual retornó desde la punta y tomando la ametralladora, animó al suboficial:

—Vamos, Turco.

Se sentía el cansancio y la columna se disgregaba. Los ríos de piedra volvieron a estorbar su avance, y comenzó a lloviznar. A lo lejos se percibía la proximidad de una nueva tormenta de nieve. A eso del mediodía el teniente primero Gatti —quien cada dos horas prendía la radio como estaba acordado — oyó casualmente la voz del sargento primero Flores, operador de la 2ª sección de la Compañía, que mantenía un dramático diálogo con Puerto Argentino:

—¡Fuimos emboscados, aparentemente tenemos bajas, solicito urgente órdenes!

—¡Traten de hostigar y replegarse!

—¡No podemos: estamos medio aferrados, y vuelvo a repetirle que creo que hay bajas en la patrulla!

—Repliéguese como puedan.

Los helicópteros ingleses, en cambio, no se hicieron ver por la 1ª patrulla; tan sólo pasó, muy alto, un Harrier solitario, presumiblemente haciendo fotometría.

Ya estaba oscureciendo cuando la dispersada columna llegó al arroyo Malo, que cruzaron con el agua helada hasta la rodilla, y no sin que varios cayeran en ella a causa de resbalones en las piedras del fondo. No hubo, en consecuencia, ninguna disconformidad cuando Brun y Helguero, los dos veteranos de la Antártida, le indicaron al capitán Vercesi que permanecer a la intemperie esa noche, exhaustos como estaban, mojados, y con la perspectiva de que les cayera la nevada encima, era condenarse a una muerte casi cierta. El jefe de la sección resolvió con la aprobación de todos guarecerse en la casa distante trescientos metros, hacia donde se dirigieron a medida que vadearon la corriente. Aquellos dos hicieron punta, directamente, sin precaución alguna: el cansancio superaba la prudencia. Pero un reflejo de su largo entrenamiento detuvo al teniente primero Brun antes de entrar, y dijo a Helguero:

—¡Che, guarda, que puede haber un tipo ahí adentro!

Estaba deshabitada, como en otras oportunidades; y el suboficial salió luego de reconocerla y levantando el fusil con sus dos manos indicó al resto que podían avanzar sin cuidado. Brun descubrió un paquete de manteca en la cocina, y sin pensar que podía estar envenenado, atento sólo a que podía verse obligado a pasar otra noche afuera y que se trataba de grasa, se lo

comió entero.

Los rendidos hombres fueron reanimándose al descansar bajo techo, desplegando sus prendas de vestir para que se secaran. Se establecieron turnos de guardia y taparon las ventanas con mantas para disimular la luz. El capitán Vercesi no quiso apostar centinelas afuera:

—Nadie sale —ordenó explícitamente. Más distendidos, comieron sin hacer fuego, calentando sus latas con las pastillas de alcohol empleadas a tal efecto. Revisando la casa, Helguero manifestó que todo estaba cual él lo recordaba; hasta el medio cordero crudo sobre la mesa, tal como lo dejaron los suboficiales que acompañaron a Llanos. Losito halló un par de zapatos, que se puso mientras se secaban sus borceguíes.

Se acomodaron para pasar la noche, distribuidos en la planta baja y el piso superior. Arriba fueron los tenientes primeros Brun y Gatti, el teniente Espinosa, el cabo Valdivieso y el sargento primero Pedrozo, el enfermero; desde allí vigilaban el exterior por una ventana que daba hacia el arroyo Malo y un tragaluz bajo, a nivel del piso, en el contrafrente, donde instalaron la ametralladora. Abajo estaban el capitán Vercesi, el teniente primero Losito, el teniente Martínez, los sargentos primeros Helguero, Castillo, Medina y Sbert.

“No me podía dormir”, cuenta Brun “no me gustaba la sensación de estar ahí encerrado. Pero el confort pudo más que lo aprendido”. Afuera se había desatado la tormenta de nieve y la visibilidad era nula; hasta que a eso de las tres de la noche aclaró, y estando cubriendo su turno de guardia Horacio Losito, pudo distinguir hacia el lado de Puerto Argentino una iluminación permanente: los fogonazos colorados producidos por el cañoneo de la *Royal Navy*, aunque sin oír las explosiones: “¡Pobre la gente que está allá!”, pensó. “¡Qué estará pasando en Puerto Argentino!” Se sentía más protegido en Top Malo House, aunque no del todo tranquilo: “Sabía que no estábamos en un lugar muy adecuado para pasar la noche y no podía conciliar bien el sueño”.

La aprensión de los Comandos no era infundada: se avecinaba la catástrofe. Descubiertos por los británicos, ya se había preparado un equipo especial para anular a la sección argentina.

Las patrullas de las Compañías 601 y 602 no eran las únicas que pretendían adelantarse a las propias fuerzas para conocer la situación del enemigo, pues también los británicos movilizaron a sus *Special Forces* con el mismo objeto.

Puestos de observación fueron emplazados para asegurar el traslado del comando de la Brigada 3 ejercido por Thompson, que comenzó a instalarse en Estancia House —el brigadier Julian Thompson la llama en su libro *Teal Inlet Settlement*, el establecimiento de la caleta Teal—, y ellos detectaron los movimientos de helicópteros salidos desde Puerto Argentino el 29 de mayo. Se reportaron, consecuentemente, las operaciones de los Comandos argentinos en torno a Monte Simmons y Monte Kent, por hombres del escuadrón D del Regimiento 22 del S.A.S. a cuyo frente estaba el teniente coronel Mike Rose<sup>105</sup>.

Uno de esos precarios puestos de observación, cubierto por una patrulla británica conducida por el teniente Haddow, anunció al anochecer del 30 de mayo que un grupo de argentinos se había guarecido en la casa del arroyo Malo, apenas a cuatrocientos metros de su propia ubicación. Ya el mando de la Brigada 3 del Reino Unido había determinado dar un golpe de mano contra quienes ponían en peligro su seguridad, y fue reagrupado un conjunto de hombres pertenecientes al Cuadro de Guerra para la Montaña y el Ártico (*Mountain and Arctic Warfare Cadre*), que se ejercitan en Noruega como integrantes de las fuerzas de la O.T.A.N. Se prepararon diecinueve militares a órdenes del capitán Rod Boswell para operar contra Top Malo House:

“A Boswell se le indicó eliminar la patrulla argentina por la mañana”, apunta sobriamente el brigadier Thompson.

Los Comandos argentinos despertaron muy temprano, aún oscuro. Estaban nuevamente sin frío, después de haber dormido secos, recuperados físicamente; y mientras desayunaban con chocolate caliente y galletitas, comentaron lo que hubieran sufrido de haber permanecido en Monte Simmons. Concluido el refrigerio todos comenzaron a alistar sus equipos, ya con buen ánimo para soportar otra jornada de marcha. Eran las ocho y empezaba a clarear.

En ese momento oyeron ruido de helicóptero.

Algunos especularon en un rescate anticipado: no estaban muy lejos de la capital, era el día señalado —el tercero de su misión— para ser recuperados, y la zona era la probable. No era creíble que se tratara de un aparato británico; pero alguien acotó que los argentinos no volaban sin luz. Pasó cerca, a unos cuatrocientos metros, y el sargento primero Pedrozo observó:



—Me pareció ver que no tiene la franja amarilla...

A causa de la bruma poco se distinguía, ni aun recurriendo a los visores nocturnos, y sólo se oían los motores, que al rato cesaron. Reinaba la incertidumbre, pero se aceleraron los preparativos para abandonar el edificio. El capitán Vercesi, ya con su correa colocado aunque sin la mochila puesta, se hallaba en la cocina, y echando rodilla en tierra, intentó comunicarse por radio. En el segundo piso el teniente Espinosa recorría el horizonte con la mira telescópica de su fusil. De pronto exclamó:

—¡Me parece que hay gente que viene avanzando!

—No, mi teniente —opinó el sargento primero Helguero—, deben ser ovejas, que hay muchas por acá.

Un lúgubre presentimiento dominó a Vercesi. A su lado se hallaba el sargento primero Sbert, a quien mucho apreciaba por haber compartido varios destinos anteriores, y ante la extrañeza de éste, le tendió la mano:

—¡Suerte, Turco!

Los elementos del *M. and A. W. Cadre* descendieron del helicóptero a mil metros de la posición argentina. El capitán Boswell colocó a los siete hombres de su grupo de apoyo comandado por el teniente Murray a ciento cincuenta metros de la casa, mientras con los doce del grupo de asalto la contorneó hacia el sudeste, protegido por una elevación. “Como son tropas especiales”, pensaba, “seguramente tienen centinelas afuera”. El sargento McLean, del grupo de apoyo, se aproximó a Boswell para transmitirle una sugerencia del teniente Murray: con pedazos de turba habían moteado sus uniformes para avanzar más disimulados, por cuanto éstos, oscuros sobre la nieve, los anunciarían a un centinela alerta. El capitán era consciente de que el suelo por donde se movían estaba dominado por una ventana del piso superior, “como un ojo que los vigilara”.

Cuando Rod Boswell consideró que estaba suficientemente cerca de la casa y a la vista de su grupo de apoyo, dio la orden de “calar bayonetas”. El sargento Stone musitó:

—Es un engaño: no hay nadie allí [106](#).

Ante el anuncio del teniente Espinosa del avance de hombres no identificados, el sargento primero Castillo subió la escalera: efectivamente

distinguió bultos, pero sin precisar su naturaleza, pese a que ya se había levantado el sol y la claridad permitía distinguir mejor el campo. De pronto un haz de luz resplandeció sobre una de las presuntas ovejas: un soldado británico reflejaba el sol en el antejo de campaña con el cual quiso observar mejor la casa.

—¡Ingleses! ¡Ahí vienen!— fueron los instantáneos gritos que resonaron dentro.

Automáticamente el teniente primero Gatti, el radiooperador, sacó sus claves e instrucciones del bolsillo y las quemó. Todos se pusieron en movimiento para salir. Castillo gritó a Espinosa, mientras se abalanzaba hacia la escalera:

—¡Vamos, mi teniente!

Éste le replicó:

—¡No, yo me quedo! ¡De acá tengo más campo de tiro!

En el mismo instante que abría el fuego, la casa tembló por la explosión de un proyectil antitanque Carl Gustav, y comenzaron los disparos de ambas partes. Los ingleses se incorporaron y avanzaron corriendo; varios de ellos utilizaban lanzacohetes descartables Law de 66 mm y fusiles lanzagranadas M-79 de 40 mm. Vibraba la estructura de la casa por los impactos sobre sus chapas exteriores, y cantidad de balas atravesaban las endeblés paredes de madera.

Los Comandos argentinos no vacilaron en abandonar el edificio para luchar mejor desde el exterior. El capitán José A. Vercesi logró llegar corriendo hasta un alambrado colocado antes del arroyo, y allí tomó posición de pie —“no atiné a tirarme al suelo”— y comenzó a hacer fuego y a recibirlo.

—¡Salimos entre los dos, yo te apoyo! —avisó el sargento primero Omar Medina al teniente Martínez. Al hacerlo, este último sintió que lo golpeaba fuerte en la espalda una granada caída dentro de la casa, y cayó al suelo. Comenzó a arrastrarse. El impacto había sido en la cocina, volteando un panel sobre Medina, al que tiró aturdido contra la pared. Pero también pudo salir y quedó contra un ángulo exterior, al lado de una ventana, oyendo los disparos y gritos.

El sargento primero Castillo se precipitó escaleras abajo, y al pisar el último escalón sintió la explosión de un cohete detrás, que destrozó e incendió la escalera. El humo comenzaba a invadirlo todo. Luego de Castillo quiso abandonar el edificio Helguero, pero una granada que explotó en la

puerta, entre ambos, lo hirió en el pecho arrojándolo hacia adentro sobre Pedrozo, que venía atrás.

Una granada lanzada con fusil M-79 penetró por la ventana del piso superior, matando instantáneamente al teniente Espinosa. El estallido aturdió a Brun y a Gatti, que estaban allí: un acre olor a pólvora se sintió en forma penetrante. La llamarada, el ruido y la sensación de vacío que produjo conmocionó a los dos oficiales sobrevivientes por unos instantes. La casa temblaba por los tiros y ya comenzaba a arder. Gatti se recobró del shock causado por la onda expansiva, tomó su fusil y fue hacia la escalera: ésta no existía, era un completo aro de fuego hasta abajo. Sin pensarlo, saltó por en medio de él.

El teniente primero Brun, al tiempo que Espinosa caía hacia atrás ensangrentado, sintió una esquirla que le cortaba la frente. Supo que la próxima explosión no lo perdonaría, e instantáneamente tomó su decisión: se zambulló a través del tragaluz.

A medida que caía podía oír los balazos que pegaban contra la pared enchapada. Cayó desde una altura no menor de cinco metros, procurando cubrirse la cabeza, pero recibiendo tan fuerte golpe que quedó completamente aturdido. Sólo merced a su excelente estado físico y a la inmediata reacción no fue muerto en esa oportunidad. A su tremendo dolor en la frente y en la cabeza toda, se sumó que no veía bien: “¡Dios mío, perdí un ojo!”, pensó en el acto, aunque la falta de visión habrá sido producida por la pólvora que le quemó la cara, o la sangre que le caía de la frente.

Los Comandos argentinos habían logrado en su mayoría abandonar Top Malo House. La abnegación de Espinosa, que con su resistencia atrajo el fuego enemigo hacia el segundo piso, y la reacción de aquellos de salir para combatir, sorprendiendo a la tropa británica, habían impedido el total aniquilamiento de la patrulla. En forma descuidada, disparando de pie con sus pistolas ametralladoras y lanzagranadas desde la cintura, sin cubrirse, los ingleses posiblemente no tuvieron en cuenta el impulso de la sección de Comandos.

Éstos avanzaron corriendo hacia el arroyo, al tiempo que tiraban con sus fusiles. Las balas enemigas pegaban en el suelo siguiendo sus huellas. El teniente primero Brun pudo hacer algo más de cincuenta metros hasta que cayó sentado, atontado, sintiendo un constante zumbido en su cabeza a consecuencia de su violento golpe. De pronto vio venir derecho hacia él una

granada: en forma instintiva la alejó con la mano al llegar, a tiempo que volvía la cabeza. La granada explotó muy cerca, cubriéndole de esquirlas la espalda, y averiando su fusil. Brun sacó la pistola e hizo fuego contra un escalón británico que divisaba, pero a los pocos disparos se le trabó. Tomó entonces una granada y la tiró, pero por la conmoción sufrida olvidóse de quitarle el seguro. En esos momentos un tiro hizo impacto en su pantorrilla derecha.

El teniente primero Gatti también había podido salir, llegando ileso a una zanja situada doscientos metros abajo de la casa, antes de alcanzar el arroyo Malo. Cerca del capitán Vercesi, Gatti disparaba arrodillado, mientras veía cómo la munición enemiga levantaba el barro a su alrededor.

El teniente primero Horacio Losito estaba herido: al abandonar el edificio en medio del humo que lo envolvía y las balas que lo atravesaban, dirigiéndose por la cocina hacia el porche para alcanzar el arroyo, una granada había reventado contra la pared dos metros atrás, derribándolo ensordecido y lastimado en la cabeza. Un golpe quemante, un ardor fuerte, pero seguía dueño de sus movimientos. La sangre le caía detrás de la oreja y por la mejilla; un grupo de cuatro ingleses ubicados a no más de veinte metros lo dieron por muerto y continuaron accionando sus lanzagranadas contra la casa sin prestarle más atención. Entonces Losito se levantó y medio agazapado vació contra ellos un cargador en automático: un soldado cayó tocado en una pierna y el resto echó cuerpo a tierra. El oficial argentino emprendió carrera hacia el arroyo, cambiando de posición y disparando a cada rato, perseguido por los proyectiles enemigos; esperaba a cada instante un tiro en la espalda. Era intención de Losito cruzar el curso de agua y trepar por la altura del frente —la casa estaba ubicada en una hondonada—, pero unos cuatro metros antes de alcanzar el Malo encontró la zanja y decidió ocuparla. Al darse vuelta para hacer nuevos disparos, un impacto en su muslo derecho lo volteó de espaldas en la zanja. Herido dos veces, rodeado de enemigos que avanzaban haciendo fuego y sin posibilidad de reaccionar, se dio por muerto:

—¡Cristina, no voy a poder volver! —exclamó en voz alta.

El sargento primero Medina estaba resguardado en una esquina del edificio, cuando por encima de las explosiones, oyó que arriba de él se rompían vidrios y vio tirarse a un hombre: era Brun. Un soldado inglés se aproximaba gritando; le hizo fuego y lo abatió. El suboficial enfermero Pedrozo y el

sargento primero Helguero pudieron zafarse de la casa en llamas y abandonarla a través de una ventana, cayendo aturdidos por los estampidos, mas luego echaron a correr. A los quince metros Helguero se desplomó herido en el pecho. Omar Medina se dio cuenta de que quedaba solo y que el enemigo estrechaba el cerco. Con la protección que le brindaba el fuego que el sargento primero Sbert hacía, alcanzó la zanja donde sus compañeros estaban tirados, y arrodillándose comenzó a disparar: los británicos se aproximaban a ellos, y estaban a cincuenta metros cuando Medina pudo hacer impacto en un inglés, al cual siguió tirándole ya caído por ignorar si había muerto. De repente Medina sintió un golpe en su pierna izquierda, que no creyó herida por no sentir dolor; al tiempo que una granada reventaba detrás de él matando a Sbert. Retrocedió Medina y pudo derribar a otro soldado enemigo.

Pero la patrulla de Comandos estaba completamente cercada.

Es indudable que la posición argentina pudo haber sido eliminada sin correrse riesgos, atacándola con cohetes y bombas desde el aire. Quizás el *Mountain and Arctic Warfare Cadre* haya imaginado que luego de sus primeros disparos, los refugiados en Top Malo House se rendirían o que no saldrían a combatir afuera; pues lo cierto es que permitiéndoles abandonarla sin estar rodeada por completo —comenzaron a hacerle fuego desde un flanco mientras avanzaban—, los militares argentinos opusieron una enérgica resistencia que ocasionó varias bajas al equipo de Boswell. “Una fiera y breve batalla”, la califican Hastings y Jenkins <sup>107</sup>.

Con todo, por más ardoroso que fuera su ánimo, la primera sección de la Compañía 602 no tenía escapatoria. Ignoraban quienes calculaban poder replegarse cruzando el arroyo, que detrás de éste, ocultos en la elevación que lo dominaba, permanecía al acecho la patrulla del teniente Haddow que diera aviso de la presencia de los Comandos.

El teniente Daniel Martínez se había guarecido en el cobertizo del fondo, arrastrándose en dirección al agua, en medio de los proyectiles que le pasaban por encima o pegaban cerca de él. Disparó contra un par de soldados que iban corriendo, obligándolos a tirarse al suelo. Martínez notó que los ingleses tenían dirigida su atención a la zanja cercana al arroyo donde sus compañeros, en línea, respondían al ataque. Mientras tanto, un británico salió velozmente del depósito de atrás, disparándole, pero Martínez lo abatió con una ráfaga de FAL y cayó a tres metros de distancia.

El fragor del combate se aumentaba por el ruido de las municiones que explotaban dentro de la casa en llamas.

El teniente primero Losito, caído sobre el extremo de la precaria trinchera, había podido observar cómo Medina se movía hacia Sbert al ser éste muerto por el estallido de una granada; y sabiendo que él también iba a sucumbir, reinició sus disparos medio agazapado como estaba, dificultosamente. A veinte metros por la derecha, avanzaban dos ingleses con sus boinas verdes, a paso ligero, disparándole con sus pistolas ametralladoras Sterling: Losito derribó a uno de ellos, un hombre grande y rubio que recibió el impacto en el estómago y cayó hacia atrás.

En la otra punta de la línea, el capitán Vercesi vio llegar adonde él estaba al teniente primero Brun, cubierto de sangre de la cabeza a los pies, quien cayó a su lado. Detrás de los tiradores británicos que avanzaban en cadena, pudo distinguir que cerca de la casa el enfermero, sargento primero Pedrozo, arrodillado para cubrir a Helguero, agitaba un trapo blanco indicando que allí había un herido y que no combatía. El jefe de la sección miró a Brun “con sus heridas espectaculares”, y le dijo:

—Esto no va más...

El oficial le hizo eco:

—No, no va más.

Entonces el capitán levantó su fusil ordenando cesar la lucha. Con un setenta por ciento de bajas, no tenía sentido proseguir la briosa resistencia; sólo quedaban ilesos él mismo, Gatti, y los sargentos primeros Castillo y Pedrozo. El teniente primero Gatti lo imitó:

—¡Alto el fuego, alto el fuego!

Miguel Ángel Castillo no se conformó, e instaba:

—¡Todavía no se entregue, mi capitán!

No muy lejos, tirado en la zanja, Losito podía observar que continuaban rebotando impactos en torno a su compañero, posiblemente porque algunos ingleses no se habían percatado del gesto, y gritó desesperado:

—¡Gatti, cúbrase; no se rindan, carajo, porque nos van a matar!

—¡Mi teniente primero —le contestaba aquél—, no tire más que estamos totalmente rodeados!

Horacio Losito no cejó. Dispuesto a morir peleando, se preparó para disparar al otro soldado de la pareja que se le acercara, pero ya no pudo hacerlo: la pérdida de sangre se lo impidió y se derrumbó de espaldas al pozo.

Plenamente consciente todavía, pudo ver que el enemigo, un hombre bajo, morocho y de bigotes, se paraba con sus piernas abiertas sobre el borde apuntándole con su pistola ametralladora. En un instante fugaz se encomendó a Dios, esperando morir rápido. Volvió a levantar los ojos y el inglés le intimó:

—*Up your hands! Up your hands!* (¡Arriba las manos!)

Losito estaba muy débil y el inglés lo notó: dejó su ametralladora, y quitándole el fusil, tomó al oficial por la chaquetilla para sacarlo del fondo, con palabras de aliento:

—*No problem, no problem, it is the war* (No hay cuidado, es la guerra).

Le hizo un torniquete en la pierna y le inyectó morfina de una jeringa descartable que sacó de su pecho, luego de lo cual le pintó una M en la mejilla. Enseguida pidió auxilio para transportarlo.

Sonaban todavía algunos disparos. El sargento primero Omar Medina, sordo por las explosiones y atento sólo a su frente, mantenía el fuego, y Gatti le gritó:

—¡Medina, Gordo, dejá de tirar que nos matan a todos; no ves que nos rendimos!

Cuando el suboficial levantaba sus manos, volvió a ser alcanzado en el muslo de la misma pierna izquierda por una granada: una herida impresionante, muy grande. Se acercó el cabo primero Valdivieso para ayudarlo y fue también alcanzado, cayendo al suelo.

El fuego cesó bruscamente, por ambos lados. Miguel Ángel Castillo no quiso correr riesgos: “Yo me quedé tirado”, me relató, “pensé que si me paraba me iban a poner fuera de combate, así que me quedé en el suelo con el fusil al costado. Hasta que llegaron dos tipos a mi lado: apartaron con su pie el fusil, me apuntaron, y por señas me indicaron que me levantara”. Todos los británicos avanzaron para tomarlos. Cada uno de los argentinos permaneció en el lugar en que se hallaba y los hombres de Boswell se apoderaron de su armamento y les hicieron quitar el correa. Se oían quejidos.

—*Finish the war* (Terminen la guerra) —repetía el jefe británico para abortar cualquier reacción desesperada, aunque el estado de los Comandos argentinos tornaba ilusoria alguna medida más.

A distancia, Top Malo House concluía de arder.

Al concluir el combate, desde el otro lado del arroyo apareció otra patrulla británica, gritando, que abrazó a los vencedores: “La patrulla de Haddow, que había observado toda la batalla, avanzó corriendo, agitando una bandera británica como una señal para ser reconocidos. No quisieron correr el riesgo de ser tiroteados por su propio bando en la excitación, con la adrenalina aún fluyendo”, indica el brigadier Thompson [108](#).

Los británicos ataron las manos de sus prisioneros mientras los revisaban, y luego volvieron a soltarlos, indicándoles que recogieran a sus heridos y muertos. Ellos también comenzaron a atender a los de uno y otro lado, juntando las armas y corraje de aquellos; algunos mantenían apuntados a los Comandos ilesos. El capitán Rod Boswell, con una libreta en la mano, pasaba lista a voces para conocer sus bajas. Éstas eran relativamente numerosas, dada la iniciativa del ataque y el armamento empleado: dos muertos y ocho heridos. Algunos hombres lloraban en torno a un cadáver que posiblemente fuera el segundo jefe del *M. and A. W. Cadre*.

Los Comandos argentinos en mejor estado fueron a alzar a sus compañeros. Vercesi pasó junto a un herido inglés muy pálido, de bigote fino, alcanzado en el pecho, que se hallaba tirado en el suelo apoyado en el regazo de un camarada, quien lo saludó murmurando:

—*Friends, friends...* (Amigos).

Los que aparentaban estar más graves eran los tenientes primeros Brun y Losito, completamente cubiertos de sangre; el teniente Daniel Martínez fue interrogado, para saber si había sido tocado:

—*No problem* —contestó, ignorante del balazo que había recibido en un pie. En un grupo estaban reunidos Medina, Valdivieso y algo alejado Losito; se acercó Pedrozo —quien se había hecho reconocer como enfermero— con su brazalete ostentando la Cruz Roja colgado de la mano, acompañado de un custodio, y controlando el pulso de Omar Medina, le dijo:

—Quedate tranquilo; no tengo nada para darte ahora; esto está coagulando bien. Acordate de soltar el torniquete para que circule la sangre.

Al suboficial lo había vendado un inglés. Otro que se aproximó comenzó a tratarlo con un paquete de curaciones; la hemorragia hizo que el sargento primero se desmayara por un momento. Recuperado a poco, fue el teniente Martínez para cargarlo:

—¡Cómo pesás! A mí no me pasó nada— le explicó, desconociendo aún haber sido también herido. Pero al llegar al lugar de reunión, Martínez sintió



un dolor “como una torcedura”; asombrado, hizo un movimiento y pudo ver que “salían borbotones de sangre”, según relataba. Se quitó el borceguí y la media y comprobó que lo había alcanzado en el talón una bala de fusil M-16, sin orificio de salida. Uno de los militares británicos comenzó a hablarle.

Pedrozo le tradujo:

—Dice que te tapes para que no se enfríe, porque te va a doler.

Daniel Martínez volvió a calzarse, ató bien su borceguí y se hizo un torniquete, sintiendo efectivamente mucho dolor: “y pasé a ser un herido más”.

El suboficial enfermero tuvo una lucida actuación: sin elementos, trató de contener las hemorragias y de calmar a sus compatriotas. “Yo empecé a temblar con chuchos, por la pérdida de mucha sangre y estar muy mojado”, me refería el teniente primero Losito, “y él le sacó al sargento primero Sbert que estaba muerto, su gabán de *douvet* y me lo colocó: se sentó en la nieve y me puso sobre su regazo, abrazándome para darme un poco de calor”. Igual procedimiento empleó el teniente primero Gatti con el sargento primero Medina.

Los prisioneros, heridos e ilesos, fueron reunidos a un costado de la casa incendiada, hasta que helicópteros vinieran a llevarlos.

El capitán Vercesi se detuvo al lado del cadáver del sargento primero Sbert, muy conmovido:

—¡Qué me has hecho, Turco!

Al teniente primero Brun lo reanimó el ver a Horacio Losito vivo, quien lo alentó:

—Tranquilo, Cachorro, no más...

Un médico británico revisó a todos, marcando con una M sobre la frente a los inyectados con morfina. La pierna de Medina, desgarrada y con su fractura expuesta, presentaba mal aspecto; Helguero estaba muy preocupado por su herida sobre el corazón, porque ignoraba su profundidad. Vercesi se mostraba sumamente afectado: pidió ir por el teniente Espinosa pero el capitán inglés meneó su cabeza y le dijo que era inútil. Conmovía a todos la suerte del abnegado oficial, el joven alegre siempre hablando de sus hijitas. Mirando la casa que terminaba de quemarse, Brun murmuró:

—Espinosa está ahí adentro...

La morfina y la atención los calmaron, y comenzaron a observar a sus vencedores, pintarrajeados sus rostros y tocados con boinas verdes. Comenzaron a conversar en voz baja entre sí, inquiriéndose por su mutuo estado, y con una recomendación:

—No digan nada, recuerden la Convención de Ginebra.

—*Shut up!* —reclamó silencio uno de los guardias.

Los custodios estaban atentos, muy vigilantes, mientras que los soldados argentinos se mostraban relajados. “Yo recuerdo”, decía Gatti, “que los tipos que nos estaban cuidando ponían los ojos como halcones: como que todavía nosotros íbamos a sacar un as de la manga y nos íbamos a abalanzar sobre alguno o cometer una locura por el estilo, porque era mucho el celo que ponían en el cuidado”. Los apuntaban con sus armas al menor movimiento. Unos de ellos ametrallaron por precaución la casilla del costado.

Pero el trato fue correcto, y el cuidado sanitario, inmediato y eficiente. Se acercó el jefe vencedor, capitán Boswell, impresionando por su aspecto marcial, grandote y con la cara tiznada de verde. Dominando la situación, se sentó entre los Comandos mientras convidaba a éstos con cigarrillos Dunhill:

—*The war is the war* (La guerra es la guerra) —comentó.

Les hizo saber que enseguida serían evacuados para su mejor tratamiento médico, y saboreando su éxito, dio un consejo a sus prisioneros:

—*Never in a house...* (Nunca en una casa).

El grupo de argentinos se recobraba del analgésico y entraba en el abatimiento de la derrota, y a vivir su irrealidad: apenas cuatro días atrás habían estado desayunando en Buenos Aires.

A eso de las diez y media de la noche de ese lunes 31 de mayo bajó un helicóptero, en el cual los británicos cargaron a sus dos muertos envueltos en fundas plásticas, y dos heridos, junto con el teniente Martínez y el sargento primero Helguero. A un segundo aparato condujeron en camillas a los demás heridos de ambos bandos, advirtiéndoles que serían operados en San Carlos (y el cuerpo de Sbert para ser enterrado). Los últimos en partir fueron los militares ilesos, hacia Teal Inlet, el cuartel general de la Brigada.

Los pilotos de los helicópteros demostraban mucha ansiedad por partir de inmediato: “Nos preguntaban si venían Pucarás”, relata Brun, “pensando que nosotros habríamos tomado contacto por radio”.

Remontaron vuelo, dejando Top Malo House donde los Comandos argentinos combatieran tan honrosa e intensamente. Horacio Losito iba

sentado con las piernas afuera en el repleto aparato, moviendo los dedos para que no se congelaran en el frío espantoso que sentía. Un par de días atrás, apenas llegado a Malvinas, había escrito a su familia: “*Esto es una experiencia increíble, aquí se terminó la mistificación y vale lo que uno es realmente*” [109](#).

## Notas

[105](#) THOMPSON, *No Picnic*, pp. 108/9. Agradezco al capitán Rod Boswell, de la Real Infantería de Marina Británica, su indicación para consultar esta obra, que debí agenciarme apresuradamente en su versión original (véase nota 109).

[106](#) THOMPSON, *No Picnic*, pp. 111/2.

[107](#) *La batalla por las Malvinas*, p. 311.

[108](#) *No Picnic*, p. 113. Este corto pero rudo encuentro figura en casi todas las obra británicas que tratan el conflicto austral, y en ellas —como en el caso de la batalla de Prado del Ganso— las cifras se manejan sin exactitud: se habrían enfrentado diecinueve ingleses contra dieciséis argentinos, y sólo tres de aquellos habrían resultado heridos: los sargentos Doyle, Groves y Stone (*No Picnic*, pp. 110 y 112). Confirma esta falsa versión el artículo del sargento Derek Wilson —actor en *Top Malo House*— aparecido en el fascículo editado por MARSHALL, CAVENDISH PUBLICATIONS, *The Falkland War* (Londres, 1985), quien escribe: “Fueron diecinueve contra dieciséis, así que casi fue una pelea mano a mano”. Este suboficial describe la salida de los Comandos de la casa haciendo fuego y pareciendo que estaban *very well prepared*, de modo que en ese momento *we had three guys hit* (tuvimos tres muchachos tocados).

El brigadier Thompson corrige sin percibir —aumentándola— la cantidad de Comandos actuantes y los detalla: “Cinco argentinos fueron muertos y siete heridos, los restantes cinco fueron tomados prisioneros” (p. 112), lo que eleva su número a diecisiete hombres. En verdad la sección de Comandos tuvo dos muertos, seis heridos y cuatro ilesos: eran una docena en total.

Nuestro distinguido adversario incurre en otras varias equivocaciones al desarrollar su relato —como decir que el combate duró muy pocos minutos y concluyó cuando el jefe de la patrulla trató de correr para afuera y fue muerto, tirando sus armas entonces sus hombres, dando la impresión que no se luchó en descampado—, y tras algunas consideraciones, concluye jactancioso: “Una vez más los mejores soldados ganaron” (p. 113). Sin polemizar al respecto, cabe hacerle notar el número de bajas de quienes atacaron por sorpresa; y que en la lucha de los doce argentinos contra los diecinueve británicos, estos últimos sin duda hubiesen contado con el auxilio de la patrulla del teniente Haddow, en caso de haber sido necesario. Por lo menos, los *Royal Marines* doblaban el número de Comandos.

[109](#) Redactando este libro, por sugerencia del actual capitán Losito —quien no deseaba

hacerlo hasta el cese oficial de las hostilidades—, escribí al capitán Boswell en Londres solicitándole su relato de la acción, dentro de un plazo que le indicaba. Poco después, el capitán Losito movió al profesor de idioma inglés en la Escuela Superior de Guerra, don Jorge Lewis, a intentar lo propio. Vencido mi término, el capitán Rod Boswell contestó al profesor Lewis pidiéndole que me hiciera saber lo publicado por el brigadier Thompson, pues allí se hallaba la información que yo le solicitaba. Decía en su carta del 28 de abril de 1985: “Me alegra mucho saber que el capitán Losito se ha repuesto de sus heridas y está asistiendo a la Escuela Superior de Guerra. En cuanto a mi comportamiento hacia el capitán Losito en las islas Falklands (sic) fue, supongo, ni más ni menos que el que hubiera esperado de él en caso inverso. Quizás le interese saber que los tres hombres de mi grupo que fueron heridos se han recuperado totalmente y reincorporado a sus tareas hace un tiempo”.

Y agregaba Boswell al concluir estos estimulantes conceptos: “Quisiera puntualizar, sin embargo, que no me hace feliz la perspectiva de entrar en diálogo ni con usted ni con el capitán Losito bajo el presente clima político entre nuestros dos países. Lamento la necesidad de su país para la invasión de 1982, pero quisiera señalar que tanto yo como mis hombres respetamos la actitud y el valor del capitán Losito y sus hombres cuando los tomamos prisioneros. Ésa es la única razón de mi respuesta”.

## CAPÍTULO XIX

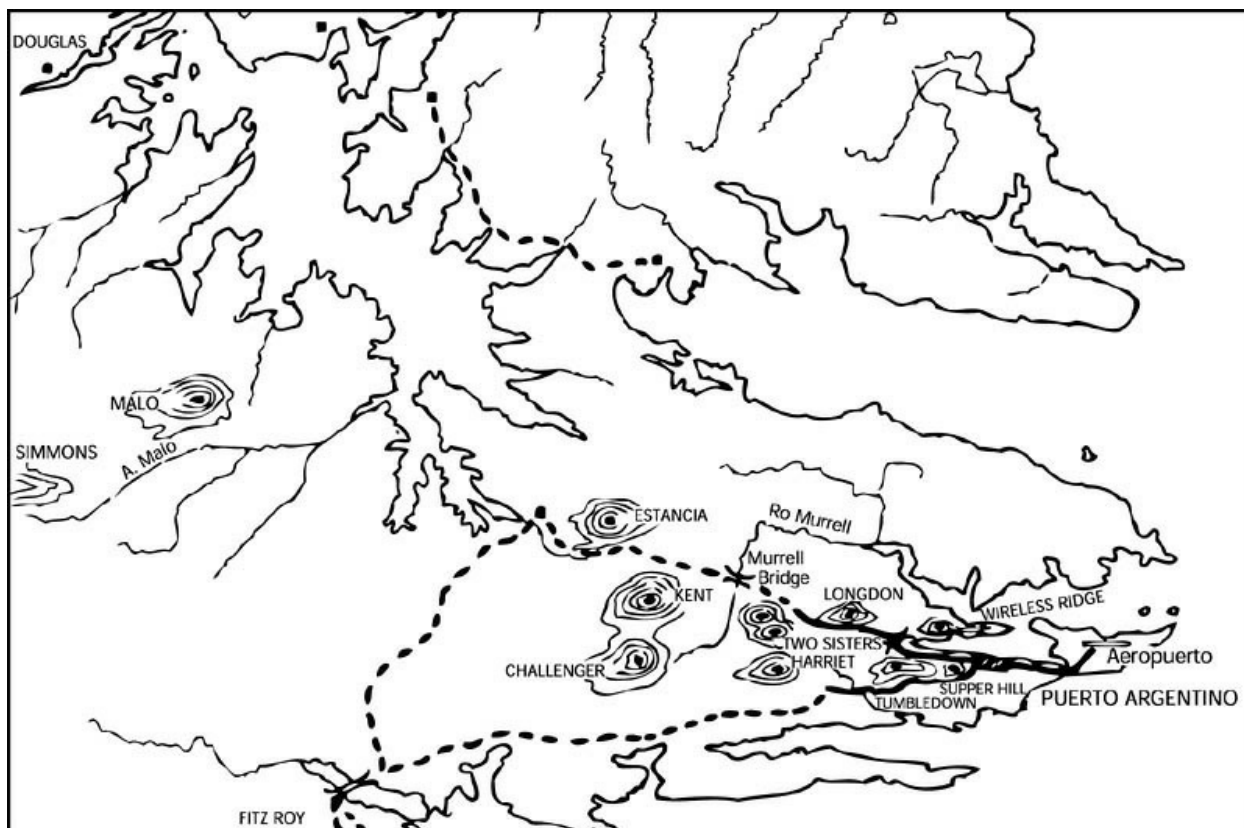
### *Combates en los cerros*

EL SÁBADO 29 DE MAYO, horas después que la primera sección se dirigiera a Monte Simmons, para finalmente sucumbir en Top Malo House, se preparó la operación de los Comandos en forma agrupada —las dos Compañías— para ocupar el arco de alturas a fin de dejarse sobrepasar por el enemigo y luego atacar a éste por la espalda. Por carencia de helicópteros se dividió la cantidad de hombres a transportar; en una primera tanda se adelantaron unos pocos efectivos de la Compañía 601 —pues su grueso estaba fuera de Puerto Argentino— y dos secciones de la 602 únicamente con sus equipos individuales y escasas reservas. Al día siguiente saldrían los dos jefes con el resto del personal, transportando las armas pesadas, abastecimientos y munición.

Tres helicópteros Bell UH-1H remontaron vuelo pasadas las cinco de la tarde. Sus pilotos, no obstante su probado valor, mostraban la tensión que los embargaba al viajar tan adelante del dispositivo defensivo, sin poder adivinar desde dónde podrían ser atacados. Los aparatos iban distanciados unos de otros como medida preventiva. Sus pasajeros, en cambio, abrigaban el convencimiento de que las tropas británicas no estaban tan cerca, pues no calculaban que su avance hubiera sido tan acelerado: las previsiones del alto mando eran de que tardarían diez días en llegar allí.

Al pasar por un valle próximo al punto de descenso, el teniente primero Rubén Márquez, del arma de Ingenieros, comentó con satisfacción profesional al jefe de su patrulla, capitán Tomás Fernández, al divisar un grupo de hombres que estaba colocando minas:

—Mire: ahí hay gente nuestra trabajando.



*Los cerros próximos a Puerto Argentino. Caminos pavimentados y de tierra. (Cap. Ricardo Frecha)*

Eran ingleses. Los informes del capitán Negretti sobre el progreso y dirección del movimiento enemigo no habían sido atendidos en la capital, y éste se hallaba en la zona donde iban a desembarcar los Comandos.

A gran distancia unas de otras fueron depositadas en tierra las secciones, por razones tácticas y de navegación, dispuestas cada cual a fijar su base de operaciones, montarla esa noche y “enterrarse” hasta el día siguiente a esperar el resto. El único oficial de la Compañía 601 era el teniente Alejandro Brizuela, acompañado por siete suboficiales, quienes aterrizaron a un kilómetro de Monte Estancia. El día previo el mayor Castagneto le había indicado su misión: reconocer bien el terreno para detectar la presencia británica, y establecer sus avenidas de aproximación y corredores aéreos, informando de inmediato cualquier novedad, antes de la partida del segundo contingente, temprano en la mañana siguiente. Además del armamento individual, poseían un lanzacohetes Instalaza y una ametralladora MAG. Luego de un reconocimiento táctico-topográfico iniciaron la aproximación al cerro, cayéndose continuamente en los complicados ríos de piedra, con tan

mala fortuna que en una de tales ocasiones se les rompió la radio.

La segunda sección de la Compañía 602, mandada por el capitán “Tom” Fernández, viajó dividida en dos helicópteros: la mitad iba con el capitán Eduardo Villarruel, quien también conducía suboficiales del grupo “comando” de la Compañía. Fernández fue depositado detrás del cerro Bluff Cove, al este: un peñasco inmenso como una torre de piedra inclinada, separado de Monte Estancia por un valle. Lo acompañaba el capitán Durán, oficial de Operaciones de la Compañía. A dos kilómetros de dicho cerro quedó la fracción de Villarruel; por error de pilotaje, la tercera sección del capitán Andrés Ferrero fue dejada atrás y al costado, a quinientos metros del Monte Kent. Ya la oscuridad había descendido.

Comenzaron a oírse disparos en la temprana noche, con mucha intensidad, y se vieron bengalas de iluminación. Durán y Fernández, azorados, se dijeron:

—¡Nos agarramos a tiros entre nosotros!

La patrulla mandada por Ferrero inició la marcha hacia el Monte Kent, yendo en la punta avanzada el teniente primero Francisco Maqueda para que su experiencia de montañista sirviera a la elección del camino menos fatigoso para ocupar la altura. Los hombres iban separados por veinte o treinta metros, portando dos ametralladoras, lanzacohetes y granadas, además de sus equipos personales. La despreocupación de pensar que el enemigo no estaba cerca motivó una enérgica reconvención del jefe:

—¡Métanse en la cabeza que nos pueden estar viendo y nos van a hacer mierda!

Sobre los faldones de una cañada empedrada bajo la cual se oía correr agua, ya trepando el cerro, el capitán, junto con Maqueda y el sargento primero Oviedo, se adelantó para reconocer el mejor acceso a la altura dominante. Encargó al teniente primero Horacio Lauría el resto de la patrulla —cuatro hombres—, indicándole que no avanzaran hasta ver sus señales de linterna; y los tres subieron en dirección a donde se bifurcaba la cresta.

No había pasado mucho rato cuando sobre el inmóvil grupo de Lauría se desató un intenso fuego, con trazantes luminosas para mejor dirigirlo, que los hizo aplastarse contra el terreno. Este oficial inmediatamente supuso que atrás de él todos estaban muertos, y que les disparaba otra patrulla confundida

llegada antes, pues ignoraba su situación dada la premura con que fueron despachados. Estaba Lauría contra el suelo esperando que cesaran de tirar y avisar que eran argentinos, cuando oyó:

—*Number one, fire!* (¡Número uno, fuego!)

Inmediatamente pasó encima de él una ráfaga de ametralladora. Y detrás una voz exclamó:

—¡Ayúdeme, que estoy herido!

El capitán Ferrero había llegado con Maqueda y Oviedo a la bifurcación del rumbo, cuando comenzó el tiroteo. El enemigo lo dirigía a cincuenta metros más abajo de donde ellos se encontraban, habiéndolos dejado pasar para tomar al grueso de cerca. La detención de la patrulla impulsó a los británicos a iniciar la acción. Desde las dos alturas que tenían a derecha e izquierda se disparaba, y el jefe de la tercera sección y sus acompañantes se hallaban en medio del fuego sin ver al enemigo ni ser observados por ellos. A unos ciento cincuenta metros eran perfectamente audibles las órdenes que a gritos impartía el oficial británico.

Los tres Comandos argentinos se guarecieron detrás de piedras y comenzaron a desprender sus mochilas y cascos para estar más ligeros, preparando su munición. En la posición particular en que se hallaban, en una cañada encajonada, veían los impactos de la munición trazante sobre las rocas, y luego las explosiones de morteros. No se percibía ninguna reacción:

—¡Qué desastre! ¡La gran puta, perder toda la patrulla!

El teniente primero Maqueda trató de calmar la desesperación de Ferrero.

—No, jefe, quédese tranquilo, que no sabemos qué pasa.

El capitán comunicó a sus subordinados su determinación:

—De acá vivos no vamos a salir, porque no nos vamos a entregar. Tranquilicémonos y veamos dónde están ellos.

Abandonando la protección de las piedras que les servían de refugio, trataron de descubrir a los ingleses. Como éstos estaban más arriba y detrás de la punta en que se encontraban los tres Comandos, tan sólo penetrando en la zona batida por el fuego, abajo, iba a ser posible determinar con exactitud sus posiciones. Andrés Ferrero reflexionó: su misión era ocupar Monte Kent para recibir al día siguiente al resto de sus camaradas, y como el cerro ya estaba en poder del enemigo, era de imperiosa necesidad que uno de los tres



los pusiera sobre aviso para que no cayeran en la emboscada. Un intercambio de disparos en la pendiente le hizo saber que había respuesta argentina, y que no todos sus hombres habían sucumbido. El capitán Ferrero se dispuso a bajar extremando las precauciones para no ser visto por los ingleses que estaban en las alturas. Antes dijo:

—Vamos a encomendarnos a Dios, y en la primera pausa de fuego, nos lanzamos.

Ferrero pidió morir combatiendo como soldado y que sus hombres no hubiesen caído en vano, sin poder contestar al enemigo; finalmente, que al menos uno de ellos tres pudiese llegar a comunicar al mayor Rico la sorpresa, para que no corriese el mismo fin. Siendo dos ametralladoras y dos morteros los que les disparaban, el número de adversarios no bajaría de veinte hombres. La noche era completamente clara, sin luna pero con una magnífica constelación de estrellas luciendo en lo alto. Oraba Ferrero con las manos en la cara, cuando Maqueda le tocó el hombro:

—¡Jefe, jefe, está nevando!

Andrés Ferrero alzó los ojos y al mirar nuevamente notó una negrura impenetrable; comenzaba a nevar con tanta intensidad que no veía más allá de la distancia de sus brazos... El súbito cambio del clima malvinense lo convenció que sus ruegos habían sido escuchados.

Era la ocasión propicia para escapar. El fuego y las voces habían cesado, pero el capitán aguardó un instante para no dar lugar a que la fuerza británica batiera la zona ya preparada. Un minuto después bajaron para colocarse cascos y mochilas, y seguir por el corredor de piedras por donde habían trepado. Ferrero confiaba en que alguno de los hombres que integraban la otra mitad de la sección se hubiera salvado, pero ignorando su ubicación y estado, la misión de llegar a Puerto Argentino estaba en manos de él y sus dos acompañantes.

En el trayecto perdieron al sargento primero Oviedo.

Arrastrándose hacia abajo en su búsqueda, ya con sus equipos puestos, se produjo un retraso de Francisco Maqueda. Ferrero lo urgió en voz tenue:

—¿Dónde estás, la gran puta? ¡Vamos, viejo!

—Aquí jefe; estoy buscando...

—¿Pero qué perdiste: el lanzacohetes, la munición? ¡Vámonos de aquí, macho!

—¡Perdí los dientes!

El teniente primero Maqueda usaba una prótesis con los cuatro dientes delanteros superiores, que al caer y golpearse contra una roca, se le había saltado. Agazapado, la buscaba en la oscuridad.

—¡Qué dientes ni qué carajo, vámonos de aquí!

El imperativo susurro del capitán Ferrero volvió a ponerlos en marcha. Nevaba intensamente, y el silencio era absoluto. “La bajada fue espantosa”, refería Ferrero; “nos metíamos entre piedras, nos caíamos, golpeándonos; estábamos empapados, el equipo pesaba. El nerviosismo nos alentaba para que mañana nuestros compañeros no sufrieran lo que nosotros; yo me echaba en cara la suerte corrida por nuestra patrulla, haberla perdido en mi primera misión de combate, la vergüenza por dejar a mis amigos. Caminamos bastante, hasta que dejó de nevar. Aunque sin nubes, la noche era bastante cerrada. Acostumbrados ya al terreno y a la poca visión, observamos para atrás y comprobamos que estábamos lejos del lugar donde se había producido la emboscada; más allá del lugar donde nos dejara el helicóptero”.

Estaban en el llano, en esa superficie de Malvinas parecida a una cancha de golf, con algunas ondulaciones, y alturas cubiertas de turba y piedras en su cumbre. De Oviedo no sabían nada. Ningún movimiento se detectaba; lloviznaba intermitentemente y el viento constante aumentaba el frío. “En un paraje cavado por las ovejas en la turba para cobijarse y dormir, una especie de pozo de tierra”, prosigue Ferrero, “nos metimos con Maqueda, muertos de frío y agotados por el terreno fangoso que nos hacía caer a cada rato, casi dormidos, alentándonos mutuamente, sin dejar el equipo porque no sabíamos qué nos esperaba. En ese pozo Maqueda me tapó bien con el poncho impermeable desde afuera, prendí una linterna y me orienté en la carta con la brújula: habíamos caminado mucho más de lo pensado y me dirigía hacia el mar, pero en dirección a Estancia House. O sea que debía tomar las alturas de mi derecha para ver Puerto Argentino, a veintiún kilómetros de distancia”.

Ganaron una pequeña elevación esperando encontrarse con ingleses a cada momento, porque suponían que todos los cerros estaban ocupados, como el Kent. Treparon por turnos, mientras uno observaba con el visor nocturno, escuchando el vuelo de helicópteros. Desde la cima pudieron divisar las luces de la ciudad. Como estaban exhaustos y debían recuperarse para seguir avanzando durante la noche siguiente —de día era necesario permanecer cubierto porque ofrecerían un blanco seguro en la llanura—, buscaron un lugar apropiado para quedarse en ese lugar escabroso. Con sus ponchos

impermeables se cubrieron de la permanente lluvia, se abrigaron en las bolsas-camas para que se secara su ropa, y establecieron los turnos de vigilancia. Repartieron su único alimento: un chocolate *Shot* que el capitán Frecha dejara en la mano de Ferrero al despedirse en el gimnasio: —Cuando lo comas acordate de nosotros... Trataron de mantener su ánimo, con cualquier comentario que los distendiera en tan difíciles circunstancias. El capitán Ferrero, recobrando el trato habitual entre militares —una característica observada en varios episodios indicó que en combate se abandonaba momentáneamente el *usted* por el *vos*—, comentaba burlonamente a Maqueda su nuevo aspecto sin dentadura:

—¿Hizo una donación al Fondo Patriótico?

Aunque nada podía ayudarlo a superar su tremenda amargura: el no haber cumplido su misión original, y considerar perdidos a la mayoría de sus hombres, ni estar en condiciones de llegar para advertir lo sucedido al mayor Rico, que esa madrugada partiría con el resto de las dos Compañías. Ferrero rogaba a Dios que éste se demorase por cualquier causa, o para que alguno de sus camaradas hubiese llegado a avisarle el peligro.

Al amanecer, el viento trajo ruido de descenso desde arriba, que no podían precisar por el viento. El capitán Ferrero repitió a su subordinado que no se entregarían:

—Si son ingleses vamos a combatir hasta que nos maten o hasta que se nos termine la munición.

Cada uno cubrió su sector y aguardaron.

Cuando el teniente primero Horacio Lauría conoció que le disparaban tropas inglesas, se dio cuenta que su pistola ametralladora 9 mm provista de linterna laser no le sería útil por su poco alcance. La cambió por su fusil, mientras por la magnitud del fuego enemigo y la falta de respuesta pensaba de sus compañeros: “Los han matado a todos”. Se corrió tras un refugio y mientras armaba su fusil oyó el pedido de auxilio, diez metros detrás.

—¿Puede llegar a donde yo estoy? —preguntó.

—Sí.

Ambos abrieron fuego para cubrir el movimiento, y se le juntó el sargento primero Reimundo Viltés. De más abajo llegó una advertencia del sargento primero Orlando Aguirre:

—¡Repléguese, mi teniente primero, que es una emboscada!

—¡Hay que contraatacar! —contestó Lauría, teniendo bien presente la doctrina enseñada en el curso de Comandos para salir vivo de esas situaciones.

El suboficial no obstante se replegó. Quedaron Lauría y Viltés precariamente protegidos tras una roca mientras desde tres direcciones recibían una catarata de proyectiles. Era muy difícil resistir ahí; y para ayudar al herido —un tiro lo había alcanzado en el talón—, el oficial se quitó su mochila y le indicó a éste efectuar lo propio: muy pesadas, con cerca de cuarenta kilos, les impedirían los movimientos y quedarían agotados en poco tiempo. Cargaron con sus fusiles y munición, comenzando a retirarse del lugar tan poco saludable, el suboficial sostenido a medias por el teniente primero Lauría.

En eso, una bengala arrojada con mortero los iluminó como si el sol estuviese encima.

Paralizados por la sorpresa y el instinto, aguardaron que cesara su efecto. Apenas consumido el resplandor, reemprendieron su caminata, lo más veloz que podían, con Viltés casi a hombros del oficial, mientras los proyectiles pasaban sobre sus cabezas. Ya sobre aviso, el característico ruido de nuevas bengalas al ser disparadas, les permitía arrojarse al suelo antes de que se encendieran. Su luz hizo ver un espectáculo escalofriante: las mochilas sacudidas por balazos y esquirlas de las granadas de morteros.

—Récele a la Virgen María, a todos los santos que conozca, y al teniente primero Lauría —le dijo éste a Viltés, y en la nueva oscuridad volvió a cargarlo.

Así fueron retrocediendo en medio de los tiros que los rodeaban sin acertarles, hacia abajo, en los intervalos entre las bengalas, mientras el oficial pensaba de sus adversarios: “Estos tipos no tienen puntería o realmente alguien superior nos protege”. Una preocupación sin embargo lo traumatizaba: oía las órdenes dadas por el jefe británico sin entender su significado, sin poder prever las maniobras que sus enemigos efectuarían. Las voces en inglés lo “pusieron realmente mal”.

Pudieron llegar pese a todo al valle, disminuyendo el fuego a medida que se alejaban de la zona de muerte. Y ahora: ¿a dónde dirigirse? Lauría sólo sabía que Puerto Argentino quedaba hacia el este, por haber visto fugazmente el mapa en el gimnasio cuando se planeaba la operación, y al aparecer en el

cielo la constelación de la Cruz del Sur sacó su orientación. Todas las elevaciones estaban cubiertas por disparos enemigos, como pudo controlar al tratar de subir a una de ellas para mejorar su horizonte. Esto se repitió, y el oficial no pudo menos que deducir: “la mitad de nuestra gente se fue y la otra mitad está muerta”.

Pero no permanecieron solos mucho rato: una hora después, a eso de las diez de la noche, antes de cruzar el río de piedra, se encontraron con el sargento primero José Núñez, cuando ya se había nublado y empezado a nevar. Horacio Lauría sintió la responsabilidad de conducir vivos a los dos suboficiales, sin reflejar ni debilidad ni desorientación, “aunque me sentía acorralado en mi primera experiencia”, confesaba luego. Era imposible descansar, porque o los ingleses los capturarían o porque morirían congelados, así que entre los dos hombres ilesos se turnaron toda la noche para llevar al herido, explorando uno de ellos el camino adelante. Viltes no se quejaba —“se la aguantó como un machazo, sin decir nada”, me comentaba el oficial—, pero Lauría comprendió que en cualquier instante, si él aflojara el control, aquél se derrumbaría, y les sería imposible arrastrar su peso muerto. Al menos, por el momento algo colaboraba, e incluso su superior lo hacía saltar en una pierna, acicateando su amor propio con fingida severidad:

—¡Bueno, Viltes, basta! ¡Déjese de joder y ahora a caminar, viejo, que hay que salvar el pellejo!

El sargento primero respondía sin chistar. Llegó el amanecer; a las nueve de la mañana el teniente primero Lauría consideró que se habían desprendido de la persecución y se detuvieron a descansar. Aunque él estaba en muy buen estado físico, los suboficiales no daban un paso más. Los dejó en una especie de cueva entre piedras, y él se adelantó a reconocer un cerrito. Una media hora después prosiguieron su camino.

Cuatrocientos metros más allá, en pleno descampado, divisaron una patrulla. Eran más de doce hombres que empezaron a desplegarse para rodearlos. Los tres se prepararon y Lauría ordenó:

—Cuando yo abra fuego va a ser la orden de disparar. Cada uno bate distintos sectores.

La segunda sección del capitán Fernández llevaba una radio, y cuando comenzaron a oírse los tiros y verse bengalas en la noche sobre los hombres

de Ferrero, pretendieron comunicarse, aunque sin resultado, porque la interferencia británica barría las comunicaciones, anulándolas. Sin disipar la incógnita, pues, el jefe de la patrulla se adelantó acompañado del subteniente Dámaso Soraidés para explorar el cerro Bluff Cove Peak que estaba a su frente, dejando a sus hombres detrás. El teniente primero Daniel Oneto serviría de enlace. No detectándose ningún peligro, la mitad de la sección subió —la otra mitad estaba con el capitán Villarruel— y alcanzó la cresta luego de dos horas de difícil ascensión, tanto por las dificultades del Monte, con paredes lisas en su cumbre, como por el excesivo peso de las mochilas, cargadas para abastecerlos en su espera del sobrepasaje enemigo. A la distancia, en dirección a Puerto Argentino, se percibía el rutinario cañoneo naval, iluminándose el horizonte con las explosiones, lo que sirvió para orientarlos.

Al día siguiente, apenas aclaró, Fernández reunió a sus hombres para impartir órdenes. Señalando una piedra situada en un punto más elevado de donde se hallaban, indicó al sargento primero Julio César Véliz que fuera a observar los alrededores, y al teniente primero Rubén Márquez que se dirigiera con su pareja en dirección a donde se habían oído los disparos, hacia el peñasco inmenso que se levantaba en la cima misma del Monte, a quinientos metros:

—Véliz: se sube allá y me dice qué ve, y mantiene el enlace con estos dos hombres.

Márquez comentó que su dúo había quedado en Puerto Argentino por falta de lugar en los helicópteros, y entonces el capitán instruyó al sargento primero Oscar Blas que lo acompañase. El teniente primero Oneto se ofreció a ir él, ya que Blas era su pareja, pero Fernández mantuvo su determinación. El teniente primero Márquez usaba en sus manos los mitones habituales de alta montaña, sin separación entre los dedos salvo el pulgar, y su jefe le observó:

—Si tiene que combatir ¿cómo va a tirar?

—No, mi capitán. ¿Contra quién vamos a combatir acá?

Fernández no estaba convencido, e insistió:

—Pero mire que si tiene que hacer fuego...

—Y puedo hacerlo; fíjese.

El oficial puso el índice con todo el cuerpo del guante en la cola del disparador, mostrando su posibilidad. Daniel Oneto también le advirtió sobre

la posible presencia de ingleses y le aconsejó quitarse los mitones.

—No, eso es propia tropa —contestó empecinado Márquez, hombre muy arriesgado, de grandes condiciones como soldado que quería demostrarlas.

Se adelantó el sargento primero Véliz como enlace y tras él fueron Márquez y Blas. Se desplazaron por la ladera del cerro y desaparecieron de la vista al rato al aproximarse al gran peñasco. Habían pasado 20 minutos cuando desde esa dirección se oyeron tiros, gritos y ráfagas de ametralladora.

No quedaban dudas: la patrulla estaba rodeada. Varios de sus componentes oyeron voces en inglés que traía el viento, y casi inmediatamente un helicóptero se posó en el valle. Todos tomaron posiciones de defensa, preparando sus armas. Tomás Fernández consultó con el capitán Durán, dándole su parecer:

—Vamos a esperar aquí hasta que oscurezca. No sabemos cuál es la capacidad de los ingleses que están en esta zona; y si ellos, o uno de ellos —refiriéndose a Márquez y Blas— logró escapar, se va a venir con nosotros.

De día era imposible pensar en una retirada sin ser ubicados; y aquellos dos hombres, de haber zafado de la emboscada, podían estar ocultos entre piedras del fondo del valle. Cambiaron, pues, de lugar y se dispusieron a aguardar la noche. Un intento de enlace radial con el mayor Rico para comunicarle lo acaecido no dio resultado. Lo cierto era que se encontraban en medio del dispositivo británico, y que muy posiblemente hubieran perdido a sus dos compañeros. Oneto recordaba que Márquez había recibido auxilios espirituales esa misma tarde, sintiendo una gran tranquilidad, al punto que una hora antes de salir en *jeep* para subir al helicóptero, le había confiado:

—Realmente ahora estoy listo para morir en gracia de Dios.

El teniente Alejandro Brizuela y sus siete hombres de la Compañía 601 también oyeron los disparos con que era atacada la patrulla del capitán Ferrero, en el faldeo oeste del Monte Kent, a cuatro kilómetros del Monte Estancia que estaban ascendiendo. Como las bengalas de iluminación eran impulsadas sobre ellos por el viento, en un primer instante creyeron que el atroz fuego que oían era dirigido contra ellos mismos. Pasado el momento de preparación para combatir, continuaron hasta llegar a la cúspide, ya con mayores precauciones ante la certeza de que el enemigo estaba más cerca de lo sospechado. Pasaron la noche listos para repeler cualquier asalto. Como

quedó dicho antes, la fortuita rotura de la radio a causa de un tropiezo contra una roca, impidió avisar a Puerto Argentino lo sucedido. El otro aparato llevado en esa operación, a cargo del capitán Tomás Fernández, era interferido por la electrónica inglesa.

Al retornar el teniente Brizuela a la mañana siguiente de un reconocimiento, un suboficial lo llamó con urgencia:

—¡Veo gente desplazarse para acá!

Mirando hacia el sur, para el lado de Monte Kent, se distinguían bien abajo tres puntitos que Brizuela supuso miembros de la fuerza británica atacante la noche anterior. Llamó a todo su personal y se prepararon para el combate poniéndose a cubierto. Todos apuntaban en la dirección del avance de aquellos soldados. El teniente advirtió:

—Nadie abre el fuego hasta que yo lo haga: mi fusil es el que da la orden.

Cabía la posibilidad que se tratase de propia tropa; por la forma de su marcha daba la sensación que uno venía herido: dos iban juntos y otro separado, alternándose de tanto en tanto. Los Comandos argentinos habían avanzado hasta ocupar buenas posiciones; los otros también se prepararon; cuando en el momento previo a la acción se oyó un grito:

—¡Argentina!

Era el teniente primero Lauría con los sargentos Viltés y Núñez. Con gran emoción, todos se abrazaron. El enfermero, sargento primero Manuel Vallejos, revisó la herida de aquél, la limpió y le puso el vendaje adecuado. Ahí Reimundo Viltés se dio por vencido: contaba con ayuda, y no dio un paso más. Fue cargado durante quinientos metros hasta las posiciones de Brizuela en Monte Estancia. Durante esa mañana pudo observarse varios helicópteros con el distintivo de la franja amarilla, los cuales recogían tropas en las estribaciones del Monte Kent que replegaban hacia Puerto Argentino, a raíz del avance británico. El teniente Brizuela decidió despachar a uno de sus subordinados para que tomando contacto con aquellos les comunicara lo sucedido la noche anterior, a fin de que llegara a conocimiento de los mayores Castagneto y Rico.

Seguía Brizuela observando el Kent y distinguió otro helicóptero argentino que lo contorneaba. De pronto estalló en una bola de fuego y cayó dando vueltas sobre la ladera, mientras salían llamas de la máquina.

Ello había sucedido a unos 3 km. de su refugio; el oficial, acongojado, resolvió ir hasta allí con la intención de prestar algún auxilio, acompañado



del enfermero y otro hombre, el sargento primero Alejo Cantero. Procurando esconderse para no ser avistados, marcharon durante una hora hasta llegar, pero a cien metros del aparato debieron detenerse porque en la máquina encendida explotaba la carga y pasaba la munición trazante cerca de ellos. Observaron resguardados tras unos peñascos pero no distinguieron señales de vida. Las llamaradas se agitaban de a ratos al estallar alguna granada o proyectil de lanzacohetes. Después de permanecer allí cerca de una hora retornaron a Monte Estancia.

Brizuela se encontró ahí con el capitán Ferrero y el teniente primero Maqueda, quienes casi habían recibido a tiros al suboficial enviado a transmitir su mensaje al helicóptero que en el faldeo de Monte Kent recuperaba soldados argentinos. Éste les indicó el camino seguro hacia la posición de su jefe, que a Ferrero le asemejó “una gran cantidad de piedras que parecía una fortaleza”. Los enemigos —agregó aquél— no mostraban actividad: “Se ve que los ingleses habían ocupado la cima del cerro”, razonó Ferrero, “pero no todo el Monte, y todo aquel que intentara llegar a la cumbre era atacado”.

Así, poco a poco, fue apareciendo la mayor parte de la tercera sección; y nadie quería creerlo: salvo Viltes, todos ilesos, aunque muy golpeados. El pensamiento común había sido irse hacia Puerto Argentino.

Y se encontraron en el mismo lugar; faltaba, eso sí, la pareja del teniente primero Maqueda: el sargento primero Oviedo; y también el teniente primero Enrique Rivas y el sargento primero Orlando Aguirre, dúo de Lauría.

Los dos últimos se habían replegado al ser atacada la patrulla del capitán Ferrero en Monte Kent, sin contestar el fuego, en medio de las balas trazadoras disparadas por los ingleses —“esas bolitas ardientes”—, indicando Rivas al suboficial que se desprendiese de su pesada mochila. Al llegar al río de piedra quedaron separados, y poco después casi se toman a balazos entre ellos. Arrastrándose salieron del campo de tiro en donde los proyectiles picaban muy cerca, cada vez más atrás, hasta que llegaron al lugar del desembarco. A lo lejos se veían dos resplandores de poblaciones, y luego de un breve cambio de ideas, Rivas y Aguirre se dirigieron al que consideraron ser Puerto Argentino, cayendo y golpeándose continuamente entre las piedras. A los dos kilómetros se detuvieron agotados, ateridos de frío,

guareciéndose de la nieve en una cueva.

Al día siguiente reemprendieron su marcha, y a las dos horas divisaron un grupo de hombres encaminándose a Monte Estancia y que identificaron como ingleses, y que al verlos se tiraron al suelo. Estaban a doscientos metros. El teniente primero Rivas, por un impulso, se dio a conocer:

—¡Argentinos!

Era la fracción mandada por el capitán Eduardo Villarruel.

Villarruel había quedado en tierra en plena oscuridad, y cuando estaban orientándose en el valle entre los Montes Kent y Bluff Cove Peak escuchó el intenso tiroteo de armas automáticas y explosiones con que era atacada la sección de Andrés Ferrero, a sus espaldas. El sonido de los morteros —que no los portaban las secciones argentinas— indicó a sus hombres que se trataba de un ataque británico. Una rápida exploración a cargo de dos suboficiales no pudo precisar la ubicación de las posiciones enemigas: sus visores no alcanzaban más allá de los ciento cincuenta metros. Comprendiendo que aquéllos habían ocupado las alturas adonde habían pensado dirigirse, Villarruel determinó modificar su emplazamiento para no escalar la altura a ciegas; y caminando toda la noche hacia Monte Estancia, al nordeste, pudo advertir la presencia de los ingleses en Estancia House, un establecimiento situado a orillas de una caleta del mar, el único en cinco kilómetros a la redonda. Antes del amanecer hicieron un alto para descansar, con frío intenso bajo nevada, y tuvieron la desagradable sorpresa de que en la oscuridad, a treinta metros, advirtieran que unos diez soldados británicos caminaban en dirección a Estancia House... Sin otro sobresalto ocuparon a las nueve de la mañana una altura intermedia entre Monte Kent y Monte Estancia, luego de encontrarse con Rivas y Aguirre.

Casi en el mismo momento los sobrevolaron dos Harriers, en forma rasante, los cuales pasaron a cien metros de su costado aunque sin atacarlos, lo que el capitán Villarruel atribuyó a que confundieron sus uniformes: eran blancos reversibles —el otro lado verde— igual a los empleados por los británicos. Era un día de sol radiante, luego de la noche con nieve, en uno de esos bruscos cambios de clima, pero no podía observarse la presencia de las tropas británicas, ya que, al igual que las argentinas, durante las horas de luz no se movían de sus emplazamientos. En cambio, en la ladera de Monte Kent

se divisaban los efectivos nacionales —a poco más de dos kilómetros— que eran evacuados por los Bell. Presumiblemente el enemigo no los atacaba esperando ocupar luego esa posición sin esfuerzo. El capitán Villarruel destacó para comunicarse con ellos al sargento primero Luna, y ante las señales que éste les hizo, un aparato aterrizó cerca de su refugio. Villarruel se dio a conocer a los pilotos y les dijo:

—Mi fracción ha sido dispersada ayer a la noche. Quiero que transmita a la retaguardia que estoy sin radio y que mi personal se encuentra bien; y que necesito dos morteros de 120 mm porque en Estancia House he advertido la presencia del enemigo.

El helicopista se retiró rápidamente. Cabía la posibilidad de que el aviso llegara también con tiempo para detener a Rico y Castagneto, pues podíase suponer que la operación se había demorado: ya era de día, y no se juntaron en ese amanecer como estaba previsto. Esa tarde pasaron por el lugar cuatro infantes de Marina que retornaban caminando desde las proximidades de San Carlos —integraban el grupo naval al mando del capitán de corbeta Camiletti, que con otras fuerzas se habían adelantado en busca de información—, y con ellos Villarruel reiteró su mensaje. Cabe añadir que apenas abandonaron el lugar los helicópteros, a la mañana, apareció una pareja de Harrier que atacó la zona donde había estado la tropa argentina, aunque ya sin causar bajas.

Los capitanes Villarruel y Ferrero ya conocían su respectiva posición y tomaron contacto. El primero comunicó sus intenciones:

—Si me mandan lo que pedí, atacaremos Estancia House. Seguro que allí hay un puesto que se puede golpear. Vamos a mantenerlos observados: si no es hoy, será mañana.

Con los anteojos de largavista se observaba movimientos de tropa y vehículos en la caleta Teal, a dos kilómetros de distancia, y durante toda la noche anterior pudo percibirse un constante desplazamiento de helicópteros a esa dirección. El capitán Eduardo Villarruel poseía sólo dos armas automáticas, granadas de mano, una ametralladora y granadas de fusil, pero con morteros iba a estar en aptitud de alcanzar a los ingleses. Había instalado a su espera “una defensa magnífica de piedras”, en opinión de Andrés Ferrero. Este último transmitió el plan al teniente Brizuela al volver a su posición.

En Monte Estancia estos dos oficiales se dispusieron a pasar el día y reorganizaron el dispositivo de defensa, distribuyendo a su personal. En un

momento dado Ferrero llamó la atención del teniente:

—Che: ¿qué son éstos?

Sobre la cima de Monte Kent se divisaban soldados con uniforme blanco mimetizado para nieve, indudablemente británicos, que sin duda debían verlos a ellos también.

El enemigo había ocupado completamente el cerro donde se había combatido el día anterior, pero no manifestaban ningún signo de hostilidad. Era posible que ignorasen cuáles alturas habían caído en su poder, quizá por problemas de comunicación, y la similitud de los trajes de agua y gorritos de lana los confundieran. El capitán Ferrero, sin dejar de vigilarlos permanentemente, decidió proceder con naturalidad, moviéndose normalmente sin ocultarse, para mantenerlos en ese convencimiento: incluso se paró y saludó con sus brazos. Desde lejos contestaron sus señales.

El suboficial herido, Viltes, preocupaba a todos, aunque mostraba gran entereza disimulando su dolor:

—No se agite por mí, mi capitán; sigan sin hacerse problemas —decía para tranquilizar a Ferrero. El enfermero velaba por él, y el intenso frío al menos disminuía la hemorragia en el tobillo roto y alejaba el peligro de gangrena. Estaba guarecido bajo un poncho.

A las cuatro de la tarde apareció volando a baja altura y a muy poca velocidad, una pareja de Harrier. Cruzó por entre Monte Estancia y Bluff Cove Peak, a no más de treinta metros del suelo, proveniente desde Estancia House. La impresión de este aparato quedó imborrable en la memoria del capitán Ferrero: “un cuervo horrible, negro, impresionante”... Ese valle fue utilizado como corredor aéreo por la protección que ofrecía de radares y aparatos argentinos.

Todo ese día los Comandos de las Compañías 601 y 602 lo pasaron vigilantes, listos para combatir, soportando muchísimo viento, llovizna y ráfagas de nevisca. Al caer la oscuridad, notaron que se reiniciaba el movimiento de helicópteros desde San Carlos y Teal Inlet en dirección a Monte Kent<sup>110</sup>, evidentemente un sector importante para emplazar la artillería inglesa de campaña; “un imponente carrusel de luces”, al decir del capitán Villarruel.

Una punzante intranquilidad era compartida por todos: nada se sabía de la suerte corrida por la patrulla del capitán Tomás Fernández.

## Notas

[110](#) El brigadier Julian Thompson manifiesta su extrañeza a lo largo de su libro *No Picnic* por la ausencia de aviones argentinos que pudieron haber atacado en más de una oportunidad a las fuerzas terrestres del Reino Unido durante su avance, sobre todo interrumpiendo su transporte aéreo: el Pucará sobre todo era muy temido, por su maniobrabilidad y vuelo lento, que lo convertían en la pesadilla de los pilotos de helicópteros británicos (p. 35). Así es como escribe: “Una vez que los argentinos conocieran que los helicópteros iban y venían regularmente entre San Carlos y posiciones al oeste de Stanley, sería seguramente sólo cuestión de tiempo antes que la Fuerza Aérea Argentina comenzara a atacar esta línea de comunicaciones y suministros. En caso de haberlo hecho, habrían destrozado a helicópteros incapacitados de hacer fuego por atrás. Pudieron realizar esto utilizando los Pucará, Mentor y Agusta 109 ya en Malvinas (...) Por suerte un solo intento se produjo, después de la batalla de Prado del Ganso, para interrumpir la ruta de helicópteros, cuando dos Sea Kings fueron derribados por un Pucará y un Agusta Bell 109” (p. 105). Insiste Thompson más adelante aludiendo a Teal Inlet: “Aunque la Fuerza Aérea Argentina no había sido vista durante varios días por las tropas terrestres, no había, en los datos al alcance del mando de la Brigada 3, razón para que la aviación enemiga no pudiera aparecer en cualquier momento; hasta bombarderos desde el continente argentino, como Pucará y Mentor desde Stanley y otras pistas en las Malvinas” (p. 118).

## CAPÍTULO XX

### *Un repliegue difícil*

EL DOMINGO 30 DE MAYO ESTABA LISTO PARA PARTIR a instalarse en el arco de cerros adelantados a Puerto Argentino, el resto de los efectivos de Comandos que quedaban en la ciudad. Dicha agrupación se componía de las segunda y tercera secciones de la Compañía 601, más su plana mayor y elementos de servicios; la plana mayor y el grupo comando de la Compañía 602, más elementos aislados que le quedaban; y con ellos, el Grupo de Operaciones Especiales de Fuerza Aérea y el Escuadrón Especial de Gendarmería. Al frente del todo, los mayores Aldo Rico y Mario Castagneto.

Era tomar la iniciativa de la campaña, hasta entonces en manos del enemigo, aunque significase que los Comandos sirvieran como “carne de cañón”, sacrificándose para retardar el asalto a la capital.

El primer helicóptero despegó desde la cancha de fútbol, situada como aeropuerto de emergencia, ya que no era probable que los británicos bombardearan la propia ciudad. Este contingente era integrado por elementos de la Gendarmería llegados un par de días antes, a órdenes del segundo comandante Jorge San Emeterio. En momentos que trepaban a un Puma, intentaron hacerlo también el teniente primero Vizoso y su dúo, el sargento primero Franco, cargando un mortero de 60 mm, pero como de viajar ellos dos quedaría incompleto el Escuadrón, San Emeterio les pidió aguardar a otro aparato. Era el segundo intento fracasado de Vizoso: el día anterior se había visto privado de acompañar a la sección del capitán Ferrero —a la cual pertenecía—, debido asimismo a razones de espacio y peso. Los efectivos de las Compañías de Comandos se dirigieron a Moody Brook para salir de allí.

El helicóptero conduciendo al grupo de gendarmes contorneó Monte Longdon y más adelante se dispuso a hacer lo mismo con Monte Kent. Se encontraba sobre una ladera lateral cuando un cohete hizo impacto en él, incendiándolo en el aire.

La máquina cayó dando tumbos hasta quedar volcada en la base del cerro: a

lo lejos, el teniente Alejandro Brizuela, con los Comandos ubicados en Monte Estancia, contemplaba horrorizado la escena. Golpeados y enceguecidos por el humo y las llamas, San Emeterio y los sargentos primeros Ramón Acosta y Miguel Pepe trataron de evacuar del aparato a sus compañeros, antes que se produjera su explosión. No tuvieron éxito con todos: apretados por las cajas de munición, varios de los gendarmes encontraron una espantosa muerte. Fallecieron dos oficiales y cuatro suboficiales.

El resto se replegó caminando sobre Puerto Argentino, hasta que los recogió un camión <sup>111</sup>.

En Moody Brook no había alcanzado a emprender vuelo ningún otro helicóptero, porque se repetían las alarmas de ataque aéreo enemigo, cuando cerca de mediodía —con la extrañeza del caso— el capitán Mauricio Fernández Funes avistó al sargento primero Oviedo, que la noche anterior había salido con la patrulla de Ferrero.

Interrogado por el oficial, relató que habían caído en una emboscada, que Monte Kent estaba ocupado por el enemigo, y que suponía muertos a todos los miembros de su sección. Su propio repliegue no había estado exento de riesgos: separado del capitán y de Maqueda en la oscuridad, bajó por la pendiente, y a la mañana vio a los soldados de Infantería que se replegaban en helicóptero. Se acercó a ellos, ignorando la orden que tenían de abrir fuego contra todo el que se aproximara, porque sería enemigo; y salvó Oviedo de ser muerto por compatriotas debido a que el suboficial a cargo de la ametralladora, en ese preciso momento se dio vuelta para ordenar a sus soldados que tomaran sus equipos para marchar. Parecía el Comando más inglés que argentino, por su uniforme camuflado y gorro, pero luego de una serie de preguntas Arturo Oviedo demostró su nacionalidad. Cuando el helicóptero bajó, fue conducido de inmediato a Puerto Argentino para informar.

El capitán Fernández Funes avisó al mayor Rico esta importante novedad, que alteraba las previsiones, y su jefe ordenó suspender la misión y retornar a la base para replantear la situación.

No se tenía idea exacta de lo ocurrido a las otras secciones; más tarde arribaron los sobrevivientes de Gendarmería, con sus equipos quemados,

completando el cuadro del acelerado avance enemigo. Se convocó a las planas mayores de las dos Compañías, y en medio de la amarga certidumbre, Rico puntualizó:

—¿Se dan cuenta de que los ingleses son mucho más rápidos que nosotros, y que ya ocuparon las alturas, que debieron ser tomadas hace cinco o diez días?

Esa tarde, a eso de las cinco, se pudo tener contacto radial con la patrulla del capitán Tomás Fernández, cuyo operador informó haber sufrido bajas, ante lo cual se ordenó su repliegue. (Éste es el diálogo que pudo ser captado por la sección de Vercesi durante su marcha hacia Top Malo House).

Por la noche, en la “sala de situación” de los Comandos, estudiándose la forma de asegurar la reinfiltración de los efectivos adelantados, surgió una idea original: tomar contacto con ellos en moto. La solución le pareció disparatada a Fernández Funes, quien no tenía confianza en estas máquinas para moverse en la turba pantanosa, y según el cual debía efectuarse una exploración más profunda, mediante helicóptero. Le pareció un medio ilógico y lo objetó:

—¡Pero si nos van a cazar como a liebres!

Mas el mayor Rico estaba lanzado a concretar el proyecto y no toleró que interfirieran en el curso de su pensamiento:

—¡Capitán Mauricio: basta! —agregando—: ¿Y qué querés? ¿Que esperemos acá hasta que se acerquen más los ingleses?

Quedó convenido que a la madrugada siguiente saldrían, no sólo en una docena de las motos Kawasaki para *cross-country*, sino apoyados por cinco *jeeps* Land Rover; uno, el que usaba la Compañía 601, confiscado en Fitz Roy al comienzo de la campaña, y los demás prestados por el Centro de Operaciones Logísticas. Como ante la Brigada X de la cual dependían, no se podía explicar que el propósito que los impulsaba era buscar a sus compañeros, se le comunicó que se trataría de una “exploración en fuerza”. El procedimiento iba a ser mostrarse a plena luz para que el enemigo les hiciera fuego, delatando sus posiciones, y a la vez recuperar a los camaradas que se replegasen. En verdad, parecía un plan descabellado.

Mas al día siguiente, lunes 31, partieron en plena noche, a las tres de la mañana.



Cuando el capitán Tomás Fernández recibió instrucciones de retornar a Puerto Argentino no perdió tiempo en ordenar a sus hombres que preparasen sus equipos para iniciar la retirada: debían caminar toda la noche y buena parte del día siguiente. Quedaban consigo el teniente primero Oneto, el subteniente Soraidés, los sargentos primeros Véliz y Flores, y acompañándolos el capitán Durán, agregado a la sección.

Estaban acomodando sus pertenencias cuando se aproximaron dos helicópteros Sea King, ingleses, hacia el costado sur de la altura que ocupaban. Luego de la alerta, y como desaparecieron de su vista, los Comandos comenzaron a desplazarse por parejas. Quedaba solamente el sargento primero Véliz, quien señalando al capitán Fernández la elevación vecina, le dice:

—En aquella falda hay un helicóptero de los dos que pasaron.

Efectivamente, a un kilómetro de distancia y con su proa apuntando para el cerro Bluff Cove Peak se había posado un aparato. Iban ambos bajando cuando Véliz agregó:

—El otro helicóptero bajó acá, a ochenta metros.

Posiblemente por el viento no se pudo oír su descenso, tan cercano, pero a Fernández le pareció una exageración del suboficial. Aunque no había terminado de hablar, cuando se desató un fuego infernal de morteros y armas automáticas, sobre la cumbre que acababan de abandonar, cien metros atrás.

Una barrera luminosa de balas trazadoras cubría toda esa zona, provenientes de ametralladoras que disparaban los británicos. A ella se sumó un ataque con morteros que batió la retaguardia hacia donde se dirigían los Comandos. Éstos fueron dispersados. El capitán Fernández quedó separado del sargento primero Véliz, sin ver a ninguno de sus compañeros porque habían comenzado a bajar antes y ya era oscuro. Su única salida era dirigirse hacia el norte, internándose en el dispositivo enemigo, y no seguir el rumbo de su propia sección. Cortado, solo, se dispuso a atravesar un terreno liso donde caían los proyectiles de los morteros, abandonando el ángulo muerto entre la cortina de tiros para arriba, y las bombas que reventaban abajo. “De aquí no salgo”, se dijo al hacerlo. El capitán se tiró por una piedra lisa, notando los piques de las balas a su lado. Por último pudo llegar al fondo del valle, seguido un buen trecho por disparos de morteros. Lo salvó que la superficie pantanosa ahogaba las explosiones, evitando la onda expansiva y las esquirlas, pues los proyectiles se enterraban.

Durante la fuga varios de los Comandos se resbalaron y cayeron a causa de las piedras mojadas, no obstante haberse desprendido de las pesadas mochilas: el sargento primero Flores, el radiooperador de la patrulla, sufrió un golpe tan fuerte que no pudo levantarse y los ingleses lo hicieron prisionero.

Daniel Oneto y el subteniente Soraidés saltaban de piedra en piedra, hacia abajo, sintiendo los rebotes de los tiros cerca de ellos. Cambiando de cubierta constantemente llegaron a la zona batida por los morteros, que cruzaron corriendo, con las granadas que caían a seis y cinco metros de distancia: como a Fernández, los protegió la turba donde se clavaban aquéllas, sin saltar esquivarlas.

La resistencia era imposible: cinco contra alrededor de veinte con dos ametralladoras de apoyo. La oscuridad, que hizo que la sección de Comandos no pudiera reunirse, por otro lado impidió la persecución de los ingleses. Éstos, al tomar la cumbre, arrojaron granadas de mano en los huecos que pudieran ser refugios.

El teniente primero Oneto, con el pantalón desgarrado, estaba ileso, al igual que Soraidés, y tan sólo sintió el sabor de sangre en la boca, producto del excesivo esfuerzo desplegado, desmedido con relación a su estado de preparación. La nevada que cayó esa noche, no teniendo ellos abrigos apropiados —guardados en las perdidas mochilas—, agravó su situación. La marcha hacia Puerto Argentino se hizo crítica, debiendo detenerse cada hora o a veces cada media hora, y por fortuna podían relevarse en el sueño y la vigilancia: no más de cinco minutos, por temor a morir congelados. Se orientaron con la brújula de Soraidés, el recuerdo de la carta que tenía Oneto, y la visión de los resplandores del rutinario bombardeo sobre las defensas de la capital.

El capitán Tomás Fernández, aislado, quedó junto a un río de piedra, descansando. Y el haber tomado la dirección donde se encontraba le permitió comprobar un intenso vuelo de los inmensos helicópteros Chinook —cuyo empleo por los británicos era desconocido en Puerto Argentino—, con cañones colgando de su fuselaje. Durante cuatro horas el oficial notó entre treinta o treinta y cinco máquinas que se desplazaban desde San Carlos hasta Monte Kent, donde fueron instalando esa artillería. Cuando comenzó a caer la nieve Fernández se dio cuenta de que debía moverse para no congelarse. Pero al quedar agotado atravesando la turba que lo inmovilizaba, y los arroyos

helados, y las inmensas piedras, debía sentarse o tirarse en el suelo, completamente exhausto, y se dormía. Mas diez o quince minutos después una sensación indefinible lo despertaba, y proseguía su penoso avance, cubriendo en una hora apenas un kilómetro. Rodeó primero Monte Kent y luego caminó a través de la llanura, tambaleándose.

A las tres de la mañana del lunes había salido la fuerza de rescate formada por efectivos de las dos Compañías de Comandos <sup>112</sup>. Anduvieron cinco horas dentro del dispositivo propio, y con las primeras luces del día 31 —amanecía a eso de las ocho y media en Malvinas— estaban atravesando los campos minados que constituían el perímetro de la posición defensiva de Puerto Argentino. La progresión era sumamente dificultosa. “Usted no sabe lo que es andar por ese terreno”, me decía Castagneto, “hacer cien metros es un drama”. A los inconvenientes del suelo se sumaba que los motociclistas llevaban toda su indumentaria: fusil y mochila, con cuanto podían transportar para auxiliar a sus camaradas aislados.

Al amanecer, pues, la columna de motos Kawasaki y de *jeeps* Land Rover pasaba por las posiciones de la compañía B del Regimiento de Infantería 6, a órdenes del mayor Oscar Jaimet, en el Monte Two Sisters, a cinco kilómetros de Moody Brook. Como siempre, el paso de los dos era saludado con gestos de simpatía, en los que se adivinaba admiración, porque los soldados sabían que iban “al otro lado”.

Luego del cerro Two Sisters comenzaba el campo llano, y ahí los vehículos principiaron a empantanarse; algunos bastante enterrados en la blanda turba. Sus ocupantes debieron abandonarlos y proseguir a pie, cargando incluso con los pesados Blow Pipe antiaéreos que llevaban y con sus proyectiles. Desde Moody Brook partía un camino hacia Murrell Bridge, y por allí se dirigió el capitán Rubén Figueroa junto con algunos hombres, quienes atravesaron el río Murrell por el puente de este nombre unos, y otros por un vado, de cuyo conocimiento harían uso días más tarde. Poco antes de cruzar a su vez el río, el grupo que marchaba con el mayor Rico divisó una figura a lo lejos con los anteojos de campaña:

—Viene alguien. Es uno de los nuestros.

Se trataba del capitán Tomás Fernández, el primero que recuperaban. Muy atrás se avistaba otro hombre. Fernández venía sumamente cansado, y Rico,

preocupado, lo palpaba:

—¿Estás herido, estás herido?

—No, estoy agotado, no más.

Luego de referir a grandes trazos la experiencia vivida —el sorprendente ataque, el corredor aéreo británico por donde volaban continuamente helicópteros de dos rotores transportando artillería—, Fernández les advirtió que toda la zona de Monte Kent estaba dominada por el enemigo. Un suboficial de la Compañía 601 se encargó de llevarlo a retaguardia, a informar al mando de la Brigada.

La docena de Comandos en motos se adelantó al mayor Rico y a quienes habían viajado en *jeeps*, los cuales quedaron en una posición elevada que dominaba la zona del río Murrell, puesto que sus vehículos estaban completamente encajados en el barro. Una fracción de aquéllos tomó la punta: a la cabeza el mayor Castagneto, acompañado por el capitán Fernández Funes, el teniente primero Elmíger y el sargento ayudante Salazar.

Estos cuatro avanzaron completamente separados del resto. La travesía era muy penosa por la nieve, pantanos y piedras, matizada con frecuentes caídas y consiguientes golpes, marchando a veces a mínima velocidad: un kilómetro por hora, o tres, o cinco. Tan sólo por la adecuada preparación de las motos —no se les apagaba el motor— podían continuar su intento. Salazar preguntaba:

—¿Para qué vamos a seguir, mi mayor? Esto no tiene sentido.

—Vamos a seguir porque tenemos que encontrar a nuestra gente y mostrarnos, para que ellos nos vean y puedan salir de donde están y llegar hasta nosotros.

Alcanzaron un lugar donde vieron restos de dos helicópteros, que al principio supusieron ser el derribado el día anterior conduciendo al escuadrón de Gendarmería, pero que resultaron ser los que destruyeron en tierra el 21 de mayo una patrulla de Harrier.

Estando en ese lugar, recibieron una concentración de tiros de mortero con una precisión asombrosa.

Una onda expansiva derribó de su moto al sargento ayudante Salazar, lastimándolo en una pierna, quien no obstante echó a correr, en momento que otro proyectil hacía impacto en aquélla, destruyéndola. “Sentí un dolor muy

intenso”, me relató el mayor Castagneto: una esquirra había atravesado su cinturón en el costado derecho, y debido a esta circunstancia la herida no fue más grave. En una pausa de fuego volvieron a avanzar, torciendo a la izquierda, pero la rapidez de los ingleses en la corrección de sus tiros los seguía de cerca. La lentitud del avance a causa del terreno hacía que el enemigo tuviera mayor posibilidad de mover su fuego, prácticamente sobre la marcha de las motos. “En medio de las explosiones miré para atrás”, relataba Fernández Funes, “y faltaba Salazar, quien a unos sesenta metros de distancia ofrecía una cara de desesperación”. El capitán dio vuelta y fue a buscarlo a la zona batida. Lo cargó atrás y partieron todo lo rápido que se podía; absorbidos por el manejo, los Comandos no percibían la cercanía de los impactos, y la tensión del momento anulaba la sensación de los peligrosos piques de los tiros británicos. El suboficial agradecía a Fernández Funes su gesto, y éste le advertía:

—¡Pero, Negro, si todavía no hemos salido!

Juan Ramón Salazar cumplía ese día cuarenta y un años de edad, y decía que en realidad era su primero de vida.

La avanzada se encontraba en una ondulación frente a la ladera del Monte Kent, desde donde les disparaban los enemigos; y habiendo éstos ya descubierto sus posiciones y anunciado ellos su presencia a los camaradas, el mayor Castagneto ordenó el repliegue hacia el río Murrell, que les ofrecía un poco de protección y donde los aguardaba Rico. El retorno fue subrayado por el derroche de munición de que hicieron gala las fuerzas británicas: “Nos siguieron tirando como con la mano, con morteros”, contaba Castagneto, “yo recuerdo que los proyectiles caían a tres metros y no más. La dificultad que ellos tenían, a pesar de tanta precisión, era que el suelo ahogaba totalmente, como algodón, el bombardeo donde no había rocas, y no saltaban esquirras, por lo que el resultado era relativamente benigno para el que lo recibía. Pero impresionante”... Con mucho dolor en su herida, el mayor volvió manejando a través del fuego, durante las dos horas que demandó el regreso.

Eran las cuatro de la tarde. El mayor Rico quería seguir la operación pero Castagneto lo convenció de que debían darla por cumplida: se aproximaba la oscuridad, los Blow Pipe no servirían porque los aviones enemigos no volaban de noche, y el enemigo no había realizado ningún movimiento. Se replegaron, en consecuencia, a través del campo minado, quedando una base para asistir a quienes volvieran desde el Kent caminando, a cargo del capitán

De la Serna, con vehículos.

Las explosiones que marcaron la aproximación de los motociclistas fueron percibidas por las secciones cercadas en Monte Estancia y Bluff Cove Peak, a eso del mediodía del 31 de mayo. Los ingleses habían ocupado el Kent, pero los Comandos argentinos carecían de armamento apropiado para alcanzarlos. El temple de estos militares era perfecto, me explicaba el capitán Villarruel, oficial de rango más alto por su antigüedad: “unos deseos tremendos de entrar en combate”. Con él estaban el teniente primero Guglielmone, el sargento ayudante Albornoz, sargento primero Luna y sargento Cisnero, el popular *Perro*. A su costado, en el otro cerro, las patrullas del capitán Ferrero, también de la Compañía 602, y la del teniente Brizuela, de la 601. El herido, sargento primero Viltes, se encontraba bien.

Villarruel meditó acerca de la situación: carecían de radio, su potencia de fuego era muy limitada por no disponer de armas de largo alcance, y era evidente que los helicópteros no irían a recogerlos durante el día y con el enemigo tan cerca. En consecuencia, tomó la determinación de intentar la reinfiltración a Puerto Argentino por *proprios medios*, en léxico castrense; vulgo: caminando. Un estafeta convocó al capitán Ferrero, a quien le comunicó su decisión:

—Pero mi capitán ¿cómo nos vamos a volver así, a plena luz del día? —observó éste.

Villarruel le hizo ver que ya no tenía sentido permanecer allí, en pleno dispositivo enemigo, pues era cuestión de tiempo que los rodearan y asaltaran; que no serían recuperados; y que era más importante informar la exacta ubicación de las tropas británicas y su despliegue. La noche anterior —durante la cual los Comandos soportaron una constante llovizna con viento helado— se había percibido un constante desplazamiento de helicópteros desde la dirección de Simmons, provenientes de San Carlos, hacia Monte Kent, con cañones colgando: lo mismo que observara el solitario capitán Fernández desde otro punto. También se observaron señales luminosas de código Morse en Estancia House, al lado del mar. El capitán Villarruel insistió:

—Mirá, los he observado: desde esta hora hasta las tres de la tarde estoy seguro que almuerzan, como todo Ejército del mundo. Ésta es la hora de

salida.

A lo lejos, dos kilómetros de distancia, con sol radiante y calmado el viento, percibían con los anteojos la columna de humo de una cocina. Acordado el movimiento, los hombres irían separados por gran distancia unos de otros, yendo lo más rápido posible, para tornar poco rentable dispararles con mortero por parte de los ingleses, y disimular todo lo más posible la retirada. Cuando ello fue transmitido al teniente Alejandro Brizuela, de la otra Compañía, éste entró en duda: “¿Cumplo la orden de mi jefe de quedarnos acá, o vuelvo?” La alternativa era mantener la misión o salvar a su gente; y como era seguro que la operación proyectada no se realizaría y no tenía contacto radial, se decidió pese a sus íntimas reservas:

—Bueno, está bien: me voy a replegar.

De noche el desplazamiento sería más complicado, y de arribar al terreno amigo, no distinguirían tan bien el campo minado. Villaruel indicó el orden a Ferrero.

—Déjame salir a mí, y cuando esté a unos doscientos o trescientos metros de tu posición, que salga el primer hombre.

—Bien. Yo voy a ir muy despacio porque llevo a Viltes herido, y pesa mucho.

Como la marcha sería bajo el corredor aéreo durante buena parte, las ametralladoras fueron conducidas a la cabeza, y los lanzacohetes en la cola. Y partió la columna del capitán Villarruel. Al impartirse la orden a la tercera sección, el suboficial herido fue cargado por cuatro compañeros sobre una improvisada parihuela con fusiles que le permitieran recostarse. Pero Viltes era un hombre grandote y pesaba horrores: a los doscientos metros de bajada agotó a quienes lo transportaban. Un relevo tuvo idéntico resultado. Pese a su espíritu, el sargento se quejaba. Entonces hicieron alto en una acumulación de piedras, ya lejos de la posición que ocuparían a la noche, y el capitán Ferrero llamó a Lauría:

—Si seguimos así no llega ninguno de nosotros. Yo no lo quiero abandonar, pero nos estamos agotando. Así que vamos a buscar un sitio bueno, y se queda Viltes...

El teniente primero se indignó, y encarándose con su amigo le dijo airado:

—¡Escuchame! Yo me lo traje solo durante más de doce horas, ¿y ahora que hay veintidós hombres lo van a dejar aquí?

Terció Viltes con gran presencia de ánimo:

—Déjenme acá y váyanse ustedes, yo no tengo problema.

Ferrero dispuso que quedara el enfermero, Albornoz, acompañándolo, pero Lauría volvió a oponerse: ¿qué significado tendría? Ambos caerían prisioneros; y él se ofreció a salvarlo. “Eso para mí fue durísimo”, me indicó Ferrero, “pero era preferible perder a dos hombres y no a toda la patrulla. Lamentablemente había que asumir esa realidad, y yo debía tomar la decisión”. Lauría tenía una gran contextura física, acostumbrado a mover materiales pesados por pertenecer al arma de Ingenieros, y aunque era el más indicado —existía además una gran afinidad con Viltes luego de haberse escapado juntos—, por otro lado pesaba un factor particular, cual era la estrecha amistad de infancia que Ferrero tenía con la mujer de aquél: ella y él eran hijos de Generales y prácticamente se habían criado juntos. No obstante, el capitán anunció:

—Listo: se queda el teniente primero Lauría.

Andrés Ferrero aseguró a éste que asumía el compromiso de volver personalmente a recuperarlo; pero ambos sabían que factores imprevistos — el tiempo o las acciones militares— podían esterilizarlo. En una cueva se estableció un refugio, y el teniente primero Maqueda les cedió su mochila con alimentos y abrigo. Lauría y Viltes conservaban sus fusiles, y el primero fue provisto de morfina inyectable para calmar los dolores del herido, con instrucciones del suboficial enfermero para aplicarle media dosis cada cuatro horas.

El capitán Ferrero se despidió del sargento primero Viltes, y llamando aparte a su amigo Horacio Lauría, le indicó:

—Si la situación se pone crítica porque no podemos volver, o vos no podés salir, lo drogás a Viltes, lo matás y te vas; porque prefiero perder un hombre y no dos.

Ferrero estaba seguro de que el oficial, solo, tenía más probabilidades de regresar que cargando con el herido y no quería que éste pudiera ser forzado a revelaciones si caía prisionero. Les dejó una radio portátil, los saludó y se unió a la sección que abandonaba el cerro. Eran las tres de la tarde.

La columna de repliegue se extendía cada vez más, a medida que era aumentada por los hombres que abandonaban Monte Estancia y Bluff Cove Peak. Tal como había supuesto el capitán Villarruel, los británicos no los



atacaron: no se justificaba batir con morteros a un solo individuo, y los argentinos marchaban separados por gran distancia. Las dos fracciones se desplazaron en una fila interminable toda la tarde, arribando a las primeras estribaciones del Two Sisters a eso de las cinco y media, cuando iba cayendo el sol. Fue una infiltración perfecta. Y allí se encontraron con el escalón del capitán De la Serna que los aguardaba, patrullando en moto para tomar un más rápido contacto. A la alegría se sumó la tranquilidad, pues serían guiados a través del campo minado.

Ferrero se encontró más adelante con el mayor Rico. Con una emoción tremenda, que no le permitía hablar, intentó cuadrarse; pero su jefe, lo abrazó:

—No me digas nada ¡qué gusto verte!

El capitán le manifestó que todos sus hombres habían regresado, excepto Lauría y Viltes, a quienes pidió volver inmediatamente a buscar. Rico se opuso, por el estado de cansancio en que estaba aquél, asegurándole que los rescatarían al día siguiente. Los Comandos fueron guiados hasta donde encontraron camiones, motos y jeeps que los trasladaron a Puerto Argentino. Se hallaban deshechos, sin comer, destrozados por el frío y el cansancio, mojados por la lluvia, y con una tremenda carga emocional. No obstante, algunos percibieron al cruzar las trincheras adelantadas, el nerviosismo que mostraban los soldados de los Regimientos de Infantería, pues presentían el inminente asalto enemigo.

El teniente Brizuela llegó a su vez donde estaba el mayor Castagneto, quien también, abrazándolo, le expresó:

—¡Realmente no sabe qué contento estoy de verlo!

Esta frase alivió al joven oficial de su intriga acerca de la resolución de volver que había tomado. Pero al informar sobre las novedades, provocó un cambio brusco: había autorizado que el radiooperador, sargento ayudante Correa, dejara el transmisor en un Land Rover, porque no funcionaba y aquél estaba cansado, pero el *jeep* se empantanó camino de Puerto Argentino y lo habían perdido. Castagneto le recriminó fuertemente abandonar el equipo confiado a su custodia, celoso como era de todo lo que estaba bajo su responsabilidad. Brizuela no compartía la razón de su enojo y se defendía:

—Pero escúcheme: vine con toda mi gente sana... ¿y me llama la atención por una radio?

El mayor Rico, recuperada su gente, llegó al gimnasio ya de noche, y allí

pudo ver que sentado sobre un cajón y los ojos bien abiertos, se encontraba el capitán Fernández, de quien se había separado a media mañana luego de su solitario repliegue <sup>113</sup>. Asombrado, inquirió:

—Tom: ¿qué te pasa que no estás descansando?

Fernández lo miró:

—Mi mayor, no me creyeron...

En efecto: conducido al puesto de mando de la Brigada X donde se hallaban los generales Menéndez, Jofré, Parada y Daher, el capitán comenzó a relatar su experiencia, ante el escepticismo evidente del general Jofré, quien no creía que los ingleses estuvieran ya instalados en la zona Bluff Cove Peak-Monte Kent-Estancia: —“¿No estará equivocado?”, le preguntaba, haciéndole repetir la narración. —“No, es muy simple”, respondía Fernández, “yo estuve ahí no más y de ahí me vine; o sea, no tengo posibilidad de desorientarme”. Tomaron nota, indicaron a un teniente coronel que pintara en la carta lo dicho, y ordenaron al capitán Fernández que se retirase. En cambio, a la salida lo abordó el coronel Cerro, de Inteligencia:

—¿Cuándo aprecia que van a asaltar?

—Por lo que vi anoche, arriesgando una opinión, en cuatro o cinco días —respondió.

Precipitado el avance británico, la misión de combate proyectada no había podido cumplirse, pero se transformó en una valiosa fuente de información. El enemigo, que no luchaba de día, aprovechaba la oscuridad para su aproximación y ésta había sido detectada. La tropa convencional no efectuaba exploraciones, y debido a los Comandos era que se conocía con precisión ahora la situación de los ingleses. Todos los participantes en la operación fueron a dar sus partes; y cuando lo estaban haciendo los capitanes Villarruel y Ferrero, ante la carta geográfica, irrumpió un comodoro de la Fuerza Aérea para anunciar que esa noche aviones Canberra bombardearían el monte Kent, solicitando que fijaran bien el objetivo.

En la oscuridad del 1º de junio, efectivamente, pudieron divisarse desde Puerto Argentino los fogonazos allí provocados por dos aviones salidos de Río Gallegos.

Rico y Castagneto no habían perdido tiempo, simultáneamente, en solicitar un helicóptero al puesto de mando de la Brigada, para rescatar a Lauría y Viltes. Mas no lo obtuvieron. De regreso a su base, el médico de la Compañía 601, capitán Pablo Llanos, propuso volver a intentar llegar hasta ellos en

moto; pero vista la “corrida” anterior se puso en duda que fuera factible. “Como yo a esa zona la conocía muy bien”, me explicaba Llanos, “insistí que era posible: estaba convencido de poder sacarlos en moto, si estaban vivos, y le insistí mucho a mi jefe y al mayor Rico”. Finalmente éstos se mostraron conformes y fueron a anunciar al mando la operación, y el médico por su parte se durmió para estar más descansado si se llevara a cabo esa audaz incursión.

Pasada la medianoche volvió de Stanley House el jefe de la Compañía 602 y comunicó al ansioso Ferrero:

—Los helicópteros no se mueven más. No camina nada: lo tenemos que hacer nosotros por nuestra cuenta. Te voy a dar gente que conoce el terreno y mañana a primera hora salís en moto.

El capitán Fernández Funes, que dormitaba a su lado dentro de la bolsa-cama, se oyó a sí mismo anunciar:

—Yo también voy.

El teniente primero Horacio Lauría poco descansó esa noche: constantemente veló por su compañero, curándolo y dándole comida caliente, y efectuando la vigilancia. A cada rato salía en reconocimiento desde lugares distintos con observación; y para mayor seguridad, llevaba al herido a hombros hasta cubiertas seguras. Cuatro posiciones distintas cambió, y cada vez que abandonaba una dejaba tres granadas activadas abajo de piedras.

Ya de día, se convenció de que nadie iría a buscarlo. Pensó que tomados por el enemigo los cerros Kent y Estancia, el intento se habría frustrado; y determinó replegarse solos. El problema era Viltes: ¿cómo se lo diría? Para prepararlo anímicamente Lauría le inyectó una dosis completa de morfina, suponiendo que así no tendría tanto efecto su decisión y la tomaría mejor. Esperó media hora y le dijo:

—Viltes: tengo algo bueno para usted. ¿Confía en su teniente primero?

—Sí. ¿Por qué?

—Bueno, mire: yo le doy mi palabra de honor que a usted lo llevo a Puerto Argentino vivito y coleando; lo único que no le puedo prometer es no hacerlo drogadicto.

—¿Por qué?

—Porque nos vamos a ir solos: no vamos a esperar que nos venga a buscar

nadie. Usted es lo suficientemente macho; entre los dos nos la vamos a rebuscar.

El suboficial recibió con tranquilidad la noticia. Lauría lo cargó, pero a los dos pasos se detuvo: la actividad nocturna lo había rendido. Recordó que en el cine había visto usar los fusiles como muleta, pero eso no dio resultado. Tenía un alambrado a su costado y pensó fabricarla con uno de sus postes. Iba a dispararle con su pistola, cuando pensó que los ingleses estaban cerca. “Ya me vieron” reflexionó, “y no pasa nada”. Tiró y el poste no se rompía, por lo que sin vacilar tomó su FAL y pudo cortarlo. Al momento sintió un Sea King que venía en su dirección.

Cuerpo a tierra ambos, oían que el helicóptero daba vueltas por encima. Su capacidad es para llevar veinticuatro hombres, de modo que ni pensó en hacer fuego, porque sólo conseguiría atraer su atención sin dañarlo. Un rato después se alejó. Convencido entonces el teniente primero Lauría de que nada más les ocurriría, pensó otra solución que con toda seriedad comunicó al herido:

—Lo voy a dejar acá.

Viltes lo miraba sin contestar. El oficial prosiguió:

—Únicamente que usted se anime a gatear... Así yo lo acompaño; si no, lo dejo, porque ya me aburrí.

—Yo me animo a cualquier cosa —respondió el sargento primero.

Viltes llevaba tres días perdiendo sangre, por más que tomase cinco litros de agua diariamente, que Lauría le procuraba del hielo y agua próximos, al tiempo que le aflojaba y ajustaba su torniquete. Sin embargo, no se había derrumbado, y se mostraba completamente dócil a sus directivas.

El oficial se quitó los guantes y los puso encima de los de Viltes, y rompiendo la parte interior de su gabán le fabricó dos rodilleras para protegerlo. Era la única forma de avanzar: él no podía cargarlo más. Y así comenzaron a avanzar, Lauría adelantándose para explorar y luego retornando junto a Viltes:

—Vamos, Viltes, apúrese que lo dejo —lo acicateaba.

De este modo marcharon durante tres horas; el suboficial manteniendo un gran espíritu, sin quejarse pese a su debilidad. El teniente primero le dio otra dosis de morfina para animarlo. Con todo, no cubrieron en ese lapso más que cuatrocientos metros.

Vieron entonces a dos figuras que se aproximaban, y ambos se pusieron en

posición de combate.

¡Eran el doctor Llanos y el sargento José Alarcón Ferreyra! Más atrás habían quedado cubriéndolos, los capitanes Ferrero y Fernández Funes, y el sargento Orlando Díaz. La partida de rescate había salido de Puerto Argentino con las primeras luces, armados con fusiles y granadas, y el médico llevando su equipo sanitario. Debajo del Two Sisters tomaron contacto con el mayor Jaimet, quien con una Compañía del Regimiento de Infantería 6 protegía el perímetro adelantado en ese sector. Un oficial de Marina les advirtió que en la zona minada a su frente había quedado una calle —que ya habían usado anteriormente— limitada por postes telefónicos; y que luego de la cinco de la tarde la cerrarían con más minas, por lo que el retorno debía producirse antes de esa hora. Llanos y Alarcón marchaban de avanzada reconociendo el terreno, adentrándose en campo peligroso por el flanco izquierdo del enemigo, a través del río Murrell: uno de ellos, alternativamente, exploraba las alturas y comunicaba por radio la posibilidad de avance. Para mayor precaución, utilizaban el curso de un arroyo, que si bien los protegía de miradas, los hacía andar a saltos.

Los cuidados no estuvieron de más: la patrulla encontró la moto de un *kelper*, y el grupo de retaguardia comunicó haberlo visto alejarse por la altura vecina. A nivel del Monte Kent, al pie de Monte Estancia, los Comandos pudieron observar vuelo de helicópteros depositando tropa en Monte Wall y otros soldados británicos moviéndose por el Kent. Uno de los helicópteros incluso inició un vuelo hacia su dirección, que los alarmó. Finalmente con los anteojos divisaron las dos figuras, una caminando y la otra arrastrándose, y en una sola moto se adelantaron a buscarlos Llanos y Alarcón Ferreyra.

No había tiempo que perder: no sólo se cumplía el plazo para regresar a las propias líneas antes que fueran colocadas minas en sitios desconocidos, sino que los ingleses probablemente habrían ya advertido la presencia de la fracción argentina.

—¿Estamos al alcance de ametralladoras?— inquirió, ansioso, el capitán Llanos.

Eran las dos y media de la tarde. Reunidos todos, muy fatigados por el esfuerzo y la falta de descanso, debían salir de esa zona no sólo controlada por fuerzas terrestres enemigas, sino también bajo la observación del corredor aéreo registrado en la jornada previa.

De pronto, todo se esfumó. Ningún movimiento pudo distinguirse: los

soldados británicos que ocupaban los cerros vecinos dejaron de divisarse.

Llanos se dirigió al capitán Andrés Ferrero:

—Mirá, esto no me gusta nada. Este silencio me aterra.

Era urgente escapar. El teniente primero Lauría emprendió el retorno con Fernández Funes y Alarcón Ferreyra; y el médico ató el pie lastimado del sargento primero Viltes al pedal fijo de su moto para que no golpeará, y sin tiempo para revisarlo, emprendieron a su vez la marcha.

Nuevamente por el arroyo, cubriendo el mismo recorrido que a la ida. Si hasta ese momento los ingleses no habían abierto fuego —quizá por la poca rentabilidad de hacerlo sobre una pareja, o porque se habían dado cuenta de que se desplazaba un herido—, ahora que el grupo se había aumentado, rompieron sobre él a disparar con artillería y morteros.

Llanos tomó la delantera. Protegidos por el arroyo, entraron en la zona minada, un kilómetro antes del Monte Two Sisters, hasta que alcanzaron las posiciones argentinas. Allí los recibió el mismo oficial de Infantería de Marina, quien comunicó al capitán Llanos:

—Acaban de pasar por el campo minado: hace media hora que cerramos el camino...

El médico, angustiado e impotente, observaba a sus compañeros acercarse confiados por la misma ruta. Pero pasaron el sector peligroso sin inconveniente; antes del cual —en un cruce de caminos— se toparon con el capitán Ricardo Frecha quien con el sargento primero Héctor Cruz se empeñaban en desencajar un *jeep* cargado de Blow Pipes del pantano donde se había atascado hasta los ejes [114](#). Como la artillería británica no cesaba de saturar los alrededores, el capitán Andrés Ferrero le observó:

—Mirá, Ricardo: tenés que decidir si te llevás el Land Rover o si pasás a ser un héroe más de Malvinas, muerto por un tiro...

Instantes después un proyectil explotó cerca, arrojando al aire al sargento primero Cruz, a quien por fortuna el vehículo protegió de las esquirlas. El *jeep* quedó en cambio abollado y con sus vidrios destrozados. Por supuesto Frecha y el suboficial se unieron al repliegue de sus camaradas, portando el material que pudieron [115](#).

El sargento primero Reimundo Viltes fue conducido directamente al hospital al llegar a la capital. Lo atendieron enseguida, para evacuarlo en el buque sanitario *Bahía Paraíso*, que estaba al zarpar, y donde se encontró con un hermano suyo, también suboficial y herido. En el continente le debió ser

amputado el pie.

En ejemplo de entereza y solidaridad, un puñado de militares argentinos había evitado que dos camaradas cayeran prisioneros.

Al día siguiente, el mayor Rico efectuó una formación de su Compañía 602 dentro del gimnasio. Si los Comandos esperaban una alocución paternalista, ponderando su desempeño, se equivocaron: su jefe no midió las palabras para censurar su abandono de los equipos —el único que había vuelto con su mochila a cuestas era el capitán Andrés Ferrero—, tratándolos de cobardes que se habían asustado de algunos ingleses adelantados. Una alocución muy frontal para estimularlos a mejorar su rendimiento. El teniente primero Lauría se sintió muy molesto: “¡La pucha! ¡Yo dejé mi equipo para cargar un hombre!” También Maqueda había conservado su mochila hasta que la cedió para mantener al suboficial herido. Cuando Rico concluyó su arenga, Lauría lo encaró:

—Discúlpeme, mi mayor, pero no le puedo aceptar sus palabras, porque si el teniente primero Lauría dejó su equipo...

Rico lo interrumpió:

—No he hablado para usted; he hablado para el resto. ¡Marche!

Y en el aspecto personal, el capitán Mauricio Fernández Funes decidió volver a fumar, después de dos años de abstinencia: si podía morir en cualquier momento, no tenía sentido privarse de ese placer...

## *Notas*

[111](#) Nunca se supo si el misil fue disparado por un avión u otro helicóptero, pues nadie vio al atacante. No puede descartarse la posibilidad que haya sido un proyectil de Blow Pipe, dirigido por soldados británicos de los que comenzaban a ocupar Monte Kent. Entre los sobrevivientes se contaron el capitán piloto Obregón y siete u ocho hombres. Entre los muertos estuvo el alférez Nasif, quien en 1981 había realizado el curso de Comandos.

[112](#) El Grupo de Operaciones Especiales de Fuerza Aérea fue desafectado de la misión por orden expresa del gobernador Menéndez: “Hubieron de desembarcar de los vehículos mientras revistábamos la patrulla con Castagneto”, indica Rico.

[113](#) Tomás Fernández fue el primer integrante de la segunda sección que llegó a destino, pese a haberse replegado el último y haber tenido que contornear el cerro Bluff Cove Peak, porque sus hombres, sin elementos para orientarse, hicieron un recorrido más largo. El teniente primero Oneto y el subteniente Soraidés fueron los últimos: habían dado un gran

rodeo por el Norte, cruzando el río Murrel y entrando a terreno propio por Monte Longdon. Sus defensores —Regimiento de Infantería 7— los recibieron con suma desconfianza a causa de sus uniformes distintos y la falta de casco, y hasta los obligaron en un primer momento a tirar sus fusiles y arrojarse a tierra.

[114](#) El capitán Frecha estuvo a cargo del equipo de misiles antiaéreos para proteger al grupo motorizado que procuró apoyar la retirada de las secciones copadas en los cerros. Al concluirse la tentativa cargó al hombro todos los equipos que soportó y emprendió el retroceso caminando. Lo hizo junto con Rico, quien no obstante ser un jefe de Compañía, había retornado a buscar tres mochilas y una radio, antes de abandonar la zona. Eran doce kilómetros de distancia, “y volvíamos estimulándonos los dos —rememoraba Frecha—, cargados como *sherpas*”; hasta que en el último tramo fueron conducidos en camión.

Al día siguiente —cuando se fue a buscar a Lauría y Viltés—, Castagneto dispuso que el mismo oficial, ayudado por el sargento ayudante Artunduaga y otros suboficiales, recobrase los valiosos Land Rover con su no menos preciosa carga, pues el material no podía reponerse a esa altura de los acontecimientos. Fue en tal ocasión que los encontró el grupo de rescate.

[115](#) Cuando el capitán informó, el mayor Castagneto no quiso renunciar a recobrar lo perdido:

—Bueno, Frecha, lamentablemente mañana va a tener que ir de vuelta —le dijo—; pero vaya si hay mala visibilidad: si hay buen tiempo no entre en la zona.

Y se repitió la escena: al tratar de encender el motor del Land Rover, inmediatamente les cayó una concentración de fuego, cuyo efecto amortiguaba la turba, pero sintiendo la onda expansiva. Era evidente que el enemigo utilizaba un sistema computado de tiro, sumamente veloz y eficaz. Como en el día anterior, sólo pudieron recuperar el material contenido dentro de los vehículos. En nueva tentativa, el teniente Anadón y el sargento primero Coronel recobraron un mortero y proyectiles, sin poder hacer llegar un tractor por tener una llanta desinflada por las bombas.



## CAPÍTULO XXI

### *El descanso en la “Halconera”*

DESDE QUE LLEGÓ LA COMPAÑÍA 601 A MALVINAS y se instaló en el amplio local del gimnasio con *home industries* de ruelas y husos, esta base quedó convertida a la vez en depósito, alojamiento, oficina y casino. Como reminiscencia del Equipo Especial Halcón 8 se le dio el nombre de “Halconera”, y el mayor Castagneto adoptó el del ave como su propio distintivo codificado para comunicaciones radiales.

Aquí se descansaba, se limpiaba el armamento, acondicionaban los equipos, se leía o jugaba a las cartas. De noche todos se acostaban en sus bolsas-carpas, reuniéndose por grupos de amigos, aunque en un orden establecido de filas paralelas. En un recinto contiguo se acomodó una mesa que sirvió a la vez como escritorio y comedor, habiéndose fijado en la pared una gran carta topográfica del archipiélago, flanqueada por la bandera de la unidad.

Este local quedaba a un costado de la avenida costanera, Ross Road, al lado del *Town Hall* (Ayuntamiento) y frente a la iglesia católica de Saint Mary, flanqueada por la comisaría de Policía. En él los Comandos gozaban de una situación particular: se sacrificaban mucho durante sus misiones pasando fríos intensos, hambre, realizando enormes esfuerzos y soportando grandes tensiones, mientras los Regimientos de Infantería se limitaban a esperar al enemigo en sus posiciones; pero esta anomalía quedaba compensada puesto que las tropas convencionales debían soportar sin alternativas los rigores del clima y la constante falta de alimentación adecuada —eran los que el capitán Rubén Figueroa denominaba “los héroes de todos los minutos”—, mientras que la Compañía de Comandos, después de cumplir sus patrullas, podía gozar de cabal descanso y recuperarse plenamente.

Ya se sabe que el mayor Castagneto dispuso que en todas las operaciones posibles, acompañara a la sección designada uno de los capitanes de su plana mayor, para vivir la experiencia bélica y recoger directamente las vivencias

de la campaña; “lo que mucho me agradecieron”, me refería.

La comida era caliente, suministrada por la cocina de campaña de la Compañía de Ingenieros 10, situada a dos cuadras de distancia, donde el pelotón de servicios recogía los tachos de racionamiento. Y hasta mediados de mayo la 601 de Comandos recibió dos de esas comidas por día, lo que sin duda era inusual para elementos que conocían las privaciones del “frente”; luego, la situación logística comenzó a tornarse crítica.

Se alimentaban todos reunidos en el suelo del gimnasio, formada la fila para recibir la ración sin distinción de jerarquías, porque todos estaban en igualdad de condiciones y corrían los mismos peligros; por más que los de grado inferior insistieran en ceder sus lugares. Este espíritu de camaradería no conspiró contra la subordinación debida, y contribuyó por el contrario para afianzar la disciplina, basada en el respeto que provenía del ejemplo de paridad en las exigencias. En contadas ocasiones que todos los oficiales estaban juntos, efectuaban almuerzos o comidas “de trabajo” en la mesa del puesto de mando en la habitación contigua, donde la plana mayor planificaba las misiones.

“Los riesgos y la soledad en el frente sin apoyo”, refería el capitán Negretti, “eran compensados con nuestros momentos de descanso, y eso renovaba fuerzas”.

En verdad, la Halconera era un mundo aparte, el punto de cita obligado de todos aquellos que tenían inquietudes por inquirir el estado general de la situación en el archipiélago, que los Comandos conocían como ninguno de los otros. Oficiales en comisión; los que portaban novedades o heridos por los cañoneos navales o bombardeos aéreos; quienes conducían su tropa a bañarse por turnos en un local colectivo instalado por Ingenieros en proximidades del *Town Hall*; es decir, un lugar donde se podía conversar tomando café y conociendo las últimas novedades. A veces los Comandos invitaban a comer a oficiales que llegaban a la capital desde la primera línea defensiva por razones de servicio, y se invertían los papeles: eran aquellos quienes se imponían del estado del perímetro adelantado. Si llegaba el caso y se contaba con autorización, la visita era ubicada para pasar la noche en el gimnasio. “Siempre dábamos una cuota de alegría, de esperanza, de fe”, agregaba Negretti; “lideramos ese aspecto espiritual en Puerto Argentino”.

¿Se creará que la modalidad descripta fue mal vista? Pues así ocurrió y muchos lectores de la presente obra recordarán que se criticaba a las tropas

británicas por rotar su acción combatiente para ir a recuperarse en retaguardia, no teniéndose en cuenta que ello redundaba en una mejor eficiencia bélica. También lo señala el capitán Negretti: “En algunas oportunidades esto fue cuestionado al mayor Castagneto, como si hubiese falta de seriedad por el estado de guerra, sin comprenderse que eso era lo que hacía falta a la gente para levantarse: una distensión o entretenimiento en los momentos en que no estábamos en acción. Esas actividades recreativas nos hacían mucho bien: eran una necesidad.

Los baños con agua caliente eran problema aparte. Un lugar para lograrlo eran las dos lanchas de Prefectura ubicadas costanera de por medio con la Halconera, ancladas frente a Ross Road; otro lugar era el Hotel *Upland Goose*; y una alternativa desagradable, tratar de hacerlo en el único baño “decente” del centro de la ciudad, emplazado en el vecino *Town Hall*, pero que el mayor T., jefe de la Compañía de Comunicaciones 10, retaceaba hasta con guardia armada porque lo consideraba dominio propio, con las protestas consiguientes. A veces los amigos personales ayudaban cuando contaban con medios, como sucedía con el capitán médico Pablo Llanos, quien se bañaba y afeitaba en el puesto sanitario de socorro instalado en la entrada de la población. “Debo reconocer que a escondidas y merced a los amigos”, declara el capitán Ricardo Frecha, “llegué a bañarme en la casa del gobernador”...

Al intensificarse el bombardeo de la artillería británica —naval y de campaña—, continuo y cada vez más cercano, los Comandos no se sintieron seguros en el gimnasio que habitaban, repleto como estaba de armas y municiones: verdaderamente, un arsenal. Refiere el capitán Frecha: “Utilizamos como refugio la casa que se estaba construyendo el obispo católico en la iglesia que teníamos enfrente, en el espacio que había entre el entarimado de madera del piso y la tierra: poco más de medio metro en el cual entrábamos desde afuera. Dormíamos en esa leonera que habíamos perfeccionado con algunos papeles para tirarnos encima, debajo del piso de la casa. Fue un tema de constante queja del obispo, quien permanentemente protestaba al gobernador o al comodoro Bloomer Reeves, porque decía que nosotros le ocupábamos su casa, que era de la Iglesia: nos insultaba y después nos bendecía y se iba enojado, enojadísimo, pero siempre nos bendecía”...

El arribo de la Compañía 602 no cambió ese régimen de vida, salvo una mayor estrechez en el local.

Los Comandos retemplaban su espíritu con frecuentes oficios religiosos: mientras duró la campaña se rezaron rosarios colectivos diariamente, y además de la misa dominical celebrada en la iglesia vecina, otras veces la ceremonia sagrada se llevaba a cabo dentro de su propia base. El único que no participaba en las constantes funciones católicas era un soldado conscripto destinado a atender la radio y el teléfono como tarea específica, pues por haber vivido en Estados Unidos entendía perfectamente el idioma inglés: era judío.

La tranquilidad espiritual también la brindaban los servicios postales y telefónicos: la comunicación con las familias reconfortó a los militares, por el respaldo que ellas les brindaron, sofocando su propia angustia, disimulando sus incertidumbres, aparentando calma para transmitirla al ser querido en peligro. El estoicismo, de ambos lados, fue mantenido hasta el fin del conflicto.

Otro factor que sirvió para facilitar las tareas propias de las dos Compañías, evitando posibles dificultades en su preparación y ejecución, fue que cuando los Comandos quedaron integrados en la Brigada de Infantería III a órdenes del general Omar Parada, éste encomendó todo lo relativo a aquéllos a su ayudante y auxiliar de operaciones, mayor José Luis Bettolli, quien también había realizado el curso de entrenamiento de la aptitud especial. Por disposición del general Parada, se creó en el puesto de mando de la Brigada un “centro de operaciones tácticas” para conducir exclusivamente los movimientos de Comandos, que en la práctica fue desempeñado por el mayor Bettolli a fin de facilitar su planeamiento y ejecución, sin intervención del Estado Mayor de la Brigada. De esta manera se mantuvo entre las Compañías y su mando superior una relación directa, y el ayudante del General sirvió de hombre de confianza entre ambos en beneficio de la causa común. Fue el mayor Bettolli quien ideó un código particular para facilitar transmisiones radiales rápidas y seguras, algunos de cuyos términos son los siguientes:

Combate: “ta-te-tí”; aviones enemigos: “cuervos”; aviones propios: “palomas”; helicóptero: “taxi”; helicóptero Chinook: “chancha overa” (estaba camuflado); misil Blow Pipe: “bicicleta”. A las localidades geográficas se imponían nombres de mujer: “Sara”, “Alicia”, etc. Y los Comandos eran individualizados por sus apodos corrientes o por alguna característica

inconfundible, que impedía su identificación a los escuchas británicos.

Cierta vez que el tiempo impedía la salida de helicópteros, el mayor Rico anunció:

—Me voy a dar el gusto que siempre quise desde chico: andar en moto.

Su primer ensayo le costó una espectacular caída que le dejó la barbilla lastimada como recuerdo: es que no era nada fácil dirigir una máquina entre el hielo y el barro. Una noche, a eso de las nueve, Castagneto le avisó:

—Nos espera Doglioli urgente en la Gobernación.

El jefe de la 602 se puso su gabán de *douvet*, tomó su fusil y ambos montaron en sus motos. En el despacho de los ayudantes, estaban reunidos el mayor Buitrago, Doglioli, los capitanes Figueroa y Jándula, y el mayor Devoto, de la Brigada Aerotransportada IV, frente a una bandeja conteniendo copas y una botella de vino francés —botín tomado de la bodega del ex gobernador Rex Hunt—. El mayor Carlos Doglioli sirvió, al tiempo que anunciaba:

—¡Vamos a brindar por Aldo Nicolás!

Era el nacimiento del hijo de Rico, ocurrido el 29 de mayo; y al retornar a su base en el gimnasio lo esperaba otro pequeño agasajo de los Comandos: viandada y galletitas. El Ñato se emocionó: “Fue la primera vez que lo vi llorar”, me refería un oficial, “aunque un llanto muy de Rico, ¿no?” Agradeciendo la demostración de afecto, les declaró que lo que más quería era su familia, la Patria, “y ustedes”.

Durante una visita del gobernador militar al gimnasio, estando con sus jefes frente a la carta topográfica de las Malvinas observando el dispositivo británico allí marcado, Rico le comentó:

—Me imagino su preocupación.

El general Menéndez le contestó:

—No: no van a pasar, no les gusta el fuego. Ya van a ver cuando intenten algo, que no les gusta nuestro fuego —insistió.

“Ése fue todo el comentario del comandante —me refería un oficial presente—. Yo esperaba una respuesta militar, no una arenga, pero se fue sin decir nada importante”. Quizá se confiara aún en cierto arreglo diplomático.

Indicio de ello lo tuvo el capitán médico de la Compañía 602 cuando una

noche concurrió al hotel Upland Goose a tomar café, y notó extrañado que por televisión —sistema de videocasete— se proyectaba la serie *El Topo* con Alec Guinness, que era toda una clase de espionaje... “Yo me sentía incómodo, no abría la boca para que lo que dijera no pudiera ser utilizado por los *kelpers*”, me comentaba Ranieri, pero a su lado oyó varias conversaciones inapropiadas al momento que se vivía, frente a posibles —o seguros— informantes británicos: en un ambiente de paz, intercambiaban opiniones varios parroquianos que “por la limpieza de sus uniformes se notaba que eran de los mandos y no del frente”, habitués familiarizados con el clima normal de un club. Se trataba de los auditores, contadores, etc. de las tres Fuerzas, y periodistas. “Esa gente no sufría inconvenientes —razonaba— y la guerra estaba muy lejos para ella”.

Los Comandos opinaban distinto: era preciso entrenarse al máximo, foguearse aprovechando cualquier ocasión, para estar listos cuando los ingleses llegaran a los lindes de Puerto Argentino: entonces, detenidos por los Regimientos de la defensa, habría llegado la hora de golpearlos sorpresivamente. “Era para nosotros una gran tranquilidad ver a Castagneto estudiando los movimientos sobre la carta —me confiaba uno de sus oficiales—, pues sabíamos que cuidaba hasta los menores detalles para lograr su éxito y nuestra seguridad”. Otro oficial, de la Compañía 602, me decía: “Ahora era normal encontrar a Rico observando la carta por sobre sus anteojitos, calculando en silencio las próximas acciones; mientras que Castagneto, más conocedor del terreno, entraba y salía de la sala de situación con mayor soltura”.

La guerra acentuaba las personalidades. El mayor Mario Castagneto confirmó las expectativas y pronósticos sobre su brillante desempeño militar, demostrando que el valor estaba aparejado a la serenidad. El mayor Aldo Rico afirmó sus notables calidades de conductor en la acción, sumando las responsabilidades de su cargo a la preocupación por un adecuado desempeño de los efectivos bajo sus órdenes. Soldados auténticos los dos, sobresalientes como militares y jefes, lograron un equilibrio perfecto en su mando, complementando sus diferentes modos de ser. En todo momento dieron el ejemplo de valor y resistencia, tomando parte en arriesgadas operaciones.

El clima de recuperación de las Compañías era en la Halconera físico y anímico; pero la rendición de la Fuerza de Tareas Mercedes en Goose Green creó luego una gran desazón. Era menester salir de ella.

El domingo 6 de junio tuvo lugar un almuerzo que reunió a todos los Comandos de Puerto Argentino, aunque no formaran en las Compañías 601 y 602 y se hallaran destinados en otras unidades —tanto del Ejército como de Gendarmería y Marina—, más invitados especiales como Doglioli y Buitrago, y periodistas amigos. Presidió el encuentro el más antiguo en la especialidad: el teniente coronel Mohamed Alí Seineldín.

“Me fueron a buscar para que reforzara la moral”, me refirió Seineldín, “porque la Gendarmería había tenido bajas, y a pesar que había un buen espíritu, eso generó un ambiente depresivo”. Además de las bajas y ausencias propias, el desarrollo de las operaciones había influido para que en esos días cundiera un ambiente sombrío. Una misa inició la convocatoria, luego de la cual se corrieron los bártulos a un costado del gimnasio ocupado por los Comandos, y se tendieron largas tablas sobre cajones de munición a guisa de mesa, en torno a la cual los asistentes se alimentaron sentados sobre bolsones o parados.

Concluido el almuerzo, se puso de pie Seineldín, el soldado de los gestos espectaculares y de cálidos sentimientos de patriotismo y amistad, considerado por algunos de los presentes como el “padre” de los Comandos no sólo por su antigüedad, sino por los ribetes místicos de su accionar. “Aproveché para arengar, fundamentalmente para levantar el ánimo”, me relató, “incitándolos a la guerra contra los ingleses, manifestándoles que debían pelear y destruir lo máximo que se pudiera de su poderío”. En segundo lugar les recordó la misión de los Comandos y sus cualidades: la entrega total a una causa noble, saliendo a cumplirla sin medir consecuencias ni importarles el riesgo; dijo que se sentía feliz de estar entre esos hombres que debían confiarse en la Virgen del Rosario para seguir adelante. Insistió que debía continuarse la lucha con fe en esa causa que era noble, era justa y era santa, y con la tenacidad propia de los Comandos, que emprenderían acciones con una fe que les permitía realizar lo que otros consideraban fuera de sus posibilidades. Con mucha emoción, contagiosa, el teniente coronel Seineldín dijo que se estaba viviendo lo que los Comandos siempre habían buscado: el combate, cumpliendo la misión específica de hacer la guerra al enemigo. “Éramos los restauradores de los valores Dios y Patria”, rememoró al reconstruirse su improvisación, que apuntó a lo que todos deseaban: llegar

a la batalla final sin claudicaciones, para mantener el honor y acrecentar la gloria.

Tonificados por la exaltación de sus palabras, todos los Comandos y sus invitados se pusieron de pie cuando aquél les reclamó rubricar el lema de su especialidad:

—¡Dios y Patria!

—¡O Muerte!

Por tres veces retumbó dentro de la Halconera la invocación.



## CAPÍTULO XXII

### *El cerco sobre Puerto Argentino*

CON LAS AVANZADAS BRITÁNICAS A SÓLO VEINTE KILÓMETROS de Puerto Argentino, como fuera comunicado por los Comandos, la capital de Malvinas pasó al régimen de una ciudad virtualmente sitiada, con apenas un terreno circundante donde maniobrar. Los elementos aéreos casi desaparecieron, y los Comandos carecieron, después de su incursión a los cerros, de medios que los condujeran a distancia.

Sus movimientos ahora se limitarán a tantear las posibilidades de volver a entrar en acción, extrayendo experiencia y fogueando a los hombres para cuando el enemigo llegase a los lindes de la ciudad y se estabilizara el frente. Entonces sería la ocasión propicia para efectuar golpes de mano en sus instalaciones vitales de retaguardia. Por el momento, los Comandos argentinos debían reponerse y acomodar sus equipos.

Las dos Compañías se encontraban con sus efectivos disminuidos, cada una de ellas faltándole una sección, y con algunos desaparecidos más: Márquez, Blas, Flores. No cabía descartar la posibilidad de que se encontraran aislados en territorio enemigo, sin capacidad para regresar a su base o tratando de reinfiltrarse, lo que era válido pensar también respecto de la patrulla de Vercesi. En cuanto al sargento primero Viltes, había sido evacuado al continente.

En la práctica, ambas Compañías volvieron a adaptar su individualidad después de su fracasado intento por instalarse en las alturas frente a Puerto Argentino, sin fusionarse como una sola agrupación, aunque ambas actuaron coordinadamente. Se dividieron el terreno: la 601 al nordeste de Two Sisters, y la 602 al sudoeste de monte Harriet. Las líneas de defensa eran estáticas: pocos se adelantaban para buscar información, y sólo los Comandos efectuaban exploración en profundidad. Era una posición caduca, de trincheras, al estilo Primera Guerra Mundial. En los intervalos entre reconocimientos, los Comandos atendieron a requerimientos específicos de la

superioridad, como una emboscada en el hipódromo de la capital realizada en la noche del 2 de junio, en previsión de infiltración de Comandos ingleses para destruir los depósitos de munición, que sin consecuencias cubrió la segunda sección de la Compañía 601. Igualmente sin ninguna novedad la segunda sección de la 602 se emboscó cerca de los lanzadores Tiger Cat que se creyó que iban a ser objeto de un golpe de mano.

Me expresó al respecto el mayor Rico: “Recibimos una serie de misiones, la mayoría de ellas improvisadas. Normalmente nos llamaban a última hora de la tarde y nos encomendaban una tarea de seguridad que podían cumplir las tropas de primera línea: montar una emboscada en tal lugar, o proteger los depósitos. Y no se puede planear una emboscada de noche en terreno desconocido, porque ya puede estar allí el enemigo. En realidad, había poca conciencia de lo que eran operaciones de Comandos. Entonces decidimos nosotros adoptar otro procedimiento: nosotros mismos organizábamos nuestras operaciones, y una vez resueltas, las hacíamos saber”.

“Nosotros éramos conscientes que con ochenta escasos hombres en conjunto y sin tener todos los medios que quisiéramos, era muy difícil lograr victorias resonantes, frente a tropas de élite, a soldados bien organizados, descansados y equipados, pero de todas maneras no nos entregábamos y manteníamos la esperanza abierta”. Estas expresiones de un oficial de Comandos son reflejo del espíritu que animaba a las Compañías 601 y 602 por igual, impulsándolas a no interrumpir sus movimientos.

Así, Rico se dirigió por entonces al oficial de Inteligencia de la Compañía 601, llamándolo por el apodo que le había impuesto:

—Quico, quiero que estudies esto y después me das tu opinión, si se puede hacer o no.

Se trataba de viajar en embarcaciones hasta Fitz Roy, tomar tierra y atacar a los británicos si allí estaban, o infiltrarse hacia el interior y asaltarlos por sus espaldas. Después de analizar el problema, el capitán Jándula se encaró con aquél:

—Mire, mi mayor: discúlpeme, pero esto no se puede hacer. En principio, el movimiento en este momento por barco hasta Fitz Roy no es seguro; es decir: es muy probable que la Compañía, antes de llegar...

—Pero yo anduve hablando —interrumpió Rico— con el capitán del *Forrest* y él me dice que nos lleva sin ningún inconveniente, bien pegaditos a la costa, de noche; que necesita ciertas condiciones, nada más, para

desembarcarnos, que pueden darse fácilmente, según él.

El capitán Jorge Jándula objetó el proyecto: aun de poder llegar a Fitz Roy, al amanecer no hallarían dónde esconderse para obtener información, debido a la falta absoluta de cubiertas —ni árboles ni matas, sólo piedras—, y moverse con luz sería delatarse; en cambio, si hubiesen construido depósitos de los cuales salir de noche... Rico asintió:

—Vos tenés razón; pero ¡la puta! tenemos que hacer algo.

Jándula indicó otro blanco: un centro de comunicaciones detectado por mediciones radiogoniométricas en Teal Inlet, donde efectivamente se había instalado el puesto de mando de la Tercera Brigada británica (Batallones 3 de Paracaidistas y 45 de *Marines*), pero la infiltración era muy distante, se carecía de transporte, y el golpe no pudo darse.

Para esa época los helicópteros no salían fuera del “paraguas” que la defensa antiaérea les brindaba encima de Puerto Argentino, sobre todo después que fuera abatido el Puma que conducía a elementos de Gendarmería, no muy lejos.

Castagneto y Rico no se conformaban con la inercia de aguardar un resultado que, no se les escapaba, era sólo cuestión de tiempo, pero que debía verse cumplido con honor militar, mostrando resolución e ingenio para que le fuese lo más difícil al enemigo. De modo que mientras las patrullas salían a cumplir exploraciones, otro plan fue ideado por ambos jefes —llamado “Operación Alcázar”—, del que se dará cuenta más adelante.

En la noche del 3 de junio fue encomendada una misión al teniente primero Jorge Vizoso Posse, quien, aunque no era jefe de sección, se puso con gran contento a su frente; a cumplirse bien adelante de las posiciones argentinas de Monte Harriet, el cual era batido constantemente por un fuego de artillería tremendo, como que está ubicado justo al sur de Monte Kent, ya ocupado por los británicos. Era una infiltración muy arriesgada hasta la altura de Monte Challenger para conocer la profundidad del avance enemigo.

Se solicitó que fuera transportado hasta las proximidades en helicóptero; y ante el alivio de aquél no le fue dado, ya que como era una tarea informativa, su principal preocupación consistía en no ser detectado, y ¿cómo escapar a la vigilancia de los radares?

Un oficial inglés expresó crudamente a un grupo de prisioneros argentinos

luego del enfrentamiento:

—Cuando comienza la electrónica se acaba el valor. —Y en efecto, nada podían el entusiasmo, la determinación y el coraje, frente a los modernos medios de que disponía el adversario. Vizoso entonces se dispuso a derrotarlo mediante el engaño, llevando a la práctica sus lecturas de Sun-Tzù, el antiguo táctico chino.

Conducido con sus hombres en *jeep* hasta Monte Harriet, arribó a las cinco de la tarde, una hora antes que empezara a oscurecer. Allí tomó contacto con el teniente primero Carlos Arroyo, que estaba al frente de una Compañía del Regimiento de Infantería 4, y recibió un guía para atravesar las temibles zonas sembradas de minas. Marcharon tras él, pero al llegar a cierto punto, éste comunicó:

—Yo conozco este sector, pero no los otros...

Una de las sensaciones más espantosas para las tropas era transitar por campos minados. No fue mayor sorpresa lo ocurrido cuando el oficial ordenó:

—Vamos a cruzar.

—No, mi teniente primero— recibió como respuesta.

Vizoso no titubeó: una de las cualidades del mando es el ejemplo, y anunció:

—Yo voy a cruzar primero.

Nadie más protestó. En fila india lo siguieron el subteniente Soraidés y demás suboficiales, hasta llegar adelante de las líneas propias, dejando señalado el camino para regresar.

Era el momento de poner en práctica su idea: ¿cómo engañar al enemigo que podía ubicar su presencia, en ese llano sin árboles ni matorrales? Vizoso recordaba a Ulises escapando de la cueva de Polifemo confundido entre ovejas; y aprovechando las numerosas majadas que deambulaban por Malvinas pensaba hacer lo propio. Sólo que este cíclope contaba con más de un ojo para descubrirlo.

Nada de formación de combate, nada de seguridad en trescientos sesenta grados. Debía romperse el esquema. Y apelando a sus recuerdos de la infancia transcurrida en el predio familiar de Catamarca, sedimentados por su destino militar en la Patagonia, instruyó a sus hombres sobre el comportamiento de las ovejas: correr uno a buscar al otro, irse dos juntos al trote, volver, tirarse al suelo, quedar un rato inmóvil, avanzar gateando... “Un

trabajo terrible”. El oficial especulaba con que los británicos imaginaran que se trataba de una majada, o que sus radares terrestres funcionaban mal. Y de ese modo comenzó su dificultoso avance.

Arribaron al Challenger a eso de las diez de la noche. Desde allí se divisaba el monte Kent cuando salía la luna llena, oculta de a ratos por nubes. Había bastante luz como para observar con anteojos de largavista, o recurriendo a los visores nocturnos: era bien perceptible el vuelo incesante de helicópteros —Vizoso contó hasta más de medio centenar— que transportaron artillería durante toda la noche, perfilados contra el horizonte y escuchándose sus motores. Antes del amanecer la patrulla regresó, moviéndose de igual modo que al llegar. Desde Monte Harriet, en donde el mayor Rico lo aguardaba, el teniente primero Vizoso Posse transmitió por radio su información.

Al arribar a la capital, ambos fueron al puesto de mando de la Brigada X en Stanley House para entrevistar al general Jofre. Vizoso estaba mojado y cubierto de barro: “Nunca olvidaré”, contó, “la cara de asco con que me miró”. Entró a explicar la situación al frente de Monte Challenger:

—Aquí no hay nada, mi general; los helicópteros van para allá.

Y le dio a entender que convenía atacar a los cañones ingleses por ese flanco descubierto, por su falta de defensa contra la infantería argentina, que no estaba lejos, aunque fuese con una sola Compañía. El comandante de la Brigada lo interrumpió ásperamente:

—¡Teniente primero: no haga apreciaciones!

“Le vi en la cara que no me creía”, me dijo Vizoso, “yo creo que este General ha pensado que no fui allá. ¡Nosotros éramos los ojos de ellos, pero no había confianza!” Se repetía la esterilidad de los mensajes transmitidos por el capitán Negretti desde Monte Simmons, o los datos llevados por el capitán Fernández (Tomás) desde el Kent. “Eso fue el resultado de que la operación fracasara”, concluyó su relato el teniente primero Vizoso, “por un complejo de inferioridad frente a los ingleses: ¡cómo atacarlos! Ni siquiera tantear...”

No había reacción ofensiva del alto mando en Puerto Argentino, o por lo menos, no la conocían las Compañías de Comandos. Pero algunos de sus escalones meditaban sobre una posible acción que alterase el curso de las hostilidades.

El desembarco británico en San Carlos sólo había sido enfrentado insuficientemente por la sección de Infantería del teniente primero Esteban, y hostigado por el ataque aéreo argentino durante la mañana. Pero, para sorpresa de su jefe superior, brigadier Julian Thompson, comandante de la Brigada 3, no hubo posteriores ataques que desarticularan la operación hundiendo sus abastecimientos: —*But, amazingly, no further attacks came that day. This was the first of many opportunities that the Argentine Air Force missed to cripple the Commando Brigade by sinking our supplies.* La primera de las oportunidades perdidas, indica Thompson; quien señala que toda la munición, combustible y provisiones de la Brigada desembarcada quedó ese *D-Day* a bordo de la Flota, contando las tropas en la costa sólo con los equipos transportados individualmente. La pérdida de los lanchones de desembarco hubiese sido grave [116](#).

Por otra parte, los refuerzos británicos de la Brigada 5, al mando del general Anthony Wilson, no arribaron a San Carlos hasta el 31 de mayo;[117](#) y si se suma que el Batallón 2 de Paracaidistas y numerosos efectivos fueron empleados en la batalla de Prado del Ganso, se evidencia que la última semana de mayo fue la oportunidad para que los argentinos contraatacaran.

Los Comandos de las Compañías 601 y 602 pensaban que podían ser empleados en una misión audaz y precisamente por ello, con resultados positivos, máxime que la primera conocía perfectamente el terreno: “Todavía los helicópteros estaban operables, teníamos una cantidad suficiente, y éramos sesenta y cuatro cuadros con un poder de fuego relativamente importante”, me decía un oficial de la 601, quien agregaba: “No sé si podríamos pararlos, pero sí hostigar de manera tal que diera tiempo a enviar fuerzas más importantes”.

“Estaba fijado el blanco: en ese momento había que desencadenar la masa de los medios disponibles”, me indicaba otro. Los efectivos idóneos — Comandos de las tres Fuerzas— podían ser aumentados con las dos Compañías de reserva de Infantería, de los Regimientos 6 y 12; pero quedaba otro recurso de que echar mano para lanzarlo a la batalla: la Brigada Aerotransportada (paracaidistas) acampada en Comodoro Rivadavia. Debía ser utilizada antes que las fuerzas británicas estuvieran organizadas.

En esas primeras jornadas del mes de junio, el general Parada solicitó a su

“auxiliar de operaciones”, mayor José Luis Bettolli, una opinión sobre el estado de la campaña. Su ayudante venía pensando sobre una idea surgida cuando se quiso ejecutar la observación sobre la cabeza de playa encargada a la fuerza conjunta de los elementos de Comandos. Apreciaba que debía emplearse a fondo a los mismos, sin refrenarse ni condicionarlos, para atacar en profundidad al dispositivo enemigo:

—Una solución para obligar a los ingleses a frenar su avance, o crearles un problema —respondió el mayor Bettolli—, para mí es efectuar una operación de Comandos sobre San Carlos, a todo o nada.

Se montaría una incursión con esas tropas, las únicas aptas para incursionar aisladamente, y sin desafectar unidades de las posiciones defensivas ya establecidas. En esos momentos se ignoraba con exactitud cuántos elementos enemigos habían quedado en San Carlos, pero era notorio que muchos efectivos habían sido empeñados en la toma de Goose Green; y salvo una base logística, era dable imaginar que pocas unidades permanecerían allá. Efectivamente, quedaba sólo el Comando (regimiento) 40 de *Royal Marines*. En concepto de Bettolli cabía destruir el apoyo a la línea del avance y obligar a los invasores a combatir en dos frentes.

A Parada le pareció una concepción interesante, y le pidió que la profundizara en detalle:

—Esta tarde voy a ir a la reunión de mandos superiores y presentaré su idea al general Menéndez.

El mayor Bettolli le aclaró que no sólo estaba dispuesto a colaborar en el planeamiento de la operación, sino a participar en la misma. No era, a su juicio, nada descabellado, sino un movimiento factible, utilizándose todos los helicópteros disponibles y los pequeños barcos *Yeguín* y *Forrest*, que navegarían caleteando. De dominarse la situación, podría hacerse aterrizar aviones Hércules en la corta pista de San Carlos, conduciendo a la Brigada Aerotransportada IV desde Comodoro Rivadavia, si el fuerte viento impedía el lanzamiento de los paracaidistas.

En la reunión a que concurrió el general Parada se hallaban presentes los jefes del componente militar de Malvinas: general Américo Daher, brigadier Luis Castellano y almirante Edgardo Otero. Este último —hombre brillante y decidido— expresó que él había meditado sobre un movimiento parecido, al cual podrían sumarse los Buzos Tácticos y los Comandos Anfibios, conducidos desde el continente mediante submarinos y la agrupación de

Lanchas Rápidas de la Armada, únicos medios que a su criterio eran aptos para burlar el bloqueo a las islas. Los nuevos datos sobre el establecimiento de tropas inglesas en Monte Kent permitían suponer que San Carlos se encontraría, en efecto, sin muchos elementos para su defensa.

Y el proyecto se fue perfeccionando: surgió la posibilidad de hacer cruzar desde Gran Malvina a los Regimientos 5 y 8, transportados por el *Bahía Buen Suceso*, buque anclado en Fox con averías que, si bien lo imposibilitaban para efectuar una travesía atlántica, podía ser utilizado en un trayecto corto como era el estrecho. Lo dificultoso resultaría el avance de unos treinta kilómetros desde la costa, con un personal desgastado física y psíquicamente, portando a hombros su material, desde proximidades de Darwin; lo que puso en duda la participación de esas dos unidades. No obstante, el Gobernador Militar ordenó a su jefe de Estado Mayor elaborar un plan esquemático, aprobando la idea general: un ataque con elementos de Soledad y apoyo desde la Patagonia.

Unos días después el general Daher y los coroneles Cervo y Cáceres volaron al continente para exponer el proyecto ante el Centro de Operaciones Conjuntas presidido por el general Osvaldo García. Lo hicieron el miércoles 9 de junio, en presencia del Presidente Galtieri, quien viajó a Comodoro Rivadavia para asistir a la reunión. En ella el general Fernández Torres planteó la necesidad de que la Fuerza Aérea prestara cobertura al transporte de su Brigada de paracaidistas, lo que el comandante en jefe de la Aviación no pudo asegurar. Esto condicionó su participación, y la conferencia se diluyó sin resultado [118](#).

De todas maneras, el desembarco británico determinó al Gobierno Militar de Puerto Argentino a modificar su dispositivo de defensa, reajustando los efectivos que hasta entonces atendieron primordialmente a una amenaza desde el mar, en la dirección sudeste. Desde luego, el general Menéndez no pensaba abandonar su concepto de esperar el ataque en la ciudad, donde había aglomerado en torno los elementos para resistirlo; pero la amenaza desde San Carlos en el oeste, más aguda desde la derrota en Prado del Ganso, lo forzó a variar su línea de defensa.

Hasta entonces, la línea argentina estaba tendida sobre los cerros Longdon-Tumbledown-William. Los Regimientos que los ocupaban debieron moverse a nuevas posiciones, al punto que las instalaciones de retaguardia quedaron ahora delante de las trincheras. También ahí atrás había estado la base de los



helicópteros del Batallón 601 de Aviación de Ejército, que se creyeron amparados de un ataque marítimo. A partir del 3 de junio —con el Monte Kent ya dominado por el enemigo—, bajo la presión de constantes ataques de artillería y aviación, los infantes argentinos abandonaron las trincheras que habían construido y mejorado con el transcurso del tiempo, dejando en ellas muchos equipos por su imposibilidad para conducirlos. Debe tenerse presente el desgaste de la tropa, mal descansada, con insuficiente alimentación, soportando un clima durísimo por el frío y la lluvia, más la tensión provocada por los incesantes cañonazos y bombardeos. Quedaron desguarnecidos los montes Challenger y Wall.

La nueva defensa quedó así estructurada:

*Norte:* Regimiento de Infantería 7, asentado en Monte Longdon y en Wireless Ridge, hasta Cortley Hill en la península de Cambers, donde estaban una batería del Grupo Antiaéreo 101 y un destacamento de Infantería de Marina.

*Este:* Regimiento de Infantería 25, custodiando el vital aeropuerto, único nexo de comunicación con el continente.

*Sur:* Regimientos de Infantería 3 y 6, en torno y a espaldas de Puerto Argentino, con los Grupos de Artillería 3, 4 y 101 bajo la colina llamada Sapper Hill.

*Oeste:* Regimiento de Infantería 4, instalado en los cerros Two Sisters y Harriet, dominando el afloramiento rocoso intermedio de Goat Ridge; y en una segunda línea detrás, el Batallón de Infantería de Marina 5 sobre los cerros Tumbledown y William, hasta Pony's Pass, sobre el arroyo Mullet en su extremo sur.

En esos días ambos jefes de Comandos concibieron sendos movimientos: la Compañía 602 se dirigiría hacia Monte Wall, y la 601 hacia Murrell Bridge, lugares ambos donde se había sentido la presencia enemiga.

Un reconocimiento a cargo del capitán Fernández Funes, acompañado por el subteniente Soraidés y cuatro suboficiales, había permitido comprobar que el camino a Fitz Roy seguía libre de enemigos; pero el teniente primero Arroyo del Regimiento 4 que estaba en Monte Harriet, informó que a dos mil metros, en una planicie al sur de Monte Wall situado delante suyo, se habían visto patrullas inglesas y señales, y una fracción de Infantería que fue a

explorar recibió fuego desde allá. Ese sector estaba sembrado con minas, colocadas apresuradamente y sin marcarse los pasos entre ellas, de modo que cuando el mayor Rico decidió recorrerlo para montar la operación, recurrió a una solución simple: tomó al teniente primero Eito, de Ingenieros, quien era uno de los responsables de su emplazamiento, y lo hizo pasar como guía a la cabeza de la columna...

El 5 de junio fue la fecha señalada para asaltar el Wall, que se presumía ya ocupado por el enemigo <sup>119</sup>. Se encomendó la tarea a la tercera sección del capitán Andrés Ferrero, a la cual se incorporaron el propio Rico, el capitán médico Ranieri y el teniente primero Stel, oficial de comunicaciones. Coordinado previamente el apoyo de fuego sobre puntos fijados y a horario con el Grupo de Artillería 3 del teniente coronel Martín Balza, la docena de Comandos fue transportada en camiones por el capitán De la Serna hasta proximidades de Monte Harriet, por el camino a Fitz Roy, para que desde allí se infiltraran a pie hasta su objetivo. Llegaron todavía de día: sobre la línea del horizonte se veía a tropas británicas moviéndose en el punto denominado Bluff Cove, separado por la Bahía Agradable del pueblo Fitz Roy (no debe confundirse con el cerro Bluff Cove Peak, situado más al centro de la isla). Eran pelotones del Batallón 2 de Paracaidistas, fogueados en Prado del Ganso, que acababan de ser depositados allí en helicópteros, y a la espera de refuerzos. Los Comandos treparon al Harriet y allí tomaron contacto con el teniente primero Carlos Arroyo: con éste quedaría durante el avance el teniente primero Stel, para hacer el enlace radial con las baterías de Balza. Dado que el terreno por donde la sección avanzaría hacia Monte Wall era llano, los fuegos de la artillería argentina la protegerían, a falta de cubiertas.

El propio Arroyo estaba reglando los disparos de una batería del Batallón de Infantería de Marina 5, midiendo la distancia con un telémetro láser; pero notando Rico que los proyectiles caían lejos del blanco en Bahía Agradable, por la distancia desde donde se disparaban, le anunció al oficial:

—Déjame que yo tengo que pedir fuego para mi patrulla, y yo voy a reglarlo.

Este procedimiento era delicado: normalmente el observador pasaba de viva voz los datos a un telefonista unido por línea al puesto de mando del Regimiento, y allí se calculaban las medidas, que se transmitían luego al centro director de fuego del Grupo de Artillería. Llegó el tiro del Batallón de Marina, pero los dos disparos de Balza sobre el perímetro indicado sólo se

oyeron, sin verse los impactos. Rico marcó la corrección:

—Para el B.I.M. 5: izquierda trescientos, acortar mil. Para el G.A. 3: largo, no observado.

Aguardaron nuevas salvas. Y de pronto sintieron sobre sí un escalofriante aullido: ¡dos proyectiles pasaron a cinco metros de altura y cayeron delante de la posición, en medio del rancho de tropa del Regimiento 4! La corrección del fuego había sido mal retransmitida... Este tropiezo fue subsanado de inmediato, por cierto, pero demuestra los inconvenientes de una artillería de apoyo sin red exclusiva de comunicaciones, ni aparatos electrónicos de guía automática. Para el futuro se prescindió del operador de teléfono o radio, y ocuparon su función en Puerto Argentino tanto Castagneto como Rico, según fuera la Compañía que operaba. (El único para quien no se halló remedio fue al teniente primero Stel, el transmisor de los datos desde el frente: cada vez que manipulaba su aparato, le caía encima una concentración de bombas. Fue el único Comando que nunca pudo dejar de usar casco).

Ya de noche, comieron en el puesto del teniente primero Arroyo —entrenado también como Comando—, y luego salieron hacia Monte Wall. Como siempre, el temor bien agudo se presentó al cruzar la zona de minas, al punto que el mayor Rico debió ordenar ásperamente:

—¡No me hablen más de minas ni de artillería!

De cualquier manera, en la punta de la columna fue colocado el teniente primero Horacio Lauría, quien, en “venganza” por pertenecer al arma de Ingenieros, era usado como elemento adelantado. Lo seguía el teniente Daniel Oneto, ambos provistos de visores.

Una enorme luna llena alumbraba claramente la planicie, sólo oscurecida en las zonas muertas de sus ondulaciones.

Ante una observación del capitán Ferrero, en el sentido que era contraproducente marchar en tales circunstancias contra un objetivo ocupado por el enemigo, Rico le hizo ver que, por el contrario, la luz estaba a sus espaldas y encandilaría a los británicos cuando mirasen a través de sus elementos ópticos. Tan fuerte brillaba la luna, que Ferrero pudo comprobar su posición en la carta leyéndola sin otro auxilio. Pero este raro cielo despejado provocaba inquietud: para un golpe sorpresivo sería una circunstancia desfavorable. El mayor Rico arguyó en cambio:

—¿Ustedes creen que los ingleses van a pensar que con esta noche nosotros podemos tomar por asalto un monte? ¡Solamente a un loco se le ocurre eso!

A eso de las nueve y media la patrulla se aproximaba a la falda del cerro, y como la primera andanada de los cañones de Balza estaba prevista para una hora más tarde, los Comandos se detuvieron hasta entonces. Aguardaron el momento convenido a unos doscientos metros del punto fijado para ser batido.

A las diez y media de la noche cayó el fuego argentino. Rico rompió el silencio de radio y pidió repetir la concentración; luego instruyó suspender los disparos programados porque la sección iba a ocupar el terreno donde caerían, pasando al asalto. Los próximos tiros serían “a pedido”. Stel retransmitió la indicación y comenzaron a avanzar.

En cualquier momento esperaban recibir tiros: con gran tensión, desplegados en cadena, treparon por el empinado cerro sin disparar.

Pasaron al lado del cadáver de un soldado del Regimiento 4, muerto en el enfrentamiento de tres días atrás. A mitad de la pendiente comenzaron a encontrar buenas cubiertas de piedra, que aprovecharon; hasta que Rico ordenó cargar hacia arriba. Todos apretaron el paso. Lauría se consideraba en mejor estado físico que el resto de la patrulla: casi en la cima sintió un ruido entre las piedras y las sombras, y se dispuso a abrir fuego.

—¡Quién vive! —oyó que le gritaban. Era el mayor Rico: pese a su diferencia de edad —treinta y dos años a treinta y nueve— lo había superado en velocidad, llegando antes en ejemplo de valor y resistencia.

La cumbre estaba abandonada. El fuego de la artillería argentina había forzado a la fuerza británica que la ocupara, a desalojarla: por las carpas y bolsas de dormir encontradas sería una fracción de media docena de hombres que utilizaba Monte Wall como puesto de observación, para dirigir su artillería o aviación. Allí quedaron una radio encendida, telémetro láser, cargador manual de batería, pilas, códigos completos de comunicaciones —pero sin claves—, lámpara de señales. Los Comandos registraron todo con precauciones, ya que el capitán Andrés Ferrero halló debajo de un poncho impermeable, dos granadas listas para ser activadas en cuanto se levantara la mochila bajo la cual estaban colocadas. Cuidando no ser sorprendidos por este tipo de trampas caza-bobos, la sección comenzó a juntar el material abandonado: armamento, equipo, comida, lanzacohetes descartables, cargándolo en sus propias mochilas. Unas manchas de sangre sobre unas piedras blancas hicieron suponer que alguno de los ingleses se replegó herido. Este destacamento pertenecía al Batallón 42 de *Royal Marines*, por

una boina de oficial abandonada: evidentemente la escapatoria se había realizado en forma precipitada, yéndose apenas con lo puesto, sólo con tiempo para destruir sus elementos bélicos. El mayor Rico ordenó cargar lo que se pudiera, para que la Inteligencia Militar de Puerto Argentino estudiara los medios con que contaba el enemigo. Llamó la atención —además de la buena calidad de los equipos— una mochila prolijamente arreglada, hasta con un botinero que incluía cepillo, pomada y gamuza.

El jefe de la Compañía exploró por el filo de la cumbre para averiguar qué ocurría del otro lado, y solicitó fuego de hostigamiento a fin de comprobar la respuesta. Inmediatamente que disparó el Grupo 3, replicó la artillería de campaña inglesa: “Fue un lindo espectáculo, con nosotros sentados al medio, que duró dos horas”, rememoraba Rico.

Casi a la una de la mañana Stel informó que se esperaba un ataque británico para una hora después, de modo que se impartió la orden de repliegue.

El retorno, pesadamente cargados los Comandos, fue penoso, con la conciencia de estar dentro del dispositivo enemigo y la posibilidad de recibir hostigamiento en cualquier momento. Los vehículos que debían buscar a los Comandos no se hallaban en el punto convenido, en el camino que unía a Darwin con Fitz Roy. Los hombres estaban agotados por la tensión y el esfuerzo, de modo que el mayor determinó descansar recostados en la turba. Mientras permanecían allí comenzó el cañoneo naval: andanadas de treinta a noventa disparos, en estrépito constante, con proyectiles de 114 mm. Pese a la cercanía de los impactos, el suelo esponjoso absorbía los estallidos, y el bombardeo era más impresionante que eficaz. “Ahí aprovechamos para acostumbrarnos”, relataba Rico, “esperando al costado del camino; pero como al cabo de una hora no llegaban los vehículos y teníamos frío, decidimos irnos, porque no tenía sentido quedarse si era cierto que venía el ataque inglés”. A la media hora de marcha aparecieron dos Land Rover con el capitán De la Serna para recogerlos.

A la tarde del día siguiente se exhibió ante el mando superior y periodistas el material capturado, que luego de estudiado sería enviado al continente. En un momento dado el gobernador Menéndez, influido por la cartografía británica que utilizaba, inquirió:

—¿A qué distancia queda ese cerro de Puerto Stanley?

—¡Acá no hay ningún Puerto Stanley —saltó el capitán Ferrero—, usted se

refiere a Puerto Argentino!

La corrección del vehemente oficial hizo que el General no formulara más preguntas.

Esa misma tarde, el mayor Castagneto impartió una orden de combate al teniente primero García Pinasco, a cargo de la segunda sección de la Compañía 601.

### Notas

[116](#) *No Picnic*, ed. inglesa, p. 65. Con el mismo título este libro será publicado por Editorial Atlántida.

[117](#) EDDY Y LINKLATER, *Una cara de la moneda*, p. 347.

[118](#) CARDOSO, KIRSCHBAUM Y VAN DER KOOY, *La trama secreta*, reconstruyen ese encuentro, esclarecedor para conocer cómo se manejaban las operaciones desde el más alto nivel de decisión:

“Antes de que Daher entregara el documento, Galtieri hizo una exposición y repartió consejos a los oficiales del Ejército:

—Hay que hacer una defensa dinámica. Moverse de aquí para allá. No tener posiciones fijas, no quedarse atado al terreno, avanzar sobre San Carlos. ¿Me entiende, general? — instruyó. Daher intentó explicar todos los problemas de logística que había en las islas — escasez de combustible, apenas dos *jeeps* que funcionaban sin inconvenientes—, pero Galtieri no le hizo caso, hasta que en un momento exclamó:

—¡Vamos, Daher! Con un poco de voluntad e imaginación todo se puede” (p. 292).

En pág. 293 se reproduce la continuación de ese virtual monólogo, que concluyó Galtieri en tono altisonante:

“De todas maneras, con la paliza que les dimos el otro día en Bahía Agradable no van a poder hacer nada hasta el 20, por lo menos”.

[119](#) Ese mismo día, por la noche, el capitán Eduardo Villarruel se puso a la cabeza de una fracción de Comandos que protegió un desplazamiento del Batallón 5 de Infantería de Marina para cubrir su flanco oeste, sobre el camino de la costa.

Como ahora se sabe, desde una casa cercana a Goose Green llamada “Swan”, el día anterior (4 de junio), se estableció una comunicación telefónica con el *manager* del puerto Fitz Roy, quien informó que no había tropas argentinas en este “asentamiento clave”: se habían retirado luego de volar el puente del camino a Puerto Argentino (31 de mayo). Sin perder tiempo el brigadier Wilson, comandante de la Brigada 5, concibió el arriesgado transporte de dos Compañías en un par de vuelos cumplidos por un Chinook. Como esta fuerza estaba a merced de un ataque argentino, fue despachado a Bahía Agradable el *H.M.S. Fearless* conduciendo la Guardia Escocesa; el 7 de junio zarparon desde San Carlos dos naves con refuerzos: el *Sir Galahad* para desembarcar la Guardia Galesa, y el *Sir*

*Tristram* cargado de municiones. Fueron sin escolta, y el día 8 sufrieron un vigoroso asalto de la aviación argentina que les causó grandes pérdidas.

## CAPÍTULO XXIII

### *El puente sobre el río Murrell*

EL MAYOR OSCAR RAMÓN JAIMET, jefe del sector defensivo del Regimiento de Infantería 6, apostado en el flanco norte del cerro Two Sisters —a cinco kilómetros de Moody Brook—, había informado que todos los días al amanecer un *jeep* británico llegaba hasta Murrell Bridge y atravesando el mismo se efectuaban tiros de mortero sobre las posiciones argentinas. Otra noticia ubicaba a quinientos metros del puente un pequeño vivac enemigo, indudablemente para observación adelantada, según hizo saber el mando de la Brigada X al mayor Castagneto. Aquel puente permitía el paso del río Murrell al camino que partiendo de Puerto Argentino y pasando por Moody Brook, seguía —ya sin asfalto— hasta Estancia House por la costa, desde donde llegaba a San Carlos. A falta de operaciones de envergadura, el jefe de la Compañía 601 decidió que una sección de la misma realizara un golpe de mano sobre las carpas detectadas, o tender una emboscada en el puente del Murrell que cruzaba todos los días la patrulla inglesa.

Castagneto instruyó al teniente primero García Pinasco su idea: en vez de acercarse por el camino, debían cruzar el río antes de llegar al puente y sorprender al enemigo desde donde éste no esperaba ningún ataque. Este movimiento se iniciaría el 6 de junio alrededor de medianoche.

Cumplidas las tareas rutinarias —limpieza de armas, preparación de equipos, racionamiento— la sección recibió su orden de operaciones pasadas las diez de la noche. Sería conducida hasta las primeras líneas de defensa en tres *jeeps* Land Rover y dos motos Kawasaki, y formaría parte del grupo el capitán Rubén Figueroa, segundo jefe de la Compañía. Próximo a la Compañía B del Regimiento 6, quedaría un *jeep* a cargo del sargento Alarcón Ferreyra para funcionar como estación retransmisora entre la patrulla de Comandos y Puerto Argentino.

Durante el trayecto debieron soportar un muy intenso cañoneo naval, cuyos impactos cayeron a doscientos y trescientos metros de los vehículos, en



medio de un ruido ensordecedor y el silbido de los proyectiles en el aire. Siete u ocho granadas cayeron muy cerca de la columna. Las embarcaciones enemigas martilleaban Tumbledown, en donde estaba el Batallón de Infantería de Marina 5, y las posiciones del Grupo de Artillería 4 y del Regimiento de Infantería 7: eran fragatas que disparaban con cañones de 114 mm. a cubierto tras la península al sur de Puerto Argentino. Hacia el oeste se veían los fogonazos de las explosiones. Pero salvo la alarma consiguiente, se pudo salir de la zona batida y alejarse sin ser puestos fuera de combate. Hacía bastante frío, acentuado por una llovizna mezclada con hielo. Con alguna dificultad causada por el terreno a la marcha de los vehículos, arribaron con las luces apagadas a un punto situado entre Two Sisters y Monte Longdon.

A la una menos cuarto de la noche el capitán Figueroa trepó al puesto de mando del mayor Jaimet, quien se hallaba descansando, y al cual llegó por un verdadero laberinto. Como habían transcurrido cerca de doce horas desde que éste informara sobre los movimientos británicos, quería saber si desde la mañana había ocurrido alguna novedad:

—No, no tengo nada más para decirle —le contestó el mayor—; sólo que le deseo suerte.

A la una, reunida toda la sección, comenzó la aproximación cercana a través de un campo minado, a pie, guiada por el teniente Marcelo Anadón, el otro oficial de la patrulla. Debían marchar tres kilómetros al noroeste, donde el río hace un codo, y allí una fracción lo cruzaría, y en forma paralela las dos se dirigirían sobre el puente. Anadón conocía la existencia de un paso que permitiría vadear el Murrell, por cuanto lo había atravesado en moto cuando los Comandos se adelantaron para recuperar a sus camaradas emboscados el 29 de mayo en Monte Kent y Bluff Cove Peak. A las dos horas la punta de la fila india —Anadón y los suboficiales Guillen y Vergara— llegó al río, informando por radio que estaba crecido y que su caudal, velocidad y profundidad hacían imposible cruzarlo. García Pinasco, en vista de ello, le indicó proseguir costearo la margen este, buscando otro paso, lo que no se logró hallar.

Había cesado el viento y la lluvia; apareció una gran luna y el clima era agradable, excepcional para esa época en Malvinas. La columna iba separada por cincuenta metros cada hombre, para evitar que alguna concentración de fuego alcanzara a todos. Su marcha era lenta por las dificultades propias del terreno y la precaución impuesta ante la posible presencia enemiga. Hora y

media después el teniente Anadón hizo alto: en la margen del frente notaba un brillo a treinta metros que no podía precisar. Preguntó al sargento José Rubén Guillen:

—Eso que brilla ¿qué le parece que es?

—No veo nada, debe ser agua.

Tampoco el sargento primero Ramón Vergara distinguió claramente lo que producía ese reflejo, ni siquiera con visor nocturno. Anadón avisó al teniente primero García Pinasco para que lo observara al pasar y prosiguió rumbo al puente. Toda la columna había echado rodilla en tierra, deteniéndose cuando el jefe de la sección lo hizo. Poco después llegaba la punta de la fila a Murrell Bridge, una construcción de madera muy sólida para el paso de vehículos, sin baranda. Quienes observaron ese reflejo opaco, a veces ocultado por nubes, lo atribuyeron a la luna proyectada sobre rocas mojadas por el correntoso río.

Era en realidad producido por el brillo de ponchos plásticos de la patrulla inglesa, que seguramente ya había avistado a los Comandos argentinos.

Ignorando por cierto que la operación estaba descubierta por el enemigo, y que en lugar de dar un golpe de mano, podían ellos sufrirlo, Anadón, Vergara y Guillen aguardaron en el puente que llegara el resto de la sección.

Juntos todos los oficiales, se cambiaron ideas sobre la preparación de la emboscada. En una altura frente al puente se hallaban unas rocas, y la idea del jefe de la sección, García Pinasco, era de ubicar a todos sus hombres allí, pues dominarían con sus fuegos al puente por donde avanzarían los incursores británicos. No se observaba a simple vista un lugar mejor. Pero el capitán Figueroa tenía otra concepción: que cuatro hombres cruzaran el Murrell Bridge y se apostaran en la margen oeste como fracción adelantada, y detrás establecer el escalón de asalto y la reserva. El teniente primero García Pinasco no estuvo de acuerdo, pues sería aislar a aquel elemento en un sitio sin buenas cubiertas; pero el segundo jefe de la Compañía se consideró responsable por su mayor jerarquía e impuso su criterio. Él mismo cruzó para instalar a los cuatro hombres tras un ligero montículo, y luego repasó el puente, ordenando al teniente Anadón que fuera a acompañarlos.

Marcelo Anadón junto con el sargento primero Vergara cruzó a su vez, mientras el teniente primero García Pinasco se dirigió hacia las rocas avistadas hacia la izquierda con el sargento Guillen, pues era una buena

posición. El suboficial apuntó desde allí a la margen de enfrente y sacando el seguro de su fusil, pensó: “Durante la emboscada voy a tirar así”.

En ese momento los ingleses rompieron el fuego sobre el puente, desde una elevación rocosa situada setenta metros adelante del Murrell Bridge, en donde estaban parapetados. Eran las seis y veinticinco de la madrugada.

El tiroteo fue muy nutrido y todos los Comandos se aplastaron contra el suelo como primera reacción instintiva. Ametralladoras y fusiles iluminaron la oscuridad con trazantes anaranjadas y rojas, sobre el escalón que había cruzado el puente y se hallaba en una verdadera “zona de muerte”. García Pinasco imaginó en el acto: “¡Tengo la mitad de mi sección fuera de combate!”

Figuroa estaba volviendo desde la orilla enemiga junto con el sargento ayudante Rubén Poggi y el sargento primero Miguel Ángel Tunini, y ya sobre la margen este, arrastrándose, oyó que aquél exclamaba:

—¡Mi capitán, me hirieron!

—¿En qué parte del cuerpo le pegaron?

—En la pierna, pero puedo arrastrarme.

—Entonces no debe ser grave —opinó Figuroa—; continúe para atrás, que ya lo vamos a auxiliar

Tunini estaba cerca de Poggi y avisó:

—Mi capitán: yo lo voy a ayudar; vamos a replegarnos.

Como a todo esto el sargento Guillen estaba ya apuntando con su fusil a donde los ingleses comenzaron a disparar, con el cargador colocado y en automático, lanzó inmediatamente una ráfaga en dirección a aquel lugar, seguido a poco de los tiros de los demás integrantes de la sección. Esto motivó a que los ingleses cambiaran el blanco de sus disparos, y en vez de continuar batiendo la salida del puente donde estaba el escalón adelantado y el teniente Anadón, los desviaron hacia las rocas desde donde Guillen había respondido el primero. Los británicos hacían fuego con dos ametralladoras y seis fusiles, desde un parapeto elevado unos diez metros en relación con los Comandos, a unos setenta u ochenta metros de distancia: su número era, en consecuencia, de diez hombres, cantidad pareja a la de la sorprendida patrulla argentina, que aunque a campo abierto y sin cubierta, estaba afortunadamente dispersa.

Los Comandos veían las bocas de las armas alumbrarse con fogonazos, y adelantarse las balas trazantes con un curioso efecto de lentitud, hasta que rompían las piedras protectoras en fragmentos y con vivos colores. Se sentía el ruido de los rebotes y podía percibirse el olor a pólvora. De ambos lados se combatía furiosamente.

Marcelo Anadón estaba milagrosamente ileso. El combate lo había sorprendido de pie al extremo del puente, dialogando con el sargento primero Vergara en la creencia que no había enemigos cerca. Ambos se arrojaron a tierra de inmediato, y con su radio el oficial llamó a los hombres adelantados: los sargentos primeros Quintero y Suárez, y dos de Gendarmería. No recibió respuesta, y entonces intentó comunicarse con el teniente primero García Pinasco, igualmente sin éxito: “Están muertos todos”, pensó Anadón en un primer momento, pero recapacitó porque el ataque británico era contestado. La providencial reacción instantánea del sargento Guillen los había salvado. El teniente comprobó que su radio había cambiado accidentalmente de canal al tirarse al suelo, pero sintonizándola de nuevo, pudo saber que aquellos cuatro estaban a salvo; y aprovechando la nueva dirección de las descargas inglesas, se reunieron con él y Vergara en una pequeña elevación de treinta centímetros que alguna cubierta les ofrecía. El feroz intercambio de tiros se generalizó: las balas pegaban adelante y atrás. Entraron en acción las granadas de fusil, de terrible efecto: Anadón disparó una que impactó justo en la posición enemiga, entre otras lanzadas con buena puntería.

El fuego británico se intensificó y luego cesaron de disparar sus ametralladoras. El teniente Anadón se dio cuenta de que trataban de aferrarlos en sus lugares a fin de poder ellos retirarse, y para evitar que lo hicieran llamó por radio al jefe de la sección:

—Mi teniente primero: ¿puedo envolverlos con mi gente? Calculo que se están por replegar.

—No, no sea loco —le respondió García Pinasco—, ¡cómo va a ir ahora si no se ve nada! Los van a liquidar; esperemos que aclare.

Efectivamente, comenzaba a despuntar una débil luminosidad. García Pinasco intentó en vano establecer comunicación con el *jeep* de enlace, para solicitar fuego de artillería desde Puerto Argentino; en cambio por el mismo medio pudo saber que la casi totalidad de su patrulla —faltaban contestarle uno o dos— estaban bien, y eso lo tranquilizó. El capitán Figueroa se le acercó en ese momento, y con gran excitación producto de la furia que sentía,

lo llamó desde abajo de la posición rocosa en que se encontraba:

—¡Ché, García: vamos a asaltarlos a esos hijos de puta!

El teniente primero García Pinasco no estaba de acuerdo, porque los ingleses, a cubierto en una altura, iban a “barrer” a quienes los atacaran a pecho descubierto. Pero Figueroa insistió y se sumó al movimiento. El capitán instruyó al sargento Orlando Díaz para que los cubriera con su ametralladora, asistida por el sargento primero Manuel Vallejos, disparando sobre sus cabezas hacia las rocas de enfrente, desde donde todavía provenían algunos tiros de fusilería. Figueroa ordenó romper el fuego, y con García Pinasco cruzaron el puente a la carrera.

Se unieron al teniente Anadón y le comunicaron que pasarían a la ofensiva sobre la posición enemiga, y éste preparó a su gente en cadena: los suboficiales Vergara, Quintero y Suárez, y los dos hombres de Gendarmería. El capitán Figueroa esbozó su plan:

—¡Vamos a asaltar a esos hijos de puta y hacerlos mierda! Vamos a ir todos juntos y al llegar a la roca los rodearemos, envolviendo ambos extremos.

No hubo objeción ninguna. Aquél levantó el brazo y se lanzaron adelante, corriendo, disparando sus fusiles desde la cadera, y con gritos para darse ánimo y amedrentar a los británicos. A su derecha, por encima del Murrell, se distinguían las balas trazantes —una luminosa cada cinco— de la ametralladora que los apoyaba en forma muy certera. Pocos fueron los tiros de respuesta.

—¡Por allá van! ¡Por allá hay movimientos!

Anadón iba a la cabeza del grupo y distinguió un movimiento hacia su izquierda: todos dirigieron sus armas a ese lado. La fila de Comandos trepó por las piedras hasta llegar al puesto británico: no encontraron a nadie.

Excepto su armamento, los ingleses habían abandonado todo. Luego de un cauteloso reconocimiento, los Comandos hallaron ocho mochilas, otras tantas bolsas-camas, cuatro paños de carpa, dos cascos; y lo que fue más interesante: una radio encendida, en funcionamiento. Sin perder tiempo el teniente Anadón, oficial de Comunicaciones de la Compañía 601, pasó la frecuencia al suboficial repetidor, y éste la transmitió a Puerto Argentino, donde el capitán médico Llanos escuchó desde la base que los ingleses escapados pedían helicópteros con urgencia para evacuar heridos graves. Al poco tiempo, en efecto, y ya con claridad, pudo observarse una bengala

blanca y luego descender un helicóptero Sea King con el distintivo blanco de Sanidad. Revisadas luego con más detenimiento las mochilas, se encontró las claves de comunicación, elementos para escribir, piezas de vestuario de paracaidistas —una boina colorada con distintivo del *Para 3*—, una máquina de fotos con rollo a medio usar, y entre otros objetos más, un trofeo de valor singular: una pequeña bandera británica, que adornó a partir de entonces el despacho del gimnasio de los Comandos. El terreno desconocido y la poca luz impidieron la persecución.

Comenzaba a aclarar y era peligroso permanecer allí infiltrados en territorio controlado por el enemigo, que posiblemente iría a buscarlos, o batirlos con artillería. Cargaron todo el material conquistado y se replegaron quinientos metros detrás, instalándose entre unas piedras. Allí dieron buena cuenta de los exquisitos alimentos envasados ingleses: compota de manzanas seca, chocolates, nueces, galletitas, pasas de uva... Llamó la atención de los argentinos que esas raciones de combate no incluyeran carne, todo era dulce. El esfuerzo físico y la relajación psíquica luego de soportar la tensión del combate dejó cansados a los hombres de la segunda sección; no obstante lo cual su jefe García Pinasco, Anadón y el sargento primero Tunini volvieron al lugar de la acción para buscar heridos o material que pudiera ser visto con la luz diurna, sin obtener nada en su recorrida.

El capitán Figueroa, recuperado del *shock* bélico, se dio cuenta del riesgo que habían corrido, impulsados por su enojo contra el enemigo que frustraba la operación. “Medité un poco sobre nuestra temeridad —me relataba—, pero estos hechos deciden la victoria, porque para ellos fue inesperado. Lo natural era quedarnos combatiendo para no perder hombres y atacar a la mañana siguiente, pero hubiésemos perdido ese botín bastante importante. Además demostramos que el principio de la ofensiva, aun en la lucha de pequeñas patrullas, siguió vigente cada vez que asaltamos”.

El herido, sargento ayudante Poggi, fue enviado a retaguardia en moto: un balazo le había atravesado la pierna pero sin tocar ni la tibia ni el peroné. Fue a buscarlo el doctor Llanos.

Ya en pleno día pudo observarse a distancia algunos vehículos moviéndose cerca de Monte Kent, y sobre los cerros Harriet y Two Sisters helicópteros desplazándose con cañones colgados: un impresionante despliegue

preparatorio del asalto general a las alturas cercanas.

El capitán Rubén Figueroa tomó el mando de la patrulla, “aunque quizá le correspondiera a García Pinasco”, como pensaba, pero su mayor rango le hizo instintivamente encargarse de la operación. El mayor Castagneto había autorizado la permanencia de aquélla para el supuesto que se presentaran como hasta entonces los *jeeps* británicos. Figueroa y un suboficial de Artillería, el sargento primero Héctor Suárez, sirvieron como directores del fuego de los cañones que desde Puerto Argentino hostigaron en un par de ocasiones sobre blancos que detectaron por sus movimientos, aunque desde gran distancia —quince kilómetros— y sin poder apreciarse los resultados [120](#).

Sin otra novedad, por la tarde fueron relevados por la tercera sección mandada por el teniente primero González Deibe, a quien acompañaba el capitán Jándula, para mantener la emboscada. Quedaron estos últimos hasta el día siguiente —martes 8 de junio—, pero sin más ocurrencia que el hallazgo por parte del teniente Elmíger de otra posición para observación construida en la otra margen del río Murrell, delatada por paquetes de alimentos envasados allí existentes.

Los equipos de comunicaciones capturados a los ingleses —claves y códigos, frecuencias, indicativos de llamada, cartografía— fueron un elemento valiosísimo que permitió hacer una importante escucha del Ejército Británico. “Para dejarlos tirados, el temor debe haber sido muy grande”, me comentaba un oficial de la Compañía 601.

En cuanto a quienes habían sufrido el sorpresivo fuego enemigo hallándose en la “zona de muerte” detrás del puente, coincidían: estuvieron protegidos por el “manto de la Virgen”.

### *Notas*

[120](#) Parece ser que las descargas indicadas por Figueroa batieron el propio puesto de mando del mismísimo Jeremy Moore, el comandante en jefe enemigo. Dispersado aquél, una nueva concentración de proyectiles de 105 mm obligó nuevamente al general Moore a abandonar su segundo emplazamiento. Luego de la rendición —según me refirió el mayor Bettolli— Moore le preguntó a Menéndez con qué equipo radioeléctrico lo habían detectado. Menéndez averiguó y le contestó: un Comando, un antejo de campaña y una radio... Moore no le quería creer; y sus oficiales de Inteligencia interrogaron a los oficiales

de Comunicaciones argentinos “de qué nacionalidad eran los equipos que operaban”.



## CAPÍTULO XXIV

### *Las acciones en la isla del Oeste*

*Miles y miles de avutardas en las playas...* De esta manera iba a comenzar el libro de aventuras que el grupo de Comandos abandonados en Gran Malvina escribiría relatando sus experiencias. Pero esa imagen de naturaleza apacible distaba mucho de la realidad: Puerto Howard, donde se hallaban, era un caserío asomado a una bahía sobre el estrecho de San Carlos, batido por un viento helado, rodeado de alturas pedregosas y construido sobre fango. Allí se instaló la primera sección de la Compañía 601, bajo las órdenes del teniente primero José M. Duarte, y el teniente primero Sergio Fernández que mandaba el todo, por ser más antiguo, sumando la dualidad de apuntador de Blow Pipe antiaéreo. Aislados de su unidad por la imposibilidad de cruzar el estrecho —sólo debido a una suerte excepcional el mayor Castagneto había podido hacerlo el 26 de mayo con el resto—, controlado rigurosamente por escuadrillas aéreas británicas, los integrantes de dicha sección fueron empleados fundamentalmente como elementos de observación sobre la cabeza de playa instalada al frente; o al menos, eso es lo que se quiso: en los hechos, la distancia y la niebla impedían cualquier examen.

Atrás quedaba el recuerdo del retorno a la base para pasar la noche y las dos comidas diarias, aun computando el habitual cañoneo naval.

Ahora en Howard escaseaba el alimento y el espíritu de muchos cuadros y conscriptos que los rodeaban era depresivo, y aunque no llegaba a contagiarlos, no contribuía tampoco a mejorar su ánimo. En cuanto a los *kelpers*, salvo la crisis inicial el 21 de mayo —cuando se combatió contra los aviones de la R.A.F. delante de sus casas—, cooperaban en todo lo que no fuera misiones de patrulla y combate, en particular con respecto a la recuperación de aviadores. Su rutina proseguía sin variantes, trabajando en el campo, y no se mostraban hostiles; en realidad, daba la impresión de que sentían poco el problema político en juego: la doble insularidad en que vivían —ni siquiera próximos a la capital— les confería mayor alejamiento de la

cuestión. Claro que el vínculo con la Corona Británica se manifestaba en la profusión de retratos de la Reina y de los Príncipes de Gales. Su *manager*, mister Lee, tuvo un muy correcto desempeño; cierto también que las tropas argentinas observaban rigurosamente las órdenes de no interferir en la vida cotidiana de los isleños, sin requisar siquiera la comida pese a la alarmante escasez que aumentaba.

El primer día que quedaron solos, el teniente primero Sergio Fernández meditaba desilusionado sobre la situación de la primera sección de los Comandos, mientras se dirigía al taller donde componían sus dos motos. “Era una mañana de cuento de hadas”, recordaba: “sol, cielo prácticamente despejado, tiempo fresco, el humo blanco saliendo de las chimeneas”. Súbitamente un Harrier abandonó a su compañero de patrulla y saltando la altura que bordeaba el estrecho, sobrevoló las posiciones del Regimiento 5. Eran las nueve, y la tropa recibía su desayuno.

Seguido por el fuego de armas portátiles y alguna ametralladora antiaérea, el avión descargó sus bombas Beluga sobre la cocina de la Compañía C del regimiento de Infantería, y se evadió sobre el cerro donde el día anterior habían sido instalados los misiles Blow Pipe. Tras de sí estallaron sus proyectiles, matando a cinco soldados e hiriendo a un oficial, un suboficial y cuatro soldados más. El júbilo de una semana atrás, cuando se derribó un cazabombardero similar, se había trocado en dolor y la conciencia de que la guerra alcanzaba a todos por igual.

Esa tarde fueron enterradas las víctimas, al tiempo que se reforzaron las posiciones defensivas. Por la noche se acercó una fragata y comenzó a bombardear con su cañón de 114 mm. de tiro automático, haciendo incluso impactos directos sobre dos casas usadas por los *kelpers* como depósitos, y causando bajas en la Compañía A. Como podía ser un fuego de cobertura a un desembarco, contestaron los morteros propios de 120. Apareció otra nave británica que sumó sus disparos, iluminando la noche con fogonazos, y replicaron los cañones sin retroceso del Regimiento 5, provocando un diluvio de acero sobre las posiciones argentinas. Los Comandos se hallaban en la denominada “casa uno” por ser la primera del pueblo, y como era construida con chapa y madera, las mortíferas esquirlas la atravesaban en algunos sitios, mientras sus moradores se mantenían pegados al suelo. Ráfagas de veinte y treinta disparos, una pausa, y de nuevo esa sucesión de tiros; hasta las dos de la mañana, en que se oyó cañoneo sobre Darwin. En una pausa del fuego los

Comandos abandonaron la “casa uno” para guarecerse mejor protegidos en las posiciones defensivas, y cuando el teniente primero Fernández hizo la revisión final, se le heló la sangre: los dos suboficiales más jóvenes, los cabos Contreras y Ríos, estaban derrumbados en el suelo, con la boca abierta y en extraña postura. Pero no habían sido alcanzados: agotados de cansancio, habían quedado profundamente dormidos... Fueron desalojados por su jefe de la manera que correspondía.

Al día siguiente, 28 de mayo, pudo seguirse perfectamente por radio el desarrollo del ataque británico a Darwin y luego el avance sobre Goose Green. Ese día la sección pasó a alojarse definitivamente en la escuela del caserío, comentando la dura resistencia opuesta a los ingleses en los encuentros librados.

En las jornadas subsiguientes no se soportaron ataques aéreos directos. La patrulla de Comandos fue empleada en diversas exploraciones, algunas de las cuales les pareció absurda —las órdenes provenían del mando de la Brigada III en Puerto Argentino—, como la recibida el último día del mes: *Preverá, planificará y ejecutará un golpe de mano sobre el radar ubicado en Swan Island, si existe*. La única embarcación disponible era un bote con dos remos —con el cual se rescatara al piloto británico derribado—, empleado para cruzar la bahía y llevar observadores al estrecho, mientras era desagotado porque hacía agua por sus juntas. Los Comandos de Howard redactaron la respuesta: “Solicitamos madrina y botella de champagne para botar el A.R.A...”, que por supuesto no enviaron, como tampoco cumplieron esa imposible misión, dejada sin efecto por la Brigada.

El 3 de junio se recibió un fuego muy certero desde el estrecho de San Carlos, sobre la escuela que servía de alojamiento a los Comandos: posiblemente algún observador adelantado de las *Special Forces* británicas haya indicado su uso. Al comenzar dicho cañoneo naval la sección entera abandonó el edificio para guarecerse en el refugio que se construyera tiempo atrás para cuando el general Parada llegase a visitar sus efectivos o quedase con ellos (la Brigada III que mandaba, ya se dijo, comprendía las unidades apostadas en Gran Malvina): un gran pozo con techo de madera y chapa, reforzado con tambores de doscientos litros llenos de tierra, y contando incluso con piso para evitar la humedad. Los Comandos salieron de la escuela

en el momento justo, como que apenas lo hicieron, explotó en su entrada una granada en el aire, a diez metros del suelo, activada con espoleta “a tiempo”, la cual destrozó vidrios, perforó paredes y convirtió en papel picado el revestimiento de cartón del interior. Los veinte hombres permanecían angustiados, impotentes, hacinados en su refugio, esperando el impacto del proyectil de 114 mm. que los enviaría a la eternidad, mientras la tierra les caía encima a cada explosión que lo hacía retemblar. Toda la zona fue perfectamente barrida por un fuego preciso, “espantoso”.

Un inoportuno comentario hizo referencia a los pobladores de Howard, a las familias de *kelpers* que al igual que los soldados soportaban el cañoneo en sus casas o pozos, y la aflicción de los Comandos fue general, por encima de su propia situación. “Uno estaba ahí porque tenía que estar —razonaba Fernández—, pero pensar en un chico aterrado por ese fuego realmente conmovía: se me partía el alma”. Afortunadamente no se produjeron bajas civiles. Cabe acotar que las familias locales mantuvieron un gran control sobre sí mismas, mostrando una entereza notable —excepto algunos casos aislados el 21 de mayo—, y tan sólo cinco de ellas aceptaron el ofrecimiento de ser conducidas al interior, siendo llevadas con custodia a Muny Brach, un caserío al norte de Howard.

El estado de esa sección de la Compañía 601 era cada vez peor, en cuanto a equipos y alimentación se refiere, por cuanto sólo contaban con la ropa puesta —no habían calculado permanecer en Gran Malvina tanto tiempo—, al punto que cuando llovía, la vestimenta debía secarse sin ser quitada. La comida escaseaba, y en este sentido la situación era crítica: sus raciones para dos días estaban consumidas y no había más que cordero hervido, casi sin sal porque ésta era poca, y faltaba por completo cualquier acompañamiento como arroz o porotos. La fruta y hasta el mate habían desaparecido, como que el último desayuno lo fue el 25 de mayo, luego de varios días sin él. La solución que significaba abastecerse en el almacén local debía descartarse pues éste no podía reponer sus existencias. Era un problema, más que delicado, desesperante, ya que muchos hombres estaban decaídos físicamente, lo que incidía en su moral y espíritu combativo. Varios soldados se habían infligido heridas a sí mismos, algunas graves; y otros presentaban cuadros avanzados de desnutrición. También el deterioro se advertía en los equipos: se agotaban las pilas de radios y de visores nocturnos, y no había cómo recargar baterías o conseguir repuestos. Los nervios, a consecuencia de

todo eso, comenzaban a fallar. La mitad de la tropa del Regimiento no estaba en condiciones de proseguir la campaña, según parte médico.

Providencialmente ancló el miércoles 5 el buque hospital *Bahía Paraíso* frente a Howard en el estrecho, y despachó un helicóptero para evacuar a los heridos. En cada vuelo, el Puma desembarcó provisiones secas, a espaldas del representante de la Cruz Roja, y “lujos” como chocolate, dulce de leche y frutas en almíbar, que sólo se repartió a los soldados. La alegría de quienes descargaban los alimentos era pareja con el alivio de los que habían permanecido en el hospital en condiciones cada vez peores. El buque también entregó elementos sanitarios. El coronel Mabragaña, jefe del Regimiento 5, sumamente conmovido, despidió a sus hombres: uno de éstos, el soldado Vargas, gravemente herido en su pierna por el ataque aéreo del 26, deseó suerte a los que quedaban, en instantes de ser conducido al helicóptero: él, que pese a estar mutilado, era evacuado contra su voluntad, a los que quedaban en buenas condiciones. Con el abastecimiento del *Bahía Paraíso* la supervivencia estaba asegurada por un tiempo.

La noche de ese mismo día pudo cumplirse una misión impuesta por la Brigada varias jornadas atrás, y que demoró la reparación de los vehículos afectados a la misma, dañados por el cañoneo naval del lunes 3; sobre todo, el tractor que debía transportar mochilas y la radio, aliviando la marcha de la patrulla hasta donde fuera posible.

El objetivo era efectuar observación sobre San Carlos, en la boca norte del estrecho, para informar sobre lo que ocurría al frente y eventualmente determinar blancos para la Aviación. Era una misión sumamente peligrosa, como que la patrulla —un oficial y tres suboficiales— debía permanecer a treinta kilómetros, aislada, sin posibilidad de recibir apoyo, en una zona constantemente patrullada por escuadrillas, recorrida por helicópteros y barrida por radares. Pese a ello se planeó su movimiento y supervivencia: quedó establecido un código para la comunicaciones y se convino en realizarlas en horarios discontinuos y con frecuencias alternativas, utilizando el *lunfardo* para hablar. El alto mando había ordenado la permanencia del pelotón “hasta nueva orden”, pero con criterio realista serían relevados al tercer día por otra patrulla a cargo del teniente primero Duarte.

A órdenes del teniente primero Leopoldo Quintana partió el grupo, a

medianoche, con terminantes instrucciones de “no tomar contacto” con el enemigo —es decir, no combatir— sino limitarse a observar la actividad en San Carlos y transmitirla. Formaban parte de él: sargento ayudante Juan Carlos Ruiz, sargento Oscar Alfredo Pérez, y cabo primero Miguel Rivero. Con un frío intenso llegaron en tractor hasta un pequeño puente situado en una hondonada donde existía un galponcito, y de allí prosiguieron caminando. Llegaron a Monte Rosalie, el de mayor altura al norte de la isla (cuatrocientos veinticinco metros), donde pudieron ver destellos en su cresta, que no pudieron identificar. No obstante treparon, bajo una lluvia que los helaba, y llegaron a las cinco de la mañana a la cima. Las condiciones para la observación eran limitadas por la niebla y chubascos permanentes; en línea recta desde Rosalie hasta San Carlos había veinte kilómetros. Por precaución, pese al temporal desatado, la patrulla no armó carpas sino que se enroscaron “como caracoles” cubiertos por sus ponchos entre las piedras.

El 7 Quintana informó a las once de la mañana que no se divisaba la costa opuesta pero que habían escuchado un bombardeo: era el ataque de aparatos argentinos Canberra sobre la cabeza de playa británica. Pero lo peor es que los Comandos divisaron una patrulla enemiga desplazándose desde la costa del estrecho hasta el interior, en dirección a Rosalie House, por donde ellos mismos debían replegarse.

Fue el último contacto radial recibido en Howard.

Sospechándose el aniquilamiento de la fracción, partió el teniente primero Duarte a confirmar esta impresión, o relevarla en caso que hubiese fallado el equipo; de no acudir Quintana a la cita en Muny Brach, previamente concertada, todos los Comandos avanzarían hasta Monte Rosalie para buscarlos, en la situación que estuvieran. A diferencia de las unidades convencionales apostadas en Howard, los Comandos mantenían su predisposición para llevar a cabo desplazamientos.

Mas aquellos habían podido zafar de una situación comprometida, no obstante que ya los británicos habían efectuado su radiolocalización, y que debían atender no sólo a la observación sobre el estrecho sino también mantener su vigilancia hacia el interior. El martes 8 apareció muy despejado; era la fecha convenida para el retorno, que debía efectuarse al caer el sol para encontrarse con Duarte en el puentecito, donde serían esperados. Ese mediodía fue avistado un helicóptero Sea King que remontó vuelo a ochocientos metros de distancia dirigiéndose hacia el este, o sea en dirección

al centro de la isla. Se extremaron las precauciones.

Dos horas más tarde, un suboficial descubrió a doscientos metros a cinco ingleses tocados con boinas coloradas (paracaidistas) que se arrastraban derechamente en dirección al puesto de la patrulla, en la altura máxima de Monte Rosalie.

Los británicos avanzaban por el costado norte; al este se hallaba el canal; hacia el sur se había avistado la anterior patrulla enemiga. Sólo quedaba para el repliegue la línea de alturas sobre la costa, al oeste. Tomaron todos sus mochilas y se deslizaron por la ladera opuesta de donde venían los ingleses, constantemente atentos por si aquellos aparecían.

De este modo se escurrieron, a través de cuatro o cinco cerros, ya en la oscuridad, hasta llegar sin novedad al puente, a las diez de la noche. Cruzaron y se guarecieron en el pequeño galpón, desde donde quedaron vigilando con los anteojos de luz residual. Una hora más tarde se observaron movimientos sobre la huella. Se oyó un susurro:

—¡Polo! ¡Polo!

Era el sobrenombre de Leopoldo Quintana:

—Sí, aquí Polo.

Con inmensa alegría se abrazaron: éste había escapado al cerco sin pérdidas. Duarte estaba acompañado por seis hombres, pues debía relevar a Quintana en Monte Rosalie; pero enterado de su azarosa salida, decidió no proseguir:

—No, debe de estar ya copado el lugar. ¡A qué voy a ir! Tendríamos que juntar a toda la sección si queremos meternos allí.

Al retornar a Howard, Quintana informó a Fernández y le explicó la situación, expresándole que desde Monte Rosalie no se veía la otra costa del estrecho, y que mejor observación debía tenerse en una altura pegada a la orilla cerca de Howard, pues desde allí se notaba más el movimiento pese a hallarse hacia el sur.

Y con ese rumbo partió Duarte al día siguiente, donde entablaría el combate que Quintana pudo evitar...

El epílogo de la misión cumplida fue una comunicación radial con Puerto Argentino durante la cual el comandante de la Brigada III, general Parada, habló personalmente por única vez. Lo hizo censurando acre y hasta torpemente al oficial por no haber entrado en acción contra el enemigo. El teniente primero Fernández intentó defender a su subordinado:

—Pero escúcheme: eran sólo cuatro, y estaban aislados...

La cortante réplica del general señaló que debió haberse aprovechado la oportunidad para hacer daño al enemigo, “porque cuando uno tiene algo no sólo debe llevarlo sino también demostrarlo”. En un principio esta respuesta desorientó: se creía que era una alusión de Parada al distintivo identificatorio que los Comandos prenden en el costado izquierdo de sus uniformes; pero cuando cayeron en cuenta sobre el significado de su dicho, la indignación fue unánime. La misión de Quintana había sido de observación, y su retirada se efectuó sin pánico, no dejando parte alguna del equipo abandonado [121](#).

El 9 de junio salió una nueva patrulla para restablecer la vigilancia sobre la vecina isla Soledad, integrada por diez hombres, al mando del teniente primero José Martiniano Duarte, el jefe de la primera sección en reemplazo de Fernández. En Howard quedaron reponiéndose los cuatro que regresaron de Monte Rosalie bajo la lluvia, cansados y sin comer, soportando además la tensión de saberse buscados por efectivos británicos dotados de poderosos medios de movilidad. El movimiento enemigo había mostrado la necesidad de continuar observándolo, aunque desde otro lugar; y Duarte se dirigió hacia Muny Brach Point, pues más adelante sería suicida, y desde allí podía replegarse. Salieron en un día de claridad excepcional, sin bruma, caminando por los cerros que bordean el estrecho. A las cinco de la tarde el teniente primero Fernando Alonso, que lo acompañaba, emprendió el retorno con cinco hombres sin haber divisado nada. Duarte quedaría con tres suboficiales.

El jueves 10 —Día de las Islas Malvinas, por celebrarse un aniversario de la fecha de creación de su Comandancia, en 1829— el jefe de los elementos de Comandos en Howard, Sergio Fernández, se dispuso a cumplir la orden recibida desde Puerto Argentino para montar una emboscada antiaérea a fin de apoyar las incursiones de la Fuerza Aérea Argentina que entraban al estrecho de San Carlos. Con un Blow Pipe y dos ametralladoras de 12,7 mm. —alcance: ochocientos metros— sumarían su potencia de fuego por donde era el corredor de los aviones. Se hallaban organizando el transporte de los elementos, cuando a las once de la mañana apareció el sargento ayudante Francisco Altamirano, que había marchado con Duarte, corriendo ante la escuela.

El suboficial venía llorando, muy tensionado, sin hablar, y aparte de su



propio equipo y armamento, traía consigo un fusil M-16 con lanzagranadas, indudablemente británico y otro fusil AR 15, ambos calibre 5,56 mm. No salía de su estrés:

—¡Maté a un hombre!

Todos estaban desesperados por conocer la suerte de sus compañeros, imaginando el aniquilamiento de la patrulla, pero era imposible hacerlo hablar coherentemente. Sólo era inteligible una certeza:

—¡Tuvimos un combate con ingleses!

El teniente primero Duarte escuchaba desde su puesto de exploración un constante llegar y salir de aviones en San Carlos, forzando sus turbinas en esas operaciones; y seguro de la existencia de un aeropuerto allí, pasó el parte. Pero quedaba muy lejos y no se veía nada, por lo que se movió hacia el sur por los cerros que bordean la costa. Lo acompañaban Altamirano, el sargento primero Eusebio Moreno y el cabo Roberto Ríos. La cresta dorsal que corre paralela al agua muestra en su cumbre grandes formaciones de roca, algunas de hasta seis metros de altura, formando cuevas: el grupo se encontró frente a dos enormes bloques paralelos que corrían siguiendo la línea de la costa, con una especie de techo en su parte media, de unos veinte metros de largo. Un verdadero callejón. Dejándolo a su izquierda, la patrulla de Comandos avanzó por el costado de la pared pétrea: a ocho kilómetros al fondo, abajo, se divisaba el poblado de Howard, “como una maqueta”.

Iban por la mitad exterior de la inmensa mole de piedra cuando Duarte, que marchaba a la cabeza, oyó un murmullo de voces proveniente del lado de adentro de ese corredor. Se detuvo en el acto, haciendo señal a Moreno que lo seguía, para que escuchara: éste confirmó con un movimiento de cabeza haberlo también sentido.

En silencio retrocedieron ocho metros a un grupo de piedras que se hallaba a la entrada de esa especie de pasillo, y se colocaron detrás de ellas para cambiar ideas. En ese momento se les unieron los otros dos. Todos se quitaron sus mochilas para estar prestos a entrar en acción. Moreno afirmaba que la conversación había sido en inglés, pero cabía la posibilidad que se tratara de *kelpers* ovejeros, o incluso personal del Regimiento 5 o de la Compañía de Comandos instalados allí para dirigir o proteger a los aviones propios. El sargento primero Moreno estaba ansioso por actuar:

—¿Me arrastro y miro? —preguntó al oficial.

—¡Estás loco!

Duarte no quería que Moreno se moviera adelante para que no quedara entre dos fuegos si se trataba de enemigos: escondida en ese corredor natural podía hallarse una sección completa de 30 o 40 hombres desembarcados sigilosamente.

Completamente decidido, aquél sacó el seguro a una granada:

—¿Se la tiro?

—¡Quedate quieto! Ya vas a tener tiempo pa...

En ese instante salió un hombre de entre las piedras: era un mulato con grandes bigotazos, con un pasamontañas verde de la Marina Argentina en su cabeza, vistiendo uniforme camuflado.

Todavía dudando, el oficial se asomó y le gritó:

—¿Argentinos o ingleses?

Sorprendido, el hombre se lo quedó mirando. Y Duarte volvió a gritarle:

—*Hands up, hands up!* (Manos arriba)

En tal momento el individuo pegó un salto al costado y abrió fuego sobre los Comandos. Una ráfaga de 5,56 rebotó en la piedra delante de Duarte y le llenó los ojos de polvo. A partir de ahí se generalizó el tiroteo: Moreno se sacó el gusto tirando dos granadas; los británicos contestaron con otra de 40 mm., pero pasó de largo y explotó bien atrás.

Los cuatro argentinos disparaban al medio del callejón, para evitar que el enemigo se asomara, midiendo sus descargas —nadie lo hizo en automático—, y su jefe indicó al cabo Ríos que preparase una granada de fusil. Mientras éste procuraba destrabar el seguro de su arma, Duarte continuaba haciendo fuego, y el golpe de sus cápsulas servidas hizo pensar al sargento ayudante Altamirano que había sido tocado en una pierna:

—Tranquilo, que son las vainas.

Moreno se levantó y se corrió hacia un costado, riendo:

—¿Qué carajo hacemos los cuatro juntos?

Otra explosión de granada atrás hizo volver la cabeza al teniente primero, para saber si era Ríos que había disparado; y cuando volvió a asomarse notó que dos ingleses corrían barranca abajo hacia el estrecho, haciendo fuego:

—¡Ahí van! —advirtió, mientras les tiraba, lo mismo que Altamirano.

Enseguida pudo observar que uno de ellos se desplomaba, y un par de segundos después estallaba la granada lanzada por el fusil de Ríos. El otro

arrojó su arma y levantó las manos, gritando.

Duarte le mandó que se acercara, al tiempo que ordenaba a Altamirano que siguiera cubriendo con disparos el lugar donde habían estado parapetados aquéllos, por si quedaban más soldados británicos, y a Moreno que vigilase el costado por donde habían salido.

El rendido estaba inmóvil, duro, y con un balazo a su lado se lo instó a trepar. Duarte le preguntó si comprendía el castellano y el prisionero —un negro centroamericano— le contestó en italiano. Mientras el sargento ayudante Altamirano revisaba sus ropas, el oficial lo interrogaba, y pudo saberse que eran sólo dos soldados depositados en helicóptero. Aquél temblaba y Duarte lo tranquilizó, asegurándole que como a prisionero de guerra no le ocurriría nada si obedecía.

Moreno fue hasta donde yacía el otro inglés, caído boca abajo, con la cabeza hacia el lugar desde donde escapara. Lo dio vuelta y con el pulgar indicó al teniente primero Duarte que estaba muerto: dos o tres impactos de bala lo habían alcanzado. Era un hombre grande, rubio, sin insignias sobre su uniforme. Aquél recogió su fusil y la radio que portaba, y los papeles que llevaba encima; Duarte decidió dejarlo en ese sitio y emprender el retorno con los equipos capturados.

A la cabeza iba el oficial conduciendo al prisionero, luego el sargento ayudante Altamirano, y detrás Moreno y Ríos cargando el material de los británicos. El sargento ayudante, que estaba muy conmovido, fue mandado adelantarse hasta Howard para comunicar lo sucedido. El soldado capturado se resistía a dar la espalda, y el oficial argentino tuvo que colocar el seguro a su fusil y repetirle que no le pasaría nada.

Sobrevolados por Harriers, debieron tirarse a tierra en más de una oportunidad, y en esta situación, observando Duarte que el negro lo miraba, cruzaron este breve diálogo:

—¡Qué le vamos a hacer! La guerra es así: hoy vos, mañana seré yo.

—No: políticos— respondió el cautivo.

Al llegar a Howard, Duarte recién se dio cuenta de que su prisionero había marchado ocho kilómetros con las manos en alto: al hacérselas bajar, era patente la felicidad que reflejó. Por otra parte, en mangas de camisa —el resto de su indumentaria le había sido quitado para examinarla— y sin carga,

contrastaba con la transpiración que cubría a los Comandos.

En el pueblo, ya reunidos con Fernández, comenzó el interrogatorio del soldado enemigo, quien confiado ya en que se observarían para con él las disposiciones que marca la Convención de Ginebra, retaceó todo lo que pudo sus informes: no sabía nada, no conocía nada, era un simple radiooperador y su compañero también era otro soldado; él se ocupaba sólo de preparar el café y cargar con el equipo. Mostraba su buen entrenamiento. Pero el teniente primero Fernández no le dejó dudas de quién mandaba: lo puso de malos modos contra la pared, piernas abiertas y manos apoyadas arriba, y fue revisado por completo, metódicamente. Era un suboficial auxiliar de Comunicaciones, cabo primero Charlie Fonseca, y no el *coolie* de carga que quería aparentar, y se le halló encima cartografía, una clave de comunicaciones y código para hablar con el *H.M.S. Fearless* y con la isla Ascensión.

Como la presencia de los Harriers en el camino de retorno había hecho que Moreno y Ríos abandonaran las mochilas que portaban para marchar más rápido por una zona muy difícil, Fernández determinó volver a recuperarla y traer el cadáver del otro soldado británico, con las precauciones del caso porque preveía otro enfrentamiento.

Antes de partir, pasado mediodía, transmitió a Puerto Argentino las novedades; y como seguía muy enojado por el trato anterior del general Parada a Leopoldo Quintana, aprovechó para quejarse ante su ayudante el mayor José Luis Bettolli —el amistoso enlace con los Comandos—, mostrándole las dificultades con que operaban:

—Lo que dijo Capanga fue injusto, nos cayó muy mal; no nos merecemos un trato así. Si nos encontramos cuando esto pase, me gustaría explicarle lo que ocurrió.

—Sí —admitió éste—, pero lo que pasa es que aquí querían que se hicieran más rápido las cosas.

—Que quieran lo que se les ocurra, pero acá no necesitamos de ese tipo de incentivos, ni que nos estén observando como a chicos de escuela.

—Bueno, ahora todo el mundo está conforme y los felicita.

—Bien; así como nos felicitan ahora, así lo felicito yo —concluyó Sergio Fernández— al teniente primero Quintana por lo que ha hecho, porque hizo lo que debía: tenía una misión que cumplir, se le dio su oportunidad y la cumplió.

Desahogado, Fernández organizó una columna para traer los equipos y el cuerpo antes que cayera la oscuridad. Era posible que tuvieran que luchar si la pareja de británicos hubiera logrado emitir algún pedido de auxilio, pues incluso durante la conversación relatada sobrevoló la localidad una pareja de aparatos británicos. (Dicho sea de paso, no lo hacían desde que las radios comerciales anunciaron un ataque argentino al portaaviones *Invincible*, cosa que antes ocurría en forma diaria, permanentemente). Estaban fuera de capacidad Duarte y sus hombres, y Quintana y los suyos, pero Fernández armó una sección de diez con los que quedaban disponibles. Salió el teniente Alonso con dos suboficiales como punta, y luego aquél con el grueso, trescientos metros atrás, “apenas para guardar las formas, porque todos estábamos al alcance eficaz de cualquier arma”, relataba Sergio Fernández.

A marchas forzadas, pero con infinitas precauciones, ganaron terreno antes que oscureciera. Tras dos horas de caminata llegaron a las cinco de la tarde, y guiados por Alonso que conocía el sitio, ubicaron enseguida el lugar del encuentro. El cadáver fue registrado y se le quitó documentación, como asimismo una baliza no vista por Duarte y que estaba encendida: casi de más está apuntar que fue desactivada en el acto. El hombre portaba una pistola Browning 9 mm de procedencia argentina, que como después supieron, había sido tomada en las islas Georgias del Sur. Recogido todo el equipo que encontraron, emprendieron el retorno hasta dar con el tractor con acoplado —previamente coordinado este encuentro— donde pusieron el cadáver custodiado por dos suboficiales y los elementos. Ya había oscurecido y se les agregó el personal que mantuvo ese día la emboscada antiaérea, sin novedad. Era un total de 16 hombres.

Por equivocación en el tramo final del camino desembocaron por donde el Harrier había sido derribado el mes anterior, en terreno sembrado de bombas Beluga “que parecía lo miraban a uno” —contaba Fernández— cuando éste marchaba a la cabeza de la estrecha columna alumbrando su paso con la luz mortecina de su linterna. Para colmo, el lugar próximo a la Compañía C estaba protegido por un campo minado que de noche era imposible distinguir, por lo que aquél solicitó un guía. Llegó un soldado con fusil al hombro, casco echado para atrás y cara de despreocupación.

—Soldado ¿por dónde es el camino para el puesto de mando?

—Por ahí es el camino... —contestó con tonada correntina y todos se pusieron en movimiento.

—...pero hay minas.

La columna se detuvo instantáneamente. El teniente primero Fernández indicó un conjunto de matorrales paralelos e inquirió:

—¿Y por allá, por el otro?

—Por ahí también puede ir. Pero hay minas.

Fue imposible sacarlo de ese estribillo, y finalmente el oficial pidió al puesto de mando de la Compañía C un rápido golpe de luz sobre su ubicación, para orientarse, y así pudo llegar a él, siguiéndolo el resto de la sección.

La tarjeta de identificación del muerto permitió conocerlo: era el capitán John Hamilton, que una fotografía mostraba vestido de civil con su mujer. Al teniente primero Duarte lo conmovió otra foto: de sus dos hijos; “de la edad de los míos”, me dijo <sup>122</sup>. En una libreta de anotaciones estaba la descripción bien detallada y precisa, con buenos conocimientos tácticos, de diversos lugares reconocidos con anterioridad, mostrando la ubicación de escalones, probable tipo de caminos, su aptitud para el desplazamiento de vehículos, y algunos gráficos hechos a lápiz. Además poseía elementos para la dirección de tiro, visor nocturno, y una regla de ángulos para trabajar sobre la carta.

Por la jerarquía de Hamilton les llamó la atención que su misión fuera ésa —los Comandos olvidaban que ellos eran empleados para algunas similares o iguales—, y conjeturaron que además de la observación y dirección de tiro, podía haber estado planeando alguna emboscada sobre Howard o sus proximidades, lo que permitía suponerlo el movimiento de patrullas detectado al norte de la isla. El análisis de los datos concluyó tarde, a la una y media de la noche.

Apenas había concluido esta tarea cuando se oyó una explosión, que en un primer momento fue atribuida al estallido de una mina. Pero al rato se percibieron claramente tres cañonazos navales y todos buscaron cubiertas: los observadores ubicados en Monte María, atrás y arriba de Howard, indicaron posteriormente que se trataba de tres fragatas desde la distancia habitual de diez a doce kilómetros. El bombardeo duró hasta las tres de la mañana y fue muy impreciso: le faltaba observación. El teniente primero Fernández supuso que el primer disparo, aislado, fue un llamado al observador, al no recibir su comunicación: y los posteriores se limitaron a dirigirlos hacia las posiciones

previamente marcadas —la ubicación de la Compañía B, sobre un cerro—, pero sin causar efectos. Por otra parte esa noche también sobrevolaron la zona del encuentro con los hombres del S.A.S. cuatro helicópteros, que la rastrearon con sus faros encendidos, buscando a esos observadores.

El capitán John Hamilton fue velado en un pequeño taller que funcionaba como capilla. Bajo un crucifijo y la bandera del Regimiento 5 fue depositado junto a un soldado de apellido Fernández, fallecido por desnutrición: pese al racionamiento y luego víveres recibidos del buque *Bahía Paraíso*, algunos conscriptos habían entrado en un grado de deterioro físico y espiritual irreversible, rechazando su organismo el alimento, que no asimilaban. Cuando terminaron las operaciones se hallaban en ese estado —varios graves y algunos críticos— 26 hombres; uno de ellos falleció en el continente. El médico del Regimiento reconoció el cadáver de Hamilton y extendió el correspondiente certificado de defunción: un tiro por la espalda. Tenía otro en el brazo.

Con las últimas luces del 11 de junio se efectuó el entierro de los dos militares, el oficial inglés y el soldado argentino, muertos ambos en diferentes circunstancias pero ofrendando su vida en la misma campaña, envueltos en idénticas bolsas de plástico negro. Fue solicitada a los *kelpers* una bandera británica para cubrir a Hamilton, pero no la entregaron. Y aunque se los invitó a acompañar sus restos al cementerio de la localidad, ninguno de ellos concurrió:

“Yo inscribo esto”, reflexiona Sergio Fernández, “en ese espíritu localista, tremendamente cerrado, que tienen esos isleños malvinenses”.

El fúnebre cortejo marchó bajo una persistente llovizna que contribuía a acentuar lo triste de la ceremonia. Los cadáveres eran transportados en el acoplado del tractor, siendo acompañados por el jefe del Regimiento, coronel Mabragaña, su ayudante, el oficial jefe de la Compañía B donde revistara el soldado Fernández y el jefe de la sección correspondiente, el capellán, los oficiales de la 601 de Comandos, y cuatro soldados compañeros de Fernández. Para completar ese cuadro tétrico por la oscuridad y el silencio, de repente, a cincuenta metros, un perro se puso a aullar... Todos impresionados, escucharon el responso final pronunciado por el capellán, padre Nicolás Solonyzny, y después los cuerpos fueron depositados en las tumbas previamente cavadas, cubiertas luego con turba. Concluido esto, todos saludaron militarmente.

Y callados, sin ánimo para conversar, el grupo retornó a Howard para seguir cumpliendo sus deberes.

### Notas

[121](#) El ayudante de Parada, mayor Bettolli, señaló a su superior:

—Mi general, ¡ha estado muy duro! ¡Esa gente está pasando por muchos sufrimientos!

El reproche recibió esta respuesta:

—Fue a propósito, para incentivarlos.

[122](#) El capitán Hamilton, de veintinueve años de edad, pertenecía al *Special Air Service* y se le atribuye esta frase: —“Somos del S.A.S., somos capaces de caminar sobre las aguas”, pronunciada cuando se le hizo ver lo “disparatado” de aterrizar sobre un glaciar cerca de Grytviken cuando el 21 de abril el destructor *Antrim* inició la operación de retomar las Georgias del Sur. Contra los consejos de la experiencia llevó a cabo su intento, pero fracasó con grave riesgo para la vida de sus hombres (EDDY Y LINKLATER, *Una cara de la moneda*, págs. 219-21). Participó en el sabotaje a la base Calderón de isla Borbón. Los detalles sobre su muerte fueron difundidos según la falsa versión del suboficial que lo acompañaba y que lo hizo acreedor a la Cruz de Victoria, la más alta condecoración británica por valor individual en combate. Según dicho relato, al ser sorprendidos por una fuerza argentina —cuyo número no se especifica— Hamilton ordenó a aquél que huyera mientras él protegía su retirada, hasta que se quedó sin municiones y fue muerto (*Una cara de la moneda*, p. 226). HASTINGS Y JENKINS repiten en lo esencial esta versión, difiriendo en detalles:

Hamilton habría sido herido en la espalda y entonces decidió cubrirlo con su fuego hasta ser ultimado, y su ayudante fue capturado recién al acabársele la munición (*La batalla por las Malvinas*, p. 311). Quien lo abatió, el teniente primero José M. Duarte, me dijo que recién se había enterado que Hamilton pertenecía a las tropas especiales leyendo esas fuentes inglesas: “En realidad no lo sospechaba”, agregó, “porque actuaron evidentemente mal, sin apreciar bien la situación”. Duarte interrogó a Fonseca, el suboficial que lo acompañaba, quien le manifestó que ignoraban cuántos soldados argentinos los atacaron, y que de haber sabido que eran sólo cuatro, Hamilton no habría actuado como lo hizo:

—No —le explicó—: teníamos buena cubierta, armas, radio, y estábamos a ocho minutos de San Carlos.

Salieron porque creyeron que estaban rodeados —añadió— y que los Comandos pasarían al asalto, tratando de huir por el único lugar donde pensaban que no había nadie.



## CAPÍTULO XXV

### *Enfrentamiento con Comandos británicos*

EL MAYOR ALDO RICO VEÍA que el incontenible avance británico no dejaba duda alguna sobre el resultado del conflicto. Por ello tomó la resolución de adiestrar a sus hombres, aprovechando sus misiones para hacer instrucción: “íbamos cambiando de formación, observándonos, reuniéndonos, criticándonos”, me explicaba. Así lo habían hecho cuando asaltaron el Monte Wall y capturaron un valioso material que permitió conocer los equipos y tecnología usados por el enemigo.

Sin duda se logró acumular una rica experiencia, pero ¡a qué costo!

Hay que destacar la circunstancia que los Comandos argentinos salían por propia voluntad a enfrentarse con unas tropas convenientemente asistidas por los más modernos medios de lucha, con una veteranía provechosa en guerras recientes, y además contando con apoyo aéreo y naval de eficaz resultado. Los integrantes de las Compañías 601 y 602, en cambio, privados de transporte y de datos fidedignos, debían buscar por sus propios medios los conocimientos indispensables para operar, y marchar sobre sus objetivos desplazándose a pie desde donde sus vehículos los dejaban por no poder proseguir, agotándose al transportar sus equipos. Y a diferencia de los ingleses, conducidos por helicópteros, y relevados por elementos frescos, el descanso de los Comandos era breve, luego de un regreso también caminando. Y ese sacrificio se reiteraba pese al desgaste de los hombres. Sostenidos por su fuerte espíritu, alentados por la fe religiosa y patriótica, y estimulados por el ejemplo personal dado por sus jefes, salían no obstante sus carencias a llenar el deber que el honor militar les dictaba.

El martes 8, en consecuencia, se alistó toda la Compañía 602 —disminuida en sus efectivos a esa altura de los acontecimientos, operaba en conjunto—, constando de treinta hombres aptos para recoger información. En dos Land Rover fueron conducidos de día, pero en medio de una niebla “espantosa”, hasta la altura de las posiciones del teniente coronel Soria, jefe del

Regimiento de Infantería 4, punto a partir del cual tan poco se veía, que uno de los dos escalones en que estaba dividida —el conducido por el capitán Eduardo Villarruel— se separó del mayor Rico y no pudo ser vuelto a encontrar. Este último prosiguió con sólo la mitad de sus efectivos. Llegaron hasta las estribaciones del Monte Two Sisters, donde se hallaba el subteniente Marcelo Alberto Llambías —“un chiquito barbudo y sucio”, lo recuerda Rico —, quien fue graduado hallándose como cadete en el Colegio Militar, para marchar a Malvinas, tras cuya campaña recibiría la medalla de la Nación *Al valor en combate*. Llambías era la punta adelantada de su unidad, y estaba sobre una elevación rocosa con veinte soldados y media docena de cabos “en comisión”: no obstante lo bisoño de todos esos efectivos, peleaban constantemente contra ingleses que se infiltraban para conocer el dispositivo propio. Dos días antes había combatido encima de su posición con una patrulla enemiga que mató a dos de sus soldados, los cuales no pudieron ser recuperados y quedaron en el terreno sin corromperse por el intenso frío reinante. Los Comandos pudieron ver a uno de ellos cuarenta y ocho horas después: boca arriba, con los brazos abiertos, y un orificio de bala sobre el corazón [123](#).

Delante de esas posiciones del Regimiento 4 se eligió un lugar apropiado para montar una emboscada, ante los datos del subteniente Llambías acerca de la frecuencia de los desplazamientos británicos: una “proa” de la elevación, alargada sobre la llanura, “como la cola de un dinosaurio”. Más atrás, en el Monte Harriet, los ingleses procuraron infiltrarse también esa noche, y se escuchaba ruido de combate proveniente de esa zona. Rechazados, retornaron por donde los Comandos estaban ubicados.

En un costado de la posición se hallaba el sargento Mario Cisnero como apuntador de una ametralladora, asistido por el teniente primero Guglielmone, bajo las órdenes del capitán Tomás Fernández. Era una noche clara, y el *Perro* Cisnero alcanzó a divisar una columna enemiga que se replegaba: hizo señas con su brazo al capitán Fernández y éste trató de ubicarlos, pero no la vio desde su lugar. El sargento Cisnero preguntó a Fernández:

—¿Les abro fuego?

—No, no abra fuego.

El capitán pensó que a esa distancia —setecientos u ochocientos metros— no era rentable dispararles si no cabía la posibilidad de ponerlos fuera de

acción, delatando su presencia. Poco después el mayor Rico ordenó el repliegue para entrar en la línea propia con las primeras luces y no ser ubicados por los británicos, porque había resuelto volver al día siguiente: ya conocían el terreno y no habían sido sentidos.

A fin de lograr mayor efecto en su ataque, el jefe de la Compañía 602 planeó repetir la modalidad inédita en operaciones de Comandos, cual era procurarse el apoyo de artillería, que tan buen resultado le diera días atrás al posesionarse de Monte Wall. Para eso coordinó con el teniente coronel Martín Balza una serie de círculos numerados en las cartas geográficas de ambos, indicando lugares para ser batidos “a pedido”. El teniente primero Enrique Stel cumpliría su habitual cometido de servir de enlace entre los Comandos y el Grupo 3, para lo cual fue conducido hasta Monte Harriet junto con el cabo Luis Tossi, quien aunque no era Comando, estaba incorporado como furriel a la Compañía. Una valiosa experiencia había recogido Stel cuando tuvo lugar el asalto al cerro Wall: la coordinación de las comunicaciones resultaba mejor para la corta distancia con radios HT (*handie-talkie*, pequeñas), que no con las Thompson HF (*high frequency*, alta frecuencia). Respecto a aquella operación me dijo: “Se cumplió con la mejor puntualidad y precisión; los mensajes y las órdenes eran transmitidos de acuerdo a lo planeado, y ejecutado con gran eficiencia”.

Ante la seguridad de tener un enfrentamiento, se reforzó a la disminuida Compañía de Comandos con una sección de Gendarmería, de alrededor de una docena de hombres, mandada por el segundo comandante Miguel Santo.

Por la tarde del miércoles 9 de junio, aproximadamente a las 16 horas, el capitán De la Serna, oficial de Logística de la 602, condujo en *jeep* al equipo de comunicaciones, Stel y Tossi, para dejarlos en cercanías de Monte Harriet en cuya cumbre debían instalarse. “Fue un día de cielo despejado”, recuerda Stel, “pero el Monte Harriet no se veía por el intenso fuego de la artillería inglesa, naval y de campaña, que recibía: era una gran nube de polvo que rodeaba el cerro. De la Serna nos dejó a la altura del Batallón de Infantería de Marina 5 para no poner en peligro el vehículo, uno de los pocos que teníamos”. Y a saltos, tomando cubierta, aprovechando las pausas del fuego, comenzaron los dos a subir el Harriet por su parte posterior <sup>124</sup>.

Llegada por su parte la Compañía y los gendarmes a inmediaciones del

Two Sisters, el mayor Rico mandó durante el crepúsculo una exploración a cargo del capitán Andrés Ferrero con su sección, a la cual se incorporó el teniente primero Daniel Oneto, sin que se percibiera novedad alguna. Ya oscuro, llegó el grueso de los Comandos, y a eso de las nueve de la noche se montó la emboscada.

Ésta fue instalada en la misma posición anterior, que como se dijo páginas atrás, era una estribación rocosa delante del cerro que se prolongaba unos ochocientos metros hasta terminar en la llanura, frente a la cual se levantaban unas elevaciones pétreas casi verticales sobre una hondonada.

El dispositivo de ataque fue el siguiente: abajo del Monte, en la punta de la saliente rocosa, un escalón de apoyo con una ametralladora, compuesto por el sargento Cisnero como apuntador y el teniente primero Vizoso como auxiliar; más arriba el mayor Rico acompañado por el capitán Ferrero, y cerca de ellos, bajando a la derecha, otra ametralladora manejada por el teniente primero Enrique Rivas y servida por el sargento Miguel Franco. El escalón de asalto propiamente dicho estaba dividido en dos fracciones, situadas en el bajo a ambos costados: el capitán Tomás Fernández con su sección a la derecha, y el segundo comandante Santo con los gendarmes y otra ametralladora a la izquierda, provistos varios hombres de cada lado con granadas de fusil. El capitán médico Ranieri fue situado detrás y arriba de Rico, por cierto que también armado con su fusil para caza mayor. Finalmente, a ciento cincuenta metros más elevado se hallaba el escalón protección y recibimiento a órdenes del capitán Villarruel. Sobre el todo, tropa del Regimiento 4 mandada por el subteniente Llambías con ametralladora.

Y comenzó la espera. El intenso frío se acentuaba por la inmovilidad forzosa y el silencio completo; espalda contra espalda las parejas observaban sus sectores con los visores nocturnos de doscientos metros de alcance.

No había intranquilidad en la posición argentina, luego que todos hubieran pasado por su bautismo de fuego. En la punta avanzada, en el escalón más bajo, el teniente primero Vizoso y el sargento Cisnero, mojados por el clima húmedo, compartían un caramelo y un pedazo de chocolate mientras trataban de horadar la oscuridad.

Eran las dos de la mañana cuando el teniente primero Rivas divisó una columna de ingleses que provenía de la derecha y pasó delante de él. Se corrió hacia arriba y advirtió al mayor Rico.

—¿Y por qué no les disparaste?

—Pensé que no debía, para que viniera más gente.

Rico lo envió de nuevo a atender su ametralladora y llamó al capitán Ferrero para que alertara a los dos elementos adelantados. El propio Andrés Ferrero había alcanzado a distinguir a un soldado enemigo cuando se perdía en la pared rocosa de enfrente.

Antes que llegase abajo, una explosión quebró el silencio. Los británicos habían tomado la ofensiva y atacaban a quienes esperaban sorprenderlos.

Aunque los cálculos varían, puede estimarse el número de aquéllos entre dieciocho y treinta hombres, superior a los efectivos argentinos. Como luego se supo, eran miembros del *Special Air Service*, los afamados y auténticos *commandos* británicos <sup>125</sup>. Sin duda, habían notados los desplazamientos en torno al puesto de mando de la Compañía, merced a sus más potentes anteojos nocturnos.

Cuatro soldados ingleses avanzaron rápidamente hacia la punta baja ocupada por los argentinos, y rompieron fuego con un lanzacohetes. La granada reventó contra el cuerpo del “Perro” Cisnero, matándolo en el acto y destrozando su ametralladora, que disparó por el impacto algunos tiros. El teniente primero Vizoso fue arrojado hacia adelante por la explosión con cinco heridas en la cabeza producidas por las esquirlas, perdiendo mucha sangre y soltando su fusil.

Reaccionando de esa sorpresa paralizante, el oficial en forma instintiva buscó la MAG, el arma más importante, pero comprobó que estaba inutilizada. Oyó en ese momento un cuchicheo inglés y pensó: “Estoy perdido”; como se había planteado una situación similar, se hizo el muerto. Pero los británicos, viendo sus movimientos, avanzaron para rematar a los dos Comandos: encima de ellos soltaron sendas ráfagas contra ambos cuerpos caídos.

Más arriba, desesperado e ignorante de lo que ocurría, el mayor Rico llamaba a voces al *Perro*, y un inglés lo remedaba burlescamente:

—¡Cisnerou, Cisnerou!

Vizoso no estaba muerto: el soldado enemigo que había intentado rematarlo le disparó con su fusil en automático, a muy corta distancia, y el retroceso del arma tornó impreciso el fuego. Sólo la primera bala alcanzó al

militar argentino: le entró por el hombro derecho y le recorrió toda la espalda desgarrando la carne, a nivel de los músculos, en oblicuo ascendente hasta el cuello; aunque sin tocar la columna vertebral ni la arteria cava ni la carótida. El oficial de Comandos no había perdido tampoco el conocimiento, y sentía cómo las balas levantaban piedras que rebotaban en su cara, mientras él se mantenía quieto. Cuando quien le disparaba —tan cerca que sus zapatos se tocaban— le propinó un violento puntapié en su pierna derecha para ponerlo boca arriba, Vizoso quedó con los ojos abiertos, como había visto que estaba Cisnero muerto, con “mucha rabia” por el golpe recibido.

Los ingleses cambiaban impresiones entre ellos; se oía a Rico gritando el nombre del suboficial. Vizoso “ni respiraba”. Al comenzar a responder el fuego los Comandos argentinos, los atacantes dieron la vuelta y comenzaron a retirarse hacia sus posiciones, no pudiendo disparar desde ese tramo inferior de la pendiente.

El teniente primero Vizoso había distinguido dónde estaba su fusil. Cuando los enemigos comenzaron a bajar, lo tomó, se paró, y desde la cadera les tiró un cargador completo en automático. La fila de ingleses se desplomó, alcanzados y atravesados por las balas: Vizoso creyó que estaban colocados cuerpo a tierra, por lo que cambió el cargador consumido y les siguió tirando, esta vez en repetición. Posiblemente los cuatro hayan sido muertos. Al concluirse el segundo cargador, el oficial sintió recién una quemadura “espantosa” que lo conmovió: se tocó la cabeza y percibió la sangre caliente que le chorreaba por el pecho y la espalda. “Estoy hecho un colador”, pensó, sin explicarse cómo seguía parado. En realidad, sólo un disparo lo había penetrado, y al ser de bala trazante, luminosa, con un compuesto de fósforo, este combustible quemó la carne y la cauterizó, impidiendo la hemorragia. Ésta es la explicación al increíble desempeño del teniente primero Jorge Vizoso durante ese encuentro.

Todo lo relatado había ocurrido en poco tiempo; al cabo de ese lapso el oficial herido informó al mayor Rico lo ocurrido, mientras el fuego se desataba por ambas partes; y le anunció:

—Mi mayor, voy a hacer un cambio de posición en su dirección. Puedo replegarme solo —añadió, ante la pregunta de su jefe. Llegado a donde estaba el centro de la posición, fue enviado atrás, para que el médico lo examinara.

El volumen de fuego británico era tremendo, denso, con ametralladoras, granadas y fusiles, estos últimos con trazadoras luminosas que al estallar contra las piedras provocaban cataratas de color. En la oscuridad, sólo se distinguían las bocas de fuego. “Parece que tira toda Inglaterra”, pensó el capitán médico Ranieri. El capitán Tomás Fernández notó desde la izquierda cómo un hombre enemigo se adelantó con un fumígeno para cubrir de humo las posiciones británicas y poder esconderse: una operación —le pareció— de “maquinita aceitada”. Los Comandos argentinos, pese a encontrarse batidos por una impresionante concentración de fuego, respondieron también con gran violencia, apuntando a las llamaradas de salida de los tiros, y descargando todas sus armas.

Fue un encuentro sumamente duro, producto de una circunstancia singular, que quizá se dé únicamente en una isla: el choque de dos patrullas de Comandos. Normalmente éstas operan contra unidades convencionales dentro del dispositivo enemigo, pero no entre sí, como ocurrió en esa ocasión; y fue tan rudo el enfrentamiento, que ambas partes creyeron vérselas con efectivos superiores a los que realmente intervenían. Posiblemente los británicos pensaran que habían dado contra todo el Regimiento de Infantería 4; y también la Compañía 602 imaginó hallarse combatiendo contra la avanzada de alguna unidad o de ésta en pleno, “porque no sabíamos cuándo iba a ser el Día D”, como me explicó el capitán Ferrero.

Todos los escalones argentinos peleaban, y el ejemplo de valor y serenidad ofrecido por su jefe en medio del volumen de fuego inglés infundía seguridad a sus hombres: “El mayor nos daba mucho ánimo”, relataba el sargento primero Orlando Aguirre; y redondeaba el capitán Villarruel: “En la emergencia se complica todo, y el golpe de fuego inicial lo tuvieron los ingleses, pero uno de los principales méritos de Rico en este combate es haber impulsado a la gente, haberla sacado de la sorpresa”.

La agresividad de los Comandos argentinos no disminuyó. Toda la línea hacía fuego contra los elementos del *Special Air Service*, y desde atrás y en lo alto eran apoyados por una ametralladora del Regimiento 4 con la cual el subteniente Llambías trataba de intervenir, aunque con más propósito intimidatorio que efectiva precisión. El jefe de la Compañía disparaba entusiasmado, cargador tras cargador, y el teniente primero Lauría, a su lado, creyó necesario advertirle:

—Mi mayor, se va a quedar sin munición.

Ambos gritaban contra el enemigo arrodillados tras unas piedras grandes. Lauría había quedado con un trauma imborrable desde el anterior combate en Monte Kent: no haber podido entender las órdenes inglesas, y se propuso perturbarlos a su vez, diciéndoles cualquier cosa, desde invitar a los británicos a que se acercaran para “reventarlos” hasta referirse no muy educadamente a la *Prime Minister* Margaret Thatcher. Rico se expresaba vigorosamente en inglés:

—*Son of a bitch!* (alusión a la madre de sus enemigos, de traducción obvia).

Los dos se encontraron en un momento dado mirándose mutuamente las caras: un cohete había pasado entre ellos, quienes automáticamente giraron sus cabezas al sentirlo. “Nos echamos a reír —relataba Rico— porque una vez que se entra en calor, uno se distiende completamente y no se piensa en el riesgo”. También el frío estaba olvidado.

Arriba de ellos cayó una concentración de morteros británicos, que desde unos quinientos metros a la derecha se fue corriendo hasta dar prácticamente encima del escalón de protección que mandaba el capitán Villarruel, en un radio de diez metros, que rayando en lo milagroso no produjo ninguna baja, aunque los tapó con tierra y fragmentos de roca. Las dos ametralladoras de los Comandos ingleses hacían fuego cruzado desde izquierda y derecha para mantener aferrados a los argentinos en sus posiciones, y varios de éstos efectivamente se aplastaron contra las piedras, sin poder moverse para no ser tocados. No obstante, el terrible tiroteo proseguía: era ver quién cedía primero.

Lauría tiraba granadas de fusil PDF, lo mismo que el sargento primero Oviedo, “a punto” —directamente hacia el enemigo—, y veía explotar sus proyectiles donde estaba éste guarecido. Detrás y encima, Ranieri mientras sumaba sus gritos ofensivos, empleaba su Weatherby 300 Magnum con intensa dedicación. Hasta él llegó arrastrándose Vizoso:

—¿Cómo estoy, “tordo”, cómo está esto? ¿Puedo seguir?

El médico revisó rápidamente su herida palpando con la mano en la espalda y cuello, confundiendo el tiro con una esquirla, y le dijo lo que posiblemente aquel deseaba escuchar:

—Macho: tenés un agujero grande, pero agarrá el fusil y seguí dando, porque acá hay que tirar.

“Vi un tipo que estaba como a cuarenta o cincuenta metros de mi



posición”, me refería Vizoso, “que disparaba contra la sombra de la roca en donde yo estaba, con trazantes; bien instruido, bien entrenado. Yo me asomé por sobre la roca y tiré a la dirección de sus disparos y fue silenciado”.

No cejaban tampoco los Comandos británicos. Me expresaba el capitán Villarruel: “Noté la superioridad del intenso fuego de los ingleses: las balas pasaron por arriba de mi cabeza y prácticamente no me podía levantar; entonces por un momento pensé que íbamos a ser sobrepasados”. El capitán Ferrero, por su parte, relató: “Me acuerdo que ordené a Lauría y Aguirre que tiraran sobre una ametralladora que nos disparaba, y vimos cómo explotaba y la abatía, y notamos cómo nuestro fuego daba su resultado, dado que el enemigo empezó a disminuir el suyo”. El feroz choque proseguía: “Veíamos nuestros fogonazos en donde estaban las ametralladoras inglesas”, rememoró el sargento primero Aguirre; “y parecía que iba a volar el cerro por las fuertes explosiones”.

El mayor Rico, modestamente, se critica a sí mismo: “Realmente, el que conduce un elemento tendría que ir desarmado”, me manifestaba, “porque automáticamente a uno lo atrae el combate y deja de conducir, hasta que se sitúa bien y reacciona, y se da cuenta de lo que debe hacer”. Desde luego, como jefe combatió también con el mando: sus instrucciones a las secciones de los capitanes Ferrero y Fernández para maniobrar, y a los apuntadores de ametralladoras y lanzagranadas, eran constantes. Rico ordenó al teniente primero Rivas que se pusiera a la par de él, porque temía que fueran envueltos sin la protección adelantada que hubieran brindado Vizoso y Cisnero; y éste retrocedió con el sargento Franco y la MAG que ambos manejaban.

Por mala interpretación de esta orden, la sección de Gendarmería se retiró prematuramente, muy hacia atrás; y durante su movimiento recibió fuego directo de unas *bazookas* descartables británicas, muriendo el bravo sargento primero Ramón Acosta, y resultando herido otro suboficial de Gendarmería.

El flanco derecho quedaba descubierto. Rivas tiró con la ametralladora desde su nuevo emplazamiento hasta quedarse sin municiones, para cerrarlo; y al querer colocar una nueva cinta, se enteró de que su abastecedor había dejado las bandas de repuesto abandonadas, aturdido bajo los efectos del *shock* de combate... Con el sargento primero Oviedo quedaron ambos protegiendo ese costado, hasta que aquél reaccionó y se sumó al esfuerzo.

Desde el Monte Kent comenzó a tirar la artillería británica de campaña, y

frente a las posiciones argentinas comenzaron a oírse voces de mando en inglés:

—*Come here! Come here!* (¡Vengan acá!)

El jefe del S.A.S llamaba a sus hombres, y el fuego enemigo comenzaba a disminuir, señal que los Comandos británicos se retiraban de la acción, bajo la protección de sus armas de apoyo.

El mayor Rico temió que su Compañía fuera blanco de las descargas y dispuso a su vez el repliegue de las secciones de Ferrero y de Fernández; pero no para abandonar el terreno o dejar escapar al adversario: era la ocasión de que entrara a jugar la propia artillería, conforme al plan coordinado el día anterior. “Antes de abandonar la posición”, me expresó el capitán Ferrero, “el mayor Rico me ordenó que me acercara a donde estaba Acosta para ver si lo podía traer; era un hombre excelente, Comando, había sido instructor mío y tenía una formación profesional muy buena. Había quedado incrustado contra una roca. Me fui arrastrando y le toqué la cabeza: estaba helado. Lo zamarreé y no sentí nada. Me volví e informé”.

Algunos hombres quisieron rescatar a Cisnero para llevarlo:

—No, no vale la pena —respondió Rico pese al cariño que le tenía. Prefirió sacar a su gente sin que corriera peligro. Pero hubo quien no se mostró dispuesto a abandonar el campo tan duramente mantenido: el teniente primero Lauría:

—¡Mi mayor, cómo nos vamos a replegar! —le dijo excitado—. ¡Los hemos molido a patadas a los ingleses! ¡Hay que hacer una persecución y aniquilarlos!

Aldo Rico lo puso en su lugar a gritos: “Casi me pega una trompada” recuerda Lauría; y no sólo frenó a su impetuoso oficial, sino que además lo puso a cargo de la retirada en ese sector. Quedaron cubriendo el retroceso el propio Rico, y los capitanes Ferrero, Fernández Funes y Ranieri, el último de los cuales lanzó el desafiante lema:

—¡Dios y Patria o muerte!

Mientras el jefe de la 602 comenzaba a guiar el fuego de la artillería de campaña por radio, el teniente primero Lauría, nada convencido de la oportunidad del repliegue, estaba dispuesto a desobedecer las órdenes de su superior y perseguir a los británicos en su retirada, al tiempo que recoger el cadáver del “Perro” Cisnero para que no quedase tirado. Comunicó sus propósitos a los ocho hombres que estaban a su cargo:

—Señores: mi intención es contraatacar y vamos a hacerlo. Antes que eso, un recuento de munición.

Rivas, Maqueda y los suboficiales no contestaron nada. Pero la cuenta de proyectiles dio un resultado de cinco o seis tiros por persona: como es propio en una acción nocturna, esa fracción había consumido los cargadores en ese encuentro a corta distancia frente a un enemigo que empleó un gran volumen de fuego. En cuanto a Lauría, había tirado mucho con el fusil lanzagranadas PDF, y de sus cinco cargadores le quedaban cuatro con ochenta tiros. Mas la persecución era imposible:

“Rico tenía razón”, reconoció.

El mayor Rico pidió por intermedio del teniente primero Stel, el apoyo de artillería convenido con el teniente coronel Balza, sobre “*Charlie 101*”, que era el lugar programado la noche anterior. Para evitar que el enemigo pudiera zafarse indicó a su operador de comunicaciones que el fuego sería “a comando”, o sea siguiendo las indicaciones del apuntador, no cuando la batería está lista y tira sobre el blanco prefijado. Aunque los artilleros son poco proclives a emplear esta modalidad cuando se trata de gente que no pertenece al arma, llegó la conformidad a esta excepción transmitida por Stel:

—Dice que porque es usted la va a mandar.

Las explosiones comenzaron a caer y Rico principió a reglar las concentraciones, trayéndolas cerca de donde ellos permanecían, y luego alargándolas conforme al rumbo del repliegue del S.A.S. Fue un manejo muy preciso y una innovación en la táctica de los Comandos, a más de riesgosa; pero en esta ocasión, de resultado efectivo. Naturalmente, se utilizaron palabras clave, conforme con un código propio para evitar identificaciones al enemigo, pero fácil de recordar a la propia tropa: Rico y Balza eran respectivamente, “Ñato” y “Flaco”, y Stel, el escucha, “Oreja” —apodos sin duda acertados en los tres casos—, y la conversación se desenvolvió en “lunfardo” para complicar a los escuchas educados en Oxford o Cambridge:

—Chocamos noventa y seis, confites— anunció el mayor Rico para indicar en qué punto debía batirse al enemigo.

—Salió merca— respondió Martín Balza para avisar que se había disparado.

—Favor víbora huevo, muchas—, pidió Rico corrigiendo: “acortar cincuenta, eficacia”, significaba.

El jefe del Grupo 3 comprobó sobre los datos de tiro que se solicitaba el

fuego casi sobre los propios Comandos argentinos, y con nerviosismo interrogó al “Ñato”:

—¿Querés merca en testa? (¿Lo quieren sobre ustedes?)

—¡Sí, Flaco, y rapidito! Tengo una “suprema” para usted.

Al rato prosiguieron las órdenes:

—Más merca. ¡Más merca!

Así hasta la indicación final de cesar el fuego:

—¡Corten!<sup>126</sup>

De ese modo, con precisión matemática, la fuerza británica fue perseguida por la artillería hasta unos cuatrocientos metros, cuando ya no se oía más de ella. Se hizo de nuevo un silencio total. Y Rico se replegó con su pequeño grupo hacia el escalón recibimiento donde lo esperaba el capitán Villarruel. Relata éste: “Yo había observado este combate con mucho detalle porque me encontraba —por decirlo así— en la platea, cincuenta a cien metros atrás en la parte más elevada, y lo había presenciado con mucho detalle, inclusive viendo cómo reaccionaba nuestra gente y cómo atacaba al enemigo. Yo creo que el mérito más importante de este combate”, concluye Villarruel, “es haber tenido un jefe de las agallas de Rico, porque ahí se vio lo que tantas veces se dice: el ejemplo personal, el arrojo, y la precisión cómo supo guiar el fuego de artillería”.

Silencio, mezclado con euforia por la sensación de haberse impuesto a un adversario tan fuerte, y el tremendo cansancio que se sentía después del combate, pues el relajarse luego de tanta tensión acumulada tenía un efecto agotador sobre los hombres, que quedaban exhaustos.

En la posición elevada ocupada por el subteniente Llambías, punto de reunión de los Comandos, el teniente primero Jorge Vizoso Posse había recibido su primera curación del teniente primero Oneto pues el capitán médico Ranieri quedó combatiendo. Pese a la gravedad de sus heridas y a su dolor, tenía poca pérdida de sangre debido —como se explicó— a que la bala luminosa había cauterizado el profundo trazo. En el cuello y la espalda Oneto le colocó sendos paquetes de curaciones, vendándolo, mientras él relataba lo ocurrido. El capitán Tomás Fernández no le creyó:

—¡Pero Vizoso! ¿Cómo lo van a rematar? Usted estaba aturdido.

Sin embargo, no se había desmayado en ningún momento. Se creía que el

desgarrón de catorce centímetros que le cruzaba la espalda era producto de una esquirla. El teniente primero Lauría, quien por haber asistido a Viltés en Monte Kent se consideraba idóneo en enfermería, ofreció sus servicios:

—Mire, Vizoso: le voy a dar una dosis de morfina y se le acabó el dolor, y va tranquilo.

—No, no me dé nada— replicó el paciente.

—¡Usted es un flojo! ¿Tiene miedo a un pinchazo después de recibir varios tiros?— insistió Lauría.

—Sí, le tengo miedo. No me dé ninguna inyección [127](#).

Empezaba a caer la bruma, y con ella los Comandos iniciaron su repliegue a pie, pues de noche los helicópteros argentinos no operaban por falta de instrumental. “La vuelta fue silenciosa —me relataba Fernández Funes— por los muertos queridos que empezaban a actuar, los primeros conocidos, porque de los anteriores no teníamos certeza”. En efecto, hasta entonces se ignoraba la suerte corrida por la patrulla de Vercesi, y sus camaradas pensaban que podían estar reinfiltrándose con dificultades; en cuanto a Márquez y Blas, era posible que hubiesen caído prisioneros. Mas Cisnero y Acosta eran bajas palpables, y no levantaba el ánimo saberlos abandonados. (El capitán Villarruel procuró buscarlos hacia el final de las hostilidades, pero no obtuvo el helicóptero indispensable para hacerlo). Compensaba esa pérdida la satisfacción por el propio desempeño de la Compañía, no obstante que sus integrantes no tuvieron prácticamente un buen descanso previo, lo que contrastaba con las tropas británicas a quienes pelearon, frescas, excelentemente armadas y con eficaz apoyo técnico: por radiolocalización, por ejemplo, los buques de la *Royal Navy* inmediatamente interferían las comunicaciones argentinas y ubicaban sus posiciones, mediante sistemas muy sofisticados y precisos.

El teniente primero Vizoso, volvió marchando como todos, aunque sus heridas comenzaron a hacerse sentir. No accedió a que lo cargaran ni transportaran en camilla porque de esa forma demoraría el repliegue:

—Yo camino hasta donde pueda— anunció.

Pero se iba debilitando y sintiendo más el dolor; “me sentía pésimo”, me dijo. Además se le cruzó la idea de que podía tener tocada la columna, “pero alejé el pensamiento”. El regreso fue penoso para todos, porque duró muchas horas. Al herido simplemente se lo aligeró de su armamento, se aflojó su ropa, y para reanimarlo se le dio aire.

El mayor Rico rumiaba los acontecimientos. Y hacía su autoexamen y reordenaba mentalmente el operativo: “¿Por qué no nos adelantamos? ¿Por qué dimos más tiempo?” Como me explicó: “Nuestras intenciones eran foguearnos, hacer instrucción: cuando fracasó la operación de dejarnos sobrepasar en las alturas, esperamos que nos atacaran para poder fijarlos, y ahí sería nuestra oportunidad. Fue un error no empeñarse del todo, por preservar a la gente. Quise sacarla para evitar que empezaran los disparos de cañón y nos pusieran fuera de combate. Estuve mal; porque siempre hay que proceder como si fuese la última ocasión para convertirse en héroes. En esos niveles no hay limitaciones para el combate: hay que pelear permanentemente, como si la batalla dependiera de ese combate. No deberíamos haber aceptado que ellos interrumpieran el encuentro y se fueran... Además tendríamos que haber ido a ver las consecuencias; sin embargo me dije: ¿para qué arriesgar más a mis hombres? Ya había tenido dos muertos y dos heridos. Y esa oportunidad de chocar así nunca más se dio”<sup>128</sup>.

A la altura de las posiciones del mayor Jaimet, ya alto el sol del 10 de junio, de ese “Día de las Islas Malvinas” afirmado de modo tan resonante, la columna de agotados Comandos se encontró con los vehículos que conducía el capitán De la Serna, oficial de Logística de la Compañía, donde todos treparon para volver a Puerto Argentino. “Estábamos muertos”, reconocía el capitán Andrés Ferrero. El teniente primero Vizoso sufrió mucho por los saltos del *jeep* que lo conducía. Llegaron a la ciudad a eso de las nueve.

Vizoso fue conducido al hospital y sentado en una silla de ruedas para ser operado, y —me contaba con gracia— se miró por primera vez la cara: “Parecía que me había agarrado Drácula, por lo pálido”. Fue el colmo: se sintió mal y alcanzó a decir al doctor Ranieri:

—Mi capitán, me parece que por primera vez en mi vida me voy a desmayar.

Y así lo hizo.

Recobró el conocimiento cuando lo entraban en el quirófano —“para mi desgracia (rememoraba) porque no me tomó la anestesia”—, donde se comprobó un hecho fantástico: se encontró el proyectil que lo hirió, incrustado en una cuenta fundida del rosario de plástico que Vizoso llevaba al cuello, salido del cuello y a flor de piel. La bala le había pegado en el rosario sobre el omóplato derecho y, perdiendo fuerza, había dado vuelta por la

espalda hasta detenerse a la izquierda. El oficial soportó una dolorosísima intervención; un médico de la Fuerza Aérea le confesó más tarde que él creía que iba a morir por paro cardíaco, a causa de la pérdida de sangre, o debido a un mal movimiento en una zona delicada. Pero resistió, negándose después a ser evacuado al continente.

El 13 por la noche condujeron al hospital a muchos heridos del Regimiento 7; y el teniente primero Vizoso, que ya estaba vestido con su uniforme de combate de Comando, pensando organizar su actividad, colaboró en el acomodo de aquellos. En la oscuridad los transportaron al aeropuerto, que estaba siendo bombardeado, pero donde un avión —el último que logró salir de Puerto Argentino— podía dar cabida a esos infelices. “Me ocupé de ayudar a subir al Hércules a los heridos”, me relató Vizoso, “y ahí me dijeron que me tenía que ir, me agarraron y me subieron”.

¿Cuántas bajas sufrieron las secciones del *Special Air Service* a manos de la Compañía de Comandos 602? Hasta que no se posean datos fehacientes será difícil determinarlo con precisión, pero sin duda su número debió ser elevado, por fuerza, dada la violencia del enfrentamiento entre Comandos y el fuego de la artillería argentina. El teniente primero Horacio Lauría me refirió haber visto una película de la B.B.C. (*British Broadcasting Corporation*) compaginada inmediatamente después de concluido el conflicto, sin retacear informes, y que en la misma se hacía alusión al combate diciéndose que las bajas inglesas sumaban treinta y tres, cifra que comprendería muertos y heridos.

Más detallada es la versión transmitida por uno de los propios actores, según relato que me efectuara el capitán Andrés Ferrero:

“Cuando yo estuve prisionero en el *Saint Edmond*, un día vino un oficial de Caballería y me dijo —‘Mi capitán, venga que acá hay un inglés que está contando la operación que usted nos relató el otro día’. Yo me acerqué a escucharlo. El inglés contaba que intervino el *Special Air Service* compuesto por veinte hombres; que habían muerto dieciocho en esa operación, unos en el combate y otros como consecuencia de las heridas; que había sido un combate encarnadísimo y pensaron que se habían enfrentado contra un Regimiento completo de la línea nuestra, y que fue impresionante el fuego que recibieron. Eso corrobora lo que yo pensé cuando nos enfrentamos:

nosotros imaginamos que ellos eran la vanguardia de una fuerza mayor, y ellos pensaron lo mismo; lo que pasó es que éramos dos fuerzas especiales muy duras. Este hombre, un suboficial que estaba de guardia, era uno de los dos sobrevivientes. El otro era un oficial que estaba ahí en el barco también, pero yo no lo vi. Y más no se pudo obtener, porque cuando yo lo empecé a interrogar sobre cómo había sido esa anécdota, que nos relatara algo más, no sé si porque él se dio cuenta o porque realmente ya no le interesaba seguir hablando, dijo: —‘No, no, basta’. Porque contaban cuando querían: no les podíamos imponer nada”.

### Notas

[123](#) En reportaje del diario *Tiempo Argentino*, edición especial de mayo de 1983, Marcelo Llambías declaró lo que era la sensación uniforme en las unidades convencionales: “La aparición de los Comandos de la Compañía 602 en el cerro Dos Hermanas fue para nosotros un descanso psicológico tremendo. Para mí y para todos, porque todo ese momento de tensión se aflojaba un poco al saber que tropas como los Comandos, entrenadas, estaban cerca nuestro. Era la tranquilidad de saber que delante de nosotros había gente, que no éramos la primera línea, y además que ellos eran gente de lo mejor que tiene el Ejército”.

[124](#) “A raíz de este intenso cañoneo tuve dificultades”, me decía Stel: “Tossi se detuvo y me dijo: ‘Jefe, quedémonos aquí’. Yo hice un alto y le expliqué su responsabilidad para el cumplimiento de la misión (porque aunque estaba dispuesto a seguir solo, siempre conviene que vayan dos), pues las batallas, contra lo que muchos piensan, no se ganan sólo con tiradores. Le recordé la frase de San Martín: ‘Nada es más importante en los tiempos de guerra que la celeridad en las comunicaciones’. Era natural que sintiera miedo, siendo oficinista; pero se decidió a continuar acompañándome”.

[125](#) Los llamados “comandos” en el Reino Unido, son en la actualidad meras unidades convencionales —batallones— de Infantería de Marina; pues sus fuerzas especiales son el *Special Air Service* y el *Special Boat Squadron*. En la campaña de Malvinas operó el Regimiento 22 del S.A.S. mandado por el teniente coronel Michael Rose, mientras que el S.B.S. fue conducido por el mayor Jonathan James Thomson.

[126](#) HORACIO RODRÍGUEZ MOTTINO, *La Artillería argentina en Malvinas*, pág. 138 (Buenos Aires, Ed. Clío, 1984). El diálogo transcrito es testimonio del propio Balza. En cuanto a la “suprema”, era una ración comestible inglesa tipo “C” con pollo, que entregó Rico al “Flaco” por la tarde.

[127](#) En lo posible, he confirmado los diálogos consultando a los interlocutores. En este caso, Vizoso me confirmó: “Me negué a que me pusieran morfina”... Misterios de la naturaleza humana.

[128](#) Viene al caso traer a colación la ORDEN DEL DIA DEL GENERAL EN JEFE DEL EJÉRCITO



ARGENTINO Y ALIADO durante la guerra con Paraguay con motivo del combate de Pehuajó, el 31 de enero de 1866:

“El bautismo de sangre y fuego de la 2<sup>a</sup> División ‘Buenos Aires’, ha sido glorioso y figurará con honor en las páginas de la historia de esta campaña. Los jefes que la han dirigido en el combate, sus oficiales y tropa que con tanto valor han tomado parte en él, son acreedores a la estimación del Ejército y a la consideración del pueblo y del Gobierno Argentino (...). Mientras tanto, el general en jefe del Ejército, al saludar y felicitar a la 2<sup>a</sup> División ‘Buenos Aires’, recomienda a todos los que la componen que en los futuros combates sean menos pródigos de su ardor generoso y de su valor fogoso, porque la verdadera gloria consiste en vencer con el menor sacrificio posible. *Mitre*”.

## CAPÍTULO XXVI

### *La lucha por la capital*

EL EJÉRCITO BRITÁNICO Y LAS UNIDADES DE LA REAL INFANTERÍA DE MARINA se aproximaban inexorablemente a Puerto Argentino. Al comenzar la segunda semana de junio los ingleses se hallaban a veinte kilómetros de la capital de Malvinas, frente a las últimas alturas ocupadas por los Regimientos de Infantería argentinos; y en ese largo frente, donde el adversario podía golpear donde eligiese, merced a su disponibilidad de medios, faltaba tropa nacional para cubrir el amplio espacio.

El mayor Rico se había dado cuenta de lo endeble que era la posición del Regimiento 4, compuesto por dos Compañías disminuidas que debían atender un perímetro de cuatro mil metros de extensión, sin armas de apoyo adecuadas, con equipos en malas condiciones, y su personal muy cansado a causa de las privaciones, el clima, y los cañoneos enemigos: en la expresión que gustaba repetir, esa línea defensiva no pasaba de resultar “una tela de cebollas”. Pero por ahí vendría el ataque. Y viendo la imposibilidad de efectuar operaciones de Comandos propiamente dichas, indicó la conveniencia de que las compañías 601 y 602 se encuadraran dentro de ese Regimiento para reforzarlo. “¡Cómo veríamos el problema”, me decía, “para proponer meternos en una posición defensiva! Yo no digo que la suerte de la batalla hubiera cambiado, porque la campaña desde el punto de vista estratégico-operacional estaba dislocada ya antes que los ingleses pusieran el pie en Malvinas; pero se trataba de dar testimonio, para que la resistencia se prolongara un poco más: era un problema de honor militar. Al menos ese Regimiento habría aguantado más, con alrededor de cien hombres entre Comandos, infantes de Marina y los Gendarmes, bien equipados e instruidos, con otro espíritu de combate”.

El gobernador Menéndez aceptaba los planes, pero el comandante de la Brigada X encargada de la defensa de Puerto Argentino, general Jofré, se negó: esperaba todavía un ataque por el mar, por el sur, y no por el flanco

oeste.

Castagneto y Rico también propusieron constituir una reserva digna de tal nombre, puesto que con esa denominación se designaba apenas —una vez concluida la batalla de Prado del Ganso— una reserva a pie de 150 hombres del Escuadrón de Exploración de Caballería Blindado 10, y una reserva blindada compuesta por doce vehículos de combate AMh-H90 Panhard de la misma subunidad independiente, del Destacamento de Exploración de Caballería Blindado 181 y del Escuadrón de Exploración de Caballería Blindado 9. Este mínimo efectivo no era una reserva propiamente dicha. Los dos jefes de Comandos opinaban que debía emplearse a tal efecto uno de los Regimientos apostados en torno a la ciudad, indicando que el de Infantería 25 podía ser utilizado en un contraataque, ya que una simple Compañía refuerza o bloquea un avance, pero carece de capacidad ofensiva. Pero se volvía a dar lo de antes: Menéndez aprobaba las proposiciones, mas no se tomaban las medidas pertinentes.

Los jefes de Comandos estaban embargados por el mismo espíritu del viejo Ejército Argentino de la época heroica, en que la lucha permanente curtía los ánimos. A lo largo del tiempo, pervivía en ellos y sus hombres la tradición militar patria sin debilitarse; como si les llegara el mandato sublime impartido por el coronel Levalle en la orden general de Guaminí, en 1877:

*¡Camaradas de la División del Sur! No tenemos yerba, ni tabaco, ni pan, ni ropa, ni esperanzas de recibirlos... ¡Estamos en la última miseria, pero tenemos deberes que cumplir!*

Siendo inútil a esa altura de los acontecimientos quitar la iniciativa al enemigo, sólo cabía instalar una defensa única donde concentrar todos los efectivos para librar la batalla final.

Nació de este análisis y su evidencia, la idea de llevar a cabo la “Operación Alcázar”, después que fueran descartadas otras alternativas.

—Vamos a terminar acá peleando como conejos entre las casas, sin poder ir a actuar como Comandos allá adelante —decía Rico molesto.

—Y bueno, mi mayor —le contestaba Castagneto—, lo mejor que podemos hacer es preparar a la gente, para hacerlo bien.

En virtud del convencimiento de que las dos Compañías no podrían ya atravesar las líneas británicas, el mayor Castagneto concibió la idea de

organizar la postrer lucha en la localidad. Rico, no muy conforme al principio —como se ha visto—, finalmente se resignó.

Castagneto me explicó: “Nosotros con Rico veíamos que las cosas no andaban muy bien en la ciudad, y que el desenlace era previsible. Entonces, amén de muchas otras cosas que se realizaron, lo que hicimos por orden expresa mía (y ahí Rico me dejó que yo comandara el operativo) fue un relevamiento total de Puerto Argentino, casa por casa, a partir del 5 de junio, más o menos. Yo dividía a todas las secciones de la 601 y 602 manzanas de su responsabilidad; y ellas comprobaban en detalle dónde había equipos de radio, motos, dónde había vehículos, si estaban ocupadas las casas o no. Es decir, nuestra idea era la de un combate final casa por casa”.

Diariamente los Comandos controlaban los sectores de la capital que les habían sido asignados: los tipos de casas, las habitadas, los terrenos baldíos, las zonas altas, dónde se podían hacer voladuras o colocar trampas, las avenidas de aproximación para cubrir con fuego, cuál sería el lugar más favorable para la defensa o el ataque, la forma de replegarse; es decir, estudiando las distintas líneas de la operación ideada. Colaboraban con las dos Compañías no sólo los efectivos de Gendarmería, sino también los pocos elementos del Grupo de Operaciones Especiales de Fuerza Aérea encargado de asegurar el aeródromo, el cual no llegaría a sumar veinte hombres.

La “Operación Alcázar”, como se la denominó, giraba en torno a un punto de apoyo final que demostraría el temple de los defensores: el edificio del Gobierno. Castagneto me aclaró su sentido: “Yo le señalé a Menéndez personalmente que debía ser la casa de él, porque simbolizaba la conquista del objetivo: hasta que ella no fuese conquistada, la guerra no se podía decir ganada, aunque se hubiesen tomado todas las islas. Era la residencia del poder, eso significaba”.

Jofré se opuso, en tono suficiente:

—Ustedes van a ir ahí como a cuidarlo al Gobernador, y eso no es en modo alguno necesario. Ya vamos a hacer otras cosas.

Se sabe ahora si se intentó algo más... Por ejemplo, la vital posición de Monte Longdon, defendido por una Compañía reforzada del Regimiento 7, caerá sin que se diera ninguna maniobra de envergadura de la Brigada, sin un contraataque importante.

De cualquier manera, la intención de los jefes de Comandos no era convertirse en custodios de nadie, sino establecer un reducto que mostrara al

mundo que los soldados argentinos preferían morir peleando a rendirse. Esta idea mostraba una decisión terminante y una independencia peligrosa ante los ojos del alto mando: por lo pronto, el general Jofré prohibió continuar elaborándola.

Llegó un momento en que Castagneto y Rico fueron llamados por los ayudantes del gobernador Menéndez, mayores Doglioli y Buitrago, en cierta oportunidad que fueron a proponer otra misión, de quienes recibieron la advertencia:

—No hablen más por esto: no tiene solución.

Y Rico y Castagneto imaginaban: si el mando superior de Puerto Argentino no mostrara tanta pasividad y hasta resignación; si la defensa estuviera confiada a quien insuflara un espíritu de sacrificio heroico a las tropas; si el ardor combativo pudiera ser contagiado a los altos jefes; si alguno dotado de firme ánimo para intentar alguna maniobra, tomara el comando supremo; si por ejemplo una persona del temple del teniente coronel Seineldín se ocupara de las operaciones; si...

Las dos Compañías fueron empleadas en operaciones ajenas a sus aptitudes especiales: efectuaban la vigilancia de la usina para impedir sabotajes; montaban emboscadas en los caminos de acceso a la ciudad para evitar la infiltración de Comandos británicos, pues se temía que usaran uniformes argentinos capturados en Prado del Ganso; y ¡asómbrese el lector! dieron protección al puesto de mando de la Brigada X, no obstante las despectivas manifestaciones no ha mucho expresadas por su comandante... Al respecto, cabe acotar que existían unidades y Policía Militar dentro de Puerto Argentino que podían cubrir la guardia, pero por otra parte aquél era un blanco muy rentable para las *Special Forces* introducidas en la capital merced a su identificación con los isleños.

“En una de esas misiones raras”, relata el teniente primero Horacio Lauría, “nos mandaron con Guglielmone a instalarnos una noche, quinientos metros adelante del Batallón de Infantería de Marina, lo más cerca de los ingleses, para brindar seguridad y obtener información. Espalda contra espalda, solos, estábamos atentos con gran temor a los *gurkhas*, sin pestañear siquiera. Había sido una fuerte acción psicológica del enemigo, y todos teníamos una gran obsesión por miedo a ser degollados: la tensión era constante. Para

contrarrestar aquella campaña, yo quería matar a uno con las manos, lo que me siento capaz de hacer, y cortarle una extremidad a fin de mostrarla a los soldados y disminuir su pánico”... Algo semejante pensaba el capitán Tomás Fernández: decapitar a algunos soldados enemigos muertos, para infundir igual temor a los británicos; ya que —como decía— “se le teme más al arma blanca”.

No bastaba la satisfacción de cumplir con el deber: era necesario algo más, aunque fuera caer causando mayor daño al enemigo, buscando infligirle las más severas pérdidas. Una derrota, pero con gloria, honrosa. La memoria va instintivamente a la anécdota referida por el general Fotheringham, cuando siendo joven teniente durante la guerra con Paraguay, hizo presente al capitán de su Compañía después de la batalla de Tuyutí (1866) que el Ejército Argentino estaba tan disminuido en sus efectivos, que sólo quedaban “cuatro gatos”. La rectificación del veterano fue inmediata:

—¿Cuatro gatos, dice? —exclamó enojado—. ¡Cuatro tigres!<sup>129</sup>

Aunque algunos suboficiales desfallecieron en este último tiempo. Se explica: de mayor edad que el promedio habitual entre Comandos, alejados muchos años de la especialidad, la euforia inicial los fue abandonando, porque no se hallaban en estado físico adecuado para la campaña. No era el caso, por cierto, del que respondió con humor a la pregunta de su capitán sobre su experiencia bélica:

—Cuando vuelva no voy a dedicarme a otra cosa que a leer *El Principito* o *Juan Salvador Gaviota*.

Fueron muy pocos, pero algunos flaquearon al final. Debe tenerse en cuenta que varios suboficiales que integraban las Compañías 601 y 602 no eran Comandos, sino que habían sido incorporados para cubrir vacantes de servicios; y uno de ellos, sargento primero, al entrar en la rada el buque hospital *Bahía Paraíso*, adujo una torcedura de tobillo para hacerse enyesar y ser evacuado. Como se comentó burlonamente:

—Un esguince de la voluntad...

Incluso hubo un oficial que temió verse arrastrado a alguna acción desesperada, puesto que uno perteneciente a la Compañía 602 se acercó al jefe de la 601 para formularle un ruego:

—Mi mayor, párelo al mayor Rico, que nos va a llevar a todos a la muerte...

“Este tipo no merecía estar con nosotros”, me decía Castagneto al referirme

el episodio. Pero salvo este caso, el espíritu de los oficiales de Comandos se mantuvo firme: “Vi ahí que a mayor educación, a mayor nivel, un individuo es capaz de soportar más las situaciones límites. Si entre los oficiales hubo miedo, no se notó”, reflexionaba un suboficial al relatarme los últimos días de la guerra, agregando como conclusión: “Con mejor preparación se soporta cualquier exigencia”.

El 11 de junio, a las ocho y cuarto de la mañana, una pareja de Harrier sobrevoló la ciudad. Este inusual pasaje hizo que la artillería antiaérea le disparara tardíamente, cuando los dos aviones desaparecían sobre las alturas de la periferia. En realidad, eran un señuelo para distraer la atención de los defensores, porque estando fijada la mirada de éstos hacia las espaldas de Puerto Argentino, más allá de la península de enfrente —casi sobre las posiciones del Regimiento 7— inopinadamente apareció un helicóptero Wessex armado con cohetes que disparó tres misiles sobre la ciudad. Eran proyectiles hiloguiados, dirigidos manualmente por el operador a través de un larguísimo cable sobre los blancos prefijados: uno cayó en el agua, al costado del buque hospital *Bahía Paraíso* —lo que provocó una enérgica reclamación ante la Cruz Roja—, otro dio en un terreno baldío, pero el tercero impactó en una casa del centro.

Un horrísono fragor que sacudió el gimnasio donde dormían los Comandos, despertó a éstos sobresaltados. Dos oficiales que se estaban lavando en el baño, Ferrero y Rivas, fueron arrojados al suelo. Salieron todos corriendo: “parecía en el piso de madera una estampida de ganado”, compara el capitán médico Llanos.

El edificio de frente al gimnasio humeaba, destrozada su planta superior por el estallido, y podía verse el cable del misil colgando a través del techo del gimnasio. En aquella casa se aposentaba el Destacamento de Inteligencia, y poseía una alta antena para las comunicaciones con el continente. Dentro del mismo se encontraba durmiendo el capitán Carlos A. Coronel, que actuaba como jefe de Policía de la capital, quien salvó su vida providencialmente, ya que estaba acostado: comenzaba a levantarse y con un brazo alzaba las mantas que lo cubrían, cuando explotó el cohete contra la pared. Las esquirlas y fragmentos volaron mortíferamente a treinta centímetros del suelo en todas direcciones, y sólo alcanzaron el brazo

izquierdo del oficial, quien atinó a colocarse el casco al tiempo que se derrumbaba el techo sobre él.

¿Cuál fue el blanco elegido? Al lado de donde hizo impacto el misil se hallaba también un puesto de mando delatado por la habitual concentración de vehículos. Mientras el capitán Coronel sostiene empecinadamente que los británicos procuraron abatir el sistema de comunicaciones emplazado en la casa que él ocupaba, los Comandos están absolutamente convencidos de que ellos fueron la finalidad buscada. La polémica es interminable. (Últimamente una revista londinense hizo saber que el ataque que hizo impacto en la Jefatura de Policía, llevaba como objetivo hacer desaparecer todo el Estado Mayor del gobernador Menéndez reunido en el Town Hall, desarticulando la defensa antes de producirse el asalto final).

Pero como saldo de ese bombardeo se evidenció lo peligroso de continuar residiendo en un local ya identificado: los Comandos eran conocidos por sus enemigos, a través de informes suministrados por *kelpers* o sus elementos infiltrados en Puerto Argentino —eran continuas las preguntas sobre ellos a quienes caían prisioneros, y las alusiones a Castagneto, sobre todo, por ser quien llegó con anticipación y haber sido visto en el interior—, y no se deseaba correr el riesgo de un nuevo ataque o golpe de mano. La base que los albergaba ciertamente ya no era saludable. Se eligió para residencia, pues, a un par de casas situadas en la colina de atrás de la ciudad, sobre su linde, que habían sido desocupadas por sus propietarios al comienzo de las hostilidades. Los equipos, en cambio, quedaron en la “Halconera” —ahora convertida en depósito— custodiados por centinelas que rotaban: las motos, explosivos, los misiles Blow Pipe.

El cambio de alojamiento se concretó mediante el alquiler a los dueños, en dólares; y dio lugar a un episodio que marca la irrealidad con que se trataba a los *kelpers* —cada vez más agresivos— en plena guerra, para congraciarse con ellos. Y el formalismo alcanzó ribetes ridículos, atento a las circunstancias que se vivían, en los umbrales del desenlace.

Fue el sábado 12, cuando la ofensiva británica sobre los cerros que rodean Puerto Argentino culminaba. El capitán Pablo Llanos fue convocado para acompañar a los capitanes Figueroa y Jándula a “hacer un trámite” en la Gobernación, y hacia allí se dirigieron en el Land Rover. Mientras el último quedaba al volante, Figueroa y Llanos subieron al primer piso, donde un oficial anunció:



—Ya les estoy terminando de preparar los contratos. ¿Quién va a salir de garante?

En ese momento el médico se enteró de que el capitán Figueroa asumía el papel de inquilino de las dos casas, y que él le serviría de fiador de la operación legal... Molesto por lo absurdo de la situación, se alejó sin siquiera protestar, para mirar por un ventanal sobre cuya repisa estaban apoyados unos anteojos de campaña. Se puso a observar con ellos al cerro Two Sisters, a diez kilómetros de distancia, y distinguió unas figuras que le parecieron soldados británicos. Llanos no quiso alarmar y preguntó quién ocupaba esa posición:

—Lo tomaron anoche— fue la respuesta, aludiendo a los enemigos.

—¡Entonces esos que veo son británicos!— anunció Llanos.

Mientras los presentes se acercaban, el capitán médico pudo ver que aprovechando la cobertura de los dos picos, evolucionaba un helicóptero Sea King descargando elementos. “¡Y nosotros firmando el contrato!”, me decía indignado al concluir de relatarme el hecho.

Como acaba de asentarse, el avance de los invasores proseguía metódico e incesante. Ningún efecto paralizante causó una audaz incursión de la Fuerza Aérea argentina contra naves británicas que desembarcaban tropas en un lugar de engañoso nombre: *Pleasant Bay*, Bahía Agradable. Apoyaban la captura sin oposición de Fitz Roy y Bluff Cove realizada un par de días antes, cuando el 8 de junio fueron bombardeadas por aviones provenientes de la Patagonia (ver nota 118). Como consecuencia, quedó envuelto en llamas el transporte de tropas *Sir Galahad* que conducía a la Guardia Galesa, y severamente dañado el buque de desembarco *Sir Tristram*. Numerosas bajas se produjeron en los efectivos de la *Welsh Guard* que estaban a bordo del primero de estos navíos; en Londres se calificó a la jornada como “la hora más negra para la Flota en Malvinas”, pese a las mayores y más graves pérdidas sufridas en San Carlos durante la semana del 21 al 28 de mayo, seguramente a causa de la impericia de la operación [130](#).

Mas en cuanto a consecuencias, estos heroicos ataques de la aviación argentina —Fuerza Aérea y Aviación Naval— carecían de relevancia para el desarrollo de la campaña, porque no eran coordinados con la defensa de Puerto Argentino, cuyas indicaciones de blancos no eran siempre atendidas,

como tampoco se le hacía conocer los resultados de las incursiones. Se trataba de una guerra paralela, de asaltos espectaculares pero inconducentes a detener el progreso del invasor, desvinculados de las operaciones terrestres, si se atiende a sus resultados positivos. El gobernador Menéndez era incapaz de imponer su criterio al brigadier Castellano, quien se manejaba más atento al mando de su Fuerza que al comandante de Malvinas. Cuando el bombardeo a Bahía Agradable, le fue imposible a éste lograr la participación de la docena de Pucará que se hallaban en el aeropuerto de la capital, pues dicho jefe de Aviación le demostró, sumando dos más dos, lo impracticable de la colaboración desde el punto de vista táctico.

El 10 de junio se avistaron desde las avanzadas del Ejército defensor de Puerto Argentino, treinta vehículos blindados con oruga, tipo Scorpion, desplazándose a través de la turba como no podían hacerlo los Panhard a ruedas del escuadrón de exploración del Regimiento de Caballería 10. Los blindados argentinos a oruga, utilizados por la Marina cuando tuvo lugar la “Operación Rosario”, habían sido retirados al continente poco después, durante ese mes de abril.

A esta falta del empleo conjunto y armónico de las Fuerzas Armadas, debe achacarse en gran parte el fracaso militar en las islas Malvinas, pues se evidenció a lo largo de toda la campaña.

A partir del 11 de junio al oscurecer (diez de la noche), comenzó el asalto británico a las posiciones del perímetro defensivo de la capital. La batalla por los cerros vecinos rugió constante mientras encarnizados combates se libraban en las rocosas alturas, bombardeadas metódicamente por la artillería de campaña y los cañones de la *Royal Navy* como paso previo al ataque de la infantería. En Monte Longdon se llegó a la pelea cuerpo a cuerpo, cruzando bayonetas ingleses y argentinos <sup>131</sup>. Como simple muestra de lo vivido a partir de entonces, reproduzco un fragmento del *Informe Oficial* del Ejército Argentino referido a los Grupos de Artillería que sostenían la resistencia: “Varias piezas son puestas fuera de servicio, y en ocasiones, dada la magnitud y precisión del fuego enemigo, arrancadas prácticamente de su posición. No obstante, el personal de servicio de cada cañón que resulta ileso, ubica nuevamente la pieza en su puesto y continúa con el fuego para satisfacer los insistentes pedidos de apoyo de las tropas de primera línea. Los tubos de los cañones están casi al rojo por el régimen de tiro a que son sometidos, y los miembros superiores de los operadores del arma, quemados,

chamuscados y hasta sangrantes” [132](#).

La carencia de munición y medios ofensivos adecuados era crítica: el ingenio debió suplir su falta, y un misil Exocet montado sobre una precaria construcción terrestre fue disparado a la tres y media de la mañana del 12 de junio, haciendo explosión sobre el *H.M.S. Glamorgan*, el cual debió retirarse del ataque con graves pérdidas y daños.

El gobernador militar de Malvinas, librado a sus propios e ineficaces recursos, sólo confiaba en el auxilio que le llegara desde afuera. A las seis menos cuarto dirigió un radiograma urgente al Centro de Operaciones Conjunto (CE OPECON) de Comodoro Rivadavia, para retransmitir al conocimiento de todos los organismos pertinentes de Buenos Aires, haciendo saber la situación y necesidad imperiosa:

*Enemigo inició fuerte ataque nocturno propias posiciones. Situación actual: enemigo capturó Monte Two Sisters y parte de Monte Harriet con aproximadamente dos batallones. 12 (5:30) junio requerí a Componente Aéreo Malvinas apoyo aéreo inmediato masivo a partir primeras luces de hoy, ante crítica situación táctica. Blancos: zona Two Sisters, al norte de Goat Ridge; N.NO. de Cerro Kent, nacientes río Shantry Stream* [133](#).

El ataque aéreo solicitado no se produjo. La guarnición de Puerto Argentino, aislada y abandonada, cercada como lo fuera Diem-Bien-Phu por la artillería y tropas del Viet-Minh desde las alturas próximas, notaba que su alto mando no atinaba más que a esperar el auxilio exterior y a resignarse al metódico avance enemigo.

Con la luz del sábado 12 se detuvo el avance británico, después de conquistar los cerros que conformaban la línea Harriet-Two Sisters-Longdon. De la fiereza de los encuentros con la infantería argentina es testimonio calificado el del brigadier Julian Thompson, que transcribo sin necesidad de adicionarle comentario alguno: “Esto desmiente los posteriores despachos periodísticos, que todos los oficiales escaparon dejando sus soldados conscriptos para ser masacrados o rendidos como ovejas. En Monte Harriet, como en otros lugares, los oficiales argentinos y los suboficiales antiguos pelearon duro, y en varias ocasiones hacia el fin de la batalla, trataron de evitar la rendición de sus hombres disparando contra ellos. La única solución fue matar a los oficiales y suboficiales antiguos en cuestión, antes de aceptar

la rendición de los restantes<sup>134</sup>.

Y el otro comandante de Brigada, el general Anthony Wilson, lo corrobora, de modo que no se trata de una opinión aislada: “No cabe duda de que los hombres que se nos opusieron eran soldados tenaces y competentes, y muchos han muerto en sus puestos”<sup>135</sup>.

Estos dos testimonios privilegiados, coincidentes, abonan definitivamente el bizarro desempeño de los militares argentinos, salvo los casos de excepción que se dan en todos los Ejércitos.

Desde la asediada capital trató de reorganizarse el dispositivo. El acelerado cambio de las posiciones defensivas, sin tiempo ni elementos para construir nuevos refugios, ni poder abastecerlas adecuadamente, se realizó bajo el fuego enemigo, preciso, incontrarrestable: las naves británicas disparaban a distancia, algunas a través de la península de Freycinet, completamente fuera de la eficacia de la artillería propia.

La Infantería, dislocada, sin alimentos ni armamento apropiado, había combatido bravamente, soportando un previo, duro y prolongado ablandamiento con cañones; la Artillería había consumido sus proyectiles hasta límites alarmantes, y se hallaba al alcance de armas ligeras, enterrada en la turba y sin medios para cambiar de ubicación; la Caballería, con efectivos mínimos, debía moverse a pie transportando sus ametralladoras pesadas, ante la imposibilidad de utilizar sus vehículos: su personal, tras dos días de agotadores choques, apenas podrá consumir una sola ración alimenticia.

El día anterior el fuego británico había alcanzado los cuarteles de Moody Brook, donde mató a tres soldados e hirió al mayor José Rodolfo Banetta, de la compañía comando de la Brigada X; y en la misma fecha cayeron proyectiles ingleses en el mismo radio céntrico de Puerto Argentino, matando a dos mujeres —cuarenta y seis y treinta años— e hiriendo a dos hombres, y destruyendo viviendas.

Temprano en la mañana del 12 de junio, fueron destacados a la punta de la bahía —al lado de Moody Brook— el capitán Ricardo Frecha y el teniente primero Carlos Alberto Terrado, con algunos soldados auxiliares, a fin de montar un puesto antiaéreo para derribar los aparatos británicos que se aproximaran. Instalaron unos refugios cavando hoyos que protegieron con piedras, a cien metros de donde estaban emplazadas las piezas del Grupo de

Artillería 4 y una batería de Infantería de Marina. Relata Frecha: “Fue todo el día soportar el silbido de las bombas y concentración tras concentración, sobre nosotros y detrás. Entonces yo cada vez que sentía un tiro del Grupo de Artillería los insultaba, porque sabía que después de cada cañonazo venía un bombardeo inglés. Y los espiaba por una mirilla: saltaban los cañones, la gente corría con la munición para volver a cargarlos, y contestaban en medio de los tiros de los ingleses”.

A mediodía se presentó el mayor Castagneto, en moto, acompañado por el movedizo Llanos:

—Para que no estés solo todo el día —le explicó, y se quedaron a almorzar juntos. Dieron cuenta de las raciones de combate —alimento precocinado y calentado con unas pastillas al efecto—, y una foto documentó la visita. Al oscurecer fue levantada la emboscada.

El asalto final británico se demoraba ante la reestructuración de sus fuerzas: “Los ingleses iban atacando en forma paulatina, muy lenta”, expresa el capitán Villarruel, “muy ordenada, cuidando más bien al personal, no apresurando el tiempo porque sabían que se les iba a ocasionar mayor cantidad de bajas, y que en contra de nosotros corría un factor importante que era el clima adverso”. Las tropas argentinas, pese a las condiciones precarias de medios y posiciones, podían ofrecer todavía una desesperada y enérgica resistencia que causaría graves pérdidas al enemigo, como lo habían demostrado en su pelea durante la noche del 11 al 12 de junio por la posesión del primer arco de alturas. Ahora esperaban el segundo ataque en la línea Wireless Ridge-Tumbledown-Monte William-Pony’s Pass, hasta confinar con el Mullet Creek Stream (arroyo) al sur, los maltrechos pero desafiantes restos de los Regimientos 4 y 7, la Compañía B del Regimiento 6 a órdenes del bravo mayor Oscar Jaimet, el batallón de Infantería de Marina 5, y el escuadrón de exploración de Caballería Blindada 10 (a pie) mandado por el capitán Rodrigo Soloaga. Apoyándolos con sus fuegos, los Grupos de Artillería 3 y 4 y el 601 de Defensa Aérea con escasas municiones; como reserva, los Regimientos de Infantería 3, 6 y 25.

Amaneció el domingo 13, con un intenso frío que congelaba a los soldados en sus posiciones, contribuyendo a su debilitamiento, ya provocado por la falta de adecuada alimentación y descanso. Un diluvio infernal de acero se

abatió sobre los defensores, dañándolos severamente y destruyendo armamento y comunicaciones como paso previo al avance de la infantería: las fuerzas atacantes aguardaban la seguridad de la noche para atravesar los tres kilómetros de llanura hasta llegar a la nueva línea de alturas —las últimas antes de la ciudad—, para no verse sometidos al mismo mortífero castigo.

Ese día los cañones británicos machacaron constantemente las posiciones argentinas con un intenso y preciso fuego que literalmente demolió muchos sectores. “Durante las doce últimas horas de la lucha se descargaron seis mil tiros de artillería”, indican Hastings y Jenkins en su bien documentado libro<sup>136</sup>.

El capitán Ricardo Frecha, no obstante, debió retornar con el mismo personal y la misma misión de la víspera. “La cuestión es que en esa fecha se jugó el partido Argentina-Bélgica (por el Campeonato Mundial de Fútbol), y como buenos argentinos”, refiere aquél, “nosotros teníamos la radio portátil prendida en el hoyo, escuchando a José María Muñoz que lo estaba transmitiendo, insultando a los ingleses y a los nuestros porque los bombardeos no nos dejaban escuchar el partido”... Pasaban Harriers, aunque no sobre el tiro de Blow Pipe, y se desplomaban las concentraciones de bombas: “Se veían los fogonazos, la tierra caía encima. Era impresionante el volumen de fuego que los ingleses tiraban”, agrega el oficial, “provocando incendios acá y allá: ese día destruyeron Moody Brook”.

En uno de esos cañoneos, un conscripto se acercó al pozo donde se guarecían Frecha y Terrado:

—Mi capitán ¿qué hago con este soldado?

Frecha se asomó y comprobó que el soldado en cuestión estaba muerto, por lo que indicó a aquél que se apresurara a buscar refugio seguro. Cuando cesó el fuego y volvió a salir, Frecha divisó al mismo soldado que arrastraba a su compañero muerto dentro de una bolsa de dormir. Se acercó, y recibió como explicación que cuando recibió la orden se alejó, pero para buscar un envoltorio para el cadáver de su amigo. El capitán Frecha, en silencio, le puso una mano en el hombro. “¡Qué lástima!” me decía, “no le pregunté su nombre ni unidad”.

A las seis de la tarde, próximo a oscurecer, en sendos *jeeps* fueron a recogerlos el mayor Castagneto —junto con el infaltable Llanos— y el capitán Negretti, en medio de las explosiones. El último, serio y con la tranquilidad que le es característica, confesaba a su camarada:

—Es más fuerte que yo: si hay algo que no soporto es el bombardeo.

Pero allí estaba, cumpliendo su deber. Y emprendieron el regreso. Los impactos estallaban a derecha e izquierda, al lado de los vehículos. El médico, desesperado, clamaba al jefe de la Compañía:

—¡Mi mayor, usted está loco! ¡Apure!

Los disparos se acercaban: cien metros, cincuenta, veinticinco; y Castagneto aferrado al volante trataba de acelerar la marcha. Llanos estaba seriamente preocupado, y entre conservar el Land Rover o la vida de sus ocupantes, optaba por lo último:

—¡Pare el *jeep* y nos tiramos a la zanja!

—No, ya llegamos; ya llegamos al puesto.

Faltaban trescientos metros. Los últimos cañonazos pegaron por delante del vehículo, y antes que corrigieran los británicos el tiro, pudieron entrar en el pueblo, refugiándose entre las primeras casas. Desde allí se podía distinguir quemándose las barracas de Moody Brook, que ardieron durante toda la noche<sup>137</sup>.

Una vez caída la oscuridad, a las diez y media de la noche del 13 de junio, la infantería británica pasó al asalto. Avanzó desde tres puntos —Harriet, Longdon y Murrel— en dirección a Tumbledown, Wireless Ridge y Cortley Hill, respectivamente.

La conducción de las unidades argentinas era difícil porque resultaba casi imposible establecer contacto entre sí, pero combatiendo ferozmente, en pequeños grupos disputaron el terreno.

## Notas

<sup>129</sup> IGNACIO HAMILTON FOTHERINGHAM, *La vida de un soldado*, p. 168 (ed. Ciudad Argentina, Buenos Aires, 1998). El autor, hijo del coronel Robert Hamilton Fotheringham, de noble familia escocesa, quien sirvió a órdenes del duque de Wellington en la India y estuvo en Waterloo, nació en Southampton en 1842. Sirvió tres años como guardiamarina en la Real Marina de la India, y en 1863 emigró a la República Argentina. Incorporado al Ejército de Operaciones al estallar la guerra de la Triple Alianza, cumplió una distinguida carrera hasta alcanzar el grado de General de División. Su cariño y admiración por las tropas entre las que actuó, están reflejadas en sus *Memorias* con elocuencia y sentimiento.

<sup>130</sup> Simultáneamente con el asalto a la *Royal Navy* en Bahía Agradable, fue bombardeada en el estrecho de San Carlos la fragata *Plymouth*, resultando incendiada y con grandes daños. Posiblemente este ataque argentino haya tenido como objeto distraer los



aparatos británicos de protección al desembarco, lo que sin duda se consiguió: “La patrulla de Harriers que esa mañana cubrían Fitzroy se desplazaron para repeler el ataque al Plymouth apenas minutos antes de que los Skyhawks castigaran al *Galahad*” (HASTINGS Y JENKINS, *La batalla por las Malvinas*, p. 303). Por esta misma obra nos enteramos de un detalle interesante: “Se había advertido al *Plymouth* que interrumpiera su bombardeo al Monte Rosalía en Gran Malvina poco antes de un ataque aéreo esperado para la una y media” (p. 302). En ese día, a tal hora, el único blanco posible en aquel cerro era la patrulla de Comandos del teniente primero Leopoldo Quintana, que poco después fue casi cercada por tierra y debió replegarse. O sea que el ataque aéreo la salvó del cañoneo naval, y seguramente de un acoso por helicóptero.

[131](#) Referencia que me suministró el mayor Carlos Carrizo Salvadores, segundo jefe del Regimiento 7, quien mandaba las fuerzas de esta unidad situadas allí (su jefe el teniente coronel Giménez se hallaba en otra posición hacia el este, en Wireless Ridge).

[132](#) *Conflicto Malvinas*, t. I, p. 110. Este volumen ofrece una narración de las acciones detallada por lugares y unidades, pero sintética en su tratamiento. Es una fuente seria e indispensable, pero lamentablemente de circulación restringida. Desde el lado británico han mostrado lo arduo del avance por los cerros, los citados libros *Una cara de la moneda*, *No Picnic* y *La guerra por las Malvinas*. Anécdotas personales y testimonios de oficiales argentinos se ofrecen en CARLOS M. TUROLO (h), *Así lucharon* (Ed. Sudamericana, Buenos Aires, 1983). HÉCTOR RUBÉN SIMEONI, *Malvinas. Contrahistoria* (Ed. Inédita, Buenos Aires, 1984), y JORGE P. FARINELLA, *Volveremos* (Ed. Rosario, La Plata, 1985). Versiones de soldados brinda DANIEL KON, *Los chicos de la guerra* (Ed. Galerna, 1983).

[133](#) Archivo del Estado Mayor del Ejército.

[134](#) *No Picnic*, p. 168, edición inglesa.

[135](#) EDDY Y LINKLATER. *Una cara de la moneda*, p. 382.

[136](#) *La batalla por las Malvinas*, p. 326.

[137](#) La honda preocupación del jefe de la Compañía 601 por la seguridad de sus hombres y la preservación de su material, exponiéndose para recuperar al capitán Negretti más allá del lejano Monte Simmons, o al capitán Frecha bajo las bombas en Moody Brook, lleva a recordar la conducta del entonces coronel Conrado Villegas en la Frontera Oeste de Buenos Aires, cuando mereciera este honroso reproche contenido en la orden general del ministro de Guerra, doctor Adolfo Alsina, el 26 de junio de 1877:

“Los jefes del Ejército Argentino tienen adquirida ya, como bravos, una reputación inconvencible, y para conservarla no deben jugar imprudentemente la vida, a no ser que como sucede en las guerras regulares, ello sea necesario para conseguir un triunfo decisivo o para salvar de un desastre inminente (...). La conducta de un jefe librando deliberadamente combates sin posibilidad de poder alcanzar resultados que satisfagan, o cortándose de las fuerzas a largas distancias para descubrir al enemigo, puede ocasionar el desaliento y la desmoralización en la columna de que se haya desprendido, y cuando aquélla se produce, de la sorpresa del primer momento se va fácilmente al desorden y a la derrota. Fuerzas regulares y de primera clase que asisten al fuego o marchan a él con las armas a discreción sin que las detenga o desmoralice una lluvia de plomo, se sienten conmovidas y desalentadas cuando ven caer al jefe que las conduce al combate y en el cual



cifran toda su fe para alcanzar la victoria. Las consideraciones que dejo expuestas jamás podrán ser miradas como una reprobación para los bravos o como un aliento para los cobardes. Esta nota sólo importa un llamamiento al deber militar y una condenación a los sacrificios estériles; y digo estériles, porque cuando son necesarios para evitar la derrota o para asegurar el triunfo, la Patria los recompensa y la posteridad los bendice. *A. Alsina*".

## CAPÍTULO XXVII

### *La última misión de la guerra*

LAS COMPAÑÍAS DE COMANDOS NO HABÍAN BAJADO SU ESPÍRITU COMBATIVO pese a que el final era previsible; de cualquier modo, aunque hubiese sido prohibida la “Operación Alcázar” en la residencia del Gobernador, pensaban resistir una semana más peleando casa por casa hasta las últimas consecuencias. “No había depresión, había euforia por actuar”, me decía un oficial, “y aparte de la camaradería muy particular en la especialidad, yo creo que fue la característica que imprimieron los dos jefes: dotados ambos de un valor realmente admirable, dieron el ejemplo personal, y no se quiso esquivar el bulto”. Los Comandos, alta su moral, indomables frente al derrumbe, proseguían con el mismo temple ofensivo de siempre, pese a todos los signos adversos<sup>138</sup>.

Como no se descartaba un golpe de mano de las *Special Forces* dentro de la ciudad mientras se combatía en los alrededores, se les impuso varias misiones.

La tercera sección de la Compañía 601 (doce hombres) prestaba seguridad al edificio del Estado Mayor Conjunto, quedando subordinadas al teniente primero González Deibe las diversas fracciones de custodia del mismo. Este oficial fue testigo de la actividad del general Jofré mientras se libraba la batalla nocturna en la segunda línea de cerros, impartiendo por radio las órdenes conforme el paulatino progreso de los asaltantes. Al transcurrir las horas era patente que la defensa se derrumbaba por sectores; el mismo mayor Oscar Jaimet, que con una Compañía del Regimiento 6 prestaba apoyo a la Infantería de Marina, comunicó lo delicado de su posición, y se oyó decirle al comandante de la Brigada:

—Bueno, para atrás.

El capitán Negretti, presente en el puesto de mando, resume el cuadro: “Era esperar, vacilación total, falta de asesoramiento, de iniciativa”...

Poco más tarde, el jefe de la sección Comunicaciones de ese puesto

comentó amargamente al teniente Alejandro Brizuela:

—Mirá, ya no va más esto: no salimos del pozo.

Entre tanto, la segunda sección de la misma Compañía marchó con el teniente primero García Pinasco a cuidar la entrada de Puerto Argentino con la prevención de evitar la infiltración enemiga, controlando el camino de acceso. “Era un panorama desolador”, cuenta dicho oficial, “por la retirada de los soldados de los Regimientos, dentro de cuyas filas podían venir ingleses mezclados; una retirada lamentable”.

Se evidenciaba el colapso de la resistencia.

La tercera sección de la Compañía 602 fue destinada bajo el mando del capitán Andrés Ferrero, a instalar una emboscada al oeste de la casa del Gobernador —en los lindes de la población, frente a Monte William—, en el sector de los polvorines: unas cajas de municiones, enterradas las más como silos, y cajones apilados en diferentes lugares, con la misión de evitar sabotajes. La condujo el capitán Villarruel hasta allá, quien recuerda: “La ciudad estaba totalmente a oscuras, las únicas luces eran del fuego del Grupo de Artillería 3, el fuego de artillería del enemigo, las ráfagas de ametralladora, la munición trazante luminosa en la zona de los cerros. Ahí se combatía intensamente, aunque la situación estaba prácticamente definida. Para desplazarme en vehículos tuve que hacerlo con un visor de luz nocturna y manejar muy despacio. Había muchos controles a lo largo del trayecto. Se veía iluminar el cielo con los fognazos de las dos artillerías tirándose entre ellas”.

Al poco tiempo la patrulla de Ferrero instaló la emboscada: “Iba a ser tremendo”, me decía éste, “porque tenía armamento de todo tipo y personal altamente capacitado, en una posición sumamente favorable para accionar”. Se aguardaba incluso un avance del famoso Regimiento *Blues and Royals* con tanques livianos Scorpion y Scimitar.

Los dos jefes, Castagneto y Rico, buscaban todavía efectuar una operación ofensiva, negándose a admitir una derrota pasivamente; y en uno de sus nuevos alojamientos, ambos mayores planeaban una contraataque. “Sonaban los teléfonos, estábamos perdiendo posiciones, los Regimientos no reaccionaban”, rememoraba Mauricio Fernández Funes; “era bastante confuso todo, nadie sabía nada concreto”. Trabajaban a la luz de faroles

descartables y velas, porque la corriente y el agua estaban cortadas, junto con los capitanes Figueroa y Jándula de la 601, y Durán y Fernández Funes de la 602. “De vez en cuando”, me decía el mayor Rico, “interrumpíamos para ver el fuego muy intenso del combate que se libraba sobre Wireless Ridge, en posiciones del Regimiento 7”.

El proyecto era despachar elementos de las dos Compañías en helicóptero a la península Freycinet y sorprender al enemigo, que no esperaría ese movimiento. Cuatro hombres se adelantarían esa misma noche hasta la posición de Cambers, bahía de por medio con Puerto Argentino, embarcados en el *Forrest* de Prefectura Marítima, y cruzando esa lengua de tierra, en botes neumáticos deberían llegar a las playas de Freycinet; desde donde harían una aproximación de seis o siete kilómetros para ocultarse hasta el siguiente día 14, en que dirigirían la llegada de la fuerza completa en helicópteros. El teniente primero Horacio Guglielmone fue encargado de reglar el tiro de artillería en Freycinet; pero se planteó una con duda respecto al mando de la operación: el capitán Villarruel objetaba a Fernández Funes por la antigua congelación de sus pies.

Para halago de éste, Rico decidió:

—Quiero que vaya Mauricio.

Era ya medianoche, cuando inopinadamente ambos jefes fueron convocados desde el puesto de mando de la Brigada X: se había detectado un desembarco de Comandos británicos sobre el propio Cambers, para atacar las piezas de artillería antiaérea allí existentes, y su jefe el mayor Jorge Monge pedía protección. Los ingleses estarían allí a “tiro de honda” de la capital.

La operación sobre Freycinet quedaba cancelada, pues las Compañías eran requeridas para rastrillar aquella lengua de tierra y proteger los cañones. En consecuencia, fueron convocadas las dispersas secciones y los cansados hombres debieron abandonar sus emboscadas y retornar a sus alojamientos. Al respecto, no puede omitirse el siguiente episodio: cuando el capitán Ferrero recibió la indicación de volver, protestó porque acababa de instalar su posición y era la hora en que se preveía el avance de los británicos, ¿por qué irse? Pero recibió la orden terminante de dirigirse hacia donde lo esperaban los camiones. Cinco minutos más tarde, por el rumbo desde donde era aguardado el enemigo, se replegó el escuadrón de Caballería a órdenes del capitán Rodrigo Soloaga. “Hubiera resultado una masacre”, me refería Ferrero; “si no me retiraba, yo lo destrozo, porque el que entra en una

emboscada, muere: no se pregunta quién es”.

Sobre este incidente cabe una duda, en lo que hace a la intervención de los Comandos. El jefe de la batería del Grupo de Artillería de Defensa Aérea 101 ubicado en Cambers, mayor Monge, había informado el intento de las *Special Forces*, en efecto, pero también dio parte de haberlo impedido usando de sus propios cañones: tan sólo seis enemigos habrían podido desembarcar<sup>139</sup>. No pidió auxilio alguno. Sin embargo, el general Jofré determinó el pase de todos los Comandos a Cambers, contra la opinión expresada por el capitán de navío Juan Carlos Moeremans, enlace naval en el Estado Mayor Conjunto, según este mismo me lo refirió:

—No manden a nadie. Que se defiendan solos.

La eventual peligrosidad de los infiltrados británicos quedaba minimizada por su fracaso y el reducido número de los eventuales elementos en tierra, pues eran suficientes para neutralizarlos los ciento cincuenta soldados de Artillería más algunos de Marina que también estaban allí. ¿Qué habría pesado para sacar casi a todos los Comandos de Puerto Argentino? ¿Habría influido, quizás, el conocimiento de su belicosa disposición, frente al convencimiento de tener que rendir la plaza a breve término?

Lo positivo es que, aun cuando la calma había vuelto a imperar en Cambers, se dio orden a las dos Compañías de cruzar la bahía. El mayor Rico se dirigió a su compañero:

—Marito, de allá no volvemos. Vámonos con todo.

Alistaron sus equipos, recogieron los morteros de 60 mm., ametralladoras, y dispusieron de munición suficiente como para autoabastecerse. Un suboficial armero, que por equivocación de apellido había sido agregado a la Compañía 601, se resistió:

—Yo no soy Comando, no tengo por qué hacer cosas de Comandos.

El capitán médico Llanos lo corrigió enérgicamente al instante:

—¡Pero usted es soldado! Si tiene que venir conmigo, no tenga la menor duda de que tendrá un tiro en la cabeza si desobedece.

“Era viejo, no le importaba nada”, me explicaba el mismo, “no servía ni para soldado”.

El espantoso tronar de la artillería propia y ajena era un fondo apropiado

para ese momento especial en que los Comandos se disponían a afrontar, todos juntos, una misión aislada del grueso de la defensa. El capitán Durán se encargó de distribuir a la Compañía 602 la munición perteneciente al infortunado sargento Cisnero, que los Comandos guardaron recordando el consejo del “Perro” antes de salir adonde fue muerto:

—En caso que no regrese, repartan mi munición para que ninguna bala se deje de tirar al enemigo.

En su alojamiento, el mayor Castagneto comentó que esa noche sería crucial, pronosticando que si cedía el Regimiento 7 al noroeste de Puerto Argentino —en Wireless Ridge—, caería toda la plaza. Luego se paró:

—Bueno, ahora vamos a rezar una oración, porque no sé qué va a resultar de esto. Creo que estamos en los momentos decisivos y vamos a algo totalmente ignorado. No sé qué será de nosotros, pero tenemos que cumplir la orden impartida.

Realizado ello, los ya escasos integrantes de las dos Compañías partieron caminando hacia el muelle. Sólo quedaban algunos elementos de la plana mayor, el grupo Blow Pipe, la parte logística, y no más de media docena de hombres muy cansados que habían montado vigilancia durante la noche anterior. Faltaba también la segunda sección de la 601, a cargo de la custodia del Estado Mayor.

En el muelle los aguardaba el pequeño buque *Forrest* para cruzarlos de orilla. “Era tétrico todo, porque el barquito en sí era tétrico”, recordaba Castagneto: estaba íntegramente pintado de negro, y mas allá de su destino, las luces de la guerra revelaban la violencia de las acciones: “Era como uno ve en esas películas cuando los norteamericanos festejan su Independencia, algo impresionante”, añadía.

Cuando arribaron a Cambers, el mayor Monge no ocultó su sorpresa:

—¿A qué han venido acá?

Y ante la explicación de los Comandos de haber concurrido por la presencia de una fuerza enemiga, les hizo saber que con sus cañones Hispano-Suizos de 20 mm. había rechazado el intento:

—Han llegado tarde —concluyó, agregando: —Aquí no bajó nadie.

Les resultó bien extraño, sin duda, ser empleados en una búsqueda de presuntos soldados enemigos que el propio jefe, en cuya ayuda iban, manifestaba no haber requerido. Las instrucciones a Rico y Castagneto eran de proceder al rastrillaje de la zona y dar seguridad a las piezas de artillería.

Pero en la oscuridad era factible que se produjera una confusión trágica con la propia tropa, ignorante de la llegada de esta fuerza que desconocía, o que los Comandos se metieran en los campos sembrados de minas. En consecuencia, se determinó montar vigilancia en algunos puestos clave —en Cambers existían dos grandes depósitos de combustible—, para cumplir la misión de exploración con luz, a la mañana siguiente. Los hombres, muy necesitados de descanso, se acomodaron bajo techo pues lloviznaba con mucho frío; sus dos jefes quedaron en una casa de piedra que servía como puesto de mando al mayor Monge.

Una iluminación colorida a cada disparo y estallido, era el espectáculo grandioso que se ofrecía en el horizonte, durante la última noche de la guerra, remarcado por un bronco y constante sonido.

Poco duró el sueño: un par de horas más tarde, a eso de las cinco de la madrugada del lunes 14 de junio, el mayor Rico fue requerido por el coronel Félix Aguiar, segundo comandante de la Brigada X, quien por teléfono instruyó una nueva misión para los Comandos:

—El 7 está cediendo: ustedes se tienen que desplazar hacia el oeste de la península de Cambers y ocupar una posición de bloqueo en dirección de Monte Longdon.

Las Compañías 601 y 602 no contaban con armamento adecuado: su equipo era liviano, para el primitivo rastrillaje, pues salvo un par de MAG y de morteros cada una, más dos lanzacohetes, se contaba sólo con los fusiles y granadas de cada hombre. Los Comandos no pasaban de cuarenta y cinco, y si todo ello era bastante para enfrentarse con una docena de ingleses que hubiesen conseguido desembarcar en la oscuridad, resultaba manifiestamente insuficiente para detener a los batallones que ya habían doblado la resistencia de un Regimiento dotado de mayores medios: ellos carecían hasta de una simple pala para cavar refugios. Rico protestó, haciendo presente lo expuesto.

—No importa, cumpla con la misión —fue la respuesta.

—Mire, mi coronel —insistió aquél—, que yo no tengo armas pesadas, no podré pedir fuego de apoyo, y una posición de bloqueo solamente con ametralladoras, va al fracaso.

—No importa, cumpla lo mismo.

Castagneto reunió a sus oficiales en la casa de piedra al lado de los tanques

de petróleo, y transmitió las instrucciones. El ambiente, sombrío de por sí a causa de la situación y el recinto apenas iluminado por unas velas, acentuó sus tintes al hablar el mayor:

—Señores: he recibido la orden de ocupar una posición de bloqueo frente a Moody Brook, juntamente con la gente del mayor Rico, donde esta loma descende y empieza la otra, con la finalidad de evitar la penetración hacia las alturas de entrada a Puerto Argentino. ¿Alguna pregunta?

Nadie rompió el silencio. Castagneto insistió:

—¿Alguna pregunta?

Sin expresar comentarios, los oficiales salieron para preparar a sus hombres. Quedó solo el capitán Frecha, quien con la confianza que tenía, inquirió:

—Mi mayor: ¿por qué esta orden ridícula? ¿Qué pasó? Es ilógico emplear a Comandos en una posición estática; es desperdiciar a la gente y mandarla a morir.

—Bueno, sí, pero no me dieron más explicaciones. Lo único que sé es que tengo que ejecutarla.

Verdaderamente era una misión suicida enviar a esos efectivos reducidos para enfrentar a un poderoso enemigo, sin refugio alguno ante el incesante machacar de la artillería o un ataque aéreo, ni recursos adecuados. El sargento primero Suárez resumió la impresión general al enterarse:

—¡Nos mandan a morir!

Ése era el convencimiento de todos, desde el jefe para abajo. El mayor Castagneto pensaba que era la peor operación que le pudiera tocar. El capitán Frecha pasaba revista a las ocasiones en que había salvado su vida en Malvinas. “¿Y me tengo que morir hoy?”, pensaba convencido de ello, mientras recordaba a sus hijos y se repetía obsesionado: “Los dejo huérfanos, los dejo huérfanos”. El ánimo de los Comandos era lúgubre.

Comenzó la marcha hacia el fondo de la bahía, entre el agua y Cortley Hill, en dos columnas para atravesar los campos minados. Las alturas del norte se veían iluminadas por explosiones y trazantes que rompían la noche. Marchaban despacio, sorteando los obstáculos, al filo del amanecer, a través de la nieve que en forma intensa había caído esa noche. Para ayudar al transporte de las municiones, tres soldados de Artillería habían sido incorporados por el mayor Monge a las Compañías —en los hechos, una mera sección reforzada—, habiéndose todos repartido los equipos. Un



suboficial agregado a la 602 lloraba:

—¡Cómo puede ser! ¡Perdimos la guerra, para qué vamos a ir allá!

El capitán Figueroa trató de darle ánimo y cargó la caja de municiones que aquél llevaba. El teniente primero Horacio Lauría, de gran fortaleza, portaba la ametralladora MAG; los oficiales superaban su cansancio. En uno de los resbalones tan frecuentes por la superficie húmeda, otro suboficial declaró que “se le había torcido el tobillo y ya no podía caminar”: el capitán médico Llanos lo autorizó a quedarse, pese a sus dudas, pues no había tiempo de nada. Al remontar una pendiente, el capitán Andrés Ferrero distinguió en la bahía del norte al rompehielos *Almirante Irizar* —convertido en buque hospital— con todas sus luces prendidas y pintado de blanco; por lo que comentó al sargento primero Oviedo que lo acompañaba:

—Éste es el fin, porque si al barco no lo han dejado entrar en Puerto Argentino, es que se viene la última ofensiva.

Alcanzaron el punto extremo frente a los destruidos cuarteles de Moody Brook y allí se establecieron, ahora aclarando, sobre una simple ondulación del terreno sin parapeto alguno, tratando de acomodarse tras algunas piedras como resguardo. Los Comandos recibieron allí a algunos soldados del Regimiento 7 que se replegaban con sus armas, explicando que habían sido sobrepasados por el enemigo, cuyos helicópteros se veían sobrevolar sus antiguas posiciones. Aquellos fueron despachados a retaguardia. Y los Comandos quedaron al borde de esa ligera loma, a partir de la cual comenzaba un descampado que concluía en las estribaciones del Wireless Ridge. Ya era de día.

Elevada la península de Cambers con respecto a la zona de Puerto Argentino, desde ella podía contemplarse, tal cual una platea, al anfiteatro de enfrente.

“Era una visión espeluznante”, recuerda el teniente Anadón: “como estaba todo nevado, en las alturas se divisaban multitud de puntos negros, que eran las tropas que desde todos lados se replegaban a Puerto Argentino, lo que fue muy desagradable”. Por detrás de ellas se distinguían las boinas rojas de sus atacantes, que a veces parecían arrear a las masas que tenían adelante. Refería el capitán médico Ranieri: “Por una estribación bajaban los argentinos y por el otro lado subían los ingleses, cuyos cañonazos caían cien o doscientos

metros delante, marcando su avance paulatinamente, y lo desesperante era que estos disparos explotaban en medio de los soldados argentinos: uno veía a las hormiguitas desparramarse por el estallido, levantarse otra vez y luego seguir, y lo mismo”. Aunque eran aniquilados los puestos que aún ofrecían resistencia, daba la impresión de que los artilleros británicos no se encarnizaban con la tropa argentina que se desbandaba, porque en tal caso hubiese ocurrido una masacre. Con todo, por más desorden y retroceso incesante que se diera, en opinión del mayor Castagneto no parecía una horda presa del pánico. Ello no impedía que el desbande repercutiera dolorosamente entre los Comandos, muchos de los cuales no podían contener sus lágrimas de emoción y vergüenza: lloraban por el Ejército, por la Patria, por su impotencia. El capitán Ferrero exclamaba:

—¡Esto no puede ser! ¡Ojalá nunca más nos toque verlo!

Durante las precedentes horas de oscuridad la defensa había quedado dislocada: expulsado el Regimiento 7 de Wireless Ridge; duramente presionados el Batallón de Infantería de Marina 5 y la Compañía B del Regimiento 6 que lo apoyaba, hasta ser desalojados de Tumbledown. El enemigo tomó posesión de todas las alturas dominantes de la capital, apenas a cuatro kilómetros de la misma. Y el derrumbe se había producido con general efecto. Los soldados bisoños, después de haber soportado penurias de todo tipo a lo largo de dos meses en pozos helados, bajo el fuego de perturbación de la R.A.F. y la *Royal Navy* —sin posibilidad de respuesta—, con bajas de amigos y camaradas, habían finalmente luchado en inferioridad de condiciones en dos líneas sucesivas de posiciones, tenazmente. Desarticulados sus medios, los soldados abandonaron sus puestos y se replegaron buscando amparo en Puerto Argentino.

“Sobre Tumbledown, William y Sapper Hill veíamos la retirada de todos sus defensores”, rememora el mayor Rico, “y no se sentía ruido de lucha donde debía estar el Regimiento 7. Observábamos el repliegue general: el Batallón de Infantería de Marina 5 se retiraba ordenadamente, con sus Compañías encolumnadas; pero desde Moody Brook, a caballo del camino costero, marchaba una masa sin organización”.

Algunos reductos continuaban la resistencia, sin embargo: un suboficial y dos soldados de Infantería que servían una ametralladora, se acercaron a los Comandos para requerirles más munición con la cual proseguir su fuego. Lograda la misma, retornaron a su puesto, y una vez consumida volvieron a

integrarse con ellos. También pudo divisarse cómo se adelantaban los ocho vehículos del escuadrón de exploración del Regimiento de Caballería 10, a órdenes del mayor A. Carullo, por el camino que conducía a Moody Brook, en un movimiento destinado a bloquear el avance enemigo y permitir el repliegue del Regimiento 7.

Conmovidos, los Comandos presentían que se trataba de las últimas escaramuzas. El continuo fuego de la artillería británica se ensañaba contra los focos defensores, concentrando un diluvio de bombas sobre ellos, al tiempo que otras concentraciones señalaban el progreso de sus tropas con barreras de disparos. “Ya todo el perímetro de Puerto Argentino estaba incendiado”, relata el mayor Castagneto, “porque todas las casas del contorno de la ciudad habían sido alcanzadas por la artillería enemiga, que tiraba ya a mansalva: caían los proyectiles cerca del hospital, en la casa del Gobernador, en todos lados”. La zona limítrofe era batida por las piezas de campaña, los cañones de la Marina inglesa y misiles de helicópteros: “parecía que se hundía la ciudad”, en la comparación del teniente primero Lauría.

En tales circunstancias el impetuoso capitán Figueroa insistió ante los mayores Castagneto y Rico con efectuar un ataque, bien que comprendiendo lo suicida del mismo, porque se daba cuenta que todo había concluido y tan sólo un holocausto exaltaría el renombre militar argentino.

Las fuerzas británicas avanzaban entre posiciones abandonadas y sin hallar resistencia en la llanura, salvo algunos esporádicos tiros de cañón cada vez mas espaciados, porque la munición de la artillería argentina estaba al límite de sus existencias. El Batallón 2 de Paracaidistas llegó a las barracas destruidas de Moody Brook contemplando a simple vista la capital de Malvinas. “De pronto”, escriben Hastings y Jenkins, el primero de los cuales se hallaba en dicho Batallón, “la Compañía D observó aproximarse por la ladera rocosa a unos cuarenta paracaidistas argentinos, en su único contraataque de la guerra”<sup>140</sup>.

Eran los restos de las Compañías de Comandos 601 y 602. Contra ellos sería dirigido el abrumador poderío de la artillería británica.

Aproximadamente a esa hora —nueve y cuarto de la mañana— el gobernador Menéndez despachaba un radiograma al Centro de Operaciones Conjunto en Comodoro Rivadavia, haciéndole conocer la situación:

*Principales posiciones del oeste en Tumbledown, William (B.I.M. 5) y Wireless Ridge (R.I. 7) en poder enemigo. Se combate cuerpo a cuerpo. Numerosas bajas de artillería y armas de apoyo propias destruidas. Dispositivo en restructuración empleando R.I. 3 y parte del R.I. 25. Posición precaria. Aprecio no podrá sostenerse más allá del día de hoy<sup>141</sup>.*

Sólo los elementos de Comandos contrastaban con la retirada, avanzando al encuentro de los victoriosos invasores. Descubiertos —confundiéndoselos con paracaidistas, como fue asentado— sobre ellos centraron sus baterías los atacantes. Reglados en todos los ángulos, inmediatamente cayó una primera salva de diez o doce bombas, y luego se desató un intensísimo cañoneo, “insoportable”, en el recuerdo de uno de los sufridos militares: “Nunca suporté un fuego así en Malvinas”, afirma el capitán Jándula.

Era un martilleo intenso, cada vez más preciso, y los Comandos buscaron inútilmente un parapeto en esa zona descubierta, tratando de cubrirse tras algunos afloramientos rocosos. “Batían toda la zona: a la izquierda estaba el agua, y hacia la derecha campos minados”, especifica Pablo Llanos, “algo espantoso; y no estábamos en pozos sino cuerpo a tierra, sobre una ondulación pelada cuya cubierta mas importante era pasto de treinta centímetros y unas piedras de cincuenta centímetros”. Los hombres tenían sus armas listas, pero sin poder usarlas por la distancia a que se hallaba el enemigo, de modo que ni siquiera les quedaba el recurso de distraerse combatiendo. Un grupo formado por el teniente primero Daniel Oneto, el teniente Marcelo Anadón y el sargento enfermero José Roberto Moyano rezaba permanentemente el rosario: terminaban uno y comenzaban otro, en forma continua.

“Era tan impresionante la precisión con que nos bombardeaban”, refería Castagneto, “que nunca tuve como ese día la certeza de que me iban a matar”. Una explosión levantó al capitán De la Serna, quien después de girar por el aire cayó a tierra milagrosamente ileso, desgarrándose por completo las palmas de sus guantes al sostenerse cuando dio contra el suelo. Tirado a alguna distancia se encontraba el capitán Andrés Ferrero, cuyo indicativo radial era “Pito”, el cual recibió una llamada del mayor Rico, quien mantenía su nombre de código “Nariz”:

—Pito, Pito. Aquí Nariz.

—Adelante, Nariz.

—¡Feliz aniversario! ¡Mira dónde venís a festejarlo!

Era la fecha de matrimonio de Ferrero, comunicada al jefe de la Compañía por su fraternal amigo Fernández Funes que acompañaba a éste.

Para disminuir la tensión, apelaron al único desahogo de bromear. Los capitanes Frecha y Llanos cambiaron el siguiente diálogo, iniciado por el primero:

—Tengo la impresión de que voy a terminar en un carrito en la estación San Miguel, sin piernas.

—¿Quién me mandó acá? ¡Si yo soy médico! —protestaba Llanos—. ¡Mi especialidad es cardiología! El día que termine esto me voy a Australia y no me agarran más.

—Bueno, pero vos conseguís trabajo —le contestaba aquél—, ¿y yo qué hago?

Iban a morir, así que decidieron tomarse una foto “para que por lo menos quede nuestro recuerdo”; y con la cámara capturada en Murrell Bridge, puesta en automático, ambos se retrataron cuerpo a tierra.

El horizonte hacia Puerto Argentino humeaba, y a lo lejos se notaba en forma imprecisa un movimiento de tropas argentinas en dirección al oeste, por el sur de Tumblewon, donde los infantes de Marina del capitán de fragata Robacio y los soldados mandados por el mayor Jaimet habían logrado zafarse del asedio británico luego de contener su asalto. Después se supo que aquellos eran elementos del Regimiento de Infantería 3.

Continuaba el ataque sobre la posición de las Compañías 601 y 602, convertida en un volcán horroroso, una “corona de fuego” formada sobre los impotentes, curtidos y resignados Comandos. El capitán Frecha subraya: “No había ningún agujero dónde meterse: estábamos tirados como sobre una superficie de vidrio, y caían los cañonazos sobre nosotros”. Un impacto estalló metros más adelante:

—¡Mirá, le dieron a Castagneto! —exclamó Llanos al ver saltar tres cuerpos en el lugar donde se encontraba el mayor.

Jándula se levantó gritando el nombre de su jefe, pues ubicado junto al capitán Figueroa, había tenido la misma impresión.

Por milagro, no había tocado a aquél, pero la explosión hirió a dos soldados detrás de él, y la onda expansiva decapitó limpiamente a un tercero: eran los soldados que habían acompañado a los Comandos cargando sus municiones,

y que fueron colocados tras unas rocas para su mayor seguridad...

Dos horas después de sufrir esa infernal experiencia de sentirse cazados “como conejos” en un campo de tiro, a eso de las once de la mañana, cesó súbitamente el cañoneo. Tan sólo la peculiar topografía malvinense, con su suelo esponjoso, había salvado a los Comandos de una carnicería.

Un brusco y extraño silencio cayó sobre el campo de batalla. Aturdidos, asombrados de hallarse aún con vida, los miembros de las Compañías se buscaban.

El capitán Jorge Jándula miró con sus prismáticos en torno, y observó que las fuerzas inglesas, armadas de bayoneta, corrían tras los soldados argentinos que, con los brazos en alto para evitar los disparos, alcanzaban el linde de la ciudad. Advirtió desesperado:

—¡Mi mayor, están entrando en Puerto Argentino!

—¡Cállese la boca —le contestó Castagneto—, no haga comentarios desmoralizantes!

Pero todo parecía consumado: a tres o cinco cuadras al costado, del otro lado de la bahía, los enemigos seguían ganando terreno mientras enjambres de defensores marchaban delante de ellos.

Refiere el mayor Rico: “Entonces nos reunimos con Castagneto y decidimos volver y pasar a Puerto Argentino. Los ingleses no se movían por la zona en donde estábamos y ya no nos cañoneaban, pero la inmólación no tiene sentido: nuestros hombres eran muy valiosos y había que prepararse para la revancha. De quedarnos, probablemente nos habrían terminado de demoler con el fuego de artillería, porque estábamos al descubierto, en una posición sin preparar”. Sabían también que después del ablandamiento resultaba lógico imaginar el ataque de la infantería.

Poco después llegaba un aviso de la capital comunicando que se había establecido un cese de hecho de las hostilidades.

Los jefes de las Compañías transmitieron la noticia a sus subordinados:

—Decretaron el alto del fuego —hizo saber Castagneto—; volvemos a la casa de piedra.

Rico formuló la misma indicación:

—Tengo orden de replegarnos; se acabó. Pero vamos a dar la seguridad.

El teniente primero Lauría estaba a cargo de una ametralladora, y quiso

saber su preciso papel. Se dirigió a su superior:

—Si viene un inglés, ¿qué hago?

—Y, si viene un inglés, hay que darle...

“Recé para que no apareciera ninguno”, recuerda el oficial, “porque todo estaba terminado”. Y comenzó el retroceso hacia el puesto fortificado del mayor Monge en Cambers, frente mismo a la capital, a hora y media de marcha desde donde se hallaban. Nuevamente en dos columnas se replegaron, la Compañía 601 por el norte del cerro, y la 602 por un pequeño camino pegado al brazo de mar, porque Rico lo consideró más protegido. Y en efecto, apenas los británicos notaron sus desplazamientos, volvieron a romper el fuego sobre los Comandos.

Los tiros, aunque más aislados que antes, comenzaron a caer atrás y adelante: “Tres disparos a treinta o cuarenta metros atrás y luego cuarenta metros más adelante, y así sucesivamente se sentía el ruido zumbando cuando pasaban los proyectiles”, refiere el capitán médico Ranieri. El capitán Frecha había quedado medio sordo por las explosiones, y no podía entender la indicación que Llanos le hacía, para que se corriese: estaba caminando por la línea de campos minados. Además estaba descoordinado: “Cuando yo creía que el proyectil venía corto, llegaba largo; cuando me tiraba al suelo, nadie cañoneaba, y cuando todos estaban en tierra yo seguía caminando”. Para evitar los disparos, ya que estaba siendo batida la cresta donde la Compañía 601 efectuaba su repliegue, un grupo formado por los capitanes Jándula, Llanos, Frecha y Durán se internó por la zona minada. Esto demoró su marcha, con graves consecuencias.

Llegados a donde se hallaba la batería de artillería antiaérea, los Comandos se encontraron con que su jefe estaba destruyendo todo lo que podía. El mayor Jorge Monge, en efecto, no quería dejar nada detrás, por lo que se acercó el teniente primero Lauría, y señalando los inmensos tanques de combustible, le indicó:

—Vos que sos de Ingenieros: te voy a dar unos cartuchos y un poco de explosivo, y haceme volar los depósitos.

—Mirá, yo lo haría, pero la guerra ya terminó, y se me ocurre que ese combustible es para abastecer a los barcos, y de acá nos tenemos que ir...

—Tenés razón, pero les voy a preguntar a Rico y Castagneto, que piensan mejor que vos.

Lauría, de cualquier modo, no habría procedido sin orden de su jefe

inmediato, pero aquél no volvió sobre el tema.

El mayor Castagneto no se resignaba a cesar la lucha —al fin y al cabo sólo regía una “alerta blanca” para interrumpir el fuego, pero no un definitivo cese de hostilidades—, y explaya su pensamiento al respecto: “Es decir: jamás se nos ocurrió que las cosas fueran a terminar así, tan abruptamente, sin pelear. Yo pensaba que iban a evacuar a la población y que la defensa final sería allí en la ciudad, aunque la suerte estaba echada; salvo en lo que se refiere al combate en la localidad. Yo había propuesto algo técnico, profesional, que era seguir peleando y no rendirnos; y realmente aunque hubiésemos tenido muchas bajas, el resultado final y la Historia habrían sido muy distintos. Era una posición espiritual. Pero yo creo que más allá de eso, los acontecimientos estaban, no digo decididos en los papeles, pero sí en el espíritu de mucha gente ya desde el día anterior: había una suerte de quiebra de la voluntad”.

Con Rico solicitaban que los Comandos fueran transportados de inmediato a la capital.

—¡Crúcennos, el enemigo está a las puertas de Puerto Argentino!

—No, ustedes van a ser más necesarios allá...

“A esta altura estaba ya decidida la rendición, después me vengo a enterar”, concluía aquél amargamente, “y no nos mandaban el barco”.

Dada la poca distancia a Puerto Argentino, desde Cambers el mayor Castagneto obtuvo comunicación directa con su equipo individual de radio con el capitán Negretti, quien había quedado a cargo de los elementos de su Compañía. Este oficial estaba obsesionado por la bandera de la unidad, ante las noticias de la proximidad de los enemigos:

—Mi mayor: ¿qué hago?

—Esperemos un poco más.

—¿Quemo la bandera?

Castagneto no se resolvía a dar esa orden: esperaba un milagro —“incluso un cese del fuego para acogerse a la resolución de las Naciones Unidas”— y que las tropas argentinas volvieran al continente con sus pertrechos completos. Negretti insistía, alarmado por la suerte de la enseña. Y el tiempo pasaba y los Comandos no eran buscados de Cambers. Refiere el jefe de la Compañía 601: “A último momento, ya con las baterías muy agotadas, yo le ordené que quemara toda la documentación, lo que hizo en la vieja estufa de



hierro de la cocina, donde lo fue haciendo con todos los planos, órdenes especiales, el diario de guerra y todo otro papel importante que no debía caer en poder del enemigo. Pero con la bandera yo no me decidía: no podría definir con exactitud mi sentimiento, pero vendría a ser una especie de renuncia. Entonces Negretti me sugirió esconderla, y yo estuve de acuerdo; y lo hizo en el forro de su abrigo, sin saber sino en los últimos días —luego de pasarla con mucho temor a través de muchas revisiones— que por el acta de rendición tendríamos derecho a conservarla”.

Por último, como a las tres de la tarde, llegaron a Cambers el *Forrest* y una lancha de Prefectura, para cruzar a todas las fuerzas. Los mayores Rico y Castagneto decidieron que ante todo pasaran los demás cuerpos, y así se procedió: primero la Infantería de Marina y luego la tropa de Artillería Antiaérea, con sus suboficiales y oficiales, y recién en el último viaje se replegaron los Comandos con sus equipos. “Esto que parece dicho en forma tan simple”, explica Castagneto, “era muy difícil de cumplir, porque sentíamos una ansiedad tremenda por volver a enfrente, y debíamos estar frenándonos”. Pero de ese modo se llevó a cabo, embarcándose los cuadros profesionales una vez que ningún soldado quedara en esa península.

Los Comandos volvían con la sensación de haber sido un poco “secuestrados” de los acontecimientos finales.

Ya había zarpado el último barquichuelo conduciendo a las tropas a través de la bahía, cuando se divisó un pequeño grupo de rezagados que recién arribaba a las posiciones abandonadas de Cambers, y agitaba sus brazos: se trataba de Llanos, Frecha, Jándula y Durán. Ya a bastante distancia de la costa, las naves prosiguieron su rumbo.

Los cuatro Comandos se dispusieron a combatir contra los enemigos que se acercaban: “Íbamos a tirarles hasta que nos bajaran”, me contó el aguerrido médico. Llanos tomó posición al lado de la puerta de una gran cueva, antigua defensa de Infantería de Marina donde se hallaba un equipo de comunicaciones, cuando salió de su interior un soldado, quien sorprendido al verlo, le dijo:

—Señor, le aconsejo que salga de aquí porque acabo de poner dos granadas y todo esto va a volar...

Los ingleses avanzaban lentamente por el campo minado hacia Cambers. El

puñado de oficiales los esperaba con sus armas listas, apuntadas en aquella dirección. Los enemigos llegaron a cuatrocientos metros de distancia cuando los Comandos notaron que atracaba nuevamente el *Forrest* para buscarlos, y salieron corriendo en su dirección:

—¡Vio, señor, que llegamos! —exclamó a guisa de bienvenida un oficial de Marina al capitán Llanos.

Y con las tropas británicas a la vista, los rescatados festejaron su huida con el whisky de una petaca que circuló entre ellos.

### Notas

[138](#) La misma determinación reinaba en la sección aislada en Howard: en caso de un derrumbe en la resistencia del Regimiento 5, si era atacado éste por los ingleses, ganaría el interior de la isla Gran Malvina para continuar combatiendo en la zona montañosa. Para ello se había reconocido el terreno y hasta echaron mano de media docena de caballos sueltos en un establecimiento abandonado, que servirían como cargueros en su desplazamiento. Mientras tanto, y pese a su estado físico, desgastado por la deficiente alimentación y temperaturas extremadamente rigurosas, el puñado de Comandos de la primera sección de la Compañía 601, mandada por Duarte y a órdenes de Sergio Fernández, no dejó de cumplir con tareas de reconocimiento, patrullajes, y la preparación de emboscadas. Se habían incluso alistado para cruzar el estrecho y desembarcar cerca de Darwin, cuando fue planeado el contraataque de la Brigada Aerotransportada sobre San Carlos: ignorantes de los detalles, escépticos no obstante sobre su viabilidad, a esa orden — que llevaba el número 1001— la denominaron por similitud, burlonamente, “Odisea del Espacio”...

[139](#) HASTINGS Y JENKINS, *La batalla por las Malvinas*, p. 325, señalan que se trató de una diversión operativa para aliviar el asalto del Batallón 2 de Paracaidistas sobre Wireless Ridge, tenazmente defendido por el Regimiento 7. Participaron en ella el Escuadrón de Ataque de Comandos (Infantería de Marina), veinte hombres del S.A.S. y un equipo del *Special Boat Squadron*, apoyados por morteros desde la orilla sur de Freycinet. Así relatan dichos autores lo sucedido en Cambers frente a las piezas del G.A.D.A. 101: “Apenas tocaron la playa, se descargó sobre ellos fuego abrumador de artillería antiaérea. Los vehículos del Escuadrón de Ataque fueron alcanzados y dañados, y la partida debió batirse en retirada hasta lugar seguro”. Tres incursores resultaron heridos. “Fue una operación aparatosa, que a muchos oficiales pareció más propia de la piratería que de las artes militares, y que estuvo a punto de resultar un desastre”.

[140](#) *La batalla por las Malvinas*, p. 327. Esta operación fue la ordenada por el coronel Aguiar, y no respondía a las incitaciones del capitán Rubén Figueroa, que sus jefes no aceptaron.

[141](#) Archivo del Estado Mayor del Ejército.

TERCERA PARTE

# Consecuencias de la derrota

## CAPÍTULO XXVIII

# *La rendición*

EN LO QUE FUE VIRTUALMENTE EL ÚLTIMO PARTE DE GUERRA despachado por el Centro de Operaciones Conjunto de Comodoro Rivadavia al Estado Mayor del Ejército en Buenos Aires, a media tarde del 14 de junio, se retransmitía lo sucedido en esa infausta jornada:

*Hasta las cinco horas (de la mañana) aparentemente la situación estaba controlada, pero a partir de ese momento un nuevo ataque enemigo mucho más potente, desalojó a propias tropas de las alturas de Tumbledown. El Regimiento de Infantería 7 también fue desalojado de las posiciones que ocupaba.*

*Tanto los refuerzos que se enviaron, como el contraataque que lanzó la Brigada de Infantería Mecanizada X con elementos del Regimiento de Infantería 3, fueron rechazados.*

*Posteriormente la situación se fue agravando progresiva y rápidamente. El Grupo de Artillería Aerotransportado 4 ya no existe, no le queda ni una pieza, todas fueron destruidas mientras tiraba hasta agotar la munición. El Batallón de Infantería de Marina 5 ha sido diezmado al tener que retirarse bajo el fuego enemigo y bajo luz diurna hacia Sapper Hill. El jefe del Batallón de Infantería de Marina 5 escasamente pudo reunir en ese lugar algo más de una sección. El Regimiento de Infantería 3 está seriamente afectado y fuera de sus posiciones, que han sido ocupadas precariamente por elementos dispersos de otras unidades.*

*Lo que queda organizado son apenas dos Compañías del Regimiento de Infantería 25, una Compañía del Regimiento de Infantería 6, y fracciones menores. El Grupo de Artillería 3 aún tiene piezas, pero muy poca munición.*

*La tropa está agotada física y anímicamente. Muchos perdieron los equipos al replegarse.*

*En este momento continúa nevando, lo que se inició anoche*<sup>142</sup>.

Tuvo lugar una conversación entre el Gobernador Menéndez y el Presidente Galtieri al producirse el cese del fuego, en la cual el primero solicitó aceptar la resolución 502 de la O.N.U., o sea retirar las tropas de las islas, lo que empecinadamente rechazó Galtieri. La médula del diálogo está centrada en las siguientes frases que cambiaron:

—General —dijo Menéndez—, hemos llegado al límite de nuestras posibilidades: los ingleses están rodeando el pueblo y tenemos inutilizada la artillería pesada; además nuestros soldados ya no pueden más. Están agotados.

—Los ingleses también están agotados, Menéndez —replicó Galtieri—. Hay que aguantar, hay que impulsar a las tropas; no hay que sacarlas de los pozos para ir hacia atrás, hay que sacarlas de los pozos para ir hacia adelante. Hay que contraatacar con espíritu.

—Creo que usted no me entiende, general —replicó el Gobernador—. Yo le dije que nos íbamos a prender en combate y así lo hicimos durante toda la noche. Pero esto no va más.

—Reagrupen a las tropas y salgan adelante. Hay que pelear, Menéndez —concluyó el Presidente sin enviar otra ayuda más que ese consejo<sup>143</sup>.

Poco después empezaban las tratativas bilaterales, que culminaron en una entrevista concertada por el Gobernador Menéndez con el coronel Rose, delegado del general Jeremy Moore, la cual tuvo lugar a las cuatro de ese día.

Una hora más tarde se convino la rendición.

Mientras tanto, los Comandos arribaban a Puerto Argentino procedentes de Cambers. “Mi patrulla y yo como jefe”, manifestó el capitán Tomás Fernández, “pensábamos que íbamos a combatir al llegar, e íbamos listos con las ametralladoras y las radios: veníamos con el armamento en posición en el borde del barco, preparados para saltar al muelle y poder luchar en la ciudad. Llegamos, y vemos a un soldado de la guarnición que tira su radio al agua; entonces pensamos que había algo anormal en él, porque no sabíamos qué situación se vivía, pero lo que pasa es que ellos ya sabían que se estaba por firmar la capitulación”.

Los soldados argentinos ofrecían una imagen lamentable, vagando por Puerto Argentino, lo que acentuaba la profunda amargura de los Comandos.

Prendas y equipos militares de toda laya se encontraban tirados en los caminos de acceso y sobre las veredas y calles de la ciudad, mientras aquéllos, atontados por el brutal castigo de los cañones británicos, faltos de sueño, descanso y comida, se desplazaban sin rumbo, como zombies. Los Comandos los llamaban “mutantes”, en recuerdo de una historieta ilustrada: demacrados, barbudos, desorientados, algunos conservando sus cascos, otros envueltos en mantas para soportar el intenso frío producido por la nevada. Cabizbajos y silenciosos, los conscriptos eran la cruda imagen de la derrota, agotados después de un brutal castigo y psíquicamente entregados.

“Un espectáculo deprimente”, “uno de los recuerdos más tristes de mi vida”: tal la descripción de ese cuadro por oficiales de Comandos. El contraste era mayor aún porque éstos imaginaban todavía la posibilidad de proseguir la pelea, si no para vencer —claro está— al menos para inmolarse en una demostración de patriotismo y valor que redimiera y diese sentido al sacrificio de aquéllos, convocados para la guerra por la Junta Militar. Corroboraba ese estado de ánimo el teniente primero Daniel González Deibe, cuya sección prestaba custodia al Estado Mayor: “Yo imaginaba una resistencia hasta las últimas consecuencias, como por orden de Castagneto se había planeado, porque ya cada sección tenía su sector en la ciudad delimitado que debía defender”. Pero los acontecimientos, y la decisión —o más bien, la falta de ella— del mando en Puerto Argentino, habían llevado las cosas a un punto sin retorno: la desarticulación del dispositivo argentino era completa, y de llevarse a cabo el combate de localidad, casa por casa, la propia tropa se vería afectada.

En el edificio del comando de la Brigada X comenzaron a reunirse los jefes de unidades, afluyendo de diversos sitios. González Deibe no pudo reprimir sus lágrimas y se le acercó el mayor Oscar Jaimet para consolarlo:

—Bueno, pibe, no llores; ya tendrás otra oportunidad para reivindicar esto.

El oficial tomó su decisión y llamó a los tenientes Brizuela y Elmíger que lo acompañaran en la vigilancia:

—Vámonos de aquí. Que se arreglen éstos, que se den seguridad solos.

En su alojamiento el mayor Castagneto, ignorante aún de la resolución superior, mantenía sus ilusiones. Cuando se le reunió el médico de la Compañía 601, le manifestó:

—Mire, Llanos: usted no tiene mucha experiencia en combate en localidad; váyase al hospital, porque aquí vamos a terminar a los tiros casa por casa.

Eso le “dolió mucho” a su interlocutor:

—No, yo me quedo.

De pronto, llegó el aviso de la rendición, brusca, dolorosamente. “Y allí fue el aflojarse”, relataba Castagneto, “después de la jornada de tensión, el momento clave: recuerdo que allí lloré mucho. Aunque sentíamos que dentro de lo posible, habíamos hecho la mayor parte, se imponía la sensación de la derrota”. Refiere Rico: “Nos sentíamos muy mal anímicamente; empezamos a especular qué haríamos con el material. Ya no se oía ningún ruido de acción. Los hombres se dedicaron a comer y descansar. Con Castagneto nos despojamos de nuestros equipos de combate, y con el gabán y el fusil nos fuimos al puesto de mando de la Brigada: cuando entramos estaba el general Menéndez en la habitación central, donde estaba su equipo de radio y trabajaba como centro de operaciones tácticas; allí se encontraba todo el personal superior despidiéndose, pues no sabía los términos de la capitulación y si a aquél lo iban a separar de las tropas”.

La impresión de los Comandos por el inesperado desenlace —en la forma como se produjo— fue compartida por muchos militares ingleses. Descontando alguna exageración, véase el testimonio de Rex Hastings, transmitiendo su vivencia directa: “Al tiempo en que la fuerza de desembarco recorría los últimos kilómetros que la separaban de Puerto Argentino, la mayoría de los británicos seguían perplejos ante lo súbito de la victoria. Alrededor de Puerto Argentino quedaban centenares de hombres que apenas habían disparado un tiro. Los triunfadores contemplaban asombrados los grandes acopios de armamento, munición y equipos que los argentinos pudieron haber usado contra ellos. Cuando los primeros oficiales ingleses recorrieron el ventoso camino hacia la pista de aterrizaje y observaron regimiento tras regimiento de infantería, Exocets en acoplados, armas antiaéreas controladas por radar, misiles, artillería, bombas, no lograban entender la conducta de Menéndez. Uno de ellos opinó: —Creíamos que por lo menos nos haría echarlo de Stanley y que se rendiría después de haber perdido la capital”<sup>144</sup>.

Las tropas británicas no habían entrado aún en la ciudad, pues se había establecido una línea divisoria que pasaba por la casa del Gobernador para evitar conflictos mientras duraban las negociaciones mencionadas arriba. No obstante, algunos oficiales ingleses se aventuraron para conocer la capital de las islas, mezclándose con los pobladores nativos que los recibían

alborozados. Entre ellos fue el propio Hastings, corresponsal de guerra del *Standard* de Londres que acompañó al Batallón 2 de Paracaidistas hasta los últimos combates. Pues bien: con un capote civil para disimular su equipo militar, y aún con la cara tiznada por el *camouflage*, Hastings —el futuro coautor del excelente libro que relata la campaña— se topó con el capitán Hugo Ranieri, el médico de la Compañía 602, quien luego lo reconocería por la foto que “adorna” —es un decir— la contratapa de aquél. “Este hombre llegaba caminando, solo” me contaba Ranieri, “con un palo como bastón y una cámara colgando del cuello, y me hizo algunas preguntas: si eso era la ciudad. Le contesté que sí, que estábamos en el centro. Después hablamos de su estado, porque lo veía fatigado, sucio y embarrado, y me comentó que estaba muy cansado, sin dormir, mal alimentado: en definitiva, ellos habían sufrido tanto como nosotros. Fue un poco rápida la conversación, y después siguió su camino”.

La línea divisoria trazada en realidad eran dos: sendas mangueras para incendio separadas por cien metros la una de la otra. Pese a ella, argentinos y británicos la cruzaban con diversos pretextos, sin problemas, aun estando armados. Se saludaban mutuamente. Concluidas las hostilidades, el trato entre profesionales pasaba por una nueva etapa, y hasta parecía una convivencia natural.

El mayor Rico se dirigió a Castagneto:

—Mario, vamos a hacer la última visita a Doglioli. Aprovechemos para comer algo, a ver si queda alguna botella de vino, y averiguar qué pasa.

En la casa del Gobernador no encontraron a su amigo, pero como en su alojamiento del linde urbano se carecía de agua, aprovecharon para lavarse y mudar de ropa. Al salir del edificio ingresaban en éste algunos jefes ingleses con quienes se saludaron, y los cuales los ponderaron deportivamente:

—*Good fight, good fight* (Buena pelea).

En ese lapso otros oficiales cumplieron diferentes tareas. Los dos capitanes médicos, Pablo Llanos y Hugo Ranieri, se dirigieron en moto al hospital para ofrecer sus servicios: “Allí nos dijeron que no necesitaban nada porque todos los heridos habían sido evacuados a los buques sanitarios”, contó Llanos. “Dimos una vuelta para curiosear y vimos llegar a los Scorpions, saludados por los *kelpers*”. Agrega Ranieri: “Los pasillos estaban aglomerados por



gente nuestra que estaba terminando de sacar sus cosas, mientras los ingleses entraban. Donde antes funcionaba nuestro casino de oficiales estaba lleno de soldados británicos, con su uniforme aflojado, fumando y tomando agua, sus mochilas tiradas al costado”.

El capitán Eduardo Villarruel quiso ir a recoger el cadáver del sargento Cisnero en las estribaciones del Monte Two Sisters, pero su búsqueda del helicóptero sanitario resultó infructuosa. Al retirarse del hospital en el *jeep* requisado, su dueño lo reconoció y reclamó su devolución inmediata: “Mientras yo seguía desplazándome le explicaba en media lengua, lo más confuso posible para tratar de dilatar la conversación”, me contaba él mismo, “que el vehículo por orden de las autoridades le iba a ser devuelto esa tarde; mientras tanto él corría al lado, sin querer saber nada de eso, pues pretendía que se lo entregara en ese momento. Lo dejé con las ganas”.

Ambos jefes de las Compañías, al retornar a sus albergues, indicaron a sus hombres que inutilizaran armamentos y equipos. Eso acentuó la sensación de fracaso: “Lo que uno había limpiado, cuidado, aceitado todos los días”, contaba el mayor Castagneto, “era destruido; rompíamos las motos, quemábamos papeles”. No hubo oportunidad de hacerlo así con lo depositado en el gimnasio que les sirviera de primitiva base.

“Esa noche la pasamos con una depresión tremenda”, refiere el mayor Rico, “la comida fue lúgubre, alumbrada con velas, aunque la gente no quería probarla. Yo me fui a dormir temprano porque estaba muy cansado y con mucho frío”.

El gobernador militar de Malvinas, general Mario B. Menéndez, se acicaló —encontró tiempo para afeitarse, incluso— para encontrarse con el jefe de las tropas británicas, general Jeremy Moore, quien sin tanto aliño se dirigió hacia Stanley House desde el fangoso campo de la pasada lucha. Era el formalismo por un lado y la eficiencia por el otro. Y firmaron el documento de rendición el 14 de junio —anotando en el mismo, con precisión militar, la hora: 23:59— que ya venía escrito a máquina desde el Cuartel General de las fuerzas desembarcadas:

*I, the undersigned, Commander of all the Argentine land, sea and air forces in the Falkland Islands, surrender to Major General J.J. Moore, BC, OBE, MC as representative of Her Britannic Majesty's*

### *Government.*

Como es sabido, de este documento Menéndez tachó la palabra “incondicional”, sin que por ello variase la naturaleza del acto. Lo único que las tropas argentinas tuvieron derecho a exigir, y así ocurrió, fue retirarse de las islas con las banderas que tuviesen sus Regimientos; aparte de ello, no hubo términos de capitulación sino enunciados para llevar a cabo las formalidades de la rendición.

El acto tuvo lugar en lo que hubiese sido escenario de la “Operación Alcázar”.

El impacto que produjo la derrota en Buenos Aires fue inmenso: los falsos entusiasmos y la confianza artificial cedieron. A través del tiempo, el Ejército Británico lograba emparejar acciones con los argentinos que en 1807 habían obtenido la capitulación de más de doce mil soldados que mandara el general Sir John Whitelocke para invadir el Río de la Plata. Pocos días más tarde caía desalojada del poder la Junta Militar que dispusiera la ocupación de Malvinas.

Para un país cuyas tropas no se habían enfrentado contra un Estado extranjero desde 1870, el golpe moral fue durísimo, sin contar las vidas perdidas y el costo material de la empresa. Otros Ejércitos han pasado durante este siglo por pruebas similares, aunque la rendición tras tan corta lucha frente a Puerto Argentino, más la aparente facilidad de recuperación británica desde el 2 de abril, causaron general estupefacción. En menos de un mes desde la cabeza de playa en San Carlos, se había derrumbado la defensa.

Empero, la Historia demuestra que cualquier país puede sufrir similares percances militares. Por supuesto que sin querer minimizar los efectos finales de la campaña iniciado con la “Operación Rosario”, sirva como ejemplo lo sucedido al propio adversario, según relato de un ilustre aliado en la guerra contra el Eje: “El 15 de febrero de 1942, setenta y tres mil soldados británicos capitulaban en Singapur tras una corta resistencia. En el mes de junio, pese a los considerables medios acumulados en Oriente por los ingleses, Rommel rompía el frente del VIII Ejército y lo hacía retroceder hasta las puertas de Alejandría, mientras los treinta y tres mil hombres que habían de defender a Tobruk se rendían a los alemanes con una prisa difícil de justificar”<sup>145</sup>.

Recurramos por última vez a la bibliografía británica. Un agudo análisis formulado por Hastings y Jenkins sobre las causas y consecuencias en *La batalla por las Malvinas*, puntualiza respecto al comandante argentino lo que luego indicó a su vez la Comisión Interfuerzas encargada de igual contenido: “Si bien el general Menéndez difícilmente hubiera derrotado a la Fuerza de Tareas, pudo en cambio provocarle serias dificultades, incluso con el material humano a su disposición. Pero su desdén por hacer otra cosa que sostener posiciones fijas lo condenó a una derrota inevitable” (pág. 346, *op. cit.*).

¿Cuál hubiera debido ser su conducta una vez producida ella?

La reciente Historia Militar de la humanidad presenta varios casos de jefes que se suicidaron al ser vencidos: un ejemplo no tan lejano y próximo se tuvo en Buenos Aires cuando en 1939 se quitó la vida el capitán Hans Langsdorf luego de hacer volar el acorazado *Graf Spee* que comandaba y después de poner a salvo su tripulación. Al finalizar la II Guerra Mundial, entre otros muchos episodios similares, es dable recordar que no quisieron sobrevivir a la derrota los almirantes Ugaki y Fukada, jefes de la aviación naval del Imperio Japonés, y se estrellaron en aviones *kamikaze* contra buques norteamericanos en Okinawa.

La Historia Argentina no carece, ciertamente, de ese tipo de gestos heroicos, a lo largo de su discurrir. Desde el sacrificio del modesto soldado Falucho en 1823, al negarse a rendir honores al pabellón español vuelto a enarbolarse por traidores en la fortaleza de El Callao, hasta el coronel Juan Francisco Borges, quien en 1874 prefirió exponerse a las balas que lo ultimaron antes que aceptar su derrota en el combate de La Verde, durante la rebelión mitrista. Desde el teniente Pringles arrojándose al mar a fin de escapar al cerco enemigo en el Perú, hasta el general La Madrid cubierto de heridas en Tucumán pero repitiendo: “¡No me rindo, no me rindo!”

Son muchos los que en nuestro país opinan que el general Menéndez debió haber adoptado un gesto similar. No soy yo de este criterio; pero sí, en cambio, sostengo que tanto él como el general Parada, que se hallaba también inactivo por la virtual desaparición de la Brigada que mandaba —el general Jofré, sea como fuere, atendía a sus funciones para defender la capital—, debieron haber al menos imitado la conducta de los simples soldados conscriptos que enviaron al frente de batalla: tomar un fusil y marchar hacia la primera línea para combatir al invasor. Toda su carrera estuvo dirigida a ese momento histórico; ni antes ni después sus vidas alcanzaron ni volverán a

tener ese singular minuto de encuentro con su destino. Desde luego, había redimido también de muchas culpas a los miembros de la Junta Militar de Gobierno el tomar tal decisión.

A veces participar a la cabeza de las tropas en acción está motivado por equilibrar un momento apurado: al frente de regimientos de caballería se pusieron San Martín en Chacabuco y Urquiza en Caseros, dejando circunstancialmente su papel de comandantes en jefe para asumir el rol de oficiales superiores en combate.

No era, claro, este caso; pero compartiendo el destino de miles de hombres, los Generales que los dirigieron en Malvinas habrían logrado algo más que salvar su actuación personal: de haber caído prisioneros, no hubiesen podido rendir a su tropa por carecer entonces de voluntad propia. La batalla habría terminado por simple inercia, salvo los reductos mantenidos por la locura heroica de sus defensores.

Mas para ello debieron haber poseído conciencia histórica: saber que sus gestos serían juzgados en adelante por todos sus compatriotas, a través de los tiempos. La rendición de Puerto Argentino era el resultado de un cúmulo de sucesos que fatalmente se fueron sumando para producirlo, el imperativo de la situación final; pero al menos, el sacrificio personal de sus jefes hubiera mostrado la solidaridad y abnegación de los principales conductores, cuya conducta, por encima de tribunales castrenses circunstanciales, corresponde al juicio de la posteridad.

El lector a quien no le interesen las enseñanzas que se derivan del pasado, podrá saltar la transcripción de los momentos finales de la derrota de Tacuarí (9 de marzo de 1811), relatados por nuestro máximo historiador:

*...De esta derrota (de la columna mandada por el segundo jefe) se salvaron tan sólo dos oficiales y algunos soldados, que abriéndose paso a través de la línea enemiga, fueron a dar al General la triste nueva de la pérdida de la mitad de su ejército.*

*El general Belgrano recibió la noticia con serenidad y entereza. Los que le rodeaban creyeron que nada quedaba por hacer sino rendirse a la primera intimación del enemigo, y todos estaban persuadidos que tal sería su resolución, cuando vieron avanzar a gran galope a un oficial enemigo con bandera de parlamento. El parlamentario se presentó a*

*Belgrano, intimóle por tres veces que se rindieran a discreción, pues de lo contrario sería pasado a cuchillo él y toda la poca fuerza que le restaba. El General patriota contestó con dignidad y con la noble sencillez de Leonidas:*

*—Por primera y segunda vez he contestado ya que las armas del Rey no se rinden en nuestras manos: dígale usted a su jefe que avance a quitarlas cuando guste.*

*Las columnas enemigas permanecían inmóviles a la distancia, y así que el parlamentario dio cuenta del resultado de su misión, se les vio ponerse en movimiento. Todos creyeron que el general Belgrano se limitaría a una defensa en el círculo del campamento, a fin de obtener condiciones menos humillantes que las que se le habían propuesto, pero con sorpresa le vieron disponerse a salir al encuentro del enemigo, y la sorpresa no tardó en convertirse en entusiasmo. Las resoluciones animosas en los momentos supremos se trasmiten más fácilmente al alma de los que obedecen, a medida que ellas son más audaces y más sorprendentes. Así, la resolución de Belgrano fue un golpe eléctrico para todos, por lo inesperada y atrevida, produciendo esa reacción súbita que levanta al último soldado a la altura del héroe.*

*...Formada la pequeña columna de ataque y dada la señal de marcha por los pífanos y tambores, el General se puso a su cabeza, a pie y con la espada desenvainada. En aquel momento el capitán don Pedro Ibáñez, que era el oficial más antiguo de los ocho de infantería y cuatro de caballería que habían quedado, se acercó respetuosamente a Belgrano diciéndole:*

*—Señor General: como al oficial más antiguo y como segundo jefe, a mí me corresponde este puesto.*

*Belgrano, correspondiendo a aquella valerosa reclamación de alma, le cedió el puesto, pasando a tomar el que le correspondía a retaguardia. Al tiempo de poner el pie en el estribo para montar a caballo, se volvió a su leal amigo Mila de la Roca para encargarle quemase todos sus papeles reservados, a fin de que no cayeran en poder del enemigo muchas cartas que podían comprometer a personas que residían en el Paraguay. Luego, despidiéndose de él, le dijo con naturalidad.*

*—Aún confío que se nos ha de abrir un camino que nos saque con honor de este apuro, y de no, al fin lo mismo es morir de cuarenta años que de*

sesenta.

*Y montando a caballo, pasó a tomar su puesto de combate* [146](#).

### Notas

[142](#) Archivo del Estado Mayor del Ejército.

[143](#) CARDOSO, KIRSCHBAUM, VAN DER KOOY, *Malvinas. La trama secreta*, p. 296. Este diálogo fue extraído del informe de operaciones del general Mario B. Menéndez (Véase EJERCITO ARGENTINO, *Informe Oficial*, t. I, p. 118, y t. II, p. 22).

[144](#) *La batalla por las Malvinas*, p. 333.

[145](#) CHARLES DE GAULLE, *El llamado*, pág. 217 (Ed. Emecé, Buenos Aires, 1957). Las fuerzas argentinas derrotadas alcanzaron a poco más de once mil hombres.

[146](#) BARTOLOMÉ MITRE, *Historia de Belgrano y de la Independencia argentina*, t. 1, págs. 389-92 (Buenos Aires, 1887). Como es sabido, tras el duro encuentro se convino un armisticio, luego del cual Belgrano pudo retirar a sus tropas con armas y bagajes. El Ejército de Buenos Aires contaba trescientos hombres, y el de Paraguay ascendía a dos mil quinientos.

## CAPÍTULO XXIX

### *Prisioneros*

PRODUCIDA LA DERROTA, los Comandos permanecieron en sus alojamientos, descansando sin ánimo para moverse, y algunos destruyendo sus elementos de combate. Allí se presentó uno de los dueños de las dos casitas, preocupado por el estado de su propiedad; pero pudo comprobar que todos sus enseres habían sido perfectamente acondicionados en un galpón vecino, sin faltar objeto alguno.

Tan sólo los médicos Llanos y Ranieri, con mayor libertad de acción, fueron hasta el hotel Upland Goose —acompañados por el capitán Frecha— a cambiar impresiones de guerra con sus adversarios:

—Con los que quiero encontrarme es con esos Comandos locos que fueron al Monte Kent —anunció un militar británico allí, mientras otro comentaba la eficacia de la artillería argentina. “Yo temí que me robaran la boina como recuerdo”, me relató Pablo Llanos. Varios ingleses ponderaron el vestuario que usaban, aduciendo que su propia ropa no abrigaba del frío.

El martes 15 se presentaron en las casas de las Compañías algunos integrantes de la Policía Militar británica, haciendo saber que debía acondicionarse el armamento y equipos para ser entregados, excepto las pistolas que podían conservar los oficiales:

—Para evitar motines en el campo de prisioneros o para suicidarse— aclaró sarcásticamente un capitán inglés, saliéndose del trato correcto que en la generalidad de los encuentros se observó.

Como corrió la voz de que enseres y equipos podían ser llevados de vuelta al continente, los Comandos reunieron sus prendas de vestir, cajas con alimentos, visores nocturnos, material de comunicaciones y hasta el armamento que no habían alcanzado a destruir esa mañana; por cierto, varios ocultaron desarmadas sus pistolas y hasta fusiles para mayor seguridad. El mayor Castagneto habló con un oficial británico para procurarse un camión de transporte, y en ese sentido resultó eficaz la intercesión del agradecido

propietario de la casa donde residía —un hombre de edad—, pues finalmente les fue provisto un Unimog que cargaron “hasta el techo”.

Por la tarde fue impartida la orden de dirigirse al aeropuerto, que serviría de lugar de concentración de todos los prisioneros antes de ser repatriados. Los Comandos cargaron con sus mochilas y partieron caminando; en columnas marchaban también los soldados, “como luego de una explosión atómica”, comparaba el capitán Negretti, “sucios y raídos”. Grandes montones de armas se apilaban en algunos lugares, y de ellas elegían los *kelpers* las que se hallaban en mejores condiciones, ante la indiferencia de las tropas británicas. “A un costado de la casa del Gobernador”, refiere el sargento primero Aguirre, “donde veía siempre flamear la bandera argentina, ese día había una bandera inglesa que me hizo llorar desconsoladamente”. El capitán Ferrero rememoraba esa marcha amarga: “No quiero ni compararla con el camino al Calvario, pero realmente fue desangrante ver a todo el mundo desanimado, caminando bajo la lluvia y el viento”. En la iglesia católica de Saint Mary, frente a la antigua base de los Comandos, el Obispo monseñor Spragoon había izado la *Union Jack* y adornado con banderines todo el frente.

En la entrada del aeropuerto estaba instalado un puesto de control, que requisó todo el armamento que pudo descubrir. Allí los Comandos destruyeron el que todavía portaban a la vista, ante la mirada de los soldados británicos, quienes no intervinieron para impedirlo; a lo sumo, inquirían con extrañeza:

—¿Para qué lo rompen? Nosotros no lo vamos a usar contra ustedes.

Pasó sin embargo el camión cargado de equipos, entre los cuales también se habían introducido algunos morteros y ametralladoras en piezas sueltas. Incluso conservaban los Comandos su *jeep* requisado. Al entrar en el campo de concentración se encontraron en medio del Ejército derrotado, silencioso. Los soldados caminaban allí dentro sin rumbo. “El sentimiento general era de resignación”, refiere el capitán Mauricio Fernández Funes, “aunque no alcanzaba el saber que estábamos vivos, porque se mezclaba el temor con la furia y la impotencia”. Una cocina de campaña del Regimiento 25 humeaba, y frente a ella una fila de hombres aguardaba turno para servirse; los Comandos reservaron sus propias raciones, frías, al recibir la comida caliente.

Los hombres de las Compañías 601 y 602 armaron sus carpas para pasar la noche, y con la iniciativa que los caracteriza construyeron un armazón



metálico con bidones de doscientos litros y planchas de carga para aviones Hércules, tapando con turba los huecos. Hasta fue colocada una pequeña bandera nacional sobre el parapeto de su precario refugio, colgada de un palito. El curso de entrenamiento les había enseñado que debían sobrevivir y superar cualquier contingencia adversa: controlaron la cantidad de armamento conservado, sus víveres, y establecieron turnos de vigilancia. A diferencia de otras unidades sin controles, los Comandos estaban unidos y tenían perfectamente en claro su cometido. Muchos soldados de los Regimientos, en cambio, carecían de mantas para cubrirse y de raciones; motivo por el cual aquéllos procuraron remediar la falta: Rico regaló cinco bolsas-cama de *douvet*, una de ellas tocó al mayor Jaimet, quien se había replegado de Tumbledown con lo puesto.

En Howard, isla Gran Malvina, donde la primera sección de la 601 planeaba establecer un depósito en el interior para continuar allí la resistencia si no se lograba hacer fuerte la población, se vivían jornadas de desconcierto. Hasta que a las once y media de la noche del lunes 14 se recibió un mensaje dirigido al jefe del Regimiento 5 desde Puerto Argentino, que luego de descifrado rezaba: *Cese del fuego, deponer las armas*, y luego instruía:

*Proveerá el repliegue a la Argentina continental de modo aéreo o marítimo, del Regimiento 5 y elementos agregados. Se asegurará que los bienes sean entregados en el mismo o en mejor estado en que fueron recibidos. No se realizará ningún tipo de ceremonias ni se firmará ningún documento. Guardarán el aliño y pulcritud personal de vestuario, armamento y equipos militares<sup>147</sup>.*

Solicitada una aclaración a la capital, en el ínterin se procedió a quemar toda la documentación militar. Al día siguiente temprano fue recibida la contestación que se requirió: *Las armas y los equipos de comunicaciones se entregan*. No quedaban dudas ya en Howard que la rendición era completa. El teniente primero Sergio Fernández, a cargo de todos los Comandos, decidió conservar sus armas porque no se sabía cuándo se iba a tomar contacto con las fuerzas británicas, si se podía desencadenar algún incidente, o incluso si podrían retornar al continente en barco de bandera nacional, manteniéndolas.

De cualquier modo, los Comandos sentían “una rabia terrible”, porque a su

juicio no se había empeñado todo el poder de combate ante el desembarco enemigo, ni se había peleado como se debió haber hecho, y se dejó que los efectivos argentinos fueran deteriorándose paulatinamente.

Fernández llevaba consigo una pequeña bandera que supuso que iba a terminar de *souvenir* en manos de cualquier inglés, y decidió destruirla: “Y cuando la quemé estallé en llanto”, refería, “exactamente como un chico desconsolado”.

El 15 de junio las unidades prisioneras en Puerto Argentino permanecieron en el aeropuerto concentradas, soportando mucho frío, cambiando impresiones, refugiados dentro de *containers* los que pudieron.

A lo lejos se veían volar manejados por los vencedores, a los helicópteros capturados, y a un avión Hércules inglés que lanzó cargas en paracaídas. Una especulación dominaba cualquier otro pensamiento: ¿cuándo serían evacuados de Malvinas?

Los Comandos mantenían consigo a su *jeep*, que les servía como “puesto de mando” en el campo de prisioneros. Fueron a recuperarlo los británicos, pero aquéllos escondieron la llave, desconectaron los magnetos, y no pudo ser puesto en marcha. El Land Rover quedó en poder de sus poseedores, hasta que Rico ordenó su entrega.

Otros oficiales británicos, que hablaban perfectamente el castellano, entablaban conversación con los argentinos. Uno de ellos preguntó al capitán Negretti:

—¿Por qué cree que perdieron la guerra?

El Comando le mencionó entre otras cosas el apoyo de Estados Unidos a Gran Bretaña, y la falta de medios que padeció Argentina; pero aquél lo contradujo: no habían fallado los recursos, sino la falta de seriedad en el conflicto, al creerse que el Reino Unido no pelearía por las islas, lo que significó que su ocupación fuera tomada como un paseo por los militares argentinos y su defensa no fuera preparada seriamente en la espera de mes y medio. Negretti no quiso seguir escuchando la prédica del oficial y se retiró del grupo que lo oía.

Alrededor de medianoche se supo en el aeropuerto que comenzaría la evacuación, alistándose en consecuencia todos para ir a embarcarse. Sin embargo, cuando se leyó la orden con los turnos determinados para la

organización del repliegue, no figuraban en ellos las Compañías de Comandos. El mayor Castagneto indicó entonces a Rico:

—Mire, mi mayor, yo creo que lo mejor es irnos lo antes posible.

Así fue decidido: saldrían sin aguardar que se les asignara un horario, inmediatamente detrás del Grupo de Artillería 3, haciéndose pasar como “reemplazos de cuadros” en vez de identificarse como Comandos. Para disimularse mejor, escondieron sus boinas con el distintivo y cubrieron sus cabezas con los gorros de lana. Aunque su peculiar uniforme los distinguía de los Regimientos convencionales.

A la madrugada comenzó la salida del campo, en largas columnas, bajo una persistente llovizna helada. Los Comandos llevaban todo el equipo que podían cargar; en cuanto al grueso de él, un cocinero del Regimiento 25, sargento ayudante Ponce de León, quedaba encargado de quemarlo.

Al llegar —a eso de las cuatro de la mañana— al muelle, desde donde en lanchas las tropas eran conducidas hasta el buque, el espectáculo que contemplaron los Comandos fue penoso: basura sin recoger desde varios días atrás, equipos tirados, todo sucio y mugriento en medio de un desorden total. La oscuridad y la lluvia contribuían al ambiente depresivo. Previamente debieron todos someterse a un nuevo control de armamento: quienes aún lo llevaban disimulado decidieron desprenderse de él, inutilizándolo. Aprovechando la falta de luz, muchos tiraron al agua las granadas, anteojos de campaña, pistolas, munición, piezas de radio. El médico de la 602, capitán Ranieri, entró en crisis: “Agarré mi mochila, mi bolsa de dormir con la ropa, y destrocé todo con el cuchillo, cuya hoja rompí acto seguido utilizando la puerta de un Land Rover. Al Weatherby 300 Magnum le doblé el cañón a golpes de piedra, rompí la mira telescópica y desarmé el cerrojo; al otro fusil, de plástico y fibra, lo destruí más fácilmente, de una patada”. Recuerda el mayor Rico que una patrulla inglesa miraba inmóvil cómo era destrozado el fusil de caza mayor —“una joya”, lo califica—, diciendo apenas:

—*What a pity!* (Qué lástima).

Otros, empecinados, mantuvieron ocultos algunos objetos, como cuchillos, navajas o pistolas, y algunos elementos particulares. Rico llevaba en su mochila una máquina de fotos Cannon que pudo conservar hasta su llegada a Buenos Aires. El mayor Castagneto, decidido a no perder su pistola, como símbolo de un oficial que no se había rendido sino que había recibido órdenes de suspender el combate, la desarmó y se la colocó dentro de sus borceguíes.

Creía que en poco tiempo podría caminar con comodidad, ya instalado en el barco... También Llanos escondió la suya en el doble fondo de su maletín de curaciones.

Y aguardaron bajo la llovizna, con mucho frío, su turno para montar en las lanchas. En esa espera, oficiales ingleses aconsejaban a los argentinos dejar las bolsas con equipos pues a bordo se los proveería de todo lo indispensable.

Los jefes de las Compañías de Comandos ordenaron que primero se embarcaran los pocos soldados de que disponían para servicios, luego los suboficiales, y al final los oficiales. Ellos dos fueron a colocarse al lado del puesto de control británico, donde a las tropas se les tomaban sus datos personales: nombre, grado, rol de combate y unidad. Dirigía esta operación un suboficial de Inteligencia británico que hablaba castellano, ayudado solamente por un par de camaradas y otros tantos soldados, ante el asombro de los militares argentinos, que imaginaban un cortejo de altos jefes para cumplir la tarea.

Un detalle inquietante se evidenció: a quienes declaraban en el control una especialidad —Comunicaciones, por ejemplo—, sin distinción de grados, se los apartaba concentrándolos en un edificio cercano. Lo mismo ocurría con las jerarquías elevadas.

El encargado de la discriminación era aquel suboficial de Inteligencia, un hombre de pequeña estatura, calvo y rollizo, con anteojos, de modo inquisitivo y nada simpático: los prisioneros le pusieron el apodo de “Gnomo”. No faltó quien me lo describiera como de “rasgos mogólicos y carácter sádico”... Pero no era ningún tonto.

Rico y Castagneto, a su lado, supervisaban el embarque de sus hombres. Pronto corrió la voz de que los Comandos no debían identificarse como tales, sino que debían manifestar que pertenecían a una “Compañía de Infantería de reemplazos” o “de llanura”.

Llegó el turno a los Comandos y los primeros pasaron sin inconvenientes —los capitanes Tomás Fernández y Llanos incluso conservaron ocultas sus pistolas, aunque el doctor Ranieri perdió un maletín repleto de recuerdos ajenos a su profesión—, pero el encargado del control comenzó a entrar en sospechas: esa Compañía de Infantería carecía de soldados y sólo la componían *cuadros*, profesionales... Al presentarse el capitán Ferrero hubo una variante:

—Usted se queda: vaya para allá.

Llanos se dio a conocer como médico y no tuvo dificultades, y declaró que los cinco hombres que lo seguían eran sus enfermeros. El sargento ayudante Nicolás Artunduaga eligió un disfraz diferente, anunciándose como cocinero. El *Gnomo* lo interrogó con sorna:

—¿Qué cocina: Mantecol? —pero lo dejó pasar. Todos rieron.

Castagneto y Rico también fueron separados; y notando el teniente primero Daniel González Deibe que los oficiales quedaban aparte, no vaciló, e impulsado por el *esprit de corps* decidió correr su misma suerte, e indicó al teniente Juan Elmíger:

—¡Nos vamos para allá!

Y sin aguardar el interrogatorio marcharon a donde estaban sus jefes. El teniente primero Stel los imitó en el acto.

En una lancha grande, con guardias provistos de pistolas ametralladoras Sterling, los Comandos que pudieron zafar fueron conducidos al costado del gigantesco *Canberra*, que estaba totalmente iluminado, y en el cual ingresaron por una planchada que daba a una cubierta baja. Allí fueron separados por pisos, “los custodios muy cordiales porque ya había terminado todo”.

Y de pronto, una aparición fantasmal, acentuada por los pijamas blancos que vestían: ¡rengueando y apoyados en muletas, los oficiales sobrevivientes del combate de Top Malo House! Losito, Brun y Martínez saludaron a los recién llegados; luego aparecerían Sergio Fernández, Duarte, Quintana y Alonso, trasbordados la noche anterior del *Intrepid* que los había recogido en Howard. Todos cambiaron noticias e impresiones con la avidez imaginable. Horacio Lauría, del arma de Ingenieros, buscó en el barco las señales de impactos, pues la información recibida lo daba por atacado y dañado por aviones argentinos: “No le encontré ni el rastro de una polilla”, afirma.

Y el 19 de junio a eso de las tres de la tarde, con cuatro mil ciento treinta y seis prisioneros a bordo, el *Canberra* zarpó del ahora nuevamente Port Stanley y puso la proa hacia Puerto Madryn.

En los alrededores del muelle, esa noche y el amanecer del miércoles 16, no faltaron incidentes violentos. Algunos soldados ingleses borrachos pelearon con prisioneros argentinos; otros de ellos trataron de hacer marchar

los vehículos blindados de exploración Panhard que la diminuta fuerza de Caballería había dejado estacionados, lo que forzó a la intervención de la Policía Militar británica, de manera contundente. Ante el estupor de los prisioneros, un suboficial inglés derribó de una trompada a uno de sus subordinados ebrio, lo que en el Ejército Argentino era inconcebible.

Algunos centroamericanos encuadrados en las fuerzas británicas suscitaron situaciones desagradables, con empujones y gritos, sin escatimarse malos tratos entre ellos mismos. Estos mercenarios al servicio de tropas colonialistas causaron profunda amargura a los argentinos: “A mí me daban un odio tremendo”, confesaba el capitán Negretti, quien al preguntar a uno de ellos si era guatemalteco o nicaragüense, recibió una réplica inesperada:

—¡Callate la boca o te rompo la cabeza!

“Me sacaron la máquina fotográfica”, terminaba aquél su anécdota, “y no la pude recuperar”. Vaya a guisa de compensación el hallazgo de dos radios H.T. con sus cargadores de baterías, de la anterior Administración británica de Malvinas, que hizo el teniente primero García Pinasco, apropiándose de ellas y guardándolas en su bolsa. Milagrosamente las pasó por todos los controles, repitiendo una frase que acuñó:

—*It's particular* —explicaba, y ya fuera por lo pintoresco de la expresión, no obstante tratarse de un elemento importante, los ingleses permitieron a García conservarlas y actualmente las exhibe en su casa.

Luego de la selección, los Comandos que quedaron en tierra firme fueron puestos contra una pared, piernas abiertas y manos separadas, para ser revisados. Al teniente primero González Deibe no dejaba de hacerle gracia el verse al lado del mayor Aldo Rico, su antiguo instructor del curso de Comandos, tratados ambos como en aquellos tiempos. Éste le susurró:

—Acá nos boletean.

Pero nada ocurrió: todos fueron conducidos a un edificio cercano, donde quedaron hacinados puesto que constantemente ingresaban en él más jefes y oficiales; entre éstos, los ayudantes de Menéndez, mayores Doglioli y Buitrago. Faltaba únicamente Rico.

El jefe de la Compañía 602 había sido puesto de rodillas con un hombre apuntándole. Separado del resto, solo con sus dudas, Rico sintió “bastante julepe”, para usar su exacta expresión. Al rato, para sondear al centinela, le

comenzó a hablar en inglés. Éste era un cabo de *Royal Marines*, bajito, rosado, regordete, que “parecía un chiquilín”: contaba con veintisiete años de edad y hacía siete que estaba incorporado. Finalmente el mayor Rico le preguntó francamente:

—*Will you shoot me?* (¿Va usted a dispararme?)

El cabo se rió, ante lo cual Rico prosiguió: “Le dije que era muy viejo, que me cansaba, y entonces dejó que me parara, cambiando de posición”. Allí afuera permaneció bastante tiempo, ignorando la causa de su aislamiento —dos o tres horas al raso—, hasta que fue otro hombre y le indicó que se uniera al resto.

El edificio poseía mostradores y contenía una surtida biblioteca, “desde Shakespeare hasta libros de escuela primaria”, apunta el capitán Ferrero: algunos oficiales se distrajeron leyendo. Sentados y tirados donde y como pudieron, pasaron esa noche, habiendo comido tarde lo poco que conservaban luego de haber ayunado todo el día. Los jefes y oficiales argentinos fueron informados de que “para evitarles el frío del traslado en lancha al barco”, serían transportados en helicóptero, y se redactó una lista al efecto.

Se los había despojado de todos sus correajes no obstante aquel anuncio, y quedaron —me contaba Rico— “todos inquietos por lo que nos podía pasar”.

A mitad de la mañana siguiente los prisioneros comenzaron a ser llamados y conducidos por grupos hasta el hipódromo, atravesando la ciudad a pie. Allí quedaron hasta media tarde, custodiados por hombres armados de pistolas ametralladoras. Mientras esperaban, el capitán Jándula observó que un grupo de cinco ingleses —dos uniformados y tres vestidos de civil— se aproximaban cargados con todo tipo de armas y grandes mochilas. Creyó reconocer a uno, y al fin lo identificó: era el electricista que trabajaba en la usina y que tantas veces había él “sacado corriendo” cuando se acercaba demasiado al gimnasio de los Comandos... El hombre también lo reconoció y se rió. Haciendo una seña a los custodios, llamó a Jándula y —con la traducción del teniente primero Stel— entablaron el siguiente diálogo:

—Ustedes son Comandos, muy buenos; pero nosotros también somos muy buenos, y más pícaros. Yo sé que ustedes van a volver, pero quiero que sepan que los vamos a estar esperando.

—Sí, vamos a volver y es usted muy inteligente al adivinarlo, pero en el futuro seremos más pícaros que ustedes.

Se dieron la mano y se separaron.

Empezó a llover y los militares se guarecieron bajo las tribunas del hipódromo, pero a eso de las cuatro y media llegó un gran helicóptero Chinook de dos motores y comenzaron a subir. Apenas despegaron, Rico comentó a Castagneto:

—Marito, por acá no se va al puerto...

El mayor Castagneto, el hombre que mejor conocía la isla en Malvinas por haberla volado entera, confirmó su impresión:

—No. Me parece que vamos para San Carlos.

Y en efecto, tras media hora de vuelo, eran depositados al lado de la gran planta frigorífica en desuso, ubicada en Bahía Ajax. Fueron conducidos a una especie de potrero cercado con alambres de púa, y horrorizados, Rico y Castagneto se miraron entre sí: habían advertido en el suelo las tapas de los cilindros metálicos donde en Vietnam se encerraba a los prisioneros para torturarlos, y que los mismos Comandos empleaban para minar la voluntad de sus cursantes.

### *Notas*

[147](#) En esta comunicación, su texto se limita a los párrafos más salientes.



## CAPÍTULO XXX

### *En manos británicas*

#### 1

DESDE HACÍA ALGO MÁS DE UN SIGLO, desde que fuera librada la guerra de la Triple Alianza contra el Presidente paraguayo Francisco Solano López, ningún argentino había sido prisionero de guerra de una potencia extranjera. En aquella contienda, alcanzó una triste celebridad el campamento de San Fernando, donde muchos militares de nuestro país sufrieron vejámenes, torturas y muerte.

Ahora tocaba vivir una nueva experiencia.

El primer grupo de Comandos que cayó en poder del Reino Unido fue el emboscado y aniquilado en Top Malo House, el 31 de mayo de 1982, y el trato resultó completamente distinto. Los heridos en ese encuentro no vacilan en declarar que debieron su vida y recuperación a la rápida y eficiente intervención de los médicos británicos en Puerto San Carlos, adonde fueron conducidos en helicóptero inmediatamente después del combate. Allí se hallaban muchos heridos ingleses en la batalla de Prado del Ganso. “No hacían selección por nacionalidad al entrar en el quirófano —refería el teniente primero Brun— y un paracaidista que estaba en una camilla con las piernas quebradas nos acercó cigarrillos”. Los heridos, además del nombrado, eran el teniente primero Losito, el teniente Martínez, los sargentos primeros Medina y Helguero, y el cabo Valdivieso. Luego de las primeras intervenciones, inmersos en un mundo extraño, bruscamente transportados al ambiente de la guerra, rodeados de hombres desconocidos que hablaban un idioma ajeno, deprimidos y preocupados, los Comandos recibieron a los tres días el anuncio de que serían evacuados al *Canberra*: Horacio Losito no lo creyó, pues según los partes argentinos, este barco estaba hundido... Dicho oficial recordó a sus camaradas que su misión era rehabilitarse cuanto antes y que no molestaran a sus captores para no verse privados de asistencia; pero Brun, sin poder controlar su genio, atosigaba a los ingleses con pedidos de té,

de azúcar, de todo lo que se le ocurría para tenerlos inquietos.

Un médico inglés grandote, de aspecto cansado, sin afeitado y tocado con una boina verde, comentó que los pilotos argentinos eran muy peligrosos, y con gesto elocuente de sus manos subrayó su valentía.

Al salir del edificio que funcionaba como hospital de campaña, los Comandos pudieron observar el inmenso despliegue de material que acompañaba a los invasores: muchos cajones de munición, vehículos a oruga Scorpion, gran movimiento de tropa, pero sin dispersión alguna y por ende un blanco sumamente rentable. Para el teniente primero Losito, contemplar desde el helicóptero que lo conducía a la flota de la que tanto se había hablado, cuyos cañonazos había soportado, que había visto en cine zarpar desde Inglaterra, le pareció “un espectáculo irreal”: estaba en forma irregular para darse seguridad, pero a Losito le dio la impresión de ser fácilmente vulnerable a un ataque. “En medio, un monstruo blanco que tornaba en juguetes a las fragatas: el *Canberra*”.

Aquí, en esta nave, los Comandos heridos fueron asistidos quirúrgicamente otra vez, con absoluta corrección, y luego instalados en lo que fuera la gran *boîte*, en un ambiente de lujo, cálido, con sábanas limpias. Acota el sargento primero Omar Medina: “Bromeábamos sobre que ese paraíso se acabaría si algún avión nuestro nos bombardeaba”. El desayuno, almuerzo y cena, y café, se repartía sin economías. Junto a aquéllos fueron agregados los soldados rendidos en Goose Green y Darwin, con heridas que daban lástima: próximo a los Comandos se hallaba un correntino apodado *Cai* (mono) al cual una bala le había roto la nariz y vaciado un ojo, y que de noche aullaba de dolor como un perro. Pero de día volvía a reponerse y cantaba chamamés continuamente. Otro de los soldados del Regimiento 12 que estaba inmediato, llamado Américo Vallejos, recibía sangre en forma permanente porque le había sido amputada una pierna y tenía la otra gangrenada. Le era cambiada la cama tres veces por día, y los Comandos ofrecieron y dieron su sangre para las transfusiones. Pese a su sufrimiento, se quejaba lo menos posible, y permanecía callado; hasta que un día rompió su mutismo:

—Mirá, ch’amigo: yo tengo unas ganas locas de volver a la isla porque no puede ser que nos hayan ganado estos desgraciados gringos de mierda, gente que no le entiendo cuando me habla.

El suboficial Medina, el más grave del grupo con su tremenda herida en la pierna, exigía a las enfermeras que de noche le daban pastillas:

—Che, enfermera: quiero las pastil black and roj, y no ésas.

Paulatinamente se recuperaban con la excelente atención del personal de a bordo, tanto los médicos, civiles de servicio, centinelas militares y los marinos. Sobre todo tuvieron trato frecuente con el matrimonio Franco, una pareja de jovencitos embarcados voluntariamente, y un camarero afeminado, adornado con numerosas pulseras y anillos, quien, sensible a la ponderación —interesada— de sus alhajas, servía mayores raciones de comida, siempre los Comandos en su propósito de un más rápido restablecimiento. De noche un viejo marino, silenciosamente, repartía caramelos. *Coffee, milk y orange juice* a discreción, más la música por altoparlantes, eran los servicios habituales; los Comandos consiguieron que Franco les procurase un ajedrez y una radio pasacasetes, provista de una sola cinta: *Don't cry for me, Argentina...* Pocos eran los entretenimientos, cuya falta compensaban con conversación; y cuando los Comandos pidieron lecturas, se les entregó una pila de revistas eróticas, ante lo cual Losito las hizo dejar al pie de la cama, explicando que los soldados argentinos no precisaban esa clase de literatura para reconfortarse.

Todas las mañanas el comandante del barco saludaba personalmente a los heridos, interesándose por su convalecencia:

—*Are you better today? Good, good* (¿Está mejor hoy? Bien).

Sin otro ánimo que el de intranquilizar a los británicos, el inquieto Brun —quien una noche se arrojó gritando de su cama a fin de causarles problemas— respondió a un oficial de Inteligencia sobre lo que pensaba hacer en el futuro:

—En cuanto el comandante se me acerque, cuando pueda, lo voy a agarrar con el cinturón ¡y lo voy a ahorcar!

El resultado fue que los Comandos fueron aislados de los prisioneros de Prado del Ganso y quedaron con guardia reforzada. Pero no se entregaban: “Cuando nos traían caramelos, fósforos, hojas de afeitar”, relata Losito, “guardábamos los fósforos y cortábamos el filo a las hojitas que escondíamos con pedazos de soga dentro del bastón hueco, tipo canadiense, en que nos apoyábamos, para cualquier circunstancia propicia para emplearlos”.

A las dos semanas, una tarde el joven enfermero que los atendía anunció:

—¡Mañana vamos a tomar champagne en Port Stanley!

Los Comandos no le creyeron, aunque poco sabían del desarrollo de la campaña, ya que no alcanzaban a comprender los boletines radiales de la B.B.C. que puntualmente transmitían los altoparlantes del buque a las siete.

Pero al día siguiente por la noche —era el 14 de junio— entró en el gran salón el comandante del *Canberra*, vestido de gala, y parándose entre los tenientes primero Losito y Brun, manifestó:

—Port Stanley ha caído en nuestras manos; los argentinos se han rendido. No les vengo a decir esto para jactarme de lo que ha pasado ni para humillarlos; simplemente sepan que unos ganan y otros pierden. ¡Dios salve a la Reina!

## 2

Los capturados ilesos en la emboscada en Top Malo —Vercesi, Gatti, Pedrozo, Castillo y Delgadillo— fueron conducidos primero a Teal Inlet (caleta), vecina a Estancia House, donde también se hallaba un puesto de mando y mucho material. Ahí los metieron en un galpón que encerraba un pozo de dos metros de profundidad tapado con tablas, y en él introdujeron a los cinco. El sargento primero Miguel Ángel Castillo reprochó a Vercesi:

—¿Por qué se entregó, mi capitán? ¡Todavía podíamos seguir combatiendo!

—No teníamos otra solución. Casi toda la gente estaba fuera de acción y había menos de la mitad combatiendo. Ahí no teníamos escapatoria.

Por los espacios de las tablas, gran cantidad de caras de ingleses los miraban; se había corrido la voz del duro encuentro sostenido, y el uniforme particular, camuflado, llamaba la atención. Era mediodía y entraba bastante luz. Algunos soldados británicos les hicieron llegar caramelos y alimentos envueltos, que Castillo, todavía bajo la impresión de la lucha, se negaba a recibir. El capitán Vercesi le aconsejaba:

—Termine la amargura, Castillo; acéptelos que ya pasó. Piense en su familia.

Luego, a la tarde, los interrogaron. Previamente, revisaron prolijamente sus ropas. Dentro de una carpa estaba sentado un oficial de Inteligencia con un intérprete al lado, quienes —después se dedujo— estaban interesados en saber si los prisioneros pertenecían a unidades especiales: comandos o paracaidistas. Cuando entró el teniente primero Juan José Gatti le ofrecieron cigarrillos y café, que rechazó, y ante la pregunta referida a su unidad, dio su nombre, grado y número de matrícula, como lo indica la Convención de Ginebra. El oficial británico no se conformaba:

—¿A qué Compañía pertenece? ¿Cuál es su especialidad?

—Yo soy teniente primero de Ingenieros. En el Ejército Argentino hay cinco armas: infantería, caballería...

—No, no; eso no.

Y así proseguía sin resultado el cuestionamiento. “Cuando él me preguntaba”, refiere Gatti, “yo le entendía con mis nociones de inglés, y como el traductor era bastante lento, me daba tiempo para pensar en mi contestación”. El oficial británico, muy nervioso por su fracaso, puesto que evidentemente quería pasar la información lo antes posible, dio una orden y dos gigantescos soldados encapucharon al argentino bajándole sobre la cara su propio gorro, y lo llevaron afuera, haciéndolo marchar hacia una cuesta, tomado por los brazos.

Llegado a la misma, Gatti fue soltado, mientras aquéllos cuchichearon entre sí: “Y yo pensé que ahí me fusilaban”, contaba.

Se preparó para morir, sintiéndose tranquilo porque había confesado y comulgado. Agradeciendo a Dios la vida que le había tocado, apretó sus manos adelante, y esperó el tiro. Pero nada ocurrió; y a los pocos minutos sus custodios volvieron a hacerlo caminar. Esta vez fue colocado contra una pared con sus manos y pies apoyados en ella, mientras los demás eran interrogados a su turno. Quedó Gatti mucho tiempo así entre la nieve, y creyó morir congelado: “Empecé a temblar por el frío, tenía que empezar a respirar por la boca, me comenzó una taquicardia que no podía controlar, y ya no sentía mis pies, entumecidos”.

Luego de largo rato fue conducido para otro interrogatorio, que soportó sentado sobre una lata y con una luz baja, “como en las películas”. El oficial de Inteligencia británico era otro, aparentemente un coronel, que empleaba muy bien el idioma castellano y el cual mostró mejores modales que el anterior. Alguna pregunta sorprendió a Gatti, como por ejemplo si pertenecía a la Compañía de Castagneto, y si era Comando. Aquél dijo desconocer el tema. El teniente primero Gatti, no recobrado aún de la sensación de haber estado a punto de ser ejecutado, sobre todo porque nadie conocía el paradero ni destino de la patrulla desaparecida en combate, preguntó impulsivamente al militar inglés:

—¿Nos devolverán a la Argentina?

—¿Por qué? —se sorprendió el oficial—. ¿Usted cree que los vamos a matar?

—Sí —respondió francamente Gatti.

—¡Ésas son las cosas que les meten a ustedes en la cabeza en su país!

Poco después Gatti fue conducido nuevamente a otro agujero con sus compañeros. El interrogatorio de estos últimos no difirió mucho: la gran preocupación era conocer la unidad a que pertenecían los prisioneros. El sargento primero Castillo declaró ser soldado de un Regimiento de Infantería, pero esta vaguedad no conformó a los oficiales de la Inteligencia británica:

—¿Seguro que no es paracaidista? ¿Y por qué viste esa ropa?

—Es el uniforme que usa la tropa de Monte.

—¿Y cómo dice que usted es soldado? Usted tiene bigotes, y sus soldados no lo usan: usted es un sargento. ¿Es de los que vinieron hace cuatro o cinco días?

Concluido el procedimiento sin variar aquél sus respuestas, le tocó el turno al jefe de la sección, capitán José Arnobio Vercesi. El hecho de que los prisioneros llevaran sobre sus uniformes el distintivo de sus respectivos grados, no establecía un orden de precedencia. El primer oficial británico de Inteligencia no desdeñó apremiarlo con torpes expresiones, como hacerle decir mediante su intérprete que Vercesi declarase lo que le preguntaban “si quería volver a caminar sobre sus dos piernas por la Avenida de Mayo”... Cuando el capitán argentino fue conducido ante el segundo examinador, quien le pareció de un nivel muy superior, Vercesi le declaró:

—Usted es un soldado igual que yo, y sabe qué puedo decir. Si pretende que diga algo que no debo, utilice otros medios, porque hablando perderá el tiempo.

El presunto coronel se sonrió, y seguramente recordando la impresión de Gatti, le preguntó:

—¿Qué cree usted que les va a ocurrir?

—No sé; pero si me tengo que guiar por lo que he leído de la Segunda Guerra Mundial, supongo que no sufriremos malas consecuencias.

Sin variantes, luego fueron interrogados el sargento primero Pedrozo, el enfermero, y el cabo Delgadillo, del grupo Blow Pipe.

Después de ser alimentados se los condujo al antiguo frigorífico sobre el estrecho de San Carlos. En ese depósito los oficiales fueron separados de los suboficiales, y se reunieron con los demás prisioneros capturados después de la batalla de Prado del Ganso.

El espectáculo que daba esta tropa era deprimente, pues abandonada a su

propia iniciativa, nada se le ocurría: los soldados “parecían linyeras”, abatidos unos e indisciplinados otros, buscando restos de comida en los tarros de lata abandonados. Dentro del galpón se hallaban hombres de otras Fuerzas: infantes de Marina (los Comandos anfibios que con el capitán de corbeta Camiletti habían descendido en Monte Simmons para observar Puerto San Carlos) y aviadores derribados.

Unos días más tarde —aproximadamente el 5 de junio— los novecientos treinta y tres prisioneros fueron embarcados en el *Norland*, una nave que efectuaba el cruce del Canal de la Mancha. Aquí se encontraba el sargento primero Alfredo Flores, radiooperador de la segunda sección de la Compañía 602, capturado en la sorpresa de Bluff Cove Peak, quien —para extrañeza del resto— fue sacado del barco el primer día en helicóptero.

Mediante una brújula y una radio de pilas, los oficiales argentinos conocieron algunas noticias llegadas por la emisora uruguaya Carve: el viaje del Papa a Buenos Aires, los partidos del Campeonato Mundial de Fútbol, el progreso del avance británico sobre la capital de Malvinas. La tropa correntina continuaba en su estado de desorden, pese a estar bien alojada en camarotes, pudiendo afeitarse y bañarse con agua caliente y jabón: no se lavaban, causaban destrozos, se peleaban por la comida. “Una vergüenza”, sintetiza el sargento primero Castillo.

El 13 de junio el *Norland* arribó al puerto de Montevideo, y los militares argentinos fueron transbordados a los buques *Piloto Alsina* y *Nicolás Mihanovich* para ser conducidos a la base naval de Río Santiago. Llegados a la misma, se encontraron con la sorpresa de que sólo un puñado de oficiales y suboficiales los aguardaban; pero esta decepción dio paso a una molesta sensación cuando advirtieron que en los techos de los cobertizos circundantes se encontraban apostados soldados armados. No era el recibimiento que imaginaban al volver a sus hogares después de lo vivido en la campaña:

“Destrozados emocionalmente, sentimos que entrábamos por la cocina”.

### 3

El tercer contingente de prisioneros embarcados fue el que se hallaba destinado en Howard, Gran Malvina.

La sección de Comandos de la Compañía 601 fue despedida por un reducido grupo de isleños, uno de los cuales manifestó al teniente primero

Duarte que a ellos les daba lo mismo que estuvieran soldados argentinos o ingleses; “y lo dijo al lado de británicos y cuando ya no tenía por qué adularnos”, me refería aquél. El coronel Mabragaña, acompañado por el teniente primero Sergio Fernández y el capitán Nieto que oficiaba de intérprete, y seguidos por los demás oficiales argentinos, recibieron al teniente coronel Malcolm Hunt, jefe del Batallón 40 de *Royal Marines* y su séquito, en medio de una nevisca con granizo y viento helado. Dentro del centro de comunicaciones, sentados los jefes en torno a una mesa, los vencedores indicaron que toda la tropa argentina debía entregar sus armas antes de abandonar el punto; se les dio a aquéllos un registro del personal herido y enfermo para su inmediata evacuación —lo que así se efectuó—, y fue entregado a los suyos el prisionero del S.A.S., cabo Fonseca. También se hizo saber a la fuerza británica el destino del fallecido capitán Hamilton.

Los Comandos fueron separados a un depósito de turba al lado de la escuela. Allí un capitán inglés cambió estas frases con Fernández, a cargo de ellos:

—Nosotros sabemos que ustedes son Comandos, fuerzas especiales al igual que nosotros, y por lo tanto van a tener un tratamiento preferencial. Van a ser revisados por oficiales, se mantendrán apartados del resto de la tropa, y trataremos de que embarquen primero.

Luego que el oficial argentino le agradeciera estas atenciones, el británico se asombró que aquél no se mostrara más satisfecho:

—¿Por qué? ¿No está contento de volver a casa?

—No me pida eso cuando se pierde una batalla.

—No tiene que pensar así: somos profesionales y sabemos que esto puede ocurrirnos.

El sentimiento con respecto a la posesión de las Malvinas era ciertamente muy diferente, y es dable suponer que los ingleses habrían tomado con mayor frialdad la situación inversa. Lo cierto es que mientras el Regimiento de Infantería 5 era desmantelado al raso, unos corteses oficiales británicos, llenos de miramientos, procedieron a revisar a los Comandos bajo techo. Después de muchas horas fueron conducidos a los lanchones que los trasladarían al buque de asalto *Intrepid*; el teniente primero Fernández besó el piso del muelle antes de abandonar las islas.

Empapados y ateridos por el oleaje entraron al cabo de media hora por la rampa del barco en medio de gran despliegue de vigilancia; y en el mismo se



desplazaron hasta frente a San Carlos. Una ausencia ya se notaba: faltaban todos los cuadros superiores del Regimiento 5, o sea el coronel Mabragaña, su segundo jefe, el oficial de Inteligencia, el de Comunicaciones. Luego los prisioneros se enterarían que en helicóptero habían sido conducidos al campo de concentración en el frigorífico de bahía Ajax, como todos quienes tenían responsabilidad de mando o técnica. Sergio Fernández eludió tal destino porque cuando se le avisó que lo buscaban para ser trasladado al buque en el helicóptero con el jefe del Regimiento —ignorando por cierto el cambio de destino— prefirió montar con sus hombres en un lanchón, pues le pareció “inaudito dejarlos para viajar seco y caliente”: ese gesto le valdría volver al hogar un mes antes. En el *Intrepid* se dio a los argentinos una comida caliente, mientras el buque viajaba por el estrecho; y a medianoche, llegados a su amarre, los prisioneros fueron nuevamente conducidos a los lanchones de desembarco.

En medio de una “verdadera selva de navíos”, algunos de los cuales ya tenían encendidas sus luces de posición, los soldados argentinos arribaron finalmente a “una mole blanca”: era el *Canberra*.

Al ingresar en este barco de lujo, los prisioneros fueron palpados de armas superficialmente y luego conducidos a un amplio salón para clasificarlos y tomar sus datos con destino a la Cruz Roja: en ese lugar los Comandos se encontraron con gran alegría con sus camaradas capturados en Top Malo House, quienes colaboraban en la tarea de llenar las planillas, oficiando de intermediarios entre los soldados y los británicos. A ellos se sumó Fernández, con el propósito de que fueran mejor atendidos los hombres de tropa —muy caídos anímica y físicamente—, y efectivamente tuvo la oportunidad de superar algunos conflictos por la ignorancia de aquéllos del idioma inglés. Todos recibieron jugo de tomate caliente y un pan.

Un día después el *Canberra* anclaba frente a la bahía de Puerto Argentino. A un oficial de Comandos le dio la impresión de encontrar “una verdadera revista naval”; había barcos de todo tipo y tamaño, en considerable número.

#### 4

En la capital de Malvinas la cantidad de prisioneros conducidos al suntuoso navío ascendió a un total de cuatro mil ciento treinta y seis, los cuales quedaron a cargo del mayor Carlos Carrizo Salvadores, segundo jefe del

Regimiento de Infantería 7, por ser el oficial de mayor graduación embarcado. A cada uno de ellos se repartió una hoja mimeografiada, bilingüe, cuya hilarante versión en idioma español es textualmente como sigue:

*INSTRUCCIONES Y AVVISOS PARA EL PERSONAL ARGENTINOS  
A BORDO DEL BUQUE 'CANBERRA'*

*1. A BORDO USTED ESTERA A BORDO POR POCOS DIAS. NUESTRO DESEO ER QUE USTE RETORNE MAS RAPDIO POSIBLE.*

*2. SENTIMOS NO PODER GAMAS PAR LA CANTIDAD DE GENTES QUE VIAJA. PERO TIENE SEGUERIEAMOS SU COLABORACIONES.*

*3. GUARDIA MILITARES. CUMPLIMIENTO EXPLICITO DE LAS GUARDIA MILITARES INGLES REPEDAR LUGAR. DE TRANSITO — SOLAMENTE SE PUGUINTERA UNA CUERTROS PAR HOMBRE.*

*4. COMIDAS. DOS COMIDAS POR DIA SERAN ARRADOS LOS TURNO EN CASTILLANO POR PARLANTE.*

*1er COMIDA 700 — 1200*

*2da. " 1630 — 2130*

*EL PERSONAL RACIONARCE CON GUARDIA DE BIENDO RETRAS LA COMIDA DE LA COCINA Y RETORNAR AL COMEDOR (RESTAURANTE) FENDIZADA LA COMIDA CORRISPONDIENTE 1 (UNO) SULDATO TOMARA 4 (CUATRO) CARRITO PARA RETIRAS LA VAJILLA Y LIMPIOSA DEL COMEDOR. CUANDO FINALAZA IL RACIDNAMIENTO DEBE RETURNAR A SE LUGAR DESPERA (CABINA).*

*5. CABINA (PISO) IMPORTANTE! MANTENER LIMPIAS LAS CABINAS*

*(TOILETTE, BANOS Y DUCHAS) SI NOTARE ALGUN DUPERDIDA DE AGUA Etc... AVVISA A LA GUARDIA. EL PERSONAL PHODE IR AL BANO SIM NECESIDAD DE PEDIR AUTORIZACIONES PERO DEBE RETURNAR RAPIDAMENTE A CABINA.*

*6. NO FUMAR Y PERIGRO DE FUEGOS. NO FUMAR EN LAS CABINAS, NO SE PERMITE TENER FOSFOROS POR PERIGRO DE INICIAR FUEGO.\*\*\**

*7. MEDICOS — SANTIAGES. EL PERSONAL QUE TENGA*

*PROBLEMAS DE SALUD DE RELATIVA IMPORTANTE (INFECTO CONTAGION) DE AVVISAS EL DOCTORS A BORDO DE IMMEDITO NO BIEN ARRIVE AL BUQUE.*

*8. VENTANAS NO SE PUEDE REMOVAR LAS PROTECCIONES DE LAS VENTANAS (NO DECUBRIRLA NINGUNA PARTE).*

*9. COBREFUEGO EL PERSONAL DEBERA ENCONTRARSE EN LAS RESPECTIVAS CABINA (PISO) DESDE 22.00 Hs HANTE 07.00 Hs (HORA LOCAL DEL BUQUE).*

*QUANDO USTED FINALIZA LA LECTURA DE ESTAR ENSTRUCCIONAS PARA LAS MISMAS A OTROAS PERSONA PORQUE NO ES POSIBLE REALIZAR MAS COPIAS.*

POR ORDEM  
COMANDANTE  
MILITAR BRITANNICO  
FUERZA  
SS CANBERRA

*\*\*\* UN CIGARILLO PER PERSONAL CADE UNA COMIDA*

Los “veteranos de a bordo”, quienes venían en el buque desde días atrás, prosiguieron colaborando para la atención de la tropa recién ingresada. Más descansados luego de algunas jornadas durmiendo en camas con sábanas limpias, habiendo podido bañarse con agua caliente, afeitados, alimentados bien y en ambiente templado, aquéllos contrastaban agudamente con los nuevos pasajeros: éstos parecían desconcertados, con diversas expresiones de sufrimiento, rabia, impotencia. La tropa carecía de expresión, aunque parecía aliviada por haber dejado atrás sus penalidades. Sucios y barbudos, los defensores de Puerto Argentino se extrañaban de encontrar militares argentinos como ellos que presentaban un aspecto aseado que no esperaban.

Las conversaciones y análisis estuvieron a la orden del día, entre tantos camaradas que se reencontraban después de mucho tiempo, y varios de los cuales eran dados por muertos. Se redistribuyeron los prisioneros por camarotes y a la mañana del 18 de junio el buque comenzó a moverse con rumbo a Puerto Madryn.

La navegación se desarrolló tranquilamente, merced a que los hombres comenzaron a relajarse y al buen trato recibido. Si bien los centinelas fueron

en un principio muy precavidos y rígidos —contrastando con la Guardia Galesa que era más abierta—, un sargento del Batallón 40 de *Royal Marines* que estaba a cargo de la vigilancia de los prisioneros hizo todo lo que pudo para que éstos recibieran un trato considerado, y él en particular se mostró sumamente amable y hasta afectuoso. “Fue un hermoso crucero por los mares del Sur”, ironizaba el capitán médico Ranieri, quien recordaba haberse bañado siete veces en los tres días de navegación: “Alguna vez salió el capitán por altoparlante pidiendo que no lo hiciéramos porque se acababa el agua caliente”. Al capitán Tomás Fernández le fue devuelta una brújula que le quisieron quitar por considerarla objeto militar, pero que el representante de la Cruz Roja ordenó reintegrarle por ser un elemento personal, dependiendo su finalidad del uso que se le diera. Tan sólo en una oportunidad el teniente primero Sergio Fernández debió intervenir ante un paracaidista que se puso nervioso y trató mal a un soldado que no le obedecía con presteza —por no entenderlo—, y el suboficial británico a cargo se presentó censurando el proceder de su propio compatriota. Lo normal era que cuando algún argentino fuera descubierto fumando luego del horario permitido —por ejemplo— se le solicitara apagar el cigarrillo, *please*.

Pocos eran los entretenimientos, puesto que los prisioneros sólo salían de sus camarotes en horario de comidas; tan sólo el último día de viaje se les permitió abandonar su confinamiento para recorrer las cubiertas del *Canberra* a fin de hacer un poco de ejercicio. Únicamente el capitán médico Llanos carecía de restricciones, y pudo visitar libremente las “celdas”. Éste efectuó alguna traducción de documentos y conversó con el comandante del buque, quien le confió que la *Task Force* había sufrido bastantes bajas —cientos— en la guerra de Malvinas, aunque los británicos sólo computaban oficialmente al personal militar estable y no a los alistados para la campaña. El doctor Pablo Llanos estaba alojado en un camarote para él solo, con baño privado, alfombrado y dotado de música funcional: “Con un año de sueldo no pago ese viaje”, me declaró.

Por los altoparlantes de la nave se propalaba alguna noticia importante —se comunicó así la separación de Galtieri de la Junta de Gobierno—, y un cartel colocado en la puerta del comedor informaba los resultados del Campeonato de Fútbol. Una vez el evento casi provoca una catástrofe: a insinuación del comandante del *Canberra* —“para levantar el ánimo”, dijo— el mayor Carrizo Salvadores habló por el altavoz haciendo saber que Argentina había

derrotado a Hungría por cuatro goles contra uno. Y los centinelas británicos, que no habían entendido el anuncio en castellano, súbitamente se enfrentaron en el gran salón de la tropa a una ruidosa algarabía, gritos y saltos, que les hizo amartillar sus armas para prevenir lo que creyeron un motín a bordo...

No había nada que hacer; el tiempo transcurría monótonamente. A la mañana los guardias golpeaban las puertas;

—*Up, up, to shave, to clean!* (Arriba, afeitarse, lavarse).

Usualmente se contestaba *okay* y se seguía durmiendo. Pero en cierta oportunidad un centinela británico entró enojado por la tardanza al camarote ocupado por los oficiales Losito, Brun y Daniel Martínez, el último de los cuales no tuvo ocurrencia mejor que pararse en su cama alta para calmarlo, cuando un bandazo del barco lo arrojó encima del soldado... Éste se tiró para atrás y levantó su fusil. Aterrados, Brun y Losito trataron de hacerle comprender lo ocurrido, al tiempo que el teniente Martínez levantaba sus brazos y le hablaba para calmarlo. Fue un momento de riesgo cierto.

Los prisioneros argentinos conocían perfectamente el rumbo de navegación, porque contaban con brújulas y conservaban cartas geográficas. Sabían que se dirigían a las costas patagónicas.

Y el 20 de junio, un día domingo, pudieron ver emocionados que eran escoltados por el destructor *Santísima Trinidad* en su entrada a Puerto Madryn.

## CAPÍTULO XXXI

### *El campo de concentración en Bahía Ajax*

ALREDEDOR DE MEDIO MILLAR DE PRISIONEROS permanecían en Malvinas, confinados en la planta frigorífica vacía que a través de la Bahía Ajax se enfrentaba con Establecimiento San Carlos: a ella habían sido trasladados los jefes y oficiales argentinos, en su casi totalidad, para ser utilizados a guisa de rehenes por el Reino Unido, en el fin de la beligerancia. Otros contingentes —además de los ya evacuados en el *Northland* y en el *Canberra*— abandonarían las islas en otros buques: el 18 de junio el *Bahía Paraíso* transportó mil cuarenta y un hombres, y el 27 del mismo mes el *Almirante Irizar* condujo a quinientos cincuenta y seis. En el ínterin, otro viaje del *Northland* embarcó a mil novecientos noventa y dos militares.

En helicópteros Chinook los prisioneros fueron conducidos desde Puerto Argentino hasta aquel lugar de detención. Cuando llegaron —ya quedó dicho— los Comandos notaron con angustia algo que pudo haber pasado inadvertido para quienes no habían sido entrenados en sus cursos: los cilindros metálicos enterrados, con tapas de hormigón y dos asas en sus extremos, en los cuales presumieron que serían colocados como en aquella atroz experiencia. “Acá sonamos”, pensó el mayor Rico, “éste es un campo de *alta escuela*”. El teniente Alejandro Brizuela imaginó lo mismo: “Si nos dejan ahí vamos a morir de frío y de hambre”. El teniente primero González Deibe no se pudo contener y comentó a su camarada Horacio Guglielmone:

—¡Mire dónde nos van a meter! ¡Y esto no es un curso!

Varios de los Comandos fueron a investigar, de la forma mas disimulada posible, pero la fuerte impresión desapareció cuando comprobaron que se trataba de cimientos para alguna futura construcción... Se fijaron ahora, ya más tranquilizados, en el sitio donde estaban: era una especie de potrero de cincuenta metros de largo, alambrado, barroso y sucio, con restos de comida, de paquetes, excrementos, y hasta una carpa rota tirada. Le llamaron “la pingüinera”, y estaba vigilada por soldados con ametralladoras. Separado de

este sector se divisaba un cementerio con unas sesenta cruces, y una fosa común sobre la cual una tabla ostentaba la siguiente inscripción:

*For those Argentinian  
who died in the  
Falkland's conflict  
1982*

(A aquellos argentinos que murieron en el conflicto de las Falkland).

Un par de horas estuvieron los militares argentinos en la “pingüinera”. Todos interpretaron que dicha espera era una forma de *ablandarlos*, presionándolos psicológicamente para mantenerlos en la incertidumbre y el temor: un prisionero quebrado es más dócil. “Pero con nosotros eso no funcionaba”, me aclaró el capitán Andrés Ferrero, “porque cuanto más presión recibimos, funcionamos con mayor espíritu y cohesión”. Llovía, y se trató de alzar la carpa. La gente estaba muy cansada y agobiada, y para dar el ejemplo, ni Castagneto ni Rico se metieron en ella: “Recuerdo que yo me puse el anorak impermeable arriba del gabán de douvet”, me refería Rico, “y me instalé encima de uno de los cimientos de cemento, y me quedé parado unas dos a tres horas hasta que nos sacaron de allí”. El mayor Castagneto todavía conservaba escondida su pistola desarmada en los borceguíes, y a todos les hacía gracia notar su peculiar forma de caminar. Menos a él: “llegué realmente destrozado”, rememora.

Previa una esmerada revisión de ropa e implementos traídos de Puerto Argentino —en cuya requisa fueron confiscados todos los elementos considerados prohibidos, como por ejemplo pilas para radio—, los prisioneros quedaron bajo techo, en un inmenso recinto similar a un hangar, en cuyo extremo se hallaba una bomba sin detonar, semienterrada, que arrojó un avión argentino. Se les aconsejó precaución —estaba apenas separada por una soga—, y esto motivó varias protestas. Pasaron la noche como pudieron, abrigados con sus equipos y algunas mantas provistas por los guardias. En este lugar los Comandos se encontraron no sólo con amigos de otras unidades, sino también con el sargento primero Flores, de la Compañía 602, quien los impuso de la muerte del teniente primero Márquez y del sargento primero Blas en la sorpresa del cerro Bluff Cove Peak, y que había visto pasar a varios integrantes de la sección de Vercesi, algunos heridos, a quienes ya se daba por perdidos.

Al día siguiente, tras un nuevo control, llenando una ficha para la Cruz Roja, los prisioneros fueron pasados a la gran cámara del frigorífico, separados por rangos en compartimientos menores.

En esos primeros momentos no faltaron algunas escenas desagradables, por ejemplo la protagonizada por el mayor Oscar Jaimet, del Regimiento 6, quien ponderó a uno de los centinelas el magnífico fusil con mira telescópica que portaba:

—Sí, es muy bueno —respondió el guardia, cargándolo y apuntando a Jaimet desde corta distancia.

Todos quedaron inmóviles. Un oficial inglés, advertido, se aproximó rápidamente y a gritos ordenó al soldado que bajara su arma. Éste, en lugar de proceder así, lo descargó siempre apuntando al mayor, antes de obedecer... Mientras era relevado, el oficial británico pidió disculpas a Jaimet, explicando que ese hombre estaba algo desequilibrado por la muerte de su mejor amigo.

Pero como me dijo el teniente primero Enrique Stel: “El estado de prisionero de guerra fue mucho más soportable que el del curso de Comandos. El conjunto de las presiones psíquicas y la limitación de la alimentación, y la infraestructura, fueron mejores. La guerra sólo se diferenciaba en que el enemigo tiraba con munición auténtica. El curso endurece: es un seguro de vida”. “No la pasamos mal”, cuenta Rico: “Todos los días nos sacaban dos o tres horas, primero a la intemperie donde nos habían colocado al principio, y después habilitaron en la parte de atrás un tinglado semidestruido por nuestros bombardeos, pero con techo y piso de cemento. Era necesario, porque el clima del frigorífico, con paredes de corcho, era agobiante, y cuando se saturó de gente hacía calor, y los fumadores no respetaban los horarios establecidos”.

Un día tipo —el viernes 18— quedó reflejado en la siguiente anotación del diario llevado allí por el capitán Rubén Figueroa:

*8.30: Nos despertamos; habíamos dormido bastante bien y sin frío. No hubo desayuno; al parecer el horario de ellos estaba cambiado con respecto al nuestro.*

*10:15: Viene el almuerzo; consiste en salchicha de Viena, salchichón grueso con una salsa de carne, además un paquetito de galletitas bastante rico.*



*10.45: Nos dan recreo y salimos al aire libre, al campo de prisioneros, donde por primera vez nos vemos todos los que estábamos en diferentes locales. Encontramos a Flores, quien nos cuenta que Márquez y Blas habían muerto, además que había visto a Vercesi, Brun (herido), Gatti y a otros suboficiales, y que no pudo hablar con ellos, pero que a dos o tres habían enterrado aquí en la planta refrigeradora. Me encuentro también con Camiletti, que había sido capturado próximo a Puerto San Carlos hace ya veinte días; estuvo algunos acá y luego lo trasladaron al barco Northland, donde lo atendieron muy bien. Según se comenta, Argentina no acepta que barcos ingleses entren en el continente, y por esto es que no nos embarcan para Baires o Montevideo.*

*16: Comienza el partido Argentina-Hungría. Resultado: 4 - 1; la moral se eleva ya que hay esperanza de clasificarnos.*

*17.30: Cena: zanahoria, hilos de pollo o carne, salsa de costumbre.*

*18.30 Llega resto de suboficiales que habían sido separados de la Compañía en el puerto.*

*20: Siguen los comentarios con la renuncia de Galtieri a la Junta.*

“Un aburrimiento total y falta de atención”, “esperar que pasara el tiempo”: tales las opiniones sobre la permanencia en ese lugar. La falta de actividades se sumaba a la inquietud por su futuro. Una semana y un día después de haber llegado al frigorífico, en el recreo al aire libre, el mayor Rico anunció al capitán Fernández Funes que iba a procurar su regreso al continente, con la excusa del antiguo congelamiento de sus pies, que mostraban falta de color y de sensibilidad. El oficial se negó, por seguir la suerte de sus camaradas.

—Te estoy impartiendo una orden militar y esto no da lugar para ninguna discusión. Te prepararás para irte.

El jefe de la Compañía quería evacuar a cuantos pudiera, y trató de hacer lo mismo con el teniente primero Maqueda, a causa de la pérdida de su dentadura, pero sin lograrlo. A Fernández Funes lo revisaron médicos británicos en el campo y debido a su piel quemada en el Aconcagua obtuvo la orden de salida para el *H.M.S. Intrepid*; para consolarlo, Rico le pasó el número total de prisioneros y lo instruyó para que relatase su real situación, pues se había propalado por los ingleses que los argentinos se hallaban alojados cómodamente en casas de *kelpers*. En cuanto a su propia

preparación, no demandó mucho tiempo: sus pertenencias se limitaban a un cepillo de dientes. De aquel barco fue conducido con un capitán inglés herido al *Uganda*, pero como entró en Puerto Argentino el buque hospital *Bahía Paraíso*, se lo transportó a bordo de éste en un helicóptero Sea King.

El primer deber del prisionero es escaparse. Pero en una isla ¿a dónde ir? Forzosamente habrían debido entregarse luego de un tiempo. Entonces, los jefes mantuvieron preparados a sus hombres en tareas intelectuales, sin desdeñar como parte de ellas el imaginar una hipotética escapatoria: la oportunidad podría presentarse cuando fueran llevados a un barco.

Refiere el mayor Castagneto: “Todos los días yo con mi Compañía hacíamos una formación a la mañana, en un lugar preestablecido, cuando los ingleses nos sacaban a caminar. Mi gente formaba un semicírculo y se ponían firmes cuando yo llegaba y los saludaba; como teníamos una radio que nos habían dejado los guardias, sin pilas, pero que habíamos pasado ocultas — como máquinas de fotos sin rollos—, Jándula, el oficial de Inteligencia, transmitía las noticias del país, fundamentalmente con la información de las radios uruguayas. A continuación yo daba tarea a los hombres, por ejemplo, redactar por escrito cuáles habían sido las causas de nuestra derrota; luego me la entregaban y yo la destruía.

“Pero esto y su formación les permitía a ellos mantenerse permanentemente sin entregar el espíritu. Y adquirir armas de circunstancias: había muchos ganchos para colgar la carne en el frigorífico, y los guardamos, afilándolos. Simulábamos enfermedades para tener a los ingleses en tensión permanente, presentando los mayores problemas posibles, que los obligaban a traer al médico, conseguir medicamentos. Recuerdo el caso de Anadón, quien vomitaba a voluntad”.

También los británicos actuaban, usando todos los recursos de la acción psicológica para presionar a los cautivos, manteniendo la incógnita acerca del tiempo de su permanencia, o del destino final de su ubicación. Castagneto aleccionaba a sus hombres:

—Tenemos que estar preparados para estar aquí dos años o diez.

Los rumores relativos a aquellos dos puntos fundamentales eran variados, y se especulaba con la posibilidad del traslado a la isla de Ascensión o a la misma Gran Bretaña. Un oficial inglés un día se dio el gusto de decir:

—No sabemos cuánto tiempo van a estar ustedes aquí, porque no sabemos con quién debemos hablar en Argentina para que regresen.

Eran las jornadas en que se disolvía la Junta Militar en Buenos Aires; y los prisioneros se consideraban en verdad abandonados por su órgano de conducción, el que los había enviado a la guerra, sin ocuparse luego de su responsabilidad por recuperarlos o seguir —eventualmente— las operaciones. Las radios transmitían fútbol o el alza del dólar. Los días que se vivían eran ciertamente muy, muy largos.

Las mínimas distracciones las proporcionaban cartas, el ta-te-tí, dados, el cartón que se usaba para jugar a las damas, una tabla de backgammon, los dibujos en las paredes efectuados con habilidad e imaginación por el capitán *Tommy* Fox, oficial de artillería en Monte Harriet. Muchos permanecían tirados, tapados con mantas, “como vacas cansadas”, al decir del teniente Anadón. Y a veces la moral bajaba.

“El ambiente del campo de prisioneros era justamente de crisis en ese sentido —ilustra Castagneto—, porque había gente muy quebrada, evidentemente: no hubo episodio determinado para provocar aquélla, sino la suma de las incertidumbres tremendas que vivíamos. Pero entre nosotros, los Comandos, por la aptitud espiritual lograda por el entrenamiento como prisioneros, no hubo deserciones, y nos permitió mantenernos en el nivel indicado”. Rico corrobora: “Mis compañeros me manifestaban su admiración por la forma que los Comandos guardábamos: limpios, bien afeitados, el uniforme en condiciones, cosido; hacíamos reuniones permanentes y manteníamos la disciplina y la cadena del mando”.

Alguna broma —pesada, según se la mire— no alteraba ese estado. Un día que se hallaban todos a la intemperie, en la “pingüinera”, el capitán Jándula se aproximó a Rico:

—Mi mayor, le vamos a hacer una broma al vicecomodoro C.

Éste era el jefe del Grupo de Operaciones Especiales de la Fuerza Aérea — los Comandos de la Aviación—, a quien todos conocían mucho por causa del entrenamiento conjunto; y se había sentido algo molesto cuando aquel elemento fue asignado para actuar con el Ejército.

—¿Qué le van a hacer?

—Le vamos a decir que estamos preparando una evasión y que él será el factor determinante: que se debe hacer el enfermo y armar un gran escándalo, y entonces nosotros aprovecharemos para escaparnos...

—Bueno, andá.

De lejos, se veía hablar a los dos y gesticular al vicecomodoro. Retornó el oficial:

—¡Se enloqueció, mi mayor! ¡Aparte dice que nosotros estamos todos locos, que él no lo va a hacer, y además que va a dar la novedad!

El aviador cumplió con su anuncio, y tal vez porque Jándula pertenecía a la Compañía 601, su jefe el mayor Castagneto fue interpelado, advirtiéndosele que “no comprometieran a los demás pues habían obtenido determinadas ventajas y estaban en cierta forma cómodos, y que los Comandos no debían perjudicar al resto”... Ciertamente irritaba a los Comandos contemplar a algunos miembros de la Fuerza Aérea conversando demasiado asiduamente con los militares británicos, como que por su *métier* conocían el idioma inglés, y les parecía que confraternizaban en exceso con el enemigo. Algunos hombres de tropa habían trocado relojes u otros artículos por comida o cigarrillos de sus centinelas, pero también se dieron casos de cambiar distintivos e insignias.

Uno de estos casos degeneró en un violento episodio.

En cierta oportunidad el capitán Andrés Ferrero notó que un jefe de la Fuerza Aérea hablaba demasiado con uno de sus captores —se trataba del “Gnomo”— y acercándose, oyó que le declaraba que todos los prisioneros estaban desmoralizados y él en particular sólo pensaba volver para salir de vacaciones, al cabo de cuyas manifestaciones intercambió sus insignias de aviador con las de su interlocutor, suboficial de Inteligencia. Este último hacía un gran “negocio”, pues en realidad trocaba el distintivo por información. El Comando, indignado por esa conducta, la puso en conocimiento del jefe de más alto rango y antigüedad del campo, coronel D., refiriéndole no una suposición sino un acto que había visto:

—Está bien: le di mis insignias ¿qué importancia tiene? —admitió el aviador, desdeñando la acusación del militar, quien insistió:

—Mire: no sé si para usted tiene valor o no, pero para mí es muy importante, y no porque yo sea un capitán, como usted hace ese gesto con la mano. ¡Usted le ha estado dando información, e incluso intercambia objetos!

—Bueno, sí; después de todo...

—¡Eso es colaborar con el enemigo, y eso no está permitido ni acá ni en ningún otro Ejército del mundo!

El coronel pidió a Ferrero que se tranquilizara:

—¿Cómo me voy a quedar tranquilo si esto no debe ocurrir, y usted es el más antiguo y es el responsable?

Llegó el mayor Rico y el asunto se agravó, porque éste le exigió a D. que se hiciera cargo y tomara resoluciones. “Le hice un planteo que fue serio”, relata Rico, “porque nos gritamos de todo”. Muchos oficiales los rodearon, pero finalmente se puso orden en el grave incidente y todo el mundo volvió a sus puestos.

La alimentación fue un rubro preocupante a medida que pasó el tiempo. La comida era escasa pero buena; la misma con que se alimentaban las fuerzas británicas, alguna enlatada. En un comienzo era repartida por los propios guardias, y se dieron abusos: hombres que una vez servidos volvían a la fila para recibir doble ración. Los ingleses advirtieron que se preparaba lo justo calculado para el número de soldados de ambos países, y que ellos no cocinarían más: si se concluían los alimentos, quedarían varios con hambre. A media tarde se distribuían galletitas u otro producto que aumentara la cuota diaria, y éste era el momento de mayor regocijo, porque además fue encargado de la tarea el mayor Berazay, quien la cumplía con suma eficiencia —calculaba el reparto— y añadiendo una muy bienvenida dosis de humor. Al modo de vendedor ambulante, pregonaba:

—¡Tengo para repartir: chocolates, caramelos...!

Su aparición era saludada por gritos de júbilo: “el tipo era un *master*”, sentencia el teniente primero González Deibe. Era ése el único momento de auténtico esparcimiento; y se comprende que cuando aquél fue trasladado después del interrogatorio de rutina a los jefes —al cual no fue convocado ninguno de los dos de Comandos— se lo despidiera con aclamaciones.

Todos los jefes removidos de sus lugares eran, por cierto, vivados, aplaudidos.

Por lo demás, la existencia era monótona, tediosa y deprimente, con servicios sanitarios sumamente deplorables que causaron muchos problemas a causa de la mayor promiscuidad que acostumbran los sajones, quienes no comprendían la intimidad que un latino desea para ciertos menesteres personales. Otra penuria la constituyó la iluminación: una lamparita cada cien hombres, que prácticamente no alumbraba; para dormir, simplemente se aflojaba la bombita. Y para levantarse no se requería más incentivo que el

desayuno a una hora determinada, con todo lo escaso y pobre que resultaba. En cuanto a la temperatura, aunque afuera nevaba y el clima era de diez o quince grados bajo cero, el hermetismo del edificio mantenía con gran calor a los hombres. Un recurso para retemplar la fortaleza espiritual se encontraba en el rezo comunitario del rosario, del cual la casi totalidad participaba, con la dirección de un capellán de la Fuerza Aérea que quedó en el campo de concentración.

El domingo 20 de junio, día en que se conmemora la creación de la bandera nacional y se festeja a los padres, se celebró una misa dentro del frigorífico, con gran concurrencia, y cantidad de asistentes comulgaron. Al concluir, el mayor Aldo Rico inició el canto de la marcha *Aurora*, que fue entonada por todos con fervor.

El diario llevado por el capitán Figueroa recoge el miércoles 23 el transcurso de otra jornada “tipo”:

*8:00: Por primera vez nos despiertan los guardias: parece que los relevan y quieren dejar todo limpio; incluso el desayuno viene muy temprano.*

*8:45: Desayuno: “jugo de paraguas”. Intuimos que nos van a sacar más temprano que de costumbre.*

*9:30: Salimos a la pingüinera cerrada. Hace bastante frío. Reunión acostumbrada.*

*11:45: Entramos al alojamiento.*

*14:30: Almuerzo: arroz, porotos y algo de carne. Bastante poco.*

*15:00: La Cruz Roja lleva la lista actualizada de todo el personal y entrega telegramas para que escribamos a familiares.*

*18:00: Argentina 2, El Salvador 0: clasificada.*

*19:00: Truco hasta las ocho, y estamos esperando el jugo de paraguas.*

*21:00: Jugo de paraguas.*

*21:30: Rosario y a la cama.*

Y así, con esa rutina casi invariable, fueron transcurriendo los días, en los cuales un baño de ducha el 28, en una construcción al efecto, reconfortó a los cautivos. Hasta que las oraciones y esperanzas culminaron a las dos semanas de encierro, cuando el miércoles 30 de junio, después del mediodía, comenzó

el traslado de los prisioneros en helicóptero Chinook hasta el barco *Saint Edmund* anclado en la bahía Ajax.

Allí, luego de otra revisión, fueron alojados por grupos en camarotes y partieron hacia Puerto Argentino.

Había concluido lo que varios que la vivieron calificaron de “una experiencia interesante”.

## CAPÍTULO XXXII

# *Un amargo retorno*

### 1

SI SE EXCEPTÚA A LOS CINCO HOMBRES conducidos por el transbordador *Northland* a mediados de junio hasta Montevideo, el regreso de los Comandos —y de la masa de las fuerzas argentinas— se efectuó en dos viajes: el del *Canberra*, que llegó a Puerto Madryn el 20 de junio, y el del *St. Edmund*, con el mismo destino, donde arribó el 14 de julio.

Un ambiente de profunda tristeza reinaba entre los prisioneros que volvían al continente, sin que lograrse superarlo la certeza de que todos los sufrimientos y penurias de la guerra quedaban atrás. Y paralelamente, se percibía una sensación de hostilidad hacia las jerarquías militares que no habían sabido conducir con eficacia la campaña. Se sumaba a ello un sentimiento de vergüenza al tener que enfrentar al pueblo argentino luego del fracaso en mantener la ocupación de Malvinas: los abnegados cuadros del Ejército en operaciones consideraban que no habían hecho los suficientes sacrificios como para merecer un recibimiento acorde con la bravura demostrada, y aun cargaban con el peso moral de faltas ajenas.

Ésa era la situación espiritual vivida por los Comandos cuando una mañana soleada, bajo la protección prestada por la fragata *Santísima Trinidad* —la nave capitana de la “Operación Rosario”—, se acercaba a la costa patagónica el lujoso transatlántico *Canberra*, requisado por el Gobierno del Reino Unido como transporte y base de apoyo a las tropas británicas, ahora convertido en prisión flotante.

Comenta el teniente primero Losito, de la Compañía 602: “En viaje nos habíamos planteado el regreso; mi estado de ánimo era el de tristeza total, sobre todo por enfrentar al pueblo luego de nuestro fracaso”. Y el teniente primero Quintana, de la 601: “Uno no pide un recibimiento bueno después de haber perdido, y yo estaba con angustia”.

Pero lo que pudieron observar, cuando emocionados los militares se



asomaron a la borda, fue que el puerto estaba vacío: sólo una larga fila de camiones y ambulancias se divisaba. Apenas un reducido séquito de jefes y oficiales aguardaba a las tropas.

La nave inglesa atracó en el muelle de la empresa Aluar (Aluminio Argentino), momento en que varios ex combatientes se despidieron de sus custodios. Horacio Losito recuerda conmovido esos instantes finales: “La despedida de los ingleses con nosotros —los heridos en Top Malo House— fue muy buena: no éramos ya prisioneros, sino heridos y quienes nos cuidaban. Firmamos autógrafos. Nos atendieron bien, aunque fuera su obligación, y pusieron algo más que su deber: en el comedor, al formar fila, ninguno de los oficiales argentinos avanzaba hasta que los tres (Brun, Martínez y yo) llegábamos a la punta, pues nuestro camarote estaba al fondo y nos tenían mucha consideración. Estuvieron macanudos”. El teniente primero Sergio Fernández corrobora: “A ese suboficial de *Royal Marines* que estuvo a cargo de los prisioneros yo le había manifestado mi admiración por la forma como había tratado a nuestra gente, agradeciéndoselo profundamente: era realmente excepcional la humanidad que demostró con el enemigo, digna de elogio. Lo evoco con gran afecto, pero lamentablemente no se me ocurrió preguntarle su nombre: era de aspecto típicamente escocés, rubio, ojos claros, no muy alto, de contextura más bien mediana y con un uniforme algo grande. Cuando íbamos a desembarcar, ya prácticamente en la escalera, siento un grito al lado y veo un hombre que se abre camino: era ese sargento para despedirse. Me dio un abrazo como si me hubiera conocido de toda la vida y me dijo: —‘Señor, nunca lo olvidaré’. Yo tampoco”. Más franco fue un soldado de la Guardia Galesa con el capitán médico Llanos:

—Yo querría que en la próxima guerra lucháramos del mismo lado, no en bandos contrarios.

Las demostraciones de cordialidad eran sin desmedro de la mutua situación, y no creo que los militares británicos hayan tomado a mal la manifestación postrera del teniente Daniel Martínez:

—Yo les agradezco, pero vamos a volver...

Los Comandos habían echado mano a las boinas distintivas de su especialidad, hasta entonces escondidas por precaución —primero para no ser identificados, y luego para evitar que algunos ingleses quisieran arrebatárselas

como recuerdo, tal como se intentó en un caso—, y con ella puesta desembarcaron. Pero contra lo que esperaban, no había bandera nacional para saludar, ni banda de música para homenajear a quienes habían combatido y sufrido por una causa patriótica.

Tan sólo un general los recibía, saludándolos personalmente, pero ellos lo trataron con frialdad y se dirigieron hacia los ómnibus que los aguardaban.

A todo esto, el comandante del *Canberra* estaba alarmado porque no veía que los heridos fueran a recibir atención médica inmediata, ignorando que la ciudad de Trelew está situada lejos de la costa, y hubo que hacer viajar a los delegados de la Cruz Roja para que comprobaran que aquéllos no iban a quedar en el desierto Puerto Madryn. Según me relató el teniente Martínez, en el buque los británicos manifestaban lástima y desconfianza por el estado de los heridos una vez dejados en el continente, y él debió empeñarse en convencerlos de que no les faltarían los mismos cuidados y asistencia que a bordo.

Aunque cierto es que algunos contrastes dolorosos se dieron. El mismo Daniel Martínez refiere: “Yo me abría paso caminando con mis muletas hasta una ambulancia, y cuando iba a subir me encuentro con el enfermero inglés que nos había atendido, quien me dice: —*Very happy return to home!* (Muy feliz regreso al hogar). En ese momento me largué a llorar sin reparo; ni siquiera me dieron motivo para tener bronca contra ellos en el último instante”. Contrastó con el trato respetuoso observado en los hospitales británicos y en la nave, la conducta de la enfermera que ayudó al oficial a entrar en la ambulancia:

—¿Cómo estás, ricura? —le dijo campechanamente, palmeándolo para darle ánimo. Y el conductor de la misma enderezó rumbo a Comodoro Rivadavia, ignorando que debía conducir su vehículo a Trelew<sup>148</sup>.

Las tropas venían indisciplinadas: muchos soldados tiraron sus equipos al tocar tierra. Los oficiales se mostraban más controlados, aunque la emoción los hipersensibilizaba. Desgraciadamente el recibimiento previsto no contribuyó a levantar la moral. Un oficial de Comandos comparaba un detalle significativo en tales circunstancias: “Lo primero que hicieron los ingleses en San Carlos fue darnos un vaso grande con jugo de tomate y un pan: uno veía que la comida era poca pero que daban todo lo que podían. En cambio, en Madryn no nos dieron ni un café”.

Amargamente sintetiza otro: “Me despidió mejor el enemigo que lo que me

recibió la propia tropa”.

Al salir del puerto, tras las alambradas, y a lo largo de la ruta, y próximos a la base naval Almirante Zar, de la localidad de Trelew, el pueblo anoticiado de la llegada del numeroso contingente, se agolpó a los costados del camino para saludar al Ejército, agitando banderas y vitoreando a los soldados. “Nos recibieron como si hubiéramos ganado”, recuerda Sergio Fernández, “y allí fue el segundo momento de debilidad, en que uno aflojó...”

La columna de ómnibus se detuvo frente a un gran galpón para depositar lana, y ahí los veteranos debieron anotar sus datos ante mesas indicando las distintas unidades, atendidas por suboficiales. “La gente llegaba de muy mala manera”, acota Fernández, “y algunos contestaban para el diablo”. Ya antes de cubrir el trayecto, al ingresar en los vehículos que los transportaron, se produjeron incidentes con jefes militares que impartieron órdenes, mal recibidas por los combatientes de Malvinas. Mientras aguardaban los próximos movimientos, ignorando el ansiado instante de estar en sus hogares, los nervios, la tensión, crecieron: “En otros momentos la falta de organización no me hubiera llamado la atención, pero en ese entonces no soportaba nada, no toleraba ningún defecto”, comenta un oficial de la Compañía 602, “estábamos muy agresivos, lo reconozco”. Los defectos cotidianos antes inadvertidos, quizá simples detalles, cobraban ahora dimensiones insospechadas, luego de las penurias soportadas, que se aumentaban con la torturante espera del retorno definitivo.

El teniente primero Losito quiso ganar tiempo hablando por teléfono a su casa, y comenzó su trajín personal. La operadora no le contestaba, y al requerir una explicación, el oficial de servicio le aclaró:

—No se puede hablar: están suspendidas todas las comunicaciones a larga distancia por orden del jefe de la Base.

Losito le reprochó, a gritos, su falta de consideración, y le tiró a la cara su reloj, “por si se trataba de dinero”. Sus nervios estaban a flor de piel, agravados por un hambre agudo; para peor, la última noche a bordo, cuando ya los alimentos escaseaban para todos, su compañero Brun le había anunciado que se iba a servir pizza y cerveza —uno de los platos favoritos de Losito—, y esa broma le cayó “como una puñalada en el estómago”... El oficial procuró calmar al Comando; y al verlo tan alterado y deprimido, un

jefe de la Fuerza Aérea le dijo:

—No te calentés, pibe: vení conmigo.

Lo condujo ante un teléfono público, introdujo un papel plateado doblado en su ranura, le dio dos golpes al costado, y consiguió tono para llamar. Sucedió lo previsible: “No podíamos hablar con mi mujer”, refería Losito, pues la emoción se lo impedía a ambos.

Ya relajado, el sobreviviente de Top Malo House fue conducido al casino de oficiales para comer. Y al tomar su sitio, se encontró con que el menú consistía en pizza y cerveza... Por sobre las mesas, se saludaron con Brun con las copas levantadas.

Otros militares recorrían Trelew, donde los pobladores los saludaban con gran calidez, y los comerciantes no les cobraban las mercancías que adquirirían. Varios de los que estaban ilesos se alimentaron fuera de la base naval.

La tranquilidad se volvió a quebrar cuando se anunció que en el aeropuerto esperaban aviones para el traslado a Buenos Aires. Se desató un tumulto: sin orden alguno, todos procuraron dirigirse allí. Los Comandos se apropiaron de un camión de la Marina: “Encontramos un bochinche de gente, un amontonamiento general para embarcar. Nadie dirigía ni entendía nada”.

Por fin, en un Boeing 707 que arribó sin asientos para ampliar su contenido, los miembros de las Compañías 601 y 602 que habían podido regresar al continente volaron a El Palomar, donde llegaron a las diez de la noche.

Durante el vuelo, los Comandos pensaban que se presentaría el mismo cuadro que en Puerto Madryn; es decir, que no habría recepción alguna. “Mejor”, reflexionaba el teniente primero Fernández, “porque de ahí nos vamos directamente a casa”. Su camarada José Martiniano Duarte analizaba con otros compañeros la buena recuperación tenida en el *Canberra*: bañaderas con agua caliente, alfombras, aire acondicionado, música. Y hablaban de “desenchufarse” y disfrutar de la compañía de sus familias.

Pero esta vez sí eran aguardados formalmente. Mas no para agasajarlos y concederles una bien ganada licencia, sino para encuadrarlos por elementos y concentrarlos en los hangares: los veteranos serían objeto de un período de “rehabilitación” en Campo de Mayo...

La novedad fue recibida con gritos y protestas, que los jefes trataron de dominar invocando órdenes superiores, sin que entre la tropa faltaran bastonazos para calmar la general indisciplina estallada. Desde tiempo atrás se había dispuesto aislar por unos días a todos los combatientes para “recuperarlos” y readaptarlos a la vida normal. Policía Militar rodeó a los veteranos, impidiendo sus movimientos.

Y la comparación volvió a jugar: “Lo que nos sacó la calma fue el hecho que nos trataron mejor los ingleses que la propia gente”, me decía un oficial de la Compañía 601, “era el ‘síndrome de la mula’, que por miedo reacciona mal. Éstos de aquí tenían miedo a todo, estaban nerviosos. De habernos recibido mejor el Ejército”, continuaba, “se habrían acabado el resentimiento y los *chicos de la guerra*, porque al levantarse el espíritu mediante el halago, nadie se habría quejado por lo que soportó, hasta por vergüenza. Pero nos encerraron, nos impidieron hablar con nuestras familias, y eso nos puso mal: todo lo que hacían se volvía en su contra”.

Lo concreto es que pasada la primera reacción indignada, los cansados veteranos fueron llevados hasta un ómnibus donde treparon resignadamente, siempre bajo custodia armada.

En Campo de Mayo las tropas quedaron instaladas en la Escuela de Suboficiales. “El subdirector se acercó para hablarnos militarmente”, recordaba un Comando, “como si no hubiese ocurrido una guerra y se tratara de una simple reunión informativa; y nos dijo que íbamos a permanecer para recuperarnos como había ocurrido con los que volvieron de Darwin-Goose Green, unos siete u ocho días concentrados, para evitar dar una mala impresión a las familias, y renovarnos el equipo y armamento antes de retornar a las unidades. Una serie de explicaciones realmente absurdas que no podíamos creer”.

El teniente primero Leopoldo Quintana ejemplifica con su caso la vivencia experimentada en dicha Escuela. Entabló contacto con un conocido, formulando su solicitud:

—Quiero hablar con mi madre para decirle que estoy bien.

—Déme el número de teléfono y yo le aviso.

—No ¡quiero hablar yo!

Con unas palmadas en la espalda se ofreció aquél a retransmitir el mensaje, pero Quintana no se conformó con intermediarios.

—Tranquilo, tranquilo. Tenemos orden de que ustedes no pueden hablar.

—¿Es que ahora nosotros somos prisioneros?

—No podemos dejarlos.

“Había mucho malestar contra la Dirección de la Escuela”, refiere otro oficial, “pues compañeros que pasaban no nos saludaron, ya que tenían instrucciones estrictas de no hablarnos: estábamos aislados”. Se vivieron fuertes reacciones, incluso profiriendo amenazas, y hubo casos de irrespetuosidad para con superiores. Estos hombres con libertad limitada —ellos, que tanto habían hecho en aras de una causa común— vivían la condición de ciudadanos sin plenos derechos: virtualmente, semejaban *kelpers*... En el caso particular de los Comandos, las precauciones estaban de más, puesto que no había soldados conscriptos entre ellos, y su preparación espiritual los condicionaba para mantener su ánimo en las peores condiciones. Pero cuando estas explicaciones fueron esgrimidas, se estrellaron contra la norma general adoptada.

Esa noche fueron provistos todos de ropa nueva “y nos dieron jabón Sarnol como si estuviéramos infectados”, rememora rencorosamente un teniente primero. Algunos conocedores de la Escuela pudieron burlar a la custodia y llamar a sus casas.

A media mañana del día siguiente fue a visitar a los Comandos el coronel Federico Minicucci, director de la Escuela de Infantería, y de quien aquéllos dependían orgánicamente, para hacerse cargo de sus hombres. También al resto, inopinadamente, se dispuso despachar a sus unidades de origen. A las cinco de la tarde, en efecto, se producía el encuentro de los Comandos con sus familiares, largamente anhelado, que dio lugar a emocionantes escenas, luego de dos meses de angustiosa separación.

Cierra esta etapa histórica el teniente primero Sergio Fernández: “Y a partir de ahí, volver a casa, vivir otra realidad, a la que costó un poco adecuarse; pues una parte de nuestro espíritu quedó allá en las islas, y vamos a tener que recuperarlo algún día volviendo a Malvinas”.

## 2

Los cuadros faltantes de las Compañías 601 y 602 estaban a la sazón en la antigua planta frigorífica sobre Bahía Ajax; hasta que —como se dijo— el 30 de junio fueron transportados en helicóptero a un gran *ferry-boat* desafectado del tráfico Dover-Calais, en el cual permanecerían otras dos semanas más. En

esta nave, *Saint Edmund*, los prisioneros fueron desnudados y revisados minuciosamente, para luego ser distribuidos en camarotes donde se mezclaron los oficiales de las tres Fuerzas Armadas. La falta de camas para todos forzó a establecer turnos de rotación.

El mayor Castagneto compara los dos lugares de encierro: “La vida en el frigorífico fue tremenda, porque aunque no tuvimos interrogatorios con presiones físicas, soportábamos condiciones totalmente marginales: aclaro que los ingleses no tenían mucho más para ofrecernos. Y por eso nos sacaron; de haber quedado allí un tiempo más, se habrían dado problemas médicos y psicológicos graves. En el barco estábamos mucho más cómodos: contábamos con luz natural y agua corriente, y cambiaron muchas otras cosas. Al desaparecer las privaciones, desaparecieron una serie de tensiones”.

El buque no partió de inmediato de las islas, sino que se detuvo muchos días frente a Puerto Argentino, del cual en un par de oportunidades se alejó mar adentro, presumiblemente para tirar basura, y luego retornar a su apostadero. Refiere el mayor Rico: “Nos llevaban a una cubierta una hora antes de entrar al comedor, y nos cruzábamos con los otros contingentes cuando les llegaba su turno. Allí nos pudimos bañar con agua caliente, sin problemas. La comida era buena pero muy escasa: copos de maíz —allí me acostumbré a comerlos—, un huevo duro, algún pescado de lata con un par de rebanadas de pan lactal, o un par de rodajas de fiambre, guiso de porotos solos —el *chile* de los norteamericanos—, y salchichas, pero todo muy escaso cada vez. Desayunábamos un tazón de té con leche, y luego recibíamos una sola comida por día. Durante la estadía paseábamos por los pasillos; nos reuníamos en camarotes y relatábamos experiencias. Allí supe yo muchas de las operaciones en Malvinas, porque había oportunidad de hablar con aviadores y marinos que estuvieron en diferentes lugares, con los cuales hubo intercambio de opiniones francas, pero pese a las acusaciones y descargos, guardamos buenas relaciones. Muchos de ellos ahí recién conocieron las condiciones en que combatió nuestro Ejército”.

Aunque confundidas las tres Fuerzas, los prisioneros del *Saint Edmund* estaban distribuidos por sectores incomunicados entre sí. La única reunión colectiva eran las misas dominicales; y hasta el 9 de julio, en que se los autorizó a cantar el himno nacional, debieron hacerlo sin contacto entre los diversos sectores, parados todos en los pasillos frente a sus respectivos camarotes.

Por lo pronto, el trato a bordo era correcto. Cuando se pasaba control de los números asignados a cada hombre, el procedimiento era golpear la puerta del camarote y esperar que fuera abierta: no se forzaba la entrada, y se agradecía en cada caso. Caso notable fue el encuentro del capitán José Ramón Negretti con un oficial de la *Royal Navy* enfundado en bien cortado uniforme azul oscuro, y bajo cuya gorra blanca ostentaba la tradicional barba de la Marina Británica. Había vivido mucho tiempo en Olivos y se expresaba como un perfecto porteño:

—¿Qué tal, viejo, todo bien? Cualquier problema, ya sabés...

Una hora por día los prisioneros eran sacados a cubierta; y dentro de sus limitaciones, los Comandos realizaban ejercicios gimnásticos: “En el mismo camarote trotábamos una hora diaria”, me relató el teniente primero Daniel Oneto, añadiendo: “Y nos bañábamos entre tres y cuatro veces por día, lo que contribuía a mantener la moral”. En la nave se proveyó a los militares argentinos de cigarrillos, cartas y juegos de salón, y la radio del *Saint Edmund* permitió seguir las alternativas del Campeonato Mundial de Fútbol. Contaba al respecto el teniente primero Daniel González Deibe: “Los ingleses nos embromaron cuando Brasil nos ganó tres a cero, pero nosotros les devolvimos cuando ellos perdieron con España”.

Otras veces, como en el *Canberra*, los altoparlantes transmitían noticias desastrosas sobre la situación política argentina, que aplastaban la moral. Para compensar, se recurría a cuentos y chistes. El *ferry-boat* no era, por cierto, como aquel lujoso barco de pasajeros, pero el buen humor no faltaba, sobre todo luego de las privaciones sufridas en el depósito frente al estrecho de San Carlos.

El 8 de julio se pagó a los prisioneros una suma de dinero en libras británicas, y con tal motivo al capitán Jorge Durán se le ocurrió ejercitar su ingenio. Resulta que se hallaba al lado de la caja una pila con revistas eróticas para regalar, y no imaginó nada mejor que cortar de un billete el rostro de la Reina y pegarlo encima de la cara de una chica en posición sumamente peculiar. El problema fue cuando descubrió el *collage* un soldado inglés... Éste le pidió la revista, para mostrarla a sus camaradas, y ante la estupefacción del preocupado oficial de Comandos, al rato regresó para devolvérsela. A cada prisionero se le entregaron ocho libras, que utilizaron para comprar elementos de aseo o golosinas; quienes desarrollaban trabajos especiales como ayudantes de cocina o traductores, percibieron un



sobresueldo, al igual que la tropa de Ingenieros que había levantado los campos minados.

Las jornadas se repetían monótonamente. Véase lo que refleja la anotación asentada en el diario que llevaba el capitán Rubén Figueroa correspondiente a ese 8 de julio, fecha de su cumpleaños:

*8: Nos despertamos solos. Nos tocaba buscar el café y fuimos con Macedra. Esperamos cerca de una hora, vino sin galletitas.*

*11: Desayuno. Antes salimos a la cubierta, buen tiempo. Comí dos cereales para festejar.*

*12-15: Siesta.*

*15-17.30: Lectura, mientras abajo juegan al póker el mayor Rico, Berazay, Videla, Camiletti y Jándula.*

*17.30: Nos preparamos para marchar a cenar, pero avisan que se demorará, no sabemos la causa. Hoy a las cuatro cobramos ocho libras (tres Newton y un Wellington).*

*18: Cena.*

*21: Noticias de Carve.*

*22: Ajedrez con Jándula.*

*24: Dormimos: ya pasó el día de mi cumpleaños, me toca en el suelo.*

La gran duda era el destino del barco. Se especulaba entre los cautivos si irían en primer lugar a las Georgias del Sur o a Ascensión, o directamente a las mismas Islas Británicas. Esta última alternativa sería la oportunidad de intentar la fuga, que cabía descartar si se daba la primera posibilidad: “Cuando estuviéramos frente a las costas españolas”, relata el mayor Rico, “trataríamos de hacer algo grande, y uno de los planes fue incendiar el buque. Para esto habíamos sacado de los camarotes, desatornillándolas, chapas de los cielos rasos, para acceder a los entresijos y allí tratar de prender fuego para que en la emergencia los ingleses tuvieran que abandonarlo”.

A partir del 9 de julio comenzaron los rumores de partida para el continente, que recrudecieron en los días siguientes. El 12 las versiones eran más insistentes, reforzadas porque el buque cargó víveres; sorpresivamente, a las tres de la tarde los altoparlantes anunciaron en inglés que el *Saint Edmund* zarparía a las seis rumbo a Puerto Madryn: “Fue una algarabía total”,

rememora el capitán Andrés Ferrero, “todo el mundo gritaba como loco”.

Y mientras comían doble ración a las siete menos cuarto de la noche, sonaron las sirenas de la nave y ésta comenzó a moverse. A la distancia, se distinguía Puerto Argentino, y detrás podían verse cubiertos de nieve el cerro Two Sisters y las demás alturas.

El miércoles 14 de julio terminó el contacto con los británicos. El *Saint Edmund* amarró en Puerto Madryn y los prisioneros se encolumnaron para abandonarlo. Los Comandos, como lo hicieran sus compañeros desembarcados un mes atrás, se colocaron sus boinas para llegar a tierra. Recrudescieron en ese momento sentimientos de otrora: la emoción de volver al continente se mezclaba con alegría por el reencuentro con familiares y el complejo depresivo de la derrota. Algunos, sin embargo, no se dejaban dominar por el desaliento. El capitán Ferrero, luego de firmar la planilla de desembarco controlada por un funcionario de la Cruz Roja, estrechó la mano que le tendía el oficial inglés de servicio, al tiempo que le decía como desafiante despedida:

—*Till next war!* (Hasta la próxima guerra).

El capitán Negretti pisó la planchada con una singular carga: la bandera de la Compañía de Comandos, que había escapado incluso a la estricta inspección cumplida al llegar a bordo: “Había descosido mi abrigo para ocultarla en la entretela de la espalda, y no la sintieron al revisarlo aunque hacía un poco de bulto al estar doblada, porque no tuve con qué coserla”.

Recibía a los veteranos el general García:

—Bienvenido al continente —repetía uno a uno, rodeado de oficiales. Como en la anterior oportunidad, al pueblo llegado desde Trelew no se le había permitido ingresar en la zona de los muelles, y debió contentarse con vitorear y aplaudir a las tropas mientras pasaban en ómnibus en dirección a la base Almirante Zar. Para muchos, fue una impresión profunda el sentir hablar nuevamente en castellano a quienes daban las órdenes.

En la base naval se proveyó a los oficiales de correaje y armamento, y se dio de comer a todos. Luego, en avión viajaron hacia Buenos Aires, arribando a media tarde al aeropuerto militar de El Palomar. Ahí se separó por elementos a las tropas, y los Comandos fueron conducidos a la Escuela de Infantería. El mayor Rico previno a sus subordinados al arribar a destino:

—Bueno: bajamos y formamos una fila para presentarnos al coronel.

¡Vano intento! En cuanto descendieron del vehículo fueron asaltados por sus familiares y camaradas, y en medio del bullicio toda formalidad desapareció. Sendos agasajos estaban preparados en los casinos de oficiales y suboficiales: “Hacía tanto tiempo que yo no tomaba alcohol”, me refería Rico, “que a los tres whiskies perdí el control”. El mayor Castagneto se dirigió a su aposento para cambiarse: “Mi ropa estaba colgada sobre la silla como la había dejado hacía cuatro meses”.

A lo largo de una penosa lucha, los militares argentinos habían cumplido su deber superando carencias de materiales y privaciones de suministros. Enviados a combatir sin adecuada preparación, resistieron el avance británico más de tres semanas desde el desembarco, que fue apoyado por una tecnología y disposición de medios que nunca estuvo al alcance de aquéllos.

Los Comandos en particular, sin reflejar odio hacia el competente Ejército y Marina que les tocó enfrentar, una vez concluida la lucha procuraron asimilar la enseñanza duramente recibida.

Antes de despedirse para disfrutar de una licencia, ambas Compañías volvieron a reunirse en la Escuela de Infantería, dos días después. El 16 de julio de 1982 se encontraron en el casino de oficiales, entre abrazos y saludos, quienes se reencontraban provenientes de ambos contingentes de retorno: los llegados en junio, con los devueltos un mes después. Contrastaba el aspecto más descansado de los primeros, con el de éstos, “ojerosos, pálidos, demacrados, con pupilas dilatadas y mirada perdida” después de las penurias sufridas en el campo de prisioneros de Bahía Ajax; “la típica cara de las islas”, los identificaba uno de los arribados antes.

En el aula *Patricios* de la Escuela, los mayores Castagneto y Rico indicaron la necesidad de confeccionar los diarios de campaña de las Compañías 601 y 602, para dejar testimonio de lo hecho, y efectuaron un análisis de las operaciones cumplidas y del espíritu que había movido a los Comandos.

Luego se separaron, y la mayoría retornó a sus unidades de origen, llevando también en sus corazones valerosos, la frase grabada en las espadas que les fueran entregadas al comenzar su carrera:

*¡Coronados de gloria vivamos!*

*¡O juremos con gloria morir!*

## *Notas*

[148](#) El teniente primero Horacio Losito cuenta dos actitudes: “Cuando me operaron por segunda vez, en el *Canberra*, todo fue perfecto: nadie hablaba, salvo el cirujano, y estaban en total concentración. En el Hospital Militar Central, a donde fui a extraerme una esquirra de la cabeza, lo que será una tontera como intervención, pero para el paciente es serio, estaba la radio puesta en el quirófano y todos hablando de fútbol y del asado del domingo”.

APÉNDICE

*Integrantes de las Compañías de  
Comandos en Malvinas*

**Compañía 601**

Mayor	Don Mario CASTAGNETO	contuso	“Al valor en combate”
Capitán	Don Rubén T. FIGUEROA		
	Don Ricardo FRECHA		“Al esfuerzo y la abnegación”
	Don Jorge E. JÁNDULA		
	Don Pablo Santiago LLANOS		“Al esfuerzo y la abnegación”
	Don José Ramón NEGRETTI		
Tte. 1º	Don José Martiniano DUARTE		“Al esfuerzo y la abnegación”
	Don Fernando GARCÍA PINASCO		
	Don Daniel GONZÁLEZ DEIBE		
	Don Sergio FERNÁNDEZ		“Al esfuerzo y la abnegación”
	Don Leopoldo de la QUINTANA		
Teniente	Don Fernando Isidro ALONSO		
	Don Marcelo Alejandro ANADON		“Al esfuerzo y la abnegación”
	Don Alejandro BRIZUELA		
	Don Juan Eduardo ELMÍGER		
Sub. Pr.	Miguel Ángel ALMEYDA		
	Juan Carlos NEGRETE		
	Benito Leonardo PALLARES		
Sarg. Ay.	Francisco ALTAMIRANO		
	Silverio Mario ARROYO		

Nicolás René ARTUNDUAGA

Alberto Ricardo CABRAL

Félix Ramón GODOY

Jacobo Eduardo GÓMEZ

Rubén Antonio LLANOS

Odilón Eugenio MENCÍA

Carlos Rolando MORA

Rubén POGGI

*herido*

Armando ROBLEDO

Juan Carlos RUIZ

Pedro Celestino VALLEJOS

Juan Ramón SALAZAR

Sarg. 1º Alejo CANTERO

Raúl Osvaldo CORREA

Héctor Orlando CRUZ

Raúl Alberto FERRARES

Héctor Raúl GODOY

Félix Cantalicio GÓMEZ

Juan Carlos HELGUERO

*herido y  
prisionero*

Eusebio del Tránsito MORENO

Carlos Edmundo PÁEZ

Juan Carlos QUINTEROS

Ángel Antonio SORIA

Eduardo Hipólito SUÁREZ

Miguel Ángel TUNINI

Manuel Alberto VALLEJOS

Carlos Alberto VERA

Ramón VERGARA

Sargento José Raúl ALARCÓN FERREIRA

“Al esfuerzo y la  
abnegación”

Rodolfo CAMPANELLO

Orlando S. DÍAZ

Miguel Ángel GONZÁLEZ

José Rubén GUILLEN

José Roberto MOYANO

Oscar Alfredo PÉREZ

Juan José RAMOS

Oscar Edgardo RAMOS

Cabo 1° Luis CONTRERAS PICHIHUELCHES  
Héctor Eduardo CORONEL

Jorge Eduardo MARTÍNEZ

Miguel Ángel RIVERO

Antonio VILLAMAYOR

Cabo Carlos Daniel CALGARO  
Roberto Félix RÍOS

“Al esfuerzo y la  
abnegación”

### Compañía 602

Mayor Don Aldo RICO

Capitán Don Jorge A. DURÁN

Don Tomás FERNÁNDEZ

Don Mauricio FERNÁNDEZ FUNES

Don Andrés FERRERO

Don Hugo RANIERI

Don Fernando P. de la SERNA

Don José Arnobio VERCESI *prisionero*

Don Eduardo M. VILLARRUEL

Tte. 1° Don Luis Alberto BRUN

*herido y  
prisionero*

Don Juan José GATTI

*prisionero*

Don Horacio GUGLIELMONE

Don Horacio Fernando LAURÍA

Don Horacio LOSITO

*herido y  
prisionero*

Don Francisco MAQUEDA

Don Rubén E. MÁRQUEZ *muerto*

Don Enrique STEL

Don Carlos A. TERRADO

Don Jorge M. VIZOSO POSSE *herido*

Don Daniel Atilio ONETO

Don Enrique RIVAS

Teniente Don Ernesto Emilio ESPINOSA

*muerto*

Don Humberto Daniel

*herido y*

MARTÍNEZ

*prisionero*

“Al mérito militar”

“Al esfuerzo y la  
abnegación”

Mención

“Al esfuerzo y la  
abnegación”

Mención

“Al valor en combate”

“Al mérito militar”

Cruz “Al heroico valor”

Cruz “Al heroico valor”

Subt.	Don Dámaso SORAIDES		
Sarg.	N. MIGUEL		
Ay.	Alonso ALBORNOZ		
Sarg. 1º	Orlando AGUIRRE		
	Oscar Humberto BLAS	<i>muerto</i>	
	Miguel Ángel CASTILLO	<i>prisionero</i>	Mención
	Alfredo FLORES	<i>prisionero</i>	
	Luis Gerardo LUNA		
	Claudio MARTÍNEZ		
	Humberto Omar MEDINA	<i>herido y prisionero</i>	“Al esfuerzo y la abnegación”
	José NÚÑEZ		
	Arturo OVIEDO		
	Faustino Rogelio PEDROZO	<i>prisionero</i>	“Al esfuerzo y la abnegación”
	N. QUIROGA		
	Mateo A. SBERT	<i>muerto</i>	Cruz “Al heroico valor”
	Julio César VÉLIZ		
	Raimundo VILTES	<i>herido</i>	
Sargento	Mario A. CISNERO	<i>muerto</i>	
	Miguel FRANCO		
	Humberto SÁNCHEZ		
Cabo 1º	Carlos B. DELGADILLO	<i>prisionero</i>	Mención
	Luis TOSSI		
Cabo	Raúl Roberto VALDIVIESO	<i>herido y prisionero</i>	